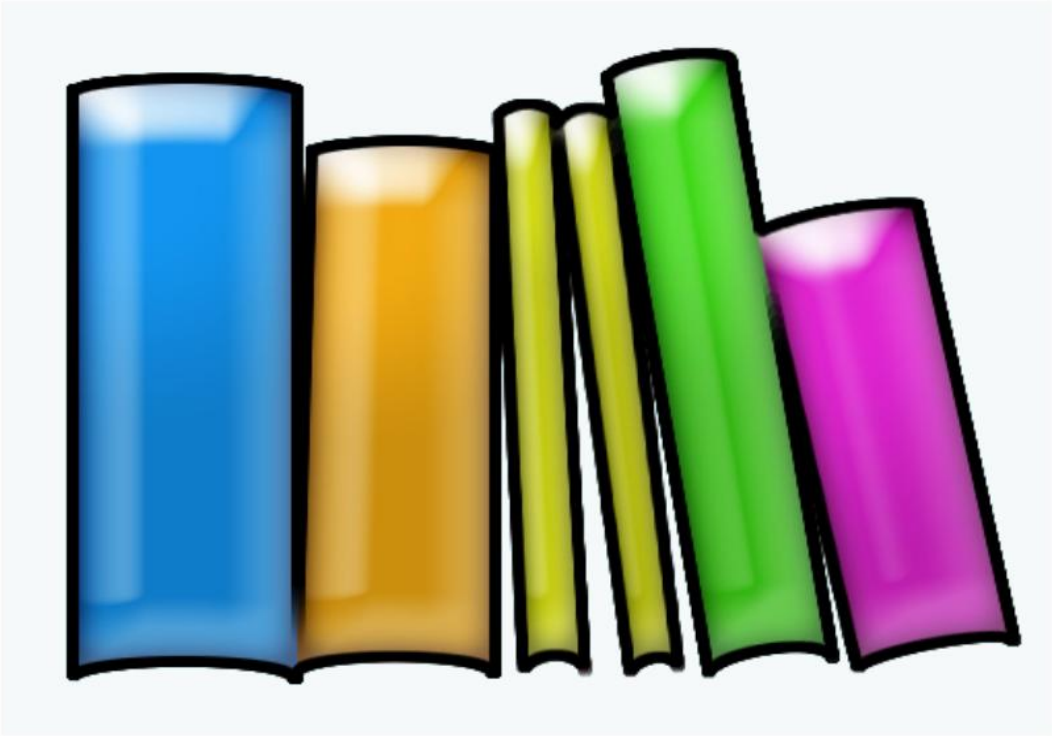
Gladiadores



Maure, Roger

Produced by calibre 0.6.13

OceanofPDF.com

Roger Maure

Gladiadores

OceanofPDF.com

Principales personajes

–El galo Sila, ex oficial de las legiones, retirado en su granja próxima a Vienna, en la provincia lionesa.

–Todj, cautivo persa apresado en combate, esclavo de Sila.

–Satón, criado de Sila.

–La bella Mancinia, romana de buena familia, enamorada de Sila.

–Patroclo, marido de Mancinia y vecino de Sida en Galia.

–El mercader de esclavos Memmón.

–La VIEJA, esclava de avanzada edad, impertinente y adivina.

–Haedunna, joven esclava de catorce años comprada por Sila.

–Menesio, rico patricio que combatió en las legiones con Sila.

–Sostias, el posadero, un arverno instalado en Roma.

–El prefecto de los vigilantes, Casio Lonoino Cepio.

–El prefecto de las fosas hediondas, administrador del osario de la ciudad de Roma.

–El PROSCRITO, alias Mersennah, alias Nestomaros, en realidad el cónsul Esio Próculo, exiliado por prevaricación.

–Su amante, el efebo Clidion, de diecinueve años.

–Porfiria, esposa divorciada de Menesio.

–Certio, peluquero de moda.

–Metalla la esedaria, amante y esclava de Menesio, la gladiadora más famosa de Roma.

–Achaica, esedaria cartaginesa de raza negra, trasladada a Roma para luchar contra Metalla.

–Lacertio, rival de Menesio en las elecciones para tribuno.

–Arpocras, encargado de lupanar.

–Hiddith, esclava bretona de Metalla.

–El veterano Cotio y los ex legionarios liberados de servicio que viajan con él.

–El leno Icrlos, que alquila jóvenes. Trabaja para Lacertio.

–Honorio, joven abogado sin causas ni recursos.

–El patricio Vitelio, tío de Patrocio y Mancinia.

–El gladiador tracio Ascletarión, sicario de Palfurnio.

–Palfurnio, propietario de gladiadores y de muchas más cosas en Pompeya, y partidario de Lacertio.

–Mnéster, agente de Palfurnio en Roma y jugador arruinado.

–Alma, joven esclava judía perteneciente al peluquero Certio. Metalla se enamora apasionadamente de ella.

–Lépido, ex prefecto de la annona que se retiró a arar los campos igual que Cincinato.

–Tito César, emperador de Roma, hijo de Vespasiano.

–Su hermana Domitila, demasiado gorda aunque muy fina.

–Su hermano pequeño Domiciano, celoso de la corona imperial que lleva Tito.

–El esclavo carbonero Hotio.

–Mesio, el intendente de las fieras en el anfiteatro.

–El financiero fenicio Khalil, ex apoderado de Menesio.

–Sertorio, responsable del spoletarium, lugar situado bajo el anfiteatro donde se remata a los gladiadores heridos.

–El mayordomo imperial Helvidio.

–Omitila, encargada de los aposentos donde se aloja Honorio los días aciagos.

–Polión, oficial corrupto y enemigo de Sila, el cual le había desenmascarado.

–El posadero LITIIIAS, instalado ante la puerta de entrada de la mina de azufre.

–La bella esclava Nais, de diecisiete años, ingenua pero segura de sí misma.

–ESPORO, agente secreto de Lacertio en Pompeya, que utiliza como tapadera un importante negocio de alquiler de caballos y carruajes.

–El lanista Efestio, propietario de una escuela de gladiadores en Herculano y desdichado competidor de Palfurnio.

–El cónsul Mutanio Faustio, al mando de la flota enviada contra los piratas

por Tito.

–Caleno Corbulón, cuyo padre, Rufo, fue asesinado por orden de Domiciano. Cluvio Estéfano, joven centurión que sirvió con Sila.

–Barbidio, vigía del puerto de Ostia.

–El legado Estabilio Caprasio FÉLIX, segundo comandante de los pretorianos. El comandante de los pretorianos, Lucrecio Fronto.

Primer episodio

Un galo en Roma

Los segadores de Sila

En la ladera de la colina donde se extendía el último campo de trigo por cosechar, bajo el sol de agosto poniéndose en el horizonte, los cuatro segadores tirados al estilo galo por sus yuntas de bueyes continuaban avanzando con movimientos irresistibles, pese al cansancio que pesaba sobre animales y hombres al término de una larga jornada de trabajo iniciada al alba.

Sin embargo, Sila oía la respiración cada vez más entrecortada en el pecho de los bueyes y veía brotar la espuma en sus hocicos. Así pues, pensó que había llegado el momento de ordenar que se detuvieran.

Se volvió hacia las otras tres yuntas para gozar, por última vez ese día, del espectáculo bien organizado de su tropa de esclavos de ambos sexos maniobrando como soldados en el campo de batalla: los boyeros dirigían a

sus poderosos animales formando una fila absolutamente recta, los segadores cogían a diestras brazadas los pesados tallos de espigas conforme éstos caían de la plataforma de la máquina y se los pasaban a las agavilladoras, todas mujeres o chiquillas, las cuales los ataban en haces perfectamente iguales con cordeles de cáñamo que agarraban con gesto decidido del manojo colocado sobre sus hombros tostados por el sol…

La fatiga se leía en los polvorientos rostros surcados por regueros de sudor, pero, a medida que percibían la mirada de su amo pasando de unos a otros, sonreían.

Sólo habían interrumpido la labor durante una hora en el momento más caluroso del día, a fin de comer las tortas de avena y el cerdo cocido que los niños les habían llevado, en jubiloso tropel, de la granja cuyos tejados se vislumbraban más abajo. Sin embargo, Sila sabía que caminarían descalzos sobre los rastrojos hasta desfallecer de agotamiento si era preciso, con las manos ensangrentadas a causa del cortante cáñamo, sin quejarse, no porque la suerte de los esclavos fuera morir trabajando, sino porque eran sus esclavos.

El ex oficial galo de las legiones los había capturado en combate uno a uno, desde Panonia hasta Persia, y se los había traído en calidad de botín de guerra. La mirada de Sila se cruzó con la de Todj, que guiaba la segadora más cercana a la suya.

Cinco años antes, la hoja de la espada de Sila, roja de sangre, había amenazado el cuello de Todj entre clamores que anunciaban el fin de una batalla. El costado del galo se hallaba atravesado por el venablo que el persa le había clavado antes de caer. Sila presionaba con la hoja, dispuesto a cortar la carótida a no ser que el enemigo tendido en el suelo pidiera perdón. Pero la mirada del vencido, demasiado orgulloso para implorar por su vida, se teñía de desprecio. Y Sila retiró la espada… Luego, debido a la pérdida de sangre, cayó a su vez de rodillas ante el bárbaro derribado. Dos hombres de su centuria se precipitaron esgrimiendo un arma para rematar al persa que acababa de herir a su jefe. Sila les ordenó que no lo hicieran.

Con el tiempo, Todj se había convertido en un excelente segador…

Sila chasqueó con la lengua a fin de detener a su buey, que no se hizo de rogar para obedecer. El animal permanecía como petrificado, temblando de pies a cabeza. Inició un largo mugido que los demás animales, inmóviles también, repitieron.

Los esclavos acechaban los gestos del amo para saber si se trataba de una pausa, pero Sila les indicó levantando una mano que la jornada de trabajo había finalizado. Varios se dejaron caer al suelo, sobre los punzantes rastrojos, mientras que Todj se apoyaba en el timón de su segadora para no desplomarse. Sila contemplaba el sol encima de la colina. Quedaban dos horas largas de luz, pero el tono malva del cielo prometía una nueva jornada de buen tiempo para el día siguiente. No tenía sentido hacer que las personas y los animales traspasaran el límite de sus fuerzas para acabar la cosecha antes del anochecer.

El crujido persistente de las espigas segadas por las hojas de las máquinas había cesado. Sobre la colina ya no se oía más que el susurro de las gavillas que eran apiladas sobre el gran carro, las risas de las mujeres que lo cargaban sabiendo que era el último y los gritos de las alondras que se peleaban en la parte del campo cuyos frutos aún no habían sido cosechados.

Sila permanecía en pie junto al timón de su segadora, con el torso también bañado en sudor bajo el blusón de lino ligero. Metió la mano en el bolsillo cosido a la altura del pecho y sacó uno de los trocitos de viburno que le gustaba masticar, manía adquirida desde que abandonara el ejército para dedicarse a las tareas agrícolas y que completaba su imagen de hombre fornido y taciturno, parco en palabras, que consideraba a los hombres y las cosas con idéntico talante en cualquier circunstancia. Al menos en apariencia…

Los niños, que se habían dormido a la sombra del gran olmo cercano al camino donde Sila ataba su caballo, fueron despertados por el silencio y se dirigieron presurosos hacia los adultos acarreando los cántaros de agua fresca. Se disputaban el honor de dar de beber al amo, armando un gran

alboroto. Sila tomó el cántaro que le tendía el más pequeño y los demás corrieron hacia los segadores, sus padres. En su calidad de hijos de esclavos que garantizaban la prosperidad del dominio eran numerosos y gozaban de buena salud, al igual que los corderos, los lechones, los pollos y los terneros.

–Ocúpate de que todos regresen -le ordenó Sila a Todj-. Di que calienten las termas para el baño.

A continuación se dirigió hacia el olmo, montó en su caballo y tomó el camino que llevaba a la granja de Patroclo, su vecino, que había puesto a la venta todas sus pertenencias -esclavos, ganado y vehículos- tras haber perdido una fortuna jugando en Lugdunum. Patroclo regresaba a Roma, donde tenía un tío del que era heredero, el cual le había conminado a abandonar definitivamente la Galia para reunirse con él. El tío había llegado a la conclusión de que su sobrino le costaría menos caro si se encontraba bajo su vigilancia en la capital que en aquella granja lejana que él mismo le comprara hacía unos años, con la esperanza de despertar el interés de aquel joven con las manos agujereadas por algo útil para su familia y para el Imperio.

Patroclo estaba tumbado en una especie de litera con abundantes incrustaciones de nácar, en lo alto de la escalinata de su villa, y se abanicaba con un espantamoscas hecho de plumas de avestruz.

–¡Sila! – exclamó con su voz de falsete al ver al galo montado en su caballo helvecio, ambos fornidos y musculosos-. Llegas demasiado tarde. Le he vendido todos los esclavos a Memnón… ¡Tú tienes la culpa! ¡Nunca vienes a vernos! Mancinia suspira por ti. ¿Merece acaso la pena tener un vecino a una milla de distancia?

Mancinia era la esposa de Patroclo, una hermosa, alta y robusta mujer del sur de Italia, a la que el romano había intentado en multitud de ocasiones arrojar en brazos de Sila para poder correr más fácilmente tras los muchachos en Vienna o en Lyon.

–¡Clemnia! – gritó Patroclo, volviéndose sobre los bordados cojines hacia el atrio de la villa, donde se veían las columnatas y el chorro de agua al otro lado de la litera-. Ve a decirle a tu señora que nuestro amigo Sila está aquí y que es preciso hacer lo imposible para que se quede a cenar.

Sila miraba a los esclavos de la granja de Patroclo reunidos en el patio, con sus ropas empaquetadas y sus hijos. El rollizo Memnón, el mercader de esclavos griego, estaba repantigado en su carpentum, el gran carro con cortinas de cuero, frente a su secretario, que se hallaba en cuclillas redactando las actas de venta en buena y debida forma sobre tablillas de cera.

–¡Siéntate! ¡Siéntate! – repitió Patroclo con premura, mientras una de las camareras traía una banqueta del atrio-. ¡Dioses magnánimos! ¡Hueles a sudor como un macho cabrío! Has hecho la siega con tus esclavos como de costumbre, ¿eh?

Sila se había sentado sin dejar de masticar el viburno y Patroclo le aferraba el brazo con una mano, suspirando:

–¡Qué músculos! ¡Qué atleta! Vosotros, los galos, sois fuerzas de la naturaleza. ¡No tardaréis en enterrarnos a todos y en convertir Lyón en capital del Imperio!

–¿Cuánto te ha dado el griego por los esclavos? – preguntó Sila, cuya impasibilidad resistía tanto la verborrea como el manoseo de su vecino.

–No llega a ochenta mil sestercios por todos. El tunante se ha presentado esta mañana antes de las once y hemos estado discutiendo hasta ahora.

Sila, sentado en la banqueta de madera encerada, pasaba revista con mirada penetrante de ¯experto en la materia al ganado humano del que Patroclo acababa de deshacerse. Se trataba en su mayor parte de galos bien alimentados y convenientemente vestidos. Patroclo era un personaje derrochón y fantasioso, pero un buen amo en el sentido de que no quería

que sus esclavos, así como tampoco los caballos o los bueyes, fueran maltratados y alojados en sucios establos. Mancinia, su esposa, montaba en cólera y condenaba a sus camareras y cocineras a ser azotadas por estropear una salsa o robar un poco de perfume, pero revocaba la pena en cuanto el forzudo encargado de aplicar los castigos aparecía con su instrumento de tiras de cuero.

–No te ha robado demasiado -comentó Sila, sacándose la ramita de viburno de entre los dientes.

Al ver que estaba totalmente masticada, la arrojó al pie de la escalinata y hurgó en el bolsillo de su blusón en busca de otra. El ex oficial de las legiones añadió: -Digamos que pierdes un treinta por ciento; pero, en contrapartida, lo vendes todo de golpe. Además, los precios van a bajar en cuestión de días. Cayo Varo ha derrotado a los germanos en el Danubio y de un momento a otro habrá cerca de cien mil prisioneros en venta en los mercados de la Galia, tanto aquí como en la Cisalpina…

–¡Varo ha ganado contra los germanos! ¿Cómo te has enterado tan pronto? ¡Siempre lo sabes todo antes que nadie!

Sila se encogió de hombros.

–Los correos del ejército se detienen en mi casa. El romano exclamó:

–¡Ese cerdo griego! ¡Si hubiera sabido la noticia que tú conoces, me habría desplumado!

–Es probable -admitió Sila, sonriendo.

–¿Por qué no me compras las tierras? – prosiguió Patroclo-. Te concederé todo el crédito que quieras. Eres un hombre con una posición sólida y en el que se puede confiar plenamente. Si añadieras mis tierras a las tuyas, tendrías un dominio magnífico.

Sila meneó la cabeza.

–Tengo de sobra -declaró.

Dijo esto con cierta melancolía, descubriendo en ese momento lo que intentaba ocultarse desde hacía algún tiempo: que se aburría en su hermosa granja, donde todo estaba en su sitio, con seis devotos esclavos a quienes había enseñado a guiar bueyes y caballos de labor, cuando ellos, sobre todo los persas, se habían enfrentado a él en carros de combate. Los persas eran los mejores arqueros del mundo; él los había convertido en boyeros modelo. ¿Era precisamente eso lo que resultaba fastidioso? ¿El hecho de que aquellas fieras se hubiesen transformado en corderos y que la paz de los campos, las puestas de sol sobre los tallos segados y las risas de los niños portadores de cántaros frescos hubieran reemplazado los horribles ruidos de los combates, formados por el tintineo del hierro entrechocando, los estertores de hombres degollados y los relinchos de caballos desbocados?

Notó que Patroclo, hombre de gran agudeza, le observaba con curiosidad, como si le calara de arriba abajo. Después de todo, tal vez Sila no estuviera tan seguro de sí mismo. ¿Por qué vivía solo? Patroclo sabía que su vecino había convertido en su amante a la hermana de uno de sus prisioneros persas, que había elegido voluntariamente la esclavitud para permanecer junto a su hermano y de la cual el amo se había enamorado. La había dejado embarazada y la joven murió al dar a luz un hijo que no sobrevivió.

Sila puso fin a los mudos interrogantes de su vecino romano.

–He venido para comprarte los carros -dijo.

Patroclo poseía excelentes carros de roble, auténticas obras maestras de la técnica gala, fabricados en tierra de los redones*1. Era lo mejor del género que se hacía en el Imperio. Cuando entraron en la Galia, los romanos, que se creían más espabilados que los demás, tuvieron que rendirse a la evidencia. En construcciones de madera, carpintería, industria del vidrio y metales, los galos eran los más expertos. En las casas de Roma, las ventanas no tenían cristales, sólo batientes de madera; las galas, en cambio, estaban

acristaladas. Los romanos habían hecho el ridículo yendo a los baños y preguntando para qué servía aquello, cuando el esclavo les entregaba un trozo de jabón. Nunca lo habían visto. Y todo el mundo recordaba que los soldados de César se habían quedado boquiabiertos ante las segadoras*2 que los galos inventaran tiempo atrás, mientras que en Italia se seguía cosechando con ayuda de la guadaña e incluso de la hoz.

1. Tribu gala cuya ciudad principal era Rennes.

2. Aquellas segadoras eran empujadas por dos bueyes uncidos en la parte trasera. Una hoja colocada delante cortaba los tallos de trigo, que caían sobre una plataforma.

Patroclo, tras instalarse con un sustancioso capital proporcionado por su tío Vitelio, había encargado los carros a un comerciante que recorría las granjas y presentaba todas las producciones de la firma bretona en modelos reducidos, y había hecho un excelente negocio.

Los carros de Sila estaban en las últimas.

–¡Son tuyos! – exclamó Patroclo, agarrando una vez más el musculoso brazo de su vecino-. No discutiré de dinero con un amigo. Di tú el precio. ¡Me tapo los oídos!

Acto seguido, unió cómicamente el gesto a la palabra.

–Los grandes a dos mil sestercios -declaró Sila- y los pequeños entre quinientos y trescientos, según el estado…

Patroclo apartó las manos de las orejas, fingiendo que hacía trampa y escuchaba las cifras enunciadas por Sila; luego acercó su rostro al de su vecino para susurrar:

–Por ese precio, te doy además a Mancinia.

Se echó a reír en el momento en que su esposa salía del atrio y aparecía en

lo alto de la escalinata, maquillada, perfumada y con el magnífico pecho indiscretamente cubierto con un corpiño transparente, cual Juno personificada.

–¡Sila! – exclamó-. ¿No me engañan mis sentidos? ¡Tú aquí, en nuestra modesta morada! ¡Por Venus, estás todavía más seductor cuando hace tiempo que no te has bañado! Pondré a mis muchachas a tu servicio para que te laven y te den un masaje. No saldrás con vida… Cuando estemos en Roma, tú serás lo único que echaré en falta de aquí. – Mancinia interrumpió su discurso para bostezar-. Me aburro mortalmente. Me he pasado el día durmiendo y aún tengo ganas de volver a acostarme. Contigo -añadió, acercando los labios al oído del galo-. ¡Patrocio no se ha enterado! – comentó, riendo.

–¿Por qué no te vienes con nosotros a Roma? – preguntó éste-. Te invito a casa de mi tío. Se sentirá honrado de recibir a un héroe de las legiones como tú. ¡Cuando pienso que nunca has estado en la Ciudad! ¿Por qué no te marchas delante con Mancinia, en cuanto hayas acabado la cosecha? La escoltarías durante el viaje. Yo me reuniría con vosotros quince días más tarde, después de haber resuelto todos los asuntos pendientes…

–¡Sí, sí! – exclamó Mancinia, sentándose en la banqueta al lado de Sila y pasándole un brazo por los hombros-. ¡Acepta! ¡Acepta, Sila! Tomaremos el camino más largo… Así, mi querido esposo tendrá tiempo de desvirgar al pequeño Xantias, el bailarín que sedujo la semana pasada en el odeón de Vienna. A eso es a lo que él llama asuntos pendientes de resolver…

–No le hagas caso, Sila, por favor… ¡Se lo está inventando! – interrumpió Patroclo-. Y todo para intentar que olvide que la encontré acostada con Clemnia ayer, a la hora de la siesta, después de que me despertaran con los gritos de becerras en celo que lanzaban al unísono.

Pero Sila ya no escuchaba. Conocía de sobra el dúo que Patrocio y Mancinia interpretaban ante él cada vez que los visitaba. El galo miraba el carro con cortinas de cuero del mercader griego, que traqueteaba tras su tiro de cuatro caballos mientras cruzaba el pórtico de la granja que daba al

camino.

La tropa de esclavos machos y hembras, con su progenie, se ponía en marcha tras el pesado vehículo, a bordo del cual el negociante en ganado humano se desplazaba con sus muebles de campamento, sus tablillas de cera y sus bolsas de monedas guardadas en cofres. Los hombres y las mujeres que habían trabajado en aquella granja durante años, acompañados de los niños que habían nacido allí, partían por el camino hacia un destino desconocido…

A la entrada del atrio, las camareras de Mancinia y los asistentes de Patroclo, que se habían acercado en silencio, observaban también aquel éxodo que habría podido ser el suyo si el amo y la ama no hubieran decidido conservarlos para llevarlos a Roma con ellos. Ésa era la suerte de los esclavos y debían soportarla sin rechistar.

Sin embargo, no era tal el caso de una chiquilla que debía de tener unos catorce años y que no se resignaba a dejar la granja sin derramar lágrimas. Sila la observaba mientras ella permanecía al final de la tropa, que acababa de franquear el pórtico entre el ruido de las ruedas del gran carro. La chiquilla abrazaba a una anciana que se encontraba sentada en uno de esos taburetes de tres patas que se utilizan para ordeñar las vacas. Hasta entonces, la vieja se había confundido con el rebaño de los que esperaban el momento de la partida, pero ahora permanecía sola en el patio con la jovencita, que se había arrodillado ante ella y lloraba.

–¿Quién es esa vieja? – le preguntó Sila a Mancinia.

–¡Es un monumento! – bromeó la dueña de la villa-. No le falta mucho para cumplir cien años. Estaba aquí cuando compramos el dominio. Lo resiste todo y aún ordeña las vacas.

–El griego no la ha querido -explicó Patroclo-. Ha dicho que retrasaría la marcha de los demás y que, de todas formas, estiraría la pata por el camino. ¿Sabes lo que ha contestado ella? «¡Ya veremos si vives tanto como yo!», le ha espetado. «Y eres tú quien retrasará la marcha de los demás, con lo que

pesas, cuando montes en la barca de Caronte.» Todos se han echado a reír, y el griego estaba furioso. «Si no fueras tan vieja, te haría azotar», le ha dicho. «No has querido comprarme», ha replicado ella. «¿Con qué derecho podrías ordenar que me azotasen? ¡Eres demasiado avaro y demasiado griego para pagar ni un miserable as para obtener el placer de ver curtir la piel de mis viejas nalgas!»

Patroclo reía al recordar la escena que se había desarrollado ante él en el transcurso de la tarde de regateos con Memnón.

–¿Y esa chiquilla que no quiere marcharse? – prosiguió Sila, al ver a uno de los sirvientes del mercader de esclavos regresar al pórtico para llamar a la jovencita que se había quedado rezagada-. ¿Quién es?

–Su padre y su madre murieron el año en que se produjo la gran epidemia de viruela. No quiere abandonar el lugar donde se encuentran enterrados sus padres.

La pequeña tenía unos grandes ojos negros en un rostro desfigurado por el dolor y llevaba la larga cabellera recogida en un moño.

Sila sacó el bastoncillo de viburno de entre sus labios y frunció imperceptiblemente el entrecejo. El sirviente del griego arrastraba hacia el camino a la pequeña, que ya no lloraba, amedrentada por el látigo que el hombre esgrimía en la mano. La vieja permanecía sentada en el taburete, muy erguida, sin que su arrugado rostro expresara ningún sentimiento.

Sila se levantó de la banqueta de madera encerada.

–¿Por cuánto se la has vendido al griego? – le preguntó a Patroclo. El romano hizo un gesto evasivo.

–No me acuerdo. Quizá trescientos sestercios… ¡Sí, eso es, trescientos sestercios! Lo único que sabe hacer esa chica es ocuparse de los corderos. Probablemente, ni siquiera ha aprendido a cocinar. ¿Qué te ocurre? – preguntó Patroclo, sorprendido, al ver que Sila empezaba a bajar la

escalinata-. ¡Eh! ¿Te interesa esa chica? ¿Por qué no has venido esta mañana? ¡Te la habría regalado! Ahora es del griego, y figura en el acta de venta…

Mancinia había agarrado al galo por un brazo y gemía.

–¡Sila! ¡No te irás así! ¡Tú te quedas a cenar con nosotros! Todas mis muchachas están dispuestas a pasar la noche contigo. ¡No necesitas a esa enclenque que no tiene ni pechos! ¡Eres realmente el colmo!

Sila se volvió para sonreírle.

–No te preocupes por mí. Vendré mañana a cenar. Ya habrá finalizado la cosecha y podré beber tanto vino como tu esposo y tú. ¡Salud, Patroclo! Te traeré el dinero de los carros.

–¡Galo salvaje! – exclamó Mancinia-. Ni siquiera me ha besado antes de marcharse.

El carpentum de Memnón avanzaba siguiendo el alto muro de piedra que rodeaba los jardines de la villa de Patroclo; los esclavos caminaban tras él en silencio. El sol ya había alcanzado el horizonte y el cielo se había tornado de color malva. Sila llegó a la altura del carro montado en su caballo a pelo, con el calzón galo utilizado para los trabajos del campo. El mercader estaba medio tendido, con su enorme vientre hacia delante y las piernas abiertas sobre los cojines de cuero, y comía pepinillos agridulces que le ofrecía su esclavo secretario en una copela de alabastro.

–¡Salud, griego! – dijo Sila. – ¡Salud, campesino!

Era, en efecto, el aspecto que tenía el ex oficial de las legiones con el cansancio de la jornada de trabajo reflejado en el rostro y sus ropas tejidas en la granja, similares a las que llevaban sus esclavos.

–¿Tú también tomas el camino de Vienna? – prosiguió el griego-. Si es así, deja que mis hombres se encarguen de tu caballo y ven a jugar una partida

de dados conmigo.

Sila exhibió su parca sonrisa y meneó imperceptiblemente la cabeza.

–No dijo-. No voy tan lejos y me daría demasiado miedo perder jugando contigo. Me quedaría sin mi cosecha antes de que avistáramos el Ródano.

El vientre del griego se bamboleó a causa de la risa.

–¡A veces pierdo, no creas, campesino!

–Yo te haré ganar dinero de otro modo -replicó el galo-. Te compro una de las muchachas que Patroclo acaba de venderte.

–¡Vaya, vaya! – exclamó el griego, con la prudencia característica del comerciante-. ¿Por qué no has venido a comprarla antes que yo, siendo como eres de esta región?

–Estaba ocupado en los campos. Nosotros trabajamos toda la jornada. No sólo un día de vez en cuando, como los mercaderes de animales o de esclavos…

–¡Eh, eh! – le interrumpió el griego-. ¡De eso nada! ¡Todos los destripa terrones sois iguales! Creéis que sois los únicos que os esforzáis para ganaros la vida… ¡Mira! El sol está a punto de ponerse y todos los campesinos han regresado a sus granjas, donde se disponen a acostarse con sus mujeres o con las de sus esclavos, mientras que yo todavía no he cerrado mi comercio y tengo a mi secretario a punto para tomar el estilete y redactar un acta de venta. En fin, ¿de qué muchacha se trata? ¿De la bretona alta y rubia, que sabe asistir a las vacas en los partos y curar a las yeguas enfermas? Te advierto que es cara. Tengo un cliente para ella al otro lado de Lugdunum, en una propiedad donde hay dos mil bovinos y la más hermosa cría de caballos de esta región de la Galia. En casa de Servio Acrisio, ¿lo conoces?

–Lo conozco -respondió Sila-. Pero no es esa la que me interesa. Curo a mis

animales yo mismo.

–Estoy convencido de ello -le soltó el griego en tono irónico, dirigiendo una mirada a las ropas del galo y a las toscas sandalias de cuero que veía sobre los flancos del caballo helvecio.

–La muchacha que quiero no sabe hacer nada. Es la pequeña de catorce años, la que se ocupaba de las aves y los corderos.

–¡Ésa! – exclamó el orondo mercader-. ¿La morena del moño?

–Sí, ésa -asintió Sila.

El griego le haría pagar un precio exorbitante, pero, tal como iba el asunto, no podía ser de otro modo. Sila vio que el griego reflexionaba, sin duda calculando cuánto se le podía robar a aquel ingenuo que se metía de tal modo en la boca del lobo.

–Es una lástima -declaró por fin-. No está en venta.

–Una lástima, en efecto -admitió Sila, tras haber permanecido también unos instantes en silencio, atento al paso del caballo y al ruido de las ruedas del carro.

El voluminoso hombre colocaba el listón en lo más alto, con la intención de desplumar a su cliente sin piedad.

Miró a Sila con una especie de curiosidad divertida.

–¿Te gusta esa pequeña?

–Te he dicho que quería comprarla.

–Eso no responde a mi pregunta -observó Memnón-. Lo que quiero saber es si la quieres para que cuide tus aves o para otra cosa…, digamos más personal. – Se echó a reír como remate a la frase y luego prosiguió, ante la

falta de respuesta del galo-: Tienes buen gusto. Precisamente a mí se me había ocurrido lo mismo. Tú eres experto en tierras, forrajes y es probable que también en ganado. Pero estarás de acuerdo conmigo en que los hombres y las mujeres son mi especialidad… A cada cual su oficio, ¿no te parece? Esa pequeña está muy bien hecha. Dentro de dos o tres años será muy hermosa. Además, voy a enseñarle a bailar y a tocar la flauta, y también le enseñaré lo que puedes imaginar y que tú también deseas enseñarle, si he entendido bien, y cuando sepa todo lo necesario la enviaré a Roma, donde mi socio tiene un importante negocio, para que saque de ella el máximo beneficio.

Sila continuó avanzando junto al carro sin responder. Al cabo de un rato dijo de pronto:

–Te equivocas, no pensaba en eso. De todos modos, comprendo que se trata de tus intereses y que tienes derecho a defenderlos como te parezca oportuno… ¿Cuánto valdrá la pequeña cuando sea como la has descrito?

–En Roma, bien vendida a una alcahueta a la edad de diecisiete años, diez mil sestercios. Tal vez quince, si le ha caído en gracia a un ricachón que ya haya pasado la sesentena y necesite a una muchacha capaz de despertar lo que la edad ha dormido en él…

Memnón rió entre sus cojines de cuero. Sila dejó que se divirtiera un instante y luego le cortó:

–De acuerdo por diez mil.

Pronunció esas palabras en un tono frío, tachándose interiormente de imbécil. ¡Diez mil sestercios por aquella pequeña desdichada! De nuevo le dominó la sensación de que se aburría en su vida de granjero acomodado y de que estaba haciendo una tontería para distraer su aburrimiento.

Memnón había dejado de reír y clavaba en el galo una mirada de asombro.

–Eso no es serio -dijo.

–En efecto -admitió Sila-, pero lo que está dicho está dicho. Memnón se encogió de hombros con gesto malhumorado.

–¡No hay nada dicho! Lo que te he dicho al principio es que no quería venderla. Quiero a la pequeña para mí, para que te enteres. Esta noche llegaré a mi casa, en Vienna, haré que se dé un baño para disipar los olores de cordero y gallinero, y empezaré a ocuparme de ella… -Hizo una pausa y después prosiguió en un tono de comerciante enzarzado en una conversación de negocios, esta vez sin bromear-: No soy vendedor. Si quieres otra de las muchachas, dime cuál y te haré un precio razonable.

–Gracias -contestó Sila-, pero la que me interesaba era ésa. Continuaron avanzando uno junto al otro. El griego fue el primero en volver a tomar la palabra.

–Oye -dijo-, si la pequeña te atrae, te propongo un trato. Detendré el carro, me apearé, ordenaré que la traigan, tú montarás en él con la chica, me pagarás mil sestercios y la desflorarás. Te la dejaré media hora. Así, tendrás lo que deseabas y no te quedarás con las ganas. A mí eso no me interesa. Prefiero que otro haga el esfuerzo antes que yo y entrar por un camino ya abierto. Es una proposición honesta, ¿no? Si no llevas dinero encima, no importa; me firmarás una tablilla. Debes de tener dinero en un banco de Vienna, como todo el mundo en estos contornos, ¿no? ¿Es correcto, campesino? – concluyó con jovialidad.

–Es correcto -asintió Sila-, pero puedes irte a tomar por culo.

El galo había pronunciado esas palabras en un tono duro que Memnón recibió como si fuera una bofetada.

–¡Eh, eh! – exclamó éste-. ¿Qué modales son ésos? ¡Ni siquiera te lavas y pretendes dar lecciones a los demás! ¿Por quién te tomas? ¿Sabes quién soy yo en Vienna y en Lyón?

–Sé muy bien quién eres, en Vienna, en Lyón y en cualquier parte -

respondió tranquilamente Sila.

Por un instante había notado que la cólera se apoderaba de él, pero había recobrado la sangre fría. ¡La desdichada, que lloraba porque no quería ser separada de los restos de sus padres!

El griego abrió la boca para seguir dándose importancia, pero Sila le quitó la palabra.

–Y también sé lo que eres por la noche, y lo que eres cuando no eres mercader de esclavos…

–¡Cuidado con lo que dices, destripaterrones! – protestó a gritos el otro-. ¡Si me injurias, presentaré una demanda contra ti al pretor de Vienna!

–¿Acaso te he injuriado?

–¡Te dispones a hacerlo! Soy un honrado comerciante a quien protegen todos los patricios de la región, que son mis clientes y con frecuencia mis deudores. Si dices una palabra inconveniente delante de mi secretario, lo citaré como testigo de tus acusaciones difamatorias y serás condenado en justicia a pagar una elevada multa.

Sila meneó la cabeza.

–Más bien haz bajar a tu secretario. Es preferible para ti. A no ser que esté al corriente de tus actividades ilegales y deshonestas…

–¡Ojo con lo que dices, campesino! – amenazó Memnón. Luego se detuvo en seco, reflexionó un instante y le ordenó al esclavo que le llevaba las cuentas-: ¡Baja, imbécil! Déjame discutir con este patán. ¡Vamos, largo de aquí! Manténte veinte pasos detrás del vehículo…

–¡En buena hora! – exclamó Sila-. Te estás volviendo razonable.

El esclavo secretario había saltado del carro y se alejaba por el camino.

Cuando estuvo a una buena distancia, el galo empezó:

–El día de las calendas de junio compraste veintitrés bueyes de matanza que habían sido robados una semana antes cerca de Autun. Tú se los revendiste a un helvecio que realiza transacciones de ese tipo en Lugdunum.

–Muy bien -dijo el orondo griego-. No te preocupes… ¡Lo único que hace falta es demostrarlo!

–Eso es cosa fácil -replicó lacónicamente Sila-. Te encargaste de que cruzaran el Ródano la noche siguiente en una barcaza, cerca de Bibractium…

–¿Estabas allí para verlo? – repuso Memnón en tono de burla.

–Yo no, pero sí uno de mis antiguos soldados.

–¿Antiguo soldado? ¿Estás en el ejército? – preguntó con voz inquieta el voluminoso mercader de esclavos, que ahora comprendía que había subestimado a quien él llamaba «destripaterrones».

–Lo estuve, pero me retiré. Le entregaste doscientos cincuenta sestercios al barquero para que transportara los bueyes y olvidase que lo había hecho…

–¿Eso es todo? – lloriqueó el otro con rabia.

–No -contestó -. Está también el asunto de las joyas que robaron en la villa de Demetrio el Griego, un compatriota tuyo, que tú compraste por la quinta parte de su valor sabiendo muy bien de dónde procedían y que hiciste llegar a Roma confiándoselas a Vingatio, el batelero, que las transportó hasta Marsella para que fueran embarcadas en una galera perteneciente a Estrabo, el comerciante en vinos de Narbona…

–¿Uno de tus antiguos soldados trabaja quizá en uno de los barcos de Vingatio? – preguntó con ironía el griego, cuyos mofletes se habían tornado blancos y relucían de sudor.

–En efecto.

–¿Y cuánto va a costarme todo eso? – preguntó el mercader de esclavos con la voz quebrada.

–Nueve mil setecientos sestercios -le espetó Sila.

–¡Para! – ordenó a voz en cuello el mercader de esclavos, dirigiéndose al postillón que montaba el caballo que encabezaba el tiro.

El pesado carpentum se detuvo tras un grito del postillón.

El griego se colocó a cuatro patas sobre los cojines y sacó de debajo de su blusa una llave, que llevaba colgada al cuello sobre la carne grasienta. Con aquella llave abrió un cofre lleno de monedas de oro y de plata.

–¿Qué haces? le preguntó el galo desde lo alto de su caballo.

–Voy a darte lo que me has pedido, y espero que por ese precio tendré el placer de no volver a verte jamás…

El mercader empezó a contar monedas de oro de mil sestercios, apilándolas entre sus rollizos dedos.

–Para ser griego, no tienes ni un ápice de malicia -comentó Sila en tono irónico-. No has entendido nada.

El otro lo miraba, con el oro en las manos, temiendo un nuevo chantaje por parte de aquel ex militar que sabía demasiadas cosas de él.

–He dicho que te costaría nueve mil setecientos sestercios porque hace un momento estaba dispuesto a darte diez mil por la muchacha y tú los has rechazado. Ahora te la compro por la cantidad que le has pagado a Patroclo: trescientos sestercios, ni uno más. Diez mil menos trescientos hacen nueve mil setecientos, que acabas de perder, por lo tanto…

Sila había sacado de la bolsa de cabritilla que llevaba en la cintura, bajo el blusón, tres monedas de plata de cien sestercios y se las arrojó al griego. Las monedas cayeron sobre los cojines de cuero.

–Llama a tu secretario -dijo en tono imperioso el ex oficial de las legiones- y dile que redacte el acta de venta. Date prisa. El sol se está poniendo y mañana tengo trabajo.

El griego, incrédulo, miraba al galo agachado ante sus cofres.

–Sabías todo lo que me has dicho y, sin embargo, ¿estabas dispuesto a pagar diez mil por la pequeña? – preguntó, atónito.

Sila escupió con una mueca de asco el bastoncillo de viburno que había masticado durante la conversación hasta el punto de hacerlo papilla.

–No me gusta meterme en los asuntos de los demás, mientras los demás no se metan en los míos -repuso, cortante.

Sila había hecho montar a la muchacha a la grupa de su caballo. Ésta se agarraba a sus caderas para no caer y, en algunos momentos, el galo notaba que se apretaba contra él.

Tras haber rescatado a la pequeña y dejado al griego, el ex oficial se dirigió hacia el pórtico de la villa de Patroclo y entró en el patio. Ya no había nadie en lo alto de la escalinata desde donde, poco antes, Patroclo y Mancinia habían asistido con él a la marcha de los esclavos. Tan sólo la vieja permanecía sentada en su taburete en medio del patio desierto, en el silencio roto por los tristes mugidos de una vaca inquieta por la mudanza que, en una tarde, había trastornado el universo apacible de la granja.

El galo detuvo su montura después de dar tres pasos por el patio.

–¡Eh, vieja! ¡He comprado a la pequeña! – exclamó, al tiempo que le hacía dar media vuelta al caballo para que la buena mujer pudiese ver a la

muchacha, sentada a horcajadas detrás de él.

–No hace falta que te vuelvas. Ya había visto sus piernas enlazadas con las tuyas -repuso la anciana-. Sabía que la traerías de nuevo.

–Al parecer, lo sabes todo.

–He tenido tiempo de aprender a leer lo que hay en los ojos de las personas -replicó ella.

–¡Eso está bien! dijo Sila sonriendo-. ¿Podrás llegar caminando hasta mi casa antes de que se haga de noche? Mañana solucionaré el asunto con Patroclo para que te quedes allí.

–Si es mi destino, caminaré sin dificultad.

–Recoge tus cosas y reúnete con nosotros. Si hay algo que pese demasiado, déjalo. Me encargaré de que vengan a buscarlo mañana.

La anciana se encogió de hombros.

–No te preocupes. Lo pesado está en mi corazón y nadie que no sea yo puede llevarlo.

–¡Por Venus! – exclamó Sila-. ¿Hay alguien capaz de lograr que cierres el pico?

Ella se echó a reír mientras se levantaba del taburete para ir en busca de sus ropas.

–¡La Parca! Ella será quien tenga la última palabra, dentro de poco.

Las tablillas de Menesio

El sol había desaparecido al otro lado de la colina, al pie de la cual se alzaban los edificios de la granja de Sila, aunque los muros blanqueados con cal del gran patio seguían iluminados por el resplandor del cielo incendiado por el crepúsculo. El ex oficial galo se sentó en el banco de piedra situado ante la puerta baja por la que se accedía a sus aposentos, en espera de que el baño estuviera a punto, triturando otro bastoncillo de viburno y divirtiéndose con el espectáculo de las esclavas que acababan de salir de las termas y que se peinaban unas a otras o secaban a los niños desnudos, en medio de gritos y risas.

Se disponía a dar la orden de que cerraran el pesado portón de castaño hasta el día siguiente, cuando el galope precipitado de varios caballos resonó en el camino, al otro lado de los altos muros. Cuatro jinetes irrumpieron en el patio, con su haz de venablos tras la espalda, su espada en la vaina y colocada de través sobre la manta de la montura, aires de conquistador y actitud arrolladora. Por la coraza adornada con apliques dorados y el casco empenachado del que iba al mando, Sila los reconoció como sirios de la IV legión de caballería. Estúpidos sirios que se tomaban por superhombres desde que habían participado en la conquista de Panonia con Lucio Turio Varo. El matamoros en cuestión encabritó ridículamente a su caballo en medio del patio, como si estuviese en el circo, y lanzó una mirada presuntuosa a cuanto había a su alrededor: las mujeres salidas del baño, los graneros donde se alineaban carros y vehículos, el gran montón de grano, ya cribado, que los esclavos habían comenzado a guardar en sacos bajo el cobertizo desde el inicio de la siega y, por último, las ocas, que parpaban en su recinto antes de dormirse.

El oficial sirio volvió su caballo hacia Sila, que continuaba sentado en el banco de piedra.

–¡Salud, campesino! – dijo-. ¿Dónde está tu señor?

Sila frunció ligeramente el entrecejo y se tomó tiempo para responder al

patán que irrumpía de tal modo en casa de un ciudadano romano, como si el mundo entero le perteneciera.

–Mi señor está en Roma -contestó al fin, exagerando a conciencia su acento galo de la región lionesa.

Hizo una pausa, disponiéndose a añadir que su señor era el Emperador -al que los dioses protejan y asistan- y que al Emperador no le gustaba que sus soldados se condujeran incorrectamente con la población civil de las provincias, pero el sirio no le dio tiempo a hacerlo.

–¡Está bien! – repuso éste-. Cuando venga tu señor, dile que su granja nos ha gustado, y también sus ocas y sus mujeres. ¡Desmontad! – ordenó a sus soldados-. Haremos noche aquí. Hay ocas bien rollizas y mujeres que no lo están en exceso.

Los jinetes rieron y bajaron de sus monturas, mientras su superior sacaba de una bolsa una moneda de plata de veinte sestercios y la arrojaba en dirección a Sila. La moneda rodó hasta los pies del galo.

–¡Ahí va eso a cambio de dos ocas asadas! – anunció-. Elígenos cuatro muchachas para desplumarlas y mañana, cuando las hayamos ensartado, a las muchachas y a las ocas, habrá otro tanto para ti.

El oficial saltó del caballo y se plantó delante de Sila luciendo su impecable uniforme, con las piernas abiertas enfundadas en altas botas de cuero blanco bordado de donde salían unos muslos musculosos.

Era alto y muy fornido, con un torso corpulento bajo las placas metálicas de su coraza de caballería, de pelo oscuro, grandes ojos negros y hermosa boca: el típico militar engreído.

Se volvió hacia los otros tres, que se habían dirigido hacia el grupo de mujeres para empezar a hacer de las suyas con ellas. Eran esclavas y no podían protestar. Los soldados eran los soldados y en el campo aquellas cosas sucedían así cuando se hacía un alto para acantonarse en una granja.

Sila se sacó el bastoncillo de viburno de la boca y lo examinó en actitud pensativa. Seguramente, la IV legión de caballería remontaba el valle del Ródano para ir a relevar al norte de Bélgica a la legión Corelia, que se encontraba allí desde hacía más de un año y, dicho sea de paso; debía de estar hasta la coronilla de los paisajes brumosos y de las rollizas nalgas de las muchachas de ese país. Sila sabía de qué iba el asunto. En otros tiempos, había pasado dos inviernos allá arriba convenciendo a los bátavos de que permanecieran tranquilos. Aquellos cuatro cerdos, incluido su oficial con uniforme dorado, habían sido enviados delante para establecer un acantonamiento de etapa en Vienna.

Luego Sila vio que la pequeña -la que había comprado hacía un rato salía del baño a su vez y se unía al grupo de las mujeres y los niños. Ahora llevaba el pelo suelto; acababa de lavárselo y le caía hasta más abajo de la cintura. Sila se fijó por vez primera en que tenía unos pechos incipientes y unas piernas largas y torneadas, y pensó que, en efecto, aquel puerco griego tenía buen ojo para elegir a las muchachas entre los rebaños de esclavos destinados a ser vendidos a los destripaterrones, como él decía. Ésta se convertiría muy pronto en una mujer hermosa.

Satón, el asistente de Sila, salió de los aposentos por la puertecilla que daba al patio y se inclinó sobre el hombro de su señor para decirle que el baño estaba a punto. Pero Sila hizo un gesto con la mano para indicarle que esperase, pues el engreído de la IV legión se había plantado delante de la pequeña, que peinaba sus cabellos tras haberse arrodillado sobre un viejo trozo de alfombra que las mujeres utilizaban para sentarse en el patio.

–¡Eh, palomita! – exclamó-. ¿Te estás poniendo guapa para mí? – Acto seguido se inclinó sobre ella y la cogió de la barbilla-. Eres exactamente lo que necesito. No temas. Tengo una gran espada, pero sé utilizarla con delicadeza.

Los soldados rieron con complacencia, pero la voz de Sila se elevó al otro extremo del patio.

–¡Eh! ¡Oficial! – El fornido militar se volvió, sorprendido. El galo seguía sentado en el banco de piedra, pero su tono había cambiado y hacía saltar en su mano la moneda de plata que había recogido del suelo-. Toma tu dinero -dijo-. Mi señor sólo vende los animales en el mercado. Te regala dos ocas, pero no le gusta que ensarten a sus muchachas.

Sila estiró el brazo y la moneda de plata salió disparada a través del patio en dirección al oficial. El galo constató con una mirada que Todj había desaparecido, así como los otros tres persas, y esperó la reacción del militar.

Éste se echó a reír.

–¡Oh! Velas demasiado por los intereses de tu señor, campesino, y eso no te beneficia. – Y, como si aquel galo no fuera digno de ser tomado en consideración, se volvió para agarrar a la pequeña de las caderas y la levantó, mientras ella se debatía, antes de estrecharla contra sí y besarla a la fuerza en la boca, riendo-. ¿Verdad, preciosa? – añadió dirigiéndose a la muchacha-. Coge la moneda y tendrás otra igual mañana por la mañana…

Sila se había levantado del banco.

–¡Basta, oficial de la IV legión! Ve a hacer la guerra a otro lado con tus cazadores de ocas. Montad en vuestros caballos y dejad que los campesinos se acuesten con quien les parezca. En Vienna hay burdeles y podéis llegar en dos horas.

El fornido militar miraba a Sila con una mueca de incredulidad. Permanecía al lado de uno de sus soldados, que todavía llevaba los venablos en su estuche de cuero a la espalda. Cogió uno sonriendo y, con un gesto seguro de atleta entrenado en los combates, lo lanzó con todas sus fuerzas en dirección al temerario campesino. El venablo silbó muy cerca del rostro de Sila y se clavó, vibrando, en el batiente de madera que servía para cerrar de noche la puerta de los aposentos ante la que permanecía el galo.

El soldado ya le había pasado otro venablo al oficial. Éste ordenó en tono amenazador:

–¡Ve a acostarte, palurdo! De lo contrario, serás tú el que acabes ensartado…

Los soldados rieron y el oficial hizo el movimiento de busto hacia atrás que anunciaba la partida del arma que blandía; pero en ese mismo momento varios silbidos de flechas atravesaron el patio. Una de ellas se clavó brutalmente en la base de las plumas del casco del oficial, arrancándoselo de la cabeza, mientras que las otras golpeaban, tintineando, las placas de su coraza. El oficial no lanzó el venablo. Había dejado de reír, pues el silbido furioso era el de las flechas de guerra, que él conocía muy bien y que eran portadoras de muerte…

Alzó la cabeza hacia los tejados de la granja. Tres siluetas de arqueros destacaban contra el cielo crepuscular, con los arcos preparados para escupir de nuevo. A continuación, el ruido de los batientes del portón que se cerraban, empujados por unos esclavos que habían salido de un granero, informó a los cuatro militares que se hallaban presos en el patio. Los esclavos permanecían ante el portón armados con horcas de remover estiércol, ofreciendo una imagen súbitamente feroz. Reinaba ya la noche en el camino desierto y las primeras turmas* de la IV legión no pasarían por allí antes del día siguiente…

1. Escuadrones de caballería romanos.

Sila había arrancado el venablo del batiente de madera donde se había clavado, cerca de su cabeza, y avanzó hacia el oficial fanfarrón, también arma en mano. Ya no tenía aspecto de campesino y el otro se percató. Sila apoyó la punta del venablo entre las placas de la coraza del militar, sobre su pecho.

–¡Esto no está hecho para ser lanzado en los patios de las granjas, oficial! –dijo con dureza-. Cógelo antes de que te lo clave.

En ese momento se oyó el ruido de una galopada al otro lado de los muros que rodeaban el patio, y el pisoteo precipitado de una manada de caballos

retumbó junto al portón, con el entrechocar de armas y escudos.

El oficial sirio, que reía entre dientes, recobró el aplomo al reconocer los cascos de la caballería.

–¡Eh, galo! ¡No eres tan astuto como crees!

Se oyeron órdenes dadas a gritos y el crepitar de antorchas de resina que eran encendidas al otro lado del muro. El vivo resplandor de éstas se extendió por encima del portón, iluminando los tejados y llegando hasta el patio. Un toque chillón de la tuba -la trompeta reglamentaria de caballería- desgarró el aire y una voz estentórea ordenó, al tiempo que daban golpes contra la madera del portón:

–¡En nombre de César Imperator, abrid al cónsul Rufo Vecilio Estrabo! Los caballos piafaban al otro lado del portón, emitiendo relinchos nerviosos como si los hubieran hecho detenerse en el transcurso de una carrera frenética. Sila levantó la cabeza hacia Todj y los demás arqueros. Ya no estaban en el tejado.

–¡Abrid! – ordenó a los esclavos que montaban guardia.

Los dos batientes del portón se separaron, dando paso al cónsul Vecilio, envuelto en una capa roja que cubría su torso desnudo y montado en un magnífico caballo negro. El animal llevaba el pecho impregnado de espuma y se movía con impaciencia, sacudiendo el bocado de plata maciza. Las antorchas hacían brillar los rostros de ébano de los jinetes de la escolta del cónsul que las sostenían: unos nubios de gran altura, con pieles de pantera a modo de sillas y portando largas lanzas a la espalda.

La mirada del cónsul Vecilio, un hombrecillo delgado, de nariz larga y pómulos salientes, se desplazaba con asombro del oficial de la caballería siria, que recogía del suelo su casco con una flecha clavada en la cima, a Sila, vestido como un esclavo y con un venablo del ejército en la mano.

–¡Selene! – gritó el cónsul, dirigiéndose al oficial sirio-. ¿Qué hacéis

vosotros aquí? ¿Qué le ha sucedido a tu casco? ¡Deberíais estar en Vienna hace mucho! ¡Apartaos de mi vista! ¡Ordenaré que os arresten si no llegáis allí esta noche antes que nosotros! Sila -prosiguió, volviéndose hacia el galo-, ¿es ésta tu granja? Es magnífica. ¡Eres un hombre con suerte! Desgraciadamente, no tengo tiempo para quedarme a cenar contigo. Debo estar en Lyon esta noche. ¡Hemos galopado como el viento! ¡Mira los caballos! Vienen de Berbería y están furiosos. Nunca habíamos contado con tan buenas monturas…

Uno de los nubios había desmontado para sujetar la brida del caballo negro, que seguía piafando y encabritándose mientras el cónsul Vecilio hablaba y los cuatro jinetes sirios se apresuraban a montar y salir del patio.

–¿Qué hacía Selene en tu casa? – continuó el cónsul-. ¿Le tuviste bajo tus órdenes? ¡Es un imbécil! ¡Cree que ha salido de las entrañas de Júpiter, pero yo creo que ha salido de otro sitio! ¿No te parece? La víspera de mi partida pasé la velada con Menesio y me dio un mensaje para ti…

El cónsul acercó la mano a una especie de portapliegos de cuero rojo colgado del cuello de su semental, levantó la solapa y sacó una tablilla envuelta en una cinta sellada con cera. El nubio que sujetaba el caballo negro con una mano la cogió y se la tendió a Sila.

–Menesio te tiene en gran estima -prosiguió el cónsul-. No paró de hablarme de ti y me hizo jurar que te entregaría la tablilla en mano… ¿Sabes que se presenta al tribunado? ¡Será una batalla a muerte! Toda la Ciudad habla del asunto. ¡Jamás había visto a un hombre tener tantos enemigos! Pero eso es lo que sucede en Roma cuando alguien es demasiado valioso. ¡En marcha! No podemos retrasarnos… -Vecilio alzó la mirada hacia el cielo de verano sembrado de estrellas-. ¡Qué noche! La tranquilidad de los campos y la suavidad del verano… Me habría gustado quedarme para degustar una de tus aves y saborear tu vino, pero le prometí al Emperador que no me detendría en el camino. ¿Sabes que Corelio está agonizando? Los cirujanos no han logrado curar su herida. El Emperador quiere que llegue junto a él a tiempo para que me ceda el mando de la legión y me ponga al corriente de todo. ¡Salud, Sila! Si te aburres con tus esclavos y tus

cosechas, ya sabes lo que puedes hacer. ¡Coger tu mejor caballo y unirte a mí allá arriba! Tendrás un puesto privilegiado en el estado mayor de la Corelia… Eres el mejor oficial de información que conozco. ¡Sí, sí! ¡No seas modesto! ¡Vamos! – añadió, dirigiéndose al nubio que le sujetaba el caballo-. ¡Monta y pongámonos en marcha!

Al tomar las riendas que el nubio soltaba, el petulante caballo negro se encabritó, relinchando, y el cónsul se dirigió dando una vuelta acrobática hacia el portón. Vio justo a tiempo delante de él, a la luz de las antorchas, a una anciana que entraba en la granja con un hatillo hecho con una sábana anudada en la mano.

–¡Eh, abuela! – exclamó Vecilio-. ¡He estado a punto de derribarte! ¡Por los dioses!, ¿acaso quieres morir bajo las patas de un caballo? ¿Por qué viajas de noche?

La anciana, que llegaba en ese momento de casa de Patroclo, mantenía el cuerpo tan erguido como de costumbre y miraba sin temor al cónsul, espléndido con su hermosa capa púrpura y rodeado por los reflejos de las armas perfectamente bruñidas.

–Yo voy a lo mío -respondió la mujer en tono sosegado-. ¡Tú, ni siquiera es a lo tuyo a lo que vas!

–¡Caramba! – repuso el cónsul, riendo-. ¡He aquí una vieja con la lengua ágil! ¡Sila! – añadió, volviéndose hacia el galo-, ¿es tuya?

–Mi vecino ya no la quería -explicó el galo.

–¡Pues has hecho una buena adquisición!

–Caballero sobre un caballo negro tiene cita con la muerte -sentenció la vieja, mirando al cónsul y su montura.

–Tal es, en efecto, la suerte de los soldados – replicó el cónsul, sonriendo.

Luego pensó que Corelio, a cuyo encuentro se dirigía a toda prisa, estaba a punto de morir y se quedó pensativo-. ¿Conoces el porvenir, abuela? –preguntó.

–¡Por desgracia! – respondió ella-. ¡Me atormenta más que el presente!

–Me dispongo a entrar en campaña -dijo el cónsul Vecilio-. ¿Puedes decirme si saldremos victoriosos?

La vieja se encogió de hombros.

–Si te digo que sí, te mostrarás demasiado confiado y el enemigo se aprovechará de la situación. Así pues, permíteme que calle. Que cada cual siga su camino, que cada cual tenga su destino, y todos nos encontraremos al final… -concluyó, pasando por delante del caballo del cónsul tan segura de sí misma corno siempre. Cuando llegó ante Sila, le dijo a éste-: Aquí me tienes. Dime dónde me instalo.

El galope de la escolta del cónsul resonó al otro lado del muro de la granja y fue alejándose hasta desaparecer. La luz de las lámparas de aceite que los esclavos habían encendido reemplazó el resplandor de las antorchas de resina partidas con los jinetes nubios.

Sila sintió el peso de su soledad. Luego recordó que tenía en la mano el mensaje de su amigo Menesio.

Sila se sentó en la cama y cortó con un estilete la cinta que mantenía juntas, una contra otra, las dos tablillas, una de las cuales contenía el mensaje de Menesio. La hoja quebró el sello de cera que garantizaba que el secreto de la correspondencia había sido escrupulosamente respetado. El galo separó las dos tablillas y leyó lo que había grabado.

A Sila, mi amigo, ¡salud! Vecilio, que te lleva esto, te dirá que aspiro al tribunado en medio de una gran agitación. Mi vida les resulta odiosa a muchos y te pido que vengas a Roma a reunirte conmigo para ayudarme a conjurar los peligros que me amenazan. Nadie podría hacerlo mejor que tú,

en esta ciudad donde todo el mundo traiciona a los demás por dinero o a cambio de un cargo. No tardes y recibe el recuerdo fiel de Menesio.

Sila volvió la tablilla grabada con el sello de Menesio -una rueda dentada entre dos espadas, sobre la silueta de una nave- y luego la dejó en la mesa baja que había ante la cama. Recordó la noche en que Menesio les había salvado, a él y a sus hombres, de la muerte o de un terrible cautiverio. Desobedeciendo las órdenes del cónsul Quintilio Yago, cuando la legión se retiraba a marchas forzadas para escapar al asedio del enemigo, el legado del cuerpo de ingenieros que entonces era Menesio había vuelto atrás con una veintena de hombres para prestarle ayuda. Hizo que arrastraran una balista por una pista empapada para poder tender sobre un barranco un puente improvisado sin el cual el destacamento de Sila, al que habían ordenado que se internara en territorio enemigo para provocar disturbios, jamás habría podido regresar con los suyos.

«Si transgredes mis órdenes -le había dicho Quintilio a su legado- y no tienes éxito, reza para que los dacios te capturen a ti también. Porque, si regresas al campamento, serás degradado y expulsado del ejército con una mención infamante por insubordinación…»

Pero Menesio había tenido éxito en su empresa. Se llevó todas las cuerdas que había encontrado en el bagaje de la legión y, por medio de la balista, las lanzó atadas a pesadas piedras al otro lado del escarpado barranco, por el fondo del cual fluía un torrente que las incesantes lluvias caídas durante la última semana habían hecho crecer considerablemente. Los cables enviados a la otra orilla mediante tal procedimiento fueron tensados y sus hombres tendieron un puente colgante. Menesio fue el primero en cruzarlo para adentrarse en las rocosas colinas, resbaladizas a causa de la lluvia, donde suponía que Sila y sus exploradores, expulsados de todas partes por los dacios tras haber prendido fuego ocho días antes a sus reservas de forraje y hecho perecer a un gran número de sus caballos, se habían ocultado con la esperanza de poder cruzar el torrente cuando las lluvias cesaran.

Eso era lo que había hecho Menesio, el rico romano que, sin embargo, no necesitaba recurrir a la guerra para ampliar sus empresas y su flota

mercante, pero que servía como legado siguiendo la tradición de los patricios. Y porque lo había hecho, Sila podía estar esa noche en su granja, a punto de darse un baño para reposar de las sanas fatigas de la siega.

1. Si se considera que el título de cónsul corresponde al grado de general, el legado sería equivalente al de coronel.

2. Máquina de guerra que lanzaba piedras o petróleo inflamado a una distancia de doscientos metros.

El galo se levantó de la cama y acabó de quitarse la ropa. Una vez desnudo, se dirigió hacia el baño, separado de su habitación por un largo pasillo de muros construidos con piedra y mortero. Entró en la estancia abovedada, donde le esperaba su asistente, Satón. El baño era una gran tina de piedra de lava, provista de tres escalones por los que se descendía para sumergirse en el agua caliente. Sila se sentó en el último y Satón empezó a enjabonarle la espalda, sofocado por el calor que despedían las piedras calentadas al fuego sobre las que había arrojado agua hacía un rato.

Sila decidió que partiría al día siguiente y pensó en todo lo que aquello implicaba en lo referente a la granja.

Hablaría con Todj y le comunicaría la intención que tenía hace tiempo de libertarlo y de dejarle a cargo de la granja siempre que él se ausentase.

El persa ya hablaba muy bien latín; además, ¿acaso no existía entre Sila y él ese vínculo que había supuesto la muerte de su hermana Marga y del hijo que ésta llevaba en las entrañas? Mientras los dedos de Satón frotaban sus hombros para extraer de ellos todo lo que la transpiración y el polvo de la siega habían introducido en el transcurso de la jornada, Sila vio ante sí los grandes ojos negros de Marga, la mirada desesperada que le había dirigido cuando comprendió que iba a morir… Si Marga estuviera ahora con él, se la llevaría, a ella y a su hijo, a casa de Menesio. Menesio tenía un palacio en Roma, con numerosos aposentos, jardines, esclavos, criados y guardas. También tenía propiedades en la campiña romana, villas a orillas del mar, cerca de Ostia y de Pozzuoli, los dos grandes puertos donde se hallaban

situados sus depósitos marítimos.

Pero Marga no iría a Roma porque dormía en su tumba al fondo del jardín… Fue entonces cuando Sila se acordó de la pequeña, de la que le había comprado al griego para que no la alejase de la tumba de sus padres, enterrados como perros, sin lápida sepulcral, en algún lugar detrás de los establos de la granja de Patroclo.

–¡Satón! Ve a buscar a la vieja -ordenó-. ¿Sabes de quién te hablo? De esa que ha llegado hace un momento de casa de Patroclo.

–Sí, señor.

–Dile que se instale con la pequeña que ha venido conmigo en la habitación que hay junto a la cocina de mis aposentos. Vivirán allí y tú te ocuparás de que nadie las moleste… -Hizo una pausa y luego anunció-: Mañana saldré de viaje.

–Bien, señor -dijo Satón.

Las reglas no permitían que Satón preguntara adónde iba su señor y si estaría mucho tiempo ausente. Pero, sin que Satón dijera una sola palabra, Sila añadió:

–Me voy a Roma y estaré allí bastante tiempo. Todj dirigirá la granja y tú la casa.

–¡Gracias! Gracias, señor -dijo Satón, inclinándose, tras haber dejado de enjabonarle.

Tal vez un día su señor lo libertara…

–Ahora, déjame. Ve a buscar a la vieja y muéstrale su habitación.

Sila se había tumbado en la cama con una túnica de lino bordada. Había apagado la lámpara de aceite que estaba en la cabecera, pero el sueño no

venía. Mañana… En cuanto amaneciera, iría a Vienna a caballo y embarcaría en uno de los pontones que descienden por el Ródano hasta Marsella a gran velocidad, guiados por pilotos hábiles que no temen ni a los rápidos ni a los escollos que siembran el lecho accidentado del río. Llegaría a Marsella en dos días y se dirigiría directamente a los depósitos de la compañía naviera de Menesio. Una vez allí, mostraría la segunda tablilla contenida en el mensaje que le había traído el cónsul Vecilio, y lo embarcarían de inmediato en una nave de la compañía que partiera en dirección a Ostia. Ostia se encontraba a una hora de Roma a caballo…

Sila, comprendiendo que no dormiría, encendió de nuevo la lámpara de aceite. Luego se oyeron unos pasos y alguien llamó a la puerta.

–¡Abre! – dijo la voz de la vieja desde el otro lado-. Ya ves que esta noche no está hecha para el sueño.

–¿Qué quieres, vieja? – preguntó Sila.

–Lo que quieras tú, puesto que te pertenezco. ¿quieres?

Sila rió y se levantó para ir a abrir.

Descorrió los cerrojos. La anciana tenía cogida de la mano a la pequeña, vestida con una túnica blanca que le cubría el cuerpo hasta los descalzos pies y con la larga cabellera suelta sobre los hombros. Ahora, con el rostro sereno y aquellos grandes ojos azules que tenía estaba hermosa. La vieja le había maquillado ligeramente las mejillas y los labios, y de repente Sila vio a la mujer en que aquella joven virgen se convertiría muy pronto.

–Te traigo lo que te pertenece -dijo la vieja, empujando a la pequeña hacia el interior de la habitación-. ¿No está hermosa? Y ¿vas a despreciar tu bien, comportándote como un amo que no administra su casa como es debido? Sila frunció el entrecejo.

–No es a ti a quien corresponde decidir eso -repuso en un tono de enfado. La vieja lo miró con severidad.

–¡Te marchas de viaje y permanecerás ausente mucho tiempo! Al menos, eso es lo que dice tu asistente. ¿Es verdad? ¿Partes mañana?

–Al alba -respondió Sila.

Desde luego, esta esclava no temía hacerle preguntas a su amo…

–¿Sabes cuándo regresarás? – prosiguió la mujer, en un tono de vehemente reproche. Sila iba a contestar, pero la vieja le quitó la palabra-. Sé que tardarás mucho tiempo en volver, y ¿quién marcará con el hierro candente a tu oveja, que te esperará día tras día? ¿Quién le imprimirá la marca de aquel a quien pertenece? ¿Quieres que sea otro quien lo haga en tu lugar durante tu ausencia?

Pero ¿sabes acaso lo que Sila, desconcertado, no respondía. La pequeña bajaba la vista.

La vieja se acercó a la lámpara y la apagó de un soplido, sumiendo la estancia en la oscuridad.

–Ara y siembra cuando es el momento de hacerlo -masculló mientras salía.

Cerró la puerta tras de sí, dejando al amo y a la esclava solos a la débil luz que se filtraba por la rendija de una ventana. La luz de la noche de verano sembrada de estrellas…

Sila corrió los cerrojos y regresó a donde estaba la pequeña para cogerla de la mano.

La mano de la chiquilla estaba caliente, y ella apretaba los dedos de su señor en busca de protección.

–¿Cómo te llamas? – le preguntó Sila en voz baja.

–Haedunna -murmuró la pequeña.

Él se inclinó para acercar el rostro al suyo y vio que le sonreía.

Los rápidos del Ródano

Por la mañana, Sila envió a Todj a casa de Patroclo con una tablilla en la que le informaba a su vecino y amigo que partía hacia Roma, en respuesta a la llamada de un compañero de las legiones, galo como él, que se encontraba gravemente enfermo y le pedía que acudiese a la cabecera de su lecho antes de que las Parcas cortasen el hilo de su vida. Luego montó en su caballo helvecio, en el patio de la granja, mientras los esclavos se agrupaban para dirigirse a los campos y acabar la siega. Varias mujeres se acercaron a besarle los pies cuando estuvo instalado en la silla, como si presintieran que el amo partía para permanecer fuera mucho tiempo y por un grave motivo. Éste les recomendó que procuraran que reinase la concordia entre todos durante su ausencia y les comunicó que había delegado su autoridad en Todj; después se alejó, con el corazón dividido entre la emoción de abandonar el universo en el que reinaba como si fuese un dios y el placer, olvidado desde hacía tiempo, de reconciliarse con la vida de aventura que siempre había llevado antes de retirarse del ejército.

Como el calor del sol todavía no se había apoderado del paisaje de rastrojos, constelados por los tallos de trigo dispuestos en montones en espera de ser almacenados, lanzó su caballo al galope por el camino de tierra batida que serpenteaba al pie de las colinas. No tardó en divisar la granja de Patroclo más abajo. Dos jinetes, en los cuales reconoció a Todj seguido de Patroclo en persona, salían de allí. ¡Patroclo a caballo! Aquello era un verdadero acontecimiento. El sobrino de Vitelio sólo se desplazaba en carro o en litera, para no magullar las delicadas carnes de su trasero.

–¡Sila! – exclamó el romano cuando se encontraron-. ¡Realmente, tu

crueldad no conoce límites! Tenías que cenar con nosotros esta noche. Ya había ordenado que fuesen a buscar hielo a Vienna para refrescar los vinos y preparar los sorbetes…

Patroclo llevaba aún la túnica de noche, bordada con diminutas flores, y transpiraba abundantemente a causa del esfuerzo poco habitual que había realizado para interceptar la carrera de su vecino hacia el embarcadero.

–¡Lo siento muchísimo, Patroclo! Pero mi amigo me ha hecho saber que se encuentra a las puertas de la muerte y debo apresurarme…

–¡Es preciso, pues, estar en las últimas para gozar de tu compañía! –exclamó el romano con su voz de falsete-. ¿Debo cortarme las venas delante de ti para que aceptes cenar en mi casa? Mancinia se ha desmayado cuando le he dicho esta mañana que partías para Roma sin ella, contrariamente a lo que acordamos ayer…

–No habíamos acordado nada -señaló el galo.

–De cualquier modo, ¡no puedes hacerle una afrenta semejante a Mancinia! Se está preparando. Ya han enganchado su carro y te alcanzará por el camino. ¿Conoces a Cimón, mi auriga, y mis dos caballos grises? ¡Pueden llegar a Vienna antes que tú!

En ese momento se oyeron gritos y un ruido de ruedas, y los tres hombres volvieron la cabeza hacia el porche de la villa de Patroclo, que se divisaba unos ochocientos metros más abajo. Un carro tirado por dos caballos salió entre los batientes abiertos del portón. El polvo humeaba bajo los cascos de los dos caballos tordos que avanzaban cuesta arriba. El auriga, como buen conocedor del terreno, se apartó del camino y cruzó con decisión a través de los campos, enfilando directamente hacia el grupo de los tres jinetes que permanecían en lo alto de la colina, mientras Mancinia, sonriente, se agarraba con una mano a la barra de sujeción y agitaba la otra en su dirección. El vehículo llego a la altura de Sila y Patroclo en tres minutos. Mancinia, cuyo voluminoso pecho destacaba bajo el ligero vestido, le indicaba al cochero que prosiguiera sin detenerse.

–¡Adelante, Cimón, adelante! ¡Demuéstrale a ese galo que monta una jaca de labor lo que son auténticos caballos! – Al pasar ante Sila, le espetó, riendo a carcajadas-: ¡Esta vez no te me escaparás, Sila!

El galo sonrió y sacó del bolsillo una de sus ramitas de viburno.

–¡Qué mujer tienes, Patroclo! Es una fuerza de la naturaleza…

–Exacto -repuso el sobrino del acaudalado Vitelio exhalando un suspiro-. Haría falta un soldado como tú con toda su tropa para satisfacerla… Te la confío -añadió, sujetando al galo por un brazo-. Sé que está en buenas manos. ¡Que los dioses te protejan en Roma! – concluyó-. Nos veremos allí el mes que viene…

Sila calculó la hora por la altura del sol. El pontón de las once no atracaría antes de cuarenta minutos en el embarcadero que se divisaba en el río, flanqueado por un grupo de casas donde se hallaban los comercios que vivían de la escala, dos millas más abajo de la ciudad.

Los dos caballos grises del carro de Mancinia avanzaban ahora al paso, empapados de sudor, y Sila se puso al galope para adelantar al vehículo. Al llegar al edificio de la Rodania, la compañía que explotaba los pontones, dejó el caballo en manos de uno de los esclavos y se acercó al empleado responsable de la escala, que se hallaba bajo un tejadillo, sentado ante una especie de escritorio. – Salud, Sila -dijo el empleado.

–Salud, Tercio. ¿Hay plazas en el pontón de las once para Marsella? El llamado Tercio consultó las tablillas que tenía ante sí.

–Va completo -declaró-. ¿Por qué no nos ha enviado a alguien para hacer la reserva?

–Ha sido una decisión improvisada, y la mujer de Patroclo viaja conmigo… -El segundo camarote oficial no ha sido reservado. Si el prefecto o alguien así no se presentan en el último momento para ocuparlo, será para

vosotros…

–Gracias, Tercio. Voy a hacer un recado. Cuento contigo.

El galo se dirigió hacia las tiendas agrupadas un poco más allá y entró en la joyería, donde también se vendían cuchillos, bolsas de viaje, objetos de aseo y juguetes para los niños.

–Salud -dijo al entrar el ex oficial de las legiones-. Quisiera una pulsera de esclavo.

El comerciante, un hombrecillo rechoncho y calvo, con los dedos repletos de anillos y una lupa de joyero atada a un cordón grasiento que colgaba de su cuello, se levantó del taburete donde estaba sentado. Tenía las piernas tan cortas que no pareció mucho más alto que antes. Volvió ligeramente el cuerpo hacia el mueble con cajones situado detrás de él, contra la pared, y preguntó:

–¿Qué medidas tiene vuestro esclavo? ¿Es un hombre o una mujer?

–Una jovencita -respondió Sila.

El hombre abrió un cajón y el galo vio una hilera de esas pulseras de cobre que llevaban los esclavos en el tobillo.

–No la quiero de cobre -decidió el ex oficial, meneando la cabeza.

–No son caras -arguyó el calvo que creía que a su cliente le parecía un gasto excesivo-. Puedo dejaros ésta por dos sestercios setenta… Las de bronce no cuestan mucho menos, y, si es para una sirvienta de la casa, el cobre causa mejor efecto. Evidentemente -añadió, con una mueca de desprecio-, si la va a llevar para realizar trabajos en el campo o los establos…

Todos aquellos destripaterrones de la región, que exportaban su trigo y sus bovinos hasta lo más recóndito de Italia, eran inmensamente ricos, pero tan tacaños como los demás.

–De oro -indicó sucintamente Sila, acercando una mano a la ramita de viburno que trituraba entre los dientes desde que entrara en el comercio.

El hombrecillo de cortísimas piernas le miraba ahora con ojos de asombro.

–¿De oro?

Una pulsera de tobillo pesaba mucho, y de oro costaría una bonita suma. ¡Para marcar a una esclava!

–Tengo prisa -dijo Sila, cortante-. Debo embarcar en el pontón de las once.

El hombre se apresuró a sacar el cajón de las pulseras trabajadas en metales preciosos, que estaba cerrado con llave, y lo colocó sobre el mostrador, entre él y su cliente. El cajón contenía una veintena de pulseras de plata y media docena de oro.

–Dispongo de menos variedad en oro, evidentemente -se excusó, sonriendo con servilismo.

Vio que Sila sacaba un paquete de tablillas de madera, cada una de las cuales llevaba un sello de cera con el distintivo del Banco Vienense de los Alóbroges.

El dedo del galo señalaba la pulsera más maciza.

–Ésta -dijo-. ¿Cuánto vale?

El hombre depositó el objeto sobre la balanza.

–¡Mirad, señor! – exclamó-. Pesa más de seis onzas… -El comerciante desvió la mirada hacia las tablillas sobre las que su cliente se disponía a inscribir el montante de la compra con el pequeño estilete atado a una cinta-. Mil seiscientos ochenta sestercios -anunció con cierta inquietud.

Esperaba que el granjero regatease y había dicho aquella cantidad pensando que la rebajaría hasta mil quinientos, pero el estilete de Sila grabó rápidamente la cifra en números romanos. El hombre encendió una lamparilla de aceite para ablandar la cera del sello y Sila apoyó el anillo sobre ésta, inscribiendo su marca personal: una espada entrecruzada con la cifra veintiuno, la de los veintiún años que había pasado en el ejército, desde los dieciocho hasta los treinta y nueve, edad que tenía en el momento en que se retiró para comprar la granja. Luego dijo que la pulsera debía ser llevada a la granja del oficial veterano Sila, en el camino de Vienna a Rutium, y le tendió el cheque al joyero, que ya había reconocido el sello del banco más importante de la ciudad de Vienna. Dicha ciudad, que fue fundada mucho antes que Lugdunum, habría sido la primera capital de la Galia en lugar de ésta, si los imbéciles de los vienenses no hubiesen apostado por el caballo perdedor, como un atajo de patanes que eran, al atacar por sorpresa a la retaguardia de las fuerzas de César, el cual acababa de remontar el valle del Ródano tras haberse detenido en sus tierras. Le habían recibido con reverencias y las llaves de la ciudad en una bandeja. César, furioso, había vuelto atrás, había hecho entrar en razón con severidad a los vienenses, decapitando a todos los notables del lugar, y, por supuesto, había establecido su campamento, destinado a convertirse más tarde en Lugdunum, cincuenta kilómetros más arriba, en un recodo del Ródano donde en aquella época no existía ninguna aglomeración urbana.

El joyero inclinó la cabeza respetuosamente antes de guardar el cheque en un cajón y, tras coger un estilete y prepararse para escribir en una tablilla, preguntó:

–¿Qué deseáis poner en el grabado, señor?

–Grabarás lo siguiente: Soy Haedunna, pertenezco a Sila, oficial de las legiones, que me aprecia…

El hombre miró a su cliente.

–Es…, es un poco largo, señor. Corremos el riesgo de que no quepa, o de que la letra quede muy pequeña… -Y, frunciendo el entrecejo, se aventuró a

proponer-: Haedunna pertenece al oficial Sila, que la ama… ¿Os parece apropiado?

Sila, sorprendido, permaneció en silencio un instante. ¿Llegaría a amar a la pequeña, que se había entregado a él la noche anterior con el sufrimiento reflejado en el semblante, y de nuevo al amanecer, cuando él la había poseído de nuevo, con un gemido de placer?

El otro acechaba con una sonrisa idiota la respuesta de su cliente. La campana que anunciaba la llegada del pontón de la compañía Rodania sonó fuera.

–Está bien -dijo Sila.

Cuando la puerta del camarote se cerró tras los dos, Mancinia se arrojó en brazos de Sila.

–Por fin -murmuró, apretando su hermoso pecho contra el del galo y acercando a él la boca, con una irreprochable hilera de blancos dientes impregnados de un aliento delicioso.

Mancinia bajó la mirada, y sus ojos, ornados con largas pestañas negras, se quedaron en blanco.

–Muero de amor, Sila -prosiguió-. Hace meses que sólo tengo a mis camareras… Sueño todas las noches contigo y con tu olor a macho. Imaginaba que me poseías en los campos donde haces la siega y que olías a sudor…

Su mano descendía hacia el sexo de Sila. Pero, al llegar allí, encontró una calma total.

–¡Oh, oh! – exclamó, riendo, al tiempo que introducía su lengua puntiaguda entre los labios de su compañero de viaje-. La pequeña de ayer ha pasado antes que yo y se lo ha llevado todo… -No obstante, continuó ofreciéndole sus besos, que Sila no rechazaba, y se desabrochó el vestido, dejando al

descubierto sus pechos de generoso volumen-. Pero yo utilizaré todos los medios a mi alcance y, si mi mano no logra despertarte, mi lengua se encargará de hacerlo…

Sila empezó a excitarse, pero en ese momento alguien llamó a la puerta del camarote. Mancinia interrumpió sus caricias.

–¿Qué ocurre? – preguntó el galo.

–El servicio de comidas, señor -dijo una voz inocente al otro lado de la puerta.

Sila fue a descorrer el cerrojo y un joven desgarbado, con la túnica de uniforme de la compañía, apareció en el umbral, dejando entrar con él el rumor de los rápidos que el pontón descendía a gran velocidad. La luz era crepuscular. Una gran ola saltó sobre la barandilla y salpicó la espalda del muchacho.

Éste llevaba en la mano las listas con los platos disponibles y comenzó a enumerarlos.

–Hay un surtido variado de pescados ahumados de Escandinavia y toda clase de jamón de la Galia, cocido o ahumado, y también salchichones. En Lyón hemos embarcado vulvas de cerda calientes, croquetas en salsa y aves al vino. Todo eso se mantiene al calor hasta las diez. Tenemos tres variedades de vino blanco y cuatro de vino tinto. Los blancos son de Béziers, de Mosela y bitúrigos. En cuanto a los tintos…

Mancinia le quitó la palabra:

–¡Por todos los dioses! ¿No te das cuenta de que tengo hambre de algo muy diferente a la vulva de cerda, grandísimo bobo?

–Tráenos un surtido de jamón y de carnes frías, y vino de Mosela con hielo -intervino Sila, que buscaba un denario en la bolsa que llevaba atada a la cintura, bajo la túnica-. ¡Date prisa! Y después no vuelvas a molestamos…

El papanatas se inclinó, se guardó la moneda y salió. Unos minutos más tarde regresó acompañado de un niño. Entre los dos llevaban varias bandejas y un cesto que contenía las garrafas de vino y el cubo del hielo.

El camarote fue invadido por platos y comida. Una vez el cerrojo corrido, Mancinia comió y bebió en abundancia. Luego, con los ojos brillantes y el rostro coloreado por el vino, se quitó la ropa y apareció ante su compañero con todo el esplendor de su hermoso cuerpo.

Sila contemplaba el generoso espectáculo del prominente monte de Venus ornado con una negra pelambrera, de los muslos anchos y firmes y de las largas piernas de aquella belleza italiana.

Ella apoyó ambos brazos en los hombros del galo y acercó de nuevo una boca glotona.

–¿Te sientes decepcionado? – susurró-. No está tan mal, ¿no te parece? Su mano acarició el pecho musculoso del oficial de las legiones. Después empezó a dirigirse más abajo.

–Veamos si continúas insensible a mis caricias -añadió, riendo. Esta vez, la voluntad de Sila se mostraba firme y rígida.

–¡Ah, Sila, mi soldado! ¡Esto que tienes aquí es un venablo! – exclamó la bella romana, cerrando la mano sobre el arma preparada para el combate amoroso. A continuación, abrió el pantalón que Sila llevaba al estilo galo y se inclinó para aproximar una boca amorosa hacia la carne que continuaba apretando entre los dedos.

Sila cerró los ojos y se dejó caer hacia atrás, sobre la litera con colchón de lana del camarote de lujo del pontón número XXXVIII de la Compañía de Transportes Fluviales del Ródano y del Rin, denominada corrientemente «la Rodania».

1. De Burdeos

Mancinia emitió un potente grito al liberar el orgasmo, que convulsionaba todo su cuerpo, al tiempo que clavaba las uñas en la espalda de Sila. Luego se relajó de golpe, abandonándose bajo el peso de su amante. Una sonrisa de felicidad inundó su semblante, hasta entonces crispado por el violento placer que la dominara durante el largo abrazo, entrecortado por diestras caricias, que la había unido a Sila. Éste retiró la mano que había colocado sobre la boca de su compañera para ahogar sus gemidos, por temor a que la oyeran en el camarote contiguo, donde con toda probabilidad se hallaban los dos importantes personajes que habían subido a bordo en Lyón, es decir, antes de la escala realizada en Vienna, donde el galo había embarcado en compañía de la esposa de Patroclo.

El propio Sila había experimentado dos veces el supremo placer entre los brazos de la corpulenta belleza morena y quiso expresarle su gratitud. – Ahora lamento no haber aceptado antes lo que me ofrecías susurró contra el rostro de la hermosa italiana.

La apacible sonrisa no se había borrado de los rasgos de su amante. Sila se desasió para tenderse al lado de ella, interrogando con la mirada el bello rostro. Pero los párpados de largas pestañas se habían bajado. Mancinia, exhausta por el intenso orgasmo que le había permitido liberar todos los deseos acumulados durante meses y que Patroclo no se preocupaba de saciar, se había dormido. Sila sonrió y colocó las manos bajo la cabeza para instalarse cómodamente junto al costado ardiente de la joven. Sí, Venus le había colmado… Ayer, la pequeña Haedunna se había entregado a él con amor, transportada por el reconocimiento que le inspiraba, y él había experimentado el placer de penetrar a una virgen que le ofrecía lo único que poseía en el mundo. Hoy, aquella espléndida estatua de carne vencida por el sueño le hacía un presente suntuoso… Sila pensó en lo que había mandado grabar en la pulsera de oro destinada a su joven esclava. ¿Amaría a aquella pequeña como había amado a Marga, la hermana de Todj, que los dioses finalmente le habían arrebatado?

El ex oficial de las legiones notó que se le encogía el corazón. ¿Por qué había dejado a la pequeña tras de sí al día siguiente de su primera noche?

Menesio poseía bastantes palacios para alojarla junto a él. Menesio… Al repetir mentalmente el nombre de su amigo, el patricio al que le debía la vida y en busca del cual iba para pagarle esa deuda, Sila comprendió de repente que su oído acababa de percibir ese mismo nombre pronunciado en el camarote contiguo, a través del tabique revestido de madera noble contra el que había apoyado la cabeza tras haberse separado de Mancinia.

En efecto, se oía un murmullo, en algunos momentos ahogado por el ruido de las aguas agitadas del Ródano al golpear los flancos del potente pontón, que proseguía su descenso a través de la noche guiado por pilotos que conocían todos los recodos del río, y en otros, por el contrario, enunciando con más claridad un fragmento de frase, cuando los que conversaban al lado animaban su charla con palabras vehementes.

Sila acercó un oído al tabique y concentró allí toda su atención.

–En este asunto, el propio Lacertio se deja manejar -dijo una de las voces en el camarote contiguo.

«¿Quién es ese tal Lacertio?», se preguntó Sila. La voz prosiguió:

–Menesio no llegará al tribunado… Existe un medio de impedírselo, y ese medio se utilizará, podéis estar seguro de ello, estimado amigo…

–¿No querréis decir que va a ordenar asesinarlo? – preguntó la otra voz.

El estruendo que produjo una ola al azotar brutalmente el pontón silenció parte de la respuesta. Sila, con los cinco sentidos puestos en la conversación, oyó de nuevo:

–Cuando mataron a Rufo Corbulón en la cacería, nadie relacionó el hecho con él, por supuesto, pero yo sé que tenía hombres en la región. Además, no olvidéis que a Rufo le gustaba cazar solo, con sus famosos perros corredores germanos de los que tan orgulloso se sentía y que le ojeaban los jabalíes prácticamente entre las piernas. Ignoro cómo se las arreglará, pero, si yo estuviera en el lugar de Menesio, me ocuparía de mi compañía

naviera, de mi banco y de mis amantes, y olvidaría el tribunado… Él desea el poder y lo obtendrá empleando los medios que sean necesarios. Ha infiltrado agentes en la policía de Roma para dividirla, tiene hombres por doquier y os aseguro que…

Unos golpes en la puerta del camarote interrumpieron al que hablaba, que dio la orden de entrar. Sila distinguió a continuación un tintineo de platos y comprendió que los sirvientes habían ido a retirar los restos de la colación de los dos prestigiosos viajeros, poniendo término a su conversación.

Después, los dos hombres se desearon buenas noches en el umbral del camarote. Uno de ellos, que debía de ocupar un camarote normal, se despedía de su interlocutor, el cual sin duda era un prefecto o un pretor que regresaba a la capital tras un recorrido de inspección.

Al otro lado del tabique se hizo el silencio. Sila, tendido junto a Mancinia, que continuaba dormida, escuchaba el rumor del río y los breves gritos que daba de vez en cuando el piloto situado en la parte delantera del pontón con la misión de detectar los remolinos a la luz de la luna, y que informaba también al encargado de dirigir, en la parte trasera, las maniobras de los dos pesados remos destinados a gobernar la nave. A bordo de dicha nave, arrastrada por el torrencial Ródano, Sila acababa de entrar de lleno en la aventura para la que Menesio le había llamado… ¿Quién era ese «él», ese poderoso personaje al que se refería su vecino de camarote? ¿Quién quería detener la carrera de Menesio hacia el tribunado y por qué? Sin duda, el propio Menesio ilustraría a Sila en Roma acerca de ello en cuanto se entrevistaran. «Ha infiltrado agentes en la policía de Roma para dividirla, tiene hombres por doquier…» Contra aquellos hombres, y contra la propia policía de la Ciudad, Sila tendría que luchar, él que jamás había puesto los pies en aquella capital donde vivían un millón de hombres y mujeres, decenas de millones de desarrapados, legiones de ladrones, escuadras de asesinos y tropas de prostituidos de ambos sexos.

Luego, Sila, agotado por los trabajos del campo y los esfuerzos dedicados a Venus durante las últimas veinticuatro horas, se sumió en el sueño junto al generoso cuerpo de Mancinia.

–Esta vez no me mientes, ¿verdad, Sila? ¿Me juras que vendrás a buscarme a casa de Vitelio en cuanto hayas solucionado tus asuntos con tu amigo?

En el muelle del puerto de Ostia, donde la galera que realizaba el trayecto Marsella-Roma acababa de desembarcar a sus viajeros, Mancinia, sin preocuparse de las miradas que atraía su belleza, oprimía impúdicamente contra su amante su pecho y su vientre, todavía repletos de las emociones experimentadas durante dos noches de amor.

–¡Eres realmente más terco que una mula de la Galia! ¿Por qué no quieres finalizar el viaje conmigo? – prosiguió, señalando con la mirada el carro de alquiler, con auriga y dos caballos enganchados, que permanecía a la espera de ejecutar la santa voluntad de la bella romana-. Yo podría dejarte en casa de tu amigo. Apenas llegarás una hora antes a Roma con tu caballo, y te perderás en la Ciudad. No eres consciente de la circulación que hay en Roma y de la complicación de sus calles…

El galo negó con la cabeza.

–No te preocupes por mí -dijo, sonriendo.

Tras haber desembarcado del pontón en Marsella, en compañía de Mancinia, Sila había pasado sin detenerse por delante de las oficinas de la compañía marítima de Menesio -que evidentemente tenía una agencia en todos los puertos del Mediterráneo, desde España hasta Palestina- y había optado por embarcar con la joven en una nave de otra compañía, a fin de que nadie sospechara el objeto de su viaje. La conversación escuchada la víspera a través del tabique del camarote le había servido de lección. No estaba dispuesto a darle a conocer ni a Mancinia ni a nadie que pudiera estar observándole la dirección de Menesio y, por consiguiente, el objeto de su viaje.

–Consultaré un plano de Roma. Ya sabes que me he pasado años guiándome por mapas y que estoy acostumbrado…

La joven, renunciando a convencerle, lo besó con ternura.

–En fin, no me quejaré más… Te he tenido prisionero durante dos días y dos noches, y me has dejado agotada…?%hora me pasaré ocho días durmiendo como un tronco… -Mancinia se echó a reír-. Pero, dentro de ocho días, despertaré y te necesitaré… ¡Y pobre de ti como no cumplas tu palabra, galo salvaje! Recurriré a los servicios de una hechicera y haré que te eche una maldición. No podrás volver a hacer el amor con nadie, ni siquiera con esa esclava esmirriada que no tiene ni pechos…

Y se alejó con su paso de diosa en dirección al carro de alquiler, amenazándole con un dedo en plan de broma, mientras uno de los esclavos burócratas de la compañía de alquiler avanzaba hacia Sila.

–Vuestro caballo está a punto, señor -anunció.

Otro esclavo, mozo de establo, conducía por la brida el caballo pedido por el galo. El primer esclavo tendió una tablilla de madera en la que figuraba el sello de la compañía de alquiler.

–¿Pagaréis en metálico o con un cheque, señor? – preguntó con cierta repugnancia, expresando la sensación que experimentaba al tener que tratar con un palurdo del campo.

–En metálico -respondió sobriamente Sila.

–Cien sestercios de depósito y tres sestercios por día -recitó el joven esclavo burócrata-. ¿Cuánto tiempo pensáis quedaros con el animal, señor?

–Tres días -contestó Sila.

Había planeado recorrer las inmediaciones de la propiedad de Menesio, hablar con la gente que vivía en las proximidades y observar lo que sucedía en las calles vecinas antes de presentarse ante el dueño de la casa. Una vez. que hubiera entrado en el palacio que debía de ser la morada del candidato a tribuno, ya no podría moverse con libertad, y a Sila le gustaba enterarse de

las cosas personalmente.

El esclavo burócrata grabó rápidamente una cifra en la tablilla de madera con su estilete y declaró:

–Esta tablilla os servirá de recibo para recuperar los cien sestercios cuando entreguéis el animal en nuestro establecimiento de la vía Morena. ¡Buen viaje, señor! – concluyó, inclinándose.

–Espera -dijo Sila-. ¿Dónde hay un plano de la Ciudad?

–Podréis consultar uno al llegar a nuestro establecimiento de la puerta Ostia. El local está a la derecha, antes de cruzar la puerta -puntualizó el joven afeminado-. Tenemos guías que pueden acompañaron por toda la Ciudad. También podéis reservar habitación en un hotel, entradas para todos los espectáculos o una mesa en cualquier restaurante…

Mientras el joven recitaba su texto publicitario, Sila montó de un salto apoyando los antebrazos en la silla, sin hacer caso de las dos manos juntas que le presentaba el mozo de establo a modo de peldaño.

–También podéis contratar los servicios de una muchacha por un día o una semana -finalizó el joven invertido.

–Gracias, hijo -repuso Sila con su voz serena desde lo alto del caballo. Pero lo que me interesa son los muchachos.

Tras coger las riendas, el oficial de caballería que fuera Sila dio un golpe preciso de talón en los flancos de su caballo de alquiler, el cual, comprendiendo de inmediato con quién estaba tratando, apreció la sensación de llevar por fin a alguien digno sobre su lomo.

El joven afeminado, boquiabierto, miraba al macizo galo galopar en dirección a Roma.

–¡Menudo tipo! – exclamó el mozo de establo junto a él-. ¿Has visto cómo

monta a caballo? ¿Y la joven que ha desembarcado con él? Jamás había visto a nadie con un culo semejante…

–¡Qué músculos debe de tener! – gimió el joven esclavo burócrata con voz de falsete.

El cartel de Las Dos Alondras

«¡Por todos los dioses! – exclamó Sila entre dientes, apartándose para esquivar el contenido de una jofaina de agua sucia que acababan de arrojar desde una ventana encima de su cabeza-. ¿Ésta es la ciudad que gobierna el mundo?»

Entre unos edificios de seis pisos de una solidez manifiestamente dudosa, su caballo avanzaba en medio del barullo de la ciudad romana, en este caso una callejuela estrecha atestada de transeúntes que pisoteaban el fango del arroyo central que serpenteaba entre sus piernas. A excepción de los ricos, que vivían en palacios rodeados de jardines y se desplazaban en litera o silla con porteadores para evitar la inmundicia, un millón de hombres, mujeres y niños vivían de aquel modo en la ciudad más grande y rica del universo.

«No existe ni un solo pueblo galo donde la gente aceptara vivir de esta forma», pensó el ex militar, avanzando entre el griterío de los mercaderes ambulantes, que salmodiaban sus ofertas alzando la mirada hacia las ventanas de los edificios.

Un mendigo de ojos legañosos le agarró un pie al galo.

–¡Un as, señor! ¡Un mísero as para comer…!

Sila lo empujó con el pie y prosiguió su camino, acompañado del lloriqueo

del desdichado.

–Tan sólo un as y los dioses te bendecirán…

El mendigo siguió renqueando un rato más junto al galo, impasible sobre su caballo. Luego se detuvo y escupió, ante las risas de los transeúntes:

–¡Destripaterrones! ¡Tacaño! ¡Así revientes!

En aquel momento, Sila y su montura llegaban, tras una larga procesión de mozos de cuerda que acarreaba; enormes cántaros, al final de la calle. Según el plano que había estudiado en la puerta Ostia, en el establecimiento de la agencia de viajes, el palacio de Menesio debía de aparecer al fondo de la plaza donde se desembocaba al salir de aquella calle. Y así fue, en efecto. Un muro de al menos veinte codos de alto cerraba la plaza en cuestión y en él se abría un enorme y magnífico portón de roble encerado, decorado con clavos dorados, que flanqueaban a ambos lados dos puertas más pequeñas. Al otro lado del muro se alzaba un mástil hacia el cielo, que el calor del día tomaba de un azul oscuro. En lo alto del mástil Sila reconoció la oriflama verde y blanca de Menesio con sus armas estampadas: la rueda dentada, las dos espadas y la nave, que simbolizaban el destino de Menesio, ingeniero militar, luchador audaz y próspero naviero. Ante el portal permanecía una decena de guardianes con la librea también verde y blanca de su señor y una espada corta a un costado. La puertas pequeñas se abrían de vez en cuando para dejar salir a alguien. Sin embargo, para entrar era preciso parlamentar con la guardia y darse a conocer.

El galo buscó con la mirada el rótulo del hostal Las Dos Alondras, que según el plano consultado debía de encontrarse en la esquina de la calle por la que había llegado. Una placa de metal colgada sobre una puerta, con el dibujo de dos alondras volando, anunciaba que se admitían huéspedes con caballo gracias a los establos de los que el establecimiento estaba dotado. Se trataba de un edificio de dos pisos, con un patio en el que el galo hizo entrar a su caballo y unos establos al fondo.

Sila desmontó. El patio se hallaba en silencio y la sala del hostal, que el galo podía ver ahora, pues también daba por detrás al patio a través de un vano, parecía desierta.

Había planeado instalarse allí, justo enfrente del palacio de Menesio, por espacio de dos o tres días, antes de presentarse al señor de la casa. En la penumbra del establo, donde dos caballos dormían de pie agitando las orejas para espantar a las moscas, Sila distinguió el cuerpo de un individuo dormido en un banco, con una pulsera de estaño en el tobillo que proclamaba su condición de esclavo.

Sila le empujó suavemente con el pie.

–¡Eh! – dijo-. Ocúpate de mi caballo.

El esclavo abrió unos ojos somnolientos y luego dio un brinco.

–¡Sí, señor! Perdonadme, señor -repitió a toda prisa.

–Está bien -repuso Sila, en tono de condescendencia-. No diré que te he pillado roncando.

–Gracias, señor -contestó el esclavo, inclinándose.

El hombre empezó a quitarle la brida al caballo y la sustituyó por un cabestro, ató al animal delante de una artesa y se dirigió hacia los cántaros de agua para llenar un cubo.

Sila entró en la sala del hostal. Era un hostal típico galo, con jamones ahumados colgando de las vigas, ristras de ajos y cebollas, y una colección de ánforas de vino procedentes de todos los rincones de la Galia vitícola.

Hacía bastante fresco en aquella estancia de techo bajo, pues las dos aberturas -una de las cuales daba a la plaza, con el palacio de Menesio como telón de fondo, y la otra al patio- permitían que el aire circulara.

Sila se disponía a sentarse a una mesa cuando oyó unos pasos tras él. Al volverse vio a un sujeto de vientre voluminoso y bigote negro en un rostro casi cuadrado, que entraba procedente de la antecocina. Tenía las cejas tan negras y pobladas como el bigote. Era un arverno de pura cepa, venido de sus sobrias montañas, ahorrativo y amable cuando le gustaba el aspecto de la gente. Los tipos como él habían invadido Roma para abrir tabernas y, en diez años, les habían confiscado el comercio del carbón vegetal a los umbros, que detentaban el monopolio en la capital desde hacía dos siglos y que aún no lograban creérselo.

Los ojos negros del patrón del hostal se percataron de que Sila era galo al primer golpe de vista. Al ex oficial de las legiones le pareció ver que, bajo el mostacho del individuo, se formaba un rictus parecido m una sonrisa.

–Salud -dijo pausadamente Sila, exagerando su acento de Vienna, tal como tenía por costumbre hacer en determinados casos. En éste, se trataba de conseguir que el arverno le aceptara.

–Salud -farfulló el tabernero.

–¿Hay habitaciones? – preguntó Sila.

–Las hay -respondió el otro-. Hay todo lo que debe haber.

A continuación se sentó con dificultad, debido a su contorno de cintura, en un banco cercano a aquel donde el propio Sila se disponía a instalarse, contempló detenidamente al ex oficial y, finalmente, preguntó:

–¿Sois de Vienna?

Sila, comprendiendo que tenía frente a él a un amante de la sobriedad, contestó con un gesto de cabeza afirmativo.

–¿Estáis de viaje? – prosiguió el patrón del hostal.

Nuevo gesto afirmativo. «Tiene ganas de hablar -pensó Sila-. Mejor para

mí.»

–He venido a ver a un romano que ha puesto en venta unas tierras lindantes con las mías -mintió el ex oficial.

El arverno movió la cabeza.

–¿Es la primera vez que venís aquí? – preguntó.

Gesto afirmativo de Sila. Bajo el mostacho apareció entonces una clara sonrisa, que mostraba a medias unos dientes afilados.

–Increíble, ¿eh? ¡Las calles llenas de mierda y desorden!

–Imaginaba algo muy distinto -confesó el galo.

–Todos los que vienen por primera vez dicen lo mismo. Y aquí todavía tenemos suerte -prosiguió el posadero, desviando la mirada hacia la plaza-. Es un rincón tranquilo, gracias al palacio…

–¿De quién es? – preguntó Sila.

–De un tal Menesio. Estuvo en el ejército. Tiene un banco, naves y tierras. No se aburre.

1. En Roma no había ni agua corriente ni sistema de desagüe directo en las casas; los excrementos eran depositados al pie de los inmuebles en toneles. Tan sólo las letrinas públicas y las termas estaban conectadas a la red de alcantarillas.

Ante la mirada de Sila y del patrón del hostal, llegaban sin cesar al palacio personas a caballo o a pie, a las que hacían entrar por la puerta de la izquierda. El portón se abría de vez en cuando para dejar paso a un personaje importante tumbado en su litera. Los visitantes salían por la puertecilla de la derecha.

–Se presenta al tribunado -dijo el patrón, para explicar el trajín-. Por eso hay tantas idas y venidas…

Luego se volvió hacia la imponente clepsidra que había sobre un estante, al otro extremo de la estancia, y que marcaba las dos de la tarde, dio unas palmadas con sus manazas peludas y gritó con voz de bajo en dirección al fondo de la sala: -¡Myrrha! ¡Basta de dormir!

Una muchacha alta y rubia apareció bostezando.

–Tráenos algo de beber -ordenó el patrón de Las Dos Alondras-. ¿Qué queréis tomar? – añadió, dirigiéndose a Sila-. Tengo un rosado de Provenza que va bien para el calor. Está fresco.

–Es demasiado pronto para beber vino -dijo prudentemente Sila.

–¡Qué va! – le cortó el arverno-. Invito yo. Es la costumbre cuando viene alguien de nuestra tierra. Dormiréis hasta la hora de cenar. La cena vale seis ases, la habitación, ocho, y las alondras, si os interesan y ellas están de acuerdo, ocho también.

–¿Las alondras? – preguntó Sila, sin comprender.

Esta vez, el bigotudo mostró una sonrisa burlona, visiblemente complacido de la misma broma que ofrecía desde hacía años a todos los recién llegados.

–¡Las chicas! – explicó-. La rubia y la morena. Son ellas las dos alondras. La rubia regresaba con dos copas de pie alto y una botella de vino empañada por el fresco de la heladera donde la mantenían desde la víspera.

–¿Te gusta mi amigo? – le preguntó el arverno a la sirvienta.

Ésta hizo un mohín sonriente, sin mirar al viajero, al tiempo que llenaba las copas.

–Eso quiere decir que está de acuerdo -dijo el patrón de Las Dos Alondras-.

No se van con cualquiera. Son muchachas libres. Por eso cobran ocho ases. Por supuesto, si prefiere la morena… ¿Dónde está Julia? – concluyó, dirigiéndose de nuevo a la sirvienta rubia.

–Ha salido a comprar pescado -respondió ésta, mientras volvía a la antecocina con unos andares indolentes que le hacían mover las nalgas a un ritmo de una lentitud calculada.

Mientras la joven se alejaba, Sila la vio hacer un gesto gracioso con el brazo para arreglarse el cabello.

–Estáis bien organizado -comentó en tono de cumplido, mientras apoyaba en la mesa la copa de rosado, que acababa de dejar medio vacía-. Este vino es excelente. ¿Por qué no hay nadie a esta hora? – preguntó, recorriendo con la mirada la sala vacía.

1. En Roma, las muchachas que no eran esclavas sólo podían prostituirse en beneficio propio. El proxenetismo no podía explotar más que a seres de condición servil.

–No me interesa servir comidas a mediodía -repuso el arverno, meneando la cabeza-. Eso está bien para las tascas. En este país, cuando la gente se gasta realmente el dinero es por la noche. Durante meses tuve a la guardia de Menesio en pleno comiendo aquí. Pero al final acabé por quitármelos a todos de encima…

–¿Tiene una guardia?

–Evidentemente -contestó el arverno-. Aquí, todos los tipos importantes tienen una especie de ejército privado. De lo contrario… En esta ciudad las muertes se producen con mucha facilidad. Los guardias de Menesio son unos juerguistas. Invadían la sala a gritos, jugaban a los dados y se peleaban. Le envié una carta a su patrón. «Comprad mi taberna y transformadla en cuartel para vuestros esbirros -le decía en ella-, o bien prohibidles que se acantonen en mi casa. No me dejan en paz y me espantan la clientela.»

–¿Os respondió?

–Vino al día siguiente, por la noche, a cenar con unos amigos, gente importante como él. Yo acababa de recibir un foie gras fresco de Dordoña absolutamente excepcional. Se lo serví con un bitúrigo blanco un poco dulce, de veinticinco años. Después les ofrecí gallo al vino. ¡Mucho ojo! Gallo de verdad, ¿eh?, nada de pollo. Una mujer me los trae con regularidad del campo. Se regalaron. «He dado orden a mis hombres de que no vuelvan a poner los pies en tu casa -me dijo cuando hubieron acabado-. ¿Cuánto te debo por esta cena?» «Nada -le respondí-. Sois mi invitado. Es un honor para mí.» «¡Los galos sois personas de bien! – repuso-. En el ejército conocí a muchos galos, y mi mejor amigo también lo es.»

–¿Eso dijo? – preguntó Sila.

–¡Tal cual! – confirmó el arverno, con los párpados cerrados bajo sus enormes cejas. Y añadió-: Desde entonces, no sirvo comidas, pero por la noche preparo una cena con especialidades de Auvernia y de Divio*. Todo viene de allí -aseguró, lanzando una mirada a las hileras de jamones y de salchichas ahumadas que colgaban del techo-. Un charcutero de Divio que se instaló en Roma me proporciona los embutidos, las tripas y todo aquello que no aguanta el viaje. Sus morcillas son extraordinarias. Todas las noches se quedan sin mesa veinte comensales. – El tabernero se levantó con mucha más agilidad de la que había mostrado para sentarse, al tiempo que exclamaba-: ¡Venga, voy a ordenar que asen unas morcillas!

–No quiero causaros molestias -dijo Sila.

–No es ninguna molestia -replicó el arverno, vertiendo vino rosado en las copas.

El galo vio que los ojos del tabernero brillaban. El buen hombre se encontraba en su elemento, feliz de ofrecer su excelente vino y sus embutidos al viajero que llegaba de la Galia.

*. Nombre romano de la ciudad de Dijon.

En ese momento, Sila oyó un sonido agudo de trompa procedente del palacio de Menesio y volvió la cabeza hacia el portón. Unos gritos retumbaban al otro lado de éste, que no tardó en abrirse maniobrado por unos esclavos ataviados con librea, dejando ver en toda su profundidad el paseo bordeado de cipreses que conducía hasta los edificios del palacio. El paseo, al principio vacío, fue repentinamente invadido por un galope de caballos, unos animales magníficos, blancos como la leche, con las crines trenzadas y ornados con piedras preciosas engastadas en metal dorado. Los corceles se dirigían hacia el portón a galope ligero, cual atletas seguros de su fuerza y su destreza. Eran cuatro e iban enganchados por parejas. Cuando el tiro giró, inmediatamente después de haber franqueado el portón, Sila pudo ver lo que arrastraba tras de sí: un carro de combate con las ruedas de plata maciza y soportes para fijar guadañas mortales, y, sujetando las riendas -que eran, al igual que todos los arneses del tiro, de cuero blanco-, una mujer de unos veintiocho años, de rostro duro y facciones de una belleza perfecta, como si llevara una máscara destinada a representar la Belleza en un cortejo alegórico. La joven sostenía todas las riendas juntas entre los dedos de una de sus manos, mientras que en la otra llevaba un largo látigo de caza.

Cuando pasó ante el hostal para adentrarse en la calle frenando la carrera de los caballos, que se habían lanzado con impaciencia hacia la plaza, Sila vio que una gran cicatriz cruzaba el lado izquierdo de su rostro, una cicatriz causada probablemente por una guadaña de guerra y que añadía a su hermosura una dimensión trágica.

–¡Cielos! – exclamó Sila-. ¿Quién es esa joven?

–Su amante.

–¿En un carro de combate?

–Es una esedaria* bretona. La hicieron prisionera durante la revuelta de Bretaña*, en la que estaba al mando de un escuadrón de carros de guerra.

En aquella ocasión, los romanos las pasaron negras con los anglos. Fue vendida a Roma para combatir en la arena y en todas las luchas que ha protagonizado ha matado a su adversario, ya fuera éste hombre o mujer. Más tarde, Menesio la compró por trescientos mil sestercios. Ha montado una escuela de gladiadores para ella y le ha encomendado su dirección. – El arverno se volvió hacia la antecocina y ordenó-: ¡Myrrha! Aviva las brasas y saca morcillas de la heladera. – Luego contempló la botella de rosado, a la que ya le faltaban tres cuartos de su contenido y añadió-: ¡Trae vino también!

El patrón de Las Dos Alondras se secó el mostacho con el reverso de su manaza. Se le habían subido los colores y pronunciaba frases más largas. – De hecho -dijo, perfilando el cuadro de la vida conyugal de Menesio, que había comenzado a esbozar para Sila-, cuando estaba en el ejército, Porfiria le ponía cuernos cada dos por tres…

** Los essedarü eran gladiadores que combatían montados en carros. (N. de la T.)*

**1. Nombre que los romanos daban a Inglaterra.*

Acababa de explicar que la mujer legítima de Menesio, una romana de noble origen patricio, pero según él una zorra de cuidado, se llamaba Porfiria, y que el matrimonio estaba en proceso de divorcio desde hacía tres años. Porfiria, apoyada por su familia, financiaba a un ejército de abogados más o menos clandestinos con objeto de sacarle todo el dinero posible a Menesio.

–A él le daba igual -prosiguió-. Es un tipo al que no le gustan los líos y, por su parte, se acostaba también con quien le parecía. Pero creo que se enamoró de Metalla después de verla combatir y que esta vez se trataba de algo serio. Cuando Porfiria se percató, decidió tenderle una trampa y entablar un proceso de divorcio, cuando él podría haberlo hecho primero desde hacía mucho tiempo si hubiera querido. Pero las mujeres son unas zorras…

El arverno hizo una pausa en espera de una reacción por parte de Sila a su afirmación misógina, reacción que, por supuesto, contaba con que fuese favorable. Pero no se produjo nada, pues Sila continuó comiéndose su morcilla en silencio. Un tanto contrariado, el patrón de Las Dos Alondras bebió un gran trago de rosado antes de seguir:

–De momento ella ha logrado una separación y se ha mudado. No es probable que gane, ya que Metalla es una esclava y, si se concediera el divorcio a todas las romanas cuyo marido se acuesta con una esclava, no quedaría una sola pareja casada en todo el Imperio…

Sila dejó de comer, bebió también un largo trago de vino y tomó la palabra:

–¿Y ella? ¿Lo ama?

–¿Quién? – preguntó el patrón de Las Dos Alondras, sorprendido por aquella pregunta que de repente introducía el sentimiento en un universo en el que hasta entonces no había existido tal cosa.

–Metalla. ¿Ama a Menesio o se acuesta con él porque es su esclava?

El hombre permaneció un momento en silencio. Sila le había pillado desprevenido. Aquel galo fornido, con ancha espalda de campesino diestro en los trabajos del campo, tenía preocupaciones que no casaban con su porte y su físico…

–¡Ah! Eso… -vaciló el arverno-. Me pedís demasiado. ¿Por qué lo preguntáis? – añadió, interrogando a su vez.

El galo pensaba en la pequeña Haedunna. ¿Lo amaría, o bien se acostaba con él únicamente porque la había comprado?

–Sólo por curiosidad -respondió el galo.

–Trae los quesos -ordenó el patrón, volviéndose hacia la antecocina donde permanecía la rubia-. ¿Hay ya sorbetes hechos?

La tamborilera

Sila se despertó en la habitación del hostal donde se había quedado dormido por efecto del vino y se acercó a la ventana para calcular la hora. El sol acababa de ponerse y el cielo cargado de nubes presagiaba una noche oscura. El estrépito del hostal, repleto de comensales, llegaba hasta sus oídos. El patio, iluminado por la luz de las lámparas de aceite que había en la sala, estaba desierto.

El ex oficial de las legiones regresó a la cama y abrió la bolsa de viaje que el esclavo había subido a la habitación horas antes. Sacó el puñal de combate enfundado en su vaina y se lo enganchó al cinturón. A continuación sacó la cuerda fina que había traído, al extremo de la cual había un gancho de acero, y la enrolló alrededor de éste a fin de que el metal no quedara visible y de que el artilugio ocupase el menor espacio posible. Por último, lo introdujo en un gorro de tela y se tocó con él.

Su primer impulso fue bajar al patio por la ventana, pero luego consideró más oportuno salir del hostal normalmente. Por consiguiente, abrió la puerta que daba al pasillo, se dirigió hacia la escalera y empezó a bajar. Llegó a la entrada, que daba a la vez al patio y a la sala, y, como ésta estaba a rebosar y los sirvientes y esclavos se hallaban ocupados cumpliendo las órdenes del patrón, nadie reparó en su presencia, ni siquiera un marmitón que tropezó con él mientras llevaba a toda prisa dos enormes cestos llenos de vajilla sucia al fregadero.

Así pues, se encontró sin tropiezos en el patio. Allí no vio más que al mozo del establo al que había despertado cuando llegara a mediodía y que se levantó del haz de paja donde estaba sentado para preguntarle con respeto y premura si quería el caballo. Sila le dijo que no y salió del patio.

La plaza se hallaba vacía y las vivas luces de las antorchas que iluminaban el palacio de Menesio al otro lado de los muros y del gran portón no hacían sino sumirla más en la oscuridad. Entre la muralla de la suntuosa propiedad y las hileras de casas había un espacio con grandes cedros plantados. Sila había reparado en aquella extensión de terreno esa mañana, cuando llegó a caballo a la plaza. Ahora reinaba en ella la más profunda oscuridad. El galo hizo como si se dirigiera hacia la calle para bajar por ella, luego la cruzó y subió por el otro lado, pegado a las casas, para encaminarse hacia el terreno. Recorrió unos centenares de metros de este modo. Finalmente, cuando consideró que no podía ser visto, se dirigió abiertamente hacia la masa sombría de los grandes árboles, entre la cual su silueta no tardó en confundirse.

Sila permanecía inmóvil contra el tronco de un cedro y esperaba, observando la alta muralla del palacio. Las cigarras rompían el silencio con sus cantos. Unas luciérnagas revoloteaban, recorriendo la oscuridad del sotobosque con sus destellos verdosos. Una patrulla de dos guardias acababa de pasar entre los cedros y el muro, justo en el momento en que Sila se había acercado a éste. El galo consideró que habían transcurrido unos quince minutos desde entonces y que otra patrulla, o la misma, no tardaría en aparecer de nuevo. En efecto, un intervalo de quince minutos entre el paso de una ronda y otra era un espacio de tiempo razonable en tales casos.

Sin embargo, tuvo que esperar cinco minutos más antes de que reapareciera la patrulla. Los dos guardias conversaban, anunciando su llegada desde lejos con sus risas. «Estos guardias son un desastre», pensó Sila. En cuanto empezase a ejercer su función, ordenaría que les dieran veinte latigazos a esos dos individuos; a partir de entonces, los demás vigilarían en silencio. Los guardias avanzaban junto al muro, pero la oscuridad era demasiado profunda para que Sila pudiera distinguir sus rasgos a fin de identificarlos más tarde. Pediría la hoja de servicio de aquella noche y acabaría por pillar a esos dos estúpidos. «¿Y si ni siquiera hay hoja de servicio?», se preguntó el ex oficial de las legiones.

Los dos guardias se habían alejado y ella caminó hacia el muro. Se había quitado el gorro para sacar la cuerda provista del gancho. Volvió a cubrirse la cabeza y lanzó la cuerda. No había realizado ese gesto desde hacía años, pero el gancho llegó exactamente donde debía, justo con la longitud de cuerda necesaria, y las garras de acero quedaron sujetas al borde del muro al primer intento. «Ha sido una suerte», pensó con modestia Sila, que ahora experimentaba una gran confianza en sí mismo. Era de nuevo la aventura, tras la monotonía del arado y la segadora. «Si no estuviera Haedunna…», pensó el galo. Si no estuviera Haedunna, no tendría ningún motivo para pensar en la granja ni sentiría reticencia alguna en ponerse al servicio de Menesio a fin de ayudarle en su carrera hacia el consulado. Incluso tal vez hacia el Imperio, ¿por qué no? Menesio era popular en el ejército, y ahora eran las legiones quienes nombraban y destituían a los emperadores.

El galo escuchó el silencio de la noche antes de comenzar el ascenso del muro. Pero no se oía ningún ruido de pasos y no debía perder tiempo. Escaló a pulso, apoyando los pies en la piedra de la muralla, y llegó arriba sin dificultad. Tras sentarse a horcajadas sobre las tejas barnizadas, cambió la cuerda de lado, la arrojó hacia el interior del recinto y descendió con rapidez a los jardines del palacio de su amigo, donde cualquier asesino podía entrar aprovechando la oscuridad, pese a la existencia de una guardia formada por sesenta hombres. La luna había asomado súbitamente entre las nubes y su claridad bañaba por completo los senderos bien trazados de la propiedad. A fin de caminar en silencio, el galo se quitó las sandalias de cuero y se las ató al cinturón. Oyó acercarse un galope de caballos, ruido nocturno que su oído todavía era capaz de reconocer desde lejos. Aparecieron dos jinetes armados con venablos por el sendero arenoso que bordeaba la muralla y que constituía un camino de ronda en el interior de la propiedad. Pasaron muy cerca de Sila, que contenía la respiración.

«No hay perros», pensó Sila. Era absurdo. Mañana compraría dogos en la mejor perrera de Roma. Si los guardias hubieran. llevado perros… Sila se alejó en dirección a la masa de edificios del palacio, cuya cima se hallaba iluminada por un resplandor amarillento que debía de proceder de las antorchas encendidas en un patio donde seguramente se encontraba Menesio con sus invitados, si es que esa noche los había.

El galo percibió un aroma a flor de naranjo. Enseguida entró en el naranjal de la propiedad y fue avanzando de árbol en árbol para acechar, con objeto de sorprender a los guardias antes de que lo vieran a él.

La brisa que empezaba a soplar en la noche cálida le trajo un murmullo de voces. Caminó en aquella dirección y vio a dos guardias sentados en un banco de piedra, totalmente ocultos por los jazmines que rodeaban el banco. Sin embargo, su conversación les delataba. Sila los evitó y se dirigió en silencio hacia un ruido de agua que percibía a su derecha, procedente del otro lado de una cortina de cipreses. Éstos encerraban un vasto cuadrilátero que contenía una sucesión de estanques de mármol blanco, escalonados entre sí por un pasaje central embaldosado de lava negra. Sila penetró en el recinto y se inclinó sobre el estanque más próximo. Rebosaba de peces -carpas, anguilas, lucios y truchas-, separados por especies mediante rejillas móviles. Cabezas de tritones con pobladas melenas vertían el agua de un estanque a otro a través de sus bocas de bronce. Mientras ascendía de un nivel a otro, pegado a los cipreses para permanecer confundido con su masa, Sila se percató de que, si bien todos los estanques de la izquierda eran de agua dulce, todos aquellos que se extendían de forma simétrica a ellos al otro lado de la escalera central eran de agua de mar… El galo se aventuró a cruzar el espacio abierto bajo la luna a fin de ver lo que había en el vivero marino más cercano. Un hervidero de langostas y cangrejos reptaban por allí. «¡Qué lujo!», pensó el galo, ante la visión de unos bogavantes que sólo se encuentran en el Atlántico.

Debían de transportar constantemente cubas de Ostia a Roma para renovar el agua de mar de los estanques, que esclavos pescadores montados en barcas de color verde y blanco con las armas del amo poblaban con sus capturas diarias…

Sila se puso a pensar en el poder de Menesio y vio demasiado tarde a los dos guardias que acababan de aparecer al fondo del cuadrilátero de cipreses donde se encontraba la entrada del vivero. Uno de ellos permanecía inmóvil mirando en su dirección y el otro avanzaba hacia él con su espada corta en la mano. Sila se dirigió sin prisa hacia una construcción contigua a la hilera

de cipreses, que sin duda era el lugar donde los esclavos encargados del vivero guardaban sus herramientas de trabajo. La puerta podía estar abierta o cerrada; era una cuestión de suerte. Sila la alcanzó. No estaba cerrada… Entró en el cobertizo y cogió al azar una redecilla de mango largo y una gran cesta; luego salió y se topó de cara con el guardia. Con el sombrero que llevaba, el galo podía pasar por un esclavo que hubiera ido a realizar una tarea nocturna.

–¿Qué haces aquí de noche? – preguntó el guardia.

Sila adoptó una actitud tranquila y respondió en un latín incorrecto, con un acento rudo de campesino galo.

–Tengo que llevar veinticuatro langostas a la cocina al alba… Voy a cogerlas ahora… -Acto seguido avanzó hasta el borde del estanque de crustáceos y sumergió con decisión la redecilla en el agua transparente-. ¡Cosas del cocinero! – comentó con una risa simplona y sin mirar a su interlocutor, que parecía aún desconfiado.

Sila logró capturar una enorme langosta, la metió en la cesta y prosiguió metódicamente su pesca con gestos lentos, esperando desanimar al guardia. Pero éste, tras reflexionar unos instantes, le preguntó a media voz en tono de complicidad:

–¿Podrías coger tres o cuatro más?

Sila no respondió enseguida. Marcó una pausa y después dijo:

–¿Qué ganaré yo?

El otro introdujo una mano bajo su túnica, donde llevaba la bolsa, y sacó una moneda de bronce.

Sila interrumpió la pesca para guardársela.

–Coge un cesto del cuarto -dijo, señalando la construcción con la cabeza. El

guardia entró en el cobertizo. Sila echó un vistazo en dirección al otro, que había seguido desde lejos la maniobra y permanecía a la entrada de los viveros para proteger la operación vigilando. Esa escena debía de haberse desarrollado más de una vez del mismo modo. Los guardias se surtían de los productos del vivero dándoles una limosna a los esclavos, y llevaban peces y langostas a sus dependencias para que se los asaran. El auvernés de Las Dos Alondras tenía razón. La guardia de Menesio era un absoluto desastre.

Sila entró en el cobertizo antes de que el guardia tuviera tiempo de salir. Llevaba su puñal de combate en la mano y pinchó con él el cuerpo del otro a través de la túnica, a la altura del corazón.

–Si haces el menor ruido -dijo Sila en voz baja, esta vez sin acento, con el tono de oficial que da órdenes en plena acción-, estás acabado.

–¿Estás loco? – farfulló el guardia-. ¿Qué haces…?

Pero los músculos de acero del galo le aplastaban el cuello y empezaba a faltarle aire. El puñal había cortado la carne, dispuesto a clavarse. El guardia se abandonó en manos de su agresor. Éste cortó una de las numerosas cuerdas que colgaban del techo y la utilizó para atarle a su víctima las manos a la espalda. A continuación le metió un trozo de tela en la boca y lo amordazó. Lo derribó sobre un montón de redes y le quitó rápidamente el casco de cuero, el cinturón y la espada. Sila salió a los viveros de esta guisa, con un cesto en la mano en el que había puesto las langostas.

Caminó hacia el segundo guardia, al que ya no veía a la entrada de los viveros pero que debía de estar oculto no muy lejos. Sila lo distinguió entre dos cipreses, montando guardia. El galo avanzó a terreno descubierto, mostrándole de lejos el cesto de las langostas. El otro avanzó hacia él para ver lo que contenía y, cuando llegó a su altura, Sila le asestó un terrible puñetazo en el estómago. El guardia dobló el cuerpo, intentando desesperadamente recobrar el aliento. Entonces recibió un segundo golpe en el mentón y se derrumbó. Sila lo arrastró por el mármol hasta el cobertizo,

donde lo encerró con su compañero.

–¡Cerdos! – murmuró el galo, alejándose del vivero tras haber arrojado al agua las langostas-. No hacen más que rapiñar y ni siquiera luchan cuando alguien los ataca.

Aquellos dos tipos pasarían un año remando en una de las galeras de la compañía naviera de Menesio y regresarían de allí con mejores sentimientos.

Oculto detrás del pedestal de una estatua de Marte con su casco, situada en el sendero bañado por la luna frente a Venus coronada de flores, Sila observaba el camino embaldosado de lava negra que desde allí conducía directamente a un pórtico sostenido por dos columnas dóricas sobrecargadas de plantas trepadoras. Más allá se elevaban a la vez hacia el cielo una luz procedente de las lámparas encendidas y una suave música de varias flautas tocando con habilidad al unísono.

Sila, tras acercarse al pórtico, admiró el modo en que los arquitectos habían utilizado el emplazamiento de la colina sobre la cual habían construido el palacio del patricio. Entre las columnas del pórtico, y tan alto como éste, un trompetero que representaba un muro ocultaba lo que había al otro lado. Ese muro delimitaba en realidad una especie de explanada abierta sobre el paisaje de Roma que se extendía entre sus colinas, una explanada desde la que se podía ver sin ser visto. En las calurosas noches de verano, aquella terraza, suspendida como un balcón sobre el panorama de la Ciudad eterna salpicada de luces, se convertía en el salón de Menesio.

Sila se quitó el gorro y sacó de nuevo el gancho. La música de las flautas continuaba sonando, subrayada de vez en cuando por un tintineo de campanillas y por el golpe más sordo de una pandereta. Menesio estaba allí, soñando ante la imagen de aquella ciudad que quería conquistar…

El gancho ascendió por la piedra del pórtico y cayó sobre el borde de una cornisa con un ruido discreto. Sila trepó, arqueando el cuerpo para buscar apoyo en la piedra de una columna. La acrobacia no resultaba tan fácil

como escalar una muralla, y el oficial de las legiones llegó arriba empapado de sudor. Se arrastró por lo alto del pórtico, intentando confundirse con éste, y finalmente Regó al ángulo a partir del cual su vista podría sumergirse en el elegante refugio de su amigo.

Y, en efecto, Sila vio. Sentadas en un banco de madera noble, dos preciosas flautistas, acompañadas de una tercera adolescente que se ocupaba del tamboril y las campanillas de cobre, ejecutaban la alborada que llegaba a oídos de Sila desde hacía unos instantes. La Ciudad iluminada servía de telón de fondo a aquel encantador cuadro, con un cielo de seda azul constelado de destellos bajo la caballería de nubes que desfilaban ante la luna y en ocasiones la ocultaban. Por último, sobre un lecho de ébano con largueros finamente esculpidos y ornados con incrustaciones de nácar, Metalla la esedaria, desnuda y con las piernas en alto, se abandonaba al señor de la casa, desnudo también, que la poseía con un poderoso movimiento de vaivén, movimiento que la orquesta de adolescentes acompañaba al mismo ritmo, improvisando según los gestos y las emociones de la pareja de amantes…

Sila había llegado hasta donde se hallaba su amigo Menesio, tras haber burlado a la guardia, para encontrarlo ocupado haciendo el amor con su amante… El cuerpo musculoso de Metalla se combaba, dominado ahora por una rápida oleada. Con los ojos entornados y la cabeza caída entre el desorden de los rubios cabellos escapados de su moño deshecho, la esedaria aplastaba sus pechos contra el pecho, también musculoso, de su pareja. Inició un gemido de placer que anunciaba el orgasmo. Las flautistas y la tamborilera no se equivocaron; acompañaron aquel gemido, y los que le siguieron, con similares quejidos de sus instrumentos hasta el espasmo final, que arrancó un largo grito a la bella luchadora, grito que la música prolongó para detenerse en seco al mismo tiempo que la joven, exhausta, se dejaba caer silenciosamente hacia atrás. Ante la mirada de Sila, que ahora lamentaba su osadía y su indiscreción, los dos amantes permanecieron largo rato inmóviles antes de desasirse lentamente. Metalla se incorporó, se sentó en el lecho y recogió sus cabellos sueltos sobre los hombros.

–¡Por todos los dioses! – exclamó con un mohín irónico en su hermosa y

severa boca-. Afortunadamente, existe el amor… -Su rostro, que Sila había visto serenarse tras el orgasmo, recobraba su dureza-. ¿Puedo despedirme de mi señor ahora? – preguntó.

Menesio pareció no tener en cuenta el tono que la joven dio a la pregunta, en el que había una especie de desafío. Ella acababa de entregarse y había experimentado un violento placer, mientras que él la poseía en todos los sentidos del término, puesto que era su esclava. Pero Sila percibía toda la tensión que había en su interior, y sin duda entre ambos, aun cuando Menesio afectara tranquilidad ante ella. El galo recordó el relato que le había hecho el arverno aquella tarde. Ella le pertenecía igual que un objeto o un animal… Ella continuaba arriesgando su vida en la arena, cuando su amo le había propuesto desde hacía mucho tiempo que dejase de luchar.

1. A los romanos no les violentaba hacer el amor delante de sus esclavos.

–Mañana debo levantarme muy temprano -dijo Metalla-. Los caballos que encargaste en Bretaña han llegado hoy y los haremos correr al alba, antes de que empiece a hacer calor.

Menesio hizo una seña con la mano en dirección a una puerta abovedada que se abría bajo el pórtico de enfrente, que Sila, tumbado incómodamente en lo alto del otro pórtico, no podía ver bien desde el lugar donde se encontraba. Apareció un esclavo.

–Sirve un poco de vino fresco -ordenó el señor de la casa, que continuaba desnudo, mientras Metalla se ponía sin prisa ante el esclavo la túnica de seda que se quitara momentos antes para hacer el amor.

–Bebe un poco de vino antes de irte -dijo el patricio-. Dormirás mejor… La gladiadora negó con la cabeza.

–No, gracias, de verdad… Bebo demasiado desde hace algún tiempo y sabes que las personas como yo que beben no llegan a viejos…

–Tienes razón -repuso Menesio-, no debería impulsarte a beber. Pero sabes

bien que deseo que dejes de luchar de una vez por todas. ¿Cuándo abandonarás las armas, contra los demás y contra ti misma…? ¿Por qué no quieres tener un hijo?

El rostro de la joven se ensombreció, otorgando a la cicatriz que cruzaba su mejilla toda la crueldad de la herida.

–¿El hijo de una mujer cuyo oficio es matar? – preguntó ella con un rictus amargo-. ¿Crees que estoy hecha para dar vida, yo que vivo rodeada de muerte?

–Únicamente depende de ti no seguir viviendo así -replicó Menesio. Ella meneó la cabeza.

–¿En qué me convertiría sin los caballos, los clamores de la arena y la emoción le los peligros? ¿Y tú? ¿Cómo me verías cuando fuese una mujer que engorda en una casa en la que se aburre? No tientes a los dioses, no les pidas que sea diferente de como soy…

El esclavo llenó una copa, que Sila, desde lo alto de su escondrijo, vio empañada por el frescor del hielo donde el vino había sido conservado, y se la tendió a su amo.

Menesio, que ahora permanecía en silencio, bebió un largo trago de vino fresco. Sila comprendió que las relaciones entre la esedaria y el patricio se estrellaban contra ese muro de dureza tras el que la mujer se había encerrado.

–Hasta mañana -dijo ella-. Y tú, olvida que no soy la que deseas -añadió, mientras se alejaba hacia la puerta abovedada por la que antes apareciera el esclavo.

Las flautistas se levantaron del banco, interrogando al amo con la mirada: ¿ya no las necesitaba? Menesio les indicó que se marcharan. La tamborilera salió de la estancia donde había entrado hacía un momento. Llevaba en las manos una vasija y una esponja. Se acercó al señor, pasó la esponja por sus

muslos y su sexo, y a continuación agarró éste para que el señor orinara en la vasija. Una vez concluida esta operación, sonrió, inclinó la cabeza y se retiró. Ahora, Menesio estaba solo.

«Está solo, en efecto», pensó Sila, que comprendía por qué le había llamado el patricio. Su mujer lo engañaba y le declaraba la guerra, mientras que su amante era prisionera de su terrible condición y no podía escapar de ella. Además, Menesio no tenía hijos a los que poder legar su fortuna y todo cuanto había construido en su vida repleta de acciones y batallas…

Sila se sintió conmovido. Menesio, en su soledad, había recurrido a él. Tal vez el patricio romano no tuviera en el mundo a nadie con quien poder contar más que a ese amigo, el ex oficial galo en compañía del cual había arriesgado su vida en numerosas ocasiones. ¡El ejército! En aquel universo podrido que era el mundo romano, sólo estaba limpio el ejército…

Sila se percató de que Menesio, tras apurar la copa de vino y dejarla al borde de la cama de ébano, se había dormido de inmediato. Ahora reposaba de costado, de espaldas al galo, que desde lo alto de su observatorio no podía verle el rostro.

Sila, tendido en lo alto del pórtico, se dio cuenta de que él también se había adormilado, al menos durante unos minutos, y se lo reprochó. Si la guardia no era capaz de impedir que un intruso entrara en la propiedad, le correspondía a él, a Sila, velar para que nadie le pusiera la mano encima al patricio mientras dormía. Si un asesino llegara hasta el lecho de Menesio, Sila habría saltado de inmediato abajo del pórtico, puñal en mano…

El galo vio que el sol palidecía al este. Ya no tardaría en amanecer. Menesio, que no debía de dormir mucho, como todos aquellos que habían llevado la vida de los campamentos y que abarcan numerosos asuntos, despertaría muy pronto. Entonces encontraría a su amigo de pie junto a su lecho.

Sila cogió de nuevo el gancho, que se hallaba a su lado, sobre el pórtico, colocó los garfios convenientemente y descendió por la cuerda a fin de estar

abajo antes de que el durmiente abriese los ojos y comprendiera que el galo había espiado sus actos desde lo alto del pórtico. Al llegar al suelo, Sila hizo saltar el gancho y lo atrapó al vuelo antes de que golpeara el embaldosado de mármol. Luego dio la vuelta en derredor a la cama de ébano donde el señor de la casa continuaba durmiendo, con el rostro contra la almohada de seda, y penetró bajo la bóveda que conducía a la estancia en la que había permanecido durante la velada el esclavo encargado de la bebida y la comida.

El galo bajó unos peldaños para encontrarse en una habitación donde se alineaban, en unas estanterías, las copas y los platos destinados a las colaciones, además de montones de manteles. Una monumental heladera tallada en un bloque de mármol negro, provista de una tapa de corcho recubierta de cobre bruñido, contenía las bebidas y todo aquello que debía conservarse al fresco.

El propio esclavo, un adolescente de unos diecisiete años con el cabello crespo, dormía boca arriba, con la boca abierta, en una amplia banqueta baja adosada a la pared, y la tamborilera que se había ocupado hacía un rato de Menesio también se hallaba tendida, como fulminada por el sueño.

La estancia estaba oscura y Sila no reparó enseguida en que el esclavo tenía los ojos completamente abiertos. Pero sin duda la mirada del galo había registrado lo extraño de ese detalle, pues Sila volvió sobre sus pasos cuando se disponía a salir de la habitación para observar al durmiente más de cerca. Aquellos ojos abiertos clavados en el vacío y aquella boca abierta también eran los de un muerto. Sila, habituado a los campos de batalla, no podía equivocarse en eso. Sus pies tropezaron en el suelo, junto a la cama, con la botella de vino vacía que había visto entre las manos del adolescente cuando éste le sirviera vino a Menesio. Experimentó intensamente la sensación de encontrarse en el centro de una catástrofe y acercó un oído al pecho del joven esclavo. Su corazón no latía. Después sacudió brutalmente a la muchacha, que tampoco despertó. Sila corrió por la bóveda para llegar hasta donde se encontraba Menesio y se precipitó hacia el lecho de ébano. Agarró por los hombros a su amigo, que seguía acostado con la cabeza contra la almohada, para colocarlo boca arriba, esperando con todas sus

fuerzas que el durmiente se despertase sobresaltado y exclamara: «¡Sila! ¡Por todos los dioses, tú aquí…!», pero sabiendo perfectamente que por desgracia Menesio no se despertaría, que el destino estaba sellado, que él había llegado demasiado tarde y que Menesio había muerto envenenado, envenenado ante los ojos de su amigo, que le había visto beber la copa de vino que contenía el veneno sin comprender lo que estaba sucediendo, y que no lo había comprendido hasta ver los cuerpos del esclavo y la tamborilera atrapados en el sueño del que nadie despierta.

El adolescente y la tamborilera habían probado el vino destinado a Menesio, ese vino del que Metalla no había querido beber…

Con la boca entreabierta y un rastro de espuma amarillenta en la comisura de los labios, el rostro inmóvil del patricio vuelto hacia el de su amigo Sila se parecía a los rostros de piedra de las estatuas que se ven en el foro, las estatuas de esos cónsules entre los que Menesio jamás figuraría…

Los dedos del galo levantaron uno de los párpados del patricio, dejando al descubierto un ojo cuya mirada se dirigía al más allá…

El prefecto de los vigilantes se había instalado cómodamente en el gran atrio del palacio de Menesio, había ordenado traer mesas para sus chupatintas y no soltaba a Sila. Éste había comprendido su error al no marcharse sin decir nada a nadie tras haber descubierto a su amigo envenenado, saltando de nuevo la muralla con ayuda del gancho, tal como había entrado, o incluso desapareciendo discretamente en la confusión producida por el descubrimiento del asesinato. Sin embargo, la conmoción experimentada había prevalecido en él sobre todo lo demás y ahora era preciso que saliera de este trance.

–Todo eso suena muy bien -dijo el prefecto de los vigilantes-, pero seguimos sin saber cómo has entrado en la propiedad. Alertas a todo el mundo cuando descubres a Menesio sin vida y reclamas a un cirujano a voz en grito, pero puede tratarse de una puesta en escena. No hay que olvidar que has sido el último en estar a solas con el difunto y que, por consiguiente, puedes muy bien haber vertido tú mismo el veneno…

El prefecto de los vigilantes pronunciaba estas palabras con su prominente belfo, pues tenía el labio inferior mucho más abultado que el superior, y una mirada falsa que en ningún momento se detenía en los ojos de Sila. Aquellos modales empeoraban el malestar que se había apoderado del galo al ver cómo actuaba el personaje tras ser llamado para constatar la defunción y empezar a dirigir la investigación. No había ordenado que precintaran los frascos con líquido de la estancia donde Sila había descubierto al joven esclavo de cabello crespo y a su compañera de juegos fulminados por el veneno, ni tampoco había interrogado a los esclavos por separado, como habría hecho alguien decidido a descubrir la verdad a toda costa. Aquel personaje quería a todas luces hacer el mínimo esfuerzo y concluir lo más deprisa posible. Sila recordó las palabras que había oído en el camarote contiguo al suyo, en el pontón que descendía el Róda

1. El equivalente del prefecto de policía.

OceanofPDF.com

Un cadáver en el arcón del grano

«Ha infiltrado agentes en la policía para dividirla y tiene hombres por doquier». El prefecto de los vigilantes había llegado diez minutos después de que le avisaran, como si no tuviera otra cosa que hacer y estuviese a punto para personarse en el palacio de Menesio a fin de borrar las pistas lo más rápidamente posible.

Sin embargo, había surgido un elemento inesperado: la presencia de Sila. El prefecto de los vigilantes se esforzaría por transformar a aquel testigo en culpable. No era difícil. Ningún guardia había constatado la llegada del galo por las puertas de la propiedad ni durante el día ni durante la noche, y nadie del entorno del señor de la casa le había visto en compañía de éste, ni hoy ni ningún otro día…

Sila se disponía a jugar su última carta -la tablilla que Menesio le había enviado por mediación de su amigo, el cónsul Rufo Vecilio Estrabo, en la cual le pedía que fuese a reunirse con él urgentemente pues sentía su vida amenazada,

y que llevaba en el bolsillo interior de la túnica- cuando oyó un murmullo a la entrada del atrio. El prefecto de los vigilantes volvió en esa dirección un rostro irritado. ¿Quién se permitía interrumpir el curso de la investigación?

Los dos guardias que Sila había encerrado en el cobertizo de los viveros, tras haberlos golpeado y amordazado, hicieron su aparición. Uno de ellos, el que había recibido el puñetazo en el mentón, tenía el rostro tumefacto. En cuanto vio a Sila de pie ante el prefecto de los vigilantes, exclamó:

–¡Es él! ¡Es él, el muy cerdo!

–¿Qué pasa con él? – interrogó el prefecto de los vigilantes.

–Es el que nos atacó junto al vivero. Lo tomamos por un esclavo que hacía su trabajo, y nos golpeó y encerró en el cobertizo…

Sila se encogió de hombros.

–¿Qué respondes a eso? – preguntó el prefecto de los vigilantes, avanzando el belfo.

–Respondo que, si eran dos e iban armados con espadas, no deberían venir a quejarse de que les ha golpeado un solo hombre mientras asesinaban a su señor a cien metros de allí.

–¿No has sido tú quien les golpeó? – insistió el prefecto. Sila negó con la cabeza sin molestarse en responder. – Entonces, ¿quién lo hizo? – prosiguió el prefecto.

–Es a ti a quien corresponde la tarea de descubrirlo, prefecto -respondió tranquilamente el galo-, al igual que a ellos les correspondía la de golpear a los intrusos que penetran de noche en la propiedad de su señor, en lugar de ser golpeados por éstos.

Al ver que trataba con alguien duro de pelar, el prefecto de los vigilantes reflexionó un instante y luego dijo:

–¿No te parece extraño lo que ha sucedido esta noche?

–No -respondió Sila con calma-, puesto que Menesio me había prevenido.

–¿Prevenido? – preguntó con ironía el prefecto.

–Lee esto -dijo el galo, sacando la tablilla de su túnica para tendérsela a uno de los escribas instalados junto al prefecto a fin de que se la pasara a éste, que se pavoneaba en la silla curul que él mismo se había adjudicado.

El prefecto de los vigilantes leyó la tablilla en la cual Menesio le comunicaba a su amigo Sila que sentía su vida amenazada y le pedía que

fuera a Roma para reunirse urgentemente con él.

La contrariedad que se reflejó en sus rasgos tras haber finalizado la lectura no sorprendió al galo.

–Está bien -dijo el prefecto después de un largo silencio-. De manera que conociste a Menesio en el ejército, ¿no es así? – prosiguió, rascándose el mentón, bajo el belfo.

–Estoy en la primera reserva y no podrás arrestarme hasta haber solicitado autorización al pretor militar-repuso Sila, sin dignarse responder a la pregunta hecha por el prefecto de los vigilantes.

Éste le tendió la tablilla al escriba situado a su izquierda. Sila intervino. – ¿Puedes devolverme la tablilla? Es un recuerdo.

El prefecto de los vigilantes negó con la cabeza, sonriendo.

–No. Es una prueba obtenida durante la investigación sobre la muerte de tu amigo. Por supuesto, te entregaré un recibo de inmediato…

El prefecto hizo una seña imperativa dirigida al escriba, que se apresuró a coger una tablilla virgen y a grabar en ella el texto del recibo según las normas establecidas.

Sila comprendió que había cometido un error. Si el prefecto de los vigilantes era un funcionario corrupto, la prueba de su inocencia y la explicación de su presencia nocturna en la casa del patricio desaparecerían con la tablilla.

–¿Cuál es tu domicilio legal? – preguntó el prefecto.

–En la circunscripción de Vienna, provincia lionesa, donde soy propietario.

El prefecto le hizo otra seña al escriba, que tomaba nota de los datos sobre la marcha, y prosiguió:

–¿Y tu domicilio aquí, en Roma?

–Llegué ayer y me hospedé en el hostal de Las Dos Alondras, en esta misma plaza, frente al palacio -contestó Sila.

El prefecto emitió una risita de satisfacción.

–Tu amigo, el acaudalado Menesio, te pide que te reúnas con él, ¡y tú te hospedas en ese hostal de mala muerte en lugar de instalarte en su palacio! ¿Crees que eso se sostiene? – Luego, cambiando de tono, añadió-: En nombre de los poderes que me han sido conferidos te ordeno que no te alejes de ese hostal hasta nueva orden, a fin de tenerte constantemente disponible para proseguir los trámites de la investigación -declaró, en el tono del burócrata que recita por enésima vez una fórmula administrativa.

A continuación se levantó de la silla curul y sus escribas guardaron escritorios, tablillas y estiletes en una especie de maletas de mimbre que habían dejado en el suelo, bajo las mesas. Como éstos también se ponían en pie, todos aquellos que se agolpaban en el atrio, comprendiendo que ya no quedaba nada más por ver, salieron entre una algarabía de comentarios.

Sila se quedó atrás, pensando en lo que acababa de ocurrir, y después se dirigió a su vez hacia la gran puerta del atrio. En ese momento el prefecto de los vigilantes se volvió, como si hubiera estado acechando a Sila a su espalda, y los dos hombres se encontraron cara a cara en la estancia vacía.

–¡Un consejo, galo! – dijo el prefecto a media voz, con su mirada falsa-. Regresa a tu país lo antes posible y no digas una palabra de lo que ha sucedido aquí…

–Creía que debía permanecer a disposición de la justicia… El prefecto exhibió una sonrisa irónica.

–¿Se sabe acaso dónde está la justicia en Roma?

Al regresar al hostal, Sila encontró al patrón con su gran mostacho negro y su aire ceñudo al fondo de la sala, junto a la puerta de la antecocina.

–¿Os habéis enterado de lo que ha ocurrido? – preguntó el arverno. – No -mintió el galo.

–Han matado a Menesio. Tenía que pasar. Esta ciudad está podrida. – Sila asintió con la cabeza y se dirigió hacia la escalera que conducía a las habitaciones-. ¿Cenaréis aquí? – le preguntó el patrón-. He preparado albóndigas de lucio. ¿Os separo unas cuantas?

–Sí -contestó Sila-. He tenido una mañana agotadora, así que voy a descansar un poco.

–De acuerdo -dijo el arverno-. Hasta luego.

Sila cerró la puerta de su habitación y se sentó en la cama. Era la segunda vez en su vida que se sentía desesperado. La primera fue tras la muerte de Marga y del bebé. La muerte… No se podía hacer nada ante la muerte. En el campo de batalla, la muerte era distinta. Ante todo, la batalla era una fiesta, con sus músicas, sus clamores, sus ritos salvajes que exaltaban los sentimientos de los hombres, los hacía sublimes, les obligaba a superarse a sí mismos. Allí, la muerte tenía un rostro fraternal. El amigo se inclinaba sobre el amigo moribundo y éste le sonreía para tranquilizar al vivo. El propio enemigo admiraba la bravura de su adversario… Pero en esta ocasión, al igual que en la de Marga, la muerta era un robo, un crimen crapuloso, un repugnante engaño. La muerte le había robado a Menesio ante sus ojos, a traición, del mismo modo que el ratero le quita el dinero al desconfiado transeúnte. Además, Sila había sido cómplice por su descabellada idea de introducirse a escondidas en la propiedad de su amigo para comprobar cómo lo protegían. Si se hubiera presentado a la entrada del palacio en cuanto llegó, mostrando la tablilla con el sello del señor de la casa, habría podido estar a su lado desde por la mañana, habría asumido sus funciones de inmediato y tal vez habría intuido que podían envenenarlo. El veneno… Sila hizo una mueca de amargura. ¿Se le habría ocurrido? El veneno no era un arma que los soldados conocieran. Un oficial galo, incluso

un buen oficial de información, no daba la talla en Roma para combatir todas las infamias de esa ciudad. Sila se dejó caer en la cama, con la mente en blanco y una sensación de asqueo. El prefecto de los vigilantes con sonrisa de falso testigo tenía razón. El galo no tenía más opción que regresar a su granja, con sus vacas y sus arados. La imagen de la pequeña Haedunna con la túnica blanca que la vieja le había puesto para conducirla a su cama el otro día se presentó ante él, con la larga melena negra suelta y los labios pintados para atraer el beso del amo, pero aquella imagen se revelaba impotente para expulsar la desesperación que había invadido el alma de éste.

Mañana, Sila se marcharía en su caballo de alquiler. Iría a Ostia para embarcar rumbo a Marsella en cualquier galera y, una vez allí, alquilaría otro caballo para remontar el valle del Ródano hasta Vienna. Sería un viaje siniestro, marcado por un sabor a batalla perdida, a impotencia y a todo cuanto ello supone. ¿Por qué no regresar al ejército y aceptar la propuesta del cónsul Vecilio: un puesto en el estado mayor de la Corelia? Pero ¿qué sucedería entonces con Haedunna? ¿La dejaría en la granja o se la llevaría con. él al campamento, como tenía derecho a hacerlo en su calidad de oficial superior cuando no se estuvieran realizando operaciones?

Vencido por el cansancio y las incertidumbres que le invadían hasta el hastío, Sila se sumió en un profundo sueño.

Sobre el fondo de murmullos que subía de la sala del hostal llena de comensales, Sila oyó unos discretos golpes en la puerta de su habitación. Se despertó del todo y preguntó:

–¿Quién es?

La voz de bajo del patrón del hostal pidió que abriera en un tono misterioso.

–Debéis marcharos de aquí dijo el arverno tras haber cerrado la puerta con cerrojo-. Abajo hay unos sujetos que os esperan para liquidaros. – ¿Cómo lo sabéis? – preguntó Sila.

–Los conozco; son asesinos profesionales. Les han preguntado a las sirvientas si estabais arriba y ellas les han dicho que bajaríais a cenar. No me han visto subir. Vigilan la escalera, pero yo he entrado en la bodega y he venido hasta aquí por otra que conduce al final del pasillo. Cuando bajéis a cenar, os incordiarán para presionaros a que paguéis unas rondas; luego se producirá una disputa, os clavarán unas cuchilladas en el vientre y os dejarán tirado en el suelo. Así es como eliminan aquí a la gente: una pelea que toma mal cariz en una taberna. Salid por el tragaluz, subid al tejado y bajad al patio de la casa contigua. Es de un tipo que fabrica arneses para caballos. Si os ve, le decís que sois un amigo de Sostias y que la policía os persigue. Sostias es mi nombre. Y el vuestro, ¿cuál es?

–Sila.

–No me habíais dicho que teníais tratos con Menesio. Me he enterado de lo que ha sucedido esta mañana, de que el prefecto de los vigilantes os ha ordenado que permanezcáis en el hostal y todo lo demás. Os han tendido una trampa. Os obligan a permanecer aquí y envían a unos sujetos para liquidaros. Lo de siempre. ¿Tenéis adónde ir?

–No -respondió Sila.

–¡Mierda! – exclamó el arverno. Tras reflexionar unos instantes, frunciendo sus pobladas cejas, añadió-: Dirigíos a la puerta Viminal, al noreste de la Ciudad. Tendréis que preguntar el camino, pero supongo que os las arreglaréis para encontrarla. Al pie de la muralla veréis un restaurante llamado El Caracol de Oro. Preguntad por el patrón; es de Divio. Decidle que os envía Sostias y que necesitáis urgentemente un lugar tranquilo…

–Os lo agradezco -dijo Sila cogiendo el puñal, que había colocado bajo la almohada antes de dormirse.

Lo volvió a enfundar en su vaina de cuero y ató ésta al cinturón, bajo la túnica.

–¿Cuánto os debo? – preguntó.

–Nada -contestó el arverno, encogiéndose de hombros-. Vienen a mi casa a asesinaros, así que no voy a cobraros encima. Marchaos antes de que vengan a tirar la puerta abajo. Recordad: El Caracol de Oro, en la puerta Viminal.

Acto seguido, abrió el cerrojo con precaución para salir sin hacer ruido, mientras Sila cogía su gorro, que todavía contenía el gancho. Sacó éste y se puso el gorro. Luego se dirigió al tragaluz para ver dónde estaba el tipo apostado a la entrada del patio. El individuo se encontraba de espaldas, mirando lo que sucedía en la plaza.

Sila asomó la cabeza por el tragaluz y salió al tejado en silencio, sin apartar la vista del hombre que montaba guardia. Después se puso a cuatro patas y se desplazó de este modo hasta llegar al tejado del establo. Sujetó el gancho en una viga y descendió por la cuerda hasta llegar al suelo. Apareció entre dos caballos, detrás del joven esclavo que se limpiaba la nariz sentado sobre un haz de heno. Sila le indicó que guardara silencio.

–¿Queréis el caballo, señor? – preguntó el esclavo en voz baja.

–No -respondió Sila-. ¿A qué hora pasa por aquí la carreta de los cadáveres?

–¿La carreta…? – dijo el mozo, desconcertado-. Pasa…, pasa a la una de la madrugada, señor.

–Bien -repuso Sila, sacando una moneda de cincuenta sestercios de la bolsa-. Toma esto y escucha con atención lo que voy a decirte. – El joven miraba la moneda. ¡Cincuenta sestercios! Jamás había tenido tanto dinero-. A las doce y media irás en busca de tu patrón y le dirás: «Sila me ha encargado que os advierta que en el arcón de la avena de los caballos hay un cadáver».

El palafrenero balbuceó, con los ojos desmesuradamente abiertos:

–¿Un ca…, cadáver? ¡Pero si no hay ninguno! Acabo de abrirlo…

–No te preocupes. Lo habrá. ¿Te acordarás? «Sila me ha encargado que os advierta…»

–«… que en el arcón de la avena hay un cadáver» -repitió el mozo con convicción, apretando la maravillosa moneda en la palma de la mano-. No lo olvidaré, señor…

–Ahora desaparece durante un cuarto de hora y no le digas nada a nadie, salvo lo que tienes que decirle esta noche a tu amo. ¿De acuerdo?

–De acuerdo, señor -contestó el esclavo, dispuesto a todo. Acto seguido, salió.

Sila cogió una horca que había apoyada en la pared, esperó a que el mozo se hubiera alejado y se dirigió con su horca, a paso indolente y canturreando, hacia el tipo apostado a la entrada del patio, que se encontraba sentado en el mojón de piedra que protegía uno de los dos pilares del pórtico. Éste se volvió para observar al recién llegado. Sila adoptó un aire bonachón y, tras haberse asegurado de que no salía nadie al patio, asestó un golpe con el mango de la horca en la nuca del sujeto, que se desplomó hacia delante emitiendo un grito ahogado. El galo lo recogió y lo arrastró rápidamente hasta el establo. Desenfundó el puñal, acercó un cubo de agua y sumergió en él la cabeza de su víctima.

El hombre comenzó a gruñir y abrió los ojos. Notó el metal del cuchillo que Sila aplicaba con fuerza sobre su cuello, dispuesto a cortar. La rodilla del galo le aplastaba el vientre. Al comprender la situación en la que se hallaba, el miedo inundó su mirada.

–¿Quién os paga para liquidarme? – preguntó Sila en un tono imperativo-. Habla deprisa, de lo contrario…

El galo cortó ligeramente el cuello con el puñal.

–No puedo… -dijo el individuo-. Me matarán.

–Entonces, corto -repuso Sila, apretando la hoja.

–No -suplicó el hombre-. Recibimos órdenes de Ictios el Griego…

–¿Y las órdenes eran de suprimir al galo que ha encontrado a Menesio envenenado?

El tipo hizo un signo afirmativo con la cabeza.

–¿Ha sido Ictios también el que se ha ocupado del veneno?

–No lo sé…

–¿Dónde puede encontrarse a Ictios?

–A veces está en la droguería situada bajo la vía Epidaura.

–¿Tiene una droguería y no sabes si se ha ocupado del veneno? ¿Te burlas de mí?

–No -protestó el hombre.

–¿A qué más se dedica ese tal Ictios?

–Es un leno. Alquila sobre todo muchachos.

–Sois todos unos puercos -dijo Sila con repugnancia.

*. Proxeneta profesional.

El galo apartó el puñal de la garganta del individuo. Los ojos de éste expresaron cierto alivio, pero la mano de Sila alzó el arma con la rapidez del rayo y clavó la hoja entre las costillas de su víctima, alcanzándole de lleno en el corazón. El hombre se convulsionó y cayó hacia atrás. Una

espuma rosada brotó de su boca. Sila se incorporó, limpió el puñal con un puñado de paja, lanzó una mirada hacia la entrada del establo, se acercó al arcón de la avena, lo abrió, regresó junto a su víctima y la levantó sin esfuerzo para meterla en el arcón. El galo subió por la escalera al granero, bajó dos sacos de avena, los abrió y arrojó su contenido sobre el cuerpo ensangrentado. A continuación cerró la pesada tapa.

De todas formas, aquella escoria no merecía vivir.

–¿Una muchacha? Una hermosa muchacha, apenas púber…

Los macarras agarraban a Sila entre la barahúnda de carros de transporte que atestaban las calles de la ciudad durante toda la noche, y los gritos de los carreteros que excitaban a sus caballos, cuyos cascos hacían saltar chispas de los adoquines.

–Entonces, señor, ¿un muchacho? ¿Un jovencito?

–¡Salchichas asadas! ¡Salchichas asadas! ¡Un as el par! ¡Un as, un as! –voceaba un vendedor en una esquina, con el chisporroteo humeante de fondo. Sila, furioso y solo entre el gentío, caminaba sin rumbo por Roma, la ciudad que no dormía jamás porque decenas de miles de habitantes ni siquiera tenían techo y porque los transportes de mercancías de todas clases únicamente estaban autorizados de noche. El corazón de aquella ciudad no cesaba nunca de latir, ni su vientre de comer, ni su sexo de gozar. La ciudad de mierda que había asesinado a Menesio porque era una buena persona…

¿Y si se refugiara en casa de Vitelio, el tío de Patroclo y Mancinia? Sila había considerado tal posibilidad, pero retirarse allí no supondría ocultarse de aquellos que habían hecho perecer a Menesio. Vitelio formaba parte de la alta sociedad, y la presencia de Sila bajo su techo enseguida sería del dominio público.

Sila caminó durante tres cuartos de hora entre la multitud, hizo caso omiso de las ofertas de una treintena de muchachas y de jóvenes homosexuales, y

rechazó todos los alimentos que le presentaban hasta que, por fin, un negro que vendía hielo le informó que se encontraba a apenas cien metros de la puerta Viminal. Al llegar al final de la callejuela, ante sus ojos apareció, en efecto, la muralla de Servio, con la puerta Viminal atestada de carretas que entraban y salían y donde los tresviri se esforzaban por dirigir la circulación.

1. Agentes de policía y encargados de la circulación en Roma.

A la izquierda de la puerta, un gran caracol de madera pintado en dorado colgaba sobre la entrada de una taberna adosada a la muralla e iluminada por numerosas antorchas colocadas sobre soportes de hierro forjado. Entre las mesas, que invadían la plaza, las sirvientas, ataviadas con faldas cortas, circulaban llevando un montón de platos en equilibrio, como si fueran malabaristas. Sila entró en el patio contiguo al establecimiento, a fin de llegar a él por las cocinas. Una decena de cocineros bañados en sudor bullían ante las marmitas y las planchas, mientras retumbaban las voces de los encargados reclamando sus pedidos. El galo permaneció en la oscuridad del patio, buscando la silueta de aquel que tuviera aspecto de ser el patrón.

No tardó en aparecer entre las marmitas un hombre corpulento de tez rojiza, con un delantal azul ceñido a la cintura. Sila avanzó a plena luz hacia aquel hombre rollizo, que le observaba acercarse con el entrecejo fruncido.

–Vengo de parte de Sostias -dijo con firmeza el galo-. ¿Sois vos el patrón?

–Sí -declaró el hombre, examinando a Sila-. ¿Qué os ocurre?

–Busco un lugar tranquilo.

–¡La salsa! – gritó de repente el buen hombre en dirección a uno de los cocineros-. ¿Esperas acaso que se haga caramelo? ¿O tal vez quieres que te dé una patada en el culo?

El esclavo retiró a toda prisa una gran cacerola de cobre del fogón de brasas.

–¿Es urgente? – preguntó el patrón de El Caracol de Oro, dirigiéndose de nuevo a Sila.

–Mucho -contestó el galo.

–Venid por aquí.

El hombre precedió a Sila a través de la caldeada cocina y lo condujo a una especie de antecocina atestada de legumbres secas, tarros de fruta en almíbar y toda clase de provisiones.

–Hay dos soluciones dijo-. O el Bosque sagrado o los pudrideros. El Bosque sagrado, si no sois de aquí y si vais solo, resulta más bien peligroso. Es un caos. Os desvalijarán o seréis víctima de algo mucho peor. Los pudrideros son un lugar serio, pero son pudrideros. Debéis decidir si seréis capaz de soportarlo…

–¿Queréis decir las fosas comunes?

–Sí -respondió el patrón de El Caracol de Oro-. Los encargados son galos. Esclavos que se sublevaron en Etruria y a los que metieron ahí para quitárselos de en medio. Se han organizado y en sus dominios encontraréis cuanto queráis. Son listos, y nadie irá a molestaros entre sus carroñas.

El hombre examinó de nuevo a Sila, preguntándose a qué clase de sujeto tenía delante. Luego le espetó:

–¿Tenéis dinero?

–Oro -contestó el galo.

–Mejor. Si les pidiera que os escondiesen, lo harían de todas formas. Pero, si disponéis de medios, es preferible que los utilicéis. Quitaos el gorro…

–¿El gorro? – preguntó Sila.

El hombre había abierto un cajón, de donde había sacado una navaja, un par de tijeras y una caja redonda que contenía una especie de pasta.

1. En el Bosque sagrado, donde se refugiaban personas que vivían al margen de la ley y fugitivos de toda clase, no podía penetrar ni la policía ni las fuerzas armadas.

–Es preciso que os rape la mitad del cráneo -explicó-. La carreta de los fiambres pasa a las dos de la madrugada con tres o cuatro tipos rapados de ese modo. Deben ir así obligatoriamente, a fin de que resulten identificables y no puedan vagar por la ciudad cuando no están realizando sus rondas. Cuando la carreta se acerque para franquear la puerta, saldréis de aquí con el gorro puesto. Al llegar junto a la carreta, os lo quitaréis y seréis igual que los otros, que no os preguntarán nada. Es el método habitual. ¿Os interesa?

–No me queda más remedio -refunfuñó Sila, al tiempo que se sentaba en un taburete para facilitar el rapado.

El orondo restaurador soltó una risita al empezar a cortarle el pelo al galo. –Dicen que uno se acostumbra al olor… -comentó. Y acto seguido añadió-: ¿Os gustan los caracoles?

–Sí -respondió Sila, que no tenía mucha hambre.

–Mientras esperáis, haré que os sirvan dos docenas con eduol* en la salita contigua para subiros la moral. No hay que dejarse vencer jamás por el abatimiento. Los romanos son holgazanes. Nosotros, en cambio, somos tenaces. ¿No sois de la misma opinión?

–Sí -repuso Sila.

–¡Menos mal! – bromeó el otro-. Bajad un poco la cabeza para que pase la navaja…

*. Vino de Borgoña, región habitada por los eduos en la época romana.

La carreta de las fosas hediondas

El viento nocturno transportaba alternativamente olores inmundos a carne chamuscada o a carne en estado de putrefacción. Siluetas vestidas con harapos, diabólicas con las horcas mediante las cuales desplazaban los cadáveres, aparecían ante las hogueras donde se consumían las carroñas humanas que las carretas traían a lo largo de la noche, tras haber surcado las calles de la Ciudad. Al alba habrían regresado todas y estarían alineadas en el terreno situado ante el establo, donde los caballos se refugiaban del calor del día.

«Al alba -pensó Sila-, esto será espantoso.» El sombrío manto de la noche hacía que el espectáculo de aquellos montones de cadáveres resultara más o menos soportable. Pero cuando la luz del día lo iluminase sin piedad… Al reflejo de las hogueras Sila distinguía la forma de mausoleos medio en ruinas que sembraban el terreno reservado a los osarios, el de un antiguo cementerio sacrificado en beneficio de las fosas comunes tras la gran epidemia de peste que había acabado con un tercio de la población. A continuación, la Ciudad había sido tomada por los ejércitos galos, que la destruyeron piedra a piedra después de haberla incendiado. Pero era indestructible y siempre volvía a aparecer, como si sacara fuerzas de las inmundicias que acumulaba bajo tierra…

El que se llamaba a sí mismo «prefecto de las fosas», con intención burlona, estaba sentado tras una mesa instalada delante de los establos. Hacía saltar en la palma de la mano la moneda duro qué Sila acababa de entregarle.

–Los que no escatiman su oro son bienvenidos al reino de las sombras pestilentes -dijo, bromeando-. Te proporcionaremos todo lo que necesites. ¿Qué te hace falta?

–Lo que me hace falta -repuso Sila-, tú no puedes proporcionármelo. –Habla.

–Quiero averiguar el nombre del que ha ordenado asesinar a un amigo. El prefecto de las fosas meneó su cabeza medio rapada.

–¿Es la venganza lo que te mueve?

Sila asintió con la cabeza.

–¿Y es a causa de ella por lo que te persiguen? Sila sonrió.

–¿Tu amigo era romano? ¿A qué se dedicaba? ¿A los negocios, la política, las mujeres, los gladiadores…?

–A todo eso a la vez.

–¿Quieres un lugar para dormir, o bien ir enseguida en busca de lo que te preocupa?

–Lo segundo -respondió escuetamente Sila. El prefecto de las fosas se levantó.

–Ven conmigo.

Sila le siguió los pasos. Rodearon el establo y recibieron en pleno rostro la pestilencia dulzona de un hilera de carretas que sus conductores dirigían hacia las fosas, excitando con sus voces a los caballos, los cuales avanzaban penosamente por los surcos trazados por las ruedas de hierro durante años de transportes macabros.

Sila distinguía vagamente las formas de los mausoleos hacia los que el prefecto le llevaba.

–El hombre ante el cual te conduzco ocupó los más altos cargos del Estado -

declaró éste-. Pero confundió el oro de la República con el suyo y lo desterraron de por vida por prevaricación.

Unos perros ahítos, que estaban tumbados en el suelo, se levantaron bruscamente en la oscuridad delante de Sila y su guía, emitiendo ariscos ladridos. El hombre que dirigía las fosas se inclinó para coger una piedra y a continuación la lanzó contra los animales.

–¡Qué asco! – gruñó-. Cada vez hay más… -Luego prosiguió su explicación-: Tras unos años de exilio, no pudo resistir más tiempo lejos de Roma. Regresó disfrazado y, como ya habíamos empezado a organizarnos, se instaló cota nosotros. Va a la Ciudad, se pasea por el Foro, lo invitan a los banquetes… Está al corriente de todo. Si le das oro, responderá a tu pregunta. Mañana irá a las termas de Caracalla, charlará con los intermediarios y los agentes electorales, y acabará por averiguar lo que deseas saber.

–¿Y no se expone a ser reconocido? – preguntó Sila. El prefecto de las fosas negó con la cabeza.

–Tenemos un peluquero que dispone de toda clase de pelucas y que modifica el rostro de las personas con una cera elaborada por él que no se funde con el calor… Si quieres ir a la Ciudad, él te dotará de un nuevo rostro y pasarás por delante de tu propia madre sin que te reconozca.

Un gran mausoleo en mal estado surgió de la oscuridad. El prefecto de las fosas empujó la puerta y Sila lo siguió por una escalera de caracol que descendía hacia las profundidades.

Dieron unos pasos por un pasillo abovedado y desembocaron en un panteón relativamente espacioso, amueblado con una cama de madera y un aparador que contenía toda clase de utensilios y de vajilla.

Un hombre delgado de nariz puntiaguda y amarillentos cabellos rizados, envuelto en una elegante toga y recostado en la cama, tenía agarrado de la mano a un grueso efebo mofletudo y de dedos rollizos, casi obeso, que

permanecía sentado en el borde de la misma cama.

El hombre delgado se incorporó al ver a los visitantes.

–¡Sed bienvenidos! exclamó-. Su Excelencia se aburre en su tumba y acoge con placer una cara nueva. – Y, mirando a Sila con atención, preguntó-: Galo, ¿verdad?

Sila sonrió cortésmente.

–Y ciudadano romano, ¿no es cierto? Sila asintió de nuevo.

–Bello Clidion -erijo el Proscrito, acariciando el brazo de su joven amante-, ofréceles asiento a nuestros visitantes.

El prefecto de las fosas hizo un gesto negativo con la cabeza.

–Yo os dejo -declaró-. Sólo he venido a traerte a este viejo amigo al que conozco desde hace media hora y que tiene que tratar un asunto contigo -bromeó-. En cuanto a mí, regreso a los asuntos de la muerte…

Tras estas palabras, salió por la puerta del panteón. Sila se sentó en el taburete que le había acercado el orondo efebo.

–Creo que no me equivoco al decir --comenzó el habitante del panteón, cuya mirada brillaba de inteligencia- que has estado mucho tiempo en las legiones.

–No te equivocas -repuso Sila-. Serví veintiún años. – Y tienes una granja.

Sila asintió.

–Tu porte, tu tez tostada y tus músculos revelan todo eso -dijo el romano, sonriendo-. ¡Por todos los dioses!, ¿qué te ha traído a estos infiernos malolientes? Puedes hablar sin temor. No pertenezco a nadie más que a mí mismo y, por supuesto, a Plutón, del que soy huésped aquí desde hace unos

años…

–¿Puedo hablar delante de él? – preguntó Sila, señalando al efebo con la barbilla.

–Desde luego. Jamás sale de aquí y se ríe de todo cuanto oye.

–Soy un amigo de Menesio. ¿Lo conoces?

–¿Quién no conoce a Menesio en Roma? Se presenta al tribunado. Es un hombre íntegro -añadió el Proscrito, con un matiz nostálgico en la voz.

–Llegué ayer a la ciudad tras haber sido llamado por él y lo encontré envenenado. Lo mataron ante mis propios ojos…

–¿Menesio envenenado? ¡No lo sabía! Hace tres días que no voy a la Ciudad. Te sorprende que hayan acabado con su vida, ¿no es cierto? Y quieres saber quién lo ha hecho y por qué.

–Exacto. Daré lo que sea necesario a cambio de esa información. El romano desechó con un gesto la última frase de Sila.

–Podría decirte que emprenderé una investigación que será larga y pedirte oro. Pero no lo haré por dos razones… En primer lugar, porque la semana pasada gané mucho dinero jugando en casa del procurador Glauco, que me toma por un proveedor enriquecido gracias a sustanciosos contratos que supuestamente he firmado con nuestros aliados de Panonia, los cuales deben equipar a veinte mil hombres para luchar junto a las legiones que defienden la frontera allá abajo… Regresé a mi panteón forrado de oro y no necesito el tuyo.

La segunda razón es que ya conozco muchas causas posibles de la muerte de Menesio y que, por consiguiente, no tendré que desembolsar demasiado para averiguarlas. La orden puede haberla dado, por ejemplo, Domiciano, el hermano del Emperador, pues el acceso de Menesio al tribunado obstaculizaría sus planes para sublevar a la plebe y apartar de sus deberes a

una o dos legiones, a fin de destituir a su hermano del trono. Domiciano quiere que el cargo de tribuno lo ostente Lacertio, que se presenta contra Menesio, y todo el mundo sabe que, en el caso de que Lacertio hubiera sido derrotado, el asesinato de Menesio era la mejor solución para él… Puede haber decidido quemar una etapa y haber hecho que lo eliminen enseguida. Sin embargo, ésa no es más que una de las hipótesis -prosiguió el Proscrito, que sin duda alguna conocía todos los secretos de la Ciudad-.

Está su mujer, Porfiria, que espera heredar una gran parte de la fortuna si él muriese ahora, es decir, antes de que el divorcio sea firme. Está Metalla, su amante, en favor de la cual habría hecho un testamento que le concede la libertad a partir del día de su muerte. Es una imprudencia decirle tal cosa a una mujer que es más una fiera salvaje que una mujer, por haber sido educada para matar desde edad temprana. Pero el amor impulsa a hacer locuras, y Menesio sentía una auténtica pasión por esa muchacha, por lo demás muy hermosa.

»¡Y eso no es todo! También está Kiparrisios, el griego que se ocupa de toda la campaña electoral de Menesio y a quien éste le adelantó varios millones de sestercios que jamás podrá devolverle porque está endeudado desde hace mucho tiempo. Realmente, Menesio es demasiado generoso y demasiado confiado. El griego puede muy bien haber hecho que lo envenenen para no tener que devolverle ese dinero. ¿Y quién sabe si Porfiria no está conchabada con él? En este mundo podrido -concluyó el romano-, muchos pueden haber deseado la muerte de Menesio y, en consecuencia, ser los artífices de su envenenamiento: el crimen beneficia a tantos que nos perdemos entre el número de sospechosos. ¡Si buscamos un poco, encontraremos más!

El Proscrito se calló, observando con aire divertido a aquel galo recién llegado del campo sobre el que acababa de arrojar una oleada de horrores.

Sila permaneció en silencio. Los olores de las fosas le parecían de pronto más fácilmente soportables que la podredumbre que emanaba del cuadro esbozado por el Proscrito en el fondo de su panteón.

El testamento de Menesio

Entre la riada de gente chillona y variopinta que subía hacia el Foro por la vía Sacra, sentados frente a frente en la litera de dos mulas que habían alquilado junto a la puerta Viminal, Sita y el Proscrito -que se hacía pasar por el hombre de negocios Mersennah, enriquecido gracias al comercio de cereales en Panonia- se dirigían al Foro. El ex oficial de las legiones, tocado con una peluca de largos cabellos rubios y vestido con una túnica de cuero al estilo de los jefes guerreros dacios, cuyas tribus acababan de adherirse al poder de Roma, escuchaba a su astuto compañero mientras éste le hacía una magistral descripción del foro romano, el lugar-único en el mundo donde latía el corazón de aquella ciudad incendiada por todas las pasiones humanas.

–¿Buscas un perjuro? – decía la voz de aquel que había tomado con frecuencia la palabra en la tribuna del Sefdo-. ¡Acude a la tribuna de las Arengas! ¿Un mentiroso o un fanfarrón? ¡Ve al templo de Venus Cloacina! ¿Ricos maridos, pródigos con su dinero cuando se trata de placeres? ¡Los encontrarás en las proximidades de la basílica! También encontrarás allí putas ajadas y seres del sexo llamado fuerte que alquilan su cuerpo mediante contrato…

Con un brazo extendido, el romano le señalaba al galo, de quien se había convertido en mentor, la alta silueta de la basílica Aemilia que acababa de citar y que bordeaba el Foro por el este.

–La zona baja del Foro la frecuentan las personas honradas -prosiguió-. La central, junto a la Cloaca Maxima, el mayor colector del mundo, aquellos que engañan con falsas apariencias. Los insolentes, los charlatanes y los envidiosos, todos aquellos que hablan mal de sus semejantes cuando habría

muchas cosas que decir sobre ellos…, míralos, están junto al lago, esa charca que ves en el centro… -El Proscrito se interrumpió un instante para saludar con la mano, muy sonriente, a un hombre que le hacía una seña entre la multitud, antes de concluir en tono de chanza-: ¡Este elocuente cuadro que te acabo de pintar no es de mi cosecha, amigo mío! Lo trazó Plauto en su comedia titulada El gorgojo… ¡Eh, cochero! – dijo, dirigiéndose al hombre que guiaba las mulas-. Deténte aquí. Estamos en el lugar apropiado para nuestros asuntos. ¿Cuánto te debemos?

–Seis ases, señor -contestó el individuo, un campesino originario del sur, como todos los que guiaban mulas en Roma, de semblante astuto y grandes ojos oscuros.

–¡Por Mercurio, encargado de proteger a los viajeros, en esta ciudad no paran de subir los precios! – exclamó el Proscrito, apartando el brazo de Sila, que había acercado una mano a la bolsa para pagar-. No, amigo mío, eres mi invitado y no quiero tus denarios… ¿Sabes que por el precio de esta carrera -prosiguió, dirigiéndose al mulero- podría hacer el amor con tres muchachas en cualquier lupanar de la calle de los Toscanos, a cincuenta metros de aquí?

–Sin duda, señor-replicó el hombre, mientras recibía las tres monedas de dos ases que el Proscrito le entregaba-, pero saldríais de allí fatigado, mientras que mi litera os deposita donde queráis completamente fresco y las vaginas de mis mulas no os han contagiado ninguna de las enfermedades que contraeríais en esos lugares…

–Eres un auténtico romano -comentó el Proscrito, riendo-. Tienes respuesta para todo.

Y agarró a Sila del brazo para conducirlo hacia los Rostra, donde se agrupaban todos los que se ocupaban de la política.

Caminaron entre los gritos de los vendedores de alimentos, que iban de un transeúnte a otro con sus cestas o sus canastos colgados del cuello, y de los mendigos, que se aferraban a ellos a pesar de los bastonazos y las patadas

que recibían de la mañana a la noche, dispuestos a lo peor con tal de sobrevivir al hambre que era la suerte de miles de habitantes de la ciudad más rica del universo.

–¡Salud, Mersennah! – lijo, sonriendo, un hombre coloradote y barrigón que apareció de pronto ante el Proscrito-. ¡Me alegro de verte! Me han contado que la otra noche hiciste fortuna en casa de Glauco y arruinaste a todos los invitados… Ahora no podrás negarte a aportar tu contribución a la campaña de Lacertio. Sabes que es un hombre fiel con sus amistades y que tus negocios se beneficiarán cuando él salga elegido. Si eres realmente generoso, por supuesto -añadió con sutileza el individuo a modo de conclusión.

«¡Lacertio!», exclamó Sila para sus adentros. El nombre del sujeto que se presentaba al tribunado contra Menesio, citado por la voz del alto funcionario que hacía confidencias en el camarote contiguo al de Sila en el viaje por el Ródano y al que el Proscrito, que se hacía llamar Mersennah, había aludido a su vez como un hombre de paja de Domiciano.

–¡Mi querido Escrabo! – bromeó Mersennah-. Tu patrón ya no necesita mi dinero, puesto que su adversario Menesio ha muerto. Será elegido sin ningún problema. ¿No habrás sido tú, por casualidad, quien ha hecho verter el veneno?

–¡Cuidado con lo que dices! – protestó el agente electoral de Lacertio mirando a Sila, que lucía ropas de bárbaro venido de las fronteras del Imperio-. ¡Estás haciendo una grave acusación ante un noble extranjero, Mersennah!

Nosotros somos buenos ciudadanos, respetuosos de las leyes y de nuestros adversarios.

–¡No temas! – replicó el Proscrito, cogiendo a Sila del brazo en actitud protectora-. Es la primera vez que mi amigo visita esta ciudad y no comprende nuestra lengua…

–Harías mejor asistiendo a la apertura del testamento de Menesio -prosiguió el llamado Escrabo-. Allí es donde encontrarás a quienes tenían interés en su muerte.

–¡Es verdad! dijo el Proscrito-. No se me había ocurrido.

–¿Te das cuentas? – repuso Escrabo-. Nosotros, los que nos dedicamos a la política en esta ciudad, no tenemos más remedio que pensar en todo. Entonces, Mersennah, esa contribución que vas a hacer a la causa de Lacertio… ¿Por cuánto debo inscribirte?

–Espera. Primero debo asegurarme de que Menesio no le ha dejado toda su fortuna a tu patrón antes de morir… ¿Dónde tiene lugar la apertura del testamento?

–En casa de Quirilio, por supuesto, el notario de los Clodu y de toda la alta sociedad. ¿Acaso su mujer, Porfiria, no es una Noevia? – Escrabo bajó la voz y, haciendo un guiño, prosiguió-: Entre nosotros, Mersennah, ¿no crees que era su última oportunidad de heredar? El divorcio iba por mal camino, ¿no? Al parecer, los abogados de Menesio tenían material para llenar una carreta con los testimonios de tipos que se habían acostado con ella, jóvenes fornidos a los que pagaba generosamente, según dice Avicula, la peluquera, que ahora ha reñido con ella y cuenta esas cosas a todo el mundo. – Escrabo se echó a reír ¡Te inscribo por mil sestercios! – añadió, mientras el falso Mersennah se alejaba con Sila-. ¡Envíame un cheque mañana!

–Te lo había dicho, galo -le susurró el Proscrito a su compañero-. Aquí es donde todo sucede y donde todo se sabe. Excepto que yo era cónsul y que tú estás en Roma disfrazado para vengar a tu amigo Menesio…

Según la ley, la apertura de los testamentos debía realizarse en público. Hacía un calor mortal en el estudio del notario Quirilio, demasiado pequeño para albergar a todos los que se agolpaban allí y, sobre todo, a los testigos profesionales dispuestos a certificar cualquier cosa por su honor a cambio de cien sestercios, e incluso menos, que hormigueaban por la vía Agrícola en torno al tribunal civil, donde se hallaban todos los despachos de abogado

y los estudios de notario.

Pero Mersennah sabía introducirse en todas partes y logró, mediante sonrisas y monedas de diez ases de bronce que había repartido a la entrada del estudio entre los esclavos chupatintas, que éstos les condujeran, a él y a su falso guerrero dacio, por una escalera oculta hasta el piso desde el cual podía oírse la lectura de las últimas voluntades del hombre que había sido envenenado ante los propios ojos del galo.

Éste, apoyado contra la pared de la estancia junto a su mentor, veía ahora a una patricia que había sido hermosa, a pesar de la nariz un poco más grande de lo deseable y unos rasgos abotargados, sentada en un taburete cubierto con un cojín, con unas piernas todavía irreprochables que se distinguían bajo el vestido de muselina azul transparente. La dama recoma el público con mirada altanera, manejando un abanico de nácar y dándose toquecitos en los ojos con un pañuelo de lujosa tela.

–Porfiria, evidentemente -susurró el Proscrito al oído de Sila-. El tipo gordo que suda al otro lado del pupitre del primer oficial es Kiparrisios, el griego que dirigía su organización electoral y sus relaciones públicas. Parecen abejas en torno a un bote de miel… ¡Qué espectáculo cuando el notario quite la tapa! «¿Y Metalla, la gladiadora?», pensó Sila. Por supuesto, no estaba allí. Sin duda rechazaba la idea de mostrarse en un lugar semejante y de encontrarse en presencia de la mujer legítima, que la odiaba.

Los esclavos chupatintas de cabellos casi rapados se pasaban pergaminos dándose aires de importancia. Unos estaban sentados detrás de los pupitres de madera encerada que separaban al personal del estudio de Quirilio del público; otros iban de los pupitres a los muebles verticales situados contra la pared y que contenían los archivos.

Finalmente, el notario Quirilio entró por una puertecita baja que quedaba detrás de los pupitres. Era un hombre corpulento, cuyo abultado vientre tensaba la toga ornada con bordados verdes, con grandes ojos de miope y que llevaba alrededor del cuello, colgada de un cordón, la gruesa lupa que utilizaba para leer los documentos. Lanzó hacia los asistentes, bañados en

sudor, una mirada de pez y se sentó detrás del pupitre más grande.

–Vamos a proceder a la apertura pública y la lectura del testamento de Licio Menesio Escaptio -dijo con una voz aguda-. ¡Despejad la puerta de entrada! La ley establece que debe permanecer accesible y abierta.

Unos esclavos entraron en acción para obligar a los que obstaculizaban la puerta a apartarse, y, una vez que la cosa estuvo hecha y debidamente constatada por los ojos saltones de Quirilio, la voz del oficial encargado de leer el testamento se elevó, recto tono.

–Rompo los sellos, que reconozco como pertenecientes al difunto Menesio -anunció, alzando el pergamino enrollado y herméticamente cerrado mediante cintas rojas adheridas a sellos de cera, a fin de que todo el mundo pudiera verlo.

A continuación, bajó el pergamino para cortar las cintas con ayuda de una especie de escalpelo con mango de asta y se aclaró la garganta para empezar a leer.

–Yo, Menesio, actualmente legado de la XIII legión, residiendo en mi casa de la Ciudad al regreso de la campaña contra los bátavos, en este año XVI del reinado de César Augusto, sano de cuerpo y de mente, hago por la presente testamento en favor de mi bienamada esposa Porfiria Noevia, declarándola única heredera de todos mis bienes muebles e inmuebles. Firmado en Roma, el…

El enunciado de la fecha en la que Menesio había redactado aquel testamento se perdió entre la algarabía de exclamaciones que profería el público. Todo el mundo sabía que Menesio estaba rabioso contra su mujer desde que ésta había entablado contra él un proceso de divorcio que no se acababa nunca. No cabía duda de que ese testamento era falso, o bien se trataba de un viejo documento que el candidato al tribunado había redactado hacía mucho tiempo, antes del proceso iniciado por Porfiria. Ella había hecho envenenar a su marido, sirviéndose de individuos a los que había introducido entre el numeroso servicio del palacio donde vivía éste, los

cuales habían descubierto previamente el testamento auténtico en sus archivos y se habían encargado de hacerlo desaparecer.

La propia Porfiria sollozaba ahora de forma teatral en su taburete. Se oyeron risas y pullas lanzadas contra ella, mientras que el notario Quirilio, erguido sobre sus cortas piernas, daba fuertes golpes en el pupitre con el puño cerrado para hacer callar a los asistentes, acompañado por los gritos estridentes de los chupatintas de cráneo rapado que reclamaban silencio.

–¡Que aquellos que puedan impugnar la validez de este testamento con argumentos consecuentes se presenten y consignen su declaración por escrito en un plazo de siete días! – gritó por fin Quirilio entre el guirigay de conversaciones puntuado por exclamaciones irónicas que había dado paso a los clamores-. ¿Hay alguien en la sala que desee hacerlo ahora? – añadió, buscando con la mirada a un posible candidato entre todos aquellos que sudaban a mares ante él.

Sila acompañaba la mirada del notario y vio levantarse a un joven de rostro famélico, el cual mostró entonces que llevaba una toga de abogado, aunque de aspecto absolutamente lamentable, llena de remiendos y con los bordes rozados.

–Me presento aquí en representación de Metalla, la esedaria, esclava de Licio Menesio y gerente de los Amarillos, la escuela de gladiadores de la que es propietaria -dijo aquel tipo en tono pretencioso.

–Es un abogaducho de mala muerte que busca su oportunidad con este asunto -murmuró Mersennah, inclinándose hacia Sila.

–¡Escribe! – ordenó Quirilio a uno de los esclavos rapados, que esperaba estilete en mano ante un montón de tablillas de cera-. ¿Quién eres? – le preguntó el notario al abogado, que había atrapado al vuelo la causa de Metalla la esedaria.

–Soy Honorio, hijo de Caedo… Dado que el difunto Menesio había declarado en numerosas ocasiones ante testigos que había testado para que

su esclava Metalla fuera liberada a su muerte y heredase la escuela de gladiadores llamada los Amarillos rayados de verde, y dado que el difunto ha muerto envenenado, me presento para decir que ese testamento aportado por su mujer legítima, Porfiria, es a todas luces contrario a la voluntad del susodicho difunto de liberar a la gladiadora Metalla, y que sin duda existe otro testamento que no ha sido hallado, e incluso que ha podido ser destruido con mala intención… Por todo ello, en nombre de mi clienta Metalla, solicito la suspensión de la ejecución del testamento presentado por Porfiria, de la gens Noevia, con objeto de llevar a cabo una investigación encaminada a encontrar el verdadero testamento y dilucidar las últimas voluntades reales del difunto…

Hubo aplausos, que fueron reprimidos por los puñetazos de Quirilio en el pupitre. El abogado de la toga remendada se sentó de nuevo, mientras Porfiria, con el pañuelo mojado en una mano y el abanico en la otra, lo fulminaba con una mirada teatral. Luego, un murmullo hizo que las cabezas se volvieran hacia la entrada de la sala, donde acababa de aparecer un hombre cuya tez olivácea y ropas con bordados característicos indicaban que era de origen fenicio. Parlamentaba con la gente que había bloqueado otra vez la entrada, con objeto de abrirse paso y de avanzar hasta ser visto por el notario.

Aquel hombre, que tenía una abundante cabellera rizada, alzó la mano en la que sostenía una especie de caja cilíndrica de madera. Al constatar que de este modo había atraído la atención del notario Quirilio, declaró con la entonación cantarina de los naturales de Cartago:

–Soy Khalil, banquero en la Ciudad y apoderado de Licio Menesio en los asuntos relacionados con su tripulación y su empresa de comercio marítimo. Traigo el testamento del que Menesio en persona me hizo depositario en la fecha de las calendas de octubre del año pasado, en presencia de mi primer oficial, el hombre libre y ciudadano romano Alcynio, que me acompaña…

Se oyeron numerosas exclamaciones, la mayoría de las cuales expresaban satisfacción, pues la sala estaba claramente a favor de Metalla la gladiadora y en contra de la esposa legítima. Ésta, que se había quedado lívida, se

levantó del taburete.

–¡Miente como todos los cartagineses! – gritó-. ¡El testamento que trae tiene que ser falso!

Los dos abogados que la acompañaban la hicieron sentarse y le hablaron en voz baja para tranquilizarla, mientras Quirilio le indicaba al cartaginés que se acercara a los pupitres, donde recogerían la caja de madera barnizada. La abrió personalmente el notario tras haber cortado las cintas y roto los sellos, que se podían identificar como los de Menesio, y sacó de su interior un papiro enrollado al estilo egipcio, similar, en efecto, a los que se utilizaban en muchas empresas de navegación marítima.

Sila observó que ahora se hacía el silencio. El instante era decisivo. Los dos abogados de Porfiria habían reanudado el conciliábulo en voz baja con su clienta, mientras Quirilio y sus escribas llegaban a un acuerdo ellos también, examinando concienzudamente el pergamino tras haberlo desenrollado. La suerte de Metalla estaba en juego. Si se convertía en propiedad de Porfiria en virtud de la herencia, estaba condenada a muerte o a una situación degradante que la venganza de la patricia idearía para ella. El testamento aportado por el fenicio la libraría de ese destino.

–Damos lectura al testamento de Licio Menesio fechado el día de las calendas de mayo del año décimo del reinado de Vespasiano, ¡al que los dioses han acogido entre ellos! – exclamó el notario, que, ante el sensacional giro que había dado el acontecimiento, decidió hacer el anuncio él mismo-. Yo, el firmante Licio Menesio, aspirante al tribunado, hago entrega a mi apoderado, el banquero Khadil, residente en la Ciudad en el 11 de la vía Ambrosinia, este testamento por el cual, si pereciera a causa de muerte violenta o súbita, nombro al galo Sila, ex oficial de estado mayor en la XII legión y propietario en la circunscripción de Vienna, en la Galia Transalpina, legatario universal, sin restricción de ninguna clase, de la totalidad de mis bienes, encargándole que garantice a la gladiadora Metalla la mejor suerte compatible con su estado, incluida la posibilidad de liberarla si lo considera oportuno, y encargándole asimismo que investigue las causas de mi muerte y lleve ante los tribunales a los sospechosos de haberla

provocado, quienesquiera que sean. Firmado en Alejandría a bordo de mi nave…

Nadie pudo oír el final de la declaración del notario. Sila notó sobre él la mirada astuta de Mersennah.

–¿Eres tú? – le preguntó entre el griterío su mentor, que había venido con él de las fosas comunes infestadas por la muerte de los pobres.

–No cabe duda alguna -respondió el galo. El Proscrito meneó la cabeza.

–Tendrás a toda Roma en contra de ti, igual que Menesio o todavía peor que él…

El galo en el palacio

Sila y su compañero bajaron la escalera del estudio del notario entre la multitud formada por los que habían asistido a la apertura del testamento sin saber que el heredero de Menesio se encontraba entre ellos. Muchos eran libertos o clientes del difunto patricio y comentaban con exclamaciones y bromas el espectáculo plagado de golpes teatrales que acababan de presenciar.

–¡Un galo! – exclamó un hombre feo y delgado, de pobladas cejas y rostro surcado de arrugas-. Mis negocios en manos de un soldadote inculto que vendrá de una provincia lejana…

–¡No te quejes! – le replicó otro-. ¡Compadécete más bien de la suerte de Metalla! Tú sólo le debes a ese galo tus negocios, mientras que ella tendrá que entregarle, además de los suyos, su culo.

–¡Afortunado él, que ha heredado el de la esedaria en lugar del de la esposa legítima! – dijo un tercer bromista.

Una lluvia de carcajadas descendió por la escalera, mientras Sila y el Proscrito llegaban a la antecámara qué daba a la calle rebosante de sol y ruido. – ¡El sentido común popular! – comentó el Proscrito con una sonrisa al llegar a la acera. Es cierto que tienes la vida de la esedaria en tus manos, su vida y todo lo demás… Yo la he visto combatir. Es una de las mujeres más hermosas del Imperio, si es que se le puede llamar mujer a esa fiera salvaje… ¡Por Venus! Métela al menos una vez en tu cama antes de arrancarle la verdad sobre el asesinato de Menesio, suponiendo que haya participado…

Pero Sila, arrastrado por la muchedumbre que atestaba las calles y ensordecido por los gritos de los vendedores y de los porteadores de sillas que pedían paso, no pensaba en Metalla. De repente se sentía impotente. No conocía a nadie en esa ciudad, y esa ciudad se reía ya del papel que un soldado galo vestido de patricio romano tendría que representar en los atrios del palacio de Menesio. Sólo conocía a Mancinia, una encantadora cabeza de chorlito, y al Proscrito, un paria reducido a vivir en la abyección de las fosas. Ciertamente, el Proscrito lo sabía todo de Roma, pero ahora abandonaría a Sila para proseguir su extraña existencia, la de un fantasma, el fantasma del cónsul que fuera antaño, condenado a errar por la Ciudad sin poder adoptar de nuevo su verdadera apariencia…

El Proscrito se detuvo a la entrada de una callejuela que se abría a su derecha.

–¿Estás completamente decidido -preguntó en tono irónico- a arriesgar tu vida para gozar de las riquezas acumuladas por Menesio, dormir entre los artesonados de sus palacios, comer los pescados de sus viveros, joder con sus flautistas y controlar los movimientos de sus naves por mares lejanos?

Sila sacó de su cinturón una varita de viburno y se la llevó a la boca.

–Estoy decidido a descubrir quién ha decidido su muerte. ¿Qué he hecho

durante largos años al lado de Menesio, sino arriesgar mi vida en los combates?

–¡Sin duda! – repuso Mersennah, observando el rostro de su interlocutor-. Pero hay un tiempo para todo. Tú depusiste las armas hace tiempo. Ahora tienes tus rebaños, tus graneros, tus perros que te reciben cuando regresas por la noche y que apoyan la cabeza en tus rodillas cuando te sientas ante el hogar… Vas a borrar todo eso con un gesto y a zambullirte de nuevo en un peligro mayor aún que la guerra. Porque aquí se mata cobardemente, y el que cae mete la cara en el fango…

Sila meneó la cabeza.

–Déjalo -dijo-. Menesio arriesgó más de una vez la vida por mí y podía perder, además de la vida, todas las riquezas que has enumerado…

A su alrededor, el tropel de transeúntes y el bullicio de la calle los aislaban tanto como la soledad de un jardín.

–Mersennah -prosiguió de pronto el galo-, ¿sabes por qué esta Roma que apesta tanto es lo más grande del universo?

–Sin duda alguna, porque las flores crecen gracias al estiércol -respondió el Proscrito, con su sarcasmo habitual.

–No sólo por eso. Acabo de comprenderlo ahora, después de haber oído la lectura de ese testamento: porque Roma tiene sus legiones, que crean a los emperadores y protegen las fronteras, y porque la fuerza de sus legiones reposa sobre la amistad que nace entre los que sirven en ellas. Como entre Menesio y yo…

–¡Oh! ¡Hermosa frase! Veo que Roma es grande, en verdad, si puede lograr que un galo pronuncie tales palabras después de que César hiciera perecer ignominiosamente a Vercinge tórix y a tantos otros. Pero -continuó, cogiendo a su interlocutor del brazo- ¿no será más bien que te aburres en tu granja y prefieres encontrar tu fin entre nosotros?

Esta vez fue Sila quien rió.

–Exactamente igual que tú, Mersennah, que prefieres morir sometido a un suplicio en la plaza pública de la Ciudad antes que apolillarte en el exilio… El Proscrito había conducido al galo hasta la entrada de una lujosa construcción, precedida de un pequeño jardín, que exhibía el cartel de un salón de peluquería y belleza. Elegantes cisia, así como literas de ciudad y adornadas sillas con porteadores, esperaban a las damas que habían ido a ponerse en manos de un peluquero de moda.

–Si persistes en tu idea -dijo Mersennah-, es preciso que recobres tu verdadero aspecto y vuelvas a ser el galo Sila a la luz del día, ahora que la herencia te ha señalado a ojos de todos. Y aquí podrás hacerlo…

En el umbral del establecimiento, dos jóvenes muy maquilladas y vestidas con túnicas que permitían ver sus muslos recibían ya a los dos visitantes, tendiéndoles paños mojados con agua perfumada. Mersennah se refrescó el rostro y las manos.

–Este establecimiento es del hijo de Libio -le explicó a media voz a Sila, que le imitaba-. Todo el mundo cree que Libio fue ejecutado por haberle proporcionado veneno a Mesalina en tiempos de Nerón -prosiguió-. Sólo nosotros dos, este hijo y yo, sabemos que se esconde en el lugar donde también tú has ido a buscar asilo. El hijo ha heredado la ciencia del padre para las pelucas y los maquillajes, y aquí es donde ejerce su profesión. Gracias a otra salida que da a la vía Nomentana, el falso dacio que eres y que entra aquí no saldrá jamás. – Mersennah le devolvió los paños a una de las esclavas-. Anúnciale a tu amo que su admirador Mersennah le trae un cliente de excepción -dijo.

La joven, que sonreía con sus labios pintados y sus ojos agrandados por el maquillaje, intentó alejarse para hacer lo que le pedían, pero el Proscrito la retuvo, agarrándola del brazo.

–Cada vez estás más apetitosa, Aemilia -le dijo-. Cuando dejen de gustarme

los muchachos, te pediré a ti que me inicies en el amor que llaman clásico.

–¿Le vendió realmente a Mesalina lo que dices? – preguntó Sila en cuanto la joven se hubo desasido, riendo.

–Nunca se lo he preguntado. No se acostumbra a hacer tal cosa en el reino de las sombras. Allí, cada cual guarda para sí sus secretos. Pero ¡qué habilidad para las pelucas y los rostros! Gracias a él pude revivir con otro nombre, de manera que no voy a juzgarlo con rigor porque quizás haya ayudado a causar la muerte de personas que no tenían ninguna relación conmigo…

La adolescente maquillada bajaba de nuevo la escalera, dispuesta a conducir a los dos clientes al primer piso, donde oficiaba Certio, el hijo de Libio. Los dos hombres subieron la escalera a su vez y fueron introducidos en una pequeña estancia, al fondo de un pasillo al que daban varias cabinas donde los clientes se ponían en manos de los peluqueros, los masajistas y los maquilladores. Certio no tardó en aparecer.

–Certio, amigo mío, en tu opinión, ¿de qué lugar del Imperio viene este noble guerrero que no habla una sola palabra en nuestra lengua? – dijo el Proscrito, señalando a Sila.

–De Dacia, no cabe duda alguna.

1. Cisium (plural cisia): calesa ligera.

–¡El arte del padre, una vez más, ha engañado al hijo! – exclamó Mersennah-. Este guerrero ha entrado en Roma por la puerta Viminal, procedente del lugar que tú sabes, y si le quitas la peluca encontrarás un cráneo la mitad del cual está rasurado por la razón que también conoces… Ahora es preciso que le devuelvas su aspecto de galo ciudadano del Imperio, así como la otra mitad de su cabellera, que tuvo que sacrificar para conocer al autor de tus días… Te lo confío. ¡Cuídalo bien! Si no lo haces por amor a mí, hazlo por interés, pues acaba de heredar la fortuna y el palacio de Menesio…

Certio meneó la cabeza.

–Si viene de allí y de las manos de mi padre, no es cuestión de dinero -replicó.

–Gracias, muchacho -dijo Mersennah-. Te dejo a Sila…, ése es su nombre. Hazle salir por el jardín cuando haya vuelto a ser él mismo entre tus manos. Consíguele una toga de fina tela, las sandalias más caras que se encuentren en la vía Comelia y una silla con porteadores para que se presente en su casa con la dignidad de los hombres ricos…

Certio ya le había indicado al galo que se sentara ante una mesa ornada con un espejo,. que era el mueble principal de la habitación, y empezaba a quitarle la peluca pelirroja.

Sila miraba en aquel espejo su cráneo, la mitad del cual estaba rapado. A un lado, sus caballos castaños con numerosos hilos plateados; al otro, el hemisferio restante, rasurado por el patrón de la taberna El Caracol de Oro hacía cuatro días. ¡Cuántos acontecimientos en cuatro días! También vio al Proscrito de pie detrás de él, con la mano en el pomo de la puerta por la que se disponía a salir. – ¡Mersennah! – dijo el galo-. El palacio de Menesio está abierto para ti, tanto de día como de noche…

El Proscrito meneó la cabeza.

–¿Crees que será conveniente unir nuestras dos fortunas? – le preguntó-. ¿Sabes que, si me descubren, me cortarán la cabeza en el Foro y que mi presencia en tu casa será utilizada en tu contra? ¿Acaso no tienes ya por enemigo al prefecto de los vigilantes en persona?

–¿Desde cuándo estás en secreto en la Ciudad? – preguntó Sila a modo de respuesta.

–Cuatro años ya…

–Necesito tres meses para descubrir a los que han hecho perecer a Menesio. ¿No permanecerás de incógnito tres meses más a mi lado?

Sila había vuelto la cabeza para mirar al Proscrito directamente a la cara.

–Déjame pensarlo -contestó éste-. ¡Vale!* -le dijo al hijo del peluquero, que buscaba entre sus muestras de cabello un tinte que casara con la mitad intacta de la cabellera del galo.

–Vale, Mersennah, abraza a mi padre de mi parte…

–No dejaré de hacerlo, muchacho -respondió el Proscrito mientras abría la puerta-. Y tú, Sila -añadió, sonriendo, antes de franquear el umbral-, no olvides abrazar a Metalla de mi parte…

** Voz latina que significa «consérvate sano», usada como despedida. (N. de la T.)*

Un viejo perro germano

Sila despertó en el cuarto del pequeño edificio donde unos días antes descubriera a la joven tamborilera, enamorada de Menesio, fulminada por el veneno junto al esclavo que había tenido la mala fortuna de beber después que ella. Allí era donde había decidido pasar la noche tras haber recorrido, sin detenerse en ninguna, las espléndidas dependencias por donde pululaban los esclavos, impacientes de curiosidad por ver al nuevo amo que el destino acababa de adjudicarles.

El galo vio, a través de la pequeña ventana enrejada, que aún no había amanecido. Había dormido profundamente después de una jornada agotadora, a lo largo de la cual había tenido que enfrentarse a los

innumerables libertos, clientes y apoderados de Menesio que desfilaron ante él. Los rostros de muchos de ellos no habían sido capaces de ocultar el irónico desprecio que experimentaban hacia aquel galo. Otros, por el contrario, se habían mostrado servilmente obsequiosos.

Luego, Sila se había quedado solo en el gran atrio vacío. Se presentaron varios esclavos para pasar por el suelo de mármol grandes escobas humedecidas con un líquido perfumado, a fin de borrar las huellas dejadas por los hombres y las mujeres que constituían la clientela del patricio y que habían ido a presentar sus respetos a su sucesor. Una vez que los encargados de la limpieza se retiraron a su vez, hizo su aparición una especie de mayordomo que guió al galo hacia un comedor.

El centro de la estancia lo ocupaba un enorme mueble, a la vez mesa y aparador, provisto de un gran número de bandejas de plata, algunas de ellas con tapa y otras no. Había grandes pescados fríos adornados con verduras cortadas que formaban figuras decorativas y aves a las que les habían colocado de nuevo las plumas tras haberlas cocido. Pirámides de frutas impecables se alzaban en los dos extremos de la mesa. Por último, en el centro se veía una gran campana de plata de forma oval.

Sila contemplaba todo aquello con aire pensativo. Aquella abundancia fastuosa era el signo de su poder, un poder que le resultaba embarazoso. Ante la mirada de los esclavos inmóviles, que lo acechaban, avanzó y levantó la campana. Era la tapadera de un pozo horadado en la madera, donde botellas de vino de diferentes colores se refrescaban entre hielo picado.

El galo pasó revista a lo que se le ofrecía antes de coger un muslo de ave y comérselo de pie. Uno de los sirvientes, levantando la campana, se apresuró a pedirle que indicara el vino que deseaba beber, y Sila recibió una copa de plata en la que vertieron vino tinto. A continuación, después de comerse unos higos, dos esclavos le tendieron una jofaina donde se lavó las manos y un paño bordado con el que se las secó.

Mientras hacía esto, el galo se dirigió al mayordomo, que hasta entonces se

había mantenido a distancia, y le dijo que felicitara a los cocineros por el esmero con que habían preparado la comida.

–Pero diles que no vuelvan a preparar tantas cosas cuando esté solo para comer, a no ser que yo lo ordene -añadió-, y encárgate de que se distribuya todo esto entre los esclavos, incluidos los que tengan asignadas las tareas más humildes.

El mayordomo se inclinó y los sirvientes, que iban descalzos y se movían en absoluto silencio, comenzaron a retirar la mesa con habilidad, evitando que la vajilla y las bandejas metálicas entrechocaran.

–Señor -intervino el mayordomo-, permíteme que te haga una observación. Nos traen los pescados directamente del mar, y las verduras, las frutas y las carnes de las granjas y los huertos, y es preciso que lo utilicemos… Seguramente, muy pronto tú mismo ofrecerás comidas a tus invitados, como hacía Menesio… Si das la orden de que dejen de servimos los productos todos los días, ¿cómo nos las arreglaremos?

Sila se quedó en silencio. El mayordomo tenía razón. Aquello era la riqueza de un hombre como Menesio: una maquinaria que funcionaba por sí sola y que no era posible detener. La mente de granjero de Sila pensó que podría dar la orden de que vendieran todo lo sobrante al día siguiente; pero, afortunadamente, se contuvo de decirle una cosa semejante al mayordomo, pues enseguida comprendió que se convertiría en el hazmerreír de Roma cuando se supiera que el nuevo rico galo instalado en las preciosas dependencias de Menesio hacía vender en los mercados lo que el patricio consagraba a su lujo cotidiano. Cada día, los barcos pescaban, las mujeres recolectaban, las crías de ganado eran sacrificadas y los carros partían hacia Roma, y no servía de nada querer ahorrar.

–Tienes razón -admitió finalmente Sila, que se dio cuenta entonces de que ignoraba el nombre de su mayordomo-. ¿Cómo te llamas? – añadió.

–Mektios, señor. Soy griego y serví como encargado de la intendencia en la nave desde la que Menesio dirigía su flota. Después me trajo a Roma.

¿Puedo esperar el honor de servirte a ti ahora?

Sila lo miró.

–Por supuesto… Por supuesto, Mektios. Dame tiempo para que me habitúe a todo esto -añadió con una sonrisa-. Ahora me retiraré a descansar…

El mayordomo se inclinó de nuevo y Sila se volvió de espaldas al comedor para bajar los escalones de mármol que conducían al atrio. Una vez allí, se recreó unos instantes escuchando el murmullo de la Ciudad, que llegaba hasta él debilitado por la frondosidad que rodeaba el palacio. Luego se alejó, a través de los jardines, hacia el pabellón de las flautistas, lugar que había elegido para ir a dormir tras aquella jornada dedicada a la toma de posesión de las riquezas romas de Menesio y en el transcurso de la cual los intendentes no le habían ahorrado ni un solo detalle. Había visitado las dependencias lujosas, las cocinas, los lavaderos, las termas, los establos, las cocheras que albergaban carros, calesas y literas, los alojamientos de los esclavos, sus letrinas, las ergástulas y, por último, los viveros, que ya conocía por haber pescado en ellos langostas la primera noche y dejado fuera de combate a dos guardias. Había preguntado dónde estaba el intendente principal, encargado de las cuentas y de la coordinación de todos los movimientos, pero le habían respondido que ya no había intendente. Había desaparecido unos días antes de la trágica muerte del señor, sin duda, pensó Sila, temiendo que éste empezara a sospechar que era culpable de malversación.

Aquello, sumado al descuido que reinaba en la guardia, bastaba para comprender por qué Menesio le había llamado. El patricio, comprometido en la empresa que debía conducirle a las más altas magistraturas, ya no controlaba lo que le rodeaba. La esposa que hubiera podido ayudarle a llevar la casa se había pasado al bando contrario y le declaraba la guerra a la cabeza de una cohorte de abogados. Su amante, la esedaria, era una especie de caballo salvaje que soportaba con dificultad el bocado. ¿Cómo podía Menesio, tan buen organizador cuando se trataba de dirigir la maquinaria de guerra de una legión para invadir un campamento enemigo, haberse dejado desbordar por las tareas de su entorno?

Dándole vueltas al asunto, Sila caminó, en dirección al pórtico al pie del cual el patricio había perecido ante sus ojos la noche fatal, por un largo paseo bordeado de cipreses donde, de trecho en trecho, había un hombre montando guardia. A la luz del atardecer entrevió, más allá de aquellos cipreses, las pajareras donde Menesio tenía numerosos pájaros raros comprados durante sus viajes. En ese momento, el galo oyó un largo lamento que a todas luces provenía de un perro. Sila pensó que, de todo cuanto pertenecía al patricio que la muerte se había llevado, tan sólo un perro parecía sentir el dolor que aquella muerte le había causado. Dejando el camino para observar las cosas de cerca, descubrió una perrera formada por varios recintos. Todos estaban vacíos, excepto aquel de donde procedía el gemido.

El esclavo encargado de las pajareras apareció mientras Sila observaba al animal, tumbado en el suelo enladrillado de su jaula. Sus ojos eran los de un viejo perro de caza germano de largo pelo blanco y marrón. El animal miraba a Sila con tristeza al tiempo que reanudaba su gemido. El esclavo intervino para explicar que el perro no comía desde que el señor, que iba a menudo a verlo y a abrir su jaula, había visto su propia existencia interrumpida por la Parca.

–Si lo dejamos salir -añadió el esclavo-, se irá directo a donde el señor encontró la muerte y se negará a alejarse de allí.

Sila miraba al perro, que sostenía su mirada, y recordó que un día de invierno, durante una campaña, un jefe germano le había regalado a Menesio una pareja de cachorros salida, según él, de una cepa maravillosamente dotada para batir la liebre. El galo calculó que habrían pasado trece o catorce años desde aquella campaña y que el animal que tenía ante los ojos sin duda era el macho de la pareja, el cual había llegado a la edad máxima que un perro puede alcanzar. – Abre la jaula -ordenó Sila.

El esclavo obedeció, y el animal, viendo el camino libre y percibiendo quizá que existía un vínculo entre su amo y el hombre que acababa de aparecer, se puso en pie como pudo y cruzó el umbral de la jaula

tambaleándose. Luego adquirió seguridad y comenzó a caminar lentamente, con la boca entreabierta como si no tuviera fuerzas para cerrarla, en dirección al pórtico y al pequeño edificio donde el propio Sila había decidido pasar la noche.

El lecho donde Menesio bebiera el veneno tras haber poseído a la mujer que amaba continuaba allí, pero los obreros que Sila había ordenado llamar esa misma mañana ya habían levantado el suelo de mármol para poner los cimientos del mausoleo donde el galo pensaba depositar el cuerpo de su amigo difunto, en el lugar preciso donde a éste le gustaba tumbarse para contemplar la Ciudad. Aprovechando la confusión que siguiera a la muerte inesperada del patricio, Porfiria, su esposa legítima, había logrado que los restos mortales fueran trasladados al panteón de los Noevia, la familia de ella, donde habían sido inhumados. Pero Sila deseaba que su amigo regresase allí, a aquel lugar privilegiado, en cuanto estuviera acabado el mausoleo de pórfido que un taller del suburbio de Subreata se apresuraba a tallar.

El perro se había acercado al lecho lo había olfateado y después se había sentado. Miraba a Sila y ya no gemía, como si por fin hubiera aceptado la muerte de su amo.

Sila acarició la cabeza y el lomo del viejo cazador, que movió lentamente el rabo.

«Sí -parecía pensar el animal-. No me resultas desconocido. Te vi hace mucho tiempo en compañía del amo.»

Al menos eso era lo que Sila imaginaba, mientras se incorporaba para ir en busca de agua al pequeño edificio ante el cual se encontraban las dos jóvenes flautistas, que habían salido de él al oír que su nuevo señor se acercaba. Se apresuraron a tomarle la delantera y depositaron un lujoso plato de alabastro ante el hocico del animal. Éste empezó a beber lentamente y no paró hasta que el recipiente estuvo vacío.

«¿Ha decidido vivir?», se preguntó Sila.

Luego se volvió hacia los tejados y los monumentos de la capital del universo, que se extendía ante sus ojos hasta el horizonte incendiado por el crepúsculo. Éste oscurecía, cambiando el murmullo que venía de las calles. Otro estrépito comenzaría con la noche, diferente al que producía la multitud diurna y formado por el ruido de las ruedas forradas de hierro de los carros que habían esperado ante las puertas el momento de entrar cuanto era necesario para la existencia de un millón de individuos: los animales recién sacrificados en los mataderos de las afueras, los pescados traídos del mar por la vía Ostia, los granos que los asnos o los esclavos uncidos a las muelas triturarían en las panaderías, los forrajes destinados a los miles de caballos y mulas de la gente rica y, por supuesto, las piedras de talla, los ladrillos, la arena y las maderas de todos los tamaños que se utilizaban para construir los inmuebles, muchos de los cuales tenían ocho pisos, o incluso más, y se incendiaban fácilmente a causa de una lámpara de aceite o un hornillo de carbón vegetal que quedaban encendidos sin vigilancia.

El galo comprendió que estaba a merced de quienes, en algún lugar de la Ciudad, deseaban su perdición como habían deseado la de Menesio. A aquellos personajes les resultaba fácil sobornar a dos o tres hombres de la guardia del palacio para que lo asesinaran.

El galo decidió que debía ponerse en manos de su destino. Regresó hacia la entrada del pequeño pabellón, ante la cual permanecían las dos adolescentes que serían, con el viejo perro al límite de sus fuerzas, sus únicos guardianes. El animal había levantado la cabeza hacia él y se puso en marcha para acompañarlo. Sila se detuvo para esperarlo y lo dejó entrar en el pabellón detrás de él. Una de las jovencitas fue a buscar el recipiente en el que el perro había bebido para llenarlo de nuevo, y lo tenía en la mano cuando Sila se tumbó en la banqueta en forma de cama donde el esclavo encargado de los refrescos había perecido. La muchacha dejó el recipiente delante del animal, lo miró beber y permaneció de pie ante la cama, interrogando con la mirada al nuevo señor, en espera sin duda de una seña para unirse con él en el lecho. Sin embargo, Sila hizo, sonriendo levemente, un pequeño movimiento con la cabeza que daba a entender que prefería dormir solo.

–Cierra bien la puerta con los pestillos -le ordenó-, y no salgáis esta noche ninguna de las dos.

La joven se alejó para ejecutar la orden y los pestillos fueron corridos. A continuación, el galo las oyó hablar a las dos en voz baja, en la antecámara donde se habían instalado, y su gracioso susurro lo sumió en un profundo sueño. En el pabellón cuidadosamente cerrado ya no se percibía nada del ruido sordo que producían abajo, en la Ciudad, las ruedas de las carretas sobre el adoquinado de las calles, estriado a veces por el gemido agudo de un eje y festoneado por los gritos de los carreteros o el rebuzno de los asnos.

Sila se despertó en plena noche. Una lámpara de aceite ardía a la entrada de la antecámara donde estaban las jóvenes para señalar la puerta de las letrinas. Sila se sentó en la cama con la intención de ir allí. Miró al perro tumbado a sus pies. El animal dormido estaba absolutamente inmóvil, hasta el punto que Sila acercó la mano a su hocico para asegurarse de que seguía respirando. Luego se levantó.

Las letrinas del pabellón eran, por supuesto, espléndidas, construidas en mármol y maderas nobles. Agradables perfumes producidos por esencias de flores, cuyos frascos se hallaban alineados en un estante, emanaban de dos pilas. El agua fluía sin cesar por un canalillo tallado en el suelo de lava negra y forrado de plata. Una vez hubo acabado lo que tenía que hacer, y cuando se levantaba, una de las flautistas, a la que había despertado el escaso ruido que Sila hiciera al levantarse de la cama, apareció en el umbral. Llevaba en la mano una vasija similar a la que Sila, desde lo alto del pórtico, había visto utilizar para prestar cuidados íntimos a Menesio y Metalla después de unirse en los placeres del amor. La joven cogió del recipiente una esponja bañada en un agua perfumada y se dispuso a lavar a Sila por todos los lugares donde tal cosa podía ser necesaria. Cambió el agua de la vasija, añadió esencia perfumada y se recreó lavando con sus manos el sexo del señor, sin que su rostro dejara traslucir emoción alguna. Pero era pura hipocresía y Sila no se equivocó al sospechar que la muchacha ocultaba una intención muy concreta. Después del descanso que le habían proporcionado varias horas de sueño, y dado que no había

mantenido comercio carnal con una mujer desde que se despidiera de Mancinia en los muelles de Ostia, el día de su llegada a Roma, el galo no podía permanecer insensible a los cuidados de que era objeto.

Muy pronto, la joven esclava tuvo entre sus dedos la certeza de que su estratagema daba resultado. Entonces se atrevió a sonreírle al señor, sin dejar de hacer con una mano lo que había comenzado, y, dejando el recipiente de las abluciones en el suelo, cogió con la otra mano la de Sila para guiarla a su propia entrepierna… Quería, de ese modo, indicarle al señor que también ella estaba dispuesta a experimentar emociones, y no sólo a realizar una tarea servil. Sila no tenía intención de escabullirse y se prestó de buen grado.

La muchacha debía de tener quince años. Tenía una hermosa boca y unos ojos negros que ahora miraban a Sila de frente, con cierto orgullo, como si quisieran decir que los minutos siguientes no verían a un poderoso amo poseer a una esclava miserable, sino a dos seres iguales en el acto del amor. Sila le devolvió la mirada. Aquella pequeña también intentaba sobrevivir, en su caso tratando de complacer al nuevo señor, puesto que el anterior había fallecido. Porque ella y su compañera podían ser vendidas en cualquier momento y perder así la lujosa seguridad en la que habían vivido hasta entonces junto a Menesio. Aquel presente que ella quería hacer era una ofrenda a Afrodita mediante la cual imploraba la protección de esa diosa de los amores humanos.

*. Tanto en Roma como fuera de ella, incluso las letrinas públicas estaban lujosamente decoradas.

Y era evidente que Sila no tenía intención de rechazarlo. La joven lo condujo hacia la cama sin dejar de acariciarle. Le hizo tumbarse boca arriba y se desabrochó la túnica, cerrada por delante con fíbulas, a fin de descubrir su cuerpo, al que Sila no encontró ningún reparo que oponer. Después se desnudó del todo y se metió en la cama. Se colocó encima de Sila, con las piernas abiertas, y, mientras se movía con prudencia, dejaba escapar de vez en cuando un gemido, reteniendo su placer a fin de incrementar su intensidad en el momento de la conclusión. A continuación se abandonó,

ahogando un grito y procurando no realizar movimientos demasiado acusados, por miedo a arrastrar con ella a su pareja. Sila comprendía su maniobra y se prestaba al juego; le divertía que la pequeña quisiera otro orgasmo, y quizás un tercero, no sólo por el placer que obtendría, sino sin duda también para halagar al señor, dándole de esta forma la ocasión de ser un amante eficiente.

Tras unos instantes de calma, la joven se puso de nuevo en movimiento, pero esta vez permaneció con los ojos abiertos para acechar en el rostro de Sila los indicios que le revelaran la inminencia de su satisfacción, que a todas luces pretendía continuar retardando.

Tenía para ello una razón que no era la que había imaginado su señor, aunque éste la comprendió al ver aparecer y acercarse al lecho a la segunda flautista, adormilada y con su larga cabellera rubia que le caía, revuelta, sobre los hombros. Sila la vio rodear a su compañera con los brazos y después acariciarle los pechos para ayudarla a precipitar su placer. Se percataba de sus intenciones, y tuvo que luchar para controlarse en el momento en que la muchacha que lo cabalgaba dejó escapar el grito que la liberaba. La joven permaneció un momento empalada sobre él, inmóvil y presa de estremecimientos, antes de dejar que su compañera ocupase su lugar a toda prisa. Ésta comenzó a gemir enseguida, ayudada por las caricias de sus propios dedos en el clítoris. Sabía que el señor no podría seguir esperando y era preciso que precipitara su orgasmo. Éste se desencadenó, arrastrando de inmediato a Sila, que ya no podía más. Los rubios cabellos de la joven, que se tumbó suavemente sobre él, gimiendo, se esparcieron por su pecho. El galo rodeó a la pequeña con sus brazos y ambos se durmieron enseguida, sin separarse, olvidando aquél los peligros que lo amenazaban y que el sol traería al levantarse sobre la Ciudad.

La litera de Mancinia

El alba llegó, en efecto. Iluminó el rostro de Sila a través de los barrotes de las ventanas del pabellón y el cuerpo de su rubia compañera, tendida a su lado. La esclava morena, por su parte, dormía en el suelo, a los pies del lecho, junto al viejo perro. Sila se despertó y se puso en pie, contempló a la joven un instante y luego, inclinándose, la cogió en brazos para depositarla en la cama, al lado de su cómplice. Sin abrir los ojos, como si continuara durmiendo, la muchacha rodeó con los brazos los musculosos hombros del ex oficial de las legiones y acercó la boca a la del señor para darle un beso antes de abandonarse de nuevo al sueño.

Sila se quedó un rato mirándolas a ambas, desnudas y graciosas, inocentes al borde de un abismo de peligro y sufrimiento al que él mismo podía ser arrastrado de un momento a otro. Le sorprendió que el viejo perro todavía siguiera dormido y se inclinó para tocar su pecho. Esta vez estaba rígido y frío. El compañero de caza de Menesio había muerto.

Sila se incorporó. Pensó que estaba bien así. El viejo perro germano rendía homenaje a su amo, reuniéndose con él en el reino de las sombras. Haría que lo enterraran junto al pórtico para que montase guardia, en el seno de la tierra, en la tumba del patricio Menesio. Sila se dirigió al cuarto de baño, se mojó la cara en una de las dos pilas y luego descorrió los cerrojos que las jóvenes habían cerrado la noche anterior. Abrió la puerta y se encontró en el umbral cuando los pájaros dejaban oír sus gorjeos matinales. El pequeño edificio estaba rodeado de guardias armados, que se volvieron hacia él al oír que la puerta se abría y que se quedaron mirándole. Unos llevaban un venablo en la mano; otros, una espada.

Sila permaneció un instante inmóvil, preguntándose si aquellos hombres se habrían reunido para matarlo cuando despertara, mientras el palacio todavía continuaba dormido. Los silbidos de varios venablos, lanzados desde unos metros de distancia, serían el único ruido que se oiría antes de que el galo fuera rematado con la espada que le cortaría el cuello.

Sin embargo, el ex oficial de las legiones no podía demostrar el miedo que sentía, de manera que cerró la puerta tras de sí y avanzó hacia los guardias.

–Te saludamos, señor -dijo el que estaba más cerca-. Hemos velado tu sueño esta noche, al ver que habías decidido dormir aquí…

–Está bien -repuso Sila.

Si debían matarlo, lo harían ahora, después de haber pronunciado aquellas palabras tranquilizadoras, como se acostumbra a hacer cuando se asesina a un hombre importante y se desea evitar que tenga tiempo de gritar o pedir ayuda.

Pero los guardias se apartaron ante él y Sila esperó en vano ser atacado por la espalda…

Seguido por todos los que habían pasado la noche alrededor del pabellón, el galo caminó hasta los establos, junto a los cuales se hallaban los cuarteles de la guardia.

Una vez allí, ordenó que tocaran para convocar a todo el mundo fuera. Uno de los guardias entró en el establo y salió de él con una trompeta del modelo en servicio en la caballería de las legiones. Dio el toque de diana y a continuación el de formar. Sila constató que se producía un ligero barullo en los alojamientos y los establos. Los guardias empezaban a salir para formar.

Sila se acercó al trompetista y le preguntó dónde había servido.

–Era corneta en la caballería de las alas de la legión de Vespasiano en Judea -respondió éste.

–¿Serviste bajo las órdenes de Menesio?

–No, no tuve ese honor. Fui reclutado por el que está al mando de la guardia, Leptio.

Los hombres habían formado en tres filas ante ellos.

–¿Dónde está Leptio? – preguntó Sila.

Nadie respondió.

–¿Duerme? ¿No oye la trompeta? ¿Se ha marchado a dormir a la Ciudad? En vista de que nadie contestaba, el corneta se decidió a hacerlo.

–Sí, señor.

–¿Duerme todas las noches en la Ciudad?

–No podría decirlo, señor.

Sila meneó la cabeza. Luego examinó a los guardias, que permanecían inmóviles.

–Estáis demasiado gordos -dijo. Y añadió-: Yo también. – Los guardias rieron-. Recorreremos cuarenta veces el camino de ronda a paso de carrera. – Hizo una pausa y prosiguió-: Lo haremos todas las mañanas a las cinco, una hora más pronto que hoy. Esta mañana me he levantado un poco más tarde porque era mi primer día entre vosotros y porque dos jovencitas me tocaron la flauta en plena noche… -Los hombres rieron de nuevo-. Por eso me condeno a mí mismo a recorrer cuarenta veces el camino de ronda. – Entonces cambió de tono para preguntar-: ¿Quién es hoy el oficial de guardia?

Uno de los suboficiales dio un paso al frente.

–Si me detengo antes de completar las cuarenta vueltas, me obligarás a continuar a golpes de vara. – El suboficial permaneció en silencio-. ¿Me has entendido? Es una orden. Y pobre de ti si no la ejecutas. ¡Repite la orden, como se acostumbra a hacer en el servicio en campaña!

–Si os detenéis antes de completar las cuarenta vueltas, señor, os obligaré a continuar a golpes de vara.

–¡Bien! Pero no me llames señor; llámame Sila. Soy Sila, ex oficial de las legiones; salvé la vida de Menesio y él salvó la mía. Por eso estoy aquí y por eso quiero averiguar quién lo ha matado. Y al que lo ha matado, lo mataré yo con mis propias manos.

Los hombres de la guardia estaban ahora petrificados, pero una especie de viento guerrero soplaba en ellos silenciosamente a medida que Sila los espoleaba con palabras viriles.

–Así pues, vamos a correr, y los que se detengan antes de dar cuarenta vueltas recibirán la vara. Tendrán tres días para entrenarse y acostumbrarse, y si al cuarto día no dan las cuarenta vueltas irán a remar un año a nuestras galeras, con los dos de vosotros a los que dejé fuera de combate la noche en que me introduje en los jardines de este palacio y llegué junto al lecho de Menesio, vuestro señor, sin que ninguno de vosotros me viera ni me detuviese… ¡La noche en que fue envenenado! ¡Que esos dos que quisieron coger langostas del vivero y no fueron capaces de percatarse de que yo era un extraño, que esos dos se den a conocer!

Un hombre dio un paso al frente. Sila reconoció a aquel al que había golpeado primero.

–¿Cómo te llamas?

–Sirio -contestó el hombre.

–¿Dónde está el otro?

–Huyó ayer, al enterarse de que hoy estarías aquí.

–Y tú, ¿no has huido?

–No, señor.

–¿Por qué?

–El perro está atado a su cadena -dijo el guardia-. Tengo una mujer y dos hijos en la Ciudad.

Sila sabía que en aquel momento todos juzgaban sus actos. Cada palabra y cada gesto trazaría a sus ojos el retrato del señor que era.

El galo se volvió hacia el corneta.

–¿Dice la verdad?

–Sí, señor -respondió éste.

Sila reflexionó y luego volvió a dirigirse al culpable.

–¿Sabes que en las legiones el bastón es el castigo que se aplica al centinela que no ha vigilado como es debido?

–Sí, señor.

–Sesenta golpes serán tu salario y te evitarán ir a remar durante un año.

–Gracias, señor.

–¡Sila! Nada de «señor».

–Gracias, Sila -repitió Sirio.

–¡En el acto! Ve a buscar al verdugo de los esclavos. Y nosotros, mientras tanto, correremos para intentar librarnos de la vara…

Sila bajó de su caballo empapado de sudor y manchado de espuma ante la entrada del gran atrio del palacio. Dejó las riendas en manos de un esclavo, que se alejó para conducir al animal a los establos. El galo había dado las cuarenta vueltas sin necesidad del estimulante de la vara, sin duda gracias a los músculos y la resistencia que le habían proporcionado los trabajos del campo, empezando por el arado y acabando por la siega, que llenaban su

tiempo y su aburrimiento. Había saltado con el caballo a la carrera y lanzado el venablo con los hombres de la guardia, los cuales, a excepción de una decena de ellos, habían superado mejor o peor la prueba de la carrera en torno a la muralla que rodeaba la vasta propiedad cuyo dueño era ahora el galo.

En el atrio le esperaban los diversos intendentes y mayordomos, que le saludaron con premura, pues se había corrido la voz entre el servicio de lo sucedido al amanecer con los guardias y nadie menospreciaba ya al nuevo señor.

Éste no sabía muy bien qué órdenes dar a toda aquella gente que dirigía las escuadras de esclavos encargados de los diferentes servicios del palacio. Además, su primera preocupación era ir lo antes posible a la escuela de gladiadores donde vivía Metalla, situada a unas diez millas de los muros de la Ciudad. La esedaria, en efecto, no había aparecido el día anterior entre los que fueron a presentar sus respetos al heredero de Menesio. Aquello no podía sino ser un escándalo a ojos de todos, pero a Sila, conociendo al feroz personaje con el que se enfrentaba, no le sorprendía. La esedaria debía de sentirse humillada por no haber obtenido la libertad en virtud de la voluntad testamentaria de su amo y amante. El hecho de que éste hubiera depositado la suerte de la mujer a la que decía amar en manos de un galo desconocido, Metalla debía de interpretarlo como un terrible insulto, tanto más cuanto que la decisión del patricio parecía incluirla en la lista de sospechosos de haber participado en el complot cuyo objetivo era su muerte.

Sila se estaba preguntando si iría solo a la escuela de gladiadores que formaba parte del patrimonio de Menesio, y de la que la esedaria era responsable, o si se haría escoltar por un destacamento de la guardia armada, cuando la aparición, en el paseo bordeado de cipreses que conducía al gran atrio, de una litera rodeada por un grupo de hombres, algunos de los cuales tocaban el tamboril y la flauta, trajo una diversión inesperada.

Sila avanzó por los peldaños que era preciso bajar para salir del atrio y comprendió, por los andares de los que se aproximaban, que se hallaba ante ricos juerguistas que finalizaban por la mañana una noche ocupada en beber

y comer con exceso. La litera, de la que tiraban dos mulas lujosamente enjaezadas, era magnífica, y los ropajes de los siete u ocho personajes que la acompañaban, aunque estaban manchados de vino, eran togas de seda como las que se llevan en la corte de César. Aquellos personajes coronados de flores, pese a sus diferentes grados de ebriedad, no podían ser sino gente de alta posición, sin duda conocidos de Menesio…, y por eso la guardia de la entrada los había dejado pasar.

Al llegar junto a las columnas de mármol del atrio, entonaron un canto báquico acompañado por el sonido de la flauta y el tamboril, que dos de ellos tocaban. Todo esto lo hacían, en su ebriedad, con mucha elegancia. El galo tenía ante sus ojos a romanos de la alta sociedad del Imperio, corrompidos por el dinero y los goces, pero más finos y civilizados que cualesquiera otros en el universo conocido…

El canto se interrumpió en seco ante Sila, y uno de los juerguistas, volviéndose hacia la litera, tomó la palabra para decir con énfasis:

–¡Deteneos, mulas de paso seguro que lleváis un delicioso fardo! ¡Henos aquí en presencia del valeroso Sila en persona y no necesitamos ir más lejos! El orador, girando sobre sus talones para situarse de cara al señor de la casa, estuvo a punto de caer a causa de la rapidez del movimiento que había querido ejecutar pese a su estado tambaleante. Pero se agarró del hombro de uno de sus compañeros y prosiguió en el mismo tono:

–¡Salud, Sila! Porque tú eres sin duda el oficial galo, heredero del noble Menesio, nuestro difunto amigo… ¡Nadie podría equivocarse, viendo tu porte viril, modelado por los trabajos guerreros al servicio de Roma!

–Soy Sila, en efecto -dijo el galo, que había optado por sonreír. – Como ves por el desorden de nuestras ropas y nuestro andar tambaleante, hemos pasado la noche de fiesta en el palacio de Tito César Imperator, a quien los dioses asistan, él mismo divino y vencedor en todas las cosas. Y en el transcurso de esa noche en ese palacio tu nombre ha sido pronunciado varias veces en presencia del propio César, que se ha interesado por ti…

–Debes saber, Sila -prosiguió-, que la desgracia de haber perdido a tu amigo y la fortuna de haber heredado sus bienes te convierten, al menos durante algunos días, en el hombre donde coinciden las miradas de toda la ciudad. Y nosotros, cuando hemos visto que el alba se acercaba, hemos exclamado de común acuerdo: ¡Vayamos a ver a ese héroe, cuyo nombre está en boca de todos, y a saludarlo en la morada que debe a la amistad viril! ¡Vayamos a llevarle un presente de bienvenida, un presente inestimable, un tesoro, en una palabra, que los velos de esta litera no van a continuar ocultando por mucho tiempo a tus ojos, oh, Sila!

Al llegar al final de su perorata, el orador, cuyo rostro estaba bañado en sudor a causa del esfuerzo que realizaba y de todo lo que había bebido durante la noche, reprimió un hipido tapándose la boca con una mano y, con un gesto teatral, agarró el velo que cerraba la litera por un lado para apartarlo. Aquel movimiento le hizo perder el equilibrio. La cortina a la que se aferraba se desgarró al caer, todo el mundo se echó a reír y Sila vio, sentada en la litera, a Mancinia, la mujer de Patrocio y su amante, coronada de flores como los demás y vestida con una túnica lo bastante transparente como para permitir adivinar su hermoso pecho color de leche y las manchas oscuras de sus pezones, Mancinia, que reía a su vez y que le mostró los muslos al levantarse para descender de la litera.

La bella italiana rodeó los hombros del galo con sus blancos brazos.

–¡Sila! – exclamó-. ¡Qué aventura! ¡Tú aquí, más rico que Creso! ¿Seguirás queriendo algo de mí, ahora que puedes tener a las mujeres más hermosas del Imperio? Llévame a tu cama enseguida, antes de que tengas tiempo de reflexionar…

–¡Ni lo sueñes, Mancinia! Acabo de montar a caballo y de lanzar venablos durante dos horas. Antes pasaremos por los baños…

–¡Sí, sí, encantada! ¡Me harás el amor sumergidos en agua caliente!

Sin embargo, el hombre que había guiado a la ebria tropa hasta allí se había levantado realizando notables esfuerzos y agarraba a su vez el brazo de Sila.

– ¡Por todos los dioses, Sila! Ordena a tus gentes que nos conduzcan a los baños a nosotros también. No podremos dar un paso más sin rompernos el cuello… Y si el cuello del ánfora se rompe, todo el vino que contiene se esparcirá por el suelo, ensuciando estos lugares idílicos… Déjanos en manos de tus esclavos y masajistas mientras le das a Mancinia lo que espera de ti con tal impaciencia. ¿Sabes que nos ha suplicado que la trajéramos aquí, porque no se atrevía a venir sola?

Los esclavos que se ocupaban de las termas del palacio de Menesio se habían acercado a los juerguistas, pues, en cuanto había n oído la música de la tropa, habían comprendido que los necesitarían. Ayudaron a aquellos nobles personajes que se habían sacrificado a Baco en presencia y en compañía de César a llegar hasta los vomitorios, donde, antes que nada, les harían arrojar, con ayuda de sus hábiles dedos introducidos en su boca, el exceso de lo que habían comido y bebido.

–¡Oh, Sila! – dijo Mancinia, recostada sobre su amante, tras una larga lucha amorosa que había finalizado con las potentes exclamaciones que la joven dedicaba a Venus cuando se sentía feliz de entregarse-. ¿Qué va a ser de mí si me abandonas para casarte con una mujer rica como tú?

Estaban tumbados en una cama de madera de cedro, junto a la pileta de agua fría para sumergirse y refrescar el cuerpo después de haberse abandonado en el caldario a las manos de los esclavos, que formaban bajo sus dedos bolitas negras con las impurezas que se extraen de la piel ablandada por el vapor.

El baño y el masaje le habían quitado a Sila el cansancio producido por sus ejercicios matinales, y a Mancinia, el de la noche pasada en los desórdenes del festín imperial.

–¿Sabes una cosa, Sila? ¡Tito César quiere acostarse conmigo!

–Bien -replicó Sila con ironía-, pues no puedes negarte. ¿No eres una romana por excelencia? Te debes en cuerpo y alma al Imperio…

Ella meneó la cabeza.

–¡Eso me da lo mismo! Si lo hago, será por ti.

–¿Por mí? – preguntó Sila, sonriendo-. No te pido tanto…

–Pero ¿no te das cuenta, amor mío? Es importantísimo para ti que alguien pueda ayudarte ante el César. Todavía ayer, se dijo ante él que habías sido tú el que envenenó a Menesio para heredar sus bienes…

–¿Y quién dijo eso?

Mancinia se encogió de hombros.

–No serviría de nada que supieses los nombres de todos los que piensan tal cosa. Había cientos de personas en tomo a Tito César y la conversación derivó hacia Menesio y su muerte, ya que esa muerte produce grandes repercusiones en la próxima elección al tribunado. Ahora, Lacertio está seguro de ganar. No tiene ningún adversario y a nadie se le ocurre quién podría reemplazar a Menesio a un mes de la votación…

–¿Y cómo podrías ayudarme tú ante César?

–Ya lo he hecho, amor mío. Cuando César preguntó cómo era ese galo que había heredado la fortuna de Menesio, entonces yo tomé la palabra, yo, la cabeza de chorlito, la mujer de hermosos pechos y hermosas nalgas que se supone que no entiende nada de política. Y lo hice porque sabía desde esa misma mañana que César quería acostarse conmigo. Hay dos mujeres de su familia que siempre están a su lado. Una se llama Aridicia, su primera amante, la que lo desvirgó, según dicen, y la otra es su hermana, Domitila. Ellas son las encargadas de anunciar la buena nueva a las muchachas que él desea poseer. Les dice: «Tráeme a ésta», y una de ellas va a verte y te explica que César desea ardientemente tenerte en su cama. Tienen mucho trabajo, porque eso es continuo… Incluso cuando estaba locamente enamorado de Berenice, se pasaba las noches haciendo el amor tanto con muchachas como con muchachos. Pero no podemos odiarle por eso. Hemos

tenido tantos emperadores que mataban a gente a diestro y siniestro que no vamos a quejarnos de éste, que al acceder al poder juró que nunca le haría daño a nadie…

–En resumen -concluyó-, él hace correr esperma en lugar de sangre. Después de todo, ¡es un progreso! – Sila sonrió y la joven prosiguió-: Bien, pues ayer por la mañana, cuando salía de las termas en casa de mi tío, una esclava del palacio vino a avisarme de que, a mediodía, Aridicia llegaría en su litera ante la casa y que yo debía arreglármelas para que la puerta del jardín estuviese abierta, a fin de que ella pudiera entrar, y que fuera a verla porque debía hablarme de un asunto importante… ¿Te das cuenta? Yo hice todo eso, evidentemente, y encontré en la litera a Aridicia, pintada como un cuadro y comiendo golosinas mientras se hacía aire con un abanico. Me dijo que me sentara a su lado, que era una de las mujeres más bellas de Roma, que tenía unos muslos maravillosos…, y me acarició no sólo los muslos, sino también la entrepierna, de manera que creí que había venido por decisión propia y no en nombre de César. Finalmente, me dijo que César no paraba de hablar de mí y que le había confesado que mi imagen le impedía dormir y trabajar. Si no entendí mal, ¡el Imperio estaba en peligro! En cualquier caso, era preciso que me preparara para ir con él a Ostia, donde tiene la intención de pasar unos días a finales de la década.' «¿Qué debo decirle a César?», me preguntó al final, haciendo un mohín ridículo. Le respondí que César era un hombre apuesto, lo cual es cierto, pues hemos tenido también la suerte de que esté muy bien físicamente y sea inteligente, a pesar de tener demasiado vientre para sus cuarenta años, y añadí por cortesía que yo también lo había deseado a él con frecuencia, cosa que es absolutamente falsa. Lo único que pienso es que, en última instancia, una puede acostarse con él si no tiene posibilidad de hacer otra cosa. Entonces ella se refirió a Patroclo y dijo que no había tenido suerte al casarme con un hombre como él, al que sólo le gustan los muchachos, olvidando evidentemente mencionar el hecho de que a su antiguo alumno le gustan los hombres tanto como las mujeres, y yo, por mi parte, me abstuve de decirle que estoy bastante contenta de tener un marido como Patroclo, pues al menos no me importuna y me deja hacer todo lo que quiero, incluso acostarme contigo, amor mío, lo cual es para mí lo más maravilloso del mundo…

Mancinia abrazó entonces a Sila, en un súbito arrebato amoroso, y le besó apasionadamente en la boca. Luego permaneció acurrucada contra él, ronroneando.

–Nadie me ha hecho nunca gozar como tú. Me vuelvo loca cuando me penetras…

La joven se interrumpió para besarlo largamente y cogió el sexo de su amante con la mano.

Durante unos minutos sólo se oyó el murmullo del agua que fluía en la pileta del caldario. Después, Mancinia exhaló un profundo suspiro antes de reanudar su parloteo, meneando la cabeza.

–No haremos el amor otra vez. Me saldrán ojeras y no puedo permitírmelo. Debo ir a las tres al templo de las vestales, pues una sobrina de Patroclo recibe hoy el velo… Todo el mundo se daría cuenta de que he hecho el amor como una loca. Cuando gozo varias veces seguidas, me salen unas ojeras enormes. Pero, no hago más que decir tonterías. Seguiré con el relato de los sucesos de ayer…, ¿dónde me había quedado?

–Tomaste la palabra en mi favor porque por la mañana te habías enterado de que Tito César se interesaba por ti…

–¡Ah, sí! Entonces dije que te conocía desde hacía años, que Patroclo y yo teníamos una granja en la Galia al lado de la tuya, y que tú eras un hombre notable, absolutamente honrado y siempre justo con tus esclavos, que respetabas profundamente al Imperio y a César, que profesabas un auténtico culto por Menesio, con el cual habías hecho toda clase de cosas increíbles en la guerra, y que era completamente imposible y absurdo que hubieras intentado hacerle daño… Por último, dije que era él quien te había pedido que dejaras la granja para reunirte urgentemente con él en Roma, y que yo estaba allí, en la Galia, cuando eso había sucedido. Entonces se produjo un silencio. ¡Si hubieras presencia do la escena! Todo el mundo miraba a Tito César, pendiente de lo que diría. –

¿Y qué dijo?

1. Período de diez días.

Mancinia rió.

–Dijo que ese galo, que aparentemente tenía todas las virtudes, debía de ser además un hombre apuesto para que una mujer de la belleza de Mancinia sintiera tanta admiración por él…

–Muy galante… Aprovechó la ocasión para dedicarte un cumplido. ¿Y qué sucedió después?

–Alguien dijo que no por ello dejaban de existir serias dudas acerca de la autenticidad del testamento que convertía a un galo en el legatario universal de Menesio, y que, si bien el galo tal vez no hubiera sido el instigador del asesinato, probablemente sí era el juguete de los hombres de negocios fenicios que habían presentado el testamento ante la sorpresa general, los cuales tenían la intención de aprovecharse de la ingenuidad de ese hombre de provincias y de su desconocimiento de los asuntos romanos para realizar a continuación, a su costa, fructíferas operaciones con la fortuna de Menesio, ya que a buen seguro eran ellos los que la iban a administrar…

Sila reflexionó en lo que acababa de relatarle Mancinia y luego preguntó:

–¿Qué más se dijo?

–¡Oh! Cambiaron de tema y se produjo un barullo de conversaciones que se superpuso a las palabras de aquellos que seguían hablando de Menesio y de ti, de manera que no pude oír nada más…

–¿Sabes cómo se llama el hombre que habló del testamento falsificado?

–No sé quién es, pero me acuerdo muy bien de su cara y mañana puedo preguntarles su nombre a algunos de los que estaban allí… O, todavía

mejor, al tío de Patroclo, que conoce a todo el mundo y sabe todo lo que ocurre en el palacio… Pero ¿para qué quieres saberlo, Amor mío?

–Me han dicho que tendré muchos enemigos en Roma -bromeó Sila-, así que debo empezar a confeccionar la lista…

–Vendré a verte pasado mañana y te diré lo que haya averiguado. –Mancinia lo abrazó de nuevo-. Te dejo dos noches para que recuperes fuerzas, pero tendrás que hacer gala de una gran energía… ¡Por todos los dioses, Sila! No haré más que pensar en eso durante dos días, en el momento en que volveré a verte y tú me tomarás en tus brazos…

De repente, ante la sorpresa de Sila, que la enlazaba por el talle, la joven estalló en sollozos:

–Lo que sucede es terrible -gimió, apretando su rostro inundado de lágrimas contra el pecho de su amante-. Cuando estábamos en Vienna, te deseaba ardientemente porque sólo podía hacer el amor con mis camareras y porque ese idiota de Patroclo no sirve para nada, pero ahora, desde que llegué a Roma contigo y me dejaste en Ostia, he comprendido que te amo de verdad. ¿Me oyes, Sila? Eres el hombre al que amo, jamás amaré a otro, ahora lo sé y seré muy desgraciada…

De los grandes ojos negros de Mancinia brotaban abundantes lágrimas que rodaban por el pecho del galo, el cual acariciaba los cabellos de la joven, al tiempo que besaba suavemente su frente.

–No, Mancinia, tú nunca serás desgraciada. Sabes muy bien que nunca te haré daño y que siempre estaré junto a ti…

Ella negó con la cabeza, sollozando.

–Sí, pero tú amas a esa pequeña esclava a la que desvirgaste antes de partir, lo sé. Todos sois iguales. Os gustan las esclavas porque sabéis que os pertenecen totalmente y que podéis hacer de ellas lo que queráis… Eso es lo que os excita a los hombres, y nosotras no podemos luchar contra ello…

–Estás diciendo tonterías -replicó Sila, sonriendo e inclinándose sobre la hermosa boca de Mancinia para darle un tierno beso.

Sin embargo, después de hacerlo se acordó de Haedunna, de su mirada mientras se entregaba a él, y pensó que tal vez Mancinia tuviera razón.

* La peluca de Nestomaros

Sila dejó a Mancinia dormida en los baños donde se habían unido y se vistió para ir a la escuela de gladiadores. Se dirigió hacia los establos a fin de elegir un caballo capaz de llevarle hasta allí. Sin embargo, antes de que le diera tiempo a hacerlo, se presentó un mensajero procedente de la poterna de entrada del palacio para informar al señor de que un hombre llamado Nestomaros acababa de llegar con equipaje de viaje, y que había montado en cólera porque no le dejaban franquear la puerta, pese a haber dicho que era un amigo del señor y que éste le había invitado a instalarse en el palacio cuando quisiera y tanto tiempo como quisiera.

–¿Cómo es? – preguntó Sila, que no conocía a nadie que se llamara así, ni en Vienna ni en ningún otro lugar.

–Es un… galo, señor. Lleva el cabello largo y un gran mostacho. Le acompaña una mujer, montada en uno de los caballos, una mujer bajita y gorda, mucho más joven que él…

–¿Hay varios caballos?

–Sí, señor, tres. Caballos galos, fuertes y con grandes pezuñas. Uno para él, otro para su mujer y otro para el equipaje.

–¿Nestomaros? – repitió Sila-. ¿Es todo lo que ha dicho?

–Ha dicho, señor, que era vuestro amigo de infancia y que acababa de llegar a Roma, que había tenido el tiempo justo de pasar por casa de Certio antes de presentarse en la vuestra…

–Está bien -dijo Sila, sonriendo-. Que le dejen entrar.

Sila se entretuvo unos minutos eligiendo un caballo, ordenó que lo ensillaran y lo condujeran a la entrada del gran atrio, y luego se dirigió al paseo principal a fin de asistir a la llegada de Nestomaros, que evidentemente era, transformado en notable galo por obra del hijo de Libio, el Proscrito en persona.

Éste, caminando al lado de su caballo, que un guardia del palacio conducía por la brida, exclamó con voz estentórea en cuanto vio al heredero de Menesio:

–¡Sila! ¡Estás protegido por auténticos cancerberos! ¡Me han hecho esperar a tu puerta, a mí, que llevo dieciocho días recorriendo caminos para venir a verte!

El falso Nestomaros se expresaba en correcto latín con un marcado acento galo que lo convertía, a todas luces, en un indígena perteneciente a una buena familia educada en la mejor escuela romana de Lugdunum. El gran mostacho, la cabellera tirando a pelirrojo, las joyas de oro un poco demasiado vistosas que llevaba en torno al cuello, la tela de lana de su túnica, todo era minuciosamente galo, y la locuacidad del Proscrito unida al talento como peluquero y experto en vestuario de Certio elevaban aquella nueva encarnación del cónsul desterrado a la categoría de obra de arte. Y la joven que le seguía a lomos de un caballo más pequeño, con sus aros en las orejas y su ropa tan costosa como anticuada, tampoco podía ser sino de la Galia. Sin embargo, se trataba de su amante Clidion, a quien el Proscrito había sacado del panteón que compartía con él en el reino de las sombras pestilentes.

–¡De manera que has venido! – dijo Sila, después de que los dos hombres se hubieran dado un abrazo ante la mirada de numerosos esclavos surgidos de los establos y el atrio para ocuparse de los viajeros y sus monturas-. Estoy conmovido y te lo agradezco.

El Proscrito había decidido acudir en su ayuda.

–¡Que pase lo que tenga que pasar!-dijo Mersennah, asiendo del brazo al ex oficial de las legiones-. Estoy cansado del agujero donde me entierro y he optado por combatir contigo a la luz…

Se volvió para contemplar los impecables edificios, sus ornamentos, los frescos de las paredes, la silueta de los establos, con una capacidad para más de doscientos caballos, y aquel paseo que se prolongaba hacia el pórtico, al pie del cual Menesio iba a ser inhumado y que unos esclavos limpiaban incesantemente.

–Este palacio que domina la capital del mundo -dijo-, ¿no es acaso un lugar admirable, que merece arriesgarlo todo por él?

–Tú lo dirigirás, Nestomaros. Voy a presentarte ahora mismo a los intendentes y mayordomos, y a decirles que has venido para eso…

Penetraron en el gran atrio mientras los esclavos transportaban el equipaje y las camareras conducían a la joven esposa del viajero -riéndose para sus adentros del pantalón que ésta llevaba bajo el vestido, al estilo galo- al aposento que ocuparía con su esposo.

Los intendentes llegaron y Sila les anunció que su amigo, el administrador de bienes Nestomaros, había venido de Lugdunum para encargarse de la gestión del palacio y de las granjas que lo aprovisionaban. En lo sucesivo, tendrían que obedecerle en todo.

Nestomaros comenzó a hacer a los diferentes mayordomos preguntas que demostraban que un galo podía conocer a la perfección la manera de hacer las cosas en Roma, y su autoridad se impuso por sí sola, al igual que había sucedido con la de Sila por la mañana.

Pero Nestomaros, para dar un gran golpe de efecto, ordenó que reunieran a todos los esclavos, cualquiera que fuese su función. Aparecieron, pues, tanto los que limpiaban las letrinas como los contables y los engreídos

secretarios, los porteadores de madera de manos callosas y maneras torpes que garantizaban la calefacción de las termas como las camareras y las flautistas, elegantemente vestidas y maquilladas. Llenaron el atrio en silencio, y el Proscrito tomó la palabra, cuidando su acento galo, para anunciar que todos los castigos y las multas quedaban cancelados con ocasión de su entrada en funciones. Además, una suma de cien sestercios sería entregada a cada uno a título de gratificación. Luego ordenó que todos volvieran a su trabajo, conscientes de que a partir de ese momento el derroche de los bienes del señor sería castigado, además de con azotes, con la pena de ir a remar a las galeras, en el. caso de los hombres, y de ser vendidas a un leno, en el de las mujeres.' Poco antes de su muerte -añadió Nestomaros-, Menesio había ordenado construir varias galeras nuevas de tres hileras de remeros. La necesidad de formar lo más rápido posible tripulaciones para servirlas debía incitar a todo el mundo a portarse bien…

Los esclavos y los intendentes, la mayoría de ellos también esclavos, se dispersaron, y Sila, que deseaba hablar confidencialmente con Mersennah antes de dirigirse a la escuela de gladiadores, condujo a su amigo hacia el lugar donde le preparaban al patricio difunto una sepultura digna de él.

Se aproximaron al lugar fatídico y penetraron en la construcción de mármol que daba acceso al salón a cielo descubierto desde donde se dominaba toda la Ciudad.

Los ojos del compañero de armas de Sila se habían llevado con la muerte aquella visión cuando era del color azul de la noche, salpicada por las luces que titilaban en ella. Sila y el Proscrito la veían ahora coloreada por los rayos de un sol que bañaba de dorado los miles de tejados de tejas redondas, antes de teñir el horizonte lejano de los campos.

–Fue aquí, ¿verdad? – preguntó Mersennah-Nestomaros, que ya sabía, por Sila, cómo había perecido Menesio.

–Fue aquí. Le vi beber y la oí a ella decirle que no quería vino porque al día siguiente debía ocuparse de ciertos menesteres… Y no comprendí que asistía a la muerte de aquel al que había venido a defender contra los

peligros de esta ciudad…

El Proscrito meneó la cabeza.

–Para eso sirve el veneno -dijo.

1. Un siglo más tarde, bajo el emperador Adriano, se prohibiría y sería considerado un crimen.

–En tu opinión, ¿es posible que ella quisiera matarlo? – preguntó Sila. Metalla creía en la existencia de un testamento que la convertiría en ciudadana libre a la muerte de su amo. Ella no amaba a Menesio. Las frases pronunciadas aquella noche por la esedaria todavía resonaban en los oídos del galo. No era la voz de una mujer enamorada la que Sila había oído desde lo alto del pórtico donde se ocultaba. Ella se negaba a tener un hijo de su amante. Había hecho el amor con placer, desde luego -si es que sus gemidos no eran la parte sonora de una comedia que representaba ante su bienhechor-, pero podía tratarse de un placer egoísta, a la medida de una mujer como ella, inaccesible a la debilidad y que había sobrevivido desde el principio de su cautiverio entre los romanos a fuerza de crueldad. ¿Tenía Metalla un amante de corazón entre los gladiadores con los que vivía, en una atmósfera que olía a sangre y arena, uno de aquellos gladiadores, esclavos como ella?

Metalla deseaba la libertad y la fortuna que le podría proporcionar la escuela de gladiadores, que Menesio había fundado para ella, pero sobre la cual la joven no tenía ningún derecho. En cuanto a su libertad, para ser completa, no podría acceder a ella sino a la muerte del patricio, porque la liberta en que se habría convertido mientras éste estuviera con vida, en el caso de que él hubiera aceptado poner fin a su condición servil, según la ley habría permanecido estrechamente ligada al antiguo amo.

La voz del Proscrito interrumpió la reflexión de Sila.

–No creo que ella quisiera su muerte. Veo más bien en ello un asunto político. Y es por eso por lo que debes esforzarte en hacer que la elección

de Lacertio fracase. ¡Castiga a aquel a quien el crimen beneficia! – El falso Nestomaros miraba los cimientos destinados a albergar la tumba de Menesio. Luego se volvió hacia la Ciudad-. ¡Qué espectáculo para las ensoñaciones de Menesio, dormido en el silencio del más allá, el de esta Roma que lo ha matado antes de que pudiera conquistarla! – Sila escuchaba el murmullo que subía de las calles-. A la memoria de aquel al que quieres dar aquí una sepultura -prosiguió el cónsul destituido-, debes ofrecer en primer lugar la derrota de sus enemigos. ¡Lacertio no debe acceder al tribunado en su lugar! De lo contrario, Menesio será dos veces vencido, por la muerte y por el triunfo de aquellos que le odiaban…

–¡Puedo presentarme al tribunado! – dijo Sila.

–Desde luego que no. Pero puedes gastar sin problemas una fortuna para que sea elegido alguien contra Lacertio. Piensa, Sila, el renombre que obtendrás si organizas, en nombre del candidato al que vas a apoyar, los juegos que Menesio quería ofrecerle a César, al Senado y al pueblo. ¡Y qué espectáculo, organizado por nosotros, tendremos ante nuestros ojos! ¿Quién sabe? Tal vez obtengas la amistad de Tito, que no es una mala persona, al contrario… Le apasionan los gladiadores. Vengarás a Menesio y confundirás a sus enemigos convirtiéndote en alguien influyente en el palacio imperial… Debes hacer que elijan contra Lacertio a alguien honrado -prosiguió-. Además, será un acontecimiento memorable, susceptible de asombrar a todo el Imperio -comentó con ironía.

–Pero ¿acaso hay un solo hombre honrado en esta ciudad? – replicó Sila en el mismo tono, con los ojos clavados en el paisaje de las siete colinas.

–¡Es verdad! – exclamó el Proscrito-. No había caído en ello. En Roma, no -prosiguió-, pero en las tierras a las que se han retirado para huir de ella, a fin de vivir con frugalidad de sus corderos y su grano, sin duda quedan algunos Cincinatos al estilo de los antiguos tiempos… -Tras reflexionar unos instantes, Nestomaros exclamó-:

–¡Lépido! ¡Eso es, Lépido! Ése es nuestro hombre. Durante todo el tiempo que fue prefecto de la annona bajo César Augusto, la Ciudad no dejó de ser

aprovisionada en abundancia, sin perjuicio para las finanzas públicas y sin beneficio para las suyas. Luego se retiró a sus tierras, cerca de Veies, después de que unos intrigantes convencieran al Emperador de que no le renovara el cargo. Allí se las arregló tan bien para que lo olvidaran que Nerón no pensó en mandarlo asesinar…

Sila meneó la cabeza.

–¡No querrá volver a la política!

–¡Desengáñate, galo! ¿Acaso tú mismo no estabas en algunos momentos cansado de la felicidad que experimentabas entre tus bueyes y las esclavas que desvirgabas cuando estaban maduras? La Ciudad es un veneno, pero es también una droga deliciosa por la cual suspiran después quienes la han probado, cuando se ven reducidos a las verduras de sus huertos y los molestos parloteos de sus hiladoras… ¡Ah, el hogar ante el cual se vela en invierno! – concluyó cómicamente-. Uno se muere de aburrimiento… Partamos para Véiés -añadió en otro tono-. Convenceremos a Lépido. Está a cuatro horas de caballo.

Uno de los esclavos secretarios apareció en ese momento, procedente del palacio.

–Señor -le dijo a Nestomaros-, han venido varias personas que desean ver al amo. Una de ellas es un abogado…

–¡Abogados! – exclamó con desprecio el Proscrito-. Se acercan a tu fortuna, Sila, como abejas a un pastel.

Sila reconoció enseguida al abogaducho de la toga remendada que había visto levantarse del banco en el estudio del notario Quirilio, el día de la lectura del testamento, para atrapar al vuelo la causa de Metalla, frustrada por no ver cumplida la promesa que Menesio le había hecho. Permanecía en los escalones por los que se subía al atrio, dándose aires de importancia. Había debido de ir a toda prisa a la escuela de gladiadores donde vivía la esedaria y la había convencido de entablar una demanda contra aquel tal

Sila que había usurpado los bienes de Menesio… De hecho, ¿qué podía perder? Ya se tratara de Porfiria o de aquel galo desconocido, seguiría siendo esclava de uno u otro, a falta de un acta de liberación debidamente firmada por su amante.

El abogaducho avanzó hacia el galo.

–¿Eres tú Sila, el que se proclama heredero de Menesio? – preguntó con firmeza.

–Y tú -intervino el Proscrito, con una sonrisa irónica-, ¿eres el escarabajo que viene a engordar su pelota con la porquería de los demás?

–¡Lleva cuidado! – dijo el abogado, frunciendo el entrecejo-. Soy Honorio, hijo de Caedo, inscrito en el colegio de abogados de la ciudad de Roma, y, si me injurias, caerá sobre ti el rigor de la ley.

*. Alto magistrado cuya misión consiste en garantizar, en cualquier circunstancia, el aprovisionamiento de víveres en Roma.

–¿Puede tu madre asegurar que eres el hijo de Caedo? – prosiguió el Proscrito.

–¿Qué quieres decir con eso? – repuso el otro.

–A una mujer puede fallarle la memoria cuando está demasiado ocupada. ¿Llevaba tu madre un registro de todas las visitas que recibía en su habitación para garantizar tu subsistencia y la suya?

–¡Campesino! – exclamó el abogado, ultrajado-. ¿Has salido de tu agujero provinciano para insultar el honor de una noble familia? ¡Los dos reiréis menos cuando estéis ante los magistrados!

–¿Y por qué íbamos a presentarnos ante los magistrados? – preguntó el Proscrito.

–Para responder a la demanda presentada por mi clienta, la esedaria Metalla, referente al embargo de la escuela de los Amarillos rayados de verde de la que es gerente, hasta que haya un pronunciamiento acerca de la validez del testamento que tu amigo, aquí presente, exhibió ante el notario Quirilio ayer… Nestomaros negó con la cabeza.

–Mi amigo Sila no exhibió nada en absoluto. Ignoraba que un tal Khalil se presentaría en casa de ese notario con un testamento en su favor. Pero, dime, gran hombre, ¿cuánto le has pedido a Metalla para ocuparte de su causa?

–¡Eso es asunto mío! – replicó el jurista de la toga remendada.

–¿Tú crees? Pues a mí me parece que también es nuestro, de lo contrario, no estarías aquí… Responderé en tu lugar: le has pedido el seis por ciento del valor de la escuela de los Amarillos rayados de verde en caso de que tengas éxito…

–¿Cómo lo sabes? – le interrumpió el otro, encogiéndose de hombros. – Conozco las costumbres de esta hermosa y gran ciudad, por muy campesino que sea. Y sé también que le has pedido mil sestercios por adelantado para tus gastos y que ella te ha aflojado apenas doscientos, lo cual ni siquiera alcanza para pagarle a tu patrona, a quien le debes varios meses de alquiler por el cuchitril donde vives encima de un establo, y saldar las cuentas con el tabernero, que ya no te da a crédito más que sopas de guisantes porque le has dado demasiadas largas…

–¡Mucha labia tenéis vosotros, los de Lugdunum! – le espetó el joven abogado, rojo de rabia.

–¡Eh! – repuso el Proscrito-. ¡No más que tú! – A continuación le hizo una seña a uno de los secretarios que habían asistido al enfrentamiento-. Trae una bolsa con mil sestercios y un talón por valor de cinco mil denarios* con cargo al Banco Tirreno de Crédito Agrícola, a nombre de Honorio, hijo de Caedo. ¡Date prisa!

El secretario se inclinó y corrió hacia la estancia donde estaban los escritorios y las cajas fuertes del palacio. El abogaducho observaba a los dos galos, el auténtico y el falso, con la boca abierta.

*. Un denario equivale a cuatro sestercios, y un sestercio a cuatro ases.

–Metalla es la esclava del oficial galo Sila aquí presente, gran hombre -explicó Nestomaros-, y sus asuntos son, pues, los nuestros. Nos ocuparemos de ellos a su debido tiempo. Mientras tanto, Sila te toma a su servicio con mil sestercios y cinco mil denarios de adelanto, además del dos por ciento del valor de los negocios que le hagas ganar. ¿Aceptas?

–Es…, es una oferta digna de ser considerada -balbuceó el desdichado de la toga remendada.

–¡Vamos! – exclamó Nestomaros-. Ve a insultar a tu patrona, arrójale a la cara el dinero que le debes, múdate, vístete convenientemente para honrarnos y regresa aquí para empezar a trabajar en nuestros negocios…

Acto seguido se volvió hacia Sila, que había sacado un bastoncillo de viburno de su reserva y se lo colocaba entre los dientes. El galo firmó el talón con cargo al Banco Tirreno con el estilete que le tendió el secretario a su vuelta de los escritorios.

–Así es como se solucionan aquí los asuntos -concluyó Nestomaros, mientras el abogado, transportado de alegría, se alejaba-. A partir de ahora, ese desarrapado te será fiel hasta la muerte.

OceanofPDF.com

Segundo episodio

El combate de Sila

Carro de ébano contra carro de plata

Sila avanzaba a lomos de su caballo por la calle principal del suburbio de Subreata en dirección a la escuela de los Amarillos rayados de verde. Dado que las escuelas de gladiadores más importantes de Roma se encontraban situadas allí, aquella aglomeración de las afueras había acabado por estar dedicada totalmente a los juegos del circo. Las oficinas de apuestas enviaban a aquel lugar a sus informadores, que vigilaban el grado de preparación de los combatientes a fin de establecer los pronósticos. Los fabricantes de carros habían instalado allí sus talleres, y los dueños de lupanares, casas de citas baratas para que pudieran ser saciados los ardores viriles de todos aquellos hombres abocados a la muerte en un plazo más o menos corto. Hoteles de mejor aspecto alojaban a las mujeres de la alta sociedad romana que, desafiando a sus familias, iban a entregarse al mirmillón o el samnita del que se habían enamorado, pues los hombres que resistían en la arena y salían victoriosos de un combate tras otro se convertían en los preferidos de la Ciudad e inspiraban grandes pasiones.

Al son de los yunques sobre los que los artesanos forjaban corazas o herraduras para los caballos, Sila no tardó en llegar ante una palestra rodeada por una empalizada de madera, que logró localizar gracias a la descripción del lugar que los secretarios le habían hecho en el palacio de Menesio antes de que se pusiera en camino. No ignoraba que aquella palestra, de grandes dimensiones, le pertenecía, pues había sido habilitada -sin reparar en gastos- por el patricio después de que éste hubiera adquirido a la esedaria Metalla, con objeto de entrenar allí a sus caballos de tiro. Siendo ante todo un guerrero, y un ingeniero acostumbrado a calcular fríamente, Menesio no sentía más que un interés limitado por los gladiadores. Sin

embargo, al tomar la decisión de hacer carrera política, había considerado que algún día tendría que ofrecer unos juegos a la plebe y a César si realmente quería atraer la atención de la Ciudad hacia él. A raíz de aquello había sido seducido por la salvaje belleza de la esedaria Metalla, capturada en combate en Bretaña sobre un carro provisto de guadañas y puesta en venta en el mercado del circo por un tal Vibio Crispo. Aquel hombre, que especulaba con los gladiadores, la había entrenado en secreto durante un año, ya que había comprendido que se trataba de un personaje excepcional, y no había accedido a vendérsela a Menesio sino a cambio de una considerable suma.

Sila dejó el caballo en el lugar destinado a ello, donde unos esclavos vigilaban los vehículos y las monturas de los que se encontraban en la palestra o los establecimientos cercanos. Se dirigió hacia la entrada, que no estaba vigilada. Una tribuna de madera, al igual que la empalizada, dominaba el óvalo por donde corrían los carros. Aquellas gradas rudimentarias se hallaban ocupadas por un centenar de espectadores: esclavos en sus ratos libres, gladiadores entre dos sesiones de entrenamiento, palafreneros que habían ido a acompañar a sus caballos, provinciales de visita turística en Roma y vendedores ambulantes de comida, así como prostituidos de ambos sexos que, a falta de clientes, iban allí a matar el tiempo. Todos observaban en silencio el espectáculo que Sila descubrió al entrar: el de Metalla vestida con el traje de cuero blanco con el que el galo la había visto el día en que llegara a Las Dos Alondras, cuando salía del palacio de Menesio llevando las riendas del carro.

La arena saltaba bajo las ruedas del carro y los cascos de los cuatro caballos lanzados al galope, y aquel silencio de los espectadores constituía su homenaje a la belleza del espectáculo que presenciaban, como si aquel carro de combate, aquella mujer única de ojos de un azul metálico, con los muslos desnudos y el rostro marcado, aquellos caballos irreprochables para los que el galope era al mismo tiempo una danza, como si todo aquello encarnara hasta lo sublime una civilización de la que ellos eran el limo cenagoso.

Sila llegó a las gradas, escupió a lo lejos el bastoncillo de viburno que había

masticado durante su cabalgada y fue a sentarse entre los demás. Se encontró junto a un hombre rechoncho, vestido con una toga elegantemente festoneada por un ribete de grecas, cuyo cuidado cabello olía a lavanda y que, pese a los numerosos anillos que lucía en los dedos de ambas manos, no parecía pertenecer a la categoría de los afeminados. Por lo demás, no le dirigió ni siquiera una mirada al que acababa de tomar asiento a su lado y continuó comiendo una especie de golosinas que sacaba de una bolsa que sostenía en la mano. Sin embargo, aunque manteniendo los ojos clavados en la esedaria -la cual, sin aminorar la marcha, había empezado a lanzar venablos contra un estafermo' que se alzaba al borde de la pista-, le tendió la bolsa al recién llegado a fin de que él también se sirviera.

El galo, sensible a aquel amable gesto y, sobre todo, satisfecho de poder entablar conversación con un hombre que debía de ser un habitual de la palestra, cogió una almendra envuelta en azúcar y se la introdujo en la boca. Esta vez, el otro se volvió hacia él.

1. Muñeco giratorio clavado en el suelo y utilizado como blanco.

–¡Coge! – dijo, obligando a Sila a alargar la mano para verter en ella un puñado de almendras-. Son excelentes. Las prepara una buena mujer al lado de mi casa…

Luego miró de nuevo en dirección a Metalla con los signos de una gran admiración pintados en el rostro, mientras los venablos se clavaban uno tras otro en el estafermo cada vez que el carro pasaba ante él, sin fallar ni un solo tiro.

–Es fantástica, ¿eh? – comentó.

–En efecto -admitió Sila.

–¡Qué músculos tiene! Y, al mismo tiempo, ¡resulta excitante! – Engulló unas almendras y después prosiguió-: Me pregunto quién se la va a tirar ahora que Menesio ha muerto…

–Yo -dijo Sila tranquilamente, aunque en tono categórico.

El otro soltó una carcajada, golpeando el suelo con los pies, y se volvió hacia su vecino riendo a mandíbula batiente.

–¡Eres muy gracioso, hay que reconocerlo! Y ¿cuándo te la vas a tirar?

–Esta noche -respondió Sila-. He venido de Roma expresamente para eso.

El gordinflón, absolutamente encantado del humor de su compañero de grada, soltó otra carcajada. Para poner fin a la broma, Sila rectificó:

–Bueno, voy a intentarlo…

–Eso sí -replicó el otro-. ¡Vas a intentarlo! – Sin dejar de reír, le dio al galo un golpe de complicidad con el codo en un brazo-. Siempre se puede intentar, eso no cuesta nada, ¿verdad? Coge almendras, vas a necesitarlas.

–A no ser que ella no tenga necesidad de mí -concedió Sila-. Supongo que tendrá a algún tipo, entre todos los forzudos que hay aquí, en Subreata. No debía de contentarse con Menesio…

El hombre, súbitamente serio, negó con la cabeza.

–Te equivocas -dijo-. Nunca se ha acostado con gladiadores. En cualquier caso, aquí no.

–¿Cómo lo sabes? – preguntó Sila.

El otro se volvió de nuevo hacia su interlocutor, ahora como si quisiera tratar de averiguar con quién estaba hablando.

–Tú no eres de aquí, ¿verdad? Nunca te he visto en la palestra.

–En efecto. Es la primera vez que vengo.

–¿Y por qué has venido?

–Por curiosidad. Para ver los caballos, los carros, y a ella…

El aspecto robusto de Sila, la túnica de buena calidad que llevaba y sus coturnos de quinientos sestercios le habían inspirado confianza, de manera que apoyó la mano en el brazo del galo.

–¿Quieres saber cómo estoy tan seguro de que no se acuesta con un gladiador o algún tipo de esa clase? – dijo-. Pues bien, tú no me conoces, pero yo tengo tres burdeles en este pueblucho y alquilo muchachas. Ahora que Menesio ha muerto, puedo decirlo: yo le proporcionaba chicas a ella cuando me enviaba un mensaje pidiéndomelo. De vez en cuando quería tener en su cama a una jovencita, de quince años como mucho y muy morena. ¡Normal en una rubia como ella!, ¿no? – El propietario de lupanares continuó observando las evoluciones del carro de la esedaria y luego se volvió para decirle a su vecino, en un tono más bajo-: Hace que la chica la lama y ella la lame también. Le produce un intenso placer… Eso es lo que me contaban al regresar. Nunca debía de ser la misma. ¡Enamorarse no es su estilo! Y yo, evidentemente, seleccionaba a aquellas a las que les gustaba eso y lo hacían mejor. Ése es mi trabajo, ¿no? Pero nada de hombres. ¡Jamás! Así que, en cierto sentido, Menesio no era un cornudo… Si tu mujer se acostara con otra mujer, ¿tú cómo lo verías? ¿Se es cornudo en un caso así?

Miraba a Sila al hacer la pregunta y parecía sinceramente conceder importancia a su respuesta. Sila pensó que debía de estar casado y que su mujer se iba a la cama con las numerosas cortesanas que la rodeaban.

–En mi opinión, no -declaró firmemente.

–¡Incluso uno quisiera estar presente para ver cómo lo hacen! – exclamó el hombre de la toga ribeteada de grecas, al tiempo que daba otro codazo en el musculoso brazo de su vecino, riendo con el mismo entusiasmo.

–¡Desde luego! – aprobó Sila, obligándose a reír él también.

El galo esperó un instante y luego dejó caer, como sin darle importancia:

–Según tú, ¿ha podido ser ella la que envenenó a Menesio? Al parecer, se negó a probar ni una gota del vino que él bebió…

El otro hizo una mueca.

–Me extrañaría mucho. No es su estilo. Es una joven muy dura, pero no me la imagino envenenando a alguien.

–¿Ni siquiera para librarse de Menesio? El hombre meneó la cabeza de nuevo.

–Con él tenía cuanto quería. Él deseaba que se retirase. Todo el mundo lo sabía. Y ¿sabes por qué seguía ella combatiendo? – añadió, mirando a Sila.

–No -contestó éste.

–Porque le gusta… Lo lleva en la sangre. Y todo lo demás le da igual… En aquel momento se oyeron gritos procedentes de la calle, al otro lado de la empalizada que rodeaba la palestra, y dos jinetes negros, montados en caballos negros, irrumpieron a galope en el recinto: dos fornidos negros, magníficamente ataviados con una armadura de plata y tocados con un casco provisto de plumas de avestruz blancas. Los seguían unos niños y otros curiosos, cuyos gritos eran los que se habían oído hacía un instante. Tuvieron que apartarse a toda prisa para dejar paso a otro carro de combate tirado también por cuatro caballos, aunque en este caso totalmente negros, al contrario que el tiro blanco inmaculado de Metalla. El carro era de ébano, con herrajes de plata maciza, y los dos caballos de cabeza llevaban penachos de plumas de avestruz, como los jinetes, sobre una especie de casco de plata con orificios para las orejas.

El personaje que conducía ese carro era también una mujer, pero en este caso una espléndida negra africana de nariz recta y boca carnosa y rosada,

mucho más corpulenta que Metalla. Llevaba los pechos, que tendía agresivamente hacia delante, desnudos y pintados representando dos flores rojas cuyo corazón lo formaban los pezones.

–¡Por todos los dioses! – exclamó el compañero de Sila-. ¡Es la negra de Lacertio, la cartaginesa! ¡Mira! ¡Mira! – El propietario de burdeles desbordaba de entusiasmo-. Es la que será derrotada por Metalla cuando se celebren los juegos. ¡Porque Metalla vencerá, ya lo verás!

–¿La negra de Lacertio? – preguntó sorprendido Sila, que estaba al corriente, pero no quería aparentarlo.

–Es Achaica, la luchadora cartaginesa que Lacertio contrató por una suma desorbitada cuando decidió ofrecer unos juegos para ganarle por la mano a Menesio en la carrera hacia el tribunado… Ha vencido a todos sus contrincantes en África desde hace cinco años, pero aquí caerá. – El hombre estaba enormemente excitado-. Es la primera vez que se encuentran. Para una vez que vienes, has tenido suerte. ¡Qué espectáculo! ¿Por quién apuestas? – Apretaba el brazo de Sila-. Recuerda lo que te digo hoy: Metalla vencerá.

La negra recorría con su mirada sosegada la arena, cuyas gradas no paraban de llenarse, pues todo el mundo acudía desde el exterior para ver como las dos luchadoras hacían galopar a sus tiros juntos. Llevaba un deslumbrante casco de plata, sobre el cual se veía un ave de presa disecada con las alas semidesplegadas. Parecía no ver a Metalla y había puesto a sus caballos al paso para dar una vuelta completa a la palestra.

Metalla la observaba con expresión dura. Había detenido a su tiro, empapado de sudor, y esperaba que la negra llegase a su altura. Entonces la llamó.

–¡Eh, negra! Aquí no tienes que hacer nada cuando estoy yo. Deja la pista libre, si no, te obligaré yo misma a salir.

–¡Qué mujer! – exclamó el compañero de gradas de Sila-. No le da miedo

nada.

–¿Tiene derecho a impedirle que venga? – preguntó Sila.

–¡En absoluto! Pero le tiene sin cuidado. La palestra es de Menesio, pero algunos la alquilan para venir a trabajar aquí. Metalla no puede decir nada.

–Entonces, ¿por qué lo hace? – prosiguió Sila, interpretando el ingenuo personaje de recién llegado.

–Porque es una zorra -respondió el otro con admiración-. Porque está llena de odio. Y eso es lo que le hace ganar siempre…

Achaica detuvo su tiro ante el carro de Metalla.

–¿Estás nerviosa, querida? – dijo con acento africano-. Ven esta noche a acostarte conmigo; yo te calmaré. Me han dicho que te gustan las mujeres…

–¡Puta! – le escupió Metalla-. Me gustan las mujeres, pero no las que huelen a negro. ¡Óyeme bien! Da tres vueltas con tus borricos y después lárgate. Si no, saldrás en parihuelas…

Achaica meneó la cabeza, lo cual hizo que las alas de su ave de presa se movieran graciosamente, y abrió la boca para reír, mostrando dos hileras de dientes deslumbrantes de blancura en un estuche rosado.

–Pobrecilla… Si Menesio te viera, sentiría vergüenza. Se esforzó tanto para intentar convertirte en alguien respetable…

Achaica espoleó a los caballos con las riendas para ponerlos al trote y dar otra vuelta a la palestra.

–¡Tres vueltas! – gritó Metalla, con el entrecejo fruncido-. He dicho tres vueltas mientras yo descanso, y ni una más. ¡Después te largas!

Los espectadores contenían la respiración mientras el carro negro se

desplazaba a lo largo de las gradas. Los jinetes que acompañaban a la cartaginesa habían sido reunidos por uno de los secretarios de la organización de Lacertio, que reclamaba la presencia de un responsable para expresar su disgusto por la conducta incorrecta de Metalla y exigir que dejaran entrenarse al tiro negro a su gusto, según establecía el contrato firmado al respecto. Los palafreneros de Metalla se afanaban en cepillar a los cuatro caballos blancos para enjugar el sudor que impregnaba su pelaje y les pasaban por la boca, cubierta de espuma, una esponja mojada en agua con limón.

Tras finalizar su segunda vuelta al trote, el tiro de caballos negros se puso al galope, provocando murmullos y silbidos admirativos en las gradas. Porque aquel galope era magnífico. Condujo el carro de Achaica hasta un extremo de la palestra, tomó la curva y continuó, lanzando hacia Metalla los cuatro potros negros del tiro como sendas flechas vivientes.

Fue entonces cuando de las gradas se elevaron exclamaciones de sorpresa. Metalla acababa de darles a los esclavos que rodeaban su carro y terminaban de engrasar los ejes la orden de montar los pinchos de combate, que permanecen replegados sobre los radios de las ruedas cuando no se lucha. Los esclavos habían mirado a la esedaria con estupefacción y ella les había insultado porque no obedecían con la suficiente rapidez… Después se había oído el chasquido del metal de las abrazaderas de acero que bloqueaban las hojas en posición de ataque. Achaica, que llegaba a galope con sus corceles, no había visto nada de todo eso. Al llegar, con una sonrisa en los labios, a la altura de su adversaria, alzó al pasar una mano negra con la palma rosada, mostrándole tres dedos levantados en señal de que había dado tres vueltas y que tenía intención de continuar.

Metalla dejó que se alejara al galope y, cuando la vio tomar la curva, agarró las riendas y emitió un grito para advertir a sus caballos, que se pusieron en marcha brutalmente todos a la vez, tal como se les había enseñado a hacer en aquel juego horrible en el que el error de uno solo de ellos puede provocar la caída de todo el tiro y la muerte del que lo conduce. Todavía excitados por las vueltas anteriores, alcanzaron el tiro negro en unos instantes, suscitando en los espectadores una oleada de aplausos y elogios.

En aquel momento, a todos les parecieron más rápidos que los caballos de la africana.

Los dos carros avanzaban uno junto a otro en línea recta, y el de Metalla se aproximaba al adversario… Achaica había comprendido. Ahora veía el movimiento brillante de los pinchos de combate, que giraban a la velocidad de las ruedas. La bretona se disponía a empujarla fuera de la arena, presionándola cada vez más de cerca y dejándole la opción entre una huida ridícula o la destrucción de la rueda izquierda de su carro, lo cual provocaría su caída espectacular y la confusión en su tiro.

En las gradas, todo el mundo se había puesto en pie y gritaba. Unos daban golpes con el puño en la mano, insultando a Metalla; otros, por el contrario, partidarios de ella, hacían en respuesta el gesto obsceno de un dedo introduciéndose en un ano imaginario, que expresaba su satisfacción de ver a la cartaginesa, a la negra, en trance de ser poseída por su adversaria de un modo considerado, desde tiempos inmemoriales y en todas las latitudes, como el más humillante que pueda haber, tanto para una mujer como para un hombre.

Pero Achaica lanzó un largo grito que pareció arrancarles a sus caballos un galope todavía más potente. El graderío bramó cuando su tiro adelantó al de Metalla una cabeza, lo cual privaba a los pinchos de combate de la posibilidad de atacar la rueda del carro negro. En la curva siguiente, los caballos negros lograron adelantarse un poco más.

Cegadas por la pasión de hacer correr a sus animales cada vez más deprisa, las dos enemigas no se dirigían ni una sola mirada. Después, la línea recta se abrió ante los dos tiros y Metalla azotó con el látigo a sus caballos. Éstos hicieron entonces lo que los caballos negros habían hecho antes al oír el grito de la cartaginesa. Aceleraron con todas sus fuerzas. La rueda asesina se acercó. Y, como los caballos negros ya no podían dar más de sí, ahora Metalla reía, volviendo el rostro hacia Achaica, muy cerca de ella. El ruido de la madera de la rueda de la cartaginesa, mordida por los pinchos del carro blanco, empezó a oírse. Los dos carros estaban llegando a la entrada de la palestra. Achaica sólo contaba con unos segundos para precipitar a sus

caballos hacia el exterior. El tiro negro salió como un tornado que amenazaba con barrer a los hombres o los vehículos que encontrara a su paso…

Metalla hizo restallar el látigo varias veces sobre sus corceles, pero esta vez era por juego. Dio una vuelta completa a la palestra al galope, mientras partidarios de una u otra se insultaban en las gradas.

Sila masticaba un bastoncillo de viburno sin decir palabra al lado de su compañero, enzarzado en una disputa con otros espectadores, cuando un clamor le hizo levantar la cabeza. El tiro de los caballos negros regresaba al galope, franqueando de nuevo la entrada de la palestra. La cartaginesa había huido para evitar la destrucción de su carro, pero volvía para desafiar a su adversaria. La gradas no emitían ya más que un murmullo confuso. Esta vez, las apuestas subían… El pilum* que ahora empuñaba la cartaginesa le permitiría, si su enemiga se acercaba a ella de nuevo para dañar su rueda, mantenerla a distancia. La punta de acero la atravesaría…

** Pesada jabalina de punta aguda. (N. de la T.)*

Frunciendo el entrecejo, Sila intentó leer en el rostro de. Metalla. ¿Iba a enzarzarse la esclava amante del difunto Menesio en un combate sangriento para satisfacer su orgullo y su rabia, cuando no era ni el lugar ni el momento? El rictus de desprecio que el galo veía en los rasgos de aquella que era su esclava según la ley hacía temer lo peor. Y, mordiendo enérgicamente su bastoncillo de viburno, Sila se percató de que estaba a punto de dejarse dominar por la cólera. Aquella luchadora no era más que un animal salvaje lleno de odio, tal como había dicho momentos antes el propietario de burdeles. El galo pensó levantarse del banco, descender por las gradas y dirigirse hasta el carro de Metalla para ordenarle que dejase a la cartaginesa hacer lo que quisiera. Pero recordó que nadie lo conocía ni en aquella palestra ni en aquel suburbio, y que de todas formas era demasiado tarde. Los caballos blancos ya se habían lanzado, y el carro, cruzando la palestra en diagonal, alcanzó al de la cartaginesa en unos instantes. Sila vio que ésta, sonriente, apuntaba con el pilum a Metalla cuando la bretona llegaba a su altura… Y, como esta última seguía acercándose, la punta del

arma entró en contacto con su pecho.

Los espectadores estaban de nuevo en pie, estupefactos. El pilum tocaba las costillas de Metalla y parecía haberse clavado entre ellas. Todos los ojos intentaban ver con avidez si la sangre ya manaba. El propio Sila se había levantado. Metalla, sin apartarse, miraba la rueda del carro negro, como si desafiara a la cartaginesa a llegar hasta el final y clavarle el pilum, lo cual la convertiría en culpable de ser la primera en derramar sangre.

Los caballos negros y los blancos galopaban unos junto a otros, demasiado bien adiestrados para que hiciese falta guiarlos a fin de que recorrieran las gradas y giraran donde había que hacerlo. Las dos luchadoras se retaban con la mirada. Metalla levantó el látigo y lo abatió de tal forma que cruzó el pecho de la cartaginesa, pero Achaica permaneció impasible al dolor. La sangre comenzó a brotar del costado de Metalla al tiempo que unas gotas aparecían en el pecho desnudo de la negra, en el lugar donde el cuero cruel la había golpeado.

Los caballos seguían galopando, las gradas aullaban y Metalla levantaba el látigo de nuevo. Esta vez lo abatió de manera que el cuero se enrollara en torno al brazo de su enemiga, cerrándose sobre él, y, cuando éste estuvo atrapado, mientras los dos carros se disponían a tomar la curva, detuvo bruscamente a sus blancos caballos, que se encabritaron levantando una nube de arena, al tiempo que pisaba con todas sus fuerzas el freno del carro. Metalla, proyectada hacia delante, estuvo a punto de caer sobre el timón, pero Achaica, arrastrada por el látigo que aferraba su brazo, había rodado por la arena, donde yacía sin sentido mientras su tiro, desamparado, se alejaba entre una tormenta de bramidos que se elevaba de las gradas.

Metalla calmó a sus caballos y se dirigió al paso hacia el centro de la palestra, mientras los ayudantes del cirujano corrían con las parihuelas en busca de la vencida.

–¿Has visto? – le preguntó a Sila su compañero en medio del bullicio. Siempre sucede lo mismo. Ella siempre tiene algún truco que las demás no conocen…

Al finalizar el espectáculo se había vuelto a sentar, pero ahora se levantaba con la intención de marcharse.

–¡Bueno! – exclamó-. ¡No nos hemos aburrido! Ese pícaro de Vibio Crisvo no se equivocó al sacar a Metalla de la ergástula donde se pudría en la inmundicia. Nadie la quería porque mordía a todos los tipos que la compraban cuando querían acostarse con ella. Fue él quien me lo contó. Venía a joder a mis establecimientos. Murió el año pasado, víctima de una enfermedad. Hizo que la azotasen todos los días hasta que acabara por ceder. Era eso o la muerte… Al final, ella se sometió. Él sabía que la habían traído de Bretaña como esedaria. La llevó al circo y vio su expresión cuando un carro saltó por los aires y su conductor quedó hecho pedazos. ¡Disfrutaba! Entonces apostó por ella. Le compró caballos cada vez más caros y, cuando fue presentada, Menesio, que regresaba de no sé qué guerra o de un viaje en sus barcos, la vio combatir… Todo el mundo se burló de él cuando se supo que había pagado un millón de sestercios por ella. Pero tenía razón. Además, ¿qué es un millón de sestercios para un tipo como Menesio? A su lado, nosotros no tenemos nada que hacer, ¿no te parece?

–En efecto -admitió Sila.

El propietario de burdeles examinaba a su interlocutor mientras se disponía a marcharse.

–Permíteme que te diga que te encuentro simpático -declaró-. Voy a casa a dar un bocado. ¡Te invito! No te aburrirás. Te ofreceré una muchacha. ¡O dos, si quieres! – El porte sobrio y la reserva del galo le intrigaban, pues añadió-: ¡Oye! Tú debes de haber estado en las legiones, ¿verdad? Tienes aspecto…

–Sí -respondió Sila.

–¡Razón de más! Hay que honrar a los artífices de la gloria romana. Nos lo pasaremos bien. En mi casa hay de todo, en especial vino, y en lo referente a las muchachas no hace falta ni decirlo. Me contarás a qué te dedicas,

cómo has llegado a Roma…

Sila se había levantado a su vez.

–Te lo agradezco -dijo-. Me siento muy honrado por tu invitación, pero todavía tengo cosas que hacer aquí…

–Creía que habías venido sólo a pasar el rato.

–Bueno… -repuso Sila, un tanto molesto por haber incurrido en una contradicción.

–¡Es asunto tuyo, es asunto tuyo! – le interrumpió el otro con gran amabilidad-. No quiero ser indiscreto.

–No obstante -replicó Sila-, estaré aquí varios días y, en cuanto pueda, te prometo que iré a verte. ¿Cómo te llamas?

–Arpocras. Todo el mundo sabe dónde encontrarme, como puedes imaginar. La gran casa blanca con un saledizo de tejas, cerca del estanque que está debajo del acueducto…

–¡Prometido! – dijo Sila-. ¡Vale!

–¡Vale! – respondió el otro, que levantó un brazo sonriendo-. Buena suerte con Metalla -añadió antes de volverse para bajar las gradas.

Sila entró en el patio de la escuela de gladiadores de los Amarillos rayados de verde. Dos esclavos que estaban de guardia reconocieron en los arneses de su caballo las argollas de plata estampadas en las armas de Menesio. Uno de los intendentes, que había acudido al palacio de Menesio el día en que el ex oficial galo había tomado posesión de él, apareció en el mismo momento en la galería situada en el primer piso del edificio principal, cerrando uno de los lados de aquel patio. Bajó rápidamente por la escalera exterior.

–Señor, ¿por qué no has anunciado tu visita? Todo el mundo estaría reunido

para recibirte…

–No es necesario -repuso el galo-. Veré a cada uno cuando llegue el momento. He venido en busca de Metalla. ¿Está aquí?

–Acaba de regresar, señor. Te conduciré hasta ella. – Indícame mejor el camino. Iré solo.

–Como desees, señor. Está en sus aposentos, pasado el patio, detrás de los establos, el edificio que queda oculto tras un jardín.

Sila pasó bajo la bóveda que se abría al fondo del patio y llegó a los establos. Los esclavos palafreneros observaban al nuevo señor con una gran curiosidad. Él les felicitó por el buen mantenimiento del lugar y se dirigió hacia el jardín. Éste finalizaba con un macizo de hayas rojas, seguido de una hilera de cipreses; unos y otros ocultaban la casa donde vivía la esedaria. Aparecía de repente al dejar atrás aquellos árboles. Tenía un frontón de ocho columnas que marcaba la entrada de un atrio, en el centro del cual se alzaba una estatua de plata representando a la propia Metalla, en pie sobre un carro de combate.

¿Qué significaba aquella pasión que había sentido Menesio por una mujer en quien, hacía un rato, Sila no había podido ver más que a una fiera peligrosa? ¿Representaba aquella estatua el gusto por la violencia, incluso a los ojos de un hombre cabal como Menesio, que había leído a los filósofos y considerado todas las cosas a la luz de su brillante inteligencia? Sila, desconcertado, se detuvo un instante ante la efigie de plata maciza. Deificando a Metalla, el patricio no había podido sino acentuar los defectos de la esedaria. Sin duda no había sido de forma voluntaria, pero ahí estaba la marca de la pasión. Menesio incrementaba el placer que le producía poseer a aquella esclava manchada de sangre, volviéndola más Metalla aún de lo que realmente era.

Al volverse, Sila vio que varias esclavas descalzas habían llegado y le miraban con sorpresa. La mayor de ellas tomó la palabra.

–¿Quién eres y por qué te han dejado venir aquí?

–Soy Sila. ¿Sabes al menos el nombre de tu señor?

–¿Cómo no iba a saberlo? Aquí todo el mundo habla del galo a quien ahora pertenecemos. ¡Espera! Le diré a Metalla que estás aquí y que debe venir para presentarse ante ti…

–Por lo que veo, conoces las normas de la buena educación -bromeó el ex oficial de las legiones-. Pero no hace falta que la molestes. Ya se ha. presentado ante mí -dijo, señalando con un gesto de la mano la estatua de plata de la esedaria en su carro.

–En tal caso, sigue recto -dijo la esclava- y llama a una puerta lacada de blanco.

Antes de alejarse, el galo se volvió hacia ella.

–¿Es una buena ama con vosotras? – preguntó en voz baja.

–¿Has venido para cambiar el mundo? – replicó ella con un mohín.

–No, no exactamente -murmuró Sila, alejándose-. Pero puedo hacerlo girar más deprisa o más despacio…

Cruzó varias estancias silenciosas antes de encontrarse ante la puerta blanca. Sin llamar, levantó el picaporte de cobre, perfectamente bruñido. La puerta se abrió, mostrando una hermosísima y espaciosa habitación embaldosada de lava negra. Al fondo, la mirada chocaba contra una pared de ladrillos barnizados, bajo la cual, y a lo largo de toda ella, había un estanque lleno de lotos en flor, pues la habitación quedaba al aire libre. Altas puertas articuladas en madera de ébano formaban un tabique móvil destinado a cerrar la estancia cuando hacía frío.

Aparte de dos braseros de bronce con patas esculpidas, no se veía más muebles que una cama, dos sillas que recordaban a las curules y una mesa

baja sobre la cual había un pequeño gong para llamar a las esclavas. Colgadas de la pared había unas espadas, y apoyados en algunos pilares, los cuales sostenían el techo de artesones pintados a rombos negros y blancos, unos venablos.

Metalla, vestida con una túnica blanca, sin duda tras haberse bañado y haber sido masajeada por sus camareras al regreso de la palestra, estaba sentada en la cama. Dos mujeres agachadas a sus pies le depilaban las piernas. Al oír el ruido de la puerta, las tres habían vuelto la cabeza y miraban a Sila.

–¡Oh! – exclamó Metalla, en tono despreciativo-. ¡El galo! ¡El amigo fiel!

Las dos depiladoras se habían levantado y recogían el cacharro con escamas de cera y el infiernillo de carbón vegetal. Vacilaban sobre la conducta a seguir, divididas entre el temor a presenciar un espectáculo embarazoso y el de disgustar a la esedaria abandonando el lugar sin haber recibido la orden de sus propios labios.

–¡Tenías que venir sin avisar! – prosiguió la joven.

–Como tú no te dignaste venir a verme ayer, he tenido que tomarme la molestia… -replicó Sila tranquilamente.

El ex oficial de las legiones miró a las depiladoras, que seguían de pie con sus aparejos en la mano.

–Dejadnos -ordenó en tono imperioso.

Las dos esclavas retrocedieron hacia otra puerta, más pequeña, que debía de comunicar con los cuartos de aseo o con estancias ocupadas por las camareras.

Metalla soltó una carcajada.

–Afirmas tu autoridad -dijo con ironía.

–Es natural, estando en mi casa -sonrió Sila.

Ella le miraba con una especie de repugnancia, y arregló los cojines que había sobre la cama para apoyarse en ellos cómodamente, a fin de subrayar su insolencia.

–Sin duda has venido para tomar posesión de todo lo que hay aquí -se burló.

–He venido a verte porque tú contabas mucho para Menesio… Ella se encogió de hombros.

–No tanto, puesto que no era sino un regalo que pensaba ofrecerte dijo con amargura. Su rostro expresaba una gran dureza-. ¡No hagas frases bonitas! No intentes ganarme con halagos… Escúchame bien, galo: no eres nada para mí y nunca lo serás. Menesio te ha dado el derecho a decidir mi suerte. No esperes que yo haga cualquier cosa para conseguir tus favores. Jamás, ¿me oyes? Dentro de una semana, o quizá dos, querrás acostarte conmigo. No enseguida, por supuesto, porque tu amigo ha muerto hace tan sólo unos días, pero el momento llegará, lo sé… ¿Por qué esperar? – exclamó, desafiante-. ¡Ven ahora! ¡Coge! ¡Es tuyo! ¡Por testamento!

Y Metalla, arremangándose la túnica que le caía sobre los muslos, separó éstos para mostrar su sexo, que acababa de ser depilado.

Sila, que se había sentado en una de las dos sillas curules, permanecía inmóvil.

–¿No? ¿Te da vergüenza? – preguntó ella, fingiendo sorpresa-. ¿O quizá temes que el testamento no sea válido? Aquí, en Roma, con la justicia nunca se sabe… Los jueces están en venta, ¡como todo lo demás! Pero, precisamente por eso, si el testamento debe ser impugnado, como dicen, y vas a perder todo lo que has obtenido milagrosamente, ¡acuéstate conmigo mientras todavía te pertenezca!

La joven rió a carcajadas. Sila la dejó hacer y luego rió con ella.

–Te lo agradezco -dijo alegremente-, pero, desde que he llegado a esta ciudad, no paro de hacer el amor. Todo el mundo me lo propone. No sabía que sería así cuando acepté el ofrecimiento que Menesio me hizo de venir a reunirme con él…

–¿No sabías que en Roma sólo se piensa en matar y en joder?

–A matar, estoy acostumbrado. A joder, al final acabaré por tomar la costumbre. Después de todo, es más fácil -observó.

Notó que Metalla se sentía un tanto desconcertada por la calma con que reaccionaba a sus provocaciones. Había llegado el momento de poner fin a la situación.

–Te he visto hace un rato, cuando expulsaste a Achaica de la palestra… -empezó a decir.

–¡Estabas allí!

–Sí. Y debo decirte que no tienes derecho a comportarte como lo has hecho. Aunque eso ya lo sabes.

–Son asuntos de mi incumbencia -replicó Metalla, cortante.

–Son asuntos de nuestra incumbencia -corrigió Sila.

–Quiero saber cómo lucha esa negra. Por eso la he provocado. ¡Soy yo quien tendrá que matarla en el circo, no tú! De manera que déjame hacer las cosas como considere oportuno.

–No -lijo Sila-. Yo no tengo las razones que tenía Menesio para dejarte hacer lo que querías, no lo olvides…

Metalla se encogió de hombros.

–Te he dicho que no eres nada para mí y que haré las cosas que decida hacer.

–Si no respetas mis deseos, serás castigada según lo que permite la ley -replicó Sila con serenidad-. Me he presentado ante ti con buenas intenciones y me has insultado mostrándome el sexo de una manera obscena que era al mismo tiempo un insulto a la memoria de Menesio. Por ello recibirás veinte latigazos, y otros diez por haber transgredido a sabiendas, expulsando a la cartaginesa de nuestra palestra, los contratos que hemos firmado con otras escuelas de gladiadores…

Metalla se dejó caer hacia atrás sobre los cojines para reír a mandíbula batiente.

–¿Tú vas a hacer que me azoten? ¡Tú, un galo! ¡No encontrarás a nadie que te obedezca!

Sila se levantó para acercarse al pequeño gong y lo hizo sonar. La esclava de avanzada edad que antes le había indicado el camino de los aposentos apareció por la puertecilla, seguida de dos esclavos.

–Dile al intendente Salvio que venga inmediatamente -ordenó el galo. Los esclavos salieron apresuradamente y Salvio no tardó en comparecer. – ¿Las letrinas funcionan con agua corriente -preguntó Sila- o al modo antiguo, con barriles?

–Por desgracia, señor, en esta parte del suburbio no hay agua suficiente para alimentar letrinas modernas, de manera que seguimos con los barriles. Pero, si deseas que se haga una instalación nueva, podemos reanudar las conversaciones que se celebraron con la municipalidad sobre la construcción de una derivación del acueducto hasta aquí…

–No dijo Sila-. No se trata de eso. Si hay barriles, supongo que habrá vaciadores de barriles.

–Desde luego, señor…

–Sin duda son hombres fuertes, pues las letrinas pesan mucho cuando están llenas.

–Sí -dijo, riendo, el intendente Salvio-. Son hombres fornidos que no se arredran…

–Entonces haz que vengan cinco de ellos y adviértele al verdugo de los esclavos que tendrá que usar el látigo ante el atrio de este edificio.

–¿El látigo? – preguntó el intendente, sorprendido.

–¡Sí, el látigo! – contestó Sila, cortante.

–¿Han hecho algo mal los vaciadores de barriles, señor? – se inquietó Salvio, pensando que Metalla se había quejado al nuevo amo y exigía que castigaran a los culpables.

–En absoluto -dijo Sila-. Pero apresúrate a hacer lo que he dicho.

Los vaciadores de barriles aparecieron: cinco hombres con porte de cargadores, vestidos con túnicas negras de tela basta, con el cráneo rasurado y estupefactos de que les convocaran en los aposentos de aquella que reinaba como una diosa desde hacía varios años en la escuela de gladiadores de Menesio.

Metalla miraba a Sila, a los cinco esclavos dedicados a la tarea más baja y al intendente Salvio con. una mueca de desafío que expresaba al mismo tiempo incredulidad. Pero su semblante estaba lívido.

El galo se dirigió a los poceros.

–¿Me conocéis? – preguntó.

–Desde luego -dijo por fin uno de ellos-. Eres Sila el galo.

–¿Soy vuestro amo?

El miedo a que se hubiera producido un cambio que amenazase su existencia invadía a los poceros. El que se había atrevido a tomar la palabra para responder a Sila contestó con voz insegura:

–Tú eres nuestro nuevo amo, en efecto, puesto que Menesio te ha legado sus bienes…

–Entonces, para ejecutar mi voluntad, coged a esa esclava, que ha merecido el látigo, y llevadla ante el atrio a fin de que reciba su castigo de manos del verdugo.

Los poceros parecían petrificados. Sus grandes manos acostumbradas a las inmundicias de los orines se negaban a acercarse a aquella mujer a la que veían entrar en el patio de la escuela llevando las riendas de tiros que valían centenares de miles de sestercios, y que sabían era la querida amante del patricio Menesio, el hombre cuya riqueza y poder habían dispuesto de sus vidas desde siempre. ¡Y, todavía menos, a agarrarla por la fuerza!

–¿Os atreveríais a no obedecer, vosotros también? – preguntó Sila, frunciendo el entrecejo.

Los porteadores de barriles avanzaron hacia la esedaria, pero ésta había cogido uno de los venablos que había apoyados en los pilares.

–¡Si alguien me toca, galo, te mato! Sila se volvió hacia el intendente Salvio.

–Si esta esclava hiere a alguno de nosotros, ya se trate de mí o de uno de aquellos a los que les he dado la orden de llevársela, inmediatamente después harás que la crucifiquen en el patio de la entrada, a fin de que perezca allí sin que se le dé de beber ni una sola vez. ¿Me oyes, Salvio?

–Te oigo, señor.

A Metalla se le había descompuesto el semblante. Permaneció un largo momento inmóvil mirando a Sila, luego dejó el venablo junto al pilar y dejó que se la llevaran los poceros, que apenas osaban tocarle un brazo. La joven pasó ante Sila, que había sacado un bastoncillo de viburno y se lo metía en la boca, y le escupió en la cara. El galo se limpió con la mano.

Era su último bastoncillo de viburno, y se preguntó si en Roma encontraría. Lo primero que haría mañana sería ordenarle al intendente de los jardineros del palacio que se los consiguiera a cualquier precio.

Sila se había sentado en el gran atrio, adonde le habían llevado agua fresca y fruta.

Salvio entró seguido del verdugo. El látigo de éste estaba manchado de sangre, así como el blusón que llevaba.

–Ya está, señor dijo el intendente.

–No la habrás matado, ¿verdad? – le preguntó Sila al verdugo. El ejecutor sonrió.

–Conozco mi oficio, señor.

–¿La está curando el cirujano?

–Sí.

Sila aprobó con la cabeza.

–Salvio, todavía no he terminado. Quisiera que hicieses venir a un notario y a cuatro hombres libres para que hagan de testigos.

–¿Puedo permitirme preguntar si deseas libertar a algún esclavo?

–Efectivamente. ¿Hay algún notario en este suburbio?

–Hay varios. Me encargaré de que hagan venir a uno de inmediato.

–¿Y hombres libres? ¿Los hay por estos contornos?

El intendente, que era un esclavo, sonrió.

–No hay muchos por aquí, señor. Como bien sabes, los gladiadores son casi todos de condición servil… Pero, aun así, hay algunos.

–¿El cirujano?

–No, señor, él no es de condición libre. Sin embargo, hay un antiguo caballero llamado Casio Corvinio que vino a vivir aquí porque le apasionan los gladiadores. Los compra y los vende y apuesta fuerte sobre el resultado de los combates. Está sordo como una tapia, pero es respetable y vive cerca de la escuela.

–Me han hablado de un tal Arpocras que es propietario de varios lupanares.

–Sí, señor, y tiene que ser un hombre libre, en efecto. Haremos que lo busquen, si así lo deseas. Se sentirá halagado de que su presencia sea requerida aquí… -Encuentra a otros dos y reúnelos cuanto antes a todos en este atrio. Unos esclavos había ido ya, en cuanto oyeron las primeras palabras de Sila, en busca del notario, y el galo esperó pacientemente comiendo unas frutas más de las que le habían servido. Al atardecer, unos sirvientes entraron con lámparas de aceite y las colgaron en los lugares destinados a tal uso. Numerosos gladiadores y miembros del servicio que habían asistido al suplicio de Metalla ante la casa no se decidían a dispersarse y permanecían agrupados en el peristilo, a oscuras, esperando ver reaparecer al terrible galo, todavía presos del estupor que había conmocionado a toda la escuela tras el anuncio de la desgracia de la esedaria. El rumor que había circulado desde la muerte de Menesio, según el cual Metalla habría podido ser responsable o cómplice del envenenamiento del patricio, enseguida había recobrado fuerza y alimentaba las conversaciones mantenidas en todos los edificios, cuya silueta dibujaban alrededor del patio las antorchas y lámparas encendidas.

El notario fue el primero en llegar, acompañado de dos ayudantes con sus respectivos escritorios. Habiéndose enterado, como todo el mundo en el suburbio, a la hora de la caída del día en que se va por las calles y las tabernas en busca del fresco de la noche y la compañía de unos y otros, según la costumbre romana, que Metalla había sido azotada, estaba encantado de encontrarse ante aquel extraordinario galo que alimentaba la crónica local.

Se inclinó ceremoniosamente ante Sila.

–Soy el notario Papinio -declaró- y me siento muy honrado de conocerte. He redactado algunas actas en otras ocasiones a petición de los secretarios del difunto Menesio. ¿En qué puedo serte útil esta noche?

–Se trata de un acta de manumisión -dijo Sila.

–Es muy sencillo, si cuentas con cuatro testigos de condición libre…

–Aquí llegan, parece ser…

Llegaba, en efecto, el caballero romano Casio Corvinio, encorvado, canoso y con su trompetilla de marfil en la mano.

–Estoy encantado de conocerte -gritó el anciano, como hacen las personas que padecen su mal, ante el rostro de Sila-. ¡Eres afortunado de poseer una esclava tan bella y valiente como Metalla!

Inclinaba la cabeza de lado, tras haberse ajustado la trompetilla a la oreja, señalándole al galo el pabellón a fin de que éste le respondiera a través del instrumento.

–Te agradezco que hayas tenido a bien venir, Corvinio -dijo Sila-. Pero, ¿sabes?, no siempre es fácil tratar con Metalla. ¡Hace lo que le da la gana!

–¿Y qué importa eso? – gritó Corvinio, riendo-. ¡Oblígala a obedecer! ¡Si

hace falta, azótala!

–¡Eso es lo que acabo de hacer!

–Has obrado correctamente -aprobó el anciano caballero-. ¡El látigo! Es uno de los dos pilares sobre los que reposa el poder de Roma: el valor de las legiones y la sumisión de los esclavos… ¡El Imperio durará mientras duren ambos!

A continuación se presentó un gladiador retirado de los combates, de nombre Alscistio y condición libre, que había pertenecido a una escuela vecina y elegido aquel peligroso oficio, como hacían algunos, tras haber luchado en las legiones. Alscistio, que había sobrevivido a numerosas heridas, se retiró de la arena tras haber seducido a una viuda con fortuna perteneciente a la familia patricia de los Torquati. Ella lo mantenía lujosamente, pero en un aburrimiento mortal. Alscistio se pasaba el día bebiendo y jugando con los gladiadores. Un fabricante de armas, venido de España para buscar clientes en Subreata y reclutado en plena calle por uno de los asistentes del intendente Salvio, llegó poco después.

Por último, el propietario de burdeles Arpocras hizo su entrada poco después, todavía mejor peinado y engalanado que por la mañana, cuando Sila le había conocido en las gradas de la palestra, con una toga impecable y unas sandalias de cuero blanco claveteadas de oro.

Primero admiró la estatua de plata de Metalla en su carro, que atraía las miradas de todos aquellos que entraban en el atrio. Después, al ver a Sila de pie entre el caballero Corvinio y el vendedor de armas de España, se detuvo, sorprendido.

–¡Vaya! – exclamó-. ¡Qué casualidad! ¡Tú también has sido solicitado como testigo!

Pero enseguida cambió de opinión. Al ver la actitud de Sila, y que los otros le rodeaban, además del intendente y los esclavos, empezó a comprender que el galo al que había conocido en las gradas por la mañana podía muy

bien ser el galo de Menesio.

Sila se aproximó a él.

–¡Ave, Arpocras! Te prometí que te vería en cuanto tuviera tiempo… -¡Dioses todopoderosos! – exclamó Arpocras-. ¡Eras tú! – Y, recordando su conversación a propósito de Metalla, le preguntó a media voz-: ¿Es verdad que la has hecho azotar?

–Sí -respondió Sila.

El hombre bajó un poco más el tono de voz. – No quería dejarse…

–Exacto -dijo Sila.

–Y entonces la has castigado, como hacía Vibio. – Eso es.

Arpocras se quedó pensativo un instante y luego prosiguió:

–Has hecho bien. Después de todo, aunque valga millones es tu esclava. Debe obedecerte.

–Es lo que yo he pensado.

–Si las esclavas se niegan a que las jodan -dijo Arpocras, meneando la cabeza-, es que toda nuestra civilización se tambalea… Ya no existe tranquilidad doméstica, ya no queda nada. No habrá lupanares… Y yo me arruinaré -concluyó.

–Pero eso no sucederá -dijo Sila sonriendo.

Volviéndose hacia el notario, que peroraba ante el ex gladiador Alscistio, atrajo su atención con una seña. El notario, en respuesta, llamó a sus dos ayudantes, que permanecían apartados en compañía de unos secretarios de la escuela, y se aclaró la voz para proclamar:

–A petición del ex oficial de las legiones Sila, heredero del patricio Menesio y propietario de la escuela de los Amarillos rayados de verde, donde nos encontramos en estos momentos, nos hemos reunido para redactar un acta de manumisión en las formas legales… Según éstas, cuatro testigos deben estar presentes…

Los dos oficiales se habían sentado en el suelo con las piernas cruzadas, apoyando el escritorio sobre las rodillas y con el estilete dispuesto a entrar en acción. Papinio comenzó a dictar:

–«Yo, Papinio, notario en el suburbio de Subreata, en presencia del caballero Casio Corvinio, del gladiador ciudadano romano Alscistio, del forjador de armas Neptomiris, domiciliado en Bilbilis, en la provincia de España, y de paso en Subreata por asuntos de negocios, y en presencia por último del propietario de burdeles Arpocras, que explota sus establecimientos también en Subreata, redacto, a petición del ciudadano romano Sila, oficial retirado de las legiones y legatario universal del patricio Menesio, recientemente fallecido, la presente acta por la cual el ciudadano Sila decide la manumisión de la esclava…» -El notario hizo una pausa para preguntarle a Sila-: ¿Cuál es el nombre de la esclava?

–«Metalla, esedaria, cautiva bretona, sojuzgada anteriormente al patricio Menesio, el cual me la ha legado» dictó a su vez el ex oficial de las legiones. El notario se quedó boquiabierto. Arpocras, apenas sobrepuesto del asombro experimentado al encontrar al galo en su casa bajo el techo de la esedaria, iba de una sorpresa en otra. Todos los demás, los sirvientes y el intendente Salvio estaban aún más desconcertados. La manumisión, cuando la sangre del látigo apenas se había secado…

–¿Debemos escribir realmente «Metalla la esedaria»? ¿Seguro que es eso lo que quieres? – preguntó el notario, todavía incrédulo.

–Sin ninguna duda. Se ha convertido en mi liberta y le concedo la propiedad de la escuela de los Amarillos rayados de verde, más una suma de dos millones de sestercios destinada a servirle de fondo de tesorería. Así pues, después del acta que decide la manumisión, redacta las relativas a

estas donaciones.

–Está bien -dijo el notario, recobrando la sangre fría-. Enseguida estará hecho… Podré decir que no me he molestado en venir por nada -añadió.

El acta había sido firmada por todos los testigos, y los ayudantes del notario, tras haber realizado varias copias para sus archivos y los de Sila, guardaron un ejemplar en un estuche de fino mimbre. El notario lo cogió y se dirigió al anfitrión.

–Ahora debería entregársela a la propia interesada en presencia de dos de mis oficiales, si no ves inconveniente y ello es posible…

–Haz lo que consideres oportuno -dijo Sila, que añadió dirigiéndose al intendente-: Conduce al notario Papinio y a los que deben acompañarlo a los aposentos de Metalla.

–Está… -vaciló el intendente-, está acostada y sin duda enferma…

–No me sorprende -repuso Sila-. Lo que le van a llevar le sentará bien.

El notario y sus ayudantes siguieron a Salvio mientras los esclavos encargados del servicio de mesa conducían a los testigos a un pequeño comedor, donde se había preparado una colación.

Arpocras se quedó un instante en el atrio con Sila.

–Tú no eres un hombre como los demás -dijo-. Ella se niega a acostarse contigo, haces que la azoten casi hasta matarla, por lo que se dice en la Ciudad, ¡y a continuación le regalas su libertad y una escuela de gladiadores que vale no sé cuántos millones!

–No se trata de un capricho. No he hecho más que interpretar la voluntad testamentaria de Menesio, que me encargó decidir cuál sería la mejor suerte para su amante. Él mismo le había prometido libertarla. Yo cumplo su palabra. Todo el mundo me ha dicho, y tú el primero, que ella no ha podido

desear la muerte de su amo… -Sila cogió amigablemente el brazo de Arpocras, que a fin de cuentas le resultaba muy simpático por la sencillez de sus sentimientos-. Y yo nunca he querido acostarme con ella -añadió-. Te lo dije por bromear. ¡No me guardes rencor! Quería inspirarte confianza para que me hablaras de ella. Comprende que no puedo meterla en mi cama, por respeto a Menesio…

Arpocras, decepcionado, hizo un mohín.

–Es una lástima… Menesio ya no pertenece a este mundo, y tú no le habrías hecho ningún daño.

–Quizá me lo habría hecho a mí mismo.

–Quizá -sonrió Arpocras-, si eres de los que piensan esas cosas… ¡En fin, no todo está perdido! El tiempo cambia muchas cosas. Probablemente la liberta un día te dé lo que no le has exigido a la esclava…

El notario regresaba con sus ayudantes. Sila fue a su encuentro, acompañado de Arpocras, y los condujo a todos a la estancia donde se ofrecía la colación. El vino corría, provocando comentarios y risas, y Sila aprovechó la ocasión para desaparecer. Se dirigió a la hermosa puerta que conducía al lecho donde yacía Metalla y la abrió.

Una sola lámpara de aceite ardía cerca de la cama donde la esedaria estaba tendida boca abajo, con la espalda y la parte inferior del cuerpo envueltas en vendas empapadas de un ungüento que desprendía un fuerte olor. El acta de manumisión, en su estuche, se encontraba sobre la cama, junto a ella, y la esclava de avanzada edad, agachada cerca de la mesa, velaba a la joven. Sila se acercó y le dijo en voz baja que se retirara un momento. Ella obedeció y Sila se inclinó sobre la esedaria, cuyo rostro estaba rojo. Tenía los ojos cerrados y respiraba con dificultad…

–¿Me oyes? – preguntó.

En respuesta, la joven abrió un poco los ojos al tiempo que volvía la cabeza

hacia él.

–Escucha -dijo-, me quedo en Roma únicamente para tratar de averiguar quién ha hecho perecer a Menesio… -Se inclinó un poco más para coger el estuche que contenía el acta de manumisión y enseñárselo-. Me digas lo que me digas, no te quitaré esto, que está escrito y seguirá estándolo. Te abandonaré a tu suerte, que será la que los dioses decidan. Pero, respóndeme a una cosa: ¿estás implicada de algún modo en la forma en que Menesio ha muerto?

Había hablado en voz baja, y la gran estancia de suelo negro, cuya pared de ébano había sido cerrada para pasar la noche, permanecía en un silencio que la luz de la lamparilla hacía más inmóvil aún.

Tras un largo momento, Metalla, sin abrir los ojos, negó lentamente con la cabeza.

Sila se preguntó si el rostro de la esedaria estaba bañado en sudor o en lágrimas, pero no quiso acercarse más para quedarse tranquilo, por miedo a que ella viera en ese gesto ternura o concupiscencia. Se incorporó y salió de la habitación.

Los reciarios de Achaica

Cabalgando en la noche por el camino que le conduciría de vuelta a Roma, y tras haber abandonado las calles iluminadas por las luces de las tabernas y los lupanares donde se refugiaba hasta el alba la vida del suburbio, Sila se percató de que avanzaba junto a unos altos muros tras los cuales otra escuela de gladiadores se hallaba encerrada en el silencio nocturno. El viento llevaba hasta él el ruido de los transportes que se realizaban por la vía Apia, donde se producía sin cesar un gran movimiento de vehículos, carretas, jinetes y peatones. Sin embargo, aquel largo camino bordeado por

el muro estaba desierto, y el ex oficial de las legiones, al oír detrás de ¢1 el galope de varios caballos que se acercaban, se preguntó si no habría hecho mal en querer regresar a la Ciudad sin escolta.

Se volvió para ver avanzar hacia él a tres jinetes, uno de los cuales llevaba una antorcha a cuya luz el galo reconoció a los atletas negros que por la mañana habían acompañado a Achaica, la esedaria africana, a la palestra de entrenamiento donde Metalla la había maltratado. Iban con la cabeza descubierta, sin sus hermosos cascos emplumados, y les seguían varios reciarios a caballo, tridente en mano y con la red plegada en la perilla de su silla. Rodeaban un cisium, una carreta ligera tirada por dos caballos y conducida por un negro que iba de pie.

En un momento, Sila se encontró acorralado por toda aquella gente, como si quisieran cortarle el acceso a la vía Apia. Sin embargo, aquellos fornidos jinetes negros le mostraban un semblante amable, y uno de los primeros en llegar, sobre el que sin duda recaía la responsabilidad del destacamento, le dirigió la palabra con una franca sonrisa.

–¡Ave, Sila! Nos alegramos de haber podido alcanzarte antes de que abandones nuestro pueblo… -Sila sólo llevaba su espada corta colgada de la silla, y los jinetes eran siete-. Sabíamos que vendrías a interesarte por nuestra señora, Achaica, antes de regresar a tu palacio, y como temíamos que te perdieses por el camino hemos salido en tu busca para poder guiarte hasta ella…

–Agradezco la atención -dijo el galo-. Pero, si vosotros me decís cómo se encuentra Achaica, no tendré que molestarla a esta hora tan tardía…

–Está bien, aunque le duele un brazo, pues lo tiene roto, y debe permanecer tendida por culpa de las heridas recibidas esta mañana.

–Dile que lo lamento y que he castigado severamente a Metalla por lo que ha hecho hoy, ignorando las costumbres y los contratos.

–Lo sabemos, Sila. Ha llegado hasta nosotros el rumor.

–Así pues, ya veis que he dado su merecido a quien ha herido a vuestra señora en su cuerpo y en sus sentimientos. Ahora, dejadme proseguir mi camino, ya que debo estar en la Ciudad mañana al amanecer…

El negro meneó la cabeza con aire contrito.

–Perdóname, Sila -dijo-, pero no podemos satisfacer tus deseos. En realidad, te vigilamos desde que entraste en la escuela para visitar a Metalla. Nuestra señora nos ha dado la orden imperativa de llevarte ante ella, y, ¿qué pueden hacer unos esclavos sino obedecer?

Sila pensó en lanzar bruscamente a su caballo contra ellos y derribarlos, y, como había elegido aquel caballo con gran esmero, precisamente por si se encontraba en un caso de este tipo, y el animal era veloz, y además aquellos negros no se atreverían a herirlo, estaba seguro de alcanzar el gentío de la vía Apia antes que ellos.

–¿Y por qué tu señora desea tanto mi compañía esta noche? – preguntó el galo.

–Es muy sencillo, y se desprende de lo que nos ha dicho: «Esperad a Sila. Si sale de la escuela, es que no se queda a dormir con Metalla. En tal caso, decidle que le ruego que venga a dormir a mi cama». ¿Podrías humillar a nuestra señora rechazando tal ofrecimiento? No puedo creerlo…

–Me temo que, por desgracia, tendré que hacerlo -repuso el galo, haciendo que su caballo se encabritara y lanzándolo contra su interlocutor para obligarle a que le cediera el paso.

Sin embargo, el caballo negro era de esos sementales que pelean por una yegua con sus cascos delanteros y sus dientes. No cedió ni un ápice y, encabritándose a su vez, golpeó y mordió a su agresor al tiempo que relinchaba con cólera. Los dos jinetes habían sido derribados al mismo tiempo, y los reciarios, que vigilaban a Sila desde el principio de la escena,

se precipitaron para lanzar sus redes sobre él. El galo había desenfundado la espada, pero cada vez que rasgaba una red caía otra, y los reciarios, que habían descabalgado de un salto, lo volteaban en el suelo como si fuera un delfín atrapado por pescadores. Se apoderaron de él en ese estado y lo llevaron rápidamente al cisium, que partió al galope acompañado de los jinetes, los cuales habían montado de nuevo y uno de ellos arrastraba al caballo de Sila por la brida.

La cabalgada prosiguió a través de las calles desiertas hasta que la tropa se metió en un porche. Sila oyó cerrarse una gran puerta de dos batientes.

Los negros descabalgaron, ataron con una cuerda las piernas del prisionero, que seguía envuelto en las redes, y lo llevaron, por jardines y patios donde de vez en cuando ardía una antorcha sujeta a la pared, al patio de un edificio de grandes dimensiones cuyo centro estaba ocupado por una balsa de cerámica, manifiestamente destinada a darse baños. El agua llegaba hasta allí a través de la boca de un león de bronce. Los negros se marcharon, y Sila oyó que se cerraban unas verjas. Estaba preso. Entonces, unas risas de niños o de chiquillas llegaron a sus oídos. El patio se hallaba sumido en una semioscuridad iluminada tan sólo por el tenue resplandor de la luna. Sila volvió la cabeza hacia lo que oía y vio una luz de lámparas de aceite que se reflejaba en las columnas, al mismo tiempo que se reanudaban las risas acompañadas de un ruido de pies descalzos. No tardaron en acercarse cinco lámparas de aceite, sostenidas por cinco jóvenes negras cuya única vestimenta era una especie de collar de pequeñas pechinas blancas en torno a su cintura, con una ramificación que partía del ombligo para descender hasta el sexo y ascender de nuevo por detrás entre las nalgas. Sus pechos tenían forma de pera, sus blancos dientes resplandecían en la oscuridad cuando ellas abrían la boca para reírse y parlotear en una lengua de la que Sila no lograba entender nada, y sus cabellos, peinados con innumerables trencitas, estaban adornados con pechinas iguales a las que constituían su vestido. Dejaron las lámparas en el suelo, sobre las baldosas, y empezaron a desatar la cuerda que sujetaba los pies de Sila.

El galo había renunciado a defenderse. Caer en manos de Achaica era el menor de los peligros que podía correr intentando desenmascarar al asesino

de Menesio.

Las jóvenes lo desnudaron. Sila se sentó al borde de la balsa y ellas comenzaron a enjabonarle todo el cuerpo. Le obligaron a tumbarse para poder frotarle la espalda con esa especie de esponjas recias que se hacen dejando secar cierta clase de calabazas, a fin de que sólo quede la parte fibrosa. Le dieron la vuelta para lavarlo por el otro lado, rieron mucho cuando una de ellas se ocupó de su sexo y, finalmente, lo arrojaron sin miramientos a la balsa, donde ellas se zambulleron también y nadaron a su alrededor.

A continuación, dos de ellas cogieron a su víctima de la mano para conducirlo hasta los escalones de mármol por los que se podía salir de la balsa.

Una vez fuera, lo secaron, lo rociaron de colonia y de talco, le hicieron ponerse una especie de camisón de tela sedosa y, por último, lo condujeron hacia el fondo del patio, iluminando el camino con las lámparas que habían cogido de nuevo, y se internaron por un largo pasillo bordeado de paneles de cobre bruñido a modo de espejos.

Como los paneles estaban encarados, repetían hasta el infinito la imagen del grupo que formaban los seis, el galo achaparrado con su vestimenta y ellas, en su negra desnudez, como jóvenes demonios. El pasillo desembocó en una gran estancia, en el centro de la cual había una cama blanca, construida en marfil, y sobre aquella cama se hallaba tumbada, entre cojines, Achaica, cubierta únicamente por un paño que ocultaba la parte inferior de su vientre y la superior de sus muslos. La joven llevaba un brazo enyesado, pero el resto de su cuerpo estaba absolutamente intacto y no podía sino inspirar admiración, tanto los pechos, que Sila había visto por la mañana en la palestra con sus pinturas de guerra, como el plano vientre y las irreprochables piernas.

–¡Ah, Sila! – exclamó Achaica con voz melodiosa-. Temía que hubieras partido hacia Roma con una escolta… ¡Gracias a los dioses, eres un hombre que desprecia el peligro! Ello me ha permitido hacerte venir aquí esta

noche. Te lo ruego, siéntate a mi lado, lo más cerca posible…

Las jóvenes que rodeaban al galo no le permitieron vacilar. Lo cogieron de ambos brazos y lo condujeron hasta el lecho de su señora.

–Mira lo que tu bretona me ha hecho -prosiguió Achaica-. No podré volver a conducir mis caballos antes de un mes… -Había cogido una de las manos de Sila con su mano útil, y miraba aquella mano, que era muy hermosa-. Me debes una compensación, ¿no crees? – dijo, riendo. Luego adoptó un tono más grave-. Me siento tan feliz de que estés aquí… No he dejado de oír hablar de ti desde hace una semana, y todo lo malo que me decían me convencía cada vez más de que eres un hombre de bien… Y, ¿sabes?, las mujeres como yo no encuentran a menudo a alguien así en su camino. Así que he reflexionado mucho y me he jurado encontrarte para…, para darte lo que tengo…

Achaica apartó el paño y descubrió su sexo, cubierto de vello negro. Sila, que hasta ese momento había permanecido en silencio, se dispuso a tomar la palabra, pero ella le tapó la boca con su mano útil. El galo aceptó callarse y ella lo atrajo hacia sí, agarrándolo del cuello.

Sila se percató entonces de que en la estancia sólo quedaba una de las jóvenes. Ésta se había acercado a la cama y ayudó a Sila a quitarse el camisón blanco. Luego, mientras Achaica unía su boca a la del galo, la pequeña empezó a acariciarla.

Sila durmió varias horas y se despertó junto a Achaica. La joven que le había ayudado a convertirse en amante de la cartaginesa dormía tumbada boca abajo, con los brazos cruzados, en la alfombra situada a los pies de la cama de marfil. El galo se incorporó un poco, apoyándose en un codo, y ese movimiento bastó para despertar a Achaica, que abrió los ojos a su vez.

–¿No quieres dormir más? – le preguntó en voz baja.

–De momento no -respondió él.

–Entonces, puedes hablar -dijo, sonriente.

–No tengo nada que decir… Aparte de que, después de todo, no te guardaré rencor por haberme hecho traer a la fuerza hasta este lecho…

–Me conformaré con esa declaración -rió ella, estrechándose contra Sila-. Pero yo todavía tengo que decirte algo. Si me he empeñado en que vinieras aquí no sólo era porque se me había metido entre ceja y ceja que me hicieras el amor… Era también por algo más importante aún, aunque le concedo mucha importancia a lo que acaba de pasar en esta cama… Quería decirte que debes abandonar Roma sin tardanza y renunciar a todo lo que has venido a hacer aquí, si no deseas morir. O algo peor.

Sila la miró y ella sostuvo su mirada.

–Ya me lo han dicho -repuso.

–¿Quién? – preguntó Achaica.

–El prefecto de los vigilantes, Casio Longino, en persona.

–¿Y ello no te ha bastado?

–Ya ves que no, puesto que te ves obligada a repetírmelo. Sin embargo, dime…, ¿son las mismas personas las que se han servido del prefecto de los vigilantes y después de ti para hacerme esa advertencia? Por supuesto, la forma en que tú me lo has hecho saber, de tus labios, es mucho más agradable que cuando lo oí de los de Casio Longino, que tiene la boca más fea que uno pueda imaginar…

–¡Un momento! – replicó ella-. Yo firmé un contrato para esos juegos con Lacertio en Cartago, adonde fue a buscarme, y llegué a Roma con mi personal y mis caballos ignorando lo que sucedía entre él y Menesio, del que sólo sabía que era propietario de esa tal Metalla contra la que debía combatir… Yo soy una mujer libre, al contrario que esa que se ha convertido en tu esclava por herencia, y no le debo nada a Lacertio aparte

de lo que figura en el contrato. Lacertio me ofreció una suma enorme para que viniera a Roma porque yo era la única que podía enfrentarme de igual a igual con tu esedaria, y yo la acepté porque quería estar en la arena de la capital del Imperio durante la inauguración del anfiteatro del Coliseo. Mataré a Metalla en esa arena, la más grande y hermosa que haya existido jamás en el mundo, y después regresaré a Cartago y no lucharé nunca más… Pero, en cuanto a lo demás, como esta noche, soy libre de decirte lo que desee… Y el deseo es enorme, como has podido constatar -concluyó, sonriendo.

Sila permaneció largo rato en silencio y luego preguntó:

–¿Y cómo puedes estar tan segura de que matarás a Metalla?

–A un día a caballo de Cartago hay un bosque, y en ese bosque vive retirado un hombre que fue amante de mi madre durante muchos años. Ese hombre ve el futuro y siempre se ha preocupado por mí, pese a que no soy su hija. Hasta ahora, siempre me ha anunciado lo que iba a sucederme. Antes de firmar el contrato que me había ofrecido un enviado de Lacertio, fui a ver a ese hombre y él me dijo que mataré a mi adversaria en Roma y que regresaré sana y salva…

Sila pensó en Metalla, acostada, ardiendo de fiebre tras haber recibido los azotes, y no dijo nada.

–También me dijo que aquí conocería a un hombre que conmovería mi corazón. Mi corazón está conmovido… Por eso he querido avisarte y salvarte. Los que rodean a Lacertio están tan ocupados con sus maniobras y sus proyectos que a veces hablan delante de mí, como si yo fuera una idiota que sólo sirve para luchar en la arena. Y mis hombres también hablan con los de Lacertio y me informan. Por eso sé que van a matarte o a destruirte. No sé cómo piensan hacerlo, pero lo harán, y antes de una semana por lo que me han dicho… No me preguntes más… Te propongo que te quedes aquí y me dejes que organice tu marcha a mi casa, en Cartago, sin que nadie lo sepa. Allí me esperarás… Tengo una gran casa, jardines y muchachas como ésta… -Achaica tendió su mano útil hacia la alfombra donde dormía

desnuda la joven-. Ellas te ayudarán a esperar pacientemente mi regreso. Sé que tienes una granja en la Galia. Yo también tengo varias en África, y si quieres podrás ocuparte de ellas. Allí también crece el trigo, ¿sabes?, y en invierno hace sol, no como en tu país. – Achaica hizo una pausa y añadió-: Y yo te amaré. – Sila seguía sin decir nada-. Te amaré porque ahora voy a vivir y no pensaré más en mi muerte.

Tras estas palabras, esperó la respuesta de Sila.

–Ese adivino que vive en el bosque -dijo éste en tono irónico-, ¿no te dijo si el hombre del que te enamorarás en Roma te amará también?

–¡No! – contestó ella, desafiándole con una sonrisa.

–¿Y tú no sentiste la tentación de preguntárselo? – sonrió él a su vez.

–¡Tampoco! Eso no quería saberlo. Quiero tener la posibilidad de soñar hasta el último momento…

Sila le cogió la mano.

–Eres bella y generosa. Lo que me ofreces me conmueve enormemente, pero debo finalizar lo que he empezado. No me odies por ello. Tú misma arriesgas tu vida desde hace años, aun cuando no estás obligada a hacerlo. Habrías podido no firmar ese contrato que Lacertio te propuso. En cuanto a mí, no puedo negarme a ejecutar la voluntad testamentaria de Menesio. Después me retiraré, como tú.

Ella no le permitió apartar la mano de la suya y lo atrajo hacia sí de nuevo.

Un apasionado de los jovencitos

Mientras se mezclaba con la riada de gente que se dirigía a Roma por la vía Apia, Sila se preguntó si la bella Achaica, al contrario de lo que decía, no había sido utilizada por Lacertio para inducirle a que se marchase de la Ciudad. El prefecto de los vigilantes había sido el primero en aconsejarle, a su manera, que lo hiciese. Y la misma noche había llegado más lejos, al intentar suprimir al galo aprovechando una riña en el hostal de Las Dos Alondras.

Sin embargo, la apertura del testamento que unos días más tarde convertía a Sila, y de una manera sensacional, en el heredero de Menesio cambiaba las cosas. El asesinato de aquel ex oficial de las legiones, al que se le había encomendado la misión de desenmascarar a los responsables del envenenamiento del patricio, aumentaría el escándalo producido por el fin de éste. Sin duda alguna había sido necesario intrigar en torno a Tito César, ese emperador que no quería que corriera la sangre cerca del trono, para llevarlo a desinteresarse por lo que le había sucedido a un candidato al tribunado en fechas próximas a la elección. Un segundo cadáver sería demasiado.

Los encargados del caso debían de ser conscientes de ello, y, si la advertencia de la cartaginesa era tal, se le concedía al galo una década para renunciar y marcharse. Sila tenía, pues, diez días ante sí para descubrir el camino que conducía hasta los que habían hecho perecer a Menesio. El miserable al que escondiera en el arcón del grano del establo de Las Dos Alondras había pronunciado el nombre de Ictios implicándolo en el envenenamiento de Menesio. Era preciso empezar por el tal Ictios, esa noche sin falta.

El galo no tardó en avistar una de esas postas que jalonaban todas las vías romanas a través del Imperio y donde los viajeros encontraban toda clase de comodidades. Ésta, situada a unas millas de la capital y dada la considerable circulación que había en la Apia, era de capital importancia. Un gran número de figones y de restaurantes más o menos selectos, así como tiendas de todo tipo, se habían agrupado alrededor del edificio oficial y sus establos. Desde lo alto, la mira misión, eran puestos a disposición de

éstos previa presentación de los documentos expedidos por la administración de palacio. Otros establos, de propiedad privada, alquilaban caballos, mulas y vehículos, sobre todo pesados carpentum donde podían dormir varios durante días y noches de viaje. Los masajistas, hombres y mujeres, esperaban a los viajeros ante esos establos y, cogiendo su caballo por la brida antes de que tuvieran tiempo de desmontar, les proponían conducirlos a los baños, donde los lavarían y perfumarían en un cómodo establecimiento por dos sestercios, suma que incluía, por supuesto, los servicios de orden sexual que pudiesen necesitar tras las soledades y tensiones de un largo viaje.

Sila rechazó con amabilidad las proposiciones de una joven y de un efebo -que se habían aferrado, ella a las riendas de su montura, y él a su pierna para ayudarlo a descabalgar-, diciéndoles que esa mañana y la noche anterior había tenido cuanto necesitaba, lo cual les hizo reír, y confió su caballo a un mozo de cuadra a cambio de un número de madera que se guardó en el bolsillo, junto a sus bastoncillos de viburno. Después se dirigió hacia un imponente hostal de tres pisos, en cuya terraza había un restaurante sombreado por esteras de paja extendidas sobre las cabezas de los clientes. Desde allí arriba se podían controlar las idas y venidas de los viajeros, a pesar del sol cada vez más intenso a medida que se acercaba el mediodía. Uno de los sirvientes de la terraza le llevó al galo agua fresca y un sorbete, así como la lista de platos caligrafiada en una delgada placa de madera. Sila encargó la comida y empezó por buscar con la mirada en la explanada, ante el albergue y la posta, situados uno junto a otro, entre los viajeros sentados sobre su equipaje, quién podía estar allí con la misión de vigilarlo tras haberle seguido a distancia por el camino, si es que había alguien, cosa probable en caso de que Achaica hubiera actuado siguiendo las instrucciones de aquellos por los que iba a arriesgar su vida en la arena. Emocionado por el recuerdo de la sinceridad que había demostrado la cartaginesa a lo largo de la noche, el galo rechazó esa idea; pero luego recordó que la regla era desconfiar de todo y todos, y que el encanto que se había desplegado sobre él en el lecho de marfil era también un arma en el tipo de combate en el que se hallaba comprometido desde la muerte de Menesio.

Le siguiera alguien o no, el galo decidió que debía desaparecer lo antes posible -en cualquier caso antes de llegar a Roma- y que aquel lugar, con las diferentes entradas y salidas en todos los edificios de uso público, parecía particularmente favorable para una estratagema semejante.

En aquel momento de su reflexión, Sila se fijó, entre los que avanzaban por la vía en dirección a la posta y a Roma, en un reducido grupo de hombres, unos a caballo y otros a pie, precediendo y siguiendo a un gran carro tirado por dos animales, de un modelo militar que le resultaba familiar. Por su porte, su vestimenta y el color uniforme de su equipaje, que era el empleado en el ejército, el ex oficial reconoció en ellos a legionarios que acababan de ser liberados de servicio.

Habían debido de caminar toda la noche anterior para evitar el sol y, si era así, se detendrían para descansar, acampar alrededor del carro, comprar víveres y dormir. Desde lo alto, la mirada de Sila podía abarcar la explanada y el patio, que estaba al otro lado. Supuso que los legionarios llevarían el carro y los caballos a éste para beneficiarse de la sombra del edificio y de los pinos, así como de la presencia de las letrinas y de la fuente, donde podían dar de beber a los caballos.

El grupo de legionarios maniobró de ese modo. Sila se levantó de la mesa y se asomó a la terraza por el lado del patio, donde vio que los veteranos, en efecto, habían detenido el carro junto a la pared del hostal, debajo de él, y algunos extendían en el suelo esteras de junco sobre las que tenían intención de tumbarse, mientras otros se ocupaban de los caballos para darles de beber y, por último, un tercero se dirigía a las letrinas. Sila había observado con satisfacción que varios de ellos eran, a todas luces, galos. Se acercó a la escalera por la que los esclavos del servicio subían los platos a la terraza y, al cruzarse con uno de los sirvientes, le preguntó cómo podía llegar hasta las letrinas. El sirviente le respondió que se podía ir, bien saliendo por la puerta principal del hostal y rodeando el edificio, o bien pasando por las cocinas, que tenían una salida que daba a ese patio. A Sila le pareció que el trayecto por las cocinas se adecuaba más a sus planes y, tras intercambiar unas palabras con los cocineros, que se afanaban ante sus fogones de carbón vegetal, bajó los tres peldaños que conducían al exterior,

entró en el lugar en cuestión, que era amplio, a medida de las necesidades de tan numerosa clientela, y buscó con la mirada al veterano que había visto desde la terraza. Lo descubrió, con la túnica arremangada y mostrando unos muslos peludos y unas pantorrillas robustas que sin duda habían recorrido miles de millas al servicio de la gloria imperial, sentado en una de las largas banquetas de madera encerada y llenas de agujeros.

El lugar estaba casi vacío. Sila avanzó directamente hacia el ex legionario, se arremangó la túnica a su vez, se bajó los calzones y se sentó a su lado, pese a que había mucho sitio libre. Como debía actuar deprisa, pues el otro podía levantarse de un momento a otro en cuanto acabara lo que había ido a hacer, el ex oficial de las legiones atacó sin rodeos, en galo.

–Por lo que he visto -dijo cordialmente-, vais de retirada.

El otro, que había experimentado cierta inquietud al observar la maniobra de su interlocutor, ya que en las letrinas era habitual hacer proposiciones de actos homosexuales, tras reflexionar unos instantes consideró que se trataba de un compatriota deseoso de charlar un poco.

–Sí -respondió-. Y mejor que sea así, porque la cosa empezaba a animarse, allí donde estábamos…

–¿Y dónde estabais? – preguntó Sila, al tiempo que soltaba una ventosidad destinada a certificar de forma indiscutible las razones de su presencia en aquella banqueta.

–En África, en el sur. ¡Hacía un poco de calor!

–Nunca he servido allí -dijo Sila con sobriedad, para dejar patente que él también había estado en el ejército.

–¡Ah, tú también…! – repuso el otro, que miraba a Sila para intentar averiguar con qué clase de hombre estaba tratando.

–Sí -dijo Sila-. Estuve quince años. Pero siempre en sitios fríos, como

Germania, Bretaña, Batavia… ¿Adónde vais ahora?

–Nos dan unas tierras a orillas del Rin y vamos a instalarnos allí todos juntos. Nos conocemos desde hace mucho tiempo.

–Eso está bien -comentó Sila.

–¿Y tú? ¿Dónde te has retirado?

–Cerca de Vienna. Ocho millas antes de llegar, en el camino de Lugdunum. No en la vía Claudia, la grande, sino en la otra. Si pasáis por allí, os daré un mensaje para mis esclavos. Preguntad por la granja de Sila. Os recibirán bien y podréis descansar allí. Yo todavía me quedaré aquí algún tiempo…

–La granja de Sila -repitió el veterano-. Tendremos que remontar forzosamente el valle del Ródano, y no es muy divertido recorrer durante días y días tierras donde no se conoce a nadie. ¿Hay más hombres de las legiones contigo en la granja?

–No. Sólo prisioneros de guerra. Persas. Pero hablan el celta galo como tú y como yo. Hace tiempo que los tengo y están contentos de estar allí…

Sila cogió una de las esponjas sujetas al extremo de un junco, utilizadas por los usuarios para limpiarse el orificio anal y puestas a su disposición en el canal de agua corriente que pasaba entre sus piernas y la banqueta. Ahora debía ir al grano, pues su vecino no tardaría en imitarlo y en salir de allí.

–Dado que estamos entre veteranos del ejército, y que en estos momentos yo me encuentro en una situación un tanto difícil y tú y tus compañeros tal vez tengáis necesidad de ganar un poco de dinero, quizá podáis echarme una mano.

El otro, en efecto, había cogido a su vez una esponja y se levantaba para poder meterla con más comodidad entre sus nalgas. Miró a Sila con expresión interrogante.

–Dinero -dijo- siempre se necesita. Y si podemos hacerte un favor…

–¿Cuánto os han dado?

–Veinte mil sestercios a cada uno, además de las tierras…

–No está mal -dijo Sila.

–No, pero tendremos que hacer muchas cuentas. En tu tierra, ¿cuánto vale ahora una vaca?

–Un buen ejemplar, pongamos dos mil sestercios.

–¿Te das cuenta? – dijo el futuro colono. Ahora estaban ambos de pie, arreglándose la ropa tras haber dejado las esponjas con mango en el canal, preparadas para los siguientes usuarios-. ¿Y por qué razón nos necesitas? – preguntó el hombre, que ya había entendido por qué su vecino de letrinas se había dirigido directamente a él al entrar.

–Verás -dijo Sila-, en Roma hay muchos tipos peligrosos y algunos de ellos quieren buscarme problemas. En ese momento andan tras de mí y necesito entrar en la Ciudad sin ser visto. Me esconderéis en vuestro carro. Me prestaréis ropa, la misma que lleváis vosotros, con un gorro y todo lo necesario para que no me reconozcan. Uno de tus hombres me lo traerá aquí para que pueda cambiarme… -Sila sacó del bolsillo el número de madera que le habían dado a cambio de su caballo-. Dejarás a uno de tus compañeros en el hostal. Pagará la cuenta de lo que he pedido en el restaurante de arriba, y mañana por la mañana irá a buscar mi caballo y entrará con él en Roma. ¿Alguno de vosotros conoce un poco la Ciudad?

–Uno estuvo dos años en la guardia pretoriana.

Sila sacó varias monedas de cien sestercios del bolsillo y separó dos. – Dale esto para que pase aquí la noche y mañana recoja el caballo. Dile que se dirija hacia el palacio Menesio. Frente a la entrada del palacio hay un

hostal, Las Dos Alondras, con un establo para los clientes. Que entre allí, deje el caballo y espere. Me encargaré de que vayan a buscarlo y nos reuniremos todos en mi casa…

–¿Tienes una casa en la Ciudad?

–Sí -respondió el ex oficial de las legiones-. Hay un establo. Podréis guardar el carro, dejar los caballos y quedaros unos días para descansar.

El veterano miraba las monedas de cien sestercios.

–¿Das esto simplemente para que llevemos tu caballo a Roma, cuando apenas falta una hora de camino?

–Sí -contestó Sila-. Y por llevarme a mí en el carro os daré mil sestercios cuando lleguemos.

–Mil… -repitió el otro-. No está mal por ir a Roma, adonde de todos modos teníamos que ir…

–Sois siete, ¿no? Cada uno debe tener su parte, como indemnización por el hecho de que voy a haceros seguir camino ahora, a pleno sol, cuando vosotros queríais descansar hasta la noche… Además,, me hacéis un gran favor… Vamos, envíame la ropa, avisa a los demás y preparaos para partir. Enganchad los caballos y…

–¡Entendido!

Había dicho eso en un tono de obediencia militar y Sila se percató de que, instintivamente, el hombre le obedecía como a un oficial en campaña. Sila había dado órdenes de esa forma durante más de diez años, tras haber conquistado su graduación sobre el terreno, y el legionario y el oficial que se conocían desde hacía unos minutos ya habían caído en la rutina reglamentaria.

El veterano se puso en movimiento para salir, pero Sila lo retuvo. – ¡Espera!

– dijo, presintiendo que debía explotar la situación-. Necesito cuatro tipos decididos para algo que tengo que hacer esta noche. Si te interesa, eso se pagará aparte, y será bien pagado…

Esta vez el otro vaciló. – ¿Se trata de algo… ilegal?

–¡Escucha! – dijo Sila, asiéndolo de un brazo-. Aquí, en Roma, se cometen muchos crímenes, y un cerdo ha hecho asesinar a uno de mis amigos que era oficial conmigo en la misma legión. Juré que encontraría a ese tipo. Lo he encontrado, y ahora quiero que pague lo que ha hecho… Mi amigo era rico y me ha dejado una herencia. Hay veinte mil sestercios para los que me ayuden esta noche a atrapar a esa inmundicia. Sé dónde vive. Es un leno; alquila chiquillos… ¿Entiendes lo que quiero decir?

El veterano reflexionaba, pero la voz de Sila y las miradas que intercambiaban ya le habían convencido.

–De acuerdo -dijo-. Voy a hablar con los demás.

–¿Quién tiene la graduación más alta? – preguntó el galo.

–Yo. Era abanderado.

–¿Cómo te llamas?

–Cotio. Cotio Funditor*, me llamaban…

–¿Por qué? ¿Sabes utilizar la honda?

1. Funditor: hondero, soldado armado de honda.

–Estuve dos años con honderos baleares en España y aprendí a utilizarla. Pero, ahora -añadió-, ya no tendré muchas ocasiones de…

–No estés tan seguro -le interrumpió Sila.

Los legionarios detuvieron el carro entre los centenares de vehículos pesados que se agolpaban en el gran terraplén, ante la puerta Apia, esperando la hora en que se permitía entrar en la Ciudad. Un gran número de tres viri controlaban que carros y carretas se situaran adecuadamente, preparados para ponerse en marcha unos tras otros de forma ordenada, a fin de evitar las riñas que no dejarían de producirse si se dejaba a los conductores actuar libremente.

Sila salió del interior del carro, donde había viajado entre el equipaje de los veteranos, con su gorro no muy limpio y su vestimenta de ex militar facilitada por el ejército junto a los enseres del legionario liberado del servicio. Cotio se acercó a él con otros tres.

–Éstos son los que te ayudarán, además de mí, esta noche.

Sila constató con satisfacción que tenían el aspecto de militares que acaban de presentarse voluntarios para una misión nocturna. «Los soldados son todos iguales -pensó el galo-. Afirman estar hartos del peligro, del ejército y de obedecer, pero, en cuanto oyen el sonido de la trompeta, se disponen a partir sin ni siquiera saber adónde.»

–Ahora entraremos los cinco en la Ciudad -ordenó-. Los demás, con el carro, entrarán cuando se dé la señal y se dirigirán al hostal de Las Dos Alondras del que antes te hablé. Conducirán el carro hasta el patio sin vacilar. Le dirán al posadero, que se llama Sostias, que actúan siguiendo instrucciones de Sila y le pedirán que les deje instalarse en el establo hasta mañana. Sostias aceptará, y mañana por la mañana enviaré a alguien en su busca para que los acompañe a mi casa.

Sila, con un hatillo al hombro similar a los que llevaban Cotio y sus compañeros atado al extremo de un palo, cruzó la puerta Apia entre ellos. Ninguno conocía Roma. Asombrados por el espectáculo que presenciaban, permanecían en silencio. Sila los llevó hasta el estudio del notario donde había tenido lugar la apertura del testamento de Menesio y luego, de una callejuela a otra, hasta aquella donde se encontraba el establecimiento del peluquero Certio, hijo de Libio. Condujo a sus hombres al jardín situado

detrás del edificio, seguido por una de las jóvenes que tenían encomendada la tarea de esperar a los clientes a la entrada.

–¡No podéis entrar aquí! – protestaba, mirando con repugnancia las toscas ropas y los hatillos-. ¡Es un jardín privado!

Sila se volvió hacia ella.

–¿Está Certio, tu amo? – preguntó en tono severo-. Dile que el galo más famoso de Roma quiere verle, deja a mis hombres en paz y contén tu lengua.

–¡Ah, señor Sila! – balbuceó la muchacha-. Está arriba, seguidme… Sila subió la escalera tras aquellas bonitas piernas y, siguiendo el procedimiento habitual, fue introducido en uno de los saloncitos, donde Certio entró unos minutos más tarde.

–¡Eh, Sila! – exclamó éste, al ver el aspecto del galo-. Esta vez os habéis disfrazado sin mi ayuda…

–Sí, pero es preciso lograr algo mejor esta noche sin falta. ¿Puedes darme el aspecto de un hombre de sesenta años que corre tras los muchachos para…? Certio se echó a reír.

–¿Un viejo mariquita, maquillado, con muchos anillos y el pelo teñido?

–Exacto.

–Eso está tirado -repuso el peluquero-. Os pondré un trasero postizo y sandalias adornadas con aros tintineantes. Se trata de una caricatura.

–Necesito algo más.

–Ya sabéis que estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para ayudaros.

–Te lo agradezco. En primer lugar, una silla de porteadores decorada con

mal gusto, para que esté a tono con el personaje.

–Ahora mismo enviaré a alguien a una casa de alquiler. ¿Con porteadores?

–No -respondió Sila-. Ya tengo. Esperan en el jardín.

–Comprendo -dijo Certio con una sonrisa-. ¿Y qué más? Sila bajó el tono de voz.

–Veneno. Necesito un veneno que actúe con rapidez.

Certio guardó silencio. Había empezado a peinar los cabellos de Sila, pensando en la peluca que escogería de su colección, única en Roma, y se detuvo, con el peine en alto, para buscar la mirada del galo en el espejo situado frente a ellos. Sila sostuvo su mirada.

–¿Lo ves imposible? – preguntó el heredero de Menesio.

–No -respondió el peluquero, tras unos instantes de vacilación.

–¿Puedes conseguirlo enseguida, como la silla de porteadores?

–Puedo hacerlo, pero es mucho más caro que una silla de porteadores.

–Me lo imagino… Pero la venganza no tiene precio. Sabes que estoy totalmente decidido a hacer cualquier cosa para castigar a los culpables de la muerte de Menesio… Por consiguiente, pagaré lo que sea necesario.

Certio había empezado a peinar de nuevo a su cliente, observando su rostro en el espejo.

–Señor -dijo-, no necesito explicaciones. Me habéis pedido algo y yo os lo proporcionaré. – Se produjo un silencio, tras el cual el peluquero añadió-: He comprendido qué clase de hombre sois y sé que no haréis mal uso de lo que me pedís…

En casa del leno

Sila ordenó a los porteadores que detuvieran la silla en la esquina de una calle y Cotio se acercó a la portezuela. Éste y sus tres compañeros iban vestidos con una libreas malva bastante ridículas, elegidas por Certio de entre su variado vestuario y procedentes de una obra de teatro cómica, cuyo personaje principal era un nuevo rico que alardeaba de su fortuna.

–¿Ves, al final de la calle, un establecimiento muy iluminado con dos luces rojas en el piso? – preguntó Sila-. Allí es donde está el leno Ictios. Ve a examinar la casa, comprueba si tiene patio trasero e intenta averiguar dónde se encuentra el propio Ictios en este momento. Di que tu amo, Vestinio, al que le apasionan los jovencitos, quiere verle, y que tú te has adelantado para anunciar su visita.

Cotio se dirigió a la casa. La silla fue situada junto a la pared, en la oscuridad. Sila, con su disfraz equívoco, permanecía sentado en el interior. Los dos porteadores descansaban con la espalda apoyada en la pared, y el tercer hombre, que representaba el papel de porteador de repuesto y lacayo, llevaba en la mano una porra similar a la de Cotio, siguiendo la costumbre de los esclavos que acompañan a sus amos por las calles de Roma para poder defenderlos contra los posibles rateros y granujas que pueblan la, Ciudad por la noche.

Transcurridos diez minutos, Sila vio salir del establecimiento de Ictios la silueta del veterano, acompañado de lo que parecía un muchacho. En efecto, era un jovencito muy emperifollado, de negros y rizados cabellos y con los ojos pintados. Ambos avanzaron hacia la silla. Cotio le dijo al joven que esperase un poco apartado y se acercó a la portezuela.

–Hay un callejón muy estrecho al que dan las dos ventanas del primer piso -dijo-. No hay ni patio ni jardín traseros. He tomado al chiquillo para toda la noche a fin de que puedas interrogarlo.

El veterano se apartó y Sila hizo un gesto con la mano en dirección al jovencito. Éste avanzó hasta la portezuela.

–¡Oh, encantador muchacho! dijo el galo, en tono zalamero-. Ven a sentarte a mi lado, preciosidad…

Los ojos de la pequeña víctima reflejaron por un instante el escaso entusiasmo que experimentaba ante la visión del vejestorio agazapado al acecho en su silla. Luego sonrió con valentía.

–¡Hermosos dientes! – exclamó Sila con una voz ridícula, asiendo la mano del efebo para ponerla sobre uno de sus muslos. Cotio había cerrado la portezuela y se mantenía alejado-. Dime, pequeño, ¿cuánto te da Ictios cuando vas a pasar la noche con alguien?

–Me da tres ases.

–¡No puede decirse que sea mucho!

El chiquillo protestó, defendiendo lo que tenía y a quien, en cualquier caso, lo protegía de la miseria en la calle.

–Sí, pero estoy alimentado y vestido -explicó.

–Eso es cierto -admitió Sila-. Pero ¿está bueno lo que os dan de comer?

El jovencito se echó a reír.

–¡No siempre! En fin, algunas veces lo está.

–¿Y cómo se porta Ictios contigo y con los demás?

El muchacho miró con curiosidad al anciano pederasta que le sometía a aquel interrogatorio.

–¿Por qué me preguntáis todo eso? ¿Estáis con los vigilantes?

–No, en absoluto -respondió Sila-. Me intereso por ti porque me gustas. ¡Es normal! Entonces, ¿Ictios es amable contigo?

–He sido azotado tres veces, eso es todo.

–¿Y por qué?

El chiquillo negó con la cabeza y Sila no insistió.

–Oye -prosiguió el galo-. Te daré cincuenta sestercios como regalo por esta noche. ¿Estás contento?

–Claro -contestó el muchacho, sobreponiéndose a su inquietud. ¿Qué iría a pedirle aquel vejestorio a cambio de semejante suma?

–Dime qué hace Ictios en este momento.

–Está arriba. Tiene una habitación en el piso de arriba para recibir a la gente y dormir.

–¿Os hace subir allí para acostaros con él?

–No muy a menudo -respondió el chiquillo-. Hay una mujer, y él vive en otra calle, cerca de aquí. Abajo están los dos que se ocupan de nosotros y que reciben a los clientes.

Sila se había metido la mano en el bolsillo y había sacado varias monedas de diez sestercios. Contó cinco.

–¿Debes quedarte toda la noche conmigo?

–Sí, pero tengo que estar de vuelta mañana a las once. Es lo establecido…

–Y si ahora dejo que te vayas a donde quieras, ¿tienes algún sitio donde pasar la noche sin regresar a casa de Ictios?

El jovencito abrió los ojos con asombro, mirando las monedas en la mano de Sila.

–¿No…, no queréis que me quede?

Sila notó que al desdichado le preocupaba no gustar y consideró las consecuencias que podrían derivarse de ello.

–Esta noche, no.

Los dedos del muchacho se deslizaron hasta el sexo de Sila, buscando la piel desnuda bajo las ropas.

–Puedo chupárosla ahora -dijo a media voz, y abrió un poco la boca, mostrando la lengua.

–Eres muy amable y estoy seguro de que lo haces muy bien -repuso Sila-, pero tengo cosas que hacer. Vendré a buscarte otro día.

–Si se enteran de que no he hecho nada con vos, me azotarán dijo.

–Si tú no lo dices, nadie lo sabrá -replicó Sila-. Pero, no me has contestado. ¿Tienes algún sitio donde pasar la noche?

–Tengo un amigo que trabaja en un restaurante. Sirve las mesas. Iré a ayudarle y después dormiré con él en su habitación.

–Eso es lo que harás -dijo Sila. Y, al darle el dinero, añadió-: Ve y, sobre todo, no le cuentes a nadie nada de todo esto.

Sila le hizo una seña a Cotio, que fue a abrir la portezuela de la silla, y el

chiquillo se alejó apretando el paso.

–Ve a comprar una cuerda larga a la calle por donde pasamos antes, la que estaba llena de tiendas. Cuando la tengas, la metes en la silla; después llevas la silla al callejón del que me hablaste y la sitúas debajo de las ventanas del piso superior. Yo subiré allí para ver a Ictios.

Cotio se alejó a su vez. Los porteadores agarraron los varales de la silla y la trasladaron a la entrada del establecimiento del leno. El veterano que hacía de lacayo con la porra abrió la portezuela de la silla, se inclinó ceremoniosamente y ayudó al viejo pederasta, que salió de allí apoyándose en un bastón multicolor.

El establecimiento de Ictios, abierto de par en par, estaba amueblado con largos bancos de madera labrada, adornados con cojines sobre los que se hallaban sentados una docena larga de jovencitos repeinados, con el rostro maquillado y ropas de estilos y colores diferentes. Una escalera encerada conducía, efectivamente, al piso superior.

Dos hombres de unos treinta años, aquellos a los que se había referido antes el muchacho, pastores rechonchos y afeminados del rebaño de jóvenes invertidos, esperaban a los clientes sentados en unos taburetes.

Uno de ellos se levantó al ver al rico pederasta que les había sido anunciado por Cotio e hizo unas reverencias.

–Entrad, señor, entrad. Venid a sentaros con nosotros para conocer a nuestros amables muchachos…

–¡Ah, todo esto es encantador! – dijo Sila con una sonrisa que formaba pliegues en su maquillaje-. ¡Por todos los dioses! ¡Qué juventud y qué frescor!

Había llegado al centro de la estancia y acariciaba el brazo de un efebo que andaría por los catorce años. Luego se volvió hacia el encargado.

–¿Os han dicho que quería ver a Ictios en persona?

–Sí, señor -se apresuró a responder el hombre rechoncho-. Ahora mismo voy arriba a buscarlo…

–¡Por favor, no le hagas bajar! – repuso Sila-. Tengo que pedirle algo especial y prefiero verle a solas. Indícame el camino…

–Seguidme, señor Vestinio. Hemos anunciado vuestra llegada en cuanto el esclavo nos ha dicho que vendríais a visitarnos.

Sila subió detrás del encargado, que llamó a una puerta al llegar al rellano. La voz de Ictios dio permiso para entrar y él anunció al señor Vestinio. – ¡Entra, Vestinio, entra! – dijo el leno, levantándose con deferencia. Grecia era una reserva inagotable de niños de ambos sexos que eran vendidos a Roma para dedicarlos a la prostitución, de manera que los leno griegos se llevaban la palma en la profesión.

–¿Qué puedo hacer para complacerte? – preguntó en cuanto su visitante se hubo sentado en una de las dos sillas curules situadas ante su escritorio-. ¿Has visto a nuestros jóvenes abajo? ¿No hay entre ellos ninguno que te guste? Si buscas algo o a alguien especial, puedo encontrártelo rápidamente…

–Lo que me trae aquí es un tanto especial, en efecto -dijo Sila. – ¡Todo se puede encontrar! – exclamó el leno en tono decidido-. Roma es la ciudad de todos los placeres. ¡Demos gracias a Eros y a Afrodita por ello! – Verás -comenzó Sila-, tengo dos grandes perros que están adiestrados para hacer el amor con niños…

Ictios sonrió con aire experto.

–Entiendo, Vestinio, entiendo… Buscas jovencitos que puedan…

–¡Y también chiquillas! Unos y otras tendrían que ser muy jóvenes: no más de diez años. Eso es lo que quiero. Debo ofrecerle una velada a un amigo al

que le interesan esas cosas…

–¿Y cuántos niños necesitarías?

–Creo que media docena estaría bien… ¿Me costará muy caro?

–Comprende, Vestinio, que se trata de algo efectivamente un poco especial. Los niños deben ser seleccionados para que se comporten como es debido. Además, están esas nuevas leyes que intentan reprimir los malos tratos a los esclavos. Ha habido casos en los que la ley ha sido interpretada de determinada forma por jueces de mente retorcida, y algunos leno han sido condenados a pagar una multa. Así pues, será preciso ser discreto y contar con una suma bastante considerable.

–El amigo al que deseo ofrecerle ese espectáculo posee una gran fortuna, pero yo no… Sin embargo, estoy decidido a complacerle. Seguro que has oído hablar de él. Se trata del patricio Menesio, el armador, el candidato al tribunado…

Los ojos del leno expresaron primero estupor y luego miedo. Sila, que hasta ese momento había fingido unos modales y una voz apropiados para su disfraz de invertido, acababa de cambiar de tono.

–Pero… -dijo Ictios, totalmente desconcertado-, ¡Menesio ha muerto! ¿No ha sido…?

–Sí -le interrumpió Sila-, envenenado.

Sila acababa de sacar un puñal de debajo de sus ridículos ropajes e Ictios se disponía a levantarse.

–¡Quédate sentado! – ordenó el galo-. Tengo varios hombres abajo y nadie podrá subir a defenderte. Si llamas o gritas, te mato de inmediato. El griego veía la hoja brillante y afilada que apuntaba hacia él. Con las piernas temblorosas, se sentó de nuevo en el taburete.

–Pero, ¡por los dioses todopoderosos! – exclamó-. ¿Qué tengo yo que ver con la muerte de Menesio?

–Mucho -respondió Sila-, puesto que fuiste tú quien facilitó el veneno.

–¿Yo? – exclamó el griego, agarrándose a la mentira como a una tabla de salvación-. ¡Eso es una locura! ¿Cómo y por qué desearía hacerle daño a un hombre al que ni siquiera conozco?

–Eso es lo que vas a decirme esta noche -repuso Sila.

–Pero, Vestinio, no podré decirte nada, ya que ignoro todo…

–¡No me llamo Vestinio! Soy Sila, el amigo y el heredero de Menesio.

–¡Sila! – repitió Ictios, cuya frente estaba empapada de sudor.

–Sí, si me quito la peluca. Sila, ex oficial de información en la misma legión que Menesio, en Panonia y en muchos otros sitios. Sila el galo, al que intentaste hacer asesinar en el hostal situado frente al palacio de Menesio.

–¡Has perdido la razón! ¿Cómo habría podido hacer yo una cosa semejante?

–Por mediación de los hombres a los que enviaste allí. – Sila acercó el puñal-. El hombre que maté aquella noche, con esta misma hoja, no regresó con los otros para contarte lo que había sucedido, ¿verdad? Pues debes saber que, antes de atravesarle el pecho, le obligué a decirme el nombre de quien le había enviado. Y me respondió: el leno Ictios. ¿Mentía?

Ictios estaba lívido.

–Eso es una calumnia -dijo sin convicción. Al ver que Sila permanecía impasible, preguntó-: ¿Qué vas a hacer ahora? Como puedes imaginar, no soy yo quien da la orden de matar aquí, en Roma. Yo debo obedecer, ¡no tengo elección! Podemos llegar a un acuerdo… Puedo explicarte lo que

ocurrió…

–Eso es lo que vas a hacer, efectivamente, pero no aquí. Te llevaré al palacio de Menesio.

En los ojos de Ictios apareció un brillo de satisfacción, como si recobrara la esperanza ante la idea de que un largo trayecto por la Ciudad a la hora de la animación nocturna podía ofrecerle la posibilidad de pedir ayuda o de huir.

Sila se acercó al leno sin soltar el puñal, arrancó una tira de tela de su traje y se la metió en la boca.

–Ahora, vuélvete y ve hasta la ventana, ábrela y mira lo que hay abajo. El griego obedeció. Vio la silla de porteadores que ocupaba casi todo el ancho del callejón y a los dos hombres que permanecían a su lado. Debía de haber otros a la entrada o dentro del establecimiento, impidiendo que se entrara o saliera de allí. El puñal de Sila estaba apoyado en sus costillas…

Uno de los lacayos de abajo, que era Cotio, lanzó una cuerda enrollada hacia la ventana. Sila la atrapó al vuelo y cortó un trozo con su puñal para atarle las manos a la espalda al griego. Luego pasó uno de los extremos de la cuerda bajo las axilas de su prisionero, le ordenó que se sentará a caballo en el alféizar y lo hizo bajar con ayuda de la cuerda. Cotio lo agarró y lo metió en la silla, donde le ató los pies. Cerró la portezuela y corrió las cortinas que permitían al ocupante del vehículo aislarse de las miradas de los curiosos.

Sila salió de la estancia y bajó la escalera.

Sila caminó delante de la silla conducida por Cotio hasta que el cortejo llegó a un cruce donde esperaban sillas de alquiler con sus porteadores. El galo se instaló con decisión en una de ellas y ordenó que le llevaran al hostal de Las Dos Alondras, junto al palacio Menesio.

Los porteadores se pusieron en marcha y la comitiva de Cotio, en librea de color malva, aminoró el paso para mantenerse detrás de la silla de Sila, que

le indicaba el camino.

Al llegar ante el hostal de Sostias, Sila bajó del vehículo y pagó generosamente a los porteadores, tras haber palpado los músculos de sus brazos y haberlos elogiado efusivamente con la voz de invertido adecuada a su disfraz. Luego esperó a que se hubieran alejado para indicarle a Cotio, que esperaba con su silla un poco más allá, que se dirigiese hacia el imponente porche del palacio Menesio que se veía al fondo de la plaza. Cotio y los demás se quedaron un tanto sorprendidos de que los enviara a un edificio semejante, sin sospechar que aquélla pudiera ser la casa en la Ciudad de la que les había hablado el ex oficial. Sila se acercó a los dos guardias que permanecían ante la puerta pequeña. Se había quitado la peluca mientras avanzaba por la oscura plaza y se estaba limpiando la cara de maquillaje con ayuda del pañuelo que siempre llevaba en el bolsillo, con sus bastoncillos de viburno.

Los guardias lo reconocieron por el tono imperativo de su voz y abrieron la puerta. Sila esperó que la silla pintada y los lacayos vestidos de malva la hubieran franqueado para entrar a su vez. El cortejo se encontró al principio del largo paseo de cipreses que conducía a los viveros, si uno se desviaba hacia la izquierda, al gran atrio del palacio cuando se avanzaba por él y, por último, al pórtico y el pequeño pabellón donde el señor de la casa había perecido, si se seguía hasta el final del paseo.

Cotio estaba junto a Sila.

–Esto no es… ¿Es tu casa? – preguntó. Sala lo miró, sonriendo.

–Era la de Menesio, y aquí es donde lo envenenaron. Cotio meneó la cabeza.

–¿Hay muchos esclavos en la propiedad?

–Unos ciento treinta -respondió Sila.

–Comprendo por qué decías a mediodía que había sitio para guardar el

carro…

Cotio se quedó pensativo e intercambiaba miradas con los otros veteranos mientras Sila interrogaba a uno de los hombres de la guardia.

–¡Dime! ¿Dónde está Sirio, el soldado al que el otro día ordené que azotaran?

–Está en los cuarteles, señor. El cirujano dice que debe permanecer acostado.

–Ve a buscarlo, haz que se levante y tráelo aquí inmediatamente.

El guardia se alejó corriendo. Unos minutos después reapareció acompañado del otro soldado, que caminaba con dificultad, pero que s: irguió para mostrar aplomo al aproximarse a Sila.

–Déjanos -le ordenó Sila al guardia que lo acompañaba-. Quedaos cerca del porche de entrada y no permitáis que nadie vaya por el paseo hasta que yo dé una nueva orden al respecto.

El guardia se alejó hacia la poterna.

–¿Estás dispuesto a reincorporarte al servicio esta noche? – le preguntó el ex oficial al soldado que había sido duramente castigado por orden de él. – Estoy a tus órdenes.

–Ayer hice que les llevaran dinero a tu mujer y tus hijos. ¿Te has enterado? – No, Sila, no he salido del palacio…

El hombre se precipitó hacia Sila para besarle la mano. Éste le dejó hacer y luego le indicó que se apartara.

–Sé que soportaste los golpes con mucha paciencia. Por eso he querido recompensarte mediante una gratificación, como es costumbre en el ejército cuando un soldado demuestra valor… Ahora, ¡escucha! Ahí dentro -

prosiguió, señalando la silla de porteadores- está uno de los que participaron en el envenenamiento de tu señor, Menesio. Vendrás con nosotros por este paseo hasta la entrada de los viveros, te apostarás allí y no dejarás entrar a nadie pase lo que pase. ¡Y esta vez vigila bien! Lo que veas y oigas, te lo guardarás para ti. En recuerdo de Menesio. ¿Entendido?

El guardia asintió con la cabeza y Sila se volvió para indicarle a Cotio y los demás que lo siguieran. Todos se pusieron en marcha hacia la entrada de los viveros.

Los senderos y los estanques estaban desiertos a la luz de la luna. La silla apareció en lo alto de los escalones que permitían ir de un estanque a otro, siguiendo la pendiente del terreno: los que contenían peces de agua dulce, los que albergaban peces marinos y aquellos por donde reptaban crustáceos. Los veteranos contemplaban aquel opulento espectáculo sin decir palabra, experimentando sin duda los mismos sentimientos que Sila cuando éste llegó al mismo lugar la noche fatal.

Sila se acercó a la silla, junto a la cual permanecía Cotio, y dijo en voz lo bastante alta para que le oyera el leno Ictios:

–Bajad hasta que encontréis el estanque donde están las morenas y deteneos allí.

Cotio miró al ex oficial a los ojos, hizo una especie de mueca que tenía la vaga apariencia de una sonrisa y repitió la orden, como se hace en las legiones durante una campaña.

–¡Bajamos hasta el estanque de las morenas y detenemos la silla allí!

La silla se puso en movimiento. Cotio, que la precedía, examinaba los estanques uno tras otro. Sila, desde lo alto, vio que les hacía una seña con la mano a los porteadores, y éstos depositaron su fardo en el lugar indicado. Sila descendió a su vez. La silueta de Sirio, de espaldas, montaba guardia en la linde del paseo. El galo abrió la portezuela ante la mirada de los silenciosos veteranos y le ordenó a Cotio que le desatara los pies al

prisionero y le hiciera salir de la silla.

A la luz de la luna, el rostro de Ictios se veía lívido. Estaba aterrorizado. Se puso de espaldas al estanque para no ver lo que había dentro.

–Sila -balbució, en cuanto le quitaron la mordaza-, no puedes hacer una cosa tan horrible, tú, un oficial, un soldado…

Los cuatro veteranos, por su parte, observaban los movimientos de las morenas en el agua, sus lomos relucientes que de vez en cuando afloraban a la superficie, sus largos cuerpos que pasaban una y otra vez, ondeantes.

A Ictios empezaron a castañetearle los dientes. Tenía el rostro bañado en lágrimas.

–¿Cómo? – preguntó con asombro el galo-. Quisiste la muerte de Menesio, y la mía, mientras estabas a resguardo en tu establecimiento rodeado de tus jovencitos, ¡y ahora no quieres morir!

–No de esta forma, no de esta forma, Sila, te lo suplico…

El leno se arrodilló y se acercó arrastrándose al heredero de Menesio. Los veteranos miraban, impasibles, el espectáculo que sus ojos habían visto a menudo: un hombre que perdía la compostura ante sus propia muerte…

–¡Te lo suplico, Sila! – gimió Ictios, que besaba los pies del galo, mojándolos con sus lágrimas-. ¡Mátame con tu puñal! ¡Las morenas no, las morenas no!

Sila se inclinó, agarró al leno por el cuello de la túnica y le obligó a ponerse en pie. Luego lo asió por los brazos, le hizo volverse y lo condujo a la fuerza hasta el borde del estanque.

–¡No! – gritó el desdichado-. ¡No!

–Mira -le ordenó el galo-. Tienen hambre…

Algunas morenas medían casi tres metros de largo. Se deslizaban entre las demás tranquilamente, seguras de su fuerza. Los pescadores de Menesio debían de haber dedicado meses enteros a descubrir y capturar semejantes monstruos. Ahora todas estaban junto al borde, esperando algún alimento. Al pasar, sus ojos redondos lanzaban una mirada muerta a aquellas siluetas humanas que se alzaban a contraluz bajo el resplandor de la luna.

Ictios las miró y los dientes empezaron a castañetearle otra vez. Sila tiró bruscamente de su prisionero hacia atrás y le hizo volverse de nuevo para encontrarse cara a cara con él.

–Con esto basta -dijo-. Voy a hacer un trato contigo.

–Sí -contestó, jadeante, el leno-. Haré lo que quieras. ¡Pero no aquí! ¡Te lo ruego! ¡Vayamos a otro lado! ¡Alejémonos de aquí!

–¡Como quieras! ¡Pero hablarás!

Se alejaron del estanque de las morenas. Sila empujaba a su prisionero y, al llegar junto a un vivero donde nadaban peces más apacibles, se detuvo y ordenó:

–¡Cotio! Saca lo que hay en el cajón situado bajo el asiento de la silla y tráelo.

El veterano obedeció y regresó con un cofrecillo de madera barnizada.

–¡Ábrelo! – dijo Sila.

Cotio sacó del cofrecillo un frasco de cristal grueso con un tapón labrado y un vaso de plata. El cofrecillo había sido hecho a medida de los objetos, que quedaban encajados en sendos huecos practicados en el forro interior del receptáculo.

Sila cogió el frasco para mostrárselo al griego.

–Aquí dentro hay un veneno similar al que hiciste que le administraran a Menesio. Vas a decirme todo lo que sabes de la forma en que fue organizado dicho crimen y quién lo decidió. Si tu relato me satisface, verteré el veneno en el vaso, te lo beberás delante de nosotros y morirás al cabo de unos instantes. Si no dices todo lo que sabes, te arrojaré a las morenas después de haberte desatado las manos para que puedas luchar y tu muerte se prolongue.

–Te lo diré todo -dijo el griego con un hilo de voz.

–Recuerda que intentaste matarme de forma traicionera, a cuchilladas, utilizando a unos hombres abyectos a los que enviaste al hostal -insistió Sila-. Yo, por el contrario, te ofrezco la muerte de Sócrates. Y, en cualquier caso, la del patricio Menesio… ¡Habla! ¿De quién recibes las órdenes?

–En Pompeya hay un hombre que se ocupa de muchas cosas y que tiene escuelas de gladiadores. Su nombre es Palfurnio. Es también un notable falsificador, y como falsificador empezó. Imita escrituras, sellos, documentos… Él es quien me transmite las órdenes y de quien recibo el dinero…

–¡No intentes engañarme, Ictios! – le amenazó Sila-. ¿De quién recibe él las órdenes? ¿Qué arriesgas para querer ocultar el nombre de aquel que es la causa de tu propia muerte?

–No intento engañarte. Lo único que sé es que Palfurnio está protegido por Lacertio, y ello debe bastarte. Busca tú mismo quién cuenta a Lacertio entre sus amigos en el entorno del trono de César… Yo ignoro lo que ocurre en el palacio imperial. Ya te lo he dicho. Me limito a ejecutar las órdenes que recibo… -¿Y por qué tú, el leno Ictios, cumples esas órdenes?

–En otros tiempos hice que se prostituyeran niños de condición libre a los que había declarado como esclavos. El peso de la ley cayó sobre mí, y habría sido condenado a las minas si no hubiera aceptado la ayuda de Palfurnio y sus amigos, que me evitaron la infamia…

Sila meneó la cabeza.

–Pero caíste en la infamia que constituye el envenenamiento de un hombre íntegro llamado Menesio, que tenía en su propiedad un vivero donde hay morenas… Dime ahora cómo organizaste ese asesinato. ¿Con Metalla quizá?

–Nunca hice ningún trato con Metalla -negó el griego.

–Entonces, ¿quién introdujo en esta casa el veneno que conseguiste? ¿Y quién lo envió?

–El intendente principal de Menesio, Patrobio, le había robado mucho a su señor. Yo lo sabía. Le proporcionaba muchachos. Él temía que descubrieran sus malversaciones. Habría ido a galeras. Yo le convencí para que actuara…

–¿Vertió el veneno él en persona?

–No. Era más hábil. Sabía todo lo que sucedía alrededor de Menesio. Sabía que la pequeña esclava que tocaba el tamboril estaba enamorada de él. Su señor se acostaba a veces con ella. La pequeña se había hecho ilusiones; deseaba que Menesio la liberara de su condición y así poder desempeñar un papel junto a él. El intendente fomentó estas fantasías y yo le envié a una mujer que dice la buenaventura y hace magia. Esa mujer le contó a la esclava que un hombre poderosísimo se enamoraría de ella y la convertiría en una auténtica princesa. No le costó convencerla para que vertiera un filtro de amor en la bebida de Menesio… Le dijo que, si él bebía y ella hacía lo propio inmediatamente después, él la desearía siempre: y permanecería toda la vida junto a ella. El filtro que le dio era el veneno que yo le había facilitado a Patrobio. La pequeña lo vertió en el vino que estaba al fresco para Menesio. El veneno contenía también un soporífero, de manera que Menesio se durmió para morir. Ella bebió a continuación… Y si otros también bebieron, murieron del mismo modo. Tal habría sido la suerte de Metalla si no se hubiera abstenido…

–Y tu amigo Patrobio, ¿dónde está ahora?

–Huyó al enterarse de que tú eras el heredero de Menesio. Quizás haya ido a casa de Palfurnio, en Pompeya, para después embarcar y alejarse de Italia…

–¿Y Porfiria? – preguntó el galo-. ¿Está implicada en todo esto?

–El intendente se acostaba con ella. La informaba de lo que hacía Menesio y es posible que ella estuviera al corriente del asunto. Tal vez confiaba en que Menesio no hubiera hecho un nuevo testamento, y así podría heredar, ya que el divorcio aún no era firme… Pero de eso no sé nada. – El rostro de Ictios brillaba de sudor a la luz de la luna-. ¿Estás satisfecho? – preguntó con voz descompuesta-. Ahora dame el veneno y acabemos…

–No, eso no es todo. Aparte de los que has nombrado, seguro que hay más individuos mezclados en los asuntos criminales de Lacertio. ¡No me digas que no los conoces!

–No muchos -protestó el leno-. Yo sólo conozco a un hombre llamado Mnéster, con quien tuve tratos en varias ocasiones. Es el encargado en Roma de los fondos que Palfurnio le envía para pagar todos los gastos. De este modo, Palfurnio no se implica personalmente en los pagos. Fue él quien me dio el dinero para el veneno.

–¿Dónde se puede localizar a ese tal Mnéster?

–Es un jugador. Hay que ir a un figón situado en la vía Vulpia, en cuyo patio hay un garito. Allí se le puede encontrar preguntando por él. Va a menudo, y vive muy cerca de dicho lugar.

–¿Y qué más? – preguntó Sila.

–Te juro por los dioses que no sé nada más…

El leno miraba con ojos implorantes el frasco que el ex oficial de; las

legiones tenía en las manos.

Sila se volvió hacia los veteranos, que habían escuchado la confesión del griego.

–Vosotros, escuchad -dijo-. Primero, que Cotio le desate las manos… Cotio sacó su puñal y cortó la cuerda que ataba los brazos del leno a su espalda. Ictios movió sus dedos doloridos y observó los gestos de Sila, temiendo que éste no mantuviera su promesa. ¿No había dicho el galo que le desataría los brazos para arrojarlo a las morenas?

Pero Sila había quitado el tapón del frasco y estaba vertiendo el líquido en el vaso de plata. Sosteniendo éste en una mano, declaró:

–El griego Ictios, que está ante nosotros, nos ha dicho cómo causó la muerte del patricio Menesio, que fue legado en las legiones XIII, IV y XI, y ha elegido matarse voluntariamente para evitar un castigo más infamante… Vosotros sois testigos de ello ante los dioses. ¿Es eso lo que has decidido? –añadió Sila, dirigiéndose a Ictios.

–Sí -contestó el leno con voz trémula-. ¡Dame!

La mano le temblaba al coger el vaso. Se lo acercó a los labios, pero el miedo se apoderó de él y lo apartó.

–Sila -imploró-, ¿no podrías perdonarme? Me marcharé de Roma inmediatamente y no regresaré jamás…

–¡No! – dijo el ex oficial-. Si hubiera. jueces dispuestos a castigar a los culpables de la muerte de Menesio, te halaría puesto en sus manos. Pero, de todas formas, habrías acabado en la arena… ¡Bebe! ¡Ten valor una vez en tu vida!

Ictios miró el vaso. Se lo acercó de nuevo a los labios, todavía vacilante.

–No…, no puedo -murmuró.

Sila sacó su puñal. Ictios vio la reluciente hoja y la expresión decidida pintada en el rostro del galo. De repente, ante la sorpresa de todos, arrojó el vaso a lo lejos y echó a correr por el paseo escalonado que se abría entre los estanques, gritando:

–¡Ayuda! ¡Ayuda!

Sus gritos hicieron aparecer en lo alto del paseo la silueta de Sirio, que estaba apostado allí, pero Sila, con un gesto tan rápido como la escapada de Ictios, había partido tras él y lanzaba el puñal, que silbó antes de clavarse en la espalda del fugitivo.

Éste se detuvo en seco y, emitiendo un grito ronco, se arqueó hacia atrás por efecto del dolor. Luego se tambaleó antes de girar sobre sí mismo para, finalmente, desplomarse en el borde de mármol del estanque más próximo y sumergirse en sus aguas. Era el estanque de las morenas.

El agua se agitó violentamente. Las piernas del griego reaparecieron en la superficie en un movimiento grotesco y, a continuación, su cabeza emergió unos instantes para lanzar un largo lamento de terror y dolor, inmediatamente ahogado en los remolinos.

Los veteranos permanecían inmóviles sin decir una palabra. Las morenas devoraban el cuerpo del leno en un silencio que sólo turbaba el murmullo del agua.

Sila tampoco de acercó al estanque, sino que regresó a donde estaban ellos. Todos se miraron, y en los ojos de los legionarios Sila vio temor y admiración. – He perdido un buen puñal -bromeó-. Habrá que vaciar ese estanque para recuperarlo…

Cotio tomó la palabra.

–Por lo que hemos oído, todavía te queda mucho que hacer en los próximos días -dijo-. Podríamos quedarnos un poco más de tiempo para ayudarte.

Llegaremos bastante pronto a nuestras tierras…

La Zorra y las Uvas

Vitelio, el tío de Patroclo, vivía en una casa señorial adornada con un pequeño jardín y situada en el regio' Transtiberina, es decir, al otro lado del Tíber, la zona que no era «chic». En otros tiempos, su padre y él mismo habían tenido, cerca del palacio imperial, una de esas moradas que se califica de suntuosas, donde se llevaba un gran tren de vida, pero la familia fue desplumada por Calígula, el cual, para llenar las arcas de un tesoro que vaciaba con sus excesos, saqueó en el transcurso de su reinado las fortunas de los patricios confiscando sus bienes con los pretextos más absurdos. Vitelio padre continuó enriqueciéndose mediante las transacciones comerciales que llevaba a cabo con gran fortuna, pero decidió evitar hacer alarde de su riqueza y partió a realizar sus negocios al extremo oriental del Imperio, y utilizando testaferros en Italia.

Con el advenimiento de Nerón, mientras que la simpatía y la admiración de la mayor parte de Roma se dirigían a aquel príncipe que parecía poseer todos los encantos, Vitelio, que en esa época tenía veintidós años, por consejo de su padre -consumido por la edad y retirado a Etruria para acoger la muerte con serenidad-, consideró que el poder acababa de caer de nuevo en manos peligrosas. Lo que se había evitado por los pelos durante los delirios de Calígula, podía golpear todavía más cruelmente a los hombres como él. Por ello, vendió lo que habría podido llamarse su palacio, pretextando dificultades financieras, y compró esta casa mucho menos vistosa, donde vivía cuando estaba en Roma. También él se esforzaba por pasar la mayor parte del tiempo lo más lejos posible de la Ciudad. De este modo había evitado la suerte de muchos, que perecieron durante los catorce años del reinado del hijo de Agripina, asesino de su propia madre y último del linaje de los César. Pasó asimismo sin dificultades el mal año que.

siguió, aquel en que reinó Galba, el cual, nada más acceder al trono, y pese a afirmar que descendía de Júpiter, puso todos los asuntos del Imperio en manos de tres hombres codiciosos, arrogantes y criminales: Titio Vinio, su lugarteniente cuando estuvo en España, Cornelio Laco, un oscuro asesor al que nombró prefecto del pretorio, y por último el liberto Icelo. A éste, Galba se atrevió a colocarlo en la cima de la Orden ecuestre, para gran escándalo de toda la aristocracia romana. Vitelio le pagó mucho dinero a Titio Vinio de las transacciones que realizaba en España, a fin de ganarse la condescendencia de un poder odioso y prevaricador que, afortunadamente, no duraría más de un año. Unos soldados indignados le cortaron la cabeza a Galba. El liberto de un hombre al que habían matado por orden del Emperador unos meses antes compró la cabeza por cien monedas de oro, la llevó al lugar donde su señor había sido injustamente ejecutado y dejó que se pudriera allí tras cubrirla de excrementos…

1. Distrito. La Ciudad estaba dividida en catorce.

Al acceder al poder Vespasiano, padre del actual emperador Tito y hombre que parecía querer comportarse como príncipe bonachón, preocupado por la vida de los ciudadanos del Imperio, Vitelio, como todos los demás, respiró aliviado, pero no por ello dejó de seguir aplicando las normas de prudencia que les habían.permitido, tanto a él como a su padre, sobrevivir a emperadores locos y sanguinarios. En consecuencia, permanecía minuciosamente al corriente de todo lo que se tramaba en palacio, pero se guardaba muy bien de participar en ello y viajaba mucho por cuestiones de negocios. Tal era la sabiduría del hombre de quien Mancinia se había convertido en sobrina por su matrimonio con Patroclo.

La joven llegó ante la casa en el pequeño carro tirado por dos caballos que conducía ella misma, mientras el cochero permanecía de pie a su espalda. Mancinia le confió las riendas y bajó. La puerta se abrió de inmediato, pues los esclavos porteros estaban siempre tras las verjas de madera observando a los que llegaban a la casa o pasaban por la calle. Una vez en el atrio se presentó ante ella la bella esclava Ocelina, que era la camarera principal de Cenis, la esposa de Vitelio, y Mancinia le preguntó dónde estaba su señor. La muchacha le respondió que el señor estaba en el jardín, leyendo bajo los

árboles, y le ofreció la mejilla, mendigando un beso que sabía que de todas formas Mancinia le daría. Ésta, que era mucho más alta que ella, se inclinó sobre su rostro y, tras lanzar una mirada en dirección a los dos esclavos encargados de vigilar el movimiento de la calle, le dio un largo beso en la boca, entrelazando la lengua con la suya y haciendo estremecer a la joven, de la que se despidió apretándole la mano con fuerza y diciéndole:

–Arréglatelas para venir a casa en cuanto puedas, por la mañana.

A continuación, Mancinia salió del atrio para dirigirse al jardín, donde vio a su tío Vitelio sentado en una banqueta con respaldo y rodeado de toda clase de rollos de pergamino y legajos de papiros colocados en una mesa baja o tirados por el suelo.

Vitelio alzó los ojos al oír el ruido de los pasos de Mancinia en la grava y le sonrió.

–Siéntate junto a mí, querida -dijo, dejando el rollo que tenía en la mano y colocando ésta sobre el muslo de la joven en cuanto ella estuvo a su lado-. ¡Por todos los dioses! ¡Qué hermosa eres! – declaró-. Cada día añade algo a tu esplendor. Si no fuera un hombre decidido a respetar las buenas costumbres, te haría la corte hasta que cedieras…

–¡Tío! ¡Ésas son palabras muy peligrosas! – exclamó Mancinia, riendo-. Sabes que te quiero mucho… No tendría valor para causarte tristeza.

–Pero no llegaremos hasta ese extremo -repuso él, sonriendo, a la vez que le cogía la mano a su sobrina en un gesto afectuoso-. No caeremos en la conducta licenciosa que reina por doquier en esta ciudad y que los viejos denuncian con vehemencia, como si no hubiera habido legiones de cornudos y de pederastas bajo la República. Cenis se sentiría ultrajada sise enterase de que entre tú y yo ha ocurrido algo semejante, y yo perdería la libertad que me concede para acostarme con todas las muchachas que me gustan, mientras sean esclavas y ella las haya más o menos empujado hacia mí…

–Pero, tío, ¡ella no lo sabría! – bromeó Mancinia.

–Hummm… -dijo Vitelio-. Esas cosas siempre acaban por saberse… ¡No me tientes! Yo soy como tú, no resisto mucho tiempo a la tentación. Además, ¡tú no me necesitas! Te deben de asediar por todas partes desde que has llegado… -¡No faltan candidatos, en efecto!

Vitelio adoptó un aire de experto.

–Incluso me he enterado de que dentro de unos días partes para Ostia y que allí se producirá en tu vida de mujer un acontecimiento digamos… ¡histórico! Suetonio se verá obligado a mencionarlo en su crónica…

Mancinia rió a carcajadas.

–¡Te has enterado de eso! Tratándose de ti, no me extraña. Precisamente porque te enteras de todo lo que ocurre en el palacio imperial es por lo que he venido a verte…

La joven miró a su alrededor como si quisiera asegurarse de que nadie podía oír sus palabras. Los vanos y las ventanas de la casa se encontraban lejos del lugar donde Vitelio se retiraba para leer, y los árboles que ocultaban los muros del jardín se elevaban lo suficiente para aislarlo de la casa vecina, de la que no se veía más que el tejado.

–¡Ajá! – dijo Vitelio-. Veo que en pocos días te has convertido en una auténtica romana, interesada por las intrigas y los rumores.

–Escucha, tío… ¿Sabes quién es Sila, nuestro vecino en la Galia del que Patrocio te ha hablado varias veces y que se ha convertido repentinamente en el heredero de Menesio?

–Desde luego, querida. El asunto del testamento de Menesio ha sido el tema de todas las conversaciones durante veinticuatro horas.

–Pero la cosa no ha acabado, tío… Anoche hablaron de él en palacio

delante de César y alguien afirmó que el testamento que lo declara heredero es una falsificación.

–No me sorprende -repuso tranquilamente Vitelio-. Vuestro amigo galo tendrá dificultades, puesto que Menesio las tuvo…

–El hombre que dijo eso estaba rodeado de otros que le hicieron coro. No sé su nombre, pero estoy segura de que tú lo conoces…

–¿Cómo era?

–Delgado, muy alto, con pelos en las orejas, el cabello corto y canoso y labios apretados…

–¿Lleva un grueso anillo?

–¡Sí, eso es! Un anillo con una piedra oscura.

–No puede ser sino Metio. Metio Pomposiano. Fue prefecto en Iliria y regresó para tratar de desempeñar un papel muy cerca del poder… -Vitelio bajó el tono de voz-. Está en el entorno de Domiciano…

–¿Te refieres al hermano de César?

–Por supuesto.

–En tu opinión, ¿por qué odia a Sila?

Vitelio miró a su sobrina con aire interrogador.

–Y tú, Mancinia -preguntó, cogiendo de nuevo la mano de la joven-, ¿por qué te interesas tanto por ese galo?

Antes de que Mancinia pudiera abrir la boca para responder, Vitelio, sonriendo, había levantado tres dedos ante los hermosos labios de su sobrina, como para hacerla callar.

–No vale la pena. Te ahorro esa confesión que, por lo demás, estás dispuesta a hacerme… ¿Sabes que el tono que has utilizado para preguntarme hace un momento por qué odiaban a Sila ya era esa confesión?

Mancinia ocultó el rostro entre sus manos.

–Sí, tío. Yo no sabía que ocurriría algo así. Patroclo, que le quiere mucho y que le tiene en gran estima, me arrojó en sus brazos en Vienna por las razones que conoces. Me acosté con él porque ya no podía más, pero ahora es distinto… Estoy enamorada.

–Muy, muy enamorada, ¿verdad?

Mancinia asintió dos veces con la cabeza. Vitelio vio lágrimas en sus ojos. Mancinia había sido una hermosa y pura muchacha a la que habían casado virgen con Patroclo, ese amante de jovencitos. Ahora, el amor se tomaba el desquite.

Fingiendo ignorar la emoción que había sorprendido en ella, Vitelio se echó a reír.

–¿Qué vas a hacer? ¿Cómo vas a decirle al hombre que amas que te vas a Ostia?

–No se lo he ocultado, y además le he dicho que lo hacía para protegerlo y defenderlo de sus enemigos…

Vitelio miró el jardín, los rosales, los palomos que buscaban algunos granos entre la salvia roja que los jardineros habían plantado la víspera al borde del sendero.

–Mira, Mancinia, sobrevivimos bajo Calígula y bajo Nerón porque me abstuve de mezclarme en las intrigas y evité en la medida de lo posible permanecer en Roma. También por ese motivo os envié a vosotros a la Galia, no porque Patroclo fuera insoportable y derrochón, como todos

pensaron… Por supuesto, desde Vespasiano y actualmente con Tito, que se comporta de forma humana, no tenemos nada que temer. Pero no me fío. Mañana puedo enterarme de la muerte inesperada de César…

–¡Sólo tiene cuarenta y tres años, tío! Vitelio hizo un gesto con la mano.

–Hay venenos, puñales… Por eso es preciso que continuemos, y tú la primera, haciendo lo que yo hago, es decir, no mezclarse en nada y hacer creer que se ignora todo…

–Pero, tío, ¿quién puede pensar en utilizar venenos o puñales contra Tito, que pone todo su empeño en no atraerse enemigos?

–Su hermano -respondió fríamente Vitelio. – Su… -vaciló la joven-. Pero ¡no es posible!

–¡Por supuesto que sí! Incluso es muy frecuente en tomo a un trono. Le mortifica no estar sentado él en ese trono y no piensa en otra cosa. Y tú, no entres en esos juegos, de ninguna manera…

–Pero ¿y Sila? Es tan noble… La amistad entre Menesio y él era algo tan hermoso…

–Hija mía, en un mundo donde alguien puede desear la destrucción de su hermano, la amistad está vencida por anticipado y no puede sino ser perseguida.

Mancinia permanecía en silencio, descubriendo un universo cuya existencia su despreocupación y su bondad no habían podido sospechar.

–¿Y por qué odian a Sila?

–Porque Menesio se oponía a Lacertío, que es un hombre de Domiciano y apuesta por el advenimiento de éste al poder, y porque ni uno ni otro pueden permitir que Sila intente averiguar quién mató a Menesio.

–¿Ellos lo saben?

Vitelio esbozó una especie de sonrisa.

–¡Por todos los dioses! – murmuró Mancinia, que esta vez había comprendido-. Perdóname, tío -añadió de inmediato-. He venido a turbar tu tranquilidad…

Su tío, que había decidido vivir al margen de las intrigas, veía que ella se metía de plano en ellas. Y tres días después estaría en la cama de Tito, cosa que era del dominio público en el palacio imperial…

Luego Mancinia pensó que a la mañana siguiente estaría en la de Sila, tal como habían acordado ambos la víspera, y ello le infundió un enorme valor, a la medida de su enorme deseo. A la mañana siguiente estaría en sus brazos y ya nada tendría importancia…

–Escucha -dijo Vitelio, que leía los pensamientos de la joven en su semblante-, voy a decirte algo que sin duda responderá a tu preocupación. Después, olvidarás que he sido yo quien te lo ha dicho, nunca volveremos a hablar de ello y no te preocuparás más por el asunto. ¿Te comprometes a hacerlo?

–Sí, tío, te lo prometo. Y te agradezco tu bondad…

–Hay un hombre llamado Mnéster que sin duda puede decirte cómo pereció Menesio y también qué peligros amenazan al galo, que se ha obcecado en vengar a su amigo. Ese tal Mnéster es, entre otras cosas, un jugador que se arruina con los dados. Anda escaso de dinero, y creo que si tú se lo proporcionas, y le proporcionas mucho, en la situación digamos… peligrosa en la que se encuentra, te informará. Por ejemplo, puede redactar una declaración a petición tuya, pues ha participado en el asunto. Debe abandonar Roma a toda costa y permanecer lejos durante mucho tiempo, y carece de medios para hacerlo porque ha perdido demasiado. Así pues, coge un bonito cesto como esos que las mujeres de buena posición llevan en su litera para guardar el maquillaje, la esencia y un pañuelo bordado. Mete en

él mucho dinero: veinte mil sestercios, por ejemplo, o incluso más. Ve a buscar a Mnéster; no le digas, evidentemente, quién te ha dicho su nombre, y hazle hablar a cambio del dinero que le permitirá salvar el pellejo huyendo a Berbería, Macedonia o más lejos aún…

–¿Cómo conoces la existencia de ese hombre y la situación en la que se encuentra? ¡Eres realmente extraordinario, tío!

Vitelio se encogió de hombros.

–Me dedico a los negocios. Manejo mucho dinero y dedico una parte de él a nuestra protección. Se me mantiene al corriente de muchas cosas… Busca un figón llamado La Zorra y las Uvas que se encuentra situado en la vía Vulpia, la cual da a la vía Aemilia. Pregúntale por Mnéster al encargado del figón. Seguramente está escondido. Si no se fía de ti, dale una o dos monedas de oro. A una mujer hermosa y al oro, nadie se resiste…

El gladiador tracio Ascletarión, un apuesto hombre rubio, delgado y musculoso de veinticinco años, había llegado a Roma tres días antes, enviado desde Pompeya por Palfurnio para asesinar a Mnéster. Las pérdidas en el juego de éste y el desorden en el que se obstinaba en vivir, a pesar de varias advertencias al respecto, lo convertían en una tabla podrida sobre la que una organización seria no podía apoyarse durante mucho tiempo.

Ascletarión había viajado de Pompeya a Roma con un grupo de gladiadores trasladados a la Ciudad para participar en los espectáculos realmente gigantescos que iba a ofrecer Tito César con motivo de la inauguración del Coliseo. Además de los diez mil sestercios que recibiría por su trabajo, se había acordado que quedaría dispensado de luchar durante tres meses, lo cual le proporcionaba la certeza de permanecer vivo durante ese lapso de tiempo y, en consecuencia, podría dedicarlo a gastar el dinero recibido comiendo y bebiendo en abundancia en compañía de prostitutas elegidas por él.

Ascletarión se había hospedado en casa de un vendedor de comidas preparadas para llevar que alquilaba cuartos minúsculos y de techo bajo en

el edificio que quedaba frente a su establecimiento y del que también era propietario. Más que de cuartos, se trataba de armarios, pero en Roma el espacio era escaso y caro, y a cambio de la especie de impuesto destinado a airear mejor o peor el del «armario» que él había elegido, el gladiador podía ver la fachada de la taberna utilizar la cabeza además de La Zorra y las Uvas, que Mnéster frecuentaba desde hacía años. El establecimiento tenía la entrada en esa misma calle, pero por detrás daba a un patio estrecho, cerrado por otro edificio cuya planta baja estaba constituida por una especie de cobertizo donde el patrón, llamado Specilus, guardaba todas sus reservas y albergaba a sus esclavos durante la noche. Desde allí se accedía al piso por una escalera. Al llegar uno se encontraba con una habitación bastante grande, amueblada con varias mesas, que era la sala de juego. El restaurante servía de tapadera a aquel garito cuyos beneficios no iban a parar a la administración municipal, sino a los bolsillos de personajes que controlaban varios establecimientos de ese tipo con el apoyo de funcionarios municipales corruptos.

Los clientes fingían ir a comer a la taberna y luego pasaban al patio interior. Tras subir la rudimentaria escalera entre los chismes de Specilus, arriba encontraban lo que habían ido a buscar.

Las mesas donde se jugaba fuerte estaban cubiertas por un tapete que caía sobre las rodillas de los jugadores, lo cual les permitía a unos jovencitos que esperaban en un banco a la entrada de la sala deslizarse por debajo para practicar felaciones a las personas que se hallaban ocupadas ganando o perdiendo. Por eso, de repente se veía a uno de los jugadores cambiar de semblante, crispar las manos sobre la mesa o lanzar gemidos, cosa que en ocasiones hacía reír a los demás cuando la partida se encontraba en un momento relajado. El jugador así satisfecho cogía una moneda de un as del montoncito que tenía ante sí y se la entregaba por debajo de la mesa a su joven benefactor, doblando o incluso triplicando la suma si el trabajo había sido bien realizado, o si la suerte de los dados le acababa de ser favorable.

La noche misma de su llegada a la ciudad, Ascletarión había ido a cenar a la taberna para observar las idas y venidas de la gente y la disposición del lugar. Todo daba a entender -y ya se lo había explicado Palfurnio al

gladiador antes de su partida- que si Mnéster se ocultaba en algún sitio, era con la complicidad de Specilus. Mnéster ya no tenía ni un as de crédito, pues les debía demasiado dinero a todos aquellos susceptibles de prestárselo. Su amante, Paolitia, una vieja prestamista que durante mucho tiempo estuvo encaprichada de él, le había dado con la puerta en las narices de forma definitiva después de que le sonsacara mil sestercios para pagar una deuda que Mnéster definía como particularmente apremiante y de enterarse tres días más tarde, por la costurera Licitina, de que en realidad se los había dado a una cortesana de dieciocho años llamada Calistia, cuya estrella estaba ascendiendo en Roma. Ella le había pedido esa suma por pasar una hora con él.

Ascletarión pensaba que, si Specilus escondía a Mnéster en algún lugar del barrio; también debía de alimentarlo enviándole cada día algo de sus cocinas. En la taberna había siete u ocho esclavos, muchachos y muchachas de entre doce y diecisiete años, que ayudaban a servir y les llevaban platos a los artesanos del vecindario acostumbrados a comer en su taller. Ascletarión era calculador. Había sobrevivido a muchos combates desde hacía cuatro años porque sabía utilizar la cabeza además de los músculos; y eso era lo que había impulsado a Palfurnio a confiarle esta misión. El gladiador imaginaba que, si Mnéster se escondía lejos del garito, la duración de la ausencia del esclavo encargado de llevarle la comida estaría en proporción y que, además, debían de enviar a éste allí en las horas en que el figón no estaba atestado de clientes.

Desde su puesto de observación, en el «armario», Ascletarión vigilaba las idas y venidas de los muchachos que se alejaban de la taberna con platos cubiertos con una tapa de mimbre, destinada a mantenerlos calientes y protegerlos del polvo de la calle. Había constatado que una bonita chiquilla de unos quince años salía todas las mañanas hacia las diez, con dos platos colocados uno sobre otro, y regresaba siempre al cabo de más o menos tres cuartos de hora.

A la hora de cenar, Ascletarión fue a la taberna y se sentó a una mesa con la intención de ver a la sirvienta de cerca. La sala estaba llena de gente que comía y bebía, y el gladiador empezó a dirigir miradas y sonrisas a la

pequeña cuando ésta pasaba entre las mesas con los platos. La chiquilla parecía prestarse al juego, aunque procurando que no la sorprendiera su amo. Éste -Ascletarión no tardó en percatarse de ello- mantenía una actitud especial hacia ella. Ascletarión dedujo que Specilus, ese barrigón de piel brillante y medio calvo, debía de obligarla a acostarse con él, y el interés que mostraba por ella confirmaba la hipótesis de que le confiaba esa misión de confianza que consistía en alimentar a Mnéster en secreto. El gladiador salió de la taberna después de haber logrado intercambiar unas palabras con la chiquilla de hermosos ojos, aprovechando una visita momentánea de Specilus a las cocinas.

A la mañana siguiente, antes de las diez, Ascletarión estaba en el establecimiento de comidas, dispuesto a seguir a la pequeña cuando ésta saliera de la taberna con los platos. La chiquilla salió, en efecto, y él se las compuso para que no lo viera cuando pasó por delante del establecimiento. Ascletarión también observó que Specilus, plantado en el umbral de la taberna, la miraba alejarse, sin duda para asegurarse de que no la seguía nadie.

La silueta de la joven esclava se confundió entre la multitud, pero Specilus continuaba observando. Por fin, se presentó un grupo de tres clientes y no tuvo más remedio que atenderlos. Ascletarión aprovechó la ocasión para salir a la calle. Localizó a la chiquilla, con su vestido de lana marrón y llevando los dos platos, en el momento en que ésta llegaba al cruce de la vía Vulpia con la vía Ambrosinia, por la cual giró. Ascletarión la siguió, pero cruzó a la otra acera a fin de adelantarla y luego dirigirse hacia ella de frente. Entonces fingió hacerse el encontradizo.

–¡Vaya! ¡Pero si es la preciosa niña de la taberna! – exclamó. Ella le sonrió, encantada.

–¡Qué suerte la mía! Te he encontrado sin que se entere tu patrón. ¿Adónde vas?

–A llevarle la comida a una persona.

–Te acompañaré un rato -dijo el gladiador alegremente-. Estoy muy contento de poder hablar contigo. El gordo te vigila, ¿eh?

La pequeña asintió con una mueca de contrariedad.

–¿Se acuesta contigo?

Ella le miró con la misma expresión.

–En fin, en la vida no se puede hacer lo que uno quiere… -constató el gladiador-. En cualquier caso, me gustaría mucho estar en su lugar.

La pequeña alzó la cabeza para mirar a su conquista a los ojos a fin de que él también supiera lo que ella pensaba, en el poco tiempo que tendrían para estar juntos en la calle. Su mirada decía que lo encontraba guapo, con sus largos cabellos rubios y sus piernas increíblemente musculosas -gracias a los ejercicios practicados en la arena- que su túnica corta dejaba al descubierto, y declaró con calma:

–No será fácil. Sólo me deja salir para trabajar.

Aprovechando su ventaja, Ascletarión le acarició un brazo mientras caminaban entre la multitud. Ella se colocó entonces los platos sobre la cabeza, sujetándolos con una mano para dejar libre la otra, que buscó la de su admirador. Sus dedos se entrelazaron en un primer abrazo.

–¿Vas muy lejos? – preguntó él.

–Bastante -respondió la chiquilla.

–¡Iré contigo! ¡Ya no te soltaré!

–Pero es que él no quiere que nadie sepa adónde voy. Me matará de una paliza si alguien me ve contigo…

–¡Que no se atreva! Si lo hace, también él morirá. ¡Se lo advertiré! Ella le

sonrió y oprimió su mano.

Caminaron así hasta que la pequeña se detuvo en la esquina de una calle tranquila, bordeada de casas con patios de donde surgían gritos de niños que jugaban al otro lado de los muros. Ella dio tres pasos más con él por aquella calle y luego se detuvo para decirle:

–Espérame aquí. Volveré enseguida.

Los transeúntes pasaban por la calle que ellos acababan de dejar. Nadie les prestaba atención. Ascletarión la empujó contra la pared y le dio un largo beso en la boca. La pequeña le devolvía el beso con pasión, mientras sus dedos se crispaban sobre aquel brazo musculoso a fuerza de manejar la cimitarra, que es el arma de los gladiadores tracios.

–Ya puedes ir -le dijo Ascletarión, apartándose de ella.

Decidió no seguirla para no inspirarle desconfianza. Ahora debía idear algo para poder llevarla a su «armario» sin que se enterase Specilus.

Se ocultó en la calle transitada, donde ella reaparecería de un momento a otro. No quería que lo encontrase enseguida. La chiquilla llegó a paso presuroso, en efecto, como si le preocupara haberle hecho esperar demasiado, y se quedó inmóvil en la esquina, con una expresión que delataba la decepción que experimentaba al pensar que el joven se había burlado de ella. Él dejó que siguiera angustiada unos minutos. Luego, la pequeña se puso en marcha con lágrimas en los ojos, sin duda pensando en el gordo Specilus, que la abofetearía si llegaba tarde. Entonces Ascletarión se apartó del puesto del vendedor de sandalias y coturnos detrás del cual se escondía y se acercó a ella sonriendo.

–Te he engañado, ¿eh? – dijo alegremente.

Vio que el rostro de la desdichada pasaba en un instante del desconsuelo a la felicidad y calibró la influencia que ya ejercía sobre ella.

–No te preocupes -le dijo, cogiéndola de la mano-. No voy a dejarte así como así. – Se inclinó hacia ella para decirle a media voz-: Te quiero. Deseo hacer el amor contigo. Tengo que quedarme en Roma unos meses. Haré que vengas conmigo.

–¡Eso es imposible! – exclamó ella. Ascletarión hizo un gesto de despreocupación.

–¡Ya lo veremos! – repuso-. Si al gordo no le gusta… -Se pasó la mano por el cuello en un gesto que evocaba un cuchillo cortando-. Mientras tanto -prosiguió, apretando el paso-, ¡démonos prisa! Si no, ese cerdo te dará una paliza. ¿Mañana también vendrás aquí a traer comida? – preguntó de pronto.

–Sí, todos los días. Es para un hombre que está muy enfermo y no puede caminar.

–Bien. Tengo una habitación arriba del establecimiento de comidas, en la misma calle donde vives tú, ¿sabes cuál es? Mañana, cuando salgas con los platos, arréglatelas para subir a mi cuarto sin que nadie te vea. Estaremos tres cuartos de hora juntos, el tiempo que tú tardas en ir y volver. Luego volverás a la taberna sin los platos y yo iré en tu lugar a llevárselos al tipo que los espera. Se habrán enfriado un poco, pero podremos, estar los dos… No está mal, ¿eh? – La dejó reflexionar para no presionarla y luego añadió-: Basta con que me expliques exactamente adónde debo ir. Eso es todo.

Notó que ella vacilaba. El gordo debía de haberla amenazado con lo peor si revelaba su destino a alguien, pero él percibía la ardiente mano de la pequeña en la suya y estaba seguro de que quería entregársele, pasara lo que pasase después.

La litera de Mancinia pasó por delante de la taberna La Zorra y las Uvas sin detenerse. Pero la joven miraba entre las cortinas corridas que sujetaba con la mano. Vio al gordo Specilus desplazarse con su gran vientre entre las mesas donde se agolpaban los clientes y detectó la mirada temerosa de un sirviente que pasaba junto a él llevando vajilla sucia. Aquel tipo despiadado

con sus esclavos debía de ser tanto más obsequioso y cobarde ante la gente que le imponía; esas cosas solían suceder y a la sobrina de Vitelio le pareció un signo de buen augurio. Mancinia buscaba un sitio donde pudiera ordenar que parasen la litera cuando se percató, por el ruido de un yunque, que se acercaban al taller de un herrero. Le dijo a su cochero, que caminaba al lado, que entrarían allí. El hombre se inclinó hacia su señora y ésta añadió:

–Dile que mire las herraduras de las mulas para poder esperar aquí.

La litera y las dos mulas entraron en el patio y se detuvieron bajo el único árbol, que crecía con evidente dificultad. Mancinia había hecho que la acompañara en la expedición el pequeño Tarcisio, un esclavo de catorce años que Patroclo había comprado por su carácter decidido para que lo sodomizara. Tarcisio era muy despierto, y Mancinia se ocupaba de, que le dieran clases de escritura y cálculo. Eso había fomentado entre la esposa de Patroclo y el chiquillo una relación de complicidad. Reían juntos de lo que había dicho y hecho Patroclo con él; de este modo, Mancinia se mantenía al corriente. Tarcisio sentía por Mancinia, en razón de su belleza y su amabilidad, una admiración y una devoción sin límites.

Una vez las mulas y la litera inmóviles, el chiquillo se acercó, pues sabía que era el momento en que él entraría en acción.

–Tarcisio -dijo Mancinia, tras haber apartado un poco las cortinas-, ¿has visto la taberna ante la cual acabamos de pasar, con una zorra dibujada en el cartel y un tipo gordo dentro? Irás allí y ludirás que quiero hablar con él.

–¿Debo decirle tu nombre?

–No. Ni se te ocurra. Pero compóntelas para que venga.

Al poco, Mancinia los vio entrar en el patio. Abrió las cortinas por el lado opuesto al que quedaba a la vista desde el taller donde trabajaba el herrero, y el tabernero se encontró ante ella. Sus ojos se llenaron de admiración al ver a la bella patricia que le sonreía con los labios discretamente pintados.

–¡Salud, Specilus! – dijo alegremente la joven, agitando ante su rostro un abanico de marfil delicadamente bordado, a imagen de Aridicia, señora de los placeres de César, cuando había ido a visitarla para hablarle del deseo imperial.

–¡Ave! ¡Ave! – dijo Specilus, inclinándose dos veces, deslumbrado por la idea de que aquella hermosa dama de alto rango supiera su nombre. – Perdóname por molestarte mientras trabajas -prosiguió Mancinia en un tono mundano-. Sé que eres un gran amigo de Mnéster y estoy intentando localizarlo…

–¿Mnéster? – preguntó Specilus, de pronto a la defensiva.

–Vamos, Specilus -repuso ella en tono guasón-, ¡no me digas que no conoces a Mnéster! Se ha dejado una fortuna en tu casa, me lo contó muchas veces. Siempre me decía: Si quieres encontrarme, no tienes más que ir a la taberna de Specilus, La Zorra y las Uvas; allí paso la mayor parte del tiempo…

–Es cierto… O, más bien, era cierto -rectificó-. Porque ha desaparecido. ¡Le debía demasiado dinero a todo el mundo!

Mancinia rió.

–¿Y a ti, mi pobre Specilus? – dijo, lanzando una mirada asesina.

–¿A mí? Por lo menos diez mil sestercios, que me pedía prestados cuando perdía. Además, lo alimenté durante meses antes de que se evaporase de esta ciudad…

–¡No te quejes! ¡Se había dejado mucho dinero en las mesas de juego! Con un gesto gracioso, Mancinia cerró el abanico y puso resueltamente una mano sobre el brazo del tabernero. Al notar el delicioso contacto de aquella mano patricia, Specilus abrió desmesuradamente los ojos.

–Oye, tú no puedes imaginar por qué busco a Mnéster, pero voy a contártelo

y seguramente te sorprenderá. Un día, cuando él tenía mucho dinero, yo me encontré en una situación de gran necesidad tras la muerte de mi padre y Mnéster me prestó cincuenta mil sestercios. Hace unos días que he regresado de la Galia y he podido entrar en posesión de mi herencia. Ahora soy rica y me he enterado de que él se encuentra en dificultades. Por eso quiero devolverle lo que un día me prestó. ¿No te parece justo? No puedo olvidar lo que hizo por mí… Y si te debe dinero a ti, estoy dispuesta a pagártelo, ¡y de inmediato! – añadió, presionando el brazo del hombre-. Tengo el dinero aquí -añadió, señalando con la barbilla el cesto de perfumes y adornos situado junto a ella.

Specilus sudaba copiosamente. El amor al dinero luchaba en su espíritu contra el miedo a cometer un error revelando el escondrijo de Mnéster.

–¡No me digas que no sabes dónde está! – dijo Mancinia, abriendo el cesto-. ¡No te creería!

Había empezado a sacar monedas de oro y de plata, que depositaba sobre la preciosa tela de la litera para poder contarlas.

–Aquí está lo que te debe -anunció, cuando hubo acabado-. Y añado dos monedas de oro más por la molestia que te tomas ocupándote de él y alimentándolo desde hace tanto tiempo…

La joven observó que no protestaba, lo cual significaba admitir que sabía dónde estaba Mnéster.

–¡No irás a impedirle recibir el dinero que le debo, estando en la miseria como está, negándote a decirme dónde vive!

Specilus seguía sudando. Después de todo, si él recuperaba sus diez mil sestercios, no tenía por qué preocuparse de lo que le sucediera a Mnéster. – Nadie debe enterarse de que te he dicho dónde está. Es muy importante, porque no sólo hay amigos…

–¡Por supuesto! – exclamó Mancinia-. ¡No soy idiota! El tabernero se arrojó

de cabeza al agua.

–Está en la vía Noevia, que queda a un cuarto de hora de aquí por la vía Pomona, en un cuarto arriba del taller de calderería situado en el número doce. El calderero se arruinó y abajo no hay nadie. Cuando llegues verás un gran patio donde puedes entrar con la litera. Sube la escalera exterior y llama a la última puerta de la galería. Da cuatro golpes; espera un poco y llama dos veces más. No se fía. No te abrirá si no lo haces así…

–¡Sois muy misteriosos los dos! comentó Mancinia, riendo.

–¡No te burles! Está muy preocupado. Ha recibido amenazas.

–Ahora ya no tiene nada que temer, pues podrá resarcir a todos sus acreedores -dijo alegremente-. ¿La casa es tuya?

–La heredé de mi madre. Se la presto a Mnéster en lugar de alquilarla para que pueda estar tranquilo allí. Tú serás la única, aparte de mí, en saber dónde está.

–¡Te portas muy bien, Specilus! Eres un amigo fiel. Toma tu dinero. Iré allí mañana, y sin litera, para no atraer la atención.

Al coger las monedas, colocadas junto a las piernas de la joven, el gordo Specilus no pudo evitar dirigir una mirada lujuriosa hacia el hermoso pecho que tenía ante los ojos, muy cerca de él.

Luego Mancinia corrió las cortinas mientras él se alejaba.

La pequeña salió de la taberna con los platos. El corazón le latía con fuerza. Si Specilus la vigilaba, tendría que alejarse bastante antes de poder volver sobre sus pasos, por la acera de enfrente, para entrar en el pasillo contiguo al establecimiento de comidas por el que se accedía a los cuartuchos del piso superior donde la esperaba su enamorado. Y si el gordo salía al umbral de la taberna en ese momento y la veía… Sería terrible. La molería a palos para averiguar lo que iba a hacer allí y, cuando lo comprendiera… Era

preferible no pensar en eso; además, una fuerza irresistible empujaba a la adolescente hacia el apuesto hombre musculoso al que ella deseaba pertenecer. No conocía del amor más que la caricatura grotesca que le proporcionaba Specilus, cuando jadeaba encima de ella antes de proferir el bramido que acompañaba su orgasmo.

Caminaba echando de vez en cuando un vistazo atrás. Cuando dejó de ver al tabernero en el umbral, cruzó rápidamente la calle, apretó el paso hasta llegar al establecimiento de comidas, sin dejar de vigilar la entrada de la taberna, y se adentró en el pasillo que conducía a la felicidad. En el momento en que llegaba a la escalera, salió el gladiador. La esperaba allí, también al acecho. Le quitó los platos de las manos y la hizo pasar delante de él para subir.

Ascletarión abrió la puerta de la habitación, la cerró, dejó los platos en el suelo y tomó a la pequeña en sus brazos inmediatamente. No tuvo necesidad de fingir. Ya la deseaba tanto como ella a él. Se dieron un largo beso que se tornaba cada vez más caliente, mientras él le levantaba la túnica, bajo la cual la chiquilla no llevaba nada, por supuesto, como la mayoría de las muchachas de baja condición. Su mano alcanzó el sexo de la pequeña, que era casi imberbe y estaba mojado a causa del deseo que alimentaba desde que se había despertado por la mañana. Las manos de ella desataban audazmente el cinturón de su amante, y la pequeña descubrió su erguida virilidad. Lo que le repugnaba en el gordo Specilus se convertía en fuente de gozo, y asió entre sus dedos la extremidad fálica. Cayeron los dos en la cama coja, y él la empaló sin siquiera dejarle que se quitara la ropa. Ella lo estrechaba contra sí, con los brazos enlazados en torno a su musculosa espalda para hacer todavía más fuerte la penetración, que le resultaba deliciosa. Enseguida comenzó a gemir y tuvo inmediatamente un orgasmo, el primero que experimentaba con un hombre desde que el cerdo que la había comprado por setecientos sestercios en el mercado la desflorara sin miramientos echándole en el rostro su aliento apestoso. Tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta, y continuaba manteniendo a su amante apretado contra sí, pues notaba que iba a experimentar otros placeres. Ascletarión quería colmarla, no sólo para utilizarla mejor en el asunto por el que se encontraba en Roma, sino también porque, estando abocado a la

muerte, encontraba en el amor inesperado de aquella pequeña a la que había conocido por casualidad el olvido supremo, el olvido del plazo siempre presente ante sus ojos. Prolongó largo rato su abrazo y no sació su deseo hasta que la notó a ella agotada.

Permaneció unos minutos aplastándola con su peso; luego se apartó de ella para sentarse en la cama. Entonces vio que iba a dormirse con una sonrisa en los labios. Pero se lo impidió para decirle que necesitaba saber dónde había que llevar los platos. Ella le habló del taller de calderería, en la calle a la que había ido sola el día anterior, mientras él la esperaba, de la escalera exterior en el patio, que siempre estaba desierta, pues no vivía nadie más aparte del que esperaba la comida, y de la manera en que debía llamar a la última puerta de la galería.

El gladiador acarició el encantador rostro y le dio un beso en los labios que para la desdichada fue una felicidad celestial. Le dijo que durmiera si tenía ganas y que él la despertaría a tiempo para no regresar tarde a la taberna. También él se marcharía entonces con los platos. No le cabía duda alguna de que se había levantado, como todos los demás esclavos, a las cuatro de la mañana, para pelar las verduras y desescamar los pescados, y era normal que se cayera de sueño después de los tres orgasmos que había tenido. La miraba dormir desnuda, con la tela que servía de sábana atravesada sobre su vientre, dejando al descubierto su sexo infantil, apenas cubierto por un poco de vello. Experimentó de nuevo un violento deseo de poseerla, pero esperó a que transcurriera el cuarto de hora de gracia que el destino le concedía antes de que ella regresara a su cadena y su carcelero para inclinarse sobre ella y volver a penetrarla. De este modo, la pequeña se despertó con la felicidad de un nuevo abrazo que la inundaba.

Los dos puñales de Ascletarión

Mancinia se había puesto la ropa de una de las mujeres del servicio que iban al mercado todas las mañanas. Llevaba un vestido de lino vasto, un pañuelo en la cabeza, sandalias rústicas en los pies y, al brazo, un gran cesto en el fondo del cual una especie de paño no muy limpio envolvía treinta mil sestercios en monedas de oro y de plata, así como dos cheques al portador por valor de diez mil sestercios cada uno, que se podían cobrar en el Banco Comercial y Marítimo del Pireo, famoso por tener sucursales en todos los puertos del Mediterráneo.

El pequeño Tarcisio, vestido con andrajos como esos huérfanos de la calle que les disputan la comida a los perros en los montones de basura, la seguía a distancia sin que su actitud delatase que tenía algún tipo de relación con la que era su señora.

Al aproximarse a la calle donde se encontraba el antiguo taller de calderería, que él había ido a reconocer solo al amanecer, el chiquillo apretó el paso para adelantar a Mancinia y llegar antes al patio, a fin de asegurarse de que estaba desierto. Ella lo vio regresar de inmediato y se cruzaron sin que mediara palabra, lo que entre ellos significaba que la joven podía entrar sin temor. Mancinia entró a su vez en aquel patio e hizo lo que le había explicado Specilus. Rodeó el taller de calderería desierto, por donde circulaban gatos piojosos, y encontró la escalera exterior que conducía a la galería. Toda clase de malas hierbas crecía entre los adoquines donde se amontonaba chatarra abandonada.

Las planchas de la galería chirriaban bajo sus pies. A continuación, la joven se adentró en el pasillo que llevaba a la madriguera de Mnéster. El corazón le latía con cierta rapidez y se notaba las piernas flojas. Ir a buscar a Specilus a su taberna y convencerlo con carantoñas había sido un juego divertido. Subir esa escalera en el siniestro decorado donde se escondía un hombre condenado a muerte y pasar ante todas esas puertas cerradas mientras abajo maullaban gatos esqueléticos, no resultaba tan agradable. Cuando recorría la galería, le pareció que la espiaban desde detrás de aquellas puertas. Al llegar a la última, vaciló antes de dar los golpes acordados, conteniendo la respiración para distinguir si se oía algún ruido

procedente del interior.

Finalmente, su mano cerrada golpeó la madera de la puerta cuatro veces y luego dos más. Sin embargo, durante un rato no sucedió nada. Mancinia, desconcertada, miraba a su alrededor. ¿Observaba Mnéster por un agujero practicado en la pared, o desde otra puerta a fin de abrir en el momento oportuno? Al ver su túnica y el cesto, sin duda pensaría que le llevaban comida. Por fin oyó al otro lado de la puerta unos pasos que se acercaban y la respiración de alguien que escuchaba.

Luego se oyó un ruido de cerrojos y una voz preguntó: -¿Eres tú, pequeña?

–No -respondió Mancinia-. Pero soy una amiga de Specilus. ¡Abre, deprisa! No deben verme aquí.

Ella notó que el hombre vacilaba, pero los cerrojos se movieron y la puerta se abrió lentamente. Por el semblante descompuesto de Mnéster, Mancinia comprendió que estaba en el límite de sus fuerzas y que no tendría dificultades para hacerle hablar.

La silueta atlética de Ascletarión había aparecido a su vez en el patio del taller de calderería. El gladiador se había quitado los coturnos, los había escondido bajo la escalera que conducía a la galería del primer piso y había subido dicha escalera descalzo. Había avanzado por la galería y el pasillo sin hacer que las planchas crujieran bajo su pies.

Siempre sin hacer ruido, había dejado los dos platos de comida en el suelo, cerca de la puerta que la pequeña le había indicado como la de la madriguera de Mnéster, y había pegado la oreja a esa puerta. Entonces había oído un murmullo de voces…

¡Mnéster no estaba solo! Eso, evidentemente, no facilitaría la tarea de su ejecutor, pero a Ascletarión no le preocupaba tener que matar a una o dos personas más. A no ser que los visitantes fueran también hombres expertos en el combate y estuvieran bien provistos de armas, no tendría muchas dificultades en cumplir la tarea con sus puños o, mejor aún, con los dos

largos puñales que llevaba bajo la túnica, uno debajo de cada axila, sujetos por unos arneses de cuero ligero que le había hecho hacer en Pompeya al guarnicionero de la escuela de gladiadores de Palfurnio, antes de partir. Luego, con la oreja todavía pegada a la puerta, Ascletarión comprendió que la voz que se mezclaba con la del hombre escondido allí era una voz de mujer.

El gladiador frunció el entrecejo. Tendría que matarla si no se iba por iniciativa propia en un plazo de tiempo bastante corto. Era un fastidio. Ascletarión se percató entonces de que nunca había matado a una mujer y pensó que no le gustaría en absoluto hacerlo. Aunque, en esta ocasión, era una necesidad. Palfurnio no consentiría que el hombre que había enviado a Roma para suprimir a Mnéster fuese lo bastante negligente como para dejar una huella de su paso en la memoria de un testigo, fuera éste quien fuera, y tendría razón.

Mnéster había hecho sentar a Mancinia en el viejo diván que constituía el mueble principal de la habitación, contentándose él con un taburete. En el cuarto contiguo se veía una cama y un gran lasanum. Había también una mesa mugrienta, y eso era todo.

El rostro del jugador estaba lívido y abotargado. Se pasaba horas enteras tumbado, rumiando sus desgracias, sin recibir más visitas que las de la pequeña que le llevaba la comida como a un animal enjaulado.

Durante los primeros días de su reclusión le había propuesto a la esclava de Specilus que se acostara con él, pero la pequeña había rechazado la oferta haciendo un signo negativo con la cabeza. Él no había insistido porque sabía que era la favorita del tabernero y ya tenía bastantes preocupaciones como para añadir una más.

En el pasillo, Ascletarión, tras haber constatado que su presa no estaba sola, había abierto sin hacer ruido la puerta contigua a la del alojamiento de Mnéster. Buscaba un lugar desde donde pudiera oír con claridad lo que decían.

Se encontró en una amplia habitación desprovista de muebles, ya que la única habitable era la que ocupaba Mnéster. Recorrió el tabique de separación hasta encontrarse a la altura donde debían de estar los que hablaban. El tabique estaba construido con planchas de madera mal unidas y con nudos, algunos de los cuales estaban vacíos, aunque obstruidos por la densa capa de polvo adherida a las tablas. Ascletarión vació uno de los nudos con la punta de uno de sus puñales, con precaución, y los vio a los dos instalados frente a frente. La mujer, que se había quitado el pañuelo, era una muchacha espléndida, rebosante de juventud y belleza pese a la horrible ropa que llevaba, que no podía sino ser un disfraz. No hablaba como una esclava, sino más bien como una patricia. Ascletarión se quedó aterrorizado. Miró el largo puñal y volvió a guardarlo bajo su axila. Nunca podría clavar esa hoja en el cuerpo de una mujer así. Los dioses, y la primera de todos Venus, no le perdonarían jamás semejante crimen… Sería perseguido por su ira hasta el final de los tiempos, erraría indefinidamente por las orillas del Éstige, ya que Caronte se negaría a montarlo en su barca y Cerbero, al verlo a la entrada de los Infiernos, rompería su cadena para abalanzarse sobre él y despedazarlo…

–Haré que traigan mi litera al patio -dijo la voz de Mancinia-. Tú te escondes abajo, entre la chatarra, y en cuanto llegue te metes dentro. Te conduciremos al palacio de Menesio y verás a Sila. Tú mismo le dirás lo que hay que decirle… Mnéster meneó la cabeza.

–Ordenará que me maten -dijo-. No le perdonará a nadie el asesinato de Menesio…

1. Orinal.

–No será así, si yo se lo pido. Y tú tienes una moneda de cambio. Le ofrecerás a Sila declarar por escrito, delante de testigos e incluso de uno o varios de sus abogados, todo lo que sabes de los que tramaron la muerte de Menesio. Después él te ayudará a marcharte de Italia. Tiene una flota de naves, como muy bien sabes. La de Menesio, que ha heredado él. Mientras se prepara tu marcha, en su palacio estarás seguro.

Mnéster rió con una expresión desengañada.

–¿Hay en esta ciudad un hombre capaz de mostrarse magnánimo con uno de los que han ayudado a provocar la muerte de su compañero de armas? No puedo arriesgarme a comprobarlo por mí mismo poniéndome en sus manos… ¿Cuánto me das si te digo y te escribo todo lo que sé, aquí y ahora? Además, tendrás que dejarme tu ropa de esclava que va de compras y saldrás con la mía.

–Cincuenta mil sestercios. Mnéster pareció estupefacto.

–¿Llevas esa suma encima?

–Sí -contestó ella.

–¿Y si te matara para apoderarme del dinero y poder huir?

–Serías degollado por mi cochero y los cuatro esclavos que me acompañan. Mi recadero está esperando fuera e irá a avisarlos si permanezco demasiado tiempo en tu casa.

Mnéster sonrió.

–Era una broma. Simplemente, quería hacerte comprender que corres un gran riesgo viniendo aquí. ¿Por qué te mezclas en un asunto semejante?

–Sila es mi amigo. ¿Nunca has tenido amigos?

El jugador se encogió de hombros.

–Un hombre como yo nunca tiene amigos.

–Pero Specilus te ayuda y te esconde.

–Porque espera recuperar el dinero que me prestó. El dinero es lo que más le interesa…

Mancinia ignoró esas palabras.

–Entonces -dijo-, ¿qué dices? ¡El tiempo apremia!

–Enséñame el dinero -repuso él-. Como en el juego. Debes poner tu apuesta sobre la mesa…

La joven abrió el cesto, retiró una tela y algunos botes de cosméticos y después empezó a sacar las monedas de oro agrupadas en rollos. A continuación le enseñó los dos cheques, largas tablillas de madera recubiertas de cera y protegidas por un estuche de seda.

Ascletarión, a través del agujero practicado en el tabique, presenciaba esta escena con gran asombro. Debía recibir veinte mil sestercios a cambio de la ejecución del desecho humano desplomado en el taburete. Si, además, arramblaba con lo que había sobre la mesa -y nadie podía impedírselo, tal como estaban las cosas-, sacaría de la operación ochenta mil sestercios en total. Le compraría al gordo la pequeña y pasaría tres meses con ella. Después volvería a combatir y, si moría, la pequeña disfrutaría del dinero que hubiese quedado después de la juerga que se habrían corrido juntos. Aunque, pensándolo bien, no. No volvería a combatir. Con ese dinero, se largaría a Persia con ella. Los persas reclutaban mercenarios, de manera que se haría mercenario, y la pequeña cocinaría en los campamentos. Como los persas son unos ingenuos y todo lo que procede de Roma les deslumbra, evidentemente sería oficial, se tiraría a la pequeña todas las noches -los oficiales tienen derecho a que les acompañe su mujer- y le enseñaría a mamarla. Ella le quería y estaría encantada de mamársela para complacerle. He aquí lo que tramaba el hábil Ascletarión.

Por supuesto, debía matar a esa ricachona al mismo tiempo que a Mnéster para obtener el dinero; de lo contrario, armaría un escándalo de mil demonios y los vigilantes le perseguirían. Era una lástima, un auténtico embrollo, y Ascletarión, teniendo en cuenta el físico de la joven, la cólera de los dioses y todo lo demás, ciertamente no la mataría por nada. Pero, por ochenta mil sestercios, la cosa cambiaba, y, desde el momento en que

aquella mujer iba a estar al corriente de lo que Mnéster estaba dispuesto a confesarle, era una necesidad absoluta, e incluso podría pedirle a Palfurnio una prima suplementaria por haberla suprimido antes de que fuera a contárselo todo al tal Sila, el magnánimo héroe de las legiones. Verdaderamente, Palfurnio había acertado eligiéndolo a él, Ascletarión, para resolver un asunto así. Había llegado justo a tiempo para oír la conversación mantenida entre ambos. ¡Menuda suerte! Sin suerte no se puede hacer nada, por muy listillo que uno sea.

El hecho de que Mnéster decidiera o no irse en la litera con ella para dirigirse a casa de Sila no cambiaba nada. Esta vez, a Ascletarión, que seguía espiando por el agujero de la madera, le entraron ganas de reír. ¡Era una idea fantástica! Si ese imbécil se largaba en la litera, los dejaría montar a los dos. Seguramente correrían las cortinas para no ser vistos durante el trayecto y, en cuanto las cortinas estuvieran corridas, antes incluso de que el carricoche se pusiera en marcha, se abalanzaría sobre el cochero que, lógicamente, estaría junto a la mula de cabeza, y lo apuñalaría entre las costillas, en el sitio justo. El tipo no soltaría ni un suspiro, y Ascletarión descorrería bruscamente las cortinas de la litera. Los enviaría ad patres a ambos, la ricachona y Mnéster, antes de que les diera tiempo a gritar. Además, si gritaban un poco en aquel patio desierto tampoco pasaría nada. Entonces, él mismo conduciría la litera en el puesto del cochero hasta el palacio de Menesio, les diría a los esclavos porteros que llevaba un regalo para su señor y se marcharía tranquilamente, dejándole a Sila la tarea de desembarazarse de los fiambres.

Ascletarión reía en silencio mientras pensaba en la cara que pondría el galo heredero del noble Menesio cuando sus esclavos le llamaran para mostrarle el contenido de la maldita litera, la sangre y todo lo demás…

El veterano Cotio avanzó con precaución por el patio y, tras ver el taller de calderería que correspondía a la descripción que le habían hecho, se apresuró a entrar en él para esconderse detrás de las chapas y los hierros amontonados allí.

A la mañana siguiente a la de la muerte del leno Ictios, en el estanque de las

morenas, Sila le había encargado al veterano que buscara a Mnéster. Cotio empezó por enviar a sus tres compañeros, con los bolsillos llenos de sestercios, a jugar en los garitos con la misión de preguntar dónde se podía encontrar a Mnéster. Uno de ellos regresó con el nombre de Paolitia, la vieja amante del jugador, la cual, según le habían dicho, deseaba perjudicar a éste. Cotio fue a casa de la prestamista y se presentó como alguien a quien Mnéster había engañado y que quería pasar cuentas con él. La prestamista le dijo que a buen seguro lo escondía Specilus, que le había prestado no poco al fugitivo. Specilus temía que Mnéster pereciera antes de disponer de tiempo y de medios para devolverle lo que le debía. La usurera añadió que el tabernero tenía una casa en la vía Noevia, una especie de taller donde no vivía. Ella lo sabía porque una vez le prestó dinero contra una hipoteca realizada sobre dicha casa. Si él escondía a Mnéster, ése era el sitio ideal. En cualquier caso, Cotio podía ir a comprobarlo.

Y eso era lo que Cotio había hecho sin demora. El taller abandonado en aquel patio desierto le pareció, en efecto, un escondrijo muy satisfactorio. Así pues, entró para esconderse también allí, con carne seca y pan para alimentarse, y un recipiente que había encontrado en ese mismo lugar donde podría orinar, decidido a esperar todo el tiempo que fuera necesario para ver aparecer al tal Mnéster, que sin duda debía de salir de vez en cuando disfrazado y que a buen seguro recibía visitas. El veterano llevaba su puñal reglamentario oculto bajo la túnica, además de una de las hondas que había aprendido a manejar en Berbería, con doce bolas de hierro a modo de proyectiles en una bolsa de cuero.

Cotio calculó que la existencia de aquel patio le permitiría traer una silla de porteadores como la utilizada para raptar al leno. La silla llegaría sin hacer ruido al patio, los veteranos subirían la escalera en silencio, reventarían la puerta del alojamiento de Mnéster con una palanca, se abalanzarían sobre él, lo amordazarían y lo conducirían así al palacio Menesio, donde Sila le haría beber veneno como había hecho con Ictios. Entonces pasarían al culpable siguiente, por ejemplo a ese tal Palfurnio que causaba estragos en Pompeya. Ése, con su escuela de gladiadores, resultaría más duro de pelar. Pero Cotio no dudaba que Sila sabría llevar el asunto de maravilla. El veterano decidió que el rapto de Mnéster tendría lugar al día siguiente por la

noche. Él se quedaría esperando, escondido entre la chatarra, hasta por la mañana, a fin de ver quién entraba y salía. ¿Iba Mnéster personalmente a comprarse la comida, o bien se la llevaba alguien? Al día siguiente, a mediodía, Cotio abandonaría el lugar para regresar al palacio Menesio a rendir cuenta a Sila y preparar la silla y todo lo demás para el rapto.

Mnéster no soltaba prenda ante los rollos de monedas de oro. Pensó que se iría esa noche aprovechando el tumulto nocturno, vestido de mujer, con el cesto y todo el dinero que contenía, el dinero del milagro. Se vengaría de aquellos a los que había servido durante tanto tiempo y que ahora querían suprimirlo igual que se liquida a un caballo enfermo. Caminaría hasta la puerta Ostia y allí cogería un vehículo público para dirigirse a Ostia, fingiendo ser una campesina que regresa a su casa tras haber vendido los productos de su granja en Roma. Se alojaría en un hostal de mala muerte y al día siguiente intentaría embarcar en una nave rumbo a África, adoptando en esta ocasión el aspecto y las maneras de un comerciante que va a hacer negocios a ultramar.

–¿Has traído algo para escribir? – le preguntó a Mancinia.

Ésta había sacado del cesto varias hojas de papiro y plumas. Destapó un frasco de tinta y lo colocó todo ante el jugador.

–Escribe que tú, Mnéster, en presencia de la patricia Mancinia, esposa de Patroclo Cuspio Ciro, confiesas haber participado en el envenenamiento de Licio Menesio Captio, candidato al tribunado, y ello por orden del patricio Lacertio, su adversario en esa magistratura… Di exactamente cuál fue tu papel y quién más que tú sepas tomó parte en el crimen…

La pluma de Mnéster, hombre hábil en cuestión de escritura, chirriaba sobre el papiro con decisión y regularidad, y aquel chirrido sumía a Ascletarión en un estado de estupefacción. Ahora sabía el nombre de aquella hermosa mujer, y eso le pareció todavía peor que matar a una desconocida. Sin embargo, el documento que iba a sacar de aquella habitación no permitía que se apiadara de su suerte.

–¿Qué otros hombres de Lacertio están implicados en el asunto? – preguntó Mancinia-. ¿Con quién tratabas tú directamente?

–Lo estoy escribiendo -contestó el jugador-. Digo que recibía las órdenes y el dinero de un tal Palfurnio, uno de los hombres más conocidos de Pompeya, que trabaja para Lacertio…

Mnéster continuó escribiendo y luego firmó. Releyó su obra y le tendió el papiro a la joven para que ella lo leyera a su vez.

–¿Qué harás con esta confesión? – le preguntó-. ¿Llevársela a tu amigo Sila?

–No -contestó ella-. Esperaré dos días, durante los cuales tú tendrás tiempo de marcharte de Roma y de Italia. Luego se la mostraré a Tito César.

–¡A César! – exclamó Mnéster, horrorizado.

Ascletarión no conocía el miedo. Luchaba y mataba desde hacía varios años sin haber experimentado jamás ese sentimiento. Sin embargo, lo experimentó al otro lado del tabique al oír pronunciar el nombre casi divino. Aquella loca iba a desvelar todos los manejos de Lacertio, el propio Lacertio y Palfurnio serían víctimas del desastre que se desencadenaría, y Ascletarión también, evidentemente.

En ese momento, Mnéster sintió un gran cansancio en su interior, como si el peso de todas las componendas y todos los crímenes y delitos en los que había participado para poder seguir alimentando su pasión por el juego se acumularan de pronto sobre sus espaldas. Y la cosa no acababa aquí. Ahora debía huir al otro extremo del mundo, ya que Tito César conocería su nombre cuando hubiese leído la confesión. Y tendría que vivir meses con la angustia de ser perseguido y reconocido, y con el temor de que le robaran aquel dinero del que dependía su supervivencia.

Por el contrario, si decidía ir a casa de Sila con aquella mujer en la litera, tal como ella le había propuesto, la cosa resultaría más fácil… Sila se ocuparía

de todo. Aquella mujer era una patricia, y el galo, un auténtico soldado. Ellos no le mentirían. Sila era sin duda un hombre de palabra, no un jugador arruinado como él, Mnéster, ni una podredumbre como Palfurnio. Además, lo que el galo quería era el pellejo de Lacertio, no el de sus compinches.

La compañía naviera que Sila había heredado tenía oficinas en todas partes. Mnéster le pediría al galo que lo empleara en una de ellas con un nombre falso. Eso era lo que había que hacer: ponerse en manos del galo. Además, Mnéster ya no duraría mucho. Lo sabía. Sabía que estaba consumido. No sólo consumido: acabado.

–Está bien -dijo Mancinia-. Te agradezco lo que has hecho por Sila. Acto seguido enrolló el papiro y lo metió en el cesto.

–¡Por todos los dioses, espera! – exclamó Mnéster-. No llevas aquí más que un cuarto de hora. Puedes muy bien dejarme reflexionar un poco…

El hombre comprendía que iba a encontrarse de nuevo en su abyecta soledad y que no podría seguir soportándola.

–No puedo esperar mucho -repuso ella-. Lo que me interesa es prevenir lo antes posible a Sila de los peligros que corre.

–El peligro que corre tu amigo Sila -se apresuró a decir Mnéster- es el mismo que corro yo: ser suprimido por orden de Lacertio… En su caso, tal vez eso adopte la forma de una trampa que le tenderán.

–¿Y qué sabes tú de esa trampa?

–Si sabes que entre las muchas aptitudes de Palfurnio figura la de ser un notable falsificador, y si comprendes que sus amigos no se deben de atrever a matar al galo a puñaladas, por el escándalo que se armaría tras el asesinato de Menesio y la revelación del contenido de su testamento, no te costará imaginar de qué naturaleza podría ser el golpe que van a asestarle…

–¿Puedes ser más preciso?

–Si uno tiene a su servicio a alguien como Palfurnio, le puede pedir que redacte unas tablillas que parezcan escritas más o menos bien por la mano de Menesio y que supuestamente serán borradores de su testamento, como si el autor de esas tablillas hubiera practicado varias veces para imitar la escritura del patricio ocupado en redactar sus últimas voluntades. El fenicio Khalil fue quien presentó el testamento en cuestión, tras haber declarado ante notario que éste había sido dejado en depósito en su despacho. Pues bien, el prefecto de los vigilantes irá a arrestar a Khalil a su despacho, acusándolo de haber redactado un testamento falso con la complicidad de Sila. Al mismo tiempo, registrará el lugar, como es habitual, y encontrará las tablillas redactadas por Palfurnio en el fondo de un armario. Éstas habrán sido introducidas allí el día antes por un empleado de Khalil, al que se le habrá dado a elegir entre diez mil sestercios por aceptar hacerlo y la muerte a cuchillo en el transcurso de una pelea con unos maleantes si no acepta. Y el chupatintas en cuestión estará dispuesto a declarar que una noche, pocos días antes de la apertura del testamento, vio a Sila y a Khalil encerrarse para redactar uno falso. Añadirá eso a cambio de un suplemento de dinero y otro suplemento de amenazas. Probablemente es una prueba un tanto capciosa, pero, dado que el prefecto de los vigilantes Casio Longino es devoto de Lacertio y que muchos jueces están dispuestos a encontrar fundada la acusación a cambio de dinero o de la promesa de un cargo importante, Khalil y Sila serán apresados, la ejecución del testamento suspendida, y los bienes de la sucesión embargados en espera de una decisión de la justicia penal. Como ves, solo en Roma contra gente que trama semejantes intrigas, tu amigo Sila no tiene ninguna posibilidad. Está condenado a morir en prisión o en la arena durante los juegos. En todo caso, cuando yo gozaba de la confianza de mis amigos Palfurnio y Lacertio, y cuando ellos me hacían el honor de preguntarme mi opinión, eso es lo que les habría aconsejado hacer para acabar con Sila del modo más satisfactorio posible. Estoy seguro de que se les habrá ocurrido sin mi ayuda…

Mancinia se sintió también desalentada. Lo más cruel y peligroso que existía en Roma iba a destruir al hombre al que amaba. Después recordó que ella iría a Ostia con Tito César, que iban a acostarse juntos, que durante unas horas serían un hombre y una mujer en la cama, que Tito era bueno y

que ella le contaría todo lo que le había sucedido a Menesio y luego a su amigo Sila. Por supuesto, se guardaría de mencionar el papel que su hermano Domiciano podía desempeñar en este asunto. Pero, si Tito César intervenía para poner fin a la persecución de Sila, y dado que el papel de Domiciano en ello no había salido a la luz pública, éste no actuaría. Eso era lo que había que hacer: decírselo todo a César.

¡Los dioses no habían abandonado a Sila! Habían puesto en su camino a una mujer enamorada, y Venus protegía los amores de Sila inspirando a Tito César deseo por Mancinia. La joven decidió que, inmediatamente después de dejar a Sila, esa misma tarde, iría a ofrecer un sacrificio a Venus en el nuevo templo que había sido construido cerca del circo de Flaminio. La diosa velaría por ella cuando César la llevase al lecho imperial, y ella le inspiraría al Emperador la compasión que Sila necesitaba para escapar a las fuerzas malignas que querían apoderarse de él. Venus haría que el amor triunfase sobre esas fuerzas malignas…

La voz de Mnéster sacó a Mancinia de su piadosa ensoñación.

–Lo he pensado mejor -dijo aquella voz cansada-. Llévame al palacio Menesio en tu litera. Prefiero ponerme en manos de la clemencia de Sila, pues, mientras Lacertio y los demás no sean desenmascarados y puestos fuera de la circulación, mi vida estará en peligro dondequiera que vaya. Y si tu amigo no quiere perdonarme, le pediré que me conceda la gracia de darme veneno e iré a tomármelo al lugar donde Menesio pereció para apaciguar a sus manes…

Mnéster se había levantado del taburete. Su voz había adquirido firmeza al final del discurso. Miró los rollos de oro que estaban sobre la mesa y se sintió sorprendido al constatar que ni siquiera tenía ya ganas de recoger el filón que su última jugada de dados le había hecho ganar.

Desde su escondrijo, Cotio vio aparecer a un chiquillo harapiento. Su instinto guerrero, agudizado en el transcurso de años en campaña, le sugirió que aquellos andrajos eran una pizca demasiado andrajosos y no

concordaban con la mirada audaz y el aspecto de estar bien alimentado del que los llevaba. El chiquillo se detuvo, escuchó el silencio del patio y lanzó una mirada atenta a su alrededor. A Cotio le pareció que aquel comportamiento era el que adopta lo que en lenguaje militar se llama una avanzadilla -es decir, un jinete o un soldado de infantería al que se envía solo en misión de reconocimiento o para guardar los flancos- y que, en consecuencia, estaba a punto de producirse algo interesante.

El muchacho, en efecto, una vez satisfecha su prudencia, se dirigió a la escalera, cuyos peldaños subió sin que aparentemente le preocupara hacer ruido. Cotio se desplazó con precaución por el taller desierto hasta un lugar desde donde pudiera observar, resguardado por el batiente entreabierto de una ventana, la galería cubierta y la sucesión de puertas cerradas, una de las cuales debía de corresponder al refugio de Mnéster. El chiquillo recorrió la galería hasta llegar a la última puerta y dio allí varios golpes, seguidos de dos más tras una pausa. Cotio se sintió muy satisfecho de haber averiguado cuál era la señal de identificación que le permitía al fugitivo abrir sin temor a sus visitantes. Conocer aquel santo y seña facilitaría el rapto.

Cotio vio que la puerta se abría. Se produjo un intercambio de palabras en voz baja que el veterano no logró entender, pero distinguió un rostro femenino con un pañuelo antes de que la puerta se cerrara y de que el chiquillo recorriera de nuevo la galería por donde había llegado hasta allí.

Cotio frunció el entrecejo. Había alguien más con Mnéster. Si esa persona se quedaba con él, las cosas se complicarían. Pero, de hecho, no constituía un obstáculo serio. Con la ayuda de sus tres colaboradores, los reduciría a ambos sin dificultad. Atarían y amordazarían a la mujer, y la dejarían allí. Bastaría con que se taparan la cara en el momento de la operación para que ella no pudiese identificar a los agresores.

Al llegar al pie de la escalera, el chiquillo cruzó el patio, esta vez con paso decidido, y salió a la calle. Cotio pensó subir la escalera a su vez e ir hasta la puerta de Mnéster para intentar oír lo que se hablaba en el interior. Sin embargo, era correr un riesgo demasiado grande, sobre todo a la luz del día, pues la mujer podía salir en cualquier momento. Así pues, renunció a ello y

no tardó en felicitarse por su decisión: para su gran sorpresa, oyó un ruido de cascos de caballo en los adoquines. El chiquillo regresaba, pero esta vez guiando a una mula enganchada a una litera, que llevaba la segunda mula detrás… Cotio comprendió entonces que su misión iba a fracasar. La mujer había ido para llevarse a Mnéster y el chiquillo preparaba las cosas, deteniendo el vehículo al pie de la escalera para que el fugitivo pudiese montar en él de modo que quedara a la vista el menor tiempo posible.

Si Cotio quería ser el que se llevase a Mnéster, debía suprimir al chiquillo y a la mujer antes de dejar fuera de combate al jugador para poder embarcarlo y conducirlo al palacio Menesio. Había cometido un grave error al ir solo a observar lo que ocurría en aquel patio. Debería haber ido acompañado de sus tres amigos a fin de estar preparado para cualquier cosa.

Cotio sabía que sólo contaba con unos minutos para encontrar la solución a aquel difícil problema, sin la cual uno de los artífices de la muerte de Menesio escaparía a su castigo. Era prácticamente imposible reducir al chiquillo y a la mujer, y además a Mnéster, sin armar alboroto. El muchacho, que era ágil, saldría corriendo a la calle pidiendo ayuda, la mujer también gritaría con fuerza, y él no podía matarlos a los dos al mismo tiempo con su puñal reglamentario.

Sin embargo, Cotio había cogido la honda movido por su instinto y había colocado en ella una bola de hierro. Podría salir a la entrada del taller y matar a Mnéster en el momento en que se dispusiera a montar en la litera; al menos se habría adelantado algo en el plan de venganza que Sila estaba llevando a cabo. Pero Cotio no había recibido instrucciones de Sila a este respecto, y no se debe actuar sin órdenes. No era la muerte de Mnéster lo que deseaba el ex oficial, sino su testimonio y la denuncia del resto de individuos que habían conspirado con él contra Menesio.

El chiquillo había dejado la mula de cabeza atada por la brida a la barandilla de la escalera y ya recorría la galería en dirección a la puerta, donde llamó con fuerza según la señal convenida. Cotio permanecía oculto a la entrada del taller, con la honda preparada. Observó los tres objetivos que acababan de salir y ahora caminaban por la galería en dirección a la

escalera. Decidió que dejaría a Mnéster y a la mujer montar en la litera y que, en el momento en que ésta fuera a ponerse en marcha, después de que el chiquillo hubiese desatado la brida de la mula para hacerla salir del patio, lo derribaría lanzándole una bola con la honda. Apuntaría al pecho y no la tiraría con demasiada fuerza. Así, el muchacho tendría una posibilidad de salvarse, aunque, de todas formas, era el precio que había que pagar para recuperara Mnéster. Después de todo, el chiquillo era un simple esclavo y, además, toda aquella gente estaba pringada en el asesinato de Menesio. No había que ponerse sentimental.

Cotio pensó que a continuación se abalanzaría sobre la mujer para asestarle un buen golpe con el mango del puñal y acercaría la hoja al cuello de Mnéster para impedirle gritar. Luego también lo golpearía, lo ataría y lo amordazaría con telas de la litera, y conduciría ésta a través de Roma hasta el palacio Menesio. Eso era lo que había que hacer para salvar la situación.

La honda estaba preparada, el chiquillo había llegado al pie de la escalera, Mnéster y la mujer del pañuelo montaron en la litera, y el chiquillo empezó a desatar la brida de la mula. Cotio avanzó dos pasos fuera del taller e hizo girar la honda, pero en ese momento, de lo alto de la escalera surgió un hombre de cabellos rubios y musculoso como un gladiador, que bajó los escalones a una velocidad increíble con un largo puñal en cada mano. Literalmente volaba sin hacer el menor ruido con sus pies descalzos, y en un instante alcanzó al chiquillo y le clavó uno de los puñales en el pecho. Cotio vio que era exactamente el lugar del corazón y que aquel tipo era un asesino profesional. El chiquillo se desplomó sin emitir un grito, mientras el sujeto ya se dirigía con la misma rapidez a la litera. La parte superior de su cuerpo desapareció dentro, oculta por las cortinas, y Cotio supo enseguida que iba a matar, porque no oyó sino un grito ahogado y unos gemidos.

El veterano comprendió que había perdido la partida, pero no detuvo el movimiento de su arma, que silbaba al girar. El tipo, que tenía el oído fino, a la medida de la fiera que era, volvió la cabeza hacia él, de manera que la bola de hierro le golpeó en plena frente. El veterano vio que su caja craneana estallaba, cosa que no le sorprendió, porque había balanceado el arma con todas sus fuerzas, y esas fuerzas eran comparables a la cólera que

le inspiraba aquel cerdo que había echado por tierra su plan de raptar a Mnéster.

Se acercó a la litera. Mnéster agonizaba; no llegaría vivo al palacio Menesio. Y la mujer no era en absoluto una esclava dedicada a tareas domésticas, sino una joven hermosísima. La sangre que inundaba su pecho adhería el vestido a la piel y revelaba formas perfectas. Uno de los puñales estaba clavado en uno de sus senos hasta la empuñadura, y Cotio observó varias heridas más en el pecho. El tipo la había atravesado varias veces, y lo había hecho de manera, mediante aquella saña metódica, que no sufriese demasiado tiempo.

El veterano, asqueado, corrió las cortinas. Arrastró el cuerpo del chiquillo y el del atleta hasta el taller, detrás de la chatarra. De este modo no los descubrirían enseguida, sino al cabo de unos cuantos días, por el olor. Se guardó los dos puñales del tipo y decidió que llevaría la litera al palacio Menesio.

Se puso en camino a través de la Ciudad, guiando a las mulas. Temía que la sangre, que había manado abundantemente de los dos muertos, goteara al suelo durante el trayecto, y miraba constantemente hacia atrás para comprobar si sus temores eran fundados. Pero el colchón de la litera absorbía la sangre, de manera que por lo menos se ahorró ese mal trago.

Una virgen judía

OceanofPDF.com

Tres días después de recibir los azotes, la fiebre se apoderó de Metalla mientras yacía acostada boca abajo, velada por su esclava Hiddith, la que le preguntara a Sila, el día en que el galo fue por primera vez a los aposentos de la esedaria, si pretendía cambiar el mundo. Las llagas supuraban en abundancia. La joven entró en un estado de delirio que podía ser mortal. Hiddith mojaba la frente de su señora con un paño empapado de agua helada. Metalla había hecho venir a Hiddith desde Bretaña cuando empezó a triunfar en la arena, para tener junto a ella a una mujer de su raza y que hablara su misma lengua. Hiddith veía que su señora se acercaba a las puertas de la muerte y, dejando el cuidado de la enferma en manos de las camareras, se le ocurrió hacer preparar un carro para que la condujeran a toda prisa a Roma, al barrio donde vivían algunos bretones. Regresó esa misma noche con un ungüento que le había proporcionado un sanador de allí y unas drogas para beber. Las muchachas la esperaban sentadas o acuclilladas a cierta distancia de la cama de la esedaria, cuya respiración se tornaba ronca. Hiddith les pidió ayuda para extender el ungüento por todo el cuerpo de la herida e introducir las drogas en su boca. A continuación, las despidió y se quedó sola al pie del lecho, pensando con amargura que el destino había vertido la desgracia en el palacio Menesio al mismo tiempo que el veneno en aquella copa maldita de la que el patricio había bebido, y que esa desgracia había ido a azotarlos a todos y todas allí mediante el látigo galo. El destino quería, pues, que la esedaria no pereciese en un combate con el cuello cortado por una hoz de guerra o el pecho atravesado por un venablo. Iba a morir víctima del castigo de los esclavos, precisamente cuando se había convertido en una mujer libre… Tal era la severidad del juicio de los dioses, en aquella noche en que el resplandor inocente de las lámparas de aceite hacía brillar los mármoles y las maderas enceradas de la monumental estancia.

Sin embargo, los sombríos pensamientos de Hiddith no eran sino vanos temores. El ungüento y los brebajes que había traído cambiarían el curso de los acontecimientos. El delirio se prolongó un poco más. Tras un día y una noche, la fuerza salvaje que resistía en el cuerpo de la esedaria ganó terreno y la fiebre remitió. Hiddith se había dormido sentada en su puesto de vigilancia, con la cabeza apoyada contra la madera de la cama, y, cuando el

alba la despertó, la respiración de su señora se había tornado silenciosa. Hiddith tocó la frente de la torturada. Sólo estaba templada. Las muchachas, que entraban de una en una, interrogaban a Hiddith con la mirada. Ella les respondió con una seña tranquilizadora. Luego, Metalla gimió como la durmiente a la que un sueño atormenta. La vida que regresaba a ella le inspiraba un sueño de amor en el que deseaba a una hermosa joven morena, la cual rechazaba el beso que ella quería darle y las manos que deseaban apoderarse de su cuerpo.

Hiddith se inclinó sobre la esedaria para apartar con los dedos una de las vendas que rodeaban el cuerpo de ésta, y vio que las llagas ya no supuraban y que incluso empezaban a generar una carne roja, como si quisieran cerrarse. Luego, cuando fue completamente de día, las muchachas plegaron las puertas que separaban la habitación del estanque de los lotos a fin de que entrara aire fresco, y los ojos de Metalla se abrieron. Vieron la sonrisa arrugada en el rostro de Hiddith y a las muchachas que permanecían un poco más alejadas de la cama.

Entonces les pidió en voz baja que la dejaran sola y todas salieron, Hiddith detrás de ellas.

Metalla se dio la vuelta con cuidado para tumbarse boca arriba y logró hacerlo sin sufrir demasiado.

La esedaria permaneció así, en la soledad de su habitación que atravesaba el canto de los pájaros, durante todo el día y una noche más. Hiddith fue a llevarle algo de comer, y ella se lo comió con apetito. Dormía a ratos y se despertaba para soñar; y sentía que la vida tomaba de nuevo posesión de todo su cuerpo. Soñó de nuevo con la joven morena, una muchacha con la mirada y el porte de una virgen, sin saber si ese rostro se le aparecía mientras dormía o en los momentos en que estaba consciente. También ignoraba si la imagen de aquella belleza era el recuerdo de alguien a quien había conocido en algún lugar y en algún momento de los que tampoco lograba acordarse, o si era fruto de su imaginación. Por otro lado, Metalla tenía la extraña sensación de no ser la que había sido hasta entonces, como si el terrible impacto del suplicio del látigo, que la trasladaba a las atroces

horas vividas en la época en que Vibio la trataba como a un animal salvaje que se quiere domesticar, hubiera desencadenado algo en ella. No tardó en empezar a comprender que, probablemente, ese cambio era también, y sobre todo, consecuencia de la muerte inesperada de Menesio. Ella no amaba a Menesio. De hecho, ¿podría amar alguna vez a un hombre, como hacen la mayoría de las mujeres? Sin embargo, Menesio era un espíritu superior, un señor, un romano como los que la capital del Imperio era capaz de hacer que naciesen entre las filas de esa élite brillante e inteligente que había vencido uno a uno y sometido a los pueblos de la tierra. Metalla no había intentado escapar al dominio que su amante ejercía sobre ella, tanto por la fuerza de su personalidad como por el maravilloso decorado del que él se había rodeado y en el que la propia joven se había fundido. Y Menesio había muerto. El vacío que dejaba ante los pasos de Metalla era vertiginoso, ella lo notaba, e inaudita la condición en la que la joven se encontraba de repente, libre de ser ella misma, es decir, evidentemente, alguien distinto…

El rostro de la muchacha regresó en el transcurso de la noche, y en esta ocasión acompañado de todo el cuerpo, los pechos que tensaban el corpiño, las piernas modestamente ocultas por un vestido largo que no era de corte italiano, cuando todas las demás que trabajaban en el establecimiento de Certio… ¡Certio, sí, Certio, el peluquero! Había sido en el salón de Certio donde Metalla vio a aquella joven, un mes antes de la muerte de Menesio, durante su última visita allí. La había deseado en cuanto entró en la cabina para arreglarle las manos y los pies; se había sentido atraída por los pezones que se adivinaban bajo su túnica y también por sus caballos recogidos en un moño con peinetas de concha, y enseguida pensó, evidentemente, que aquellos cabellos, cuando se los soltara por la noche para dormir, debían de llegarle hasta las nalgas. Intentó encontrar su mirada en cuanto entró y se sentó en el taburete, pero aquella muchacha con modales de virgen púdica la había rechazado. Y, cuando cogió la mano de Metalla para empezar a arreglarle las uñas y ésta retuvo varias veces los dedos de la manicura entre los suyos, y sobre todo en el momento en que acabó y se dispuso a levantarse para salir, había puesto cara de no comprender, cuando el mensaje estaba clarísimo: Metalla quería acostarse con ella. Otra lo habría entendido, pero ésta…

Metalla sintió algo en la parte inferior de su vientre, el deseo que experimentaba después de tres semanas sin placer, desde la muerte de Menesio y desde los azotes. Una vez salió del establecimiento de Certio, Metalla olvidó a aquella muchacha. Roma estaba llena de esclavas hermosas que no pedían sino hacer el amor, sobre todo con Metalla, que hacía delirar al graderío del circo enfundada en su coraza de cuero blanco y con el sol que refulgía en las hojas de las hoces de su carro de combate. Pero, de pronto, hoy, tras las horas ardientes de su delirio, los fugitivos minutos en la cabina regresaban con una claridad y una precisión asombrosas, como si estuvieran destinados a tener una importancia irreemplazable. Seguramente era porque la muerte de Menesio la devolvería a lo que constituía el verdadero amor al que Metalla estaba abocada, el amor que le podía dar a una muchacha y recibir de ella.

A ésta, con sus grandes ojos y sus pechos puntiagudos que no concordaban con un porte de virgen, la quería; y enseguida. A ésta y no a otra. Esta joven había puesto cara de no entender, pero esta vez comprendería; y si no lo hacía, Metalla le pediría a Certio que interviniese. Certio no podía negarle a Metalla una de sus esclavas.

Metalla se incorporó para sentarse en la cama. Aquel movimiento le causó dolor, pero no tanto como había temido. Luego estiró el brazo y golpeó el pequeño gong para que Hiddith acudiera.

–Quítame las vendas -le ordenó-. No me mires de esa forma. Sé lo que vas a decirme, pero no servirá de nada. Quítame todo esto. Voy a ir a Roma.

Hiddith buscó las agujas de plata que sujetaban los vendajes y se resignó a quitarlos y enrollarlos.

Metalla golpeó el gong dos veces y las camareras entraron por la puerta pequeña. Les dijo que la vistieran. Se sentó en la cama, con los pies en el suelo, mientras las muchachas se apresuraban a ir en busca de unas cuantas túnicas y botas, entre las cuales su señora escogería. La esedaria se puso en pie, pero notó que la cabeza le daba vueltas y volvió a sentarse. Sostuvo la mirada reprobadora de Hiddith para darle a entender que no cambiaría de

opinión e hizo un nuevo intento.

Se decidió por una túnica y un par de botas con largas cintas entrelazadas. – Ve a decir que enganchen el carro de madera de sándalo -le ordenó a continuación a una de las esclavas, que salió inmediatamente hacia los establos. El carro de aromática madera era un vehículo ligero que se enganchaba a dos caballos bretones, con una suspensión perfecta. Cuando estaban en estación seca, Metalla lo utilizaba para trasladarse a Roma por un camino de arena dorada que conducía a la capital siguiendo un recorrido paralelo a la vía Appia, entre los jardines y vergeles de las grandes propiedades. Los ricos lo habían hecho construir para su uso exclusivo y pagaban su mantenimiento para evitar las aglomeraciones y los adoquines de la gran carretera. Los caballos galopaban por allí con soltura mientras no cayeran lluvias demasiado abundantes que dificultasen el tránsito.

Certio acompañaba a su clienta Nimfidia Pomposiana, la esposa de Metio Pomposiano, hasta lo alto de la escalera por la que se accedía al jardín, para salir a la vía Lavinia tras haber gozado de los cuidados y las cremas de belleza del salón más señorial de la Ciudad.

Desde lo alto de la galería que recorría la fachada del elegante inmueble donde ejercía su arte, Certio vio detenerse el carro de la esedaria. Si no toda Roma, al menos los iniciados, y por consiguiente un peluquero como él, en cuyo establecimiento los cotilleos van de un sillón a otro, sabían ya que la esedaria de Menesio había recibido el mismo día el látigo por su insolencia y el pergamino que la convertía en una mujer libre.

Con las botas que le llegaban hasta las rodillas, Metalla comenzó a subir los peldaños sin aparentar ninguna molestia, pues sabía que tendría un aspecto ridículo si se notaba que le dolía la espalda, aun cuando las llagas se le abrieran de nuevo.

Certio fue a su encuentro.

–¡Metalla! – exclamó, interpretando su personaje de peluquero mundano-. ¡Estás más hermosa que nunca! ¡Hermosa, rica y libre!

Retrocedió un poco para contemplarla, conservando las manos de la amazona entre las suyas.

–¡Qué absurdo que tenga que ocurrir una desgracia como la pérdida de Menesio para obtener tu felicidad! – dijo, esta vez en tono confidencial.

Al cogerla de la cintura para conducirla a una cabina, la esedaria hizo una mueca de dolor.

–¡Oh! Perdón, querida -dijo en voz todavía más baja-. Vas tan erguida que había olvidado que el galo no sólo te había ofrecido algo bueno… Metalla optó por reír.

–Toda Roma lo sabe, ¿no es cierto? – preguntó.

–Todos los que cuentan en Roma, sin lugar a dudas. Ese Sila… Desde que no se habla más que de él, no paran de ocurrírsele cosas extraordinarias. Y ahora, ni siquiera tienes derecho a odiarlo, siendo su liberta -prosiguió, haciendo pasar a la esedaria a una de las cabinas más lujosas de la casa-. Además, seguro que acabas queriéndole. A ti te gusta la sangre y la fuerza bruta. Él, galo, y tú, bretona, sois los dos auténticos romanos, en la mejor tradición. Yo, pese a haber nacido en el Lacio, con mis maquillajes y mis postizos soy de esos que aportan decadencia…

En la cabina había una camilla de masaje, una mesa de aseo con un gran espejo ovalado de plata perfectamente bruñida, un sillón provisto de un mecanismo que permitía inclinar a voluntad el respaldo y bajar el asiento, y dos o tres taburetes con un cojín para las operarias.

–¿Quieres que te den un masaje primero? – preguntó Certio-. ¿Tu espalda lo permite?

–No creo -respondió ella.

–En todo caso, pueden masajearte el resto del cuerpo. Y después te lavarán

el pelo. ¿Quién quieres que se ocupe de ti?

–Da igual, quien quieras -contestó Metalla en tono desganado para despistar-. Aunque, ahora que me acuerdo -rectificó inmediatamente después-, hace algún tiempo una muchacha morena con unos ojos muy negros me arregló las manos y los pies. Lo hacía muy bien. ¿Puedes enviármela? ¿Sabes a quién me refiero?

–¿Una muchacha morena? – repitió él, examinando las manos de su clienta-. ¡En efecto, tus manos necesitan ayuda! Muchachas morenas hay varias…

Certio conocía la inclinación de Metalla por las chicas y empezaba a pensar que la esedaria había ido con un plan muy preciso. Esa joven debía de haberle caído en gracia la última vez.

–¿No te acuerdas de su nombre?

–No -contestó Metalla, que ahora se reprochaba no haber intentado averiguarlo-, no presté atención…

Al menos, se sintió satisfecha de poder utilizar ese error que había cometido para hacer creíble su indiferencia.

–¿Cómo es, aparte de tener el pelo castaño?

–Lleva un moño y tiene los pechos puntiagudos… Ahora recuerdo que llevaba un vestido largo, de estilo oriental.

Certio se echó a reír.

–Los pechos puntiagudos no te pasaron por alto… Creo que sé de quién me hablas. Mientras ella te arreglaba las manos, tú cogiste sus dedos entre los tuyos y ella fingió no darse cuenta, ¿verdad?

Metalla notó que una especie de rubor inundaba su rostro. Se sintió

sorprendida, pero aquella emoción inusual concordaba con lo que había empezado a experimentar por aquella belleza de ojos negros. Se echó también a reír para disimular su turbación.

–¡Eres muy indiscreto, Certio! ¿Cómo adivinas esas cosas?

–Conozco a esa chica, y te conozco… Estoy seguro de que intentaste que se interesara por ti…

–No lo ocultaré, pues. Pero ¿sigue aquí? – preguntó, con una sombra de inquietud en la voz.

Las muchachas no permanecían mucho tiempo en su empleo en el salón de Certio. Las patricias o sus esposos se las compraban al peluquero por un precio diez veces superior al que él había pagado, para disponer de ellas en exclusiva.

–Ésta, sí -respondió Certio, arrodillándose ante Metalla para quitarle las botas-. Me la han pedido muchas veces, pero he dicho que no. Y tú atacas con fuerza -prosiguió, desatándole las cintas-. Ella no hace el amor…

Metalla permaneció unos instantes en silencio. El hecho de que la joven no hiciera el amor complicaba las cosas. Pero también le proporcionaba un atractivo inesperado.

–¿Cómo se llama?

–Alya -dijo Certio, mientras le quitaba la primera bota-. Te enviaré dos chicas. Te harán un masaje y te lavarán el pelo. Luego haré venir a Alya para que te peine y te arregle las manos. Porque ahora peina; la hemos enseñado. Y te dejaremos sola con ella. ¿Es eso lo que quieres?

–Sí -contestó la esedaria con decisión-. Es a ella a la que quiero. Nada en el mundo le impediría tener a esa chica.

–Te lo advierto -prosiguió el peluquero, mientras se dirigía hacia la puerta

de la cabina para salir, tras haber dejado las botas en un mueblecito bajo-, es judía. Y se toma muy en serio su religión. Vino a Roma como la hija de uno de los cautivos de cierto rango traídos por Tito tras la toma de Jerusalén. Ese cautivo murió el año pasado. Pertenecía a un administrador militar que estuvo en aquellas tierras, llamado Mummio, al que conozco y al que le compré a Alya, por su belleza, tras la muerte de su padre. Pero me la vendió con la condición de que la cuidaría y velaría porque llevara una vida digna. No te oculto que estuvo muy enamorado de ella. Una noche la llevé a mi casa, a mi villa de Ostia, a orillas del mar…, me entiendes, ¿no?, un hermoso decorado, el claro de luna…, y la desnudé. Estaba muerta de miedo. Entonces me dijo que era virgen y que podía poseerla si quería, que ella no podía impedírmelo, pero que al día siguiente se cortaría las venas. –Certio tenía el pomo de la puerta en la mano. Se volvió hacia la esedaria antes de salir-. Le contesté que iba a pensarlo. Creía que ella no mentía. Estaba tumbada, desnuda. Era espléndida. Le dije que se vistiera y que podía quedarse a dormir en mi habitación, que yo dormiría fuera. Salí, y no regresé pese a las tentaciones que tuve de hacerlo durante toda la noche. No pegué ojo, por la decepción que sentía y, ¿por qué no decirlo?, por la pena que me daba. Después de todo -concluyó con una sonrisa-, tú eres una mujer y contigo no será lo mismo. Tal vez a ti te consienta gestos y caricias que, de todas formas, no le arrebatarán su virginidad…

Iba a cerrar la puerta a su espalda, pero asomó la cabeza para decir:

–¡Manténme al corriente!

–¡Espera, Certio! ¿cuánto pides por ella?

El peluquero de moda adoptó una actitud más seria.

–Mucho dinero, evidentemente. Posee un gran valor para mí y todavía más para ti, si no me equivoco. Así que…

–¡Di un precio! – repuso la esedaria, con una impaciencia en la voz que revelaba una vez más su estado.

–Trescientos mil sestercios -dijo Certio.

–De acuerdo -replicó fríamente Metalla-. Haz que preparen el acta de venta. Me la llevaré esta noche y te enviaré el dinero mañana a primera hora. Certio se echó a reír.

–¡Por todos los dioses! Una mujer enamorada es diez veces peor que un hombre. Querida, era una broma. Sólo soy esteticista, no ejerzo el prestigioso oficio de leno… Pagué por Alya ocho mil sestercios. La he convertido en una belleza y la he enseñado a vestirse y a caminar, pero ¿por quién me tomas? Me conformaré con dieciséis mil. – Hizo una pausa para reflexionar-. Aunque -prosiguió- está la promesa que le hice a Mummio. Debes mantenerla en mi lugar si te encargas de ella: tienes que proporcionarle una vida envidiable.

–Ésa es precisamente mi intención -repuso Metalla. Certio se había acercado de nuevo a su clienta.

–Te propongo el trato siguiente -dijo-. Me doy por satisfecho con los dieciséis mil sestercios, y me los pagarás cuando ella tenga el primer orgasmo contigo. Si la cosa no funciona, me la devuelves. Así, habremos complacido a Mummio. Sonrió y salió, esta vez de verdad.

Certio se dirigió a su despacho, que daba a través de tres ventanas al jardín, donde la hojarasca de los limoneros amortiguaba los ruidos de la calle contigua. Por el camino se cruzó con su secretario Aniceta y le ordenó que le enviara a la joven judía.

Alya no tardó en aparecer, provista del material de manicura necesario con el cual, según la opinión general, hacía maravillas. Permanecía en pie ante la mesa escritorio tras la cual su amo se encontraba sentado. Éste observó que estaba todavía más guapa y se preguntó cómo un cuerpo tan bello, una boca tan sensual y unos ojos tan grandes podían amoldarse a la abstinencia a la que los condenaba una religión inhumana. Los judíos eran realmente unas curiosas criaturas. Se les acusaba abiertamente de prácticas infames y, al mismo tiempo, se veía a esa muchacha de aspecto tan sensual condenarse

a reprimir los deseos más legítimos para no transgredir las prohibiciones de su religión.

Certio simulaba comprobar las hojas de papiro extendidas ante él, en las que Aniceta reflejaba las cuentas del salón. Finalmente, alzó levemente los ojos hacia su esclava.

–Alya, no puedo seguir conservándote. Haces muy bien todo lo que haces y le gustas a todo el mundo. A mí, si me permites decirlo, me gustas demasiado… Y, dado que me negaste lo que te pedía y que, con el tiempo, mi pesar va en aumento, he pensado que era preferible que me separase de ti.

La joven se había quedado pálida. Certio no pudo evitar saborear un instante de venganza. La joven tenía miedo. Se había negado a entregarse a él y ahora se daba cuenta de que lo que la esperaba fuera podía ser terrible.

–Como sabes -continuó el peluquero-, le prometí al administrador Mummio velar por tu posición. De hecho -dijo, sonriendo y mirándola esta vez a los ojos-, cuando quise que vinieras a mi cama, entre otras cosas pensaba que era una forma de mantener mi promesa. Aquí, la mayoría de las jóvenes aspiran a ser la amante de Certio, lo sabes, ¿verdad? Pero, puesto que eso no fue posible, deseo que te conviertas en la propiedad de alguien que te aprecie lo suficiente para protegerte sin presentar los inconvenientes que yo tenía a tus ojos la noche en que te llevé a mi casa, en Ostia…

-Certio observó la palidez de su rostro. «¿Lo lamenta?», se preguntó. – La esedaria Metalla -prosiguió-, a la que ya conoces y que acaba de heredar una parte de la considerable fortuna del patricio Menesio, está muy interesada en ti… Me ha ofrecido trescientos mil sestercios, el precio que se paga en el circo para tener un cochero famoso. En estos momentos necesito dinero, pues debo renovar toda la decoración del salón. Me han presentado un proyecto espléndido, pero carísimo. En cuanto a ti, si sabes comportarte con Metalla, tu presente y tu porvenir estarán asegurados. La propia Metalla era esclava hace apenas dos semanas. Ocupa una posición única en Roma,

al ser propietaria de la mayor escuela de gladiadores el año en que se organizan unos juegos como jamás se han visto…

–Tú eres judía, y sabes que, aquí, tanto los judíos como los cristianos están constantemente amenazados. Bajo la protección de Metalla no te ocurrirá nada… -Se levantó y se dirigió a una de las ventanas, miró el jardín y luego se volvió hacia ella-. Me dijiste que te matarías si te arrebataba la virginidad. Otro en mi lugar no te habría evitado hacerlo. Morirás, en efecto, porque no podrás sobrevivir en esta ciudad, tal como eres, si no le perteneces a alguien a través de tu cuerpo. Ve a explicárselo a tus sacerdotes judíos. ¡No eres una vestal a la que protege la ley castigando con el peor de los suplicios a quien pretende poseerla!

–Ahora sólo depende de ti que el sentimiento que le inspiras a Metalla sea algo más que un capricho. A ella la pueden matar en la arena, pero también puede renunciar a combatir si ejerces la influencia suficiente en ella como para pedirle que lo haga… -Se acercó a ella, la tomó entre sus brazos y le dio un beso en los labios-. Ahora, vete -le dijo-. Metalla está en la cabina jazmín, esperándote. Que Afrodita te proteja, si tu Dios no quiere mezclarse en este asunto…

Certio se dirigió al escritorio y se sentó mientras ella salía. Sintió tristeza. Le había mentido diciéndole que todavía le apenaba que lo hubiera rechazado en Ostia, aunque ahora se preguntaba si eso no estaría convirtiéndose en una realidad. Entonces entró Paulina, que probaba un nuevo tinte para los cabellos de Petina, la esposa del cuestor Lidio Salvidieno, la cual nunca estaba contenta con nada, para suplicarle que fuera a la cabina y la ayudara a convencer a aquella insoportable mujer que el color era todo un acierto. Y, como aquello era una cuestión importante para un peluquero apasionado por su oficio, olvidó lo que creía sentir por Alya.

Al llegar a su casa con Alya, Metalla le ordenó a Hiddith que se encargara de que nadie volviese a entrar en su habitación, donde en lo sucesivo deseaba estar sola con la joven judía. A ésta, la esedaria le comunicó que tendría que ocuparse de su ropa, sus cabellos y su cuerpo, sin que ninguna

de las demás esclavas de la casa la ayudara.

Aquella primera noche, en la inmensa habitación con suelo de lava que terminaba en el estanque de los lotos, Metalla le pidió a Alya que la desnudara. Le recordó que tenía en la espalda cicatrices apenas cerradas y que debía llevar cuidado. Al quitarle la túnica a su señora, Alya vio la espalda torturada. Ante la visión de las crueles cicatrices, emitió una exclamación que expresaba tanto sorpresa como compasión.

Metalla miró a la joven.

–Eso es lo que les sucede a los esclavos que desafían a su amo -erijo. La emoción que la muchacha había experimentado sinceramente ante las terribles marcas violáceas se mezcló con la amenaza que se podía intuir en la frase irónica pronunciada por la esedaria. Las palabras que le había dirigido Certio para hacerle ver la fragilidad de su destino de esclava volvieron a su memoria. Al mismo tiempo, Alya descubrió el cuerpo entero de aquella mujer que mataba en la arena y guiaba una cuádriga con sus musculosos brazos. Vio el vientre plano y duro, el dorado vello en la linde de los poderosos muslos y aquella cicatriz en la cara, que imaginó ensangrentada el día en que la hoz asestara el tajo… Todo eso se sumó para inspirarle una inmensa turbación a la joven, la cual pensó que su cuerpo jamás había sido tocado y jamás había sufrido. Hasta entonces había vivido protegida por su padre y el alto rango de éste, por el administrador Mummio, hombre prestigioso perteneciente a la orden ecuestre, y finalmente por Certio, que cedió sin luchar contra la negativa de ella.

Sus ojos negros leían en la mirada azul de Metalla todo lo que ésta había sufrido para llegar a ser una de las mujeres más aduladas de Roma, aunque, sobre todo, adulada por el infame populacho que reclama con sus gritos en el circo cada vez más peligro, cada vez más cadáveres…

Metalla sorprendió en la mirada de la joven la debilidad que había invadido a aquella a la que quería convertir en su amante, la cual revelaba que esa virgen no era invulnerable. Sin embargo, decidida a utilizar la paciencia y la astucia, no hizo nada para aprovecharse de ella.

Después de haber desnudado y bañado a su señora, y peinado sus cabellos, Alya la ayudó a ponerse su ropa de cama. Metalla le dijo que ella también le prodigaría sus cuidados. Alya buscó su mirada, pero la esedaria la desvió y empezó a desatar el cinturón del largo vestido que llevaba la joven. El semblante de ésta se había descompuesto. La trampa se cerraba sobre ella… Una vez le hubo quitado la ropa a Alya, la esedaria descubrió todos los detalles del cuerpo, cuyas formas encendían su deseo desde hacía semanas… En el baño, al principio Alya mantuvo las manos sobre sus pechos para protegerlos. Metalla fingió no percatarse de la mirada púdica e inquieta que su víctima le dirigía, y, cuando se dispuso a enjabonarle todo el cuerpo, las manos se apartaron.

Acabado el baño, y después de secar el cuerpo, la esedaria condujo a la joven a la habitación, se metió en la cama y le ordenó que apagara las lámparas. Alya cerró las puertas plegables que aislaban la estancia durante la noche. Era una noche sin luna. Sin embargo, llegaba bastante luz del cielo claro, en el exterior, para que se pudieran distinguir las formas de los muebles. Metalla, que acechaba sus movimientos, vio a la joven regresar hacia el lecho y luego vacilar. Por fin se acercó y se sentó sobre las pieles de pantera que había junto a la cama, en el lugar donde Hiddith había velado a su señora durante sus noches de fiebre. Metalla distinguió en la oscuridad que había colocado las manos sobre las rodillas y que permanecía así, inmóvil, sin lugar a dudas turbada por la ambigua situación en la que se hallaba.

La esedaria la dejó en ese estado cierto tiempo, dudando ella misma sobre lo que debía hacer.

–No quiero que duermas en el suelo -dijo finalmente-. No eres mi perro. Ven a la cama.

Buscó su mano y la atrajo hacia sí. Alya se levantó para obedecer. La esedaria creyó notar que la mano de la joven se abandonaba en la suya, pero consideró que era preferible ser paciente. En otra época, Vibio la había sometido a latigazos. Ella, en cambio, atraparía a Alya en sus redes igual

que se captura a un pájaro. Además, estaba cansada después de su primer día de convalecencia, pasado conduciendo el carro hasta el centro de la Ciudad y experimentando todas las emociones que le habían provocado tanto su conversación con Certio como su creciente pasión por la muchacha. Ésta permanecía ahora tumbada e inmóvil a su lado; aún no estaba vencida, pero sí cautiva.

Metalla procuró no tocar el cuerpo de su compañera y se sumió en el sueño.

Antes de amanecer, Metalla, que siempre se despertaba muy temprano para ir a entrenar a sus tiros en la palestra, abrió los ojos antes que su compañera de cama. La miró dormir a la primera luz del alba, saboreando la dicha de tenerla a su merced. Alya estaba soñando y pronunciaba en voz baja palabras en hebreo. Luego se movió, y su hombro y su rostro entraron en contacto con el brazo de la esedaria. En lugar de apartarse, ésta se acomodó de manera que las dos pieles se unieran con más fuerza. Entonces la invadió el deseo. A través del camisón entreabierto, veía los pechos de la joven. El calor del brazo desnudo de ésta le quemaba. Metalla acercó todo lo posible su boca a la de su esclava y aspiró su aliento. Experimentó una felicidad deliciosa y más deseo aún, y bajó la mano hacia su clítoris para acariciarlo. Su mirada iba de los pechos de la durmiente a su boca, y Metalla no tardó en tener un largo orgasmo que la hizo gemir profundamente. Se apartó de la muchacha de inmediato y permaneció inmóvil junto a ella, saboreando el placer de la saciedad mezclado al de la posesión de su esclava, pues ya era poseerla tenerla junto a ella en el calor de la cama.

Metalla aprovechó las dos noches siguientes para acostumbrar a la joven a la intimidad de sus cuerpos. Y así, Alya se encontró, en la oscuridad de la habitación, durmiendo con la cabeza apoyada en el hombro de su ama. Ésta, habiendo observado que la muchacha tenía el sueño profundo de un niño, la entrelazó suavemente durante la noche sin despertarla. Cuando se despertó por la mañana, intentó desasirse de la esedaria, pero ésta la retuvo sin decir palabra. La joven no opuso resistencia y se abandonó contra el costado de su señora. Metalla, viendo en ello el inicio de un consentimiento, volvió la cabeza hacia ella y la besó en la boca, aspirando su aliento, pero sin intentar penetrar sus labios para darle al beso una apariencia casta…, mientras el

fuego ardía entre los muslos de la enamorada, resuelta a todas las hipocresías para lograr sus fines.

Sin embargo, en el transcurso de la tarde que precedió a la cuarta noche de su concubinato, Metalla comprendió que no tendría paciencia para esperar más tiempo el momento de las auténticas caricias. Resolvió actuar, incluso aunque tuviera que recurrir a amenazas si la joven la esquivaba. Tal cosa iba en contra del compromiso que había adquirido con Certio, pero debía poner fin a la situación de una vez por todas. Aquella muchacha no podía seguir viviendo en su sueño, y Metalla, por su parte, frustrada y nerviosa, notaba que perdía confianza en sí misma, lo cual resultaría peligrosísimo llevando las riendas de cuatro caballos atiborrados de avena para ponerlos rabiosos y blandiendo un pilum, que en ningún caso debe desviarse de su objetivo.

Una vez apagadas las lámparas, y mientras ambas reposaban una junto a otra a la débil luz de la estancia, Metalla se sentó en la cama y le ordenó a la joven que la ayudara a quitarse el camisón, cosa que ésta hizo.

Ahora estaba desnuda. Cogió la mano de la joven judía y la colocó sobre uno de sus pechos. Luego cogió los dedos de esa mano entre los suyos, a fin de enseñarle cómo acariciar. El pezón se irguió enseguida. Por muy inocente que fuera, Alya no podía ignorar lo que se esperaba de ella. ¿Podía negarle la esclava esa atención a su ama? No era la costumbre en Roma… Alya se aplicó, consciente de que no tenía escapatoria. Metalla buscó entonces la otra mano de la muchacha y la colocó sobre su otro pecho. Alya tuvo que apoyarse en su señora, y su brazo entró en contacto con el pecho de ésta. La respiración de la esedaria, cuyos pechos se habían endurecido a causa del placer, se volvió entrecortada. Exhaló un primer gemido. La caricia de Alya se tornaba nerviosa, como si también ella empezara a excitarse. La naturaleza, durante mucho tiempo reprimida por las decisiones en las que la joven se encerraba, reclamaba lo que se le debía, y las barreras cedieron cuando la joven judía vio la mano de su ama dirigirse a su propia entrepierna y moverse al ritmo del movimiento que le imprimía para llevar a su clítoris al orgasmo. Metalla se daba cuenta de que ahora ambas compartían una emoción común. Asió firmemente una mano de Alya, la condujo hasta su entrepierna y guió los dedos hasta el clítoris. Alya no tuvo

ninguna dificultad para comprender lo que tenía que hacer a fin de conducir a su señora a la cima del placer.

Los gemidos de la esedaria, transportada por el goce de sentir el contacto de los dedos de la joven de la que estaba enamorada, se volvieron imperiosos, y su pubis se alzaba en movimientos que anunciaban el desenlace. Metalla acechaba el rostro de su esclava, que entraba a su vez, con la mirada perdida, en un estado de excitación. Le arremangó el vestido sin que la joven virgen se lo impidiera ni interrumpiese lo que estaba haciendo, y la mano de Metalla se abrió un camino entre los muslos cerrados, que se abrieron de inmediato. Allí encontró un valle húmedo, y los dedos se detuvieron en un clítoris hinchado. Entonces, la esedaria no pudo contener el orgasmo, aunque no dejó de acariciar a su compañera, que ahora se dejaba caer hacia atrás en la cama, perdiendo conciencia de todo lo que no era el placer.

Apenas satisfecha y sintiendo que la victoria era suya, Metalla se inclinó sobre el pecho de la joven y tomó uno de sus senos en su boca. Comprendió que el movimiento de sus dedos, unido a aquella nueva caricia, iba a desencadenar el orgasmo de la muchacha. Se abalanzó sobre su sexo y le separó las piernas para acabar con la boca lo que acababa de empezar. Alya, crispando los dedos en la rubia cabellera de la esedaria, dejó escapar un potente grito…

Metalla regresó a su lado. Permanecieron un rato inmóviles, sin hablar. Luego la esedaria, apoyándose en un codo, se incorporó y cogió con la mano el rostro de la joven, que ésta escondía por pudor y vergüenza, volviéndolo de lado.

Metalla la obligaba a mirar a su ama de frente.

–No tendré necesidad de hacer que te azoten -susurró ante la boca de la vencida.

Cincinato abandona el arado

La noticia de que el ex prefecto de la annona, Lépido Prisco, había regresado del campo para presentarse al tribunado en el puesto del difunto Menesio se había extendido por Roma. Numerosos agentes electorales profesionales, políticos sin partido, propagadores de rumores y corredores de noticias acudían al palacio Menesio para ver con sus propios ojos al Cincinato que osaba interponerse a los proyectos de la temible facción capitaneada por Lacertio.

Franqueaban sin dificultad las defensas de la poterna de entrada, pues Nestomaros había dado la orden de que la abrieran de par en par. Toda la Ciudad debía poder contemplar al honrado hombre que recogía el guante que la extraña muerte de Menesio había dejado en el suelo.

En el gran atrio donde los esclavos, vestidos con un lino impecable, ofrecían a los visitantes sorbetes y bebidas refrescantes, Lépido, con el rostro bronceado por el sol y el aire del campo, permanecía al lado de Sila y recibía los cumplidos que varios habituales del Foro dirigían a su valor.

–¡He aquí la virtud romana de regreso a esta ciudad! – exclamó el senador Licinio Muciano, estrechando los vigorosos brazos de Cincinato entre los suyos-. ¡Somos muchos los que estamos contigo de corazón, Lépido! Es preciso que César, cuyo comportamiento es el de un príncipe justo, sea ayudado en las magistraturas por hombres no menos justos.

Lépido, con su toga perfectamente drapeada, sonreía plantado sobre unas sólidas piernas que habían caminado durante siete años tras sus yuntas de bueyes. Bajo su peluca gala, Nestomaros lo observaba con cierta ironía. Por grande que fuese la sinceridad de su deseo de servir al Estado y al pueblo, no había lugar a dudas, como le había predicho el ex cónsul proscrito a Sila, que el ex prefecto de la annona se regocijaba de estar de nuevo en Roma y de ser el punto de mira de innumerables ojos.

El virtuoso Acilo Gabrion, que no se había enriquecido durante sus sucesivos proconsulados, así como Culpio, el hijo de Numerio Istacidio, que se negó a agachar la cabeza ante Vespasiano -pese a no ser éste demasiado tirano- y a saludarlo con el nombre de Imperator, y algunos más, preocupados por lo que se preparaba con Lacertio, le aseguraban al candidato al tribunado que le apoyarían con toda su influencia.

–¿Y los juegos? – preguntó uno de los corredores de noticias que habían ido a husmear con los demás mediadores-. ¿Vas a ofrecer, Lépido, los juegos con los que Menesio quería obsequiar a la ciudad para la inauguración del anfiteatro?

–Los ofreceremos -afirmó Lépido- en memoria del patricio injustamente golpeado por una suerte funesta y una mano criminal. Sila, su heredero, que hoy os recibe, ha firmado todas las actas que nos comprometen a hacerlo…

–¿Cuántos animales y parejas de gladiadores podemos anunciar? – preguntó otra voz.

–¡Contamos con reunir cinco mil fieras salvajes y tres mil parejas de gladiadores!

En el atrio sonaron exclamaciones de asombro, pues jamás se habían visto reunidos tantos luchadores y fieras salvajes en una arena de Roma desde que existían los juegos, ni siquiera desde que Cayo Julio César los había convertido en el espectáculo imperial por excelencia.

–Organizaremos un combate con seis trirremes en la naumaquia -añadió Lépido.

Los constructores del Coliseo habían desviado un río a fin de transformar la arena en un gran estanque donde varias naves podían enfrentarse al abordaje. – Lacertio jamás podrá hacer algo así -comentó uno.

Otros le replicaron y una algarabía de controversias se elevó entre la

asistencia.

–¡Lépido! – intervino otro-. ¿Y Metalla? ¿Contarás con ella para los juegos?

El famoso nombre de la esedaria hizo callar a todo el atrio. La novelesca historia de la manumisión de la ex amante de Menesio continuaba interesando a la Ciudad.

–¡Sila! – inquirió otra voz-. ¿Por qué no está ella presente cuando anunciáis vuestras intenciones? ¿No debería, siendo una liberta, asistir a un acto semejante?

–¡Ahora ya no puedes hacer que la azoten! – aventuró otro, provocando risas por su insolencia.

Sila, sin decir palabra, le hizo una seña con la cabeza a su joven abogado Honorio, invitándole a responder en su nombre.

–La semana pasada firmamos un contrato con los Amarillos rayados de verde, según el cual éstos asumen todos los compromisos que Menesio esperaba de su escuela de gladiadores cuando aún le pertenecía -dijo el joven abogado, adoptando un aire presuntuoso-. Y, dado que Tito César ha publicado un edicto según el cual a partir de este momento abría el anfiteatro a los conductores de carros, a fin de que pudieran familiarizarse con el lugar, la esedaria Metalla se

ha desplazado hoy mismo allí para tomar sus cuarteles. Así pues, combatirá con la cartaginesa Achaica, según los términos del acuerdo establecido anteriormente con los representantes de Lacertio…

–¡Y matará a la negra! – afirmó una voz, provocando de inmediato un tumulto de exclamaciones contradictorias.

Sentada en la tribuna de los propietarios de escuelas de gladiadores, en compañía de las demás muchachas del séquito de la esedaria Metalla, Alya,

con un nudo en la garganta, contemplaba por primera vez, en el grandioso circo de piedra nueva con las gradas desiertas, a su ama, a su amante ataviada de guerrera, asiendo las riendas de su cuádriga y conduciendo el carro de combate al galope. Hasta entonces, la esedaria se había negado a dejar ir a Alya a la palestra; luego, ante su insistencia, había cedido. Además, ¿qué le negaría ella a la joven judía? Para gran sorpresa de Hiddith y de las demás, que hasta aquel momento habían visto despedir tras una noche en su cama a las muchachas que hacía que le enviaran, Alya continuaba reinando en los sentidos de la esedaria y sin duda también, como la mayoría de las esclavas empezaban a pensar, en su corazón.

Alya, por su parte, había sido conquistada. Hacía tres semanas que pertenecía a la esedaria. En los días anteriores a su visita a Roma, cuando su señora la dejaba sola en los aposentos de la escuela, Alya se había esforzado por volver a ser lo que era antes de la noche en que la esedaria le mostrara el placer, pero se sentía impotente ante el hechizo que la unía a la salvaje mujer que mantenía entre ambas ese placer, el cual se renovaba una noche tras otra. «¿Es esto el mal?», se preguntaba la joven, tumbada junto al estanque de los lotos. La tensión dolorosa y arrogante en la que su religión la había mantenido hasta entonces, centrada en sustraerse a ese mal encarnado, según le habían dicho, en los excesos en los que se revolcaba la Ciudad, con sus prostituidos de ambos sexos y todas las edades que ofrecían su cuerpo y sus prácticas más impúdicas en plena calle a diario, esa tensión había desaparecido… De su amante no recibía sino hábiles caricias, cuya necesidad sentía ahora en lo más íntimo de su cuerpo. La esedaria le daba también lo que nunca había recibido, a no ser en cierto modo de su padre cuando vivía: ternura. Después del orgasmo venían la dulzura del apaciguamiento compartido, la presencia de un cuerpo amigo al lado del suyo, el beso casto que se daban antes de sumirse en el sueño, y todo ello sucedía en el costoso decorado que los arquitectos de Menesio habían dispuesto para la gladiadora que valía millones de sestercios en el mercado del circo…, ese circo romano donde los aurigas que conducían las cuádrigas en la arena se mataban a los veintitrés años, tras haber amasado una fortuna que tan sólo algunos patricios poseían. Si eso era la felicidad, ¿era la felicidad el mal? Ciertamente, Alya sabía que había pecado contra la pureza y que ya no era la virgen que había sido. Pero ¿no tenía el deber de

amar a su señora, y la ardiente necesidad que ésta tenía de ella no debía ser colmada? ¿No era amor, ese amor que su religión exaltaba, darle a aquella mujer condenada a la muerte, con el rostro marcado, azotada tras haber sido sacada de una apestosa ergástula -esas ergástulas que Alya, cautiva de lujo, no había conocido jamás-, darle lo que había mendigado? Porque la noche en que le pidió que la acariciara, le había mendigado a Alya…, la joven ahora lo comprendía.

Y si tenía ocasión de volver a ver al sacerdote al que iba a escuchar todas las semanas con el resto de la comunidad, cuando estaba en Roma, con el permiso de Certio, sería eso lo que le diría, pidiéndole el perdón de Dios por ese amor prohibido. Nadie de la comunidad sabía el nombre de aquel sacerdote, pues asistía a la reunión con el rostro cubierto con un velo, pero su voz era la del Señor Dios en Roma, y aquella voz no podría decepcionarla…

Las hoces resplandecían al sol, silbaban en el aire cuando los carros guerreros alcanzaban la máxima velocidad en la recta, y los ojos de la joven judía no se saciaban de aquellas terribles imágenes que le mostraban quién era realmente Metalla. Junto a ella, las muchachas aplaudían cuando un carro adelantaba al otro, gritaban de alegría cuando el de Metalla se alzaba para girar, con una rueda en el aire, mientras que ella, Alya, se llevaba la mano al corazón atemorizada, no viendo más que el peligro: el carro que se balancea, las riendas en torno al pecho de la esedaria,' que la derriban y la arrastran por el suelo, al ritmo del galope de los caballos, si no le ha dado tiempo a cortarlas con un cuchillo afilado como una navaja que lleva sujeto a la cintura, a merced de los cascos y las ruedas del carro perseguidor. Metalla podía perecer de ese modo hoy, ante sus ojos, o cualquier otro día. Y estaban las hoces y los venablos, y ese combate que iba a librar muy pronto con la esedaria cartaginesa, que sería mortal para una de las dos…

Sin embargo, el carro de Metalla, después de girar a lo lejos, en la curva del anfiteatro, regresaba hacia la tribuna al galope corto de sus cuatro caballos, y la joven judía veía acercarse la máscara impasible bajo el casco de cuero de la que era su amante, ese rostro que se inclinaba sobre el suyo una vez apagadas las lámparas…

Cuando los ojos de Alya se apartaban del espectáculo que ofrecían las cuadrigas era para ver subir y bajar, en el centro de la arena, las dos plataformas por las que harían salir a las fieras, encerradas en las jaulas del subsuelo… Un alarido de alegría de la multitud saludaría su entrada, la multitud jamás ahíta del sufrimiento de los vencidos, de los gritos de terror de las jóvenes desgarradas por los hocicos ensangrentados. Alya estaba lívida. Veía a los leones, los tigres y los osos que sus compañeras no veían, cuando los mecánicos se aplicaban simplemente a verificarla maquinaria que transportaría a las fieras hasta los condenados, después de haber subido a éstos al nivel de la arena.

1. *Para tener las manos libres y poder lanzar venablos.*

Con lágrimas en los ojos ante esa evocación, Alya se apoyó en el hombro de su vecina, pero ésta reía ante la visión de una rueda de carro que, tras haberse soltado, se dirigía a toda velocidad hacia las patas de un tiro de caballos. Uno de los animales de cabeza, con las patas rotas, mordía la arena, arrastrando en su caída a sus compañeros.

Cuando Alya hubo expulsado de su mente la horrible visión de las fieras y sus víctimas, el carro de Metalla se hallaba parado ante una de las dos puertas del recinto por donde entraban y salían los tiros. Sus ayudantes corrían hacia ella para coger las hoces y tomar las riendas de manos de la esedaria, que se adentró en las entrañas del prodigioso edificio cuya construcción había decidido Vespasiano y que Tito acababa de finalizar. Guiada por uno de los numerosos esclavos ordenanzas del anfiteatro, con su librea de tela marrón, Metalla bajó una de las veintiocho escaleras que conducían, por un dédalo de pasillos flanqueados de enormes piedras, a los establos y los recintos de las fieras, a través de aquellos sótanos donde habían sido acondicionadas más de un centenar de salas, camerinos y locales diversos destinados a los que iban a combatir o a competir en el anfiteatro, así como a los funcionarios encargados de la organización de los juegos y del aprovisionamiento de los actores del drama, a los masajistas que se ocuparían de los gladiadores estrellas, a los cirujanos que operaban a los heridos que la multitud y César, levantando el pulgar, decidirían dejar

vivir, y por último, al final de un largo pasillo, a la sala donde finalizaba el destino de aquellos que habían perdido en su reto a la muerte, el spoletarium, donde se remataba a los vencidos que la medicina no podía confiar en salvar o que el capricho popular aniquilaba.

Metalla llegó así a los aposentos subterráneos que le habían sido asignados. Su célebre nombre estaba grabado en uña placa de pórfido rojo colgada junto a la puerta, que le abrió con deferencia el ordenanza que la había guiado hasta allí, pues ella aún no estaba familiarizada con aquel laberinto.

El peluquero Certio, que estaba allí esperándola, avanzó hacia ella cogiendo del brazo a un hombre que le acompañaba y que era ciego.

–Metalla, querida… Te traigo a Orfito, que es el mejor masajista de Roma en estos momentos y se siente muy honrado de dedicarse por entero a ti durante estos juegos memorables…

–Te lo agradezco, Certio, me colmas de atenciones. Pero, por favor, no me beses. Apesto a sudor y a caballo. Estoy empapada de la cabeza a los pies. El sol es lo más peligroso que hay en la arena hoy.

Metalla empezó a quitarse su vestimenta de cuero para ir a continuación a la estancia contigua, donde se veía una pila de piedra llena de agua.

–¿Dónde están tus muchachas? – preguntó el peluquero-. ¿Quieres que Orfito te ayude a bañarte?

–Todas mis muchachas están arriba. Están locas de alegría por ver el nuevo anfiteatro antes que los demás y a los aurigas entrenándose. Llegamos ayer por la noche. Los juegos las excitan…

–¿Incluso a Alya? – preguntó Certio en tono irónico.

–No lo sé -respondió la voz de la esedaria desde la pila, entre el chapoteo del agua-. Lo sabré esta noche -añadió riendo.

–Querida -dijo Certio, que no había vuelto a ver a Metalla desde el día en que había ido a quitarle a la joven judía-, ¡estoy celoso de ti! Has hecho un milagro. Por consiguiente, he venido a cobrar los dieciséis mil sestercios… -Metalla regresaba desnuda del cuarto de baño para ir a la mesa de masaje-. ¡Por todos los dioses, Orfito! – exclamó el peluquero ante la visión del cuerpo de la esedaria en su desnudez-. ¡Tu ceguera es una enorme desgracia! ¡Te priva de un espectáculo conmovedor!

–¿A qué milagro te refieres? – preguntó Metalla en tono festivo, mientras se ponía en manos del masajista.

–¡Pues a la forma en que has metido a esa pequeña judía en tu cama! Siempre se subestima a las mujeres… No creía que pudieses demostrar dulzura. Estaba convencido de que eras una fiera. Olvidaba que las fieras pueden ronronear como los gatos…

–¿Y tú cómo sabes eso?

–Es del dominio público, por decirlo de algún modo, dado que la irreductible virgen no se aparta de ti. La Ciudad chismorrea sobre el asunto. Los más cínicos se burlan de Sila, diciendo que lo rechazaste por preferir a una judía. Los demás te alaban por serle en cierto modo fiel a Menesio más allá de la muerte, reemplazándolo por una virgen. Y además anoche la hice hablar a ella cuando la enviaste en busca de cosméticos a mi casa. Tengo cierto derecho a pedirle cuentas, ¿no? ¡Te ha concedido al cabo de una semana lo que a mí me negó durante un año!

Metalla, con el rostro ladeado sobre la mesa, mostró una expresión satisfecha.

–¡Menos de una semana, Certio! Mis dedos le han ganado la partida a su religión en tres días.

–¡No del todo! – replicó el peluquero-. En vista de que yo la pinchaba al respecto, me dijo que deseaba seguir asistiendo a sus reuniones religiosas, aprovechando que estabais en Roma. Quería que yo te hablara del asunto,

dado que yo le permitía ir…

La esedaria no respondió enseguida, pero lo hizo segura de sí misma. – ¡No se lo voy a impedir! ¿Por qué no me lo ha pedida ella?

–Seguramente tenía miedo de disgustarte. O más bien -rectificó- de desagradarte…

–¿Crees que sus sacerdotes van a apartarla de mí? ¿Qué harías en mi lugar?

–Cuando yo estaba en tu lugar, por decirlo de algún modo, porque, desgraciadamente, no lo estaba en absoluto, es evidente que no debieron de animarla a convertirse en mi amante aunque yo fuera su amo… Pero ¡eso debe alegrarte! Porque, si hubiera sido mía, tú no la habrías tenido tan fácilmente…

Oyeron risas tras la puerta, que se abrió, dejando paso a las esclavas de Metalla que venían de las gradas. Alya entró la última.

–Alya, querida -dijo la esedaria, que acababa de volverse para presentarle su espalda con las cicatrices a Orfito-, acércate… ¿Por qué no me has dicho que querías ir a ver a los judíos? – Metalla alargó un brazo para que la muchacha cogiera su mano-. ¿Crees que iba a negarme? – prosiguió.

–Ama -dijo tímidamente la joven, con la mano de su amante en la suya-, temía…

–Mañana irás -la interrumpió Metalla-. Es el sábado cuando se reúnen, ¿no? Irás, ¡pero luego tienes que contarme todo lo que te dicen allí! Si te dicen algo malo de mí, ¿les harás caso?

–Nunca se dice nada malo de nadie -protestó la joven.

–¿Ni siquiera de los romanos, cuando persiguen a los vuestros? Y cuando os dan de comer carne de niños, ¿tú también comes? – preguntó la esedaria. Alya se había sonrojado.

–¡Eso no es verdad! – exclamó-. ¡Señor Certio! Dile que es mentira todo eso que cuenta la gente de aquí…

La esedaria atrajo hacia sí a la muchacha.

–Escucha -dijo en un tono más grave-. Come lo que quieras, con tal de que luego vuelvas a mi cama…

Se incorporó para sentarse, interrumpiendo el trabajo de Orfito.

–¡Alya! Lo digo delante de Certio, mi amigo, que me ha contado que le amenazaste con matarte si se te obligaba a dejar de ser virgen… No debería hacer pública una confidencia, pero da igual. Y lo digo delante de Orfito, que no te ve, pero sin duda oye muy bien. Y delante de ellos te digo que, si ya no quieres dormir en mi cama y si ya no puedo amarte como lo deseo, ¡te mataré! – Soltó la mano de la muchacha para tumbarse de nuevo-. Y después moriré -añadió, mientras las manos del masajista reanudaban su tarea-. En mi situación, no me resultará difícil…

Certio permanecía en silencio, calibrando el cambio que se había operado en el corazón de la despiadada luchadora desde la muerte de Menesio. – ¡Alya! – prosiguió la esedaria-. No quiero que te quedes ni que vuelvas al anfiteatro. Lamento haberte dejado venir hoy. No quiero pensar, cuando te miro, que tus ojos han visto lo que se ve aquí… Dile a uno de los cocheros que te lleve al palacio. ¡Muchachas! Que una de vosotras vaya en busca de Hiddith. Está en los establos discutiendo con los veterinarios y diciéndoles que los romanos no saben cuidar a los caballos. Traedla aquí inmediatamente.

La esedaria se levantaba de la mesa de masaje en el momento en que Hiddith apareció. La esclava siguió a su ama al cuarto de baño, donde se quedaron solas.

–¡Escúchame! Alya saldrá mañana por la noche para ir a reunirse con los judíos. Disfrázate y síguela. No le digas nada de esto a nadie. Entra donde

ella vaya y luego cuéntame lo que has visto.

–¿Me dejarán entrar? – preguntó la esclava-. ¡Yo no hablo la lengua de los judíos! No entenderé nada de lo que digan.

–Ve de todas formas. Ya veremos.

Hiddith ayudó a su señora a ponerse una túnica y ambas salieron. Orfito se marchaba en aquel momento, guiado por uno de los pequeños esclavos del anfiteatro. Certio se disponía también a marcharse.

–Metalla, ¿qué filtro te ha hecho beber esa joven? – le preguntó.

–El amor. Creía que no me sucedería nunca. Pero ha sucedido. Su boca, sus pechos, sus muslos, su olor… Estoy loca por esa muchacha. ¿Has sentido eso alguna vez, Certio?

–Sí, en cierto modo, dos o tres veces… Pero, en fin, no tenía ganas de matar a nadie…

–Por supuesto, Certio. Tú no estás hecho para eso, pero yo sí… Y debes saber que, si los sacerdotes judíos le dicen algo en contra de mí, les enviaré a mis gladiadores y luego iré yo misma a estrangularlos con mis propias manos, uno por uno… -Y añadió-: Y no quedará nadie en esta ciudad que tenga algo en contra de mí…

El secreto de Alya

Al día siguiente del sábado en que Alya asistiera a la reunión de sus correligionarias, Metalla se levantó de la cama mientras la joven aún

dormía y salió a la antecámara donde Hiddith, sentada con las piernas cruzadas, esperaba que su señora se despertase.

–¿Qué has visto? – le preguntó.

–Me acompañaba Coecilia, que conoce la Ciudad. íbamos con la cara tapada y la seguimos hasta un lugar donde se almacenan materiales para construir casas. Está lejos, cerca de la puerta Ardeatina. Entramos en un patio y pasamos entre montones de arena, de piedras y de sacos de cal, con otras personas que también venían y a las que vi mirar hacia atrás como para asegurarse de que no las seguían. Al otro lado de los montones de material había una cantera, y una galena para entrar en ella. Imitando a Alya y los demás, entramos en esa galería. Primero bajamos una escalera que conducía bajo tierra y llegamos a una salita que estaba oscura. Allí esperaban un hombre y una mujer. A los que llegaban les daban la mano y un beso en la mejilla. Así pues, nos besaron y nos dijeron, no en la lengua de los judíos, sino en latín: «La paz esté con vosotros…». A continuación llegamos a una sala mucho más grande, iluminada tenuemente por lámparas de aceite. Había cerca de cincuenta personas, e incluso niños. Algunas iban con la cara tapada, como nosotras, y otras no. Pasaron unos cestos donde había trozos de pan; los sostenían dos niños, y los demás cogían cada uno un trozo. Observamos lo que hacían los otros. Tenían su trozo de pan en la mano y murmuraban palabras todos a la vez.

–Un hombre de aspecto corpulento, que permanecía muy erguido y también llevaba la cara tapada para que no se le pudiera reconocer, llegó entonces por el fondo de aquella sala y cogió uno de los cestos, después de que todo el mundo se hubiera servido. Él también cogió un trozo de pan, lo alzó un poco para que todo el mundo lo viera y dijo: «Hermanos y hermanas, después de habernos arrepentido de las faltas cometidas, vamos a unirnos con Jesús el crucificado comiendo juntos este pan que él partió para nosotros antes de dejarnos, el día en que tomó su última cena con los doce… Repitamos las palabras que él pronunció aquel día: Allí donde os reunáis para comer este pan de vida que uno de vosotros bendecirá en mi nombre, yo estaré entre vosotros. Es mi carne…».

–Pero ¿qué dices? – la interrumpió la esedaria, estupefacta-. ¡No son judíos! ¡Son cristianos! ¡Alya es cristiana! ¡Está loca! Certio siempre me dijo que era judía…

Hiddith meneó la cabeza.

–Me he informado -lijo-. Después de salir, hablé en la calle con una esclava que tiene más o menos mi edad. Los judíos y los cristianos casi siempre son los mismos. Los cristianos son judíos que se han convertido en cristianos. Cristo era judío, pero no estaba de acuerdo con los sacerdotes judíos de Palestina. Fue crucificado por el procurador de Judea, pero porque los sacerdotes se lo exigieron a éste. Esa mujer me ha dicho que el procurador ni siquiera quería condenarlo. Y los auténticos judíos no aceptan entre ellos más que a judíos, mientras que los cristianos acogen a todo el mundo…

–¿Y qué ha pasado después? – preguntó la esedaria, consciente de la peligrosa situación en la que se encontraba su amante.

Porque los judíos, pese a los crímenes imaginarios de los que se les acusaba, gozaban de ciertos derechos en el Imperio, sobre todo del de no ofrecer sacrificios a César como si fuera un dios. Los cristianos, en cambio, eran considerados criminales según la ley, su culto estaba prohibido y la pena que se les imponía era ser crucificados o devorados por las fieras cuando había ocasión. Nerón había crucificado a miles de ellos tras el incendio de la Ciudad y ordenado que los quemaran como si fuesen antorchas vivientes. Dentro de unos días, los juegos que Tito deseaba insuperables para conmemorar la inauguración del Coliseo podían ser una de esas ocasiones. Metalla descubría que ya no era la única que podía morir en el circo.

–Y Alya, ¿qué hizo?

–Comió pan, igual que los demás. Primero se golpeó el pecho, y lloraba. El hombre corpulento le devolvió el cesto a uno de los niños y comenzó a hablar. Hablaba muy bien. Ha debido de estudiar.

–¿Habló en latín?

–Sí, en latín. Habló sobre todo de los juegos.

–¿Cómo? ¿Él también? – se sorprendió Metalla.

–Dijo que había que rezar por aquellos que iban a morir en el circo, que nunca habían preparado a tantos gladiadores y animales, y que los cristianos debían hacer penitencia y redoblar las plegarias a causa de ello. Entonces murmuraron todos juntos.

–¿Y después?

–Algunos se pusieron a charlar entre ellos. Alya se acercó al hombre que había tomado la palabra y estuvo hablando bastante rato con él. No se descubrió el rostro y no paraba de llorar. Él la consoló poniendo una mano en su hombro y, al final, hizo un signo sobre su frente con los dedos.

Hiddith trazó una cruz.

–La próxima vez iré contigo -dijo Metalla-. Quiero ver todo eso. Regresó a la habitación donde la joven seguía durmiendo. Al otro lado de las persianas salía el sol. Se sentó en la cama y contempló el rostro de Alya, la negra cabellera suelta, los pechos que ya no cubría ningún ropaje y los ojos cerrados que habían llorado esa noche… ¡Una cristiana! Había metido en su cama a una cristiana como las que los leones desgarraban en la arena, ¡y estaba enamorada de ella! ¿Por qué había llorado Alya? ¿Porque las palabras de ese sacerdote con el rostro tapado, al evocar la crueldad del circo, le habían hecho ver la imagen de la esedaria Metalla ensangrentada en el suelo? ¿O quizás había llorado por sí misma, por el miedo a la arena donde también podía encontrar una muerte horrible?

Un rayo de sol iluminaba el lecho. La durmiente abrió los ojos y no vio a su compañera a su lado. Luego se volvió y la descubrió sentada al otro lado. Unas lágrimas empañaron sus ojos de inmediato.

–Alya, Alya, amor mío -dijo la esedaria, inclinándose sobre ella para rodearla con los brazos.

Se sintió invadida por un extraño sentimiento que jamás había experimentado hasta entonces: la necesidad de proteger a aquella paloma, a aquel corderillo.

–¡Te amo, te amo! ¿Me oyes? – dijo-. ¿Qué te han dicho allí abajo, en ese lugar al que has ido esta noche, que te hace llorar?

–Me han dicho que le ruegue a Dios por ti… -Los labios de la joven se apoyaban en la mano, de la esedaria, esa mano que lanzaba venablos y dominaba los tiros de caballos-. Tengo miedo -dijo, sollozando-. ¡Te lo suplico, llévame lejos de aquí!

Un amargo golpe para un cónsul

Pese a que las clepsidras indicaban que las doce de la noche ya habían pasado, Nestomaros seguía sentado a la mesa con dos secretarios contables, en una de las estancias del palacio Menesio destinadas a los archivos y la administración de los numerosos negocios que había dirigido el patricio. El falso intendente galo se esforzaba por poner en claro personalmente las cuentas del palacio, las cuales habían sido falsificadas por su predecesor, el intendente Patrobio, desaparecido tras haber ideado el envenenamiento de Menesio, según la versión del leno Ictios.

Los rostros de los dos esclavos de pluma indicaban la hora tardía todavía mejor que el nivel del agua en el reloj hidráulico. El Proscrito sintió piedad de ellos y los envió a sus habitaciones en las dependencias del servicio. También él abandonó los rollos y las tablillas, dejando para el día siguiente

la conclusión de la operación, y se marchó a través del gran atrio a respirar el aire de los jardines, refrescado por la brisa nocturna, antes de meterse en la cama.

Mientras deambulaba por el gran paseo bordeado de cipreses, vio que uno de los guardias de servicio en la poterna de entrada se acercaba hacia él. – Señor Nestomaros -dijo éste-, te estaba buscando. Las carretas que llevan los cadáveres a las Fosas hediondas acaban de pasar hace un momento por delante del palacio. Uno de los hombres me ha hecho una seña, me he acercado a él y me ha dado esta tablilla, tras haberme hecho jurar que te la entregaría en mano…

–Te lo agradezco, amigo. Pero ¿qué es eso de las Fosas hediondas? – preguntó el Proscrito, que no bajaba jamás la guardia ni olvidaba ser el galo recién llegado de su provincia.

–El lugar donde son arrojados los cadáveres de los desconocidos y de los miserables para quemarlos, señor. Después de la puerta Viminal.

–¡Qué ciudad! – exclamó Nestomaros-. En la Galia. hasta los más pobres reciben una sepultura digna…

–Aquí hay demasiados, señor -observó el guardia-. ¿Puedo retirarme ahora, si me lo permites? Debo regresar a mi puesto…

–Gracias, amigo, ¡y que tengas una buena guardia! – Exclamó el Proscrito, regresando hacia el atrio.

Tras acercarse a una de las lámparas que todavía lo iluminaban, separó las dos tablillas unidas por su cordoncillo y su sello de cera, y leyó lo siguiente: «¡A ve, amigo! Un delator le ha dicho al prefecto de los vigilantes quién eres. Sé de buena fuente que éste irá a apresarte mañana, día de las nonas del mes en curso, en pleno día. Tienes tiempo de organizar tu huida, pero no regreses a nuestras pestilencias, pues temo que el prefecto se haya enterado también de que has vivido aquí. De manera que lo mejor será que te exilies. Tu amigo Sila sin duda te ayudará. ¡Que Mercurio te asista en tu viaje!

Recuerda mi amistad, con… la que sigues contando. ¡Valete!

El Proscrito buscó con la mirada un asiento en la gran estancia vacía, donde revoloteaban murciélagos confundidos por la luz. Se dejó caer en una banqueta con los brazos y las patas de plata maciza, sintiendo de golpe el peso de su edad tras los siete años de su extraño exilio. El tenue murmullo de la fuente que adornaba el estanque situado en el centro del atrio era la única compañía de la soledad del Proscrito, que calculó que había entrado el año setenta de su vida y recordó que un adivino le había predicho a su madre que su hijo, nacido el séptimo día de julio, estaría sometido al número siete. Aquellos siete años, en el transcurso de los cuales había tenido que ir sin cesar de su panteón mortuorio a los disfraces y las imposturas con los que aparecía en el Foro y otros lugares, pesaban enormemente sobre la espalda de un hombre de su edad. El cónsul proscrito notaba que la fuerza que lo había revitalizado al conocer a Sila y abrazar su causa acababa de recibir una herida mortal. Ahora debía renunciar a aquella nueva juventud que había comenzado a vivir en él al entregarse en cuerpo y alma a la empresa del ex oficial galo. No sólo no podía continuar refugiándose en la fortuna de Sila para permanecer implicado en la vida de la Ciudad, sino que además veía claramente que le iba a causar un gran perjuicio a la empresa de su amigo. Los enemigos del heredero de Menesio no dejarían de reprocharle a éste haber elegido como hombre de confianza a un proscrito que había quebrantado el destierro, merecedor del castigo supremo por haber violado durante años la sentencia que lo alejaba de Roma.

¿Huir? Mersennah-Nestomaros negó con la cabeza en el vacío silencioso del atrio. Más bien aceptar el poder del número siete. Aquel séptimo año de destierro sería el último. Él recordó entonces la existencia de Clidion.

Porque también tendría que dejar a Clidion… El Proscrito había deseado apasionadamente a aquel efebo que compartía su vida y su cama. A los quince años, cuando el cónsul destituido lo había encontrado vestido con harapos en el Submemmium, la calle del barrio de Suburo donde muchachos y muchachas sumidos en la más absoluta miseria vendían su cuerpo por dos o tres ases, en sórdidas covachas, Clidion era más hermoso

que el dios del Amor, con sus grandes ojos negros, que brillaban a la vende hambre y de concupiscencia, y su boca entreabierta sobre unos dientes resplandecientes de blancura que la decadencia aún no había estropeado. El Proscrito había sacado a Clidion de aquel abismo en el que iba a sumirse. Lo había convertido en su amante, pero también le había enseñado a leer y a escribir, lo había colmado de ternura y vestido lujosamente. Clidion estaba unido a él por mil vínculos familiares. Clidion estaría perdido sin su mentor, su padre… Clidion no había cumplido los diecinueve años. Había engordado, desde luego, pero aquella obesidad era uno de los signos de su felicidad, y el Proscrito no la veía. Cuando acercaba el rostro al de su adorado, siempre veía los ojos negros, las mejillas chupadas y los deseables labios del joven dios, tal como eran la noche en que los comprara por primera vez. ¿Qué sería de Clidion? Le daría al efebo todo el oro que guardaba y que, afortunadamente, había traído días antes de su panteón de las Fosas hediondas, pensando que no regresaría nunca allí porque se había entregado en cuerpo y alma a la empresa de Sila y porque, de todos modos, esa etapa había finalizado.

1. Variante de vale, más informal.

Con aquel oro, Clidion partiría hacia Etruria, donde tenía unas tierras que Mersennah había comprado para él hacía dos años, con una casa rodeada de árboles frutales donde podría vivir, escondiendo allí la considerable suma que constituía el tesoro de Mersennah, entre las buenas gentes del campo que jamás habían puesto los pies en la Ciudad e ignoraban la vida que había llevado allí el efebo. Sí, todo se arreglaría como es debido. Bien está lo que bien acaba. Clidion se sentiría en ocasiones desdichado; lloraría la pérdida de su protector, de su padre, pero luego olvidaría. Y de aquella relación con un hombre viejo, que había estado llena de placeres y de perversidad, no quedaría sino el recuerdo de una amistad que el filtro del tiempo volvería pura…

Mersennah-Nestomaros -antaño Esio Próculo, seis veces cuestor, cuatro veces cónsul- se levantó de su asiento con las tablillas en la mano. Las lágrimas afloraron a sus ojos mientras se dirigía a la estancia donde Clidion debía de dormir desde hacía largo rato, pues Clidion dormía mucho. Eso era

también un signo de que se sentía feliz. Mersennah no lo despertaría, ya que la advertencia del prefecto de las Fosas dejaba un plazo de un día y una noche antes del arresto. Mañana por la mañana, esperaría a que Clidion abriese los ojos, acariciaría su cuerpo por última vez y luego le explicaría que deseaba verle partir a la propiedad de Etruria para que escondiese allí el oro y esperase su llegada. Le daría todo aquel oro y los caballos galos con los que habían llegado al palacio Menesio, cargados con el equipaje necesario. Partirían también con él dos esclavos fornidos, que elegiría entre los del palacio con el consentimiento de Sila.

Y, unos días más tarde, Clidion recibiría una larga misiva de su padre, de su protector, en la que éste le explicaría por qué y cómo le había dejado para siempre.

El falso Nestomaros caminaba por una galería cubierta que conducía a sus aposentos bordeando el vergel de limoneros. La luna iluminaba la silueta del cónsul destituido, y parecía que aquella silueta engañosamente gala se hubiera encorvado. El Proscrito abrió la puerta de los aposentos y cruzó la antecámara para dirigirse al cuarto de baño, donde bebió agua fresca de un cántaro de barro que los esclavos de servicio durante la noche cambiaban regularmente al hacer sus rondas, destinadas a prevenir el peligro de incendio que constituía una de las plagas de la Ciudad.

Tras lavarse las manos, fue hasta la puerta de la habitación donde dormía Clidion y la abrió con precaución para no despertar al efebo. La estancia estaba oscura, ya que durante la noche las aberturas de las ventanas se hallaban tapadas con persianas de madera. Mersennah se acercó a la cama, y se disponía a sentarse para desatarse los coturnos cuando le pareció que aquella cama estaba vacía.

Regresó al cuarto de baño para coger la lámpara de aceite que ardía allí toda la noche y regresó con ella en la mano. La cama estaba vacía, en efecto, y no ocultaba la forma de un cuerpo que estuviera tendido allí. El cónsul Esio Próculo notó que una arcada hacía subir bilis hasta su boca. Clidion no estaba… Volvió hacia la antecámara y entró en la habitación que utilizaba como despacho y donde se encontraban sus efectos personales, entre ellos

los documentos que había conservado durante todos sus avatares, así como el oro, guardado en varias bolsas metidas en un cofre empotrado en la pared y oculto tras una especie de cómoda. El Proscrito apartó el mueble y vio la puerta del cofre, en cuya. cerradura se hallaba puesta la llave. El cofre estaba abierto y vacío.

Clidion se había marchado, llevándose el oro, tras haber denunciado a su benefactor a fin de desembarazarse de él para siempre.

Esta vez, el cónsul Esio Próculo notó que iba a vomitar y se dirigió apresuradamente al cuarto de baño con la lámpara de aceite. La dejó sobre el mármol que rodeaba la pileta del lavabo, encima del cual había un gran espejo. Las arrugas que surcaban su rostro parecían haberse hecho más profundas por efecto del dolor que sentía. La peluca del falso Nestomaros le pareció grotesca, y todo aquel disfraz, ridículo. Acercó una mano para quitársela y apareció su cráneo casi rasurado de romano anticuado. Luego se despegó el bigote postizo debido al arte de Certio.

Entonces vio al viejo en que se había convertido, vencido por la vida y traicionado por el amor, con el rostro del cadáver que sería muy pronto y que las carretas de su amigo, el prefecto de las Fosas hediondas, habrían podido muy bien llevarse hacía un rato, tras haber entregado las tablillas fatales.

En el pequeño pabellón que prefería a todo el resto del palacio, acompañado de las dos flautistas, desnudas con la gracia de sus quince años y tendidas a los pies de su cama, Sila oyó entre sueños unos golpes de alguien que llamaba a la puerta. El ex oficial de las legiones se levantó, con cuidado para no pisar a las durmientes, y al acercarse oyó su nombre pronunciado por la voz del Proscrito.

–Soy yo dijo el cónsul proscrito desde el otro lado-. ¡Por todos los dioses! Debo hablar contigo a pesar de la hora…

Al abrir, Sila se sorprendió de no encontrar ante sí a su intendente galo, sino el rostro lívido, a la luz de la luna, del cónsul desterrado tal como lo viera

por primera vez en su panteón de las Fosas.

–Perdóname por turbar tu sueño, Sila, pero lee esto…

Sila acercó a la lámpara de aceite sujeta a la pared las tablillas que le tendía su amigo.

Cuando hubo acabado de leer, fue en busca de su túnica, que había colgado en una percha del cuarto de baño antes de irse a la cama. Sacó del bolsillo un bastoncillo de viburno y se lo metió en la boca para pensar en lo que acababa de enterarse.

–¿Sabes quién puede ser el delator? – preguntó. El Proscrito se encogió de hombros.

–Poco importa eso -dijo-. El mal está hecho…

–La única posibilidad es adoptar un nuevo disfraz y partir lo antes posible para Ostia, donde embarcarás. Daremos de inmediato las órdenes oportunas para que esté dispuesta una nave.

Se dirigieron a la estancia destinada a la preparación de las bebidas y las colaciones, y se sentaron en la banqueta donde Sila descubriera los cuerpos petrificados de la tamborilera y del esclavo que la había acompañado en la muerte la noche del asesinato de Menesio.

–Te lo agradezco, Sila -dijo el ex cónsul-, pero no tengo intención de marcharme.

–¡Irás al suplicio! – dijo el galo-. Si no tuviéramos tan peligrosos enemigos en el entorno de Tito César, habríamos podido implorar su clemencia… Pero no la obtendremos. Ellos se ocuparán de impedirlo. Tú temías perjudicarme…, y resulta que soy yo el que ahora te perjudica a ti.

–¡No, Sila! Gracias a ti y a nuestro encuentro he salido de las Fosas, donde ya llevaba demasiado tiempo. Uniéndome a tu empresa he recuperado la

Ciudad tal como la amo. No tengo valor para dejarla… -Sila, que mordisqueaba su bastoncillo, alzó la mirada hacia el cónsul destituido-. Prefiero tener el valor de afrontar la muerte -prosiguió éste-. No quiero acabar lejos de aquí, olvidado por todos. Soy un viejo, Sila, y desde esta noche, lo sé… -Se acercó a la ventana que se abría al paisaje de la Ciudad y contempló ésta. El ruido de los carros nocturnos llegaba hasta sus oídos-. No -continuó-, no es posible. Quiero morir en Roma. No he sido un romano ejemplar, puesto que confundí los sestercios de la República y los míos. Pero quería mantener mi rango con fasto. Sin duda era un error, pero pensaba devolver el dinero algún día. Lo devolveré con mi sangre…

Sila miraba a su amigo sin decir nada, apenado, pero al mismo tiempo satisfecho de la lección que daba el patricio desposeído.

–Puesto que gozo de tu hospitalidad -prosiguió el Proscrito-, y que ésta todavía puede durar una noche y un día, según lo que dice la tablilla, concédeme un último favor: déjame invitar a este palacio a todos aquellos a los que he conocido en esta ciudad, primero como cuestor y cónsul, y más tarde en calidad del rico comerciante Mersennah… Les comunicaré que Esio Próculo ha regresado del exilio y que quiere honrarlos con un festín. Mañana, a primera hora, haré llamar a Honorio y le dictaré ante testigos una declaración en la que afirmaré haberte engañado sobre mi verdadera identidad. Leeré ese texto ante mis invitados cuando estén todos aquí. Luego, el prefecto de los vigilantes, al que habré avisado previamente, me arrestará. No dudo que se sentirá feliz de hacer que encierren en una mazmorra a un amigo del galo Sila… ¿Me das tu consentimiento para hacer cuanto acabo de decirte?

Sila extrajo el bastoncillo de entre sus dientes y observó la punta, hecha papilla.

–No puedo negártelo -dijo-. Uno debe elegir su propia muerte. No hay que permitir que triunfe la vejez. La muerte, sí. Ella tiene derechos sagrados. Pero a la vejez, que altera y produce decrepitud, es mejor decirle que no…

–Gracias, amigo mío. Finalmente he encontrado un amigo en Roma. ¡Ya era

hora!

–Sin embargo -dijo Sila, que de pronto había caído en ello-, una joven gala comparte tu vida. ¿Has pensado en su suerte?

–¿Clidion? Hoy mismo partirá, con mi oro, al pueblo de Etruria donde recientemente le compré una propiedad. No tiene más que diecinueve años. Se verá libre del viejo en que me he convertido -añadió con una sonrisa.

Sila observó que los rasgos del anciano que tenía ante sí se habían alterado al pronunciar estas últimas palabras y que su sonrisa no era sino una penosa mueca.

Sangre en la litera

Al llegar con la litera ensangrentada a la plaza donde se hallaba situado el palacio Menesio, Cotio observó cierta animación ante la poterna de entrada a éste. Numerosas literas y sillas de porteadores se detenían allí para que sus pasajeros se apearan, mientras esclavos y guardias maniobraban los batientes del portón para dejar paso a los carros que llevaban invitados prestigiosos al palacio.

El veterano, tras comprobar una vez más que no se vieran manchas de sangre en la litera, asomó la cabeza para que la guardia pudiera reconocerle. Se encontró entonces en el paseo de cipreses y decidió conducir su terrible cargamento al pabellón donde Sila había fijado su domicilio. Allí había árboles bajo los cuales podría estacionar discretamente el vehículo; además, a aquel lugar no se acercaba nadie por orden de Sila, que quería estar tranquilo el tiempo que no dedicara a permanecer en el palacio.

Para llegar hasta allí, Cotio debía pasar por delante del gran atrio, cuyo

acceso, evidentemente, se hallaba bloqueado por todos aquellos invitados a lo que parecía ser una fiesta ofrecida por Sila.

Distinguió, en efecto, a éste a la entrada del atrio, junto a un hombre con el cráneo rasurado, que llevaba una toga inmaculada a la manera de los patricios de alto rango y calzaba coturnos con hebillas de oro. Cotio no podía reconocer en aquel hombre al cónsul prevaricador Esio Próculo, antaño desterrado de la Ciudad, al que únicamente había visto con la abundante cabellera de Nestomaros. El veterano pasó, guiando a sus mulas, ante los escalones que conducían al atrio, y continuó por el paseo hasta la entrada de los viveros. Buscó con la mirada a un esclavo y encontró a uno, al que le indicó que se acercase para decirle que se encargara de comunicarle a Sila que Cotio estaba de regreso y que le pedía que fuera a verle con urgencia a la entrada de los viveros.

En el atrio, entre el murmullo de conversaciones, risas y exclamaciones, un hombre corpulento abrazaba al ex cónsul Esio Próculo.

–¡Esio! ¡Sólo tú podías hacer una cosa semejante! ¡Regresar al corazón de la Ciudad arriesgando tu vida! En cuanto a ti, Sila -prosiguió, volviéndose hacia éste-, sólo tú eres lo bastante generoso para tratar así a un proscrito. Pese a encontraros ambos, de uno u otro modo, al margen de la ley, si es que he entendido bien lo que sucede en esta ciudad, os admiramos. Y elevaremos a César una súplica para que Esio sea perdonado. Siete años lejos de Roma ya son un castigo lo suficientemente severo. ¡Cuántos han cometido y siguen cometiendo faltas, en las provincias y en la propia Ciudad, sin sufrir jamás el rigor de la ley aplicada a Esio! ¿No es cierto, Varo? Y tú, Civio, ¿firmarás esa súplica con nosotros? ¡Espero que sí!

El llamado Civio asintió.

–Tito es clemente. Perdonará. ¿Dónde estabas, Esio? ¿Perdido por Persia? ¿Entre los sármatas, o entre los bárbaros escitas vestidos con pieles de animales? ¡Cuéntanos tus experiencias! Estoy seguro de que has amasado una fortuna. Probablemente te ganaste la confianza de un príncipe oriental… Tus dotes de administrador son conocidas. Además, pese a todo

te acompañaba tu título de cónsul del pueblo romano.

El ex cónsul disfrutaba del placer de ser el centro de la fiesta, entre los personajes que poblaban el Foro y deambulaban bajo sus peristilos debatiendo los asuntos de la capital del inmenso Imperio, y a ratos olvidaba que pagaría aquellos minutos con su vida. Mientras agradecía, sonriente, todos los cumplidos, un esclavo se acercó a Sila y le dijo algo al oído. El galo cruzó entonces el atrio, respondiendo al pasar a los saludos de unos y otros y conversando con los que le detenían para hablarle de los juegos y de la candidatura de Lépido. Luego bajó los escalones que conducían al exterior, junto a los cuales le esperaban los tres veteranos, alertados por Cotio. Éstos le acompañaron por el paseo de los cipreses hasta el lugar por donde se accedía a los viveros.

Al llegar vio la litera y a Cotio junto a ella.

–Sila -dijo el veterano con gravedad y en voz baja-, he fracasado en mi misión. He traído al hombre que querías, pero no he podido apresarlo vivo. He tenido que matar a un desconocido que también lo vigilaba y que me ha tomado la delantera, apuñalándolo prácticamente ante mis narices al mismo tiempo que a una mujer que, al parecer, había ido allí para ayudarle a huir en esta litera…

–Hemos perdido un testigo -comentó Sila-. Sólo queda Palfurnio, en Pompeya…

–¿He hecho bien trayendo aquí la litera? – preguntó el veterano-. La mujer va mal vestida, pero es una mujer joven y hermosa, y la litera ha debido de costarle una elevada suma. He pensado que quizá tú sabías quién es. En cuanto al hombre al que he matado, tengo sus puñales y el collar de gladiador que llevaba en el cuello. Ese collar podría indicarnos a qué escuela pertenecía. Sila pensó que el prefecto de los vigilantes iba a llegar con sus hombres para detener al Proscrito y que la litera estaba allí con dos cadáveres dentro, uno de los cuales era el de Mnéster, un hombre de Lacertio.

–Llevad inmediatamente la litera al fondo del jardín -ordenó-., junto al mausoleo de Menesio. Sacad los cuerpos y envolvedlos en sábanas o cortinas del pabellón. Aquí tenéis la llave -prosiguió, sacando dicha llave-. Meted los cuerpos en uno de los depósitos de hielo que hay junto a la muralla, cerca del pabellón. Luego desmontad la litera y quemadla en el lugar donde los esclavos queman los desechos y las basuras, que tampoco queda lejos. Esta noche, uno de vosotros montará guardia fuera de la muralla, junto a la puerta de servicio por donde entran las carretas que traen el hielo. Cuando vea u oiga llegar la carreta que recoge los cadáveres, les pedirá a los que la conducen, de parte del galo Sila, que la coloquen ante esa puerta. Lo harán sin hacer preguntas. Entonces, sacad los cadáveres del depósito de hielo y dádselos para que se los lleven. Haced lo que os he dicho de inmediato; yo iré a reunirme con vosotros después de ocuparme de que vigilen el paseo para que no se acerque nadie… Ahora -concluyó-, es preciso que vea a esa mujer.

Se acercó a la litera y Cotio descorrió una de las cortinas. Sila distinguió los dos cuerpos sin vida, bajo una tela ensangrentada con la que Cotio los había cubierto. Apartó la tela por el lugar donde había adoptado la forma del más corpulento de los dos cadáveres, que no podía ser más que el de Mnéster. Lo era, en efecto, con su viejo rostro de carnes blancas y blandas de hombre que vive recluido en un escondrijo, después de haber pasado mucho tiempo en garitos. Sila apartó del todo la tela para ver a la desdichada mujer que había perecido intentando sacar al jugador arruinado del atolladero en que se encontraba. ¿Qué interés tenía en ello?, se preguntó el galo.

El ex oficial de las legiones no temía mirar de frente el rostro de la muerte, pero, en este caso, el golpe que recibió le afectó profundamente. ¡Mancinia! Aquel rostro que él amaba por toda la dulzura contenida en las miradas que le dirigía, aquella boca de admirables dientes que era suya, la bella Mancinia, tan dichosa por vivir y amar, y que le amaba a él, a Sila… El rostro de Mancinia abandonado a las moscas que ya revoloteaban en la litera y que seguían entrando, ahora que las cortinas estaban descorridas…

Sila se volvió hacia Cotio con los ojos empañados de lágrimas y el veterano comprendió que algo grave e inesperado había sucedido.

–¡Por todos los dioses, Cotio! ¿Cómo la han matado?

–Apuñalándola varias veces con este cuchillo -contestó éste, sacando de debajo de la tela los dos puñales de Ascletarión, que había escondido allí-, antes de que yo pudiera derribar al autor con la honda. Actuaba con rapidez, como un profesional…

Sila buscó las heridas en el pecho ensangrentado de la joven. Estaban a la altura del corazón. El hombre, en efecto, conocía el oficio. Por lo menos había hecho el trabajo de forma que su víctima no sufriera mucho tiempo.

–¿La…, la conocías? – preguntó, vacilante, el veterano, que observaba el semblante lívido de Sila.

–Para mi desgracia y la suya, la conocía, Cotio -respondió el galo, abrumado.

–Señor -dijo Cotio, consciente de que era preciso actuar con rapidez mira el contenido de ese cesto antes de que nos llevemos la litera. Parece que hay mucho oro…

Sila cogió el cesto que señalaba Cotio. Cuando lo abrió, el perfume de los cosméticos de la joven llegó hasta él y le produjo un dolor todavía más cruel u pañuelo bordado, sus peines de concha… Y el oro, en rollos de monedas con la efigie de Nerón y Vespasiano… Desenrolló el papiro que estaba bajo el tesoro y leyó la confesión de Mnéster. Mancinia había ido a buscarla antes de partir para Ostia, donde, en la cama de César, tras haber satisfecho el capricho del príncipe, le habría comunicado que tenía la prueba, en forma de declaración escrita por la propia mano de uno de los participantes en el asesinato de Menesio, de que en el palacio imperial se conspiraba contra el galo Sila porque éste había decidido desenmascarar a los culpables. Ése era el regalo que ella quería ofrecerle al hombre que amaba, para que la perdonara por serle infiel en el lecho de aquel, comparable a un dios, a quien no se le podía decir que no…

–Esta joven no debe reposar en el depósito de hielo con Mnéster -dijo el ex oficial, que libraba un combate en su interior para recobrar la sangre fría-. La inhumaremos inmediatamente en el panteón de Menesio, que gracias a los dioses está a punto desde ayer…

Mientras los tres veteranos preparaban el cadáver de Mancinia para amortajarla, Sila condujo a Cotio al interior del pabellón. Abrió la puerta del mueble donde guardaba el oro. Cotio vio con asombro las bolsas llenas de monedas, los lingotes marcados con el sello de Menesio y varios cofrecillos fácilmente transportables.

El galo cogió uno de los cofrecillos, que pesaba bastante, y se lo entregó al veterano.

–Marchaos esta noche, en cuanto el cuerpo que está en el depósito de hielo haya sido entregado a los hombres de la carreta de las Fosas. No debéis quedaros ni un día más en Roma… Alguien te puede haber visto venir hacia el palacio con la litera.

–Pero, Sila, ¡nos das demasiado! Todo este oro… En ningún momento pensamos obtener tanto…

–No te preocupes. Un hombre como yo, que tiene muchos enemigos, debe cuidar a los pocos amigos que tiene… Id a mi granja, cerca de Vienna, donde el hombre que se ocupa de ella durante mi ausencia, el persa Todj, mi esclavo, os acogerá todo el tiempo que queráis cuando le digáis una contraseña que te daré. Tal vez nos veamos de nuevo allí, si consigo acabar lo que he empezado. Aquí vais a convertiros en un peligro para mí, y yo en un peligro para vosotros. Dentro de uno o dos días, empezarán a preocuparse por la litera y la persona a la que pertenece. El propio César se alarmará…

–¡César! – exclamó el ex legionario con temor.

–Sí, Cotio. Se trata de eso… ¿Comprendes por qué debes marcharte sin tardanza?

Uno de los otros tres entró para informar que todo estaba a punto. Salieron en dirección a la entrada del mausoleo erigido en el terraplén de mármol, en el lugar exacto donde Menesio había perecido. Sila accionó el mecanismo hidráulico que permitía abrirlo, sin el cual el acceso resultaba imposible. En el interior se encontraba el sarcófago vacío, ya que la batalla jurídica entablada por Honorio, el joven abogado, contra Porfiria y sus hombres de leyes aún no estaba ganada. Cinco hombres apenas eran suficientes para retirar la tapa de aquel sarcófago tallado en piedra maciza. A continuación, Cotio y Sila fueron en busca del cuerpo de Mancinia, envuelto en telas que los veteranos habían cortado con habilidad. Sila besó el rostro de la difunta, enmarcado en un óvalo dejado libre por los vendajes que rodeaban su cabeza. Mezclándose con el sudor que resbalaba por su cara, tras el esfuerzo de levantar la pesada tapa, las lágrimas brotaron de los ojos del galo, sin que éste hiciera nada por ocultárselo a los ex legionarios. Luego instalaron a Mancinia en el sarcófago. Sila colocó junto a sus manos el cesto con el oro y la confesión de Mnéster, que de este modo permanecería a resguardo y en secreto. Cotio y los otros se retiraron.

Al quedarse solo, Sila oyó la risa de la joven; la vio montada en el carro con los dos caballos grises, en el cañaveral situado junto a su granja, el día en que partieron juntos hacia Roma, agitando el brazo y gritando: «Esta vez, galo, no escaparás».

Aquella mañana la felicidad estaba pintada en su rostro.

Un guardia llegó al galope en el momento en que Sila cerraba el mausoleo. El galo reconoció al hombre al que habían azotado por orden suya el día en que tomó las riendas de la tropa del palacio, y que desde entonces le servía con particular devoción.

Sirio bajó de un salto de su montura.

–Señor -dijo-, el prefecto de los vigilantes está aquí con una decena de hombres.

–Le esperaba -repuso Sila.

–Se me ha ocurrido venir por el camino reservado a las caballerías para informarte de inmediato…

–Has hecho bien. Pero el prefecto debe de estar en el atrio, donde se encuentra reunido todo el mundo. Allí es donde tiene que actuar.

–¡No, señor! Al llegar al atrio ha preguntado dónde estabais y ahora viene hacia aquí.

–¡Ah! – Sila miró a Sirio a los ojos-. Al parecer, te has convertido en un soldado que se toma con interés su trabajo.

–Señor, no olvido que sirvo a un hombre justo.

–Ve a donde están los depósitos de hielo, junto a la muralla. Monta guardia allí hasta medianoche, hora en la cual Cotio y los tres veteranos que le acompañan irán a coger parte del contenido de uno de los depósitos.

–Sí, señor.

–No dejes que se acerque nadie antes de que lleguen los veteranos, ni permitas que nadie coja nada de allí ni abra uno solo de ellos.

–Sí, señor.

–¡No me llames señor! ¡Llámame Sila!

–Sí, Sila.

–Nadie, ¿entendido? En este momento, los depósitos de hielo tienen una gran importancia para mí. Y, cuando lleguen los veteranos, ve- a montar guardia a distancia para no molestarlos y absténte de mirar lo que hacen. – Sila oyó un ruido de pasos y un murmullo de voces detrás de los cipreses

del paseo-. ¡Ahora, vete! – le ordenó.

El guardia ya había montado y se dirigía hacia el camino destinado a las caballerías en el momento en que el prefecto de los vigilantes llegaba.

–¡Salud, Sila! – dijo éste, frunciendo en un gesto irónico el belfo-. No me sorprende encontrarte junto a la tumba de Menesio. La amistad es realmente para ti un deber sagrado que acapara todo tu tiempo…

Junto al personaje que mandaba en los asuntos policiales de la capital del Imperio estaba un escribano forense, reconocible por el escritorio que llevaba colgado al hombro y una especie de cesto de mimbre destinado a guardar papiros y pergaminos. Un segundo personaje iba vestido con una toga de magistrado. Sila también observó que dos de los vigilantes que acompañaban al prefecto llevaban en la mano cadenas con anillas de hierro, de las que se utilizan para inmovilizar los pies o las manos de los condenados.

–Sin embargo -prosiguió el prefecto de los vigilantes, que parecía encontrarse a sus anchas-, la importancia que adquiere en tu casa ese sentimiento hoy va a costarte caro.

–¿Quieres decir que la amistad que he mostrado hacia el cónsul proscrito va a serme reprochada?

–No -contestó el prefecto, con un gesto de la mano que descartaba la hipótesis lanzada por su interlocutor-. ¿A quién le van a preocupar las excentricidades de un proscrito al que todo el mundo había olvidado hace tiempo? ¡Eso es una bagatela! Tu falso Nestomaros afirmará que no estabas al corriente de su verdadera naturaleza ni de la de su falsa cabellera gala, y nosotros fingiremos creerle… -El prefecto dio un paso hacia el heredero de Menesio y lo apuntó con un dedo-. ¡Te lo advertí! Recuérdalo, aquí mismo, en este palacio, cuando nos vimos por primera vez… Te aconsejé que regresaras a tu granja. No era por amistad, pero aun así era el consejo que habría podido darte tu mejor amigo… ¡Y tú no lo has seguido! – La cara zorruna había adoptado una expresión maligna y el dedo se había tornado

amenazador-. ¡Y el leno Ictios ha desaparecido de su casa! ¡Sin dejar rastro! ¡Y el apasionado de los jovencitos que fue la última persona que le dirigió la palabra no existe! ¿Crees que los vigilantes de Roma no conocen su oficio?

Sila introdujo la mano bajo su túnica para coger un bastoncillo de viburno y encontró el bolsillo vacío. Recordó, que hacía un momento le había dado un puñado a Cotio, como señal de identificación que debía presentarle a Todj para que recibiese a los veteranos adecuadamente, y se sintió contrariado, pues estaba convencido de que por lo menos le quedaba uno. Debía de habérsele caído, y eso le pareció un mal presagio.

El prefecto de los vigilantes había perdido la expresión de bondad fingida que exhibía al principio. Ahora le animaba la cólera que sentía ante la evocación de la desaparición del leno Ictios.

–Y eso no es todo -prosiguió-. ¿Sabes que esta mañana he recibido una tablilla enviada por alguien del entorno de César, en la que me preguntaba por qué la patricia Mancinia, esposa de Patroclo, no regresó a su domicilio, cuando César en persona ha preguntado por ella y el mayordomo de palacio debe asignarle su lugar en el cortejo imperial que irá a Ostia mañana por la mañana, un lugar que es el de invitada de honor?

El impacto que Sila había recibido al ver el cuerpo ensangrentado de Mancinia ya había mermado su firmeza. Esta vez se sintió como el soldado que sólo tiene una espada rota en la mano y que se ve rodeado de enemigos poderosamente armados. Incluso el desdichado cuerpo de Mancinia se había convertido en un enemigo a causa de su presencia en el sarcófago del mausoleo.

–Yo conozco -continuó el prefecto- la naturaleza del vínculo que te une a Mancinia. ¿Qué debo responderle a la persona que, desde el palacio imperial, me ha pedido que actúe con diligencia? ¡Habla, Sila! ¿Dónde está esa joven? ¿Sabes quién la busca, antes de que lo haga el propio César esta tarde o esta noche?

–Supongo -contestó Sila tranquilamente- que te refieres a Domitila, la hermana de César.

–¡En efecto, en efecto! ¿Debo responderle que tú, por celos, le has impedido a esa patricia que es tu amante acudir a la invitación imperial? ¿Debo exponer la hipótesis de que has discutido con ella sobre tal invitación y la tienes secuestrada, o algo peor, aquí o en otro lugar? ¿No es eso lo que se puede esperar, en semejantes circunstancias, de un soldado rudo y campesino galo al que la ciudad de Roma le ha trastornado la cabeza y que es incapaz de comprender ni sus costumbres ni sus sutilezas? ¿Y sabes que, si expongo esa hipótesis, todo el mundo la considerará correcta? – El prefecto de los vigilantes sudaba a mares. Respiró un poco antes de soltar, a modo de conclusión-: ¡Me sobran razones para arrestarte de inmediato, basándome en esa sospecha, después de todo lo demás!

–¡Eh, alto ahí! – dijo detrás de él una voz que le hizo volverse.

El joven abogado Honorio, con una de las impecables togas que ahora llevaba y calzado con coturnos del establecimiento de Citentulo, el mejor artesano de calzado del momento, lanzó una mirada de superioridad desde su escasa altura, como envalentonado, al señor de la policía de Roma.

–¡Alto ahí! – repitió-. ¡Ha llegado el momento de poner fin, Casio Longino Cepio, a semejante diatriba! ¿Acaso no hay leyes en Roma, capital del universo? ¿Y bajo el reinado de un príncipe justo, parco en sangre y preocupado por la libertad de los ciudadanos, como lo fue su augusto padre durante los diez años de su reinado, vas a excederte en tus poderes y a desnaturalizar vergonzosamente su finalidad, para apresar a un valeroso soldado y ciudadano romano, cuyas virtudes conoció y reconoció el patricio Menesio hasta el extremo de legarle todos sus bienes? ¡No, Casio Longino, no! Gracias a los dioses, recobrarás el sentido común y la sangre fría que caracterizan al gran administrador y alto funcionario que has sido hasta ahora. Los recobrarás, Casio, e inmediatamente después nos dirás que, abrumado por las cargas que te impone el puesto que ocupas, has dejado que tus palabras se adelantaran a tu pensamiento. Sabemos que vienes aquí para cumplir tu deber, ya que el proscrito Esio Próculo ha violado a

sabiendas la decisión de destierro que el Senado había pronunciado respecto a él hace años. Es justo a nuestros ojos que vengas a detenerle, aun cuando nosotros nos propongamos dirigir mañana una súplica a Tito César, a fin de solicitar el perdón para un hombre cuyo crimen, en definitiva, actualmente es el de haber amado demasiado a Roma. Vamos, Casio, ve a cumplir con tu deber, el Proscrito te espera y te acompañará sin temor, confiando en la justicia imperial, de la que eres el brazo. Pero en lo tocante a Sila, el oficial ejemplar seis veces herido en el transcurso de once campañas bajo las enseñas imperiales, el Cástor cuyo Pólux era el patricio Menesio, el ciudadano romano que encarna tanto en su granja de la Galia como en este palacio de la Ciudad las virtudes que constituyeron la fuerza de la República antes de convertirse en los cimientos del Imperio, yo te digo: ¡no! Te digo que te desvías y me interpongo en tu camino, con la fuerza que me proporcionan las leyes que garantizan la libertad de todos los hijos de Roma.

Al principio sorprendido, el prefecto Casio Longino Cepio había aprovechado la perorata improvisada de Honorio para recobrar la calma. Luego apuntó su belfo hacia el abogado:

–¡Estúpido alfeñique! – le espetó, riendo con desprecio-. ¡Despreciable abogaducho! Incluso tu madre lamentó traerte al mundo, pues no consiguió parir más que media porción de abogado. ¡Fue un pedo lo que soltó cuando te paría!

Había avanzado hacia Honorio y ahora ambos se encontraban cara a cara. – ¡Caiga sobre ti la vergüenza! – balbució el abogado con una voz teñida de tristeza, acercando una mano a los ojos como para taparse la cara-. ¡Arrastras la nobleza de tus funciones por el fango!

–¿Por el fango? ¡Sí, por el fango, pero no el mío, engendro! Por el de tus amigos o, más exactamente, de aquellos que te pagan y te han sacado de tu cuchitril para involucrarte en sus proyectos criminales. Porque, ¡escucha esto, escúchalo bien! – Se volvió hacia el escribano forense que acompañaba al representante del procurador-. ¡Vamos, tú! ¡Haz tu trabajo!

El escribano forense abrió el cesto, desenrolló uno de los pergaminos que contenía y leyó:

–En nombre del Senado y del pueblo romano, yo, Silvio Cremitio Glabrio, procurador imperial, ordeno que sea conducido a la justicia el ciudadano romano Sila, originario de Vienna, en la provincia de Lugdunum, que afirma ser el heredero del patricio Menesio, a fin de responder del crimen de haber redactado y presentado, con la complicidad del financiero fenicio Khalil, ex apoderado del propio Menesio, un testamento cuyos borradores han sido encontrados en el despacho del mencionado Khalil, el cual ha confesado su participación en dicho crimen, con objeto de quedarse con la herencia en cuestión, constituida por los bienes del citado Menesio, el cual murió de forma sospechosa en presencia del acusado cuatro días antes. La prefectura de los vigilantes de la Ciudad queda encargada de proceder sin dilación al arresto del mencionado Sila y a su encarcelación…

El belfo de Casio Longino se abría, húmedo y satisfecho. El prefecto les hizo una seña a los dos hombres que llevaban las cadenas para que se acercasen a Sila. Pero Honorio, dando un salto, les impidió el paso.

–¡Ah -exclamó-, esta vez, Casio Longino, no tendrás la última palabra! Porque debo informarte, por si no lo sabes, y el representante del procurador, aquí presente, no podrá sino darme la razón, que tu conducta viola la ley de los idos de diciembre del año VI del consulado de Escipión, ley referente a la condición de los oficiales de las legiones, la cual estipula que a éstos, en caso de que sean puestos en manos de la justicia, no se les puede obligar a llevar cadenas ni encarcelar en los locales donde se detiene a los condenados ordinarios. Si tus hombres cometen ese crimen, cuando se te acaba de recordar la existencia de esa ley, solicitaré la anulación del arresto de Sila por no haber sido ejecutada en las formas legales y te acusaré de prevaricación ante el Senado, muchos de cuyos miembros, no lo olvides, han servido con los arneses militares…

En esta ocasión hizo vacilar a Casio Longino, que consultó con la mirada al representante del procurador.

–Creo recordar esa disposición de la ley que menciona Honorio -admitió éste.

–¡Tú, guarda esas cadenas infamantes! – le ordenó Honorio al vigilante-. Sila te acompañará sin oponer resistencia, Casio. ¿No es cierto, Sila? La batalla no ha hecho más que empezar. ¡En Roma hay jueces, senadores íntegros, un príncipe justo! ¡Los que han tendido trampas y trucado los dados aún no han ganado la partida! Supongo, Casio, que ahora irás a detener al ex cónsul Esio. ¿Estoy en lo cierto?

–En efecto. Y espero ir muy pronto a por ti, cuando los jueces vean que tu participación en las intrigas de los que te emplean es más bien la de un cómplice que la de un asesor jurídico…

–¡Eso, mi querido Casio, habrá que demostrarlo!

–¡No temas, engendro, me encargaré de ello! – profirió el prefecto con aplomo.

Sin embargo, al volverse vio que el paseo por el que había llegado hasta allí poco antes, con sus dos acólitos y sus hombres, se hallaba interceptado por un grupo de guardias del palacio Menesio provistos de todas sus armas, es decir, un haz de venablos a la espalda, una adarga y una espada. Casio observó a continuación que, detrás de Sila y al otro lado del mausoleo ante el cual se encontraban todos reunidos, habían aparecido otros guardias que tomaban posiciones en silencio. El prefecto contó una veintena de hombres en total. Y debía de haber más, escondidos tras la hilera de cipreses.

La guardia de Menesio, ahora devota a Sila, se había movilizado por iniciativa propia para proteger a su señor. El prefecto de los vigilantes se sintió inquieto. Los hombres que le rodeaban necesitaban apenas unos minutos para matar a sus vigilantes y estrangularlo a él, así como al representante del procurador, antes de huir con Sila por el camino que llevaba a Ostia, donde el galo embarcaría en una de las galeras de las que era armador. El mausoleo se encontraba a considerable distancia del atrio, donde charlaban y comían los invitados del proscrito Esio Próculo. En los

despachos de la prefectura no se preocuparían por él hasta que cayera la noche. Casio Longino no le había contado a nadie su plan de detener a Sila, ya que quienes le habían acreditado para hacerlo con la complicidad del procurador Silvio Cremitio Glabrio le habían recomendado no dar publicidad al asunto antes de que el galo estuviera a buen recaudo. Y Casio Longino tenía miedo.

–Y bien, Sila -dijo, fingiendo un aplomo irónico-, ¿vas a añadir a tus crímenes el de rebelión contra el poder imperial?

Sila acababa de encontrar en el pliegue de la especie de bolsillo que llevaba bajo la túnica el bastoncillo de viburno que creía haber perdido y se lo llevó a la boca con una gran satisfacción.

–Debo decir que me tientas a hacerlo -declaró-. Y si me rebelara, no sería contra el poder imperial, sino contra ti, que lo traicionas adhiriéndote a una conspiración contra las leyes…

–¡No estás en condiciones de hacer tales acusaciones, Sila!

–Son fundadas, y lo sabes perfectamente. Sin embargo, no huiré. ¿Te das cuenta, Casio Longino? Se me había advertido hace tiempo, y no sólo por tu parte, el peligro que corría, y decidí afrontarlo… Y ahora soy yo quien va a darte un consejo. Abandona esta intriga mientras estás a tiempo. Haz que me devuelvan esa tablilla en la cual Menesio me llamaba a Roma y que tú hiciste desaparecer al día siguiente de su muerte. Renuncia a poner tu cargo al servicio de aquellos que te hacen actuar desde palacio. Porque yo creo en la justicia de Tito, y ésta se abatirá sobre vosotros un día.

Casio Longino veía a los hombres armados, pero recobraba el valor ante el espectáculo de la ingenuidad de aquel oficial que dejaba escapar la única posibilidad que le quedaba de salvar su vida huyendo sin demora.

–Te agradezco que te preocupes por mi porvenir -repuso-. Pensaré en ello. Sin embargo, de momento tú me acompañarás, puesto que estás de acuerdo… -Sí -dijo el galo, retirando el bastoncillo de viburno de su boca-,

pero con algunas condiciones. Tus vigilantes se quedarán aquí, en compañía de mis guardias, que velarán por ellos, y nosotros iremos al atrio a participar en la recepción que ofrece Esio Próculo, sin que nadie pueda notar que soy tu prisionero. Una vez allí, escucharemos lo que Esio tiene que decir. Cuando haya acabado, te acompañaré sin ser encadenado, puesto que la ley no lo permite, y tú velarás personalmente por que sea encarcelado en condiciones adecuadas. Y tú, ¿cómo te llamas? – preguntó el galo dirigiéndose ahora al representante del procurador.

–Mi nombre es Vinio Crispo.

–Pues bien, Vinio, y tú, escribano forense, acompañadnos. Le explicaréis al procurador Silvio Cremitio que en la casa de Menesio, que ahora es mía, las personas se comportan con dignidad, respetando la justicia del Imperio…

El ex cónsul Esio Próculo permanecía ante una larga mesa donde se alineaban las cráteras y copas con los refrescos que los esclavos servían a los invitados. Vio entrar en el atrio al cortejo compuesto por Sila, Honorio, el prefecto y sus acólitos.

Inmediatamente se hizo el silencio, poniendo fin a las exclamaciones y las risas que destacaban de las conversaciones. Todas las cabezas se volvían hacia los que iban a arrestar al cónsul destituido para enviarlo ante el Senado y tal vez a la muerte.

El prefecto avanzó.

–¿Eres tú Esio Próculo? – le preguntó, frunciendo el belfo-. Has tenido tantos nombres que esta pregunta, hecha habitualmente a aquellos a los que se arresta, adquiere en este caso todo su sentido…

–No temas, Casio Longino, no me ocultaré bajo otra apariencia. ¡Hoy más que nunca tengo un gran interés en ser yo mismo!

–Es preciso, pues, si eres tú mismo, que me acompañes de inmediato para responder de lo que has hecho con la orden de destierro que el Senado de

Roma, en nombre del pueblo romano, pronunció contra ti.

–El decimosexto día del mes de septiembre del año III del reinado de Vespasiano… Especifícalo, Casio, a fin de atenerte a las formas legales…

–¿Te empeñas en que prolongue este momento ante todos aquellos a los que has invitado, leyéndote en su integridad el mandato que he recibido sobre ti? El escribano forense había desenrollado un pergamino y estaba preparado.

–¡Tenemos todo el tiempo del mundo, Casio! Ésa es mi respuesta si me preguntas mi opinión. Sin duda comprenderás que no tengo mucho interés en separarme demasiado pronto de todos mis amigos -respondió con serenidad el Proscrito, señalando con un gesto del brazo a los que le rodeaban.

–Ciertamente, puedo comprenderlo -ironizó el prefecto de los vigilantes-. Pero debes facilitarme la tarea. Yo no soy el dueño de mi tiempo. ¡Lo es el interés público!

–De eso no estoy muy seguro -replicó el ex cónsul-. Me temo que dedicas una gran parte a intereses privados… No obstante, fingiré que te creo y, a cambio, tú consentirás que haga un último discurso antes de acompañarte…

–Sí no es demasiado largo, te concederé esa petición.

–No será largo. Voy a rendir homenaje a la amistad y a brindar por última vez en honor de quien me ha acogido en este palacio…

–Sin saber quién eras, por supuesto -ironizó el prefecto.

–¡Exacto! ¡Te adelantas a mis pensamientos, Casio!

–En esta ocasión, no tiene ningún mérito…

–¡Amigos! – dijo el Proscrito-. Escuchadme por última vez…

Le había hecho una seña a uno de los esclavos que se encontraban junto a las cráteras y las copas. Dicho esclavo rodeó la mesa tras haber cogido una de estas últimas, que mantenía separada de las demás y que era de plata maciza, esculpida, y fue hasta el orador para dársela.

–¡Gracias, muchacho! Nadie olvidará el favor que me haces con este simple gesto de traerme algo de beber. Amigos -prosiguió en voz muy alta-, os agradezco que hayáis venido tantos a oírme decir que engañé a Sila sobre mi verdadera identidad, si no sobre mi verdadera naturaleza, no diciéndole quién había sido en otros tiempos…

Se produjeron algunas risas entre aquellos que sospechaban que el orador no decía la verdad, aunque sin retirarle su simpatía.

–Actué así porque amo a esta ciudad única más que a cualquier otra cosa del mundo… Poniéndome de parte del heredero de Menesio, cuyos derechos se ven burlados y que desea vengar al patricio asesinado en este mismo lugar, regresaba al corazón de los acontecimientos romanos y realizaba una buena acción. Cuando se ama a Roma, se muere por ella. ¡Cuando se cree en la amistad, se lucha por ella! Yo he amado demasiado a Roma y he tenido poco tiempo para amar a Sila. Roma y él me perdonarán, y os pido que bebáis conmigo por ambos: ¡el amigo de los malos días y la ciudad incomparable!

El cónsul destituido acercó la copa a su boca, mientras todos los asistentes se preparaban para beber con él.

El Proscrito mojó los labios en el líquido.

«Es amargo -murmuró para sus adentros-. Es amargo dejar lo que se ama…»

Luego bebió todo el contenido de la copa. Algunos habían empezado a secundarlo, pero otros suspendieron el gesto. Empezaban a comprender lo que ocurría ante sus ojos. Se hizo un gran silencio.

El cónsul le devolvió la copa vacía al esclavo que se la había llevado hacía un momento. Se tambaleó, como si tuviera vértigo. Honorio y Sila se acercaron y lo sostuvieron.

Él se inclinó hacia delante emitiendo un lamento ronco. Unos esclavos llevaron a toda prisa una banqueta. Sila y Honorio le ayudaron a sentarse en ella, pero el Proscrito se dobló sobre sí mismo, sujetándose el vientre con las manos. Pese a todo, levantó la cabeza para mostrarle a Sila un rostro torturado que se esforzaba por sonreír.

–¡Gracias, amigos míos, gracias! Al igual que la vida, esta cicuta es amarga -dijo entre dos gemidos que ahogaba con gran dificultad-. Tan sólo la amistad la- dulcifica… -añadió en un último suspiro.

Sus ojos se quedaron en blanco y sus amigos lo dejaron caer sobre la banqueta.

Tercer episodio

Cuando Metalla ama

La antecámara de César

–¡Por fin has vuelto! – exclamó Tito al ver a su hermana, que entraba en la estancia imperial exageradamente maquillada y envuelta en velos de seda dispuestos por su costurero de manera que corrigiesen los efectos de su gordura-. Y bien, ¿qué has averiguado? ¿Dónde está?

El emperador de Roma, su hermano, estaba tumbado en el diván que

llevaban todas las mañanas a su habitación para que se acomodara en él mientras le lavaban los cabellos y se los perfumaban.

–¡Nadie sabe nada dé ella, César! Salió por la mañana en su litera con un pequeño esclavo sin decir adónde iba. Eso es todo cuanto saben.

–No tiene ningún sentido -murmuró Tito, haciendo un mohín que formaba pliegues en su hermosa boca.

Afortunadamente para él, su rostro le debía más a su madre, Flavia Domitila, que a su padre, Vespasiano, del que un humorista dijo que presentaba permanentemente los rasgos contraídos de un hombre que tiene dificultades montando a caballo.

–Hace muchísimo tiempo que no veo una mujer tan hermosa como ella -prosiguió César-, y huye la víspera del día en que va a acostarse conmigo. No tiene ningún sentido y resulta mortificador…

–Estoy de acuerdo -admitió Domitila-. Y, si quieres saber mi opinión, no entiendo nada de lo que sucede…

–¿Y Casio Longino? ¿No tiene bastantes vigilantes y soplones en la Ciudad? ¿Qué sabe?

–Al parecer, lo mismo que yo.

–Se burla, ¿no es cierto? ¿No tiene al menos una hipótesis, una sospecha? – Sí, por supuesto. Sospecha del galo Sila, el heredero de Menesio, que según dice está enamorado de ella.

–¿Ese galo? – preguntó sorprendido César-. ¿Qué sospecha de él?

–Todo. Que la ha secuestrado e incluso que la ha matado. Carga las tintas,

por supuesto. Ignoro si sabes, y si no es así yo te lo digo, porque me he enterado hace poco, que pertenece al clan de Lacertio y que,'por

consiguiente, intenta calumniar al galo, que ha interpuesto a Lépido en el camino de su amigo hacia el tribunado…

–Y tú, ¿qué opinas?

–Opino que Mancinia es demasiado sutil para dejarse manejar por ese galo, aun cuando le guste y se hayan acostado juntos. Y añado que el susodicho Sila es el prototipo del soldado fiel entregado a Roma y al Emperador, y que, en consecuencia, no se le ocurriría disputarte a esa joven, sobre la cual no tiene ningún derecho. Además, si no me equivoco, ya tiene bastantes problemas desde que heredó de Menesio.

–¿Qué clase de problemas? – preguntó César, incorporándose para sentarse en el diván, ayudado con delicadeza por los dos esclavos peluqueros y expertos faciales, que estaban acabando de aplicarle en la frente y las mejillas paños calientes y fríos alternativamente.

–Lacertio y los demás andan tras él como mastines persiguiendo a un oso y afirman que ha heredado de Menesio de forma fraudulenta.

–Eso lo sé -dijo Tito-. Me lo dijeron públicamente, y precisamente Mancinia tomó la palabra en mi presencia para sostener lo contrario.

Tito tenía plena confianza en su hermana y todas las mañanas escuchaba de su boca, mientras le aseaban, la crónica de los rumores romanos. Y el verdadero amor que le habían profesado las legiones que capitaneara en Palestina, donde mató con sus propias manos a doce guerreros judíos con doce flechas el día de la toma de Jerusalén, le inclinaba hacia la hipótesis de un galo Sila fiel al Emperador incluso en el papel de amante burlado.

–¿Y el marido? – insistió- ¡Esto podría ser cosa de él! Porque tiene un marido, ¿no es cierto?

–No exactamente -bromeó Domitila, a quien una esclava abanicaba con un instrumento de marfil provisto de una tela tensada procedente de China-. El tal Patroclo sólo se interesa por los órganos genitales masculinos y da

gracias a los dioses cada vez que alguien le hace el amor a su mujer. Si ese alguien, además, ocupa el trono imperial, entonces supongo que disfruta…

–¡Esta mañana estás inspirada! – constató Tito, riendo-. Pero eso no nos devuelve a Mancinia -añadió en otro tono.

Domitila bostezó mientras le devolvía a una sirvienta la copa de limonada helada que se acababa de beber y no dio ninguna respuesta al interrogante de su hermano a propósito de Mancinia.

–Esta noche he dormido poco -se quejó-. Opio Sabino ofreció ayer una cena a la que me invité y que terminó muy tarde.

–¿Y oíste algo interesante? – preguntó Tito, que esperaba alguna revelación.

–No, pero fui para ver, no para oír… -¿Para ver?

–Para ver con mis propios ojos a la sobrina de Cesonia. La tal Cesonia es la nueva esposa de Opio Sabino, el cual la ha traído de no sé qué lugar de África. Todo el mundo me había hablado de esa sobrina, que llegó a Roma hace unos días, alabando su belleza. Y como no escatimo ningún esfuerzo para complacerte, y complacer tu placer, desafié el aburrimiento de esa clase de reuniones con la finalidad que puedes imaginar… Pues bien, es todavía mejor de lo que dicen. Cuando veas a esa joven, que por lo demás es una mujer, puesto que tiene veintidós años, no pararás hasta que la hayas desnudado y traspasado con tu dardo… La mayoría de los hombres que llegaban y la veían con su indumentaria bastante escasa se quedaban varios minutos con los ojos desorbitados. Era cómico.

–¿Y cuándo veré a esa maravilla?

–Mañana en Ostia, adonde la he invitado a ir en tu nombre y con el pleno consentimiento de Cesonia, que está encantada de lo que le va a suceder a su sobrina. Me juró que era virgen a pesar de su edad, ¡Alégrate, pues, de que en África todavía se cultive la virtud! ¡Para esas mujeres que vienen de su provincia, tu cama es el monumento más hermoso de Roma!

Veintiocho guardias pretorianos permanecían inmóviles a lo largo de las paredes de la antecámara donde Tito iba a aparecer de un momento a otro, como todas las mañanas. Ante la puerta por donde entraría, otros guardias mantenían un espacio libre, alrededor del cual se agrupaban los portadores de peticiones, que de este modo podrían entregarle al soberano antes de que éste se adentrase por un pasillo delimitado por dos cordones de tela roja. César caminaría lentamente por dicho pasillo, respondiendo a los saludos de unos y otros y entablando conversación si en su opinión el tema merecía la pena, conversación que todo el mundo escucharía con el máximo interés en un silencio religioso. Los guardias llevaban la espada desenfundada, y los portadores de peticiones habían sido registrados a la entrada, a fin de evitar que pudiesen introducir en la antecámara un puñal además de su súplica. Sin embargo, entre todos los que se encontraban allí -aquellos que iban para ver a César, aquellos que iban para ser vistos por él y aquellos que, llegados de una provincia o un proconsulado, iban a husmear antes de presentar un informe al cabo de unos días a los burócratas de alto rango de los que dependían-, ninguno de entre todos aquellos hombres cuidadosamente peinados y lujosamente vestidos pensaba atentar contra la vida del hijo de Vespasiano, que no había cesado de sorprender por su bondad desde su advenimiento, aun cuando llegara al poder supremo con una reputación detestable que había hecho temer un nuevo Nerón. En otros tiempos se le había acusado de querer sublevar a sus soldados contra su padre, simplemente porque éstos adoraban al cónsul que tan bien había estado a su mando en Judea. Se le había reprochado, tanto en los salones como en las tabernas, su loco e inoportuno amor por Berenice, la esposa de Británico, que había sido criado con él como un hermano. No obstante, se había separado de ella y la había exiliado, pese a que ella también le amaba. Finalmente, se llegaba incluso a sentir resentimiento hacia él por ser capaz de componer excelentes poemas tanto en latín como en griego, deduciendo de ese talento real que con toda seguridad, a semejanza del hijo de Agripina, ridiculizaría la corona imperial prostituyéndola en el escenario de los teatros. No sucedió nada de esto, pese a que declamaba con entonación, al contrario que el sanguinario histrión que ocupara el trono una veintena de años antes que él. Por ello, su bondad había constituido una sorpresa mucho más agradable.

Sin embargo, presentaba el inconveniente de dejar lugar, en aquella antecámara y fuera de ella, a las intrigas de aquellos que le rodeaban y que no poseían un alma tan noble…

Entre el rumor de las conversaciones a media voz que ascendía de los asistentes en espera de la augusta aparición, las cabezas se volvieron hacia otra puerta por la que entró Domiciano, segundo hijo del difunto Vespasiano y diez años menor que César. Cuando estaba en Roma, Domiciano afectaba ser el primero en ir a abrazar a su hermano a la salida de su estancia imperial, a fin de que la fuerza y la constancia de sus sentimientos fraternales fueran bien conocidos por todos. Desde la puerta más modesta por la que aparecía, emprendía a través de la antecámara repleta de cortesanos un recorrido que pretendía ser similar al que el Emperador realizaría poco después, prestando atención a quien quería pedirle un favor, una intervención o incluso un atropello, un recorrido que finalizaba ante la puerta del aposento de César.

Domiciano tenía también buen aspecto, pero nunca había podido deshacerse de una tez demasiado roja, y la vergüenza que le inspiraba su calvicie precoz no era la menor de las preocupaciones que le atormentaban, siendo la primera el desagrado que le producía no sentarse en el trono en lugar de su hermano.

Avanzó, estrechando manos entre las suyas y prestándose a efusiones que acompañaba de buenas palabras, a fin de que Lacertio, que se movía entre la multitud para abrirse paso, tuviera tiempo de llegar hasta él. De este modo, cuando se inclinó sobre el adversario de Lépido y de Menesio al tribunado, sus abrazos parecieron sin ningún género de duda improvisados.

–El galo está en la prisión Máxima -le susurró Lacertio al oído.

–Bien -murmuró Domiciano en respuesta, con una sonrisa amistosa ¿Y qué de Palfurnio?

–Asegura que lo de Mnéster está resuelto.

–Excelente -murmuró Domiciano, y acto seguido exclamó en voz alta, irguiéndose-: Tú eres el candidato apropiado, Lacértio, y tú serás quien gane, ¡estoy seguro! – Luego se inclinó para darle unas palmaditas en la espalda en un último gesto amistoso, susurrando esta vez-: Que se haga lo propio con Palfurnio. Ahora es el momento…

Tras haber ordenado la desaparición del hombre de Pompeya que le había servido en las operaciones llevadas a cabo contra Menesio y su heredero, Domiciano finalizó su sonriente recorrido por la antecámara unos instantes antes de que los dos batientes de la puerta de los aposentos imperiales se abrieran.

–¡Tito César Imperator!

Al oírse el anuncio del mayordomo, se hizo el silencio, las cabezas se volvieron y apareció Tito, vestido de seda y oro, hermoso como un ídolo. Los que habían ido con peticiones las elevaron para que las viesen los secretarios que seguían al soberano y las recogieran en un cesto.

–¡Hermano! – dijo César, abrazando a Domiciano-. Siempre siento la misma alegría al verte aquí todas las mañanas…

–Sabes que comparto esa alegría -mintió Domiciano. César retenía las manos de éste entre las suyas.

–¿Es cierto, hermano? – preguntó Tito con cierta tristeza en la voz. Tú eres el primero de aquellos a quienes no les niego nada, no lo olvides nunca… No hagas nada sin decírmelo y no escuches a los que te hablen mal de mí…

–¡Nadie lo dice ni lo piensa! – protestó Domiciano, envolviendo su nueva mentira en una sonrisa.

César le dirigió una última mirada a su hermano menor y pasó, saludando a todos aquellos que le saludaban, uno tras otro:

–¡Ave, Popidio!… ¡Ave, Cerialis! Gracias por lo que has hecho en la Narbonense. Estos días me han leído tu informe y todo el mundo está muy contento… ¡Ave, Istacidio! La muerte de tu padre me ha apenado mucho. Le recordaremos como a un hombre honrado… ¡Ave, Terencio! Tu poema dedicado a las fiestas de Ceres me ha encantado. Estoy celoso, pero te felicito aún con mayor énfasis por ello… ¡Ah, Lacertio!

El hombre de Domiciano se había situado, a codazos, en un lugar por donde tenía que pasar el soberano.

–¿Estarás preparado para los juegos? – le preguntó éste-. ¡Cuidado! Por lo que me han dicho, tu adversario Lépido y su amigo galo están a punto de comerte el peón… ¡Han prometido cinco mil fieras y diez mil gladiadores! ¿Piensas hacer otro tanto, Lacertio?

–No creo, César, que el galo Sila pueda mantener sus promesas… ¡Está en la prisión Máxima desde anoche!

Tito frunció el entrecejo al oír el nombre de Sila, que le recordaba el gran disgusto producido por la ausencia inesperada de la bella Mancinia.

–¿Qué dices? ¿Ese tal Sila? ¿Y por qué?

–Me temo que el procurador le ha acusado de haber reivindicado falsamente la sucesión de Menesio -respondió Lacertio con un desenfado destinado a ocultar el interés que le otorgaba al asunto-. Pero yo me comprometo a hacerme cargo de todos los hombres y animales que él había hecho venir a Roma -se apresuró a añadir.

César, contrariado, se había detenido ante Lacertio y, a su alrededor, todos escuchaban. Los juegos eran una de las pasiones de Tito, que no dejaba ni un solo día de acudir a la arena mientras éstos se desarrollaban.

–¿Y Metalla? – preguntó el emperador de Roma, que conocía el nombre de todas las estrellas del circo-. ¿Qué sucederá con ella? ¡Si la esedaria de Menesio no lucha contra tu cartaginesa el día fijado, la plebe se sublevará e

incendiará el anfiteatro recién construido! Y debo decir que yo apoyaré de corazón su cólera…

–¡No te preocupes, César! Metalla está embargada con todos los bienes que constituyen la herencia de Menesio. Debido a este hecho, vuelve a ser esclava, y yo ya he entablado conversaciones para comprarla. ¡Entonces luchará porque tendrá que someterse a mi voluntad!

–¡Si lucha -intervino una voz que se elevó de pronto por detrás de César-, no será por tu cuenta, Lacertio!

Tito se volvió y reconoció, por la toga, a un joven abogado cuya escasa altura y voz ingrata daban un aspecto ridículo, pero que le tendía una petición rodeada con un cordoncillo de seda con un aire ferozmente resuelto.

–¡Plazca a César, a quien todos llaman Benevolente, dirigir la mirada a esta defensa del ex oficial Sila, injustamente acusado de captación de herencia y utilización de falsedad! – clamó Honorio, uniendo el gesto a la palabra-. En cuanto a Metalla la esedaria, oh, César, puedes estar seguro de que luchará el día fijado. Pero lo hará en nombre de Sila y en memoria de Menesio, como mujer libre que es y que sigue siendo, ya que esta mañana he presentado un recurso de urgencia basándome en la jurisprudencia, que, desde el famoso juicio celebrado bajo el tercer consulado de Antonio, no ha cesado de respetar la condición libre de los esclavos cuya manumisión había sido concedida por herederos a los que el procedimiento desposeyó ulteriormente de sus bienes, cualquiera que fuese el motivo de ello.

Nestomaros estaba muerto y Sila se hallaba en prisión; sin embargo, impávido ante el Emperador de Roma, orgulloso como Artabán y seguro del caso que defendía, el abogado Honorio, hijo de Caedo, iba a batallar solo contra la poderosa facción de Lacertio hasta en la mismísima antecámara imperial.

Divertido por el espectáculo que ofrecía el joven, Tito esbozó una sonrisa y cogió la petición con sus propias manos antes de entregársela a uno de sus

secretarios. Y aquello era un gran honor.

–He aquí, en cualquier caso, a un hombre que cree en el poder del derecho -declaró complacido-. Bien, Lacertio, ¿te das cuenta?, todavía existe virtud en Roma a pesar de las apariencias… Leeré tu petición, joven -prosiguió, dirigiéndose al abogado.

Dio un paso para reanudar la marcha, pero se volvió hacia el candidato al tribunado antes de alejarse.

–Por lo que veo, Lacertio, eres afortunado en los negocios, pero no te muestres demasiado duro con tus adversarios. Hay que saber moderarse en la victoria, no lo olvides…

Honorio en las carboneras

OceanofPDF.com

Un grupo de ocho esclavos carboneros caminaba por el bosque conduciendo a dos asnos, uno de los cuales transportaba sus herramientas y alimentos, mientras que el otro acarreaba un gran cargamento de sacos vacíos, destinados a contener el producto de su trabajo.

El que cerraba la marcha, un poco alejado del grupo, creyó ver entre los árboles, en el sotobosque, una forma humana atada a un tronco. Dejó que aumentara la distancia que lo separaba de los otros, a fin de acercarse para comprobar que no se equivocaba.

Al llegar ante el árbol en cuestión, un gran fresno, vio a un joven, en efecto, con el rostro tumefacto, la túnica desgarrada y manchada y la cabeza colgando sobre el pecho, firmemente atado, dormido, desvanecido o muerto.

El carbonero levantó aquella cabeza que colgaba y constató que el cuello no estaba rígido y que los ojos estaban cerrados, lo cual le dio a entender que el hombre se hallaba con vida. Entonces apoyó una oreja en el pecho del individuo y oyó que el corazón latía con regularidad.

El esclavo se preguntó qué debía hacer. ¿Tenía algún interés en sacar al hombre de la situación en la que se encontraba? Dado que por aquella parte del bosque no pasaba mucha gente, aquel desdichado moriría de sed, a no ser que antes fuera devorado por los lobos. En los bosques de Liguria había muchos lobos, los cuales se desplazaban en manadas y acechaban a los viajeros solitarios. Este tipo había tenido suerte, ya que no lo habían atado a un árbol que se encontrara en su camino. Pero, al caer la noche, esa suerte no duraría mucho.

La ropa y las sandalias del hombre. eran de buena calidad. En el estado en que se encontraba, la túnica ya no valía gran cosa, pero las sandalias estaban casi nuevas. El esclavo, que razonaba lentamente, pero con seguridad, pensó a continuación que a aquel tipo no lo habían atado allí unos ladrones, pues éstos le habrían quitado las sandalias, que valían por lo menos doscientos sestercios. El esclavo siempre había caminado descalzo y

jamás había visto de cerca unas sandalias semejantes. Si desataba al hombre y lo reanimaba, resultaría menos fácil quitarle las sandalias.

El esclavo prosiguió su reflexión. Era un hombrecillo robusto, muy moreno, de facciones toscas y con abundante vello en el pecho, que le asomaba por el escote de la especie de blusón de basta tela que llevaba. Nunca había salido de aquel bosque, al habérsele asignado, a la edad de seis años, la tarea de hacer carbón vegetal para un propietario que, dos veces al año, iba a visitar a sus carboneros a las cabañas donde vivían bajo la férula de un intendente, su liberto. Éste se encargaba de que trabajasen duro y no huyeran. Sin embargo, no intentaban en absoluto hacerlo, no sólo porque el castigo que recibirían sería terrible, sino también porque la vida en el bosque tenía sus ventajas. Implicaba cierta forma de libertad. Los esclavos asignados por centenares, e incluso miles, a las grandes explotaciones agrícolas vivían en una auténtica prisión. Por la noche, los encadenaban. Los carboneros, en cambio, a menudo permanecían sin vigilancia durante el día en las carboneras. Cogían setas, nísperos o nueces, y colocaban trampas para conejos y urogallos. A veces, cuando había un exceso de provisiones de carbón, se pasaban una semana sin trabajar.

El esclavo decidió que le quitaría las sandalias al hombre, las escondería en las alforjas que llevaba al hombro y después intentaría reanimarlo. Al volver en sí, creería que las sandalias se las habían quitado los que le habían atado al árbol. De esta forma, el problema estaría resuelto. El esclavo sonrió, satisfecho de sí mismo.

Honorio, hijo de Caedo, abogado del oficial galo Sila y de la herencia Menesio, ahora tumbado en el suelo al cuidado del esclavo carbonero, abrió los ojos tras haber recibido unas bofetadas, descubriendo las toscas facciones de su salvador, inclinado sobre él.

Honorio se llevó la mano a la frente y a las mejillas hinchadas y cubiertas de equimosis, y recordó todos los golpes que había recibido de los hombres de Lacertio. Ya era demasiado tarde. Sila había sido juzgado sin abogado que lo defendiera. La víspera del día del proceso, por la noche, se habían presentado en la señorial casa que había alquilado y amueblado en la VII

región, la de la vía Lata. Honorio perfilaba su defensa recorriendo de un lado a otro la gran sala de aquella casa, declamando las palabras magistrales que pronunciaría al día siguiente ante los jueces y gracias a las cuales, sin lugar a dudas, éstos acabarían por comprender que el oficial galo era la víctima inocente de una vergonzosa maquinación. Fue entonces cuando se oyeron en el exterior los gritos de su esclavo portero-recadero-camarero Actínoo. En cuanto interrumpió el largo período que había empezado momentos antes -ten el cual demostraba que el prefecto de los vigilantes, al pretextar que la tablilla de Menesio confiscada a Sila la mañana del descubrimiento del crimen había sido extraviada por un escribano forense poco cuidadoso, era, pues, cómplice de la maquinación- varios hombres con cara de brutos irrumpieron tratándolo de abogado de mierda. Luego lo molieron a puñetazos, mientras uno de ellos, una especie de luchador de pancracio, colocándose detrás de él, le tapaba la boca con sus enormes manos para que nadie pudiera oír sus gritos de protesta y de dolor. Finalmente, lo amordazaron, y el jefe de la expedición le advirtió que, si regresaba a Roma y seguía interesándose por la suerte del falsificador Sila, lo pagaría con su vida. Por esta vez, se contentarían con hacerle dar un paseo por el bosque, a fin de que tuviera tiempo de pensar en el asunto. A continuación lo ataron y lo metieron en un cisium completamente cerrado que habían introducido en el patio de la casa. Honorio les oyó decirle a Actínoo que, si le decía una sola palabra a cualquiera de la visita amistosa que acababan de hacerle a su amo, regresarían para cortarle los testículos. Después, el cisium se puso en movimiento, salió de la Ciudad y estuvo circulando toda la noche a buena marcha. Incluso cambiaron dos veces de caballos en diferentes postas y, cuando uno de los esbirros le sugirió a su jefe que quizá sería conveniente darle de beber al tipo que llevaban dentro, Honorio oyó al otro responderle que si el tipo la palmaba eso les simplificaría el trabajo.

Y ahora se despertaba al pie de ese árbol, y Sila había tenido que sufrir solo la prueba de un proceso injusto, convencido de que todos le habían abandonado, incluido su abogado, pese a los favores de que le había colmado y los sueldos principescos que le había pagado.

Durante las semanas anteriores, Honorio había hablado con varios abogados

de renombre, proponiéndoles hacerse cargo de una parte de la defensa de Sila. Pero todos se habían negado con diferentes pretextos, salvo aquellos que le habían respondido abiertamente a Honorio que no querían tener problemas con la gente de Lacertio, pues ésta recibía protección del palacio imperial. Y le habían aconsejado que abandonara una causa que no podía sino estar perdida.

Honorio miró entonces al esclavo que permanecía plantado sobre sus cortas piernas junto a él, y le pareció oportuno darle las gracias a su salvador.

–Gracias por lo que has hecho -dijo-. ¿Cómo te llamas?

El esclavo pareció sorprendido de que a alguien pudiera interesarle su nombre. Para darle órdenes, el intendente le gritaba: «¡Eh, tú!», o bien le indicaba con un gesto que se acercase.

–Hotio -respondió, encantado-. Mi madre se llamaba Hotia. Por lo que me han dicho -añadió con modestia, pues no había conocido a su madre.

–Bien, Hotio, ¿podrías conseguirme un poco de agua para beber?

El esclavo miró el camino por donde los demás se habían alejado. – Debes levantarte -dijo-. La encontraremos más allá. Es preciso alcanzar a los demás. Creen que me he detenido para cagar, pero si me quedo mucho tiempo retrasado, recibiré unas cuantas patadas en el culo.

Sonrió al decir estas palabras, que para él eran sencillas y naturales. Honorio, contrayendo el rostro, hizo un esfuerzo para ponerse en pie. Realmente lo habían molido a palos. Hotio le tendió la mano para ayudarle y luego se pusieron en marcha a través de los árboles para regresar al camino por donde los otros se habían alejado ya bastante.

La planta de los pies del carbonero estaba cubierta por una gruesa capa callosa, pero la de Honorio, habituada a los coturnos en la comodidad de la Ciudad, era frágil. Hotio se percató de ello al ver la dificultad que el hombre tenía para seguirlo cuando el camino se volvía pedregoso. Se había

detenido para darle tiempo a que lo alcanzase y eso le permitió reflexionar de nuevo.

Aquel tipo era un hombre de la Ciudad, y probablemente un hombre libre. Tenía miembros más bien delicados y sin duda jamás había vivido en el campo, al contrario que numerosos ciudadanos que han servido en el ejército. Además, sus manos eras finas. El esclavo carbonero decidió que le devolvería las sandalias. De todas formas, el intendente se las robaría y le propinaría un montón de patadas en el culo.

Cuando el hombre llegó a su altura, Hotio abrió las alforjas y sacó las sandalias, con su sonrisa de hombre de los bosques. Honorio reconoció su bien y comprendió lo que había sucedido.

–¡Ah! – dijo, también con una sonrisa-. ¡Habías guardado mis sandalias! Te agradezco que pensaras en ello…

Se calzó con gran satisfacción. Caminaron más deprisa y muy pronto vieron ante ellos la comitiva formada por los dos asnos y los otros siete carboneros.

El campamento de los carboneros, situado en un claro, consistía en cuatro grandes cabañas de ramas trenzadas, recubiertas de rastrojos, una de las cuales estaba ocupada por el liberto. Alrededor, en el sotobosque, humeaban suavemente numerosas carboneras que se consumían bajo la costra de arcilla que las cubría. Unos cuantos esclavos iban de una a otra, vigilando la combustión. El liberto era también un hombre moreno y velludo, que llevaba el mismo tipo de ropa que sus subordinados, aunque iba calzado con sandalias y lucía varios anillos en los dedos. Permanecía con las piernas abiertas y una tranca en la mano, acompañado de su perro, un mastín con un ancho collar cubierto de pinchos para el combate cuerpo a cuerpo con los lobos, que estaba sentado a su lado. El animal clavaba una mirada desconfiada en el grupo que regresaba del bosque y lanzaba gruñidos sordos, pues había notado la presencia de un extraño entre las siluetas familiares.

El gruñido del perro alertó a su amo, que también vio al recién llegado. Honorio, por su parte, avanzó hacia aquel cuyo aspecto, además de la compañía del perro, indicaba el poder que ejercía sobre los hombres y los objetos en aquel claro.

–¡Ave! – dijo-. Soy Honorio, hijo de Caedo, abogado ante el tribunal civil de la Ciudad… Unos bandidos me atacaron y he sido salvado por uno de tus esclavos. Vengo a darte las gracias por ello.

El otro examinaba al penoso personaje que tenía ante sí. La juventud y el aspecto enclenque de Honorio, además de su túnica sucia y desgarrada, no concordaban con la idea que un carbonero de un bosque ligur podía hacerse de un abogado romano.

–¿Tú, abogado? – El mastín gruñía más fuerte y el liberto le asestó un golpe en el lomo con la tranca, al tiempo que soltaba una risa sardónica-. Me parece que eres un abogado muy raro. ¿Y qué ha venido a hacer un abogado al bosque, si puede saberse?

–Te digo que me trajeron a la fuerza unos malhechores, que me golpearon y ataron a un árbol, y que, de no ser por tus esclavos, estaba condenado a perecer devorado por los lobos… ¿Puedes darme algo de comer, antes de que alguien me conduzca a un camino que me lleve a Roma? Si ordenas que me acompañe uno de tus carboneros, le daré una generosa recompensa para que te la traiga… El liberto volvió a reír.

–¿Crees que porque los carboneros vivimos en los bosques somos imbéciles? ¿Quién me dice que no eres un esclavo que ha huido? ¿O un delincuente que ha escapado de los vigilantes? Y si piensas que voy a enviar a uno de mis esclavos a Roma contigo, cuando aquí, en las carboneras, hay trabajo atrasado, es que no estás bien de la cabeza… -Hizo una pausa y meneó la cabeza-. ¡Ni hablar! Si quieres comer, debes trabajar. Hay que cortar leña para las carboneras que vamos a empezar a una milla de aquí… Irás allí con los demás y, si trabajas correctamente, esta noche comerás lo mismo que ellos. Después, ya veremos…

Honorio sintió que le invadía la indignación.

–¿No temes la cólera de los dioses? – exclamó-. ¿Desconoces las tradiciones de hospitalidad? ¿Es así como tratas a los viajeros que Mercurio te envía? ¿Y es preciso que tus esclavos, que me han socorrido, le muestren a un hombre libre cuál debería ser su conducta?

–óyeme bien -dijo el liberto-, si no cierras el pico, te propinaré uno o dos bastonazos y haré que te vuelvan a atar a un árbol, como estabas hace un rato. Si quieres llamarle a eso la cólera de los dioses contra un pesado que viene a dárselas de importante ante personas que trabajan, a mí me da igual. En cualquier caso, te aconsejo que vayas con los otros y te pongas a trabajar de inmediato si quieres comer esta noche… ¡Eh! – gritó en dirección a los ocho que habían llegado con los asnos y el abogado-, ¿quién de vosotros lo ha encontrado?

–He sido yo, amo -respondió Hotio.

–Pues bien, lo vigilarás y le harás trabajar contigo. Si se esfuerza, esta noche le daremos su parte. ¡Vamos! – concluyó-. ¡Largaos al otro claro, y deprisa! Necesitamos veinte carboneras preparadas para ser encendidas a la caída dé la noche…

La noche acabó por caer, tanto para Honorio como para los demás, y los esclavos se retiraron a sus cabañas. El joven abogado había regresado exhausto del alejado claro, donde había contribuido mejor o peor a levantar las veinte carbonillas exigidas por el liberto. Sus manos estaban ensangrentadas por haber utilizado el hacha, que había tenido que manejar igual que los demás. Se tambaleaba por el sendero que conducía a los carboneros a su campamento. De no ser por Hotio, que lo sostenía, se habría desplomado víctima del hambre y la fatiga.

Recibió su parte de sémola de avena, con los trozos de carne de cordero que contenía, como un manjar delicioso. Al ver su escudilla vacía, Hotio le cedió parte de su ración. Luego se tumbaron uno junto a otro sobre las esteras que servían de cama en la cabaña.

Cuando se hizo el silencio y no se oía más que la respiración de los durmientes, presurosos por reparar el cansancio de una jornada de trabajo iniciada antes del alba, Honorio, que no podía conciliar el sueño, trastornado por todo lo que le había ocurrido desde que lo raptaran de su casa los esbirros de Lacertio, notó que una mano se deslizaba por su vientre. La mano buscaba su sexo y se detuvo cuando lo hubo encontrado. El abogado se volvió hacia su compañero de cautividad, el único al que podía pertenecer la mano. Vislumbró en la oscuridad el rostro rudimentario del esclavo sonriéndole.

Pese a estarle agradecido por la ayuda que le había prestado su vecino a lo largo de la jornada, Honorio cogió la mano de Hotio con la suya para apartarla del lugar donde estaba. Pero el esclavo tenía unos músculos de hierro y la mano se resistió. Su otra mano asió la de Honorio y la colocó sobre su propio sexo, el de Hotio.

Honorio descubrió entonces la vigorosa erección de su bienhechor y se percató de la difícil situación en la que se hallaba.

–¿Tú tienes una mujer en la Ciudad? – le preguntó Hotio en voz baja. – Sí… Bueno, cuando quiero, puedo tener una.

–Aquí nunca hay ninguna -suspiró su vecino-. Date la vuelta, por favor. Después te tocará a ti, si quieres…

Honorio intentó adoptar una actitud firme.

–No quiero hacer eso -declaró-. Alíviate tú mismo… Además, no estoy acostumbrado y me harás daño.

–No -repuso la voz tranquila del carbonero-. Tengo grasa de cordero. Date la vuelta. Te untaré el agujero del culo y todo irá bien.

–¡Te repito que no estoy decidido! Te agradezco sinceramente todo lo que has hecho hoy por mí, pero lamento no poder satisfacerte…

Honorio había elevado un poco el tono de voz al pronunciar esta última frase.

–Si hablas demasiado fuerte -susurró Honorio-, despertarás a los demás y querrán hacer lo mismo porque eres nuevo aquí… -Honorio, que empezaba a perder toda esperanza, calló. Tras un instante de silencio, su vecino prosiguió-: Si no te vuelves, les pediré a otros dos que te sujeten y después también te la meterán. Eso es todo lo que saldrás ganando…

Hotio se había incorporado y sostenía en la mano el bote de grasa de cordero, cuyo olor Honorio percibió.

–¿Qué? – preguntó el carbonero-. ¿Te vuelves o quieres que los despierte?

Honorio exhaló un suspiro y se dio la vuelta.

Lépido manejaba el arado en el largo tramo de tierra que serpenteaba al pie de la colina arbolada, a orillas del río que cruzaba su propiedad. En aquella zona hacía fresco, a causa de las brumas que ascendían por la mañana y por la noche del río, de manera que allí era posible empezar la labor muy temprano.

Aspirando el agradable olor de la tierra, removida por la reja del arado, el ex prefecto de la annona encontraba un motivo para olvidar la decepción con la que había finalizado su aventura en el palacio Menesio. De la noche a la mañana, las pequeñas preocupaciones de la granja volvían a ocupar el primer plano. Sin embargo, el ex candidato al tribunado, con frecuencia solo tras sus yuntas, no cesaba de darle vueltas a los acontecimientos que habían provocado el fracaso de Sila.

Los cuatro bovinos habían llegado a paso tranquilo al final del surco. Lépido se apoyó en el fértil suelo de labor para darle la vuelta a su pesado arado. Una vez hecho esto, se volvió él también. Entonces vio, en el camino que bordeaba el río, a dos hombres que caminaban hacia él con un bastón

de viajero en la mano. El aspecto enclenque de uno de ellos le resultó familiar. Esperó a que se acercaran y, cuando el brazo del hombre enclenque se agitó en su dirección y él oyó la voz de éste llamándolo por su nombre, reconoció al joven abogado que también había vinculado durante un tiempo su suerte al destino truncado del ex oficial de las legiones.

Lépido dejó el arado para dirigirse al puentecillo de madera por donde Honorio y su compañero podrían reunirse con él.

–¡Vale, Lépido! – dijo el joven abogado.

–¡Vale, hijo! ¿Qué buen viento te trae por aquí? ¿O acaso es todavía el mal viento, que no ha cesado de soplar?

Su mirada iba de la túnica sucia y desgarrada de Honorio al rostro y las toscas vestiduras del que permanecía a su lado.

–Hotio es un carbonero que me encontró casi muerto en el bosque, donde los hombres de Lacertio me habían llevado para que no pudiese defender a Sila en el proceso -explicó el abogado.

Lépido meneó la cabeza.

–¡Así que era eso! Cuando vi que no aparecías en el pretorio, pensé que tú también habías abandonado al galo… ¡Ahora ya estoy tranquilo al menos a ese respecto! En cuanto a mí, me marché de Roma inmediatamente después de haber oído, con lágrimas en los ojos, pronunciar esa infame condena…

–¿Qué condena, Lépido? – exclamó vivamente Honorio.

–¡Las fieras! ¡El oficial de las legiones arrojado a las fieras en la arena, como un ladrón o un abyecto asesino! ¡Ah! – se lamentó-, Temis no estuvo presente en aquel pretorio durante el funesto proceso. Así lo espero al menos; de lo contrario, sería para desconfiar de los dioses…

–Las fieras… -murmuró Honorio, abrumado.

–¡Sí, hijo mío! Sila fue acusado de haber redactado un falso testamento y el desdichado Khalil, sin duda sometido a no sé qué horribles amenazas, afirmó que ambos habían imitado la escritura de Menesio. Yo fui el único que declaré en su favor, pero mis palabras se estrellaban contra un muro. En lo que se refiere a ti, no debes lamentar nada, pues tu defensa, por hábil que hubiese sido, habría tenido la misma suerte…

Después cambió de tono, al darse cuenta del lamentable estado en que se encontraban los viajeros y ver la fatiga pintada en los rasgos del joven, a todas luces menos aguerrido que su compañero.

–Pero ahora tienes más necesidad de cuidados que de lamentaciones, mi querido Honorio. Ve a la granja y dile a mi intendente Lucio que me has visto y que he ordenado que os den sin tardanza algo con que vestiros y reparar fuerzas… Yo iré cuando haya acabado este trozo de tierra.

Honorio, bañado por los esclavos de su anfitrión y vestido con una túnica prestada una pizca demasiado grande para él, comía uva tras haber engullido varios platos copiosos. Tumbado frente a él en el triclinio, en el comedor donde los esclavos retiraban la mesa, Lépido veía a través de la ventana abierta al carbonero Hotio, también él ahíto, durmiendo en un banco del patio. – Descansa aquí el tiempo que sea necesario -dijo-. Supongo que los hombres de Lacertio no te debieron de animar a que regresaras a la Ciudad demasiado pronto…

–Eso es lo que me dijeron, en efecto, amenazándome además con la muerte. ¡Pero no tengo la intención de renunciar!

–¿De renunciar a qué, amigo mío?

–¡Pues a solicitar la revisión de ese vergonzoso proceso que deshonra la justicia del Imperio! En la casa que alquilé en Roma tengo oro que me dio Sila y, mientras me quede oro y un soplo de vida, lucharé por él y por la memoria de Menesio. Removeré cielo y tierra, iré a ver a todos los senadores uno tras otro, y demostraré que Lacertio y sus acólitos son unos

criminales…

–¡Por todos los dioses! Antes de que hayas demostrado cualquier cosa y encontrado a dos senadores, serás apuñalado en la calle entre el gentío, o matado por un escabel arrojado desde una ventana para partirte el cráneo…

Pero el abogado alzaba orgullosamente el mentón, expresando una firme resolución.

–¡Los hombres de Lacertio me han insultado y golpeado! Y me han impedido litigar… ¡Eso ha sido un grave error! ¡Se enterarán de que nadie aparta impunemente a Honorio, hijo de Caedo, de los pretorios!

–Admiro tu resolución, que debería llamar temeridad. Porque ellos envenenaron a Menesio, uno de los hombres más influyentes de Roma y un guerrero. Y después han acabado con Sila, que no tiene nada que envidiarle a aquél en valor y habilidad. Son demasiado fuertes para nosotros.

Pero Honorio no cedía.

–¡No hay más que esperar y persistir, Lépido! Los dioses ultrajados por sus crímenes acabarán por abandonarles… ¡Entonces llegará mi hora! Informaré al Senado reunido. Incitaré la indignación de los padres conscriptos, presentando los testimonios que habré obtenido en secreto y que arrojarán la luz sobre la verdad.

Lépido no pudo evitar sonreír.

–Y no tienes ni diez sestercios para volver a Roma…

–¡Iré a pie!

–¡No, amigo mío! Te daré un caballo y dinero. Y si cambias de opinión, lo cual deseo por tu bien, vuelve aquí. Yo te acogeré. Me ayudarás a llevar las cuentas.

–Te lo agradezco, Lépido. Sé como todo el mundo en Roma que eres un hombre admirable…

–Te agradezco a mi vez el cumplido. En efecto, soy admirable, por eso Roma no quiere saber nada de mí y me envía por segunda vez con mis bueyes… -El ex prefecto de la annona miró al carbonero, dormido en el banco-. ¿Y tu compañero? ¿Cuál es su condición?

–Quería hablarte de él. Es esclavo de un hombre indigno que hace carbón en el bosque y que me ha tenido prisionero durante más de diez días, obligándome a trabajar duramente a cambio de una parca alimentación… Logré convencer a Hotio, que conoce los senderos de estos bosques, de que huyera conmigo. Sin él, ¿qué habría sido de mí? ¿Puedes quedártelo como esclavo? Aquí, sé que recibirá un buen trato.

–¡Vamos, Honorio, tú, un hombre de leyes! ¡Tú sabes que no puedo apropiarme de un esclavo fugitivo!

–Yo, un hombre de leyes, te garantizo que si su propietario viniera a reclamarlo, lo cual es poco probable, dado que ignora dónde está, a ocho días de camino del lugar del que huimos, entonces le mostrarías el escrito que voy a redactar ahora mismo y que te dejaré, según el cual presento una denuncia contra él por secuestro arbitrario de un hombre libre, denuncia reforzada por la declaración, que también recogeremos por escrito, del esclavo al que ese hombre le había encargado mi vigilancia y que me ayudó a huir, indignado por el trato que se me daba… En cuanto la denuncia sea presentada ante el procurador, ese hombre, un liberto, será arrestado y condenado a las minas, pues la ley es estricta en tales casos. Dado que la condena del liberto dará lugar a la confiscación de sus bienes, este esclavo quedará embargado y tú podrás comprárselo al encargado de dicho embargo por una suma módica, en vista de las circunstancias y, sobre todo, de que habrá estado en depósito en tu casa durante determinado número de días, lo cual te otorga un derecho preferente de compra, según la ley Vicilia aprobada durante el primer consulado de Pompeyo y llamada «de usius nunctius serviliae»…

Honorio, satisfecho por haber tenido ocasión de demostrar su dominio de la ciencia jurídica, hizo una pausa para cambiar de tono y prosiguió:

–En tu opinión, tú que tienes experiencia en la materia, ¿cuánto puede valer un esclavo como él?

–Hay que examinarlo de cerca. Depende de su estado de salud. Parece fuerte. ¿Es musculoso?

–Desgraciadamente, sí -suspiró el joven abogado-. Tiene unos músculos de acero…

–¿Por qué dices «desgraciadamente»? – preguntó sorprendido Lépido, sonriendo.

–Pues… Creo que estoy celoso, ya que me falta entrenamiento físico por haber descuidado mis visitas a la palestra…

Lépido se levantó del triclinio.

–Vamos a verlo de cerca dijo-. Además, conviene caminar un poco después de las comidas. Coge los higos y la uva, te lo ruego, Honorio. Tenemos tanto este año…

El abogado siguió a su anfitrión con un gran racimo en la mano. Salieron al patio y fueron hasta el banco donde el esclavo seguía durmiendo.

–¡Eh, Hotio, despierta! – le dijo a éste.

El carbonero abrió los ojos y se puso dócilmente en pie. Había comido bien y aquella granja rodeada de viñas y de árboles frutales, atravesada por el río, le parecía más agradable que el bosque donde se deslomaba desde niño.

–¿Sabes qué edad tienes? – preguntó el propietario del lugar.

Hotio exhibió su rudimentaria sonrisa para confesar su ignorancia, que

Lépido ya se esperaba.

–Debe de rondar los veinticinco años -consideró éste, mientras tocaba sus músculos-. Tienes razón -dijo, dirigiéndose a Honorio-, ¡los tiene durísimos! Sin duda alguna, es un buen trabajador. Abre la boca, por favor.

El carbonero obedeció.

–No hay nada que objetar -constató Lépido- ¡No le falta ni un diente! La alimentación que recibía en ese bosque le iba de maravilla. En este estado, en el mercado de Villanium, no valdría menos de setecientos sestercios un día en que hubiera demanda de mano de obra… -El ex prefecto pareció reflexionar, mientras Honorio acababa de desgranar el racimo-. ¿Quieres volver al lugar de donde has venido -prosiguió, dirigiéndose a Hotio- o quedarte aquí, en mi casa? Como tu amo se ha metido en un buen lío, puedes hacerlo. Te acogeré y, si es necesario, te compraré. ¿Qué sabes hacer?

–Carbón -respondió Hotio.

–¿Nada más?

El otro negó con la cabeza.

–Está bien -erijo Lépido- Tengo bastante bosque. Hay álamos, fresnos y olmos.

–Los mejores son los álamos -afirmó el esclavo, adoptando una actitud sentenciosa.

–Te encargarás de hacer carbón durante todo el año. Honorio regresará a la Ciudad. ¿Quieres quedarte?

El carbonero pareció reflexionar. Luego dijo, con el entrecejo fruncido:

1. Gimnasio al aire libre, donde los ciudadanos practicaban ejercicios

físicos como lanzamiento de jabalina, carreras, etc.

–Sí, si puedo tener una mujer.

–¡Una mujer! – exclamó Lépido, sorprendido-. ¿Tenías una en el bosque?

–Por desgracia, no tenían -intervino Honorio-. Ninguno de los carboneros.

–Bien -dijo Lépido con sencillez-, ¡no se les puede impedir ni a Venus ni a Príapo que ejerzan su dominio sobre todo cuanto vive, incluso en la condición servil! Aquí hay mujeres, por supuesto… Y tú querrías que se te adjudicara una, que iría contigo al bosque, ¿no es eso?

Esta vez, Hotio exhibió su dentición en una amplia sonrisa.

–Sí, señor. Entonces me quedaría muy a gusto y haría muchas carboneras…
-Es posible -declaró Lépido-, con la condición de que me hagas también muchos niños. Necesito tres en los seis próximos años… ¿Te sientes capaz?
Hotio sonrió de nuevo con satisfacción.

–¿Goza de buena salud en ese aspecto? – preguntó Lépido, dirigiéndose a Honorio.

–Lo…, lo ignoro -contestó el abogado.

–¡Veámoslo, pues! Hay que ir con cuidado; de lo contrario, la enfermedad venérea se extiende y no hay quien la detenga. Eso puede causar muchos perjuicios en una propiedad. Yo siempre le he concedido mucha importancia a esa cuestión. ¡Muéstrame tu verga, amigo!

Hotio obedeció. Se arremangó la túnica y extrajo su miembro del paño que pasaba entre sus piernas e iba anudado detrás de la cintura, y que le servía de calzones.

Lépido se inclinó para observar de cerca.

–Estira la piel hacia atrás, por favor…

El carbonero, obediente, dejó su glande al descubierto. Lépido lo cogió con dos dedos y apretó el extremo.

–Está en perfecto estado -declaró, incorporándose y frotándose los dedos uno contra otro-. Este esclavo no padece ninguna enfermedad. No siempre es así, al contrario… -Y añadió en tono de broma-: Has tenido suerte, mi querido Honorio, si me permites expresarme así en estas circunstancias…

Metalla en el recinto de los bestiarios

Metalla llegó a la entrada de los cuarteles subterráneos del anfiteatro que los arquitectos habían asignado a las fieras, así como a las salas donde permanecían encerrados los hombres y las mujeres destinados a perecer devorados por los animales.

Vestidos con su uniforme de cuero, realzado con adornos de leopardo, y armados con un largo gancho que los ayudaba a trasladar a los feroces animales de una jaula a otra, los bestiarios rodearon a la invencible esedaria, llenos de admiración. Los brazos y los muslos de la mayoría de ellos llevaban marcas de las zarpas o los dientes de aquellos a los que habían sobrevivido…, cuando la gangrena no invadía las heridas.

–¡Metalla! – exclamó uno-. ¡Nos honras descendiendo al fondo de nuestras cavernas!

–¡Sabía que no podrías resistir al placer de aspirar el delicioso perfume de la orina de nuestros leones! – dijo otro, adoptando en broma un aire y un tono extasiados.

–Matarás a la cartaginesa, ¿eh? – intervino un tercero-. He apostado todo lo que tengo por ti. ¡No me hagas perder los calzones!

Al oír sus voces y sus bromas, el intendente de los animales, que estaba en su despacho a la entrada del cuartel de las fieras, salió para ir al encuentro de Metalla.

–¡Ave, Mesio! – dijo la esedaria.

–¡Ave, Metalla! Supongo que habrás venido a ver a Sila.

–Sí, Mesio.

–¡Es justo! Siendo su liberta, le debes, y te debes a ti misma, venir a asistirlo incluso aquí… ¡Tú, conduce a Metalla a la celda del galo! – le ordenó a uno de los bestiarios-. Según la ley -prosiguió, dirigiéndose a la esedaria-, no debe estar con los demás. Y aquí, todos le respetamos. – Se acercó más a la joven y añadió, en tono confidencial-: Entre nosotros no hay muchos que lo consideren culpable de haberse apoderado de la herencia de Menesio.

Siguiendo a su guía, Metalla pasó ante las sólidas rejas tras las que se hallaban encerrados los osos, los leones y las panteras, expuestos a las corrientes de aire astutamente previstas por los arquitectos para que los animales y los qué los cuidaban pudieran soportar la encarcelación en un lugar como aquél.

A las rejas les sucedieron otras rejas, tras las cuales estaban esta vez los miserables que iban a perecer al cabo de unas horas o unos días, víctimas de una muerte horrible entre los gritos de alegría de la muchedumbre romana.

El hombre vestido de leopardo se adentró en el pasillo de las celdas, cerradas con puertas metálicas provistas de una mirilla que permitía echar un vistazo al interior. Miró sucesivamente a través de varias y se volvió hacia la esedaria.

–Está aquí. ¡Mira!

Metalla acercó el rostro a la puerta. Sila dormía, en efecto, sobre la tabla que hacía las veces de cama. Un poco de luz llegaba, desde arriba, de un pozo que iluminaba todas las celdas agrupadas a su alrededor.

–Vas a despertarlo -dijo el guardia, con pesar.

–Sí, pero debo hablar con él. ¡Abre!

El guardia descorrió los tres grandes pestillos. Metalla entró y se volvió antes de que la puerta se cerrase de nuevo.

–Dentro de tres cuartos de hora, querré ver aquí a Mesio. Dile que le ruego que venga…

Sila, que dormía con la cabeza vuelta hacia la pared, se despertó al oír el ruido de la puerta al cerrarse. Al principio no comprendió quién había entrado. La esedaria avanzó hasta la tabla y se arrodilló para estar a la altura del rostro del galo.

–Perdóname por despertarte -dijo.

Sila sonrió levemente. La esedaria buscó la mano de aquel que ahora era su patrón, la cogió entre las suyas y acercó los labios para besarla.

–Te he traído una cosa que aprecias por encima de todo -bromeó.

Le tendió un pequeño paquete de bastoncillos de viburno atados con una cinta.

–En efecto, los echo en falta -repuso el galo.

Él había cogido los bastoncillos y ella acercó esta vez sus labios a los suyos.
– Supongo que echarás en falta otra cosa… He venido a traértela también -

susurró-. ¿Quieres hacer el amor?

Sila sonrió de nuevo.

–Ya no puedes ordenar que me azoten -prosiguió ella con la misma voz acariciadora.

–Si me lo hubieras propuesto con amabilidad, como hoy, no habría ordenado que te azotasen…

–¿Y habrías aceptado?

–Enseguida, no. Me habría hecho de rogar algún tiempo… Sabes que soy un hombre de principios.

1. El amo de un esclavo manumitido se convierte en su «patrón».

–Hoy, por favor, no te hagas de rogar. No disponemos de mucho tiempo. Le he dicho al guardia que viniera dentro de tres cuartos de hora.

–¿Tan pronto? No eres muy generosa conmigo -dijo, siguiendo el juego. Ella colocó la mano de Sila, que había conservado entre las suyas, entre sus muslos. Sila se percató de que iba desnuda.

–No es lo que se da lo que cuenta -murmuró Metalla, poniendo sus labios sobre los de él-, sino la intención que se tiene… -Los dedos del galo tocaban la humedad de la joven-. Como puedes ver, no te haré perder tiempo…

Hicieron el amor. Sila se sentía feliz de olvidar su situación y Metalla, que no había estado con un hombre desde el fin inesperado de Menesio, notó la necesidad que tenía de un miembro viril y de los brazos de un hombre fuerte, al tiempo que comprendió que el amor que sentía por Alya se había convertido en un sentimiento que vivía más en su corazón que en su vientre.

Se produjo un ruido de pasos en las baldosas del pasillo, los cerrojos fueron

descorridos de nuevo y Mesio apareció en la entrada de la celda.

–Gracias por haberte molestado dijo Metalla, sentada en el suelo con las piernas cruzadas, a los pies de la tabla donde permanecía Sila-. Quería hablar contigo sin que nos oyeran -añadió en cuanto la pesada puerta estuvo cerrada.

–No me ha sorprendido -declaró el intendente de las fieras-. Incluso puedo decirte lo que vas a proponerme.

–¿De verdad? – dijo ella.

–¡De verdad! Vas a ofrecerme un millón de sestercios para que prepare la evasión de Sila.

–Es lo que iba a decir, en efecto, excepto que la cifra… Te habría pedido que fijaras tú mismo la suma y habría aceptado mucho más.

–Por desgracia, no es más que un sueño. Si yo cogiera ese dinero, no podría aprovecharlo. Los que hicieron condenar a Sila no me permitirían disfrutar de él. Se encargaron de advertírmelo, sin más, cuando Sila fue conducido aquí… Me harían perecer de una u otra forma. Probablemente, arreglándoselas para que me sumaran a aquellos que van a ser enviados a la arena. – El silencio invadió la celda y Mesio se apoyó en la pared-. Además, para mí no es una cuestión de dinero. No obstante, se puede intentar una cosa, y es lo que tenía intención de hacer antes incluso de que tú intervinieras. Como sabes, tengo facultades para disponer que se les entreguen armas a aquellos condenados que parecen lo bastante fuertes y valerosos como para utilizarlas luchando contra las fieras. Es un espectáculo para el público, ¿no?… Y si los condenados combaten bien y no están completamente exhaustos a causa de la sangre que han perdido, la muchedumbre levanta el pulgar para pedir su perdón. Si César lo aprueba, los traen aquí en el estado en que se encuentren y, a los que no son declarados buenos para el spoletarium, los cirujanos los reaniman…

–¿Y qué ocurre con ellos? – preguntó Sila, que, contrariamente a Metalla,

no conocía todos los vericuetos del circo.

–Según la costumbre, los envían a las minas en cuanto se mantienen en pie. – Se produjo un nuevo silencio-. De las minas -prosiguió Mesio- uno puede escapar. La mayoría de los desdichados a los que se envía allí son la escoria de la Ciudad. No tienen ni dinero ni ayuda en el exterior. Pero quien dispone de lo uno y de lo otro puede organizar su evasión. Por lo general, las minas son lugares alejados de Roma y, como mueren muchos, no se lleva la cuenta exacta de los que hay allí… ¿Debo preguntarte si decidirás luchar contra las fieras, Sila? Supongo que esa pregunta es superflua.

–Tu suposición es correcta. Y no tengo elección. Pero antes quisiera pedirte un favor: haz que me lleven con los otros condenados. Quiero ver a Khalil, que fue juzgado conmigo como mi cómplice. Declaró contra mí y se confesó culpable de lo que los otros llamaban nuestro crimen. Quiero saber por qué…

Mesio se encogió de hombros.

–Resulta fácil imaginar la razón… Pero de todas formas haré que te trasladen allí porque quiero que te pongas de acuerdo con los diez o doce hombres que lucharán contra los animales contigo. Algunos de ellos son piratas capturados en el mar. Son fieras ellos también, auténticos Hércules que han librado cientos de combates. Hay entre ellos cazadores de fieras africanas, condenados por haber revendido a particulares animales pertenecientes al Estado. Ellos te enseñarán lo que saben de las debilidades de los osos y los leones, la manera de atacarlos y de evitar sus zarpas. Y a ti, el oficial, te corresponderá organizar vuestro combate…

El guardia empujó la pesada reja que acababa de abrir y Sila se encontró junto a aquellos que, como él, iban a ser expuestos en la arena. Algunos estaban acostados directamente en el suelo, ya que las tablas colocadas a lo largo de las paredes no eran suficientes para todos. La mayoría se hallaban postrados. Había parejas que permanecían abrazadas. Otros gemían interminablemente. Otros más, dominados por el miedo, se levantaban constantemente para ir a las letrinas. Otros, por último, en cuclillas ante la

artesa donde los guardianes habían vertido por la mañana gachas de avena, comían aquel primario alimento, cogiéndolo mediante cucharones colgados de la pared para ese uso. Había incluso jugadores de tabas y espectadores que seguían la partida.

Sila pensó que aquel cuadro representaba la calma anterior a la tormenta. Ésta estallaría cuando los guardias entrasen con los látigos para empujar a todos aquellos hombres y mujeres hacia los ascensores que los elevarían al nivel de la arena del circo. Entonces, los gritos atronarían y algunos incluso intentarían aplastarse la cabeza contra la pared para no ver el hocico sangriento de los animales acercarse a su carne.

Pasando por encima de unos y tocándoles el hombro a otros para que mostraran su rostro, el galo buscó la nariz aguileña y los cabellos negros de Khalil, el financiero fenicio.

Lo encontró estirado en un rincón sobre una tabla, con los ojos abiertos, clavados en el techo, cavilando. El galo le tocó un hombro.

–¡Khalil!

El hombre de confianza de Menesio volvió el rostro hacia él.

–¡Sila! – exclamó, espantado-. ¡Por todos los dioses…! ¿Dónde estabas? El fenicio miraba al heredero de Menesio con temor.

–Sabes que tengo derecho a un aposento privado -contestó el galo.

–Entonces, ¿para qué vienes aquí? – preguntó el otro, incorporando su menudo cuerpo para sentarse en la tabla.

–Pues para verte…

Las lágrimas anegaron los ojos del desdichado.

–¿Para reprocharme el crimen que he cometido declarando contra ti?

–Para reprochártelo no, Khalil. Para que me expliques tus razones.

–¿Me perdonarás cuando las conozcas?

–¿Crees que no las imagino?

–No puedes imaginarlas. ¿Sabes acaso que tengo una hija de trece años? – No. Solamente sabía que tienes una mujer.

–Entonces, escucha. Después de que el prefecto de los vigilantes me arrestara en mi despacho, en cuanto descubrieron las tablillas falsificadas, un hombre de Lacertio vino a verme a la celda donde me habían encerrado. Me dijo que si, tanto durante la instrucción del proceso como ante los jueces, no mantenía que esas tablillas eran las que nosotros, tú y yo, habíamos redactado para apoderarnos de la herencia, mi hija y mi mujer serían raptadas y enviadas a Grecia para ser encerradas en un lupanar… -El hombre observó el rostro de Sila. Éste tenía entre sus dedos un bastoncillo de viburno, que se llevó a la boca sin decir una palabra-. Tú no tienes hijos, ¿verdad? – imploró el financiero-. No puedes, pues, saber lo que se siente al oír una cosa como ésa…

Sila pensó que, efectivamente, no tenía hijos, que el que Marga había llevado en su vientre, nacido de su amor por la joven de hermoso y patético rostro, murió el día que su madre lo trajo al mundo a costa de su propia vida.

–No tengo hijos -admitió Sila, retirando el bastoncillo de su boca-, pero puedo comprender lo que sentiste…

–Entonces, ¿podrías perdonarme? – preguntó Khalil, con voz aún más temerosa.

–Puedo hacerlo -respondió el galo.

–Gracias, Sila, gracias -dijo Khalil, cogiéndose la cabeza entre las manos. Y

añadió-: Me dijeron que, si mantenía mi promesa hasta el final, no les harían nada, que no tenía nada que temer… -alzó la cabeza para interrogar a su interlocutor-. ¿Crees que cumplirán su palabra?

–Sí. Han obtenido todo cuanto querían de nosotros: mi vida y la tuya, después.de la de Menesio. Pueden muy bien hacernos esa pequeña concesión. Sila partió de un mordisco el bastoncillo que estaba masticando. Acababa de decidir que, con aquellos doce bandidos que había allí, en esa caverna de muerte, mataría a todos los leones y los osos que encontrase frente a él, a fin de vivir el tiempo suficiente para poder castigar a Lacertio y los demás de la misma forma que había castigado al leno Ictios.

Después de ver el cuerpo de Mancinia en la litera, algo de su fuerza se había quebrado en él. Se había dejado llevar dócilmente por el prefecto de los vigilantes. Había estado a punto de aceptar el destino que le habían preparado, la abyección de aquel proceso y la terrible soledad en la cual lo había vivido.

Pero ahora ya no estaba dispuesto a resignarse, de manera que se levantó para buscar, entre los condenados, a los piratas y cazadores de fieras con los que formaría su ejército.

Un inmenso clamor se alzó de las gradas atestadas bajo el velum de tela blanca tensado sobre el anfiteatro, el mayor velum que jamás se hubiera tejido y cosido para el mayor circo jamás construido. Mientras leones, osos y panteras iban y venían por la arena del circo, cruzándose entre sí y, en ocasiones, amenazándose mutuamente con sus mandíbulas que gruñían enfurecidas, la plataforma del ascensor que les llevaba a los condenados surgió lentamente en medio de ellos. El espectáculo iba a comenzar.

Sobre aquella plataforma rodeada de rejas que acababa de detenerse a la altura del suelo arenoso, seis bestiarios armados con látigos y garabatos permanecían en medio de aquellos a los que conducían a la muerte. Tras bajar una de las rejas laterales, los guardias vestidos de leopardo comenzaron a golpear a los miserables para obligarles a salir de la jaula, pinchando con los garabatos a los que trepaban por los barrotes y azotando

a las mujeres que se arrastraban de rodillas agarrándose a sus piernas, como si fuera posible doblegar a aquellos hombres que vivían entre el olor de la sangre y no eran más que engranajes irresponsables de la gran máquina de matar.

Entonces se elevaron desde las gradas las primeras risas, cuando un condenado echó a correr a toda velocidad, esperando escapar de un león que trotaba tras él sin demasiada impaciencia, pues sabía que tendría la última palabra. Luego hubo salvas de aplausos para dos osos que se disputaban a un chiquillo de unos doce años, al que uno de ellos había herido de un zarpazo. En vista de que el niño ensangrentado también huía, los dos osos se reconciliaron para perseguirlo. La muchedumbre, encantada, celebraba aquel rasgo de psicología animal digno de un fabulista.

En el palco imperial, de paredes ornadas con ramos de flores y coronas de laurel, aireado mediante paneles de paja que manejaban unos esclavos negros tirando rítmicamente de unas cuerdas de seda, Tito César dictaba el correo de los asuntos de Estado a varios secretarios sentados con las piernas cruzadas al pie del trono, con su escritorio sobre las rodillas.

Tito era famoso por la rapidez con la que tomaba un texto en escritura estenográfica. Había derrotado a todos sus secretarios en ese juego, aun cuando éstos fueran los mejores que se pudiese encontrar en el seno de la administración romana. Así pues, trabajaban para él con pasión, orgullosos de tener un maestro semejante.

1. Manejado por un destacamento de marinos, protegía al público del ardor del sol.

De vez en cuando, entre dos frases de su latín elegante, César echaba un vistazo a la arena, pero no concedía más que un interés cortés a las fieras y sus víctimas. Para él, la muerte de los condenados a manos de las fieras era más un acto judicial perteneciente al arsenal penal del Imperio que un espectáculo. Por el contrario, el guerrero intrépido y eficiente que había sido en las legiones se apasionaba por los combates de gladiadores y, entre éstos, ponía por encima de todos los demás a los tracios, con su pequeño

escudo y su gran espada curvada en forma de cimitarra.

Conocía por su nombre a todos los sujetos de esa raza que tenían algún valor y no habría faltado por nada del mundo a una de sus exhibiciones. Entonces se veía al Emperador de Roma levantarse en su suntuoso palco al mismo tiempo que aquellos que, entre el populacho de las gradas, eran también ardientes partidarios de los tracios, y blandir el puño al unísono, y se le oía gritar con ellos palabras de aliento. Y eso le hacía muy popular, tanto más cuanto que no se excedía, conservando pese a su emoción el comedimiento que le corresponde César.

En el momento en que acababa de dictar los severos edictos por los cuales condenaba al látigo, a la picota en el Foro y a la deportación a islas lejanas a los delatores que ejercían en Roma desde hacía tiempo su vergonzoso comercio de denuncias calumniosas y falsos testimonios, su hermana Domitila apareció en la entrada lateral del palco imperial, arrastrando a sus hermosas doncellas en su surco intensamente perfumado.

César advirtió entonces a sus secretarios que les iba a pedir que lo perdonaran por un rato, pues tenía que escuchar los chismes y cotilleos de la Ciudad que su hermana venía a contarle como de costumbre y que, añadió, eran tan importantes como los mayores secretos de Estado. Los secretarios recogieron, riendo, rollos, estiletes y tablillas, y se retiraron a la zona del palco donde tenían sus pupitres y su asiento, junto a una puertecilla por donde entraban los mensajeros que se presentaban ante César cuando éste pasaba largas horas en el anfiteatro, para comunicarle noticias de todas partes y dar traslado a las decisiones imperiales.

El circo y sus espectáculos terribles y fastuosos encarnaban la civilización cruel y eficiente que subyugaba al mundo. Era, pues, justo que el eje del Estado estuviera radicado allí: ¿no era acaso allí donde Roma era ella misma? Ningún pueblo había ideado aquellos combates por el placer de combatir, ni aquella sangre derramada sin piedad para proclamar que había basado su poder en un desprecio total a la muerte y el sufrimiento humano. En los juegos del circo, el pueblo romano repetía en una atmósfera de fiesta los gestos de matar y de perecer que seguirían constituyendo todavía

durante mucho tiempo el ejercicio de su poder…

Las damas de honor de Domitila ayudaban a la oronda joven a instalarse en un sillón junto a su hermano cuando un nuevo clamor, más breve pero más intenso, retumbaba bajo el velum. La plataforma que se elevaba de los sótanos reaparecía en el centro de la arena.

En esta ocasión sólo había doce condenados. Sin embargo, sus fieros semblantes, así como los venablos, los chuzos y las espadas con los que iban armados, les despojaban del aspecto de ganado condenado al matadero que tenían los otros, cuyos huesos se oía crujir en ese mismo momento en las mandíbulas chorreantes de sangre de las fieras. Éstos iban a luchar, y tenían la esperanza de sobrevivir.

Miles de miradas contaron el reducido número de hombres que integraba el grupo. Había en la arena más de cien animales… Y en los sótanos, o a punto de ser trasladadas allí desde las instalaciones construidas en la puerta Prenestina, se encontraban centenares de fieras más. La esperanza de aquellos doce hombres no era más que un delgado hilo. La muchedumbre lo sabía y eso hacía que su placer fuera mayor.

A continuación, aquel clamor se transformó en un grito acompasado que renacía a oleadas de un extremo del anfiteatro al otro. La multitud gritaba un nombre que primero había corrido por las gradas, lanzado por iniciados, corredores de apuestas o jugadores empedernidos, que procuraban no ignorar nada de lo que sucedía en los bastidores del circo.

–Pero ¿qué gritan? – preguntó asombrado, volviéndose hacia su hermana, sentada junto a él y ocupada eligiendo entre los sorbetes que una esclava con el cabello recogido en un moño le presentaba en una bandeja de oro.

–¿Cómo? ¿No lo sabes? Querida, ¿éste es de mango? – Tras la respuesta afirmativa de la joven, cogió la golosina en su copa de cristal-. Gritan el nombre de Sila -prosiguió, con la cucharilla en la mano.

–¿Cómo? ¿De aquel galo? – exclamó Tito, recordando de pronto con

desagrado a Mancinia y la decepción que había experimentado al no haber podido poseer a aquella belleza desaparecida de forma inexplicable.

–¡Sí, de Sila! Tu rival en el amor, mi querido hermano… Gritan «¡Sila!» y «¡el galo!».

–Pero ¡.por todos los dioses!, ¿por qué? – preguntó César, observando a la falange que avanzaba con paso estudiado, como una formación de guerreros abordando el campo de batalla-. No irás a decirme que ese tal Sila está en la arena…

–¡Sí, hermano! Debo decírtelo, ya que lo condenaron y fue enviado aquí. Y, si mis ojos no me engañan, es él en persona el que va a dirigir la lucha contra esos animales… El que camina en medio de los demás, con una túnica de cuero, no muy alto, con el pelo corto…

–¿Y la petición? – dijo César, que de pronto recordaba la súplica que le había entregado aquel abogado enclenque de voz ridícula en la antecámara del palacio imperial-. ¡Nunca supe lo que decía aquella petición!

–Ni el tribunal tampoco, mi augusto hermano -replicó Domitila acabándose el sorbete-, pues el abogado del galo desapareció de forma misteriosa la víspera del proceso… -La cucharilla rebañaba las paredes interiores de la copa que había contenido el mango helado-. Y como ningún otro abogado aceptó pleitear en favor del tal Sila, sin duda porque entre los hombres de leyes no había ninguno que tuviera ganas de desaparecer como el primero, el galo fue vapuleado por sus jueces…

El emperador se había vuelto hacia los secretarios y les hacía una seña. Uno de ellos se acercó apresuradamente al trono.

–¡Lucio! ¿Dónde está Rufo? ¡Si está aquí, que venga ahora mismo! Fueron al despacho de los secretarios contiguo al palco en busca de Rufo, encargado de recoger las peticiones los días en que César aparecía en público, así como de llevar su control.

–¡Por todos los dioses, Rufo! – dijo César-. ¿Te acuerdas de una súplica que nos entregaron, hace dos o tres semanas, en favor de ese galo acusado de haberse apropiado de una herencia?

–En efecto, César, me acuerdo, sobre todo por la pinta de aquel abogado que tuvo una enganchada con Lacertio a propósito de Metalla…

–Y bien, ¿dónde está esa súplica? ¿La leíste, al menos?

–Por supuesto, César. La petición de aquel abogado decía que el susodicho Sila era víctima de una conspiración, que las tablillas que lo acusaban eran falsificaciones y que, simplemente, se intentaba impedir que ese galo descubriera quién había hecho envenenar a Menesio, del que fue compañero de armas…

–¿Y por qué yo no la leí? Rufo vaciló un instante.

–Tu augusto hermano vino a vernos aquel mismo día, creo recordarel secretario como a regañadientes-, y nos pidió esa petición para echarle un vistazo.

–¿Y qué pasó después? – insistió Tito.

–Después -intervino Domitila en un tono tranquilo, al tiempo que cogía de la bandeja de la esclava del moño otro sorbete-, nuestro hermano menor no devolvió la petición porque el galo le hacía sombra a su amigo Lacertio y, por consiguiente, tenía interés en que tú conocieras sólo la acusación, y no la defensa…

–Es increíble -murmuró César.

–¡En absoluto! Le has repetido a nuestro hermano que querías asociarlo a todos los asuntos del Estado. Pues bien, ¡él lee las peticiones! De cualquier modo -constató, tras haberse vuelto hacia un lado para que su mirada pudiese abarcar el palco imperial en su conjunto-, he ahí al culpable. Podrás interrogarle tú mismo. Dame un vaso de agua fresca, querida -añadió,

dirigiéndose a la joven que no apartaba la vista de la hermana de César, dispuesta a satisfacer todos sus caprichos-. Vamos a perecer bajo este velum. Estos abanicos no hacen aire. ¡El que los ha ideado en un asno!

–Si comieras menos golosinas, no pasarías tanto calor -gruñó Tito, a quien el asunto de la petición había puesto de mal humor.

¿Cambiaría alguna vez Domiciano? ¿Se decidiría algún día a ayudar de verdad a su hermano en el gobierno del Imperio, en lugar de intrigar sin otra finalidad que el mero placer de intrigar? ¿O con qué otra finalidad?

César le hizo una seña a uno de los mayordomos, que se mantenían a una distancia prudencial del trono imperial.

–¡Porio, rápido, coloca un sillón para mi hermano aquí, a mi derecha!

El Emperador se volvió también hacia Domiciano, que avanzaba por el camino central, entre las hileras de banquetas bellamente tapizadas, intercambiando algunas palabras con los invitados, y lo saludó con la mano, señalando con un gesto comprometedor el sillón que llegaba en ese instante. Domiciano, exhibiendo una sonrisa a modo de respuesta, llegó ante el trono imperial y se arrodilló, tomando entre las suyas las manos que le tendía Tito. Éste le hizo levantar de inmediato y los dos hermanos se abrazaron varias veces.

–Te lo ruego, tu sitio está aquí, en primera fila -dijo afectuosamente César.

Domiciano obedeció, conservando largo rato las manos de su hermano entre las suyas, y ambos dirigieron la mirada hacia la arena. En aquel instante, las gradas recobraban su animación. No se oía más que una especie de rumor confuso, el murmullo de las voces de los espectadores comentando los movimientos de Sila y de sus hombres. Unos habían alejado a un grupo de osos, haciéndoles retroceder, mientras que tres formaciones de tres hombres cada una intentaban entablar combate con los leones más fuertes. Hasta entonces, los animales sólo habían encontrado carne aterrorizada y dócil. El acercamiento resuelto y calculador de aquellos cazadores los desconcertaba.

Cuando otras fieras, por lo general panteras, llegaban para atacar por el flanco a uno de aquellos grupos ocupados en clavar el hierro en los leones, un último destacamento formado por los tres luchadores más ágiles acudía para acosar a las panteras y atraerlas hacia ellos.

La multitud exclamaba, admirando el esmero que había presidido la organización de aquella falange. El prestigio de Sila subía como la espuma, y los que habían apostado contra él soportaban las burlas de los otros. ¡Doce hombres contra cien fieras! ¿Ganaría el galo esa apuesta?

–¡Ese Sila! – le dijo Tito a su hermano-. Parece que sabe lo que se lleva entre manos… Ignoraba que lo habían condenado. A propósito, ¿qué decía aquella petición que nos entregaron acerca de él?

Un grito de contrariedad surgió de miles de bocas. De un salto enorme e imprevisible, uno de los leones había derribado al más robusto de los piratas que se enfrentaban a él, aplastándole el pecho con sus patas y todo su peso. Sus dos compañeros hundieron los ojos del animal con un lanzamiento preciso de sus venablos, pero era demasiado tarde para el otro, que se ahogaba en el chorro de sangre que brotaba de su boca y su pecho. El león, por su parte, ciego, rugía de dolor y de furia, pero ya no podía alcanzar a sus ejecutores. El rey de los animales se revolcaba en el suelo, llevándose las patas a los ojos como lo habría hecho un gato y soltando bufidos de dolor, hasta que uno de los piratas le clavó su pilum en pleno corazón, entre los aplausos de las gradas.

–Te hablaba de una petición a propósito del proceso de ese galo -prosiguió Tito César, tras haber quedado atrapado él también durante unos instantes por el espectáculo-. Rufo dice que tú la leíste. ¿Por qué no me comentaste nada? ¿Qué decía?

–¡Buf! – repuso Domiciano con un gesto evasivo-. Nada positivo. Decía que Sila es víctima de una maquinación, que las tablillas del testamento falsificado son efectivamente falsificaciones, pero falsificaciones hechas por otros falsificadores que no son los acusados, con la intención de acusar a éstos falsamente. Todo es muy embrollado y, por supuesto, no aporta

ninguna clase de prueba.

–¡Domiciano! – le interrumpió César, incómodo-. ¿No crees que tu amigo Lacertio esté demasiado interesado en este asunto? ¿Qué podía temer de ese Sila?

–¿Temer? ¡Sila y sus amigos decían por doquier que Lacertio hizo envenenar a Menesio para eliminarlo de la carrera hacia el tribunado! ¿Debe Lacertio dejarse calumniar de ese modo? ¿Debe uno dejar que le acusen de un crimen capital sin hacer nada?

Domitila, que parecía adormecida en su sillón, a la izquierda de César, dijo de pronto:

–¿Sin hacer nada? ¡Ha hecho más bien demasiado, tu Lacertio!

–Tú no sabes nada de esta historia -replicó Domiciano, furioso por haber sido sorprendido por el sueño fingido de su hermana-. ¡Conténtate con tu crónica de los asuntos de sexo y no te metas en las cosas serias!

–Los asuntos de sexo son muy serios -repuso ella, íntimamente satisfecha de la viva reacción de su hermano, que le confirmaba sus sospechas-. Los poetas no paran de decir que mueven el mundo… ¿Y en el Olimpo? ¡Mira todo el tiempo que pasan los dioses en eso!

–Está blasfemando, ¿la oyes, César? – dijo Domiciano-. Los dos defendéis a Sila, ¿no es cierto? – continuó-, y no os gusta Lacertio. Pues bien, sabed que, si vuestro protegido no hubiera sido conducido a esta arena ante nuestros ojos a causa de su testamento falsificado, lo habrían traído mañana o pasado mañana por un motivo aún más grave…

–¿Y por qué motivo, si no te importa decirlo? – preguntó Domitila. – ¿Todavía os preguntáis qué ha sido de Mancinia, o ya la habéis olvidado? – No en lo que a mí respecta -respondió Tito-. La echo de menos… -Sabed que, si vuestro Sila hubiera logrado escapar al tribunal que le ha retirado su herencia, muy pronto sería condenado por haberle impedido a Mancinia

llegar a tu cama.

Tito apoyó una mano en el brazo de su hermano.

–Te repites. Eso ya me lo dijiste, pero no se basa en nada seguro. – ¡Debo repetirlo, en efecto! Porque, desde que te lo dije por primera vez, alguien se ha interesado en seguir de cerca el asunto. Ese alguien le pidió al prefecto de los vigilantes que registrara los jardines que rodean el palacio Menesio, y allí han sido encontrados, en cierto lugar, jirones de tela mal quemados que no son sino los restos de las telas que adornaban la litera de Mancinia… Y, dado que dos testigos vieron la litera en cuestión subiendo una de las calles que conducen a ese palacio, la mañana misma del día en que Sila fue arrestado por el prefecto de los vigilantes, puedes ordenar que tus heraldos toquen la tuba para interrumpir el combate contra las fieras que se desarrolla ante nuestros ojos y hacer que retiren al galo de la arena… De ese modo, podrá ser juzgado de nuevo por el asesinato de la patricia Mancinia, a la que mató porque era su amante y no quería que llegara hasta ti…

Un nuevo clamor procedente de las gradas puso fin a la perorata de Domiciano. Sila, ensangrentado, se levantaba con la ayuda de sus compañeros de debajo de un león que se había empalado en su chuzo al abalanzarse sobre él. La muchedumbre intentaba distinguir, entre la sangre que cubría al ex oficial de las legiones, la parte que correspondía al animal destripado y la que procedía de las heridas de él. El galo se alejaba del animal tambaleándose, al tiempo que se limpiaba el rostro con una mano. Sin embargo, no tardó en volverse hacia sus compañeros y darles una orden con voz segura, lo cual hizo pensar a la multitud que había recobrado las fuerzas y la capacidad de decisión.

–¿Y a quién se le ocurrió la idea de realizar ese registro en los jardines de Menesio? – preguntó César.

–¡A Lacertio! ¿A quién si no? – exclamó Domitila, sonriendo-. ¿Qué sería del orden público en Roma y la seguridad de los ciudadanos sin el celo incansable de Lacertio?

–Me lo pregunto, en efecto -repuso Domiciano en tono acerbo, levantándose del sillón-. Permíteme que me retire, hermano, no me encuentro bien. Aquí me ahogo…

Ciertamente tenía el rostro todavía más rojo de lo habitual, y su hermano y su hermana sabían muy bien que le horrorizaba encontrarse en ese estado. Se inclinó para besar la mano de César, que lo asió inmediatamente de los hombros para abrazarlo, y se alejó sin una palabra de despedida para su hermano mayor.

–¿Qué piensas tú de todo esto? – preguntó César una vez que Domiciano se hubo ido-. Esos trozos de tela de la litera, ¿no constituyen una prueba? Domitila hizo un mohín dubitativo.

–Tablillas de un testamento falsificado que se encuentran en casa de alguien que no tenía ningún interés en conservarlas. Telas de litera mal quemadas en el jardín… ¿Qué pienso? Que ese Casio Longino tiene mucho éxito en sus pesquisas. Eso significa que hay criminales muy descuidados y un prefecto de los vigilantes muy eficiente…

–¿No crees que es culpable? – insistió Tito, dirigiendo la mirada a la silueta del galo en la arena.

–No. Creo que es honrado. Y por supuesto, en Roma, eso no podía sino conducirle donde ahora se encuentra…

–¿Qué harías en mi lugar?

–Cuando el delicado pueblo de Roma, en estos momentos encantado de la forma expeditiva con que el galo trata a ese montón de leones y osos que te han costado, a ti o a Lacertio, ya no me acuerdo, una pequeña fortuna, levante el pulgar para que sea perdonado, levántalo tú también. Entonces Sila irá a las minas, donde no morirá enseguida teniendo en cuenta su constitución robusta y su obstinación de provinciano. Eso te dará tiempo a ver qué sucede…

–¿Y qué crees tú que veremos?

–Veremos que, por el propio peso de las cosas, Lacertio, que es un crápula, acabará por cometer el error que todavía no ha cometido y tú harás que le corten la cabeza. Entonces enviarás a un correo para rescatara Sila de la mina y todo el mundo estará contento. Excepto nuestro hermano Domiciano. Pero, de todas formas, él nunca está contento… -Hizo una pausa-. ¿Y sabes por qué nunca está contento? Lo sabes, ¿verdad?

Tito César Imperator no respondió.

El hombre del spoletarium

Cuando Metalla se despertó en su estancia subterránea, donde había dormido, pensó que encima de ella, más allá de la masa de piedra y arena que la separaba de la pista y las gradas que la muchedumbre llenaba con su disfrute ruidoso y cruel, Sila estaba disputándole su vida a las fieras. No había intentado volver a verle, pues sabía, por haberlo experimentado a menudo, que a quien debe prepararse para combatir y morir le conviene más permanecer solo consigo mismo.

Había llegado al anfiteatro antes del alba, había hecho galopar allí a su tiro y se había cruzado con el de la cartaginesa, guiado por sus cocheros negros, pues Achaica no había aparecido. Luego, a la hora en que la arena pasaba a manos de los encargados de dejarla en condiciones para los juegos, quitando los excrementos de los caballos y rastrillando y regando el suelo, bajó a sus aposentos para que le dieran un masaje y dormir.

Dentro de una semana estaría, como Sila en estos momentos, frente a la muerte, es decir, frente a aquella mujer de piel negra que había matado a

todos sus adversarios en África durante los años en que ella había derribado a los suyos de sus carros en Roma. Pero ella la mataría, porque era preciso que viviera por Alya. Hasta ahora, el odio, la embriaguez que le producía el rostro de sus enemigos en el instante en que la muerte pasaba por su mirada habían armado su brazo. En esta ocasión mataría por amor. Cuando las entrañas del circo hubieran engullido el cuerpo destrozado de la cartaginesa, anunciaría que no volvería a combatir nunca más. Al día siguiente pondría en venta la escuela de los Amarillos rayados de verde, compraría en Ostia una trirreme y ciento veinte remeros, embarcaría en ella a sus treinta mejores gladiadores para hacer frente a los piratas y se marcharía de Roma con Alya. La joven soñaba con regresar a su país, Judea, encontrar a los miembros de su familia que siguieran con vida, si es que quedaba alguno, y comprar a los que hubieran convertido en esclavos. Metalla no podía perder un combate en el que se jugaba tanto.

Luego se levantó. Algunos de sus sirvientes, obedeciendo la orden que les había dado antes de abandonar la arena por la mañana, fueron por turno a relatarle lo que sucedía arriba y cómo Sila y su falange de bandidos, pese a las numerosas heridas recibidas, resistían el ataque de las fieras ante la mirada de la multitud. Ésta, contando los cadáveres de los animales tendidos sin vida sobre la arena, ahora había tomado partido sin reservas por el galo. De un momento a otro, miles de pulgares se alzarían para reclamar el perdón, y si ella quería verle salir del anfiteatro como vencedor debía subir de inmediato.

Metalla salió al corredor subterráneo. Cuando pasaba junto a los orificios de ventilación, el clamor del circo golpeaba sus oídos. Caminó así hasta la escalera que conducía a la tribuna reservada a los propietarios de escuelas de gladiadores y de tiros de carros, frente al palco imperial, en el lado opuesto del circo. Cuando entró, todas las cabezas se volvieron hacia aquella que fuera la amante del patricio Menesio y que iba para ver con sus propios ojos, luchando contra las fieras, reducido a la abyección del castigo de los criminales, a aquel galo, llegado en extrañas circunstancias de su provincia, que la había hecho azotar antes de libertarla, sin que se supiera muy bien por qué había hecho lo uno y lo otro.

Metalla vio enseguida a su enemiga la cartaginesa sentada junto a Lacertio, así como el perfil de éste moldeado por la contrariedad que experimentaba ante el espectáculo de un cementerio de animales entre el cual evolucionaban los cazadores capitaneados por Sila, y al propio Sila escapando a la suerte que sus enemigos habían ideado pacientemente para él.

El galo y los cinco hombres con la ropa desgarrada que permanecían en pie dominaban el terreno. Hacían retroceder a las fieras supervivientes, que se apartaban a medida que los hombres avanzaban hacia ellas, ahora domadas, asqueadas por el olor de la sangre de sus congéneres. Habían reunido los cuerpos de aquellos de sus compañeros que habían caído, a fin de que los animales no pudieran hincarles el diente.

Una vez hecho esto, Sila se detuvo. Tenía en la mano el chuzo con el que había destripado a más de un animal. En las gradas se intuyó que se disponía a alzar el brazo con él en lo alto y a darse la vuelta lentamente a fin de ser visto por todos y dirigir al anfiteatro el gesto mediante el cual pediría el juicio del pueblo. En respuesta, miles de pulgares se volverían hacia el cielo, pidiéndole a César que ratificara en nombre de los dioses la decisión popular.

Metalla veía ya a Sila triunfador y salvado, cuando el rictus de odio en el rostro de Lacertio, que ella observaba en aquel momento y que era el de su derrota, se transformó en sorpresa.

La plataforma del ascensor que comunicaba con los sótanos reaparecía al nivel del suelo. Pero no subía la jaula que se esperaba, la destinada a ofrecer a los vencedores el medio de abandonar la arena para regresar a los sótanos del circo. Unos bestiarios con su túnica de leopardo estaban encaramados en su cima, y contenía seis tigres de Asia, seis enormes felinos que habían sido buscados con gran esmero, se notaba perfectamente por su tamaño, para figurar como colofón del espectáculo en esta ocasión única que era la inauguración del Coliseo. El anfiteatro se quedó mudo de sorpresa. Luego, el clamor popular prendió de una grada a otra, clamor de tormenta en el que la cólera de aquellos que deseaban la recompensa al valor del galo y sus

compañeros, se mezclaba con la excitación cruel de los demás, jamás saciados de sangre y sufrimiento, ante la idea de un nuevo espectáculo más terrible aún. Los vencedores de los leones, exhaustos tras el combate, tendrían que enfrentarse a fieras más pesadas y más ágiles. El olor de la sangre que manchaba el cuerpo de los seis héroes supervivientes, el olor a muerte de las entrañas dispersas por la arena ya embriagaban a los seis monstruos venidos de Asia.

Metalla estaba lívida. La alegría hizo a Lacertio levantarse, gritando y aplaudiendo. Achaica la cartaginesa permanecía como petrificada. Sila estaba perdido.

Metalla avanzó con expresión dura por la gran galería subterránea, llegó a la entrada del recinto de las fieras y se detuvo en el umbral del despacho de Mesio.

El intendente de los bestiarios estaba de pie ante el pupitre donde hacía las cuentas y redactaba los informes que le exigía la administración del anfiteatro.

–¡Mesio! – dijo la esedaria en tono glacial- ¡Tú has. hecho eso! ¡Esos tigres no debían aparecer hasta el final de los juegos, y para luchar contra elefantes! ¡Tú has matado a Sila! Tú, Mesio, que dices ser mi amigo y el de Menesio… El intendente detuvo con un gesto la ira de la esedaria.

–Sabes perfectamente que no. La orden de que subiéramos esos tigres ha llegado en el último momento del palco imperial…

Metalla no decía nada. Apoyó la espalda en la pared.

–Tito César… -murmuró-. ¡Y quiere que se le llame el Justo! Mesio negó con la cabeza.

–No, no ha sido él. Como de costumbre, otro ha dado la orden a través de un mayordomo de la casa imperial, mientras César se hallaba ocupado en

otra cosa con sus secretarios.

–¿Quién?

–¿Quién es el espíritu del mal al lado de César? Si no toda la Ciudad, al menos el Foro conoce su nombre, que nadie osa pronunciar. Y él y sus amigos están aquí, e intrigan, y mienten, y César ni ve ni oye, y por consiguiente deja hacer…

Metalla salió del despacho de Mesio. Nadie podía hacer ya nada por Sila, aparte de ir a la máquina hidráulica del ascensor a esperar que sus restos descendieran de la arena, para ayudar a realizar el aseo mortuorio.

Metalla se había unido a los que esperaban: los hombres del spoletarium junto a las carretillas en las cuales se llevarían a los moribundos; los guardias vestidos con piel de leopardo, que les ayudarían a cargar esas carretillas; el cirujano principal del circo, Antilio Estrabo, y varios de sus ayudantes, cuya misión consistía en decidir quién debía ser rematado y quién podía recibir cuidados; y, por último, los sirvientes de los sótanos con sus cubos y sus estropajos, preparados para lavar la sangre con la que aparecía manchada la jaula cada vez que regresaba de arriba. Metalla vio también a un quincuagenario con aires de suficiencia, muy bien peinado, que se esforzaba en mantener un porte majestuoso con su toga de fina tela en la que figuraban las insignias de la casa imperial.

Arriba, la multitud expresaba su placer, que caía sobre todos los reunidos en la cita con la muerte.

Se oyó el chirrido de la máquina. La jaula empezaba a bajar. Apareció lentamente ante los ojos de Metalla y los demás, que permanecían en silencio. Primero vieron la sangre que goteaba; luego, a medida que llegaba a la altura de sus miradas, los cuerpos de seis hombres vencidos por los tigres, a los que se añadía el de un guardia con piel de leopardo mortalmente herido mientras le disputaba a las fieras los muertos y los moribundos. La plataforma se detuvo y los sirvientes abrieron una de las puertas de la jaula. En el silencio que siguió, Antilio Estrabo entró para

inclinarse sobre Sila.

Le vieron acercar una oreja al pecho ensangrentado que las zarpas habían dejado desnudo, desgarrando el traje de cuero que el galo se había puesto para el combate. Después de incorporarse, les hizo una seña a sus ayudantes. Éstos acudieron de inmediato para levantar el cuerpo inanimado del galo, que tendieron en una de las carretillas del spoletarium.

Todos observaban sin abrir la boca al cirujano, que buscaba el pulso con sus dedos y luego, apartando los jirones de cuero, examinaba las heridas una tras otra. El hombre con las insignias de la casa imperial intentó acercarse, pero Metalla lo vigilaba.

–¡Tú, atrás! – dijo, cerrándole el paso.

Frente a él, con el brazo extendido hacia delante, apoyó la mano en el estómago del mayordomo y lo empujó hacia atrás. Éste enrojeció de cólera. – ¿Crees que puedes permitirte cualquier cosa -gritó- desde que no eres esclava?

–¡Aquí y ahora, sí! – respondió la esedaria-. Vuelve al lugar del que has venido, o haré que te degüelle en el acto uno de mis hombres. No lo haré con mis manos para no mancharlas.

–¡Ejecuto las órdenes de César! – replicó el mayordomo a voz en grito ¡Perecerás por crimen de lesa majestad!

La mano de Metalla lo empujó de nuevo, obligándole a dar un paso atrás. Miró, a su alrededor, a los guardias del recinto de las fieras, los cirujanos, los gladiadores que habían llegado allí a través de la galería y los sirvientes del spoletarium. Ninguno se fijaba en él, el representante del poder que ocupaba un puesto arriba, en el palco imperial. Comprendió que era un extraño para todos ellos, ya que pertenecían a otro mundo, el mundo de la muerte en el circo, y se sintió impotente a pesar de su ira y de su toga.

Cuando hubo terminado de examinar a Sila, tumbado en la carretilla,

Antilio tomó la palabra, dirigiéndose a Metalla.

–No hay nada que podamos hacer. Todavía vive, tal vez dure unas horas, pero tiene tantos huesos rotos y le queda tan poca sangre en el cuerpo que no resistirá la operación. Además, si pese a ello lo intentáramos y llegase hasta el final, jamás tendría las fuerzas necesarias para luchar durante días contra la podredumbre de las llagas y soldar todos sus huesos fracturados. De manera que es preferible dejarle en paz -concluyó.

–¡Al spoletarium! – gritó el funcionario imperial-. ¡Que lo conduzcan al spoletarium y que acaben con ese condenado!

Metalla se dirigió hacia él, le escupió a la cara y luego lo abofeteó con toda sus fuerzas. Al recibir el golpe, el hombre cayó hacia atrás.

Se levantó, tartamudeando de rabia y tragándose la sangre que manaba de su labio partido. Nadie se movió para ayudarle.

–¡Morirás en la cruz! – bramó-. ¡Hoy mismo!

–¡Imbécil! – le espetó Metalla-. ¿Crees que la plebe de Roma aceptará que muera antes de haber luchado contra la cartaginesa? ¡Todavía no te has enterado de lo que es el circo!

–¡César lo decidirá! – replicó el otro, que se sacudía la toga con manos temblorosas a causa de la rabia.

–¡César! – exclamó la esedaria-. ¿Crees que ignoramos que no ha sido César quien ha dado la orden de que subieran a los tigres a la arena? La orden que tú viniste a transmitir hace un momento… -Metalla avanzó hacia el funcionario, que retrocedió, y lo agarró con una mano de la toga, por debajo de la barbilla-. ¿Crees que no sabemos quién ha dado esa orden? – El puño de Metalla, crispado, levantaba el mentón del personaje, aplastando su garganta, cortándole la respiración-. Escúchame bien, hombre sin nombre y sin honor, si Sila muere en el spoletarium… Tengo seiscientos gladiadores que me obedecen, aquí, en el Coliseo, y que están condenados a

perecer, y les ordenaré que te maten por la insolencia que demuestras hacia los que luchan por su vida… Ve a decírselo al que te envió, díselo en voz alta para que César te oiga y pregunte por qué, a ti y a los que te rodean… ¿Te atreverás? ¿Te atreverás? – repitió, sacudiéndole la cabeza-. ¡No te atreverás, porque queréis seguir pudiendo mentirle a César todavía durante mucho tiempo!

Lo soltó y le dio la espalda.

La carretilla que llevaba a Sila moribundo se acercaba al spoletarium. Éste se encontraba después del recinto de las fieras, al final del largo pasillo subterráneo que no conducía a ningún sitio más, pues allí llegaba a su fin el ciclo de muerte que comenzaba a la luz soleada del anfiteatro, entre los sonidos del concierto ruidoso de las tubas, los tamboriles y el órgano hidráulico que saludaba la entrada de los gladiadores.

En el momento en que llegaba a la puerta de ese lugar donde se remataba a aquellos a los que los cirujanos habían renunciado a operar, así como a los que los pulgares bajados del pueblo de Roma y de su Emperador habían negado el derecho a vivir, Metalla, que caminaba junto a la carretilla, oyó una voz potente al otro lado de aquella puerta.

–¡Cérulo! ¡Ya no queda hielo! ¿No te dije ayer que les pidieras mucho más a los intendentes? ¿Qué vamos a hacer ahora? Los cuerpos se descompondrán durante la noche con este calor. ¿Quieres que muramos todos aquí respirando las miasmas de la putrefacción? ¡Ve a ver a los de las cocinas y pídeles que nos cedan del suyo lo más rápidamente posible!

Esa voz… Metalla se detuvo, sorprendida, dejando que los sirvientes y el carro la adelantaran. Esa voz grave que se modulaba como la de un instrumento hecho para expresar toda clase de emociones, ¿dónde la había oído? Mientras la esedaria buscaba entre sus recuerdos, una emoción la invadió, como si el encuentro con aquella voz fuese a constituir para ella un acontecimiento importante… La carretilla entró en la vasta sala abovedada, en el centro de la cual había varias mesas de piedra destinadas a recibir a los moribundos, y Metalla entró tras ella. Un hombre alto, cuyo apacible rostro

sorprendía en un lugar dedicado al sufrimiento, permanecía junto a la mayor de esas mesas. La mirada de sus ojos azules expresó asombro al encontrar a la esedaria más famosa de Roma, a la que él no había visto más que de lejos, en la arena, durante sus combates.

–¡Qué honor! – exclamó, sonriendo-. ¡Metalla descendiendo a los infiernos! ¿Por qué vienes a vernos, cuando nosotros esperamos no verte jamás aquí…?

El hombre se calló. Metalla permanecía en silencio ante él y su rostro expresaba una intensa emoción. ¡Sertorio! La voz que había oído en la cantera subterránea, entre los cristianos, la noche en que fue a escondidas para ver a Alya con los suyos, para saber qué le decían sus sacerdotes. ¡La voz que salía del velo que cubría el rostro del hombre que predicaba aquella noche era la de Sertorio! El Sertorio del spoletarium, que remataba a los moribundos en un sombrío sótano del circo, era también aquel predicador que el sábado anunciaba que el amor de Cristo salvaría al mundo del sufrimiento…

–¿Qué te ocurre, Metalla? – preguntó.

Entonces dirigió la mirada al cuerpo tendido en la carretilla y creyó comprender que la emoción de la esedaria se debía a su interés por aquel moribundo, sin duda uno de sus gladiadores, al que le tenía más apego que a los demás.

–¡Ave, Sertorio! – dijo por fin Metalla con voz trémula-. Perdóname por ser descortés. Sólo te conocía de nombre, o al menos eso creía… Vengo porque te traigo a Sila, al que los tigres han vencido.

–¡El galo Sila! – exclamó, acercándose a la carretilla-. ¿Es posible? ¿Todavía vive?

Sacó del bolsillo de su túnica un espejito de plata bruñida y lo colocó ante la boca ensangrentada del moribundo. Como toda Roma, Sertorio sabía que aquel galo había heredado del patricio Menesio, para ser finalmente

condenado a las fieras. Se inclinó y vio que el espejo quedaba ligeramente empañado. – ¡Sertorio, te lo ruego! – dijo Metalla cuando éste alzó la cabeza hacia ella-. ¡Debe vivir!

De nuevo sorprendido, el encargado del spoletarium interrogó con la mirada el rostro de la esedaria.

–No te hagas ilusiones… Yo no estoy aquí para hacer que la gente viva, sino para ayudarla a morir.

–¡No a él, Sertorio!

–Metalla -dijo él, desconcertado-. ¿Por qué has venido? Te dio la libertad, ¿no es eso?

–Sí.

Sertorio meneó la cabeza.

–Comprendo lo que sientes… Tú, que, según decían, no sentías demasiado por los demás -añadió. `

–La gente no me conoce bien, y yo tampoco. ¡Por favor! Tú fuiste cirujano durante muchos años, lo sé. Si quieres, puedes intentar operarlo. Mi cirujano vendrá a ayudarte. Es uno de los mejores de la Ciudad. Entre los dos…

El hombre del spoletarium miró a sus ayudantes, que permanecían cerca de él. Inmediatamente, éstos se apartaron, dándole a entender a Metalla que entre el encargado y sus subordinados existía una relación de complicidad. Seguramente ellos también eran cristianos.

Sertorio preguntó:

–En las gradas, ¿levantaron el pulgar en su favor? – Sí, pero era demasiado tarde…

–A pesar de que se le haya perdonado la vida, yo no tengo derecho a ocuparme de ella, lo sabes perfectamente… Además, eso comportaría riesgos, tanto para ellos como para mí -añadió, dirigiendo una mirada hacia sus ayudantes.

–¡No tienes derecho a hacerlo, pero sí tienes el deber!

–¿Y cómo es eso? – preguntó, sorprendido.

–¿Cómo es eso? – Metalla hizo una pausa antes de decir, esta vez en el tono que había oído de la boca de aquel que predicaba en la cantera la noche en que ella fue allí-: Porque Aquel que es la fuente de toda vida considera única y preciosa la vida de cada uno de los seres de Su creación…

Aquellas palabras habían entrado en su corazón por la brecha que había abierto allí su amor por Alya, eran las palabras que le habían hecho comprender por qué eran irreemplazables las almas de Alya y de ella. Para la esedaria, harta del espectáculo de la muerte, había llegado el momento de que aquellas palabras dejaran una profunda huella en su interior.

Sertorio, conmocionado, oyó a Metalla proseguir:

–Y si aquél me guió para que una noche fuera a oírte pronunciar esas palabras, no te sorprendas de que hoy me traiga aquí para pedirte que salves la vida del hombre que yace ahí, víctima de la injusticia… ¿No es una señal de que existe y de que vela por nosotros, ése del que hablas? ¿No son ésas las palabras salidas de tu propia boca, Sertorio? ¿Me he equivocado al empezar a creer yo también en ellas? Sí, yo, Metalla.

–Señor Dios -murmuró Sertorio al ver las lágrimas que corrían por el rostro de la esedaria-, Tu Verbo se extiende por el mundo como un mar ascendente y un día arrastrará las murallas de este imperio del mal…

Y lágrimas de alegría resbalaban también por el rostro del hombre que bautizaba en secreto, en nombre de Dios, a los gladiadores moribundos

antes de rematarlos en nombre de César.

La sopa de cuatro ases de Honorio

Honorio llegó a la puerta Salaria ya caída la noche. Dejó el caballo de Lépido en uno de los numerosos establos de pago que había en las diferentes entradas de la Ciudad.

Entró en Roma entre el desfile de vehículos de carga que acababan de ser autorizados a hacerlo. Se había puesto un gorro de campesino que le había cedido por unos ases uno de los esclavos de la granja y una túnica usada, a fin de no atraer la atención de los esbirros de Lacertio, si es que los había vigilando los alrededores de la casa que alquilara tres meses antes, tras haber recibido del llorado Nestomaros los primeros honorarios que saludaban su entrada al servicio de los asuntos jurídicos de la herencia Menesio.

Cogería el oro de su cofre y ropa apropiada, y empezaría a realizar las maniobras mediante las cuales esperaba reunir los testimonios que demostrasen la inocencia de Sila y las infamias de Lacertio: Su primer objetivo sería Pompeya. La encantadora ciudad de Campania al pie del majestuoso Vesubio era la guarida del nefasto Palfurnio, organizador del crimen contra Menesio, según había dicho el leno Ictios antes de caer, con un puñal clavado en la espalda, en el estanque de las morenas.

Honorio sólo se quedaría una noche en Roma. Provisto de su viático, se pondría en camino hacia Pompeya al día siguiente. “¡Por nosotros, Palfurnio!”, pensaba el joven abogado, que iba de una calle a otra entre los toneles de excrementos colocados ante la puerta de los inmuebles, contando con la mediocridad de sus ropajes para evitar ser atracado por un ratero en la esquina de alguna callejuela. Aquellas calles horriblemente estrechas de

la ciudad más grande del universo eran lugares peligrosísimos, pero su oscuridad le permitía no ser reconocido.

¿Cómo era ese Palfurnio? ¿Y por dónde cogerlo? Honorio no sabía nada de él. Sin embargo, sabía que, gracias a los dioses, gracias a Temis, que le inspiraría, encontraría el fallo en la organización que aquel tunante había montado en Pompeya. Los hombres como él, al frente de demasiados asuntos, de demasiados gladiadores, de demasiados sicarios, acababan por embriagarse de poder y dormirse en los laureles de sus malversaciones. Y se les traicionaba por un poco de oro. Gracias al cielo, Honorio tenía. Se trataba simplemente de ser más astuto que ellos y paciente. Honorio, hijo de Caedo, sería lo uno y lo otro. ¡Palfurnio tenía muchos enemigos, qué diablos, después de todos los crímenes que había cometido o ayudado a cometer!

Al llegar a la esquina de la calle desde donde podía ver su casa, con su trozo de jardín delante, el joven abogado se detuvo para observar. ¿Algún esbirro de Lacertio vigilaba el lugar, a fin de constatar su regreso? Transcurrió un rato y, en vista de que no veía ninguna presencia sospechosa, se decidió a franquear el espacio que lo separaba del jardincillo. Actínoo, su esclavo guardián, debía de estar en la especie de cobertizo donde se alojaba, como un perro en su perrera, sin duda cansado de esperar, sin ni siquiera saber que un día volvería a ver a su amo.

Honorio se deslizó a lo largo del oscuro edificio hasta el cobertizo en cuestión. El guardián estaba, efectivamente, sentado en un taburete, absorto en una meditación taciturna. Alzó los ojos al ver la silueta tocada con un gorro que tenía ante él. Honorio observó entonces que la cabeza de su esclavo estaba más abultada que de costumbre.

–¡Actínoo! – exclamó-. ¿Qué te ha sucedido? ¿No me reconoces? Soy tu amo.

–¡Doy gracias a los dioses! – dijo Actínoo con voz quejumbrosa-. ¡Habéis vuelto sano y salvo! A mí también me pegaron después de que se os llevaran…

–Ábreme la puerta de atrás, por favor. No quiero que nadie me vea entrar. Quisiera cambiarme, comer y poner en orden mis cosas…

–¡Sus cosas, señor! – gimió el esclavo guardián, que rodeaba la casa junto al abogado con un manojo de llaves en la mano-. ¡Ya no queda nada! Se lo han llevado todo. Ni siquiera podréis comer. ¡Las provisiones partieron con lo demás!

Actínoo se inclinó para introducir la llave en la cerradura, intentando ver en la oscuridad.

–¿Cómo que se lo han llevado todo? ¿Quién?

–Pues unos tipos, señor, como esos que se os llevaron… Vinieron al día siguiente por la noche con un ujier y dos carretas, me molieron a palos y vaciaron la casa.

–¡Dos carretas! – exclamó Honorio-. ¡No se habrán llevado los muebles!

–Todo, señor… Afortunadamente dejaron las lámparas más viejas, si no, ni siquiera podría iluminaros.

Una de éstas, que el esclavo estaba encendiendo, le permitió al abogado ver el pasillo que unía la cocina, situada en la parte trasera de la casa, al comedor y luego al atrio, que daba al jardincillo y la calle. Todas las habitaciones estaban vacías, salvo por la presencia de algunos objetos sin valor que habían tirado al suelo a diestro y siniestro.

–¿Y mi escritorio, Actínoo? ¡Por los dioses reunidos en el Olimpo, mis archivos, mis notas, mis libros de derecho!

El esclavo meneó tristemente la cabeza.

–Le supliqué al ujier aquí mismo que no se los llevara, y fue entonces cuando empezaron a pegarme…

Honorio miraba, en su despacho, la caja fuerte empotrada en la pared cuya puerta estaba abierta. Aquella puerta de bronce trabajado había sido forzada y la caja se hallaba vacía.

Honorio buscó en vano algo donde sentarse para reflexionar en las consecuencias de la catástrofe.

–Ve a buscar tu taburete, Actínoo. Estoy cansado del viaje y desesperado ante este triste espectáculo.

El desaliento invadió al joven abogado. Hasta ahora le había mantenido la idea de que el oro procedente de Sila le permitiría continuar la lucha. Se encontraba solo en Roma, donde corría peligro, sin ropa decente, desprovisto de todo y sin domicilio. De los cien sestercios que le había dado Lépido cuando se marchó de la granja, sólo le quedaba la mitad.

Honorio se dejó caer sobre el taburete que le traía el esclavo e hizo un esfuerzo por contener las lágrimas de cansancio y desesperanza que pugnaban por brotar de sus ojos.

–No sólo matan, sino que roban -suspiró-. ¿Y dices que había un ujier con ellos?

–Sí, señor. El ujier me leyó un escrito que tenía en la mano, el cual decía que el propietario de la casa os expulsaba, haciendo embargar los muebles, porque nunca habíais pagado el alquiler…

–Pero ¡eso es absurdo! – exclamó Honorio.

Los hombres de Lacertio habían añadido aquella impostura a sus crímenes.

–¡Señor! – dijo Actínoo con voz trémula.

–¿Qué más?

–Señor, los hombres que me golpearon me ordenaron que les avisara en cuanto os viera aparecer por aquí… Me dieron unos ases para que lo hiciese y me prometieron que me matarían a palos si no les obedecía. De manera, señor, que, con todo el respeto que os debo, no deberíais quedaros esta noche en la casa. Me avergüenza decir una cosa así, pero ¿qué puedo hacer? Si os quedáis, os harán todavía más daño…

–Me caigo de sueño -dijo el desdichado joven-. No vayas a avisarles hasta mañana por la mañana.

Por la mañana, Honorio se despertó en el suelo de su habitación, tumbado sobre el jergón que Actínoo había llevado para él de su cuchitril.

De nuevo frente a la desgracia que le perseguía desde la detención de Sila, el joven abogado encontró cierto consuelo al pensar que le quedaban ocho mil sestercios en su cuenta del Banco Romano de Depósitos y Garantías, que se encontraba bastante lejos de allí, en la VI región, es decir, a pocas calles del infame desván que le alquilaba la gorda y desabrida Omitila antes de que la fortuna le cayera del cielo al producirse la apertura del testamento de Menesio. Iría a buscar ese dinero sin tardanza. ¡Honorio, hijo de Caedo, no se rendiría! Partiría para Pompeya con los ocho mil sestercios y los dioses proveerían el resto… Se levantó para ir al cuarto de aseo antes de abandonar aquella casa que ya no era la suya.

«¿Cuánto vale Actínoo?», se preguntó Honorio, cogiendo agua con las dos manos del lavabo de mármol, que no habían podido llevarse los que le perseguían por estar empotrado en la pared. Como mucho, ochocientos sestercios. Él había pagado mil -Actínoo sabía leer, escribir y contar-, pero los esclavos de ese tipo más bien habían bajado en los últimos tiempos, y de todas formas no se revendía tan bien lo que previamente se había comprado, a no ser que se dispusiera de mucho tiempo. «Si me libro de ese infeliz que parece tenerme apego -pensó Honorio, mojándose la cara-, eso disgustará a los dioses. ¡No! Voy a libertarlo. Retiraré lo que me queda en la cuenta y redactaré un acta de manumisión… Me costará ciento cincuenta sestercios como máximo, y le daré otro tanto a ese desdichado como peculio. Así que, en total, serán trescientos sestercios. Por el precio de ese sacrificio, los

dioses me serán favorables…»

El esclavo, que esperaba a la entrada del cuarto de aseo, le presentó a su amo, a modo de toalla, una sábana que había escapado al saqueo de la casa en razón de su aspecto poco atrayente.

–¡Actínoo! No irás a decirles que he regresado a Roma. No volveremos a poner los pies en esta parte de la Ciudad. Me acompañarás al banco y, al salir, iremos a redactar un acta de manumisión en tu favor. ¡Serás un hombre libre!

–¡Señor, se lo ruego! – exclamó el infeliz, horrorizado-. ¿Qué será de mí?

–¿Prefieres que te venda? No tengo medios para conservarte, ya lo ves.

–¿Cómo me ganaré la vida?

–¡Pues harás lo mismo que los demás! ¡Los dioses te ayudarán! Y podrás inscribirte en la annona, con lo cual al menos tendrás cubierta la alimentación. Y yo te daré una pequeña suma para que empieces…

Se dirigieron, entre los atascos de la mañana, hacia el barrio donde Honorio había vivido miserablemente en sus inicios de abogado sin causa. Entró en el local que albergaba la agencia del Banco Romano de Depósitos y Garantías.

–¡Ave, Simplicio! – le dijo al empleado sentado detrás del mostrador. Debo ausentarme de la Ciudad durante algún tiempo y quisiera retirar el poco dinero que me queda en vuestro establecimiento…

–¿El dinero que te queda, Honorio? Pero si hiciste que lo retiraran hace unos días… -Consultó un calendario colgado en una pared cerca de la mesa donde trabajaba-. Sí, eso es, me acuerdo perfectamente, fue el viernes de la década anterior.

–¿Cómo? ¡Pero si yo no he hecho que nadie lo retire! Me siguen quedando

unos ocho mil sestercios en esa cuenta.

El llamado Simplicio se había vuelto para abrir un cajón de un mueble vertical situado a su espalda. Sacó de él un rollo, anudado con una cinta, que contenía los apuntes de la cuenta de Honorio, hijo de Caedo, así como varias tablillas de cera. Le tendió una de ellas al joven abogado.

–Aquí tienes la orden de reintegro que nos enviaste, marcada con tu sello y firmada por ti. Léela. Reconocerás tu escritura…

No obstante, Simplicio observaba a su cliente con inquietud. Éste llevaba en el rostro marcas sospechosas, pues los golpes que había recibido en el transcurso de su odisea en el bosque habían dejado huellas que subsistían incluso después del descanso que se había tomado en casa de Lépido. Su toga de tosca tela era demasiado grande para él y el gorro que había dejado en la banqueta al entrar constituía un tocado realmente inesperado en la cabeza de un hombre de leyes.

Honorio leía una y otra vez la tablilla en la cual le pedía al Banco de Depósitos y Garantías que le entregara al mensajero el saldo de su cuenta. El empleado había puesto sobre el mostrador otras tablillas escritas de la mano de Honorio que guardaba en sus archivos.

–¿No es tu escritura y tu sello? – preguntó.

–En efecto -admitió Honorio, en tono resignado-. Resultaría difícil hacer una falsificación mejor. Debo reconocer que habría podido ser yo quien grabara esta tablilla…

Los hombres de Lacertio habían cogido su sello del escritorio y le habían encargado a un falsificador una orden de reintegro del saldo de su cuenta. – El mensajero que nos enviaste venía de la oficina de Polipnos, como de costumbre, de manera que no podíamos hacer otra cosa más que ejecutar tu orden… ¿Hicimos mal?

Honorio meneó la cabeza.

–No -dijo-. en cualquier caso, ejecutasteis la voluntad de los dioses… Y se volvió para marcharse, dejando al empleado estupefacto. Pero enseguida cambió de opinión y regresó al mostrador.

–¿Podrías darme una hoja de pergamino y una pluma?

–Por supuesto, Honorio -respondió el otro, sacando de un cajón lo que se le pedía.

Honorio empezó a redactar el acta de manumisión de su esclavo Actínoo.

–¿No necesitáis un guardián de confianza? – preguntó mientras escribía-. Para el banco o para el domicilio de Servio Dixio, tu patrón.

–Nos sería muy útil tener un guardián aquí, pero Servio no quiere gastarse el dinero comprando un esclavo. Dice que es muy caro. ¡Ya sabes cómo es!

–Por algo se ha convertido en banquero -dijo Honorio-. Pero yo puedo recomendaros a mi esclavo Actínoo, que ahora es mi liberto, de manera que no tendrá que comprarlo. Tan sólo alimentarlo y darle unos ases a la semana para sus pequeños gastos.

–Se lo diré a Servio. Vendrá a mediodía.

–Mi hombre está en la puerta. Le esperará. Gracias, Simplicio. ¡Vale!
Honorio salió de la agencia y caminó sin rumbo en busca de un cartel que anunciara un estudio de notario. No tardó en encontrar el de «Priscilo Nerva Tabelion».

Entró y le presentó su acta de manumisión al oficial que recibía a los visitantes.

–¿Podéis registrar esta acta? – preguntó con aires de hombre importante-. Soy Honorio, hijo de Caedo, encargado de los asuntos jurídicos del oficial de las legiones Sila, heredero del patricio Menesio…

Los oficiales que trabajaban en sus pupitres volvieron la cabeza al oír pronunciar los dos nombres que habían sido la comidilla en Roma durante varias semanas. Uno de ellos había presenciado el fin del galo frente a los tigres. El visitante era un personaje interesante.

–Desde luego -dijo el oficial recepcionista con deferencia-. Lo haremos de inmediato. – Leyó rápidamente el acta redactada por Honorio-. ¡Es absolutamente correcta! – declaró-. Se ve que eres un profesional competente… Los gastos ascienden a doscientos sestercios.

Honorio no tenía más que cincuenta sestercios en el bolsillo y aún no había comido nada desde que se levantara. Con gran desenvoltura, se llevó una mano al cinturón, hacia una bolsa imaginaria.

–¡Qué distraído soy! – exclamó en tono divertido-. No he cogido dinero al salir. ¡Dioses todopoderosos! Con la revisión de ese proceso, ya no sé dónde tengo la cabeza…

El notario en persona salió de su despacho y apareció en la entrada _de la estancia.

–¡Ave, maestro Priscilo! dijo sin más preámbulos Honorio, en un tono de gran cordialidad-. ¡He venido a tu casa atolondrado! ¡Tengo que registrar un acta de manumisión y no llevo la bolsa!

–¿Con quién tengo el honor…? – preguntó el notario.

–Recibes en tu estudio a Honorio, abogado de la herencia Menesio. – ¡Eso es lo que he oído decir cuando has entrado! – dijo, mostrando un gran interés-. Entonces, ¿conociste al galo Sila?

–¡Por supuesto! Era un hombre realmente notable. He arriesgado toda mi fortuna en la solicitud de revisión de su proceso que presenté ayer ante el Senado. Demostraré que era inocente aunque tenga que arruinarme para conseguirlo. Tenía un bosque en Liguria que produce mucho carbón. Lo

vendí la semana pasada y he contratado a seis investigadores que reconstruirán los hechos desde el principio…

–Así pues, según tú, Sila no era culpable.

Honorio, encogiéndose de hombros, adoptó una expresión irónica.

–¿Te imaginas a Cástor envenenando a Pólux y apropiándose de su fortuna después de haber redactado un testamento falso? Pues bien, eso es lo que han intentado hacernos creer los que acusaban a ese oficial que sirvió a Roma durante veinte años en todos los campos de batalla… ¡Pero no podrá decirse que nadie en esta ciudad se levantó para-defender la memoria de esos hombres virtuosos, el patricio y el galo, que no cometieron más crimen que el de ser amigos fieles y servidores de Roma! ¡Bueno! – prosiguió Honorio, cambiando de tono-. Ya me he vuelto a exaltar… ¿Te das cuenta, Priscilo? Este asunto me afecta muchísimo. No puedo soportar la idea de que esta ciudad esté cada vez más sometida a la autoridad de políticos corruptos… ¡En fin! Dejemos eso… Entonces, te debo doscientos sestercios por el acta -concluyó, tendiendo el papiro que convertía a Actínoo en un hombre libre-. Haré que te los traigan esta tarde. El notario cogió al joven abogado del brazo.

–Ni hablar, Honorio. Ni se te ocurra… Nos sentimos dichosos de hacerle un favor a un hombre de leyes que le es fiel a su cliente en la desgracia… -Se volvió hacia su ayudante y añadió-:

–¡Lidio! Busca cuatro testigos y registra esta acta lo más rápidamente posible. Y tú, Honorio, ven a vernos cuando pases por aquí. Es un placer conocer a un hombre como tú. ¡Te deseamos todo el éxito que mereces ante el Senado!

–¡Gracias, Priscilo! Eres un amigo… ¡Vale!

Salió con porte desenvuelto. Actínoo esperaba sentado en un mojón.

–Dentro de una hora -le dijo al muchacho-, te darán tu acta de manumisión.

–Gracias, señor -dijo el guardián, con lágrimas en los ojos.

Honorio sacó de su bolsillo los cincuenta sestercios y se los dio a su liberto.

–Toma, Actínoo, y ruega a los dioses por mí. Ve al banco, donde el empleado Simplicio te presentará a su patrón, Dixio. Es avaro, así que pídele un sueldo pequeño. Cuando yo regrese a Roma, si la fortuna me es favorable, iré a buscarte para que vengas a mi casa…

Actínoo besó la mano de su benefactor, que se alejó con el vientre y la bolsa vacíos. El olor de los buñuelos fritos de un as que desprendían los puestos callejeros le atenazaba el corazón y el estómago.

Dobló la esquina de la calle y vio el cartel de la pensión de Omitila. La antigua costumbre le había conducido a su sórdido alojamiento. Caminó hasta la entrada del establecimiento, donde había expuestas escudillas de sopa de garbanzos, por un as sin carne y tres ases con carne. Aquellas sopas, pagadas a crédito, habían constituido durante mucho tiempo su alimentación, con más frecuencia las de un as que las de tres.

Una abrupta escalera partía del figón hacia las habitaciones, repartidas en cuatro pisos. En el rellano del primero, la obesa Omitila se instalaba en una especie de conserjería -como la araña en el centro de su tela- ante la cual los inquilinos debían pasar para acceder a su habitación. Una trampilla en el suelo le permitía, además, ver y oír lo que sucedía debajo de ella, en la sala donde se servía la comida.

Al aspirar el olor de la sopa de garbanzos, Honorio no pudo resistirlo. Entró y se sentó en el banco de madera situado ante el mostrador cubierto de cerámica que tan bien conocía.

–¡Con carne! – pidió el joven, señalando las escudillas de barro que la esclava de las sopas, cucharón en mano, se disponía a llenar con el contenido de la marmita.

Honorio recibió su bol y empezó a comer. La voz que tan bien conocía, la voz de la oronda patrona, cayó casi enseguida por la abertura del techo.

–¡Vaya, vaya! – exclamó-. Honorio, hijo de Caedo…

Siguió una risa. Honorio imaginó el voluminoso vientre moviéndose. Se había marchado hacía tres meses, arrojándole a la cara las tres o cuatro monedas de plata que representaban el alquiler de su cuchitril y las comidas de varios meses.

–¡Mi amigo Honorio -prosiguió la voz-. ¡Qué honor nos haces! En las cocinas del palacio Menesio no deben de hacer sopas como éstas y no has podido resistir la tentación…

El ruido de los pesados pasos de la patrona acompañó sus sarcasmos, los peldaños de la escalera chirriaron y las gruesas piernas no tardaron en aparecer. Estaba risueña, iba maquillada como un mimo en el teatro, y Honorio observó en su abultado pecho un collar de oro que antes no llevaba. Se detuvo antes de bajar el último escalón para examinar el penoso aspecto del abogado.

–Estabas muy seguro de ti mismo, Honorio dijo-. Apostaste por el caballo equivocado… -Acabó de bajar y fue a instalar sus carnes en el banco que quedaba frente a aquel donde el abogado se hallaba sentado ante su bol-. Cuando me enteré de que íbamos a ver al galo en la arena, me dije: «Honorio volverá un día de éstos…». – Una nueva risotada hizo que sus pechos se movieran-. ¡Tienes suerte! ¡Tu habitación está libre! El que la ocupaba se marchó sin pagar. ¡Por lo menos tú eres serio! Tú me arrojaste el dinero a la cara, pero el otro no me arrojó nada. – Miró la escudilla vacía-. Por supuesto -continuó, sonriendo-, no tienes que pagar en el acto. Para empezar, esta sopa te la ofrezco como regalo de bienvenida. ¿Lo ves? No te guardo ningún rencor. ¿Quieres descansar? No tienes muy buen aspecto. Te acompañaré a tu habitación.

Subió la escalera delante de Honorio, contoneando el trasero ante sus narices. El abogado creyó que se detendría en su piso, pero ella continuó

pese a su respiración entrecortada hasta el cuarto rellano y se detuvo ante la puerta del que fuera el cuarto de Honorio. Hizo girar el pomo.

–¿Reconoces tus muebles? – preguntó desde la puerta abierta.

Honorio contempló el taburete y la mediocre cama, compañeros de sus días malos. Le sorprendió constatar que Omitila entraba detrás de él en la habitación. Cuando cerró la puerta tras ella, se encontraron muy cerca uno del otro a causa de la exigüidad del lugar. Los carnosos labios de la oronda mujer sonreían.

Honorio notó que le invadía una sensación de inquietud.

–Y…, ¿cómo está Omitilo? – preguntó, como si quisiera llamar al marido de la patrona para que acudiese en su ayuda.

Omitilo, que ocupaba un puesto de burócrata en la administración de los dominios públicos de la Ciudad y era muy celoso, siempre había mirado con malos ojos a los inquilinos de sexo masculino.

–Por desgracia -respondió ella,, sin alterar su sonrisa-, nos ha dejado…

Poco después de tu partida, la Parca cortó con sus despiadadas tijeras el hilo de sus días.

–¡Ah! – exclamó Honorio, cada vez más inquieto-. Es una gran desgracia. Te acompaño en el sentimiento…

–Gracias, Honorio, pero no debemos afligimos. Seguro que él es feliz en los campos Elíseos…

–Desde luego -admitió el joven abogado-. No tiene las preocupaciones que nos abruman aquí…

La patrona había avanzado un paso. Su vientre obsceno estaba a punto de tocar el de su inquilino.

–¿Piensas pagarme un mes de alquiler por adelantado, como está estipulado, Honorio? – dijo, sonriendo esta vez con cierta ironía.

–Yo…, hoy no, Omitila. Pero hace un momento tú misma lo reconocías: siempre he pagado lo que debía. Tengo entre manos un importante asunto que se va a dirimir ante el Senado y en cuanto…

Sin dejar de sonreír, la oronda mujer le interrumpió negando con la cabeza. – ¡Vamos, Honorio, eres muy egoísta! No puedes pedirme que te aloje sin darme nada a cambio… -Se había cogido la falda con ambas manos y empezó a levantarla lentamente-. Tú eres joven y estás lleno de vigor -lijo con una expresión glotona-. Tienes lo que se necesita para devolverme el favor…

Honorio vio los dos gruesos muslos cubiertos de estrías. La falda continuó subiendo y apareció el gran sexo velludo de la patrona.

–Honorio -dijo ésta en voz baja-, mete la mano donde hay que meterla y no tendrás motivos para lamentarlo…

Vencida por el amor

Metalla buscó el cuerpo de Alya junto al suyo. Pero la joven a la que amaba no estaba en la cama. Al otro lado de las cortinas, el alba llegaba. Alya, que se había marchado la víspera ya caída la noche para asistir a la reunión de cristianos en la cantera, no había regresado…

La esedaria llamó a Hiddith, que dormía o velaba en una estera al otro lado de la puerta de la habitación, como una vieja perra fiel.

En el momento de despedirse, Alya le había dicho a Metalla que rezaría por ella con los demás. Pero ¿pueden unos cristianos rezar para que una esedaria mate a otra, a fin de que regrese de la arena viva e intacta a los brazos de su amante? ¿Y si Alya le mentía? ¿Y si había huido con los cristianos que regresaban al país de los judíos? ¿No le decía a menudo a aquella a la que amaba que ése era su sueño: volver a ver Judea? Las penas que se infligía a los esclavos fugitivos eran terribles. Pero Alya no podía temerlas. Sabía que el peor castigo al que Metalla condenaría a su esclava sería volver a meterla en su cama para matarla allí a besos y caricias.

Metalla avanzaba por la vida igual que cuando manejaba las riendas de sus caballos, tan insensible a los gritos de la muchedumbre como a la sangre de sus adversarios. Pero el amor había cambiado muchas cosas en ella y, cuando Hiddith entró, el miedo la paralizó en la cama al pensar que los cristianos podían haber sido arrestados esa noche en su lugar de reunión, y que Alya estaba con ellos… La persecución de los cristianos se podía reanudar con uno u otro pretexto, ya que los juegos habían empezado y hacían falta hombres y mujeres que murieran bajo las zarpas de las fieras, los miles de fieras que habían sido reunidas para la inauguración del anfiteatro. Roma les daría cristianos. La Ciudad universal que había aceptado en su panteón a los dioses de todos los pueblos que conquistaba desde hacía cuatro siglos no quería acoger en él a Cristo, el dios de Alya, y devoraba a los adoradores de aquel que fue crucificado por el procurador de Judea en Jerusalén.

–¡Hiddith! – gritó Metalla, súbitamente fuera de sí-. ¡Ve allí enseguida! Ve a la cantera… Ve a ver lo que ocurre y lo que ha ocurrido esta noche. Y reúnete conmigo en el circo inmediatamente después para contármelo…

Y aquello sucedía el día en que iba a luchar contra la peligrosa pantera negra venida de Cartago en su carro cubierto de trofeos sangrientos, el último día, el día del combate que la Ciudad esperaba desde hacía meses, sin saber que de todas formas sería el último para la esedaria Metalla, una Metalla vencida no por la hoja de una hoz, sino por las flechas de Eros salidas de la boca de una virgen judía.

Tras vestirse y equiparse apresuradamente, la esedaria tomó las riendas que le tendían los mozos de cuadra ante el pabellón que seguía ocupando en el recinto del palacio Menesio desde el embargo de los bienes del patricio, gracias a la intensa y resuelta actividad de Honorio, que había obtenido un aplazamiento arguyendo que la liberta de Sila no podía verse privada del acceso al lugar mientras la herencia Menesio no estuviera resuelta, una resolución que evidentemente se retrasaba a causa de la solicitud de revisión del proceso del galo, que el joven abogado había presentado ante el Senado y que había sido aceptada gracias al apoyo del senador Rufo Clemens, gran amigo del patricio asesinado. La esedaria guió su carro hasta el anfiteatro. A esas horas tempranas del día la circulación en las calles era más tranquila, pues los carros ya habían salido de la Ciudad al amanecer.

Se dirigió al recinto de las fieras y encontró a Mesio a la entrada de la galería que conducía a las jaulas. Las rejas de las salas donde se encerraba habitualmente a los condenados estaban abiertas, pues las ocupaban gladiadores, que se instalaban allí antes de combatir.

–¡Mesio! ¿Hay cristianos aquí? – preguntó.

–No -respondió el intendente de los animales-. Como ya no queda sitio en ninguna parte para los gladiadores que han llegado de las provincias, los meten aquí. Después de unos días de combates, los muertos dejarán sitio libre y los que sobrevivan podrán ser alojados en las zonas reservadas para ellos. – ¿Has oído decir si han detenido a cristianos esta noche?

–Sí, eso dicen. En el Caelio se han quemado unas casas y se ha producido un motín. La gente ha acusado a los cristianos y el prefecto ha enviado a los vigilantes a efectuar detenciones en varias zonas.

–¿Sabes dónde están?

–Lo ignoro. Pero no faltan prisiones y ergástulas donde encerrarlos, fuera de aquí… -Mesio observó a la esedaria-. Tienes que combatir dentro de unas horas -comentó, sorprendido-. ¿No sería preferible que descansaras y te preparases? ¿Por qué te interesas tanto por los cristianos hoy?

–No sé -contestó ella con cierta lasitud-. Tienes razón. Perdóname, Mesio…

–No tengo nada que perdonarte, Metalla -repuso el intendente de las fieras, que no salía de su sorpresa mientras la veía alejarse por el pasillo hacia el spoletarium.

1. Barrio popular.

Porque el spoletarium, ese lugar de muerte, le diría si debía temblar por Alya. Si Sertorio estaba allí, en su puesto habitual ante sus mesas de piedra, con sus ayudantes que eran sus discípulos y los cómplices de su apostolado, es que nada le había sucedido a la joven. Alya estaba viva, sana y salva. Tal vez se había escondido en algún sitio con otros, al ir a la reunión o al volver, al enterarse de que los vigilantes perseguían a los adeptos de Cristo.

Metalla se detuvo ante la puerta del spoletarium con el corazón palpitante y la abrió. La sólida silueta de Sertorio salía de la habitación donde dormían sus ayudantes y donde escondían a Sila.

Le sonrió a la esedaria y le indicó que se acercase.

–¿Vienes a verlo? – preguntó a media voz, pensando en el ex oficial de las legiones-. Está durmiendo. No para de dormir y está todavía mejor que ayer. No había visto a nadie tan resistente como él…

–Sí…, no -dijo ella-. No, no venía por él. Creo que le habéis salvado y confío en vosotros. Venía a verte a ti, Sertorio. ¡Oh, qué feliz soy!

La esedaria le asió las dos manos, con la dicha pintada en el semblante.

–¿Qué ocurre, Metalla? ¿Qué te pasa? Hoy necesitas todo tu valor y toda tu calma -dijo, igual que Mesio hacía un momento-. Anoche pensé mucho en ti…

–¿Cómo…, cómo fue la reunión de anoche, la reunión en la que hablaste?

–¿La reunión? Pero si no asistí… Debía hablar un predicador en mi lugar. Viene de Siria y en su juventud conoció a algunos de los que estuvieron con Jesús. Me reemplazará durante varias semanas. Ya sabes que…

Metalla le quitó la palabra.

–¿Y los demás? – preguntó, señalando con la mirada la habitación donde estaban sus ayudantes y que ella sabía que eran también sus discípulos, cristianos como él-. ¿Qué te han dicho?

–¿Mis ayudantes? Ellos tampoco fueron. Es preferible que interrumpamos durante algún tiempo nuestras idas y venidas de esa cantera al anfiteatro, sobre todo mientras se celebran estos juegos, en los que hay mucha gente observándonos… Les dije que era más razonable, al menos mientras nuestro hermano venido de Siria estuviera aquí.

Sertorio observó que el semblante de Metalla se había quedado lívido. – Pero ¿qué te pasa?

–¿No has oído decir que anoche detuvieron a cristianos? – preguntó ella con la voz quebrada.

–¿Cómo? – dijo Sertorio, inquietó a su vez. Vio aparecer lágrimas en los ojos de la esedaria.

–Alya no ha regresado esta noche, y había ido allí…

–¿Alya? – preguntó el encargado del spoletarium-. ¿Te refieres a Alya, la hija del cautivo Nogidios, muerto pronto hará dos años? ¿De qué la conoces? ¿Porque trabaja en el establecimiento del peluquero Certio?

–Se la compré. Es mi esclava y se acuesta en mi cama…

Sertorio puso las manos sobre los hombros de la esedaria, que no reprimía las lágrimas.

–¡Señor Dios! – exclamó-. ¿Fue por ella por lo que viniste a una de nuestras reuniones?

Metalla asintió con la cabeza.

–¿Se acuesta contigo porque la obligaste a hacerlo? Metalla asintió de nuevo.

–¿Y ahora lo hace sin que tú la obligues?

–Sí -contestó ella.

–Lo sabía. Vino a verme y me dijo que ya no era una muchacha pura. Yo creí que se trataba de Certio… ¿Y ahora la amas?

–¡Oh, sí, Sertorio, sí!

–¿La amas con el amor que Cristo vino a enseñarnos muriendo en la cruz, o con el otro, el de este mundo?

–Con los dos.

–Por supuesto -dijo sonriendo el predicador-. ¡Tú no haces nada a medias! No va con tu carácter… -Ella permanecía apoyada contra su pecho, llorando-. ¿Quién te ha dicho que anoche detuvieron a cristianos? – le preguntó. – Mesio.

–Si lo dice Mesio, desgraciadamente debe de ser verdad.

–Sertorio…

–Sí, hija mía…

–Alya ha sido bautizada, ¿verdad?

–Sí, en Judea, con su padre. Cuando un cristiano ha comprendido la enseñanza que se le da en nombre de Jesús, se vierte sobre su cabeza y su cuerpo el agua que lava todas las manchas pasadas. Significa un nuevo nacimiento para él, así como su entrada en la fraternidad de todos los cristianos…

Metalla alzó los ojos hacia él.

–¿Puedes bautizarme hoy, Sertorio?

–¿Cómo? – preguntó con estupefacción el encargado del spoletarium-. ¿Aquí? ¿Ahora?

–Sí, Sertorio. Sabes que mañana quizá sea demasiado tarde. Él vaciló.

–Pero… ¿crees haber comprendido la enseñanza de Cristo?

–Creo que he comprendido muchas cosas.

–¿En tan poco tiempo?

–No es tan poco tiempo. He vivido un siglo desde que Menesio fue envenenado…

El combate de las esedarias

Las gradas se llenaban poco a poco, mientras en la arena corrían los carros que iban a combatir poco después. Decenas de mozos del anfiteatro, vestidos con su túnica marrón de uniforme y provistos de tridentes, colocaban un gran número de espinos que habían llevado allí con carros desde por la mañana, a fin de delimitar en medio de la arena un círculo,

cuyo centro sería el foso por donde subía y bajaba el ascensor hidráulico destinado a trasladar desde el sótano tanto a las fieras como a sus víctimas.

Esa muralla que los animales no podrían franquear, hecha de arbustos africanos de largas espinas, permitía ofrecer al pueblo el espectáculo del suplicio de los cristianos sin interferir en el de los gladiadores, que se desarrollaría al mismo tiempo en la pista oval que se extendía bajo las gradas. A continuación vendrían los combates de los carros erizados con sus hoces perfectamente afiladas, en los cuales se vería a los esedarios, hombres y mujeres, enfrentarse al galope lanzándose venablos. La apoteosis se produciría en la lucha esperada durante meses que opondría a Achaica, la negra venida de Cartago, a la rubia Metalla, nacida en las brumas de la Bretaña nórdica, ambas invencibles desde el día en que habían empezado a combatir, una en los circos de la provincia africana y de la Berbería, y la otra en los de Italia.

Millones de sestercios habían sido apostados desde hacía meses en todo el Imperio sobre las cabezas de aquellas dos guerreras. Se producían riñas en las tabernas, así como discusiones en los atrios, entre fanáticos de una y partidarios incondicionales de otra. Las oficinas de juego aceptaban las apuestas y exhibían en sus tableros, expuestos en la calle, la cotización de la bretona contra la cartaginesa. Metalla, que durante mucho tiempo saliera vencedora por 5 a 1, había bajado tras la muerte de Menesio, el asunto de su herencia y aquellos rumores que corrieron por la ciudad cuando -se supo que había sido azotada por orden del galo, sin que se comprendieran bien las razones de ese suplicio.

Sonrisas vanidosas y conquistadoras adornaban los rostros de aquellos hombres, muchos de los cuales, sin embargo, habían velado sus armas presas del miedo, pues habían ido a parar allí a raíz de una condena o para escapar de la miseria. A aquellas sonrisas respondían, desde diferentes lugares de los palcos y las gradas, las emociones de las mujeres romanas de toda condición a las que los gladiadores excitaban. Esas mujeres que iban a entregarse a ellos hasta en sus escuelas eran su recompensa, con la bandeja de plata llena de monedas de oro que se entregaba al vencedor. Éste,

mientras los mozos arrastraban por la arena el cadáver de su infeliz adversario, daría corriendo la vuelta a la arena, mostrando la bandeja a la multitud…

Un tracio de más de dos metros de alto abría el desfile. Lo habían elegido para agradar a César, prendado de los de su raza. Cuatro enanos le seguían los pasos, trotando con sus cortas piernas, armados de espadas y de redes apropiadas para su tamaño, pues dos de ellos eran reciarios. Los pequeños tridentes de éstos hacían reír.

El tracio y sus enanos llegaron a la altura de la tribuna imperial. El gigante se detuvo, y detrás de él toda la columna guerrera. Se volvió hacia el emperador y, alzando el brazo en el gran silencio que se había hecho, pronunció con voz sonora la fórmula ritual: Ave, Caesar Imperator…, morituri te salutant! En estas tres últimas palabras, el genio conquistador de Roma encerraba el culto a la fuerza que era su auténtica religión.

A continuación, César hizo el gesto, dirigido a los que tocaban las tubas y los cuernos, que daba la señal del inicio de las justas. Obedeciendo al lamento de las trompas, la columna de los combatientes se deshizo para formarse de nuevo en distintos grupos alrededor de la arena, según un orden que se había repetido los días anteriores.

En ese momento, los funcionarios de los juegos que desempeñaban el papel de árbitros se mezclaron con los grupos para repartir a todos los combatientes por parejas y delimitar, mediante una raya trazada con su largo bastón en la arena, el espacio en cuyo interior lucharía cada pareja. Examinaron las hojas de las espadas para asegurarse de que estaban bien afiladas. Aquellos árbitros continuarían dando vueltas en torno a los duelistas, vigilando sus gestos, a fin de detectar si el combate estaba trucado por un acuerdo secreto entre los dos adversarios. Si sospechaban que era así, tenían a su disposición a los loraru, los cuales, armados de un látigo, estaban preparados para azotar, en cuanto recibieran la orden de hacerlo, a los tramposos o incluso a aquellos cuyo ardor en el combate parecía insuficiente. Y a estos últimos los árbitros les gritarían entonces: «¡Golpea!» o «¡Mata!», según los casos…

Tales eran los gritos que iban a resonar sin cesar, a los que responderían, en las gradas, los clamores de alegría lanzados por aquellos que veían al hombre por el que habían apostado asestar un buen golpe en la carne del otro. «Habet!» (¡Le ha dado!) «Hoc habet!» (¡Esta vez ha recibido una buena!)

Por último apareció cierto número de personajes grotescos, disfrazados de Caronte, el barquero de los Infiernos, o de Hermes psicopompo. Llevaban un pesado mazo en la mano y, cuando uno de los combatientes quedase inanimado en el suelo, irían a asegurarse de que estaba bien muerto dándole un golpe con su instrumento…

Todos los personajes estaban en sus puestos, el espectáculo comenzó, las armas se entrechocaron, se produjeron las primeras agresiones, arrancando los primeros gritos a la muchedumbre, y la arena bebió la primera sangre ante los ojos de Metalla, sentada con su coraza de combate, inmóvil como una estatua en la primera fila del palco de los propietarios de gladiadores.

El serio rostro cruzado por su célebre cicatriz no tenía ojos más que para el recinto rodeado de espinos, en medio del cual acababa de emerger la jaula del ascensor.

Aquella jaula estaba llena de hombres y mujeres que entonaban una extraña melopea. Los cristianos le cantaban su plegaria al ídolo Cristo mientras iban al encuentro de su horrible muerte, y ese canto se perdía entre los clamores y los murmullos que llenaban las gradas, no provocando más que algunas risotadas esparcidas por aquí y por allá.

Con la boca seca, la esedaria buscó ávidamente la silueta de Alya entre el miserable grupo encerrado tras las rejas. Los encargados de las fieras, con sus ropajes ribeteados de piel de leopardo, bajaron una de las paredes laterales de la jaula. Apretándose unos contra otros como un rebaño, deslumbrados por la luz, ensordecidos por los gritos feroces procedentes de todas partes, los cristianos pisaron la arena que pronto bebería su sangre. Aquellos a los que se les había predicado el perdón, la piedad y la dulzura

recibían en pleno rostro la alegría maligna de sus torturadores reunidos a millares bajo el velum.

Durante un largo minuto, Metalla buscó ávidamente entre ellos el rostro y la belleza de Alya. Y, durante ese minuto, la esedaria tuvo la revelación de que Roma, el circo, los caballos, las armas, la vida o la muerte que uno se jugaba en la arena, todo eso ya no significaba nada para ella. Mientras Alya había permanecido junto a ella, mientras ella la había oído cantar cuando colocaba en un jarrón las flores que había cogido en el jardín, mientras el calor de su cuerpo había estado junto a ella en el lecho, mientras ella había encontrado, cuando regresaba del anfiteatro, la mirada de la joven dispuesta a sonreírle, Metalla había continuado viviendo como siempre había vivido desde que Menesio la convirtiera, con sus costosos caballos, sus carros de maderas nobles y los cadáveres de todos aquellos a los que ella atravesara con sus venablos, en una reina del circo a los ojos de la ciudad reina del mundo para la que el circo lo era todo.

Pero había bastado que Alya desapareciera para que todo aquello no fuera más que apariencia y para que el espectáculo grandioso que la rodeaba se convirtiese en una mascarada desprovista de sentido.

Los cristianos se habían agrupado, con las manos unidas y todavía cantando, y a Metalla le apareció como una evidencia cegadora que ellos eran los únicos vivos en aquel anfiteatro, pese a estar condenados a una muerte inmediata, mientras que los miles de hombres y mujeres que gritaban en las gradas eran envoltorios vacíos que no podían contener ninguna vida verdadera.

Aquel anfiteatro nuevo estaba condenado a convertirse en ruinas, su recinto de las fieras a quedar en silencio, sus caballerizas desiertas, sus gladiadores, que se enfrentaban unos contra otros, a transformarse en fantasmas, y las voces de un pueblo cruel a ser dispersadas por el viento.

Las palabras de Sertorio en la cantera de las reuniones secretas, repitiendo las de Aquel que había perecido entre dos ladrones, contenían la verdad y la vida, y una y otra estaban en aquellos hombres y aquellas mujeres que los

animales iban a devorar. Aquellas palabras le habían revelado a Metalla la existencia del alma que llevaba en su interior y a la que ella no conocía. Y eso era el fruto de su amor por Alya, y del amor que Alya sentía por ella. Porque Alya la amaba, Metalla tenía ahora la certeza, pues el corazón de la joven estaba lleno de la palabra de Cristo, que no era más que amor…

Y Metalla comenzó de nuevo a esperar, pues Alya no se hallaba entre aquellos que se preparaban para morir.

Los últimos gladiadores moribundos habían sido conducidos al spoletarium y la pista estaba libre para los carros de los esedarios. Primero aparecieron ocho tiros de dos caballos galos de labor, que tomaron posesión de ésta, marchando de frente y arrastrando rastrillos que removían la arena ensangrentada, pisoteada por los pies de los combatientes. Unos mozos caminaban detrás de los rastrillos para asegurarse de que no quedaba ningún trozo de armadura o de cualquier clase de arma susceptible de herir las pezuñas de los caballos.

Una vez que hubieron dado la vuelta completa y que la arena, de nuevo bien peinada, pareció haber olvidado los horrores que había bebido, los rastrillos y los mozos desaparecieron y los primeros carros de combate, armados con sus hoces colocadas horizontalmente a los lados, surgieron al galope por la entrada principal, levantando puñados de arena con los cascos de los caballos, atiborrados de avena desde hacía varios días.

Eran doce siguiéndose y adelantándose, desafiándose y acechándose para medir la resolución y el valor del adversario. Uno se abalanzaba sobre otro, obligándole a desplazarse hacia la muralla que rodeaba la pista a fin de evitar las hoces que lo amenazaban. Las hoces del que cedía, si había fallado al arrojarle el pilum a su adversario, rascaban la muralla ruidosamente antes de romperse. Y, sin sus hojas, el esedario en su carro se convertía en una presa para los demás.

Aquel al que alcanzaba el venablo, en cambio, basculaba hacia atrás por efecto del choque y caía en la arena, dejando a sus caballos sin amo galopar como enloquecidos, arrastrando el carro vacío que volcaba al llegar a la

curva. Unos mozos se abalanzaban apresuradamente sobre la cabeza de los tiros desamparados para dominarlos, mientras otros conducían hacia el centro de la arena a los conductores heridos, tras disputárselos a los furiosos cascos de los caballos exponiendo su propia vida. Porque los propietarios pagaban una prima por cada esedario salvado de la muerte. Se tardaba mucho tiempo en formarlos y eran caros.

Las gradas atronaban de gritos de alegría o de clamores encolerizados según qué tiro quedaba fuera de combate y qué otro seguía en la pista después de varias vueltas. Los nervios de los espectadores estaban tensos en espera del fabuloso combate que tendría lugar a continuación, el de la cartaginesa de Lacertio contra Metalla.

Ésta se hallaba tendida en la mesa de masaje, en el silencio de su aposento cercano a las caballerizas subterráneas. La clepsidra dejaba caer gota a gota el agua que medía los treinta minutos que separaban a la esedaria de su último combate. Como siempre que descansaba antes de jugarse la vida en el tumulto soleado del anfiteatro, los que la acompañaban permanecían en silencio. Orfito, su masajista ciego, estaba sentado detrás de ella para que no lo viera, y Junia, que la ayudaba a lavarse y vestirse desde que Alya había desaparecido, estaba ante la entrada de la pequeña estancia de las abluciones, en un taburete.

La puerta se abriría en el minuto previsto, y Occio, el encargado desde hacía años de sus tiros, entraría para decirle que había llegado el momento. Él, a cuyos oídos llegaba el sonido de las tubas y los murmullos de la arena por el pozo de ventilación del establo, sabía a qué parte del programa del día se había llegado.

La puerta se abrió, pero no era Occio. Era Hiddith, que iba a contarle lo que había averiguado recorriendo la Ciudad desde por la mañana de una casa cristiana a otra, en busca de Alya. Metalla, que había vuelto la cabeza hacia ella, leyó en su semblante el anuncio de la desgracia.

Se acercó para inclinar su frente arrugada sobre el rostro de su ama.

–Los detuvieron en la cantera. Fue conducida con muchos más a la prisión Drusilia. La vi allí; luego, se los llevaron a todos en unos carros…

Metalla se incorporó para sentarse en la mesa. Iban a llevar a Alya al anfiteatro. En el momento en que se ponía en pie, la puerta se abrió de nuevo, dejando paso a Sertorio.

La esedaria fue hacia él. Él le cogió las manos y le dijo, también en voz baja: -He venido a avisarte. Ella está aquí.

Metalla, vestida con su coraza de cuero, estaba preparada para la lucha. Miró al encargado del spoletarium sin decir palabra y, después, apartando las manos de las suyas se dirigió hacia la puerta.

–¿Qué haces? – le preguntó Sertorio, inquieto.

–¿Qué quieres que haga, si no es reunirme con ella? – respondió Metalla. La esedaria salió al corredor subterráneo.

–¿Adónde vas? – preguntó la voz, también inquieta, de Occio, que permanecía ante el establo a la cabeza de los dos caballos que ya estaban enganchados al timón-. ¡Te toca salir ahora mismo!

Las hoces estaban apoyadas de pie en la pared. Unos mozos las llevarían a la entrada de la arena, donde las sujetarían en el lugar reservado al efecto. Los dos caballos de cabeza eran enganchados en el último momento, ya que no iban atados al timón como los otros dos.

Metalla se volvió un instante hacia él para responderle, pero no pudo pronunciar ninguna palabra porque las palabras que debía decirle a Occio ahora no podían tener sentido para él.

Ella quería a Occio por los cuidados perfectos que siempre le prodigaba a sus tiros desde hacía años, y pensaba que Occio siempre le había dado suerte, que si nunca le había fallado nada en el transcurso de los combates -

caballos, arneses, carros- era gracias a él. Pero Occio pertenecía a un mundo que Metalla ya había abandonado.

Continuó avanzando por el pasillo, acompañada por la mirada atónita de su esclavo, de pie junto al carro resplandeciente con sus adornos de plata. Sertorio había salido al umbral de la estancia de la esedaria y la miraba alejarse, él también.

Metalla llegó al cruce subterráneo en el centro del cual funcionaba el gran ascensor que comunicaba el sótano con la arena, allí donde se hallaban las jaulas y el despacho del intendente Mesio. Detrás de unas rejas estaban las fieras; detrás de otras, los cristianos. Todos los actores del sangriento drama se encontrarían en aquel lugar que era el corazón de la máquina de matar: los bestiarios con ropajes de piel de leopardo, dispuestos a colocar las rejas móviles que permitían hacer que las fieras pasaran de su recinto a la jaula ascendente, amenazándolas con sus picas; los mozos de la arena con sayal marrón, provistos de cubos y estropajos; los comisarios de la administración del anfiteatro, que estaban allí para controlarlo todo; los mozos del spoletarium y sus carretillas.

Mesio, a la entrada de su despacho, frunció el entrecejo al ver acercarse a la esedaria. Todos volvían la mirada hacia ella.

Metalla vio que el mayordomo del palco imperial, aquel al que había insultado y abofeteado el día en que Sila fue entregado a los tigres, también se encontraba allí. Pero no había ido solo. Permanecía en el umbral del pasillo que conducía a la escalera, rodeado de varios hombres de la guardia pretoriana con su uniforme rojo, fornidos germanos con casco empenachado y la espada en la mano. El mayordomo no pensaba que lo que le había sucedido una vez pudiera repetirse.

Y se quedó tan asombrado como los demás al ver a Metalla dirigirse hacia las rejas que encerraban a los cristianos.

Sertorio había seguido a Metalla por el pasillo. Llegó en ese momento y se detuvo junto al intendente de los animales.

Metalla se aferraba a las rejas con las dos manos. Era la estrella más famosa del circo, mientras que los cristianos eran unos apestados. Pero ella había visto a Alya entre ellos y le sonreía.

Luego se volvió.

–¡Mesio! – dijo con voz serena-. Haz que abran esa reja para que pueda ir con ellos.

El murmullo procedente de arriba se oía a oleadas. Metalla había luchado contra varios miles de gladiadores, ningún venablo, ninguna hoz habían podido abatirla, poseía millones…, y quería entrar en la jaula de los cristianos, esa hez del Imperio, esos fanáticos que se negaban a ofrecer sacrificios a los dioses de Roma y negaban el carácter sagrado de César…

En el silencio estupefacto de todos cuantos presenciaban la escena, Mesio avanzó.

–Sin duda te ha afectado la espera de ese combate que debes librar dentro de unos instantes -dijo- y que pesa sobre tus espaldas desde hace largos meses. Esa espera ha trastornado tu razón… -Se acercó a ella y la asió del brazo. Metalla lo miraba con una sonrisa feliz-. Ven conmigo -prosiguió Mesio-. Te conduciré a tu aposento y el mayordomo Helvidio, aquí presente, les pedirá a los comisarios que retrasen media hora, o incluso una hora si lo deseas, tu combate con la cartaginesa a fin de que puedas recuperarte. ¿No es cierto, Helvidio? – añadió, dirigiéndose hacia el mayordomo.

Metalla miró a su vez al funcionario imperial.

=¿Así que tu nombre es Helvidio? – preguntó-. No me odies por lo que te hice el otro día, sin conocerte… Me siento culpable por haberte golpeado, pues tú no tenías la culpa y no podías saber si lo que querías esa noche estaba bien o mal. Pero, desde aquel día funesto que vio a Sila entregado a los tigres, mis sentimientos y mis pensamientos han cambiado, ya que me

he convertido en una cristiana como los que están ahí. Y me ha asaltado el remordimiento por haberte insultado después de haberme enterado de que Cristo, cuando fue crucificado por sus verdugos, le pidió al Señor Dios que los perdonara, diciendo que eran inocentes porque no sabían lo que hacían. De forma que ve en paz y déjame reunirme con aquellos que son ahora mis hermanos y hermanas…

El llamado Helvidio, vestido con su toga de hombre importante, al principio había querido reírse de las palabras insensatas de la esedaria; sin embargo, al igual que todos los demás que se encontraban allí, escuchando sin decir nada, se quedó desconcertado e inquieto ante el encanto desconocido que se desprendía de aquellas mismas palabras.

Los mozos con sus túnicas manchadas por una jornada en la arena, los bestiarios impregnados del infecto olor de las fieras, Mesio…, todos notaban como si el mundo al que estaban habituados y del que formaban parte vacilara, porque tales frases en boca de una luchadora célebre en todo el Imperio adquirían una fuerza de destrucción inaudita.

Sertorio, petrificado, rezaba para sus adentros. En el cruce entre la vida y la muerte, a unos metros del palco donde estaba sentado César Imperator, oía la palabra de Dios caer de la máscara marcada con una cicatriz de la esedaria. Pero nd fue más que un instante furtivo, pues el mayordomo imperial rompió el silencio. – Metalla -dijo en un tono contenido-, no sabemos qué pensar de tus extrañas palabras… Blasfemas contra los dioses repitiendo esas tonterías de Cristo y ellas te conducen a una muerte infamante. Tú misma me dijiste el otro día que el pueblo de las gradas no aceptaría que te negaras a combatir. ¿Por qué quieres perecer devorada por las fieras, cuando la muerte que puedes tener en la arena es gloriosa?

La esedaria negó con la cabeza.

–Te equivocas, Helvidio -repuso-. Son ellos, mis hermanos y hermanas, los que van a conocer la gloria. Su nombre será venerado durante siglos, mientras que los de los gladiadores caerán en el olvido y el recuerdo de sus combates será detestado… -Miró de nuevo a Alya y luego volvió a dirigirse

al mayordomo Helvidio-:

–Haz uso de tu autoridad para que me abran esa reja y me dejen unirme a ellos…

–No lo haré bajo ningún concepto -dijo firmemente-. No cambiaré el orden de las cosas en el que aquí todo se basa… -Y añadió-: Y nosotros no repetiremos las palabras que has dicho y que ahora debes olvidar. ¡Ve con tu carro y tus caballos!

Metalla vio que Occio, su esclavo de los tiros, también había ido hasta allí y miraba a su ama, pálido de emoción. Se acercó a ella.

–Ha llegado el momento -le dijo en voz baja-. Todo está a punto… Entonces Metalla le siguió. Desde la jaula, Alya la vio marcharse sin volver la vista atrás, y a los otros apartarse ante ella.

Pero ahora Alya sabía que Metalla la amaba con el amor difundido por el ejemplo de Cristo y que muy pronto se reunirían para siempre en él.

Saludados por los sonidos de veinticuatro tubas, doce por cada lado, el carro de Metalla y el de la cartaginesa salieron exactamente al mismo tiempo de las aberturas situadas a ambos extremos de la arena. Ante la aparición de Metalla enfundada en cuero blanco y acero, de Achaica negra de los pies a la cabeza y tan bella como negra, de las plumas de avestruz que flotaban encima de su casco, de los caballos más hermosos, el uno de pelaje blanco y el otro negro, que una y otra habían podido encontrar a precio de oro en el Imperio, ante la visión de las hocicos palpitantes y de las hoces centelleantes, las gradas, enfebrecidas ya por todas las matanzas que les habían ofrecido desde el inicio del día, fueron dominadas por una locura incontrolable.

Cada vez que pasaba uno de los tiros, dignos ambos de arrastrar el carro de Febo, la plebe se levantaba de los bancos de piedra como un oleaje humano, gritándole a una y otra que mataran. Los millones de sestercios que se habían apostado desde hacía meses se sumaban al goce de ver

ensangrentado, o quizá dislocado, uno u otro de aquellos admirables cuerpos.

Sin embargo, los tiros, manteniendo entre ellos una distancia igual a la longitud del anfiteatro, al principio se limitaron a galopar con objeto de dejar que se hiciera el silencio. Miles de ojos acechaban los indicios que darían a entender cuál de las dos luchadoras se proponía atacar primero. El estilo de Metalla era hacerlo ella, y los espectadores habituales de sus combates lo sabían. No obstante, en esta ocasión, la que fuera la adorada amante del patricio Menesio parecía querer dejar que la cartaginesa revelara sus intenciones antes que ella. Y, cuando estuvieron a la misma altura y Metalla se escabulló sin ni siquiera acercar la mano a uno de los venablos erguidos a su lado en el carcaj, excitando a sus caballos con un grito estridente para escapar a la cartaginesa, que parecía prepararse para empujarla hacia la muralla, aquello se interpretó como una argucia. Oleadas de risas se alzaron por doquier en las gradas para saludar su espantada.

Achaica se aplicó entonces a dar otra vuelta, pero no tardó en volver a la carga. El público sabía que los esedarios no pueden hacer galopar mucho tiempo a sus tiros sin atacar, pues se arriesgan a dejarlos sin aliento antes de tiempo.

Metalla, percibiendo que los caballos negros se acercaban por detrás, fustigó a su vez a los suyos. Pese a ello, el tiro de África luchó por ganar terreno y llegó a la altura de su adversario. En un gran silencio, la cartaginesa, que controlaba con una mano las riendas sueltas en torno a su cintura, había cogido con la otra uno de sus venablos, y todos aquellos que acechaban los gestos de ambas conteniendo la respiración esperaban que Metalla hiciese lo mismo. Sin embargo, ésta continuó conduciendo con las dos manos, como indiferente a la amenaza. Los espectadores expresaron su sorpresa mediante un rumor confuso. La cartaginesa balanceó el venablo, pero Metalla, arqueándose hacia atrás, frenó sus caballos con una maniobra que sólo se le puede exigir a un tiro perfectamente adiestrado, y el arma pasó ante su rostro para ir a perderse en la arena. Un grito de asombro surgió de miles de bocas, seguido de oleadas de aplausos mezclados con risas, aunque en algunos que habían apostado por Metalla también con

cierta inquietud.'En las animadas conversaciones que tenían lugar en torno a las oficinas de apuestas, habían corrido rumores según los cuales la esedaria no era la misma desde su manumisión, y algunos habían defendido la teoría de que era muy posible que ya no pusiera el mismo ardor en vencer. Aquella sensación comenzó a extenderse entre la multitud, y se produjo otra inmensa exclamación cuando la bretona, poco después, hizo que su tiro girase hacia el interior de la arena para que partiera en la dirección opuesta. En lugar de perseguirse y alcanzarse, las dos campeonas, si la cartaginesa proseguía su vuelta por la arena, iba a enfrentarse cara a cara. Una maniobra sorprendente que desconcertó todavía más a los apostadores.

Las dos cuádrigas galopaban una al encuentro de la otra. La blanca abordó la curva de su lado mientras la negra acababa de tomar la del suyo. El gran silencio de los minutos decisivos reinó de nuevo y se hizo aún más intenso cuando el público vio que la cartaginesa había cogido otro venablo, mientras que Metalla seguía sin tocar los suyos. ¿Era posible que la campeona romana hubiera ido a aquel anfiteatro único, y ante los ojos de Tito César inaugurándolo, para negarse a combatir?

Fue entonces cuando en aquel silencio, mientras los dos carros corrían uno hacia el otro, se oyó un canto que se elevó desde el interior del recinto de espinos, donde los ojos cautivados por el enfrentamiento entre las esedarias no miraban.

El ascensor acababa de emerger con su jaula y había bajado las rejas en el centro del círculo lleno de fieras y de los cadáveres semidevorados de los que habían perecido anteriormente, y los adeptos de Cristo que iban a morir ahora le rogaban a su ídolo mediante ese canto, igual que sus hermanos lo hicieran antes.

Pero, si bien el público no tenía ojos más que para la carrera de los dos tiros a punto de encontrarse, Metalla, por su parte, desde que había oído que bajaban las rejas, buscaba a Alya entre los que cantaban y, cuando al fin la vio, desvió su tiro girando bruscamente poco antes de encontrarse frente al de Achaica. El clamor de decepción de todos aquellos que se sentían traicionados se mezcló con la alegría y las burlas de los otros. Ya veían a la

cartaginesa recompensar sus esperanzas y sus apuestas. El clamor creció hasta convertirse en estruendo de estupefacción al ver que el tiro blanco, obedeciendo a su conductora, se dirigía a galope tendido directamente hacia la barrera de espinos que encerraba a los cristianos y a las fieras dispuestas a saciar su hambre con ellos.

En el estrépito que producía el anfiteatro, en pie y desenfrenado, los cuatro caballos de Metalla, adiestrados para obedecer desde hacía meses a todo cuanto ordenaban la voz y el látigo de la esedaria, se abalanzaron sobre la muralla espinosa. Penetraron en ella con todo su ímpetu pese a la sangre que brotó enseguida de sus pechos desgarrados, y la barrera cedió. El tiro desembocó entre las fieras, arrastrando su carro y sus hoces, a las que se habían enganchado masas de espinos.

Los caballos de cabeza se habían precipitado ciegamente sobre unos leones, que se arrojaron a su vez sobre ellos rugiendo, con las fauces abiertas, mientras Metalla rodaba por el suelo entre los espinos dispersados, sujetando su haz de venablos con las manos. Entre los alaridos de la muchedumbre, que insultaba con el puño en alto, la esedaria se levantó y corrió hacia el grupo de cristianos, que habían interrumpido su canto. Rodeó con sus brazos a Alya, que fue a su encuentro, y luego se volvió para hacer frente a los animales.

Los bestiarios, vestidos con casaca adornada con piel de leopardo, habían acudido a toda prisa, garabato en mano, para agruparse ante la brecha.

El estrépito no cesaba de retumbar bajo el velum. ¡La esedaria, la luchadora, socorriendo a los adoradores de Cristo ante los ojos de Tito César! Era un acto tan criminal como absurdo, pues sucumbiría irremisiblemente tras haber utilizado sus cinco o seis venablos. Nadie en las gradas pensaba que aquella muerte era su objetivo. Achaica había detenido su tiro, que resoplaba y piafaba. Los palafreneros de la cartaginesa corrían hacia ella para ayudarla a sujetar a sus caballos, a los cuales se les contagiaba la emoción tempestuosa de todo el anfiteatro.

Tanto en la tribuna imperial como en los bancos de mármol donde se

sentaban los senadores y los caballeros,.y también en el palco de los propietarios de carros y gladiadores, los gestos revelaban las apasionadas discusiones que allí tenían lugar. La amante de Menesio se había vuelto loca… ¿Y el contrato que había firmado de su puño y letra con la escuela de Lacertio -renovando el establecido anteriormente entre este último y los apoderados de Menesio- y que la obligaba a combatir a muerte? ¡Aquello era ruptura de contrato!

Al mismo tiempo que se hacía merecedora del oprobio del pueblo de Roma y la ira de César, labraba su ruina. Los Amarillos rayados de verde serían condenados a pagar una indemnización elevadísima.

En las filas que dominaban el lugar donde se había detenido el tiro negro, decenas de espectadores increpaban a la cartaginesa.

–¡Mátala! ¡Mátala! ¡Por Júpiter, por todos los dioses!, ¿a qué esperas? Achaica miraba en dirección al palco donde estaba Lacertio. Ella no compartía el asombro de todo el anfiteatro. Sus esclavos y ayudantes la habían mantenido informada de lo que sucedía en tomo a Metalla, y ella sabía que ésta estaba locamente enamorada de una joven judía, sospechosa, además, de ser cristiana. Y la predicción que le hiciera el hombre que vivía en el bosque de su país, ¿no decía acaso que ella mataría a la esedaria con la que se enfrentaría en el circo de Roma?

Lacertio había levantado los brazos para indicarle que se acercara a su palco. Achaica ordenó a los palafreneros que soltaran a los caballos y condujo su carro al pie de la muralla de cuatro metros de altura que rodeaba la arena, bajo el lugar donde se inclinaba hacia ella el rival del difunto Menesio.

En el recinto de espinos, los leones despedazaban a los caballos blancos. Metalla mantenía a raya con un venablo a un oso de gran tamaño que gruñía ante ella, de pie y agitando las zarpas de sus patas delanteras.

–¡Ve a matarla a donde está! – ordenó Lacertio-. Si no lo haces, ello supondrá una violación del contrato que firmaste. En tanto en cuanto no ha

abandonado voluntariamente la arena, no existe renuncia por su parte. Y tú no cobrarás ni un sestercio. ¡Mira! – dijo, señalando con un gesto del brazo al público enloquecido-. Son más de cuarenta mil, diez mil de los cuales al menos han apostado por nosotros. Si no la matas, no saldremos de aquí con vida.

Achaica no respondió, pero, tras advertir a sus mozos, lanzó a sus caballos al galope para dar una vuelta completa a la arena.

Los espectadores habían presenciado el conciliábulo celebrado entre la esedaria y Lacertio. Se hizo un semisilencio, cargado de una tumultuosa espera, a medida que el tiro negro galopaba hacia el pie de la muralla.

La cartaginesa había cogido un pilum y lo blandía con el brazo en alto. El público comprendió que iba a buscar a Metalla a donde ésta se hallaba y prorrumpió en gritos desaforados. Los caballos negros, el casco empenachado, el ébano del carro y la silueta de la esedaria desfilaron entre las aclamaciones; luego, tal como había hecho Metalla, Achaica lanzó a su tiro en dirección al agujero que los caballos de aquélla habían abierto en la muralla de espinos.

Las gradas rugieron. ¡Qué espectáculo! Las dos esedarias iban a enfrentarse cuerpo a cuerpo entre los cristianos agonizantes, mientras las fieras devoraban a los caballos que habían costado centenares de miles de sestercios…

Los vigilantes de las fieras se apartaron y el tiro entró por la brecha, arrastrando los espinos que los mozos habían empezado a colocar de nuevo en su lugar. Los caballos negros hicieron retroceder a los leones y las panteras que se comían a los caballos blancos, al abalanzarse sobre aquellos, el carro volcó, partiendo las hoces, y Achaica se levantó con sus venablos en la mano tal como hiciera antes Metalla.

Los hombres vestidos con piel de leopardo entraron en el recinto a su vez para apartar a los animales y hacerlos retroceder con ayuda de sus garabatos y sus látigos, a fin de dejar campo libre a las dos esedarias. Era preciso que

el combate llegara hasta el final.

Achaica permanecía ante Metalla, que había pasado un brazo por los hombros de su compañera y sujetaba un venablo con la otra mano. – ¡Defiéndete! – dijo la cartaginesa.

–No me defenderé. No lucharé ni contigo ni con nadie. ¿No te das cuenta de por qué estoy aquí?

El público había empezado a impacientarse de nuevo y lanzaba insultos. Las esedarias, en vez de luchar, intercambiaban fórmulas de cortesía. – Entonces, ¿es por ella por lo que estás aquí? – preguntó la cartaginesa, dirigiendo la mirada hacia la joven judía.

–Por ella y también por mí. Haz lo que debes hacer. Achaica negó con la cabeza.

–¡No puedo matarte de este modo!

–¡Véngate! En otra ocasión te insulté e incluso te golpeé. ¿A qué esperas?

–Eso ya está olvidado -repuso la negra-. Además, ya pagaste por ello con los azotes que Sila ordenó que te dieran.

–Si no me matas -insistió Metalla-, perderás una fortuna… -Y, mirando hacia las gradas, añadió-: Y tal vez algo más, si este noble pueblo de Roma monta en cólera…

Metalla buscó otro argumento para convencer a la que había sido su adversaria y que parecía carecer también de valor para luchar.

–¿Has amado alguna vez a una muchacha? – le preguntó.

–Alguna vez… -respondió la cartaginesa.

–¿Quieres ver a ésta desgarrada y devorada por las fieras? Achaica frunció

el entrecejo.

–¿Deseas quizá que también la mate?

–No es que lo desee, sino más bien que te suplico que lo hagas para no tener que hacerlo yo misma…

Permanecieron un instante en silencio entre la carnicería que las rodeaba y el estruendo que llenaba la arena bajo el velum.

–Primero ella -prosiguió Metalla-, para que yo esté segura de que los animales no la tocarán estando viva. Clava el venablo en su corazón para que muera enseguida. Sabes hacerlo, ¿verdad?

Se produjo otro silencio, durante el cual Achaica siguió vacilando.

–Te lo suplico -imploró Metalla. Achaica hizo oscilar el arma.

El Emperador de Roma, acodado en los brazos de su trono, había apoyado la frente en una mano y pensaba. Los hombres de Mesio se llevaban el cuerpo de aquella esedaria bretona, intimidando a las fieras con sus garabatos y los chasquidos de sus látigos. La cartaginesa parecía incitarlos, según César creía comprender, a que retirasen también los restos de la cristiana a la que ella había matado con su venablo, unos instantes antes de clavar la misma arma en el pecho de Metalla, mientras ésta sostenía aún el cuerpo de la joven. La misma herida, el mismo golpe preciso para ambas. La invencible había perdido su último combate sin defenderse. El rumor que se elevaba de las gradas decía que la plebe no comprendía mejor que César el significado de lo que acababa de suceder ante los ojos de todos.

Tito se volvió hacia Domitila, sentada a su izquierda, un poco más abajo que él, como de costumbre y según la etiqueta.

–Y esto, mi querida hermana, ¿también eres capaz de explicármelo? Si puedes, es que realmente sabes todo lo que pasa en las camas de Roma…
Ella sonrió.

–Todo es mucho decir. Pasan tantas cosas que mis días y mis noches no bastarían… En este caso, que es el que te preocupa, la esedaria estaba loca por esa muchacha, su esclava, y no ha soportado la idea de verla a merced de las fieras.

–¿Y cómo estabas al corriente de ese chismorreo de cama?

–Mi querido hermano, es muy sencillo. Había apostado trescientos mil sestercios por Metalla, y cuando invierto dinero en un asunto, lo controlo… Es precisamente lo que nuestro padre nos enseñó a hacer, ¿no?

–En efecto -sonrió César.

Domitila era irreemplazable. Nadie poseía más sutileza que ella en Roma. –Como corría el rumor de que Metalla se había enamorado locamente de una joven judía que le había comprado a Certio, el peluquero de moda, temí por mi inversión. Metalla era famosa por tener un corazón de piedra. Ésa era, en parte, la razón de que matara tan bien. ¿Qué iba a suceder con mis trescientos mil sestercios si ella empezaba a tener sentimientos? Decidí observar las cosas más de cerca…

–¿Y cómo te las arreglaste? – preguntó César, que esta vez reía abiertamente.

–Envié a una de mis camareras a charlar con las peluqueras que trabajan en el establecimiento de ese tal Certio. Volvió de allí diciéndome que la amante de Metalla no sólo era judía, sino muy probablemente también cristiana. Mientras estuvo en casa de Certio, no hacía el amor y siempre se mostraba contenta de todo.

César rió de nuevo.

–Según tú, ¿ésa es la definición de los cristianos? ¿Que están contentos de todo y no hacen el amor?

–¡Eso parece!

–En tu opinión, ¿sacrifican realmente a niños como se afirma? Ella se encogió de hombros.

–¡Eso son pamplinas! Si fuera verdad, tío Sabino no habría sido aquello en lo que se convirtió al final de su vida…

–¿Qué quieres decir? ¿En qué se convirtió tío Sabino?

–¡En un cristiano, naturalmente! Era prefecto de la Ciudad cuando ese loco de Nerón hizo que los quemaran y los clavaran en la cruz después de su famoso incendio, y nunca se recobró de aquello. Todavía hablaba del asunto en su lecho de muerte.'

–Pero, bueno, ¡no sabes lo que dices!

–Sé muy bien lo que digo. Después de su muerte, uno de sus esclavos, que era sospechoso de ser cristiano también, vino a verme y yo le sonsaqué. Evidentemente, tío Sabino no hizo alarde de ello y jamás le dijo una palabra del asunto a papá, como puedes imaginar… El esclavo me contó que lo que convenció a su amo fue ver cómo morían los cristianos, sonriendo mientras los clavaban en la cruz, y la forma en que las jóvenes permanecían ante los animales en la arena… Tú tenías veinte años en aquella época y siempre estabas en el ejército. Pero yo no estaba en el ejército y sabía lo que sucedía a mi alrededor, como puedes imaginar…

–No lo pongo en duda -dijo Tito-. En cualquier caso, puedes decir que acabas de sorprenderme. Sin embargo, eso no me aclara el desenlace de la historia de los trescientos mil sestercios…

–Bien, pues temí perder mi inversión. Si Metalla se volvía blanda como una cristiana, o bien lucharía mal, o bien no lucharía. Digamos que tuve la intuición de que había apostado por el caballo malo. Retiré mi dinero y lo aposté por la cartaginesa…

–Es una bonita jugada de dados y no me sorprende viniendo de ti…

–¡Espera! Aquí no acaba la cosa… Me enteré por pura casualidad, al regresar anoche de casa de Mercilio Antio, de que acababan de detener a un grupo de cristianos que se reunían en secreto en una cantera no lejos de un lugar donde se había producido un incendio, y que dichos cristianos serían arrojados a las fieras al día siguiente, es decir, hoy, precisamente cuando Metalla iba a combatir. Cuando llegué a casa, envié a uno de mis esclavos, que es astuto como un zorro, al palacio Menesio, donde la esedaria continúa viviendo, o más bien vivía -rectificó-, con la misión de que averiguara si la pequeña judía se encontraba en casa esta mañana. Me despertó a las siete para decirme que anoche no había regresado… Hasta las ocho se podían hacer apuestas. Decidí apostar cien mil sestercios más por la cartaginesa. Existía una posibilidad de que la muchacha hubiera sido detenida con los otros, y en el juego hay que saber arriesgarse si se quiere ganar…

1. El hecho es relatado por Tácito. Además, unos primos de Vespasiano fueron encarcelados por ser cristianos.

Tito permaneció en silencio, absteniéndose de añadir un nuevo comentario al relato de la brillante operación de su hermana.

–En tu opinión -le preguntó de pronto-, ¿es realmente razonable arrojar a los cristianos a las fieras?

Domitila hizo un gesto indeciso con la cabeza.

–Es discutible. De hecho, si se piensa en ello, el único mal que hacen es negarse a ver un dios en ti… -Hizo una pausa y miró a su hermano con cierta ironía-. ¿Están en un error? – preguntó.

César sonrió sin responder.

–Por otra parte -prosiguió Domitila-, es posible que tú lo seas, puesto que te comportas bastante bien, por lo que yo veo y lo que todo el mundo dice… Pero ¿era Nerón un dios? ¿Lo era Calígula cuando se casó con su caballo?

¿Era papá un dios cuando estableció un impuesto sobre los urinarios? ¿Lo será nuestro hermano si un día ocupa tu lugar?

Tito César miró a su alrededor.

–No hables tan alto -dijo.

Se acercaba una joven con una bandeja llena de vasos de naranjada. Hermano y hermana cogieron uno cada uno, mientras miraban distraídamente a los leones y las panteras que se comían los cadáveres de los cristianos, ya todos muertos. La muralla de espinos había sido restaurada por los mozos de la arena; todo estaba de nuevo en orden. Bebieron naranjada.

–Creo que tienes razón -declaró Tito después de un rato-. No lo proclamaré a los cuatro vientos, pero haré que envíen instrucciones a todas las provincias para que no sigan haciendo aparecer cristianos en el circo.

–Es una lástima que Metalla y su amiguita no hayan podido beneficiarse de esa decisión -concluyó Domitila en tono nostálgico, enjugándose el rostro con el fino pañuelo que apretujaba en sus manos desde el inicio de la conversación-. Debían de estar muy hermosas las dos cuando hacían el amor…

Tito rió a carcajadas.

–¡Si vieras la cara que has puesto mientras decías eso! De todo el dinero que has ganado hoy, ¿cuánto habrías dado por estar con ellas?

–Digamos que una cuarta parte larga -respondió ella, sonriendo-. Al contrario de lo que pensaba papá, yo creo que el dinero está hecho para gastarlo…

Cuarto episodio

Día de ceniza en Pompeya

Cita con Polión

Después de haber bordeado la costa durante largo rato, la birreme que transportaba a los condenados se dirigió hacia la orilla. Una marca pintada de blanco indicaba un espigón y unas cabañas de pescadores diseminadas en una extensión llana y arenosa. Era allí donde se desembarcaba a los hombres que debían dirigirse a pie a la mina de azufre situada en la ladera del Vesubio. Durante la estación cálida, el camino se hacía de noche.

La birreme se deslizó en silencio con los remos en alto; luego, a una orden, los de un lado fueron retirados para que la nave pudiese colocarse junto al espigón, y ésta lo hizo sin ninguna colisión. Los marinos que maniobraban en el puente echaron pie a tierra para atar las amarras.

Una veintena de hombres con uniforme militar y algunas mulas esperaban en la playa, en el lugar de donde partía el espigón. El tintineo de los martillos chocando contra las cadenas se oyó en los costados de la galera. Estaban desenganchando éstas de las anillas a las que los condenados habían permanecido sujetos durante todo el viaje. La luna había salido, bañando el paisaje horizontal con su luz fría.

Los prisioneros aparecieron en el puente. Sus siluetas encadenadas de dos en dos caminaron sobre la madera de las planchas alquitranadas, arrastrando su chatarra hacia la playa. Sila iba el último, solo, con las manos encadenadas tras la espalda y conducido mediante una atadura, como un oso, por el guardia que cerraba la marcha.

El galo observó que los dos centuriones que se encontraban en el centro del grupo de soldados lo miraban acercarse, sin duda preguntándose por qué ése no iba atado a otro. Enseguida vio que los dos funcionarios de la

administración penitenciaria que los habían acompañado desde Ostia hablaban con ellos mirando en su dirección. Sila dedujo que estaban informándoles de quién era. Un hombre que, en principio, no estaba hecho para ir a morir a la mina, pero que a pesar de ello iba.

1. Galera con dos filas de remeros.

Uno de los dos centuriones caminó hacia el galo y llegó hasta su altura.

–¿De modo que tú eres Sila? – preguntó.

El condenado se encogió imperceptiblemente de hombros. En semejantes circunstancias, echaba mucho de menos sus bastoncillos de viburno.

–Era Sila -respondió en tono lacónico. El centurión meneó la cabeza.

–¿Es posible que los dioses hayan permitido que llegues hasta aquí, cualquiera que sea la razón que han tenido para ello? – deploró.

Uno de los hombres, que permanecía junto a las mulas, recibió la orden de conducir una de éstas hacia Sila y el centurión.

–Vas a ser encadenada a esta mula -declaró este último-. Así, al menos podrás caminar solo, sin llevar los pies atados.

La cadena que sujetaba las manos de Sila tras su espalda fue enganchada a la cincha del animal.

–No podemos hacer más por ti -añadió el centurión. – Seas recompensado por lo que haces.

–Una vez, un condenado huyó durante el trayecto hacia la mina porque uno de nosotros le había quitado las cadenas de sus pies heridos. ¿Te das cuenta? Nosotros somos soldados… Nos adjudican este trabajo porque hemos cometido faltas en el servicio, pero seguimos siendo lo que somos. Pues bien, la noche en que sucedió aquello, la luna se había ocultado tras

las nubes. El hombre desapareció en la montaña y no logramos encontrarlo. Y el suboficial que había ordenado quitarle las cadenas fue azotado hasta morir…

Sila alzó los ojos hacia el cielo.

–No temas -dijo-. Esta noche, el cielo está despejado y la luna no se esconderá.

En plena noche, a medio camino de su objetivo, la columna hizo un alto durante una hora. Las mulas se quedaron de pie, inmóviles. Los condenados y los soldados se tumbaron o se sentaron en el suelo. Sila, agotado y bañado en sudor, se durmió profundamente. No había caminado al aire libre desde hacía meses. Le despertó el ruido de las cadenas que se agitaban a su alrededor en el momento de reemprender la marcha. Esta vez, los centuriones montaron en las mulas.

El grupo que iba a encerrarse en el universo del azufre avistó el campamento a la salida del sol. Ante la entrada de éste se alzaban cinco o seis construcciones modestas que debían de ser figones o tiendas para los soldados y el personal del campamento. Dominado por la masa del volcán, en un paisaje desprovisto de vegetación, era un lugar de desesperanza.

El cortejo se detuvo ante la puerta de dos batientes que albergaba el porche del campamento, construido siguiendo el modelo de los campamentos militares, con su alta empalizada hecha de estacas de madera acabadas en punta y un foso alrededor, respetando la dimensión reglamentaria que Sila conocía de sobra. Los dos batientes se abrieron y volvieron a cerrarse tras el cortejo de los prisioneros y sus acompañantes.

En el cielo, el sol parecía elevarse con gran rapidez, infligiendo su ardor a los condenados, ahora alineados en el vasto espacio que se extendía ante el edificio consagrado a la administración de la mina. Sila notaba que el sudor le resbalaba bajo la túnica. Los responsables que habían conducido a los prisioneros, así como los dos centuriones, salieron por fin del edificio acompañados de varios personajes, comentando el pergamino que uno de

ellos llevaba en la mano y que contenía la lista de los recién llegados. Tan sólo figuraban los nombres de los que eran ciudadanos romanos; los otros, de condición servil, constaban como un simple número. Estos últimos estaban allí por motivos puramente económicos; habían escapado al castigo supremo por la sencilla razón de que su ejecución habría supuesto un gasto, cuando podían realizar algún trabajo durante varios meses e incluso varios años. Separaron a unos de otros en dos filas.

Faltaban dos de los que figuraban en la lista. Los acompañantes venidos de Roma explicaron que habían muerto durante el trayecto. Uno de ellos había sido víctima de una fiebre violenta, mientras que al otro lo habían encontrado muerto con el rostro amoratado, probablemente tras haber sido estrangulado durante la noche por los otros condenados. Los habían arrojado al mar por el camino, tal como preveía el reglamento.

Los dos responsables de la administración aceptaron la explicación y se corrigió de común acuerdo el número total de prisioneros. Los secretarios redactarían después un atestado en el que se hicieran constar los hechos. Todos sabían que aquello no tenía ninguna importancia. La administración penitenciaria jamás se ocuparía del número exacto de los condenados llegados a la mina de azufre tras aquel viaje, pero era preciso que las reglas burocráticas fueran respetadas.

Mientras se desarrollaba esta conversación, uno de los prisioneros se tambaleó y cayó al suelo junto a su compañero de cadena, que tuvo que agacharse para que no le arrastrara a él. Unos guardias se acercaron y lo empujaron con el pie para obligarlo a levantarse. Pero el hombre permaneció inmóvil. Uno de los soldados que se ocupaban del caso sospechó que estaba muerto y se arrodilló para comprobar si el corazón le latía. Como la respuesta se reveló negativa, su compañero fue autorizado a sentarse mientras iban en busca de los instrumentos necesarios para separar al vivo del muerto. Sila oyó que modificaban de nuevo, de común acuerdo y entre bromas, el número total de los condenados.

Uno de los guardias llegó enseguida con un saco de lona, de donde sacó una especie de gafas rudimentarias, formadas por dos tablillas de madera con

una abertura horizontal en el centro y destinadas a proteger los ojos de la quemazón causada por la reverberación de los rayos solares en el azufre de la mina.

Los esclavos, tras haber recibido cada uno de ellos un par, se alejaron haciendo tintinear sus cadenas hacia la mina, que empezaba unos centenares de metros más arriba del campamento, en la ladera de la montaña cuya cima era el cráter del volcán. De ese cráter era de donde habían brotado, en tiempos inmemoriales, las masas de azufre que se extendían formando escalones tras haber sido talladas durante dos siglos por los mineros, a los que quemaban a fuego lento y asfixiaban por su polvo y su olor.

Sila y el resto de hombres que no tenían de condición libre más que el nombre permanecieron de pie, esperando. Luego, el galo vio que los dos personajes que parecían dirigir el campamento estaban examinando la lista en la que figuraban su nombre y el de sus compañeros. Uno de aquellos personajes era de altura media, muy moreno, y tenía ojos negros y cejas muy pobladas. De pronto alzó la cabeza con expresión de sorpresa y comenzó a recorrer la fila de los condenados con un aire escrutador. Luego se acercó y, a medida que lo hacía, Sila empezó a pensar que aquel hombre le resultaba conocido. Buscó en su memoria y, justo en el momento en que recordó, el militar transformado en guardián de presidio se plantó ante él con una sonrisa maliciosa.

¡Polión! El que llevaba ese nombre había sido expulsado de la VII legión por haber cogido dinero depositado al pie de las enseñas.' Un soldado acusado erróneamente fue torturado hasta morir sin que Polión, oficial como Sila y protegido de la sospecha por su grado, confesara. Más tarde, Sila, que desde hacía tiempo tenía una mala opinión de su colega, le tendió una trampa y logró desenmascararlo. Los oficiales se reunieron y la mayoría de ellos querían la muerte para aquel que había deshonrado su uniforme y, sobre todo, permitido que pereciera un inocente. Sila se inclinó por mostrar cierta clemencia, dado que Polión era un hombre valeroso en el combate.

–¡Sila! – exclamó el oficial destituido-. ¡Qué alegría verte aquí!

Tras haber perdido su grado, Polión fue asignado a una de las unidades disciplinarias que vigilaban los presidios o realizaban tareas peligrosas a las que pocos sobrevivían. Él había ido a parar a aquella mina de azufre, donde, al parecer, había hecho carrera.

Polión se volvió hacia los guardias y los otros condenados.

–Llevadlos a todos a trabajar. Éste no es como los demás; yo me ocuparé de él…

Todos se alejaron con su inevitable ruido de cadenas y Sila permaneció solo bajo el sol, frente al hombre del que se convirtiera en enemigo.

–Ahora estás tú en el lugar al que me enviaste hace tiempo -dijo Polión con gran satisfacción.

–Di más bien al que te enviaste tú mismo, Polión…

–Tal vez. Pero recuerda que te supliqué que no dijeras nada y me evitaras ese destino.

1. Así se llamaba el peculio que los legionarios amasaban hasta el momento de su liberación.

El galo se encogió de hombros.

–¿Era posible callar, cuando habías dejado que otro pereciera en tu lugar?

–Muy pronto me suplicarás tú a mí…

Sila permaneció en silencio. Polión señaló las gafas de madera que el condenado había recibido al mismo tiempo que los demás y que tenía en la mano.

–¿Ves eso? Dejaré que las lleves en la mina durante unos meses y luego

ordenaré que te las quiten. Entonces perderás la vista poco a poco. Cuando la hayas perdido totalmente, te pondremos con los que están ciegos y hacen girar las muelas de moler el grano, o las ruedas que suben el agua de las cisternas. También tiran de los carros como si fueran animales. Iré a verte trabajar y te preguntaré si no lamentas no haberte apiadado de mí.

–Ahora es cuando me apiado de ti -repuso Sila.

Polión golpeó con el puño el rostro de Sila. Después se volvió hacia los soldados, que se encontraban cerca de ellos.

–¡Haced que azoten a éste! – ordenó.

OceanofPDF.com

La Vieja está bajo secuestro

Los veteranos avanzaban por el camino de tierra que bordeaba la colina en dirección a Vienna. Cotio caminaba a la cabeza de la comitiva, que cerraba el carro, tirado ahora por dos fuertes mulas que los futuros colonos habían adquirido al llegar al pie de los Alpes de la alta Provenza, antes de adentrarse por los caminos montañosos. La carga de aquel vehículo había aumentado con los innumerables objetos comprados durante el viaje, cuando sus propietarios encontraban utensilios o herramientas a buen precio, pensando en su futura instalación en Germania.

Cotio había consultado varias veces el mapa que un centurión le regalara en Aviñón y pensaba que los tejados de tejas redondas de la granja de Sila no tardarían en aparecer en el horizonte. El propio Sila les había dicho que se divisaban a lo lejos mucho antes de llegar…, siempre y cuando, pensaba el veterano, no se hubieran equivocado de camino. Ahora bien, respecto a eso no cabía duda alguna, gracias al mapa y a los mojones de piedra con la cifra XII, la carretera secundaria número doce, prácticamente paralela a la gran vía Claudia que remontaba el valle del Ródano hasta Lugdunum por la otra orilla del río.

Evidentemente, Cotio pensaba también en Sila y en lo que le podía haber sucedido tras ser arrestado por el prefecto de los vigilantes, después de que él, Cotio, y los demás le ayudasen a inhumar a su desdichada amiga, la patricia, en la tumba de Menesio. ¡Qué siniestro acontecimiento la encarcelación de un hombre como Sila! ¡Qué ciudad despiadada y sin honor aquella Roma a la que los veteranos habían servido durante años con fe y con valor, y que en esta ocasión les había mostrado el lado negro de su rostro! El oficial Sila entre rejas… No habían tenido ninguna noticia de él durante su viaje hacia el norte.

Llegaron a un punto en que el camino giraba a la izquierda, y Cotio confió en que tras aquel recodo las miradas de los viajeros descubrieran un paisaje

lo bastante amplio como para poder ver por fin la granja. La caravana se detuvo para dar un descanso a las mulas y los veteranos vislumbraron, efectivamente, los edificios de lo que debía de ser la villa' del ex oficial galo y los dos grandes palomares redondos que la hacían reconocible, tras los cuales estaba la hilera de viejos olmos de los que Sila les había hablado, en la parte donde se veían los silos de grano.

El sol brillaba frente a ellos, ya bajo, y los hombres estaban tan cansados como las mulas. Cotio les había hecho caminar a buen ritmo desde que salieran de la Ciudad, por hábito militar de no desperdiciar el tiempo y de actuar con severa disciplina, de acuerdo con la tradición de las legiones, y esperaban quedarse unos días en aquella granja, donde, según Sila, estarían en su casa y podrían permanecer el tiempo que quisieran.

Éste les había dado una contraseña para el hombre que administraba la villa en ausencia del amo, el esclavo persa llamado Todj, que no podría sino recibirlos calurosamente. ¿Qué podía saber Todj del drama de la detención de su amo? Unas dos millas más y tomarían un baño en las termas de la granja, cuya agua tonificaba los músculos. La Galia era por excelencia el país de las aguas medicinales. A Sila le habían calmado los dolores causados por sus antiguas heridas, y la mayoría de los veteranos padecían de heridas similares a las suyas. ¿Quién no había recibido en su carne, durante los combates, una flecha o el hierro de una espada? ¿Quién no había sido pisoteado por los cascos de un caballo en el furor de una carga de la caballería enemiga? La pequeña caravana se puso de nuevo en marcha con paso más seguro, el paso del soldado que sabe que el final de la etapa está próximo.

El carro se detuvo delante de la imponente poterna de obra que daba acceso al patio. En el muro del porche abierto, al pasar ante él, Cotio vio un cartel de madera con un texto grabado en latín que no se entretuvo en leer, pensando que se trataba de alguna inscripción votiva destinada a atraer la bendición de los dioses -en particular la de Ceres, artífice celeste de las cosechas abundantes sobre la propiedad y sus habitantes.

Cotio entró en el patio. El carro y los que le acompañaban se quedaron en la

entrada por educación, pues los veteranos no querían penetrar como en un terreno conquistado.

En el patio había varios hombres de ojos negros y tez morena: sin duda alguna, los persas que Sila había capturado en la guerra. Cotio se fijó también en la presencia de dos personajes a los que la toga, vestimenta poco usada en el campo, daba aspecto de oficiales de notaría o empleados administrativos. El veterano pensó que debían de haber venido de la vecina ciudad para alguna formalidad o para cobrar un impuesto. En la administración imperial, los agricultores pagaban impuestos como todo el mundo.

La mirada experta de Cotio en lo referente al aspecto exterior de quien detenta la autoridad en un grupo, le hizo avanzar hacia el hombre alto y delgado que a su juicio debía de ser Todj.

1. Los latinos llamaban «villa» a las granjas de grandes dimensiones.

–¡Ave! – dijo Cotio-. ¿Eres tú Todj, el que administra esta villa en nombre del oficial Sila?

–¡Ave! Ése es mi nombre, en efecto.

El persa miraba el carro inmóvil ante el porche. También él tenía bastante experiencia en asunto de legiones, por haber combatido contra ellas, para darse cuenta de que aquellos hombres que esperaban junto al vehículo eran veteranos que se dirigían a una colonia.

–¿Qué quieres? – preguntó-. ¿Conociste a Sila?

–Venimos de Roma de su parte, para hacer aquí un alto durante varios días antes de proseguir nuestro camino hacia Germania.

Cotio sacó la bolsa de piel que llevaba bajo la camisa y que contenía los objetos de valor, y extrajo de ella el manojo de bastoncillos de viburno atado con una cinta que el oficial de las legiones le había entregado tras la

inhumación de Mancinia, urgiéndole a abandonar Roma lo más rápidamente posible. Se lo tendió al persa.

Éste lo cogió y contó cuidadosamente los bastoncillos sin desatar lo que los mantenía unidos. Comprobó que había ocho y contó de nuevo mientras el veterano le observaba en silencio. Cotio ignoraba que ocho bastoncillos significaban que debía tratar a los visitantes como amigos. Doce habrían indicado una gran desconfianza.

Todj observó una vez más los bastoncillos antes de mirar de nuevo a su interlocutor, sin sonreír ni mostrar un ápice de amabilidad, y Cotio se sintió inquieto. – ¿Cuántos días han transcurrido desde que visteis a Sila y os entregó esto? – Llevamos en camino ahora hace veintisiete días.

Todj meneó la cabeza.

–Por lo que a mí respecta, sois bienvenidos aquí y podéis quedaros tanto tiempo como queráis. Pero debéis hablar con aquéllos -dijo, dirigiendo una mirada hacia los burócratas-. Y cuando lo hagas, abstente de decirles que vienes de parte de Sila.

–¿Por qué? – preguntó Cotio, estupefacto.

–¿Por qué…? – repitió el persa en un tono que expresaba desaliento-. ¿Cómo estaba Sila cuando le dejasteis?

–Pues…, tenía dificultades en la Ciudad y nosotros le ayudamos todo lo que pudimos. Por eso trabamos amistad.

–Sila fue juzgado y lo condenaron a ser arrojado a las fieras, así como a que sus bienes fuesen confiscados -declaró Todj sin miramientos.

La noticia afectó profundamente a Cotio. Sila condenado a la muerte infamante de los ladrones y los criminales…

–¡Por todos los dioses! – exclamó el veterano a media voz-. ¿Es posible

semejante vergüenza?

–Y como esta granja ha sido confiscada con el resto de sus bienes, todo será vendido, incluidos nosotros, sus antiguos cautivos. Y ésos han venido a ocuparse del asunto; por eso te decía que debes pedirles su autorización. Puedes leer lo que han colgado en la puerta.

El veterano se acercó a la placa de madera que había visto al llegar y leyó que la granja de Sila, ex oficial de las legiones, condenado en aplicación del derecho común por falsificación y desviación de herencia, se encontraba embargada, y que el procurador de Vienna había designado a Lucio Melio Itiforo, administrador de bienes, síndico encargado de garantizar provisionalmente la gestión y de realizar un inventario de los aperos de labranza y bienes semovientes con vistas a la puesta en venta de dicha granja.

Cotio fue al encuentro de sus compañeros para ponerles al corriente de las noticias que le habían dado. Los que sabían leer fueron a su vez, consternados, a ver el detestable texto inscrito en la madera. Luego, Cotio regresó al patio para dirigirse a los hombres vestidos con toga.

–¡Ave! – dijo-. Soy el veterano Cotio. ¿Quién de vosotros es Lucio Melio?

–Ninguno de los dos -respondió uno de ellos-. Somos sus subordinados.

–Mis compañeros y yo hemos sido liberados del servicio y buscamos un lugar donde establecernos. ¿Está en venta esta granja?

–Lo estará -contestó el funcionario.

–Hemos hecho un largo viaje. ¿Podemos instalarnos aquí unos días para descansar?

El funcionario se encogió de hombros.

–Si no estropeáis nada ni alteráis el ritmo de trabajo de la granja, y puesto

que sois veteranos, no vemos ningún inconveniente en ello…

–Os lo agradezco -dijo Cotio, volviéndose hacia sus compañeros para indicarles que entraran.

Uno de los persas guió el carro hasta un cobertizo y ayudó a desenganchar las mulas, mientras les explicaba a los veteranos dónde estaba el abrevadero. El propio Todj los condujo al granero donde podrían instalarse. Cotio se acercó de nuevo a los dos funcionarios encargados del embargo.

–¿Podemos optar a la adquisición de la granja? – preguntó-. Tenemos el dinero que estaba al pie de las enseñas, además de otros ahorros. Somos once y pensamos asociarnos. ¿Creéis que en la ciudad podrían prestarnos lo que nos falte para alcanzar la suma establecida en la adjudicación?

El funcionario se encogió de hombros de nuevo. Era su forma de responder a las preguntas, adoptando una actitud taciturna.

–Podría hacerlo un banco de Lugdunum o Vienna, sobre una hipoteca de la propiedad. Es asunto vuestro buscarlo.

–Lo que quería decir -aclaró Cotio- es si eso se hace aquí, en esta región.

–Se hace todo -repuso el funcionario con su habitual encogimiento de hombros-, si se está entre personas serias. Si inspiráis confianza, si encontráis un banquero que haya estado también en las legiones, por ejemplo, ¿por qué no?

–¿Podemos optar ya a la adquisición?

–Hay que rellenar un impreso -explicó el otro-, después de haber formado entre vosotros una asociación que os hará conjuntamente responsables del préstamo que vais a solicitar…

–¿Dónde puedo conseguir ese impreso?

–En las dependencias del administrador Itiforo, en Vienna, en la vía Mitilia, que está detrás del teatro.

–Por lo que sabéis, ¿habrá muchos aspirantes a la compra? – siguió preguntando Cotio.

–No soy adivino -contestó el funcionario encogiéndose una vez más de hombros y en un tono que daba a entender que el interrogatorio ya se había prolongado bastante-. La orden de embargo llegó a nuestras dependencias anteayer y los avisos han sido colocados hoy. El administrador Itiforo empezará a admitir las licitaciones a partir de mañana, de manera que no sé más que vosotros, aparte de que la granja parece estar en óptimas condiciones. Por consiguiente…

–Entonces iré a Vienna mañana a pedir un impreso en vuestro establecimiento -dijo Cotio.

–No somos vendedores de remedios y productos de belleza, así que nuestras dependencias son un despacho y no un establecimiento…

El funcionario se calló porque empezaba a percatarse de que el tono que había empleado hasta ese momento hacia su interlocutor era poco amable, y decidió mostrarse más cortés. Una vez recibió un par de bofetadas de un ex militar al que había tratado de forma similar a propósito de la venta de un rebaño embargado, y el tipo con el que ahora hablaba tenía un aspecto particularmente robusto.

–Da la casualidad de que tenemos aquí algunos impresos -declaró-. Puedo darte uno o dos.

Al oír estas palabras, su colega abrió la gran caja de madera depositada en el suelo que contenía sus útiles y sacó de ella unas hojas de pergamino.

–¿No van a daros tierras para que os establezcáis en algún lugar como colonos -preguntó, mientras se las entregaba al veterano-, dado que acabáis de ser liberados? ¿Qué necesidad tenéis de comprar esta granja, en la que

será preciso que invirtáis varios años de trabajo para recuperar su valor?

Cotio se dio cuenta de que no había tenido tiempo de hacerse a sí mismo aquella pregunta. Comprendió hasta qué punto le había afectado su encuentro con Sila. Era absolutamente preciso adquirir aquella propiedad para que quedase algo de aquel encuentro, de la obra que Sila había realizado, y que permanecieran protegidos de las vicisitudes de la vida sus cautivos persas, de los que había hablado en Roma con tanto afecto. Además, el oro que estaba en el carro, escondido entre el equipaje en utensilios de cocina, era el oro de Sila.

Sin embargo, no podía darle esas respuestas al burócrata que le interrogaba. – En efecto -contestó-, van a adjudicarnos unas tierras a orillas del Rin, pero este país nos gustó en cuanto entramos en él y nos quedaríamos aquí muy gustosos. Además -añadió-, esta granja era de alguien de las legiones, como nosotros…

–Alguien de las legiones que se convirtió en un criminal -oyó entonces de boca de su interlocutor.

–¡Quién sabe si los jueces han juzgado correctamente! – protestó Cotio-. ¿Quién sabe si ese oficial no ha sido víctima de los delatores, que en Roma convierten sus infamias en profesión?

–¡Quién sabe, en efecto! – repitió como un eco el primer funcionario, que esta vez se ponía de su parte-. Ocurren muchas cosas en la Ciudad, donde no es oro todo lo que reluce… Quizá sea preferible vivir aquí que allí. Ese tal Sila habría hecho mejor quedándose a labrar sus campos -concluyó.

Después de que los subordinados de Itiforo se marcharan y se hiciese de noche, los veteranos se bañaron en las termas y se prepararon camas en el granero llenando de paja los sacos que llevaban para tal fin. Cotio estaba sentado junto a Todj en un banco de piedra adosado a la pared de dicho granero. Los veteranos se habían retirado a dormir uno tras otro. Los restos del lecho de brasa que el persa había hecho encender para asar un cordero, del que todos habían comido, ardían en la oscuridad, iluminando los rostros

del veterano y del cautivo.

Ninguno de los dos dejaba de pensar en Sila, cuya imagen, en el decorado que los rodeaba, permanecía presente en su espíritu de una forma obsesiva. Cotio le había comunicado a Todj que había decidido comprar la granja, y el persa se había liberado de un gran peso tras haber vivido enormemente angustiado desde el anuncio de la puesta en venta de la villa. Cotio no le había dicho, en cambio, que tenía mucho oro escondido en el carro guardado en el cobertizo, oro del ex oficial, y que iba a pedir un préstamo a un banco únicamente para evitar que la gente se preguntara por qué unos veteranos disponían de medios para pagar al contado semejante propiedad. Todj no tenía necesidad de saberlo. Bastaba con que supiera que él y los demás de su raza no serían vendidos a un desconocido que no tenía ni idea de lo que eran la guerra y los combates, y que no podía comprender la naturaleza de los sentimientos que los hombres experimentaban unos por otros en un campo de batalla, incluso cuando acababan de matarse entre sí.

Sila se había impuesto a Todj de un modo irremediable cuando detuvo su gesto de clavar el puñal en el cuello del persa vencido, y a Cotio por la forma en que el ex oficial se le había aparecido, luchando solo contra esa ciudad cruel como en un país enemigo. Y aquel fantástico palacio, con sus jardines y sus viveros, y su ejército de esclavos… ¿Cómo olvidar todo eso y contentarse con caminar detrás del arado, con inclinarse para plantar legumbres, sin más horizonte que una llanura o unas colinas, siempre las mismas?

¿Quién sabía si Sila estaba realmente muerto? Mientras viviera en el recuerdo de aquellos que habían sido sus compañeros, no estaría muerto de verdad… Y, cuando unos y otros saliesen por el porche para ir a trabajar en los campos, mirarían el camino a lo lejos esperando ver en él la silueta de un hombre a caballo avanzando hacia la granja: Sila regresando a su casa…

Mientras Cotio pensaba todo esto en silencio, una anciana paticorta y con el rostro arrugado como una pasa se acercó al lecho de brasas todavía ardiente. Acarreaba uno de esos pequeños taburetes de tres patas que se utilizan cuando se ordeña a las vacas y se mantenía erguida pese a su edad, que

debía de ser muy avanzada.

La mujer colocó el taburete al otro lado del montón de brasas y se sentó en él.

–¿Quién es esa vieja? – preguntó Cotio.

–Una esclava que nadie quería y que el amo le compró a un vecino cuyos bienes estaban en…

–¿Para qué sirve? Todj sonrió.

–Sabe hacer lo que pocas personas saben. – ¿Por ejemplo?

–Decir el porvenir. Quizá por su boca hablen los dioses… El persa se calló; al poco, se levantó del banco de piedra.

–Te saludo, Cotio -dijo-. Esta noche dormiré en paz por primera vez desde hace días. Ormuz el Benéfico te ha enviado hasta nosotros y, gracias a ti y a los que te acompañan, Arimán el Maligno se aleja cuando creíamos que iba a sumir el resto de nuestros destinos en la desgracia…

Cotio meneó la cabeza.

–¿Son ésos los dioses que han querido que nos detuviéramos aquí? – preguntó-. Me ha parecido, después de que me dijeras lo que le había sucedido a Sila, que no podía ir más lejos…

El veterano se quedó solo en el banco. Las brasas se tornaban blanquecinas poco a poco. Miró a la anciana, que permanecía inmóvil en su taburete, con la cabeza ligeramente alzada hacia el cielo poblado de estrellas. Aquella vieja, pensó Cotio, parecía pertenecer al cielo, a la tierra, en una palabra, al universo, más que a la granja en sí. El hecho de que Sila la hubiera comprado sin necesitarla ¿no era una señal que había dejado tras de sí, además de que ella constituía una prueba de los generosos sentimientos del ex oficial? El peso de aquellas preguntas que Cotio se hacía y el de todas las

cosas de las que se había enterado al entrar en el patio de la granja se sumaban al cansancio del largo camino recorrido desde Roma. Se levantó del banco para irse también a dormir. La Vieja no pareció percatarse de que se marchaba, vuelta como estaba hacia el cielo, donde las estrellas engrosaban su rebaño.

Tras dormir unas horas, Cotio se, despertó. Se sintió ligero, como les sucede a los soldados en campaña, que recobran rápidamente las fuerzas y enseguida se encuentran dispuestos a reemprender la marcha o el combate. Vio que la luz de la luna entraba a través de las planchas mal unidas de la pared del granero. Pensó que tendría que partir para Vienna antes del alba, a fin de realizar las gestiones necesarias para la compra de la granja antes de que otros se le adelantaran, y se levantó, como atraído por aquella luz lunar que sentía como si lo inundara todo en el exterior. Al abrir la puerta del granero, constató que la vieja esclava no se había movido de allí. Seguía sentada ante la hoguera, que había quedado reducida a cenizas, con el rostro todavía alzado hacia el astro de la noche y murmurando entre sus encías sin dientes palabras que él no lograba comprender.

La Vieja había oído que la puerta se abría y finalmente se dignó volver la cabeza hacia Cotio, que permanecía en pie a cierta distancia del taburete.

–¡Ah, ya estás aquí! dijo-. ¿Has dormido lo suficiente para ocuparte ahora de las cosas importantes?

–¡Eh, Vieja! – protestó el veterano-. Hemos tenido que recorrer un largo camino para llegar hasta aquí…

–Lo sé, lo sé… Sigo vuestra marcha desde hace tiempo.

–¡No es posible! – exclamó Cotio- ¿Y cómo nos veías venir? Ella dirigió la mirada hacia la luna.

–Las noches en que ella está en el cielo, yo la miro y ella mira por mí. Desde donde está, allá arriba, ¡imagínate!, ve todo lo que ilumina. Los caminos, las ciudades y todo lo demás… ¡Su rostro redondo tiene una

mirada penetrante! Ella vio vuestro carro avanzando por el camino mucho antes de que llegaseis aquí.

Cotio se disponía a hacer otro comentario burlón, pero recordó que Todj le había contado que Sila respetaba a aquella vieja como si reconociese sus poderes y no replicó.

–Éste era el momento de que llegaseis -prosiguió ella-, pero tendréis que partir de nuevo.

–¿Partir de nuevo? – dijo Cotio, sorprendido-. Ves mal el futuro, Vieja, porque hemos decidido quedarnos. De todas formas, es mejor para ti, porque si estás con nosotros, te quedarás en la granja como si el amo Sila estuviera todavía aquí y no tendrás nada que temer.

Ella se encogió de hombros.

–Ni tú ni yo nos quedaremos aquí. En cuanto hayas resuelto tus asuntos en Vienna, regresaremos por donde tú has venido…

–¿Cómo? – exclamó Cotio, que empezaba a ponerse de nuevo irónico ¿Qué historias son ésas? ¿Quieres ir a Roma, si te he entendido bien, y que nosotros nos encarguemos de llevarte? Tú ves las cosas a lo grande, ¿no?

–No me preocupa Roma más de lo que Roma se preocupa por mí. Nuestro destino está mucho más allá de Roma, y es cierto porque ella lo dice -concluyó señalando con la cabeza el astro.

Cotio continuó haciendo comentarios irónicos.

–¡No faltaba más! Al menos no nos verás ir hasta África, ¿verdad? – ¡Eh! –repuso ella-. ¡Si ella te lo dijera, tendrías que ir! ¿Acaso no tiene dos ojos en la cara? Pues bien, ven una gran montaña con fuego dentro y, al pie de esa montaña, el mar. Por ahí es por donde habéis venido, y ahí es donde debéis regresar sin demora…

–¿Una montaña con fuego dentro? – preguntó asombrado Cotio, que empezaba a dejarse arrastrar por las palabras misteriosas de la Vieja. Efectivamente, él y sus compañeros, al regresar de Berbería, habían desembarcado en Siracusa, en Sicilia, donde les mostraron el Etna. Luego, de Sicilia habían ido a Campania, donde vieron el Vesubio. Dos montañas con fuego dentro, a orillas del mar… ¿Veía realmente la Vieja todo eso?

–¿Y por qué razón tendríamos que volver allí, a esa montaña? – preguntó en un tono más amable.

–Porque el amo te espera allí y os necesita a ti y a los otros.

Esta vez, la pitonisa ordeñadora de vacas divagaba. Cotio se sintió enternecido por aquella desdichada a la que un último golpe de suerte le había hecho perder la razón. Había encontrado in extremis a un amo compasivo que la había comprado para evitarle el fin sórdido de un animal condenado al matadero, y he aquí que la muerte inopinada de ese amo la devolvía al mismo miserable destino.

–¿El amo? – preguntó Cotio, esforzándose en suavizar el tono de su voz-. Pero, vieja infeliz, ¡si ya no existe! Fue injustamente condenado en Roma y lo perdió todo, sus bienes y su vida. Por eso mis compañeros y yo hemos decidido comprar esta gran…

Ella le interrumpió con una carcajada.

–¿Su vida? Infeliz soldado, la vida está más aferrada al cuerpo de ese hombre que al mío. Un león le muerde, un tigre le muerde, pierde casi toda la sangre, pero, con la poca que le queda, rehace su vida cada vez más. No, no -prosiguió, meneando la cabeza-. Está donde yo te digo, vivo y custodiado por soldados. Pero vosotros también sois soldados, y él espera que vayáis en su busca armados con venablos y arcos.

Cotio empezaba a experimentar una sensación de malestar. Se sentía dominado por las insensatas palabras de aquella casi enana con cara estrambótica de vieja muñeca, que alternaba el sarcasmo y la iluminación.

Sin embargo, aquellas palabras eran absurdas. Los condenados que escapaban a las fieras podían ser enviados a las minas, eso Cotio lo sabía. Pero Sila había muerto.

El veterano experimentó entonces una emoción nueva. ¿Y si Sila no hubiera muerto? ¿Y si la Vieja tuviera conocimiento de ello? Había visto el Vesubio, había visto el Etna. ¿Habría minas cerca de esos dos volcanes, o de uno de ellos? Una mina donde Sila estaría preso, en cuyo caso, efectivamente, los veteranos y los persas de la granja podrían ir hasta allí para liberarle, tal como reclamaba la Vieja, lo que tendría por efecto, en primer lugar, que dichos veteranos se convertirían en rebeldes a la autoridad, y Sila con ellos, y que todos serían crucificados si su empresa fracasaba o si… Aunque, bien pensado, esos dos volcanes se hallaban junto al mar y sin duda era posible huir a bordo de una nave tras haber rescatado al ex oficial del presidio. Cotio se había dejado llevar por ese razonamiento que llevaba a cabo su mente militar, tras veinte años de aventuras vividas empuñando las armas. Y Sila también era un oficial que había dirigido durante mucho tiempo operaciones más difíciles todavía que ésa.

–Entonces, ¿qué? – dijo la voz de la Vieja, devolviendo a Cotio a la realidad-. ¿Vas a decidirte y a preparar a tu gente para que te siga?

–Espera… Esa montaña de la que hablas, con fuego, ¿no puedes decirme cómo se llama?

Cotio confiaba en que al oír esas palabras, la Vieja, contenta por haberlo convencido, se esforzaría en responderle con un poco más de amabilidad. Pero fue en vano.

–Si no eres capaz de encontrar una montaña que llega al cielo, que escupe fuego y que se ve desde todos los puntos, ¿qué has hecho de provecho mientras estabas en las legiones? – replicó sin ningún miramiento en tono burlón-. ¿Conoces el olor del azufre, soldado?

–¿El olor del azufre? Por supuesto, he aspirado azufre.

–Pues bien, cuando huelas a azufre, no lejos de esa montaña humeante, allí será donde nos detendremos…

Cotio, con un nudo en la garganta, miraba a la vieja muñeca con una sensación que casi parecía miedo y se dio cuenta de que había deseado con tanta intensidad que Sila no estuviera muerto que había empezado a creer en sus vaticinios.

–¿Has dicho «nosotros», Vieja? – replicó-. ¿Acaso quieres ir tú también allí?

–¡Por supuesto! Yo también tengo una cita con el fuego y el azufre…

–¿Y caminarás durante dos meses? Es mucho.

Ella se encogió de hombros.

–He caminado durante tantos meses que podré muy bien hacerlo dos más.

Honorio seduce al Senado

Los bancos del Senado del pueblo romano, ese ilustre areópago, el corazón del inmenso Imperio cuya cabeza era César, se hallaba al completo. Cuando Honorio avanzó hacia la tribuna, en el hemiciclo que había visto desarrollarse tantas escenas grandiosas o dramáticas desde hacía más de tres siglos había un silencio absoluto.

El abogado se inclinó ante el augusto mueble desde el que las más grandes voces de la historia de Roma habían pronunciado, desde Catón hasta Cicerón, sus memorables discursos, y a continuación se volvió lentamente hacia los senadores, que observaban con cierta diversión a aquel joven de

físico ingrato y nacimiento oscuro que, sin embargo, gracias tanto a su tenacidad como á su ardor, había logrado ser admitido en el seno de aquel noble lugar tras haber reunido, mediante largos trabajos, todos los elementos necesarios para la revisión del proceso a raíz del cual el galo Sila, heredero del patricio Menesio, había sido arrojado a las fieras durante las ceremonias de la inauguración del Coliseo.

–¡Patres conscripti -exclamó con su voz de falsete, pero que atraía la atención por la vehemente convicción de que estaba impregnada-, sabios que presidís desde los orígenes de la República el destino incomparable de un pueblo único! ¡Justicieros que habéis hecho rodar tantas cabezas de aquellos que atentaban contra el poder y la integridad de Roma! Todos vosotros, en fin, que habéis transmitido a ese nombre ilustre de senador, para los siglos venideros, un significado imperecedero…, me presento modestamente ante vosotros tras haber investigado tanto en los campamentos de las legiones donde todavía llevan el uniforme militar los compañeros del ex oficial Sila como en las calles de la Ciudad donde se traman las intrigas, me presento, digo, y os anuncio con orgullo que por fin he acabado de desembrollar el ovillo de las maquinaciones a consecuencia de las cuales el patricio Menesio y su compañero de armas, el galo Sila, perecieron, el primero víctima del veneno, y el segundo de los feroces dientes de los tigres, maquinaciones cínicamente urdidas por hombres impuros, ávidos de poder y traidores a la voluntad afirmada por César, desde el inicio de su feliz reinado, de desterrar el crimen y la mentira tanto de los palacios como de los foros donde se tratan los asuntos de Estado…

Honorio, con un gesto amplio, dejó caer los brazos que había extendido hacia delante y apretó los puños.

–¡Sí! – exclamó con fuerza-. He reunido las pruebas. He oído a los testigos. ¡He obligado a la verdad a salir de su pozo y la traigo desnuda ante vosotros! – Hizo una pausa antes de proseguir, en un tono que se esforzó en teñir de dolor-. ¡Ah, padres conscriptos! Esa verdad, desnuda, no es hermosa… ¡Cuánta bajeza voy a exponer ante vuestros ojos! ¡Cuánto fango voy a verter a vuestros pies! Pero ¡qué sombrío goce para mí poder vengar finalmente la muerte de aquel que era un patricio semejante a vosotros, y

lavar la memoria de ese soldado de las legiones sin tacha que era su amigo, bajo las mismas armas que tantos de vosotros llevaron al servicio de la grandeza de Roma…!

Honorio dejó que su frase finalizara en el silencio, como si quisiera con ello saludar a esa grandeza romana que evocaba, y después dio unos pasos ante la tribuna a la manera de alguien que pasea meditando.

–Tranquilizaos -prosiguió, alzando súbitamente la cabeza-, no ejercitaré más la elocuencia… ¡Son los hechos los que hablarán por sí mismos, y no el aburrido y torpe Honorio!

Se había acercado al cesto de paja que, antes de que se abriera la sesión, había dejado en uno de los pupitres donde se apoyaban los escribas encargados de tomar nota de las frases más relevantes de los oradores en la tribuna. Sacó de él un rollo de pergamino y varias tablillas, que blandió sobre su cabeza a fin de que todos pudieran verlos.

–He aquí en primer lugar, escrito en este rollo, la declaración del cónsul Rufo Vecilio Estrabo, obtenida de su propia boca en el campamento de Batavia, donde todavía estaba el mes pasado, al mismo tiempo que las de los tres caballeros que presenciaron, en el patio de la granja gala de Sila, la entrega a éste de la tablilla en la que el patricio Menesio urgía a su compañero de combate a que viniera a reunirse con él en Roma, con objeto de garantizar su protección contra las amenazas que sentía pesaban sobre su vida. Escuchad lo que nos dice el cónsul: «Menesio no me ocultó -leyó Honorio- que querían atentar contra su vida y que la presencia de Sila a su lado en Roma era lo único que podría tranquilizarle y permitirle continuar aspirando al tribunado. Esa tablilla que me entregó, no la leí, por supuesto, pero como fue grabada en mi presencia de la mano de Menesio, tras las palabras que éste me había dicho al respecto, su contenido resultaba evidente…». Pero, diréis -prosiguió Honorio, devolviendo el rollo al cesto de los documentos-, esa declaración no constituye hablando con propiedad una prueba… ¿Acaso no tenemos la tablilla? ¡Desgraciadamente, padres conscriptos, los enemigos de Sila y de Menesio eran numerosos y carecían de escrúpulos! Cuando Sila le mostró esa tablilla al prefecto de los

vigilantes Casio Longino Cepio, unas horas después de la muerte del patricio envenenado, el prefecto se la quedó con el pretexto de que constituía una prueba. ¿Le pediréis a Casio Longino que venga ante vosotros y os presente esa tablilla? Si lo hacéis, os responderá que por desgracia se extravió. Entonces, vosotros, padres conscriptos, confiaréis en la palabra de tan alto funcionario… Pues bien, si me permitís tales palabras, será una debilidad por vuestra parte, ¡y por la parte de ese curioso prefecto de los vigilantes una mentira! Porque esa tablilla no se perdió jamás. Permaneció escondida. ¡Escondida, eso es un recurso demasiado fácil!, protestaréis vosotros entonces. Decididamente, este Honorio, después de habernos anunciado pruebas, no nos hace más que juegos malabares. ¡Pues bien, senadores, no! ¡Honorio no tiene la cara de presentarse en vuestro ilustre areópago como ilusionista, como prestidigitador!

Al tiempo que decía estas palabras, el joven abogado había regresado al lugar donde estaba el cesto. Sacó entonces de él una tablilla, que mostró a los presentes antes de depositarla en manos de uno de los senadores que ocupaban la primera fila, y afirmó con potente voz:

–¡La tablilla confiscada y escondida está aquí! ¡Reconoceréis en ella el sello de Menesio! ¿Cómo ha llegado a mis manos? Leo esa pregunta en vuestras miradas, senadores. Y la respuesta es sencilla, si bien tiene un carácter repugnante… Cuando se trata con malhechores, es decir, hombres para quienes el oro lo es todo, y el honor nada, se depositan sobre la mesa ante sus ojos miles de sestercios y no se tarda en ver a uno de esos bribones dispuesto a traicionar a los demás… Así pagué de mi bolsillo cien mil sestercios por esa tablilla a un empleado de la secretaría del prefecto de los vigilantes, que huyó de Roma con esa suma tras haber extraído la tablilla en cuestión del interior de la caja personal de Casio Longino, el cual afirmaba que había desaparecido… Ese empleado temía tener que responder un día de los crímenes de los que había sido testigo a la vez que cómplice, y prefirió irse provisto del viático que yo le proporcioné… De este modo, gracias a ese sórdido trato, dado que no podía hacerse otro, la tablilla regresa allí donde debería haber estado siempre, es decir, entre las pruebas del proceso que, por desgracia, Sila perdió antes de perder la vida… ¡Yo no he hecho más que colocarla en su lugar!

Honorio cogió la tablilla de las manos de uno de los senadores de la primera fila, que la había leído después de algunos más y que se la tendía, y la metió en el cesto.

A continuación volvió a dar unos pasos ante la tribuna en actitud reflexiva, permitiendo a los senadores distraer su atención e intercambiar entre ellos comentarios que llenaron el hemiciclo con un murmullo salpicado de exclamaciones.

Luego el joven abogado tomó de nuevo la palabra.

–Pero, entonces, diréis, ¿este Honorio acusa al prefecto de los vigilantes de haber actuado con la finalidad de que no se pudiese descubrir la verdad sobre la muerte de Menesio? ¡Terrible acusación, presentada contra uno de los más prestigiosos personajes de la Ciudad! ¡Pues sí! – dijo Honorio en tono decepcionado-. Aquel que debe velar por la tranquilidad de los ciudadanos es una de las piezas de esta trama criminal. Es él quien protege la charca fangosa donde bullen los conspiradores… En esa charca vamos a pescar un primer pez, vamos a abrirle las entrañas y, cual arúspices buscando en ellas los signos nefastos, a leer en su interior cómo fue envenenado el patricio Menesio. El pez en cuestión es un tal Ictios, que ejercía el oficio de leno y tenía un establecimiento donde alquilaba y vendía jóvenes. Fue él, Ictios, quien les reveló a Sila y a los que le ayudaban en su investigación los detalles de la conspiración cuyo objetivo era hacerle beber al patricio la copa envenenada…

Mientras hablaba, Honorio había regresado donde estaba el cesto de las pruebas y extrajo de él otro pergamino, que desenrolló.

–He aquí -anunció-, relatada, la escena de la confesión del leno Ictios, tal como la vieron y oyeron los veteranos Cotio Isidoro, Ventilio Melia, Colodio Titio y, por último, el ex legionario de Galia Bélgica Imógenes. Todos ellos han firmado esta exposición de los hechos redactada ante notario, a petición mía, en la colonia donde ahora se hallan establecidos y adonde me trasladé para oírles, exposición que reproduce fielmente las

palabras que pronunció el leno Ictios después de que ellos lo desenmascarasen… «Por orden de Palfurnio, propietario de una escuela de gladiadores en Pompeya al que yo obedecí durante todo el complot tramado contra Menesio, le proporcioné un veneno de efecto muy rápido al intendente Patrobio, que se encargaba de los esclavos del palacio Menesio. El indigno Patrobio le entregó dicho veneno a la tamborilera Edilia, a fin de que ésta lo vertiera en la copa en la que bebía habitualmente su amo… Para convencerla, le había hecho creer que se trataba de un filtro de amor destinado a hacer que él se enamorase apasionadamente de la joven, circunstancia de la cual ella podría obtener grandes beneficios. Convenció asimismo a la joven de que ella debía beber inmediatamente después, a fin de que el hechizo surtiera efecto. Pero, por supuesto, era para que ella pereciera también y no pudiese revelar los detalles del crimen…» He aquí, padres conscriptos -concluyó el joven abogado, devolviendo el pergamino a su lugar-, cómo el intendente, traicionando la confianza de su señor, envió a éste a la muerte sin que Sila, pese a haber llegado a Roma el mismo día, pudiera hacer nada por evitarlo. Salvo, por supuesto, jurar que haría cuanto estuviese en su mano para desenmascarar a los culpables. ¡Juramento fatal, que le conduciría a su propia muerte tras un proceso en el que la justicia se vio escarnecida!

–Evidentemente -continuó Honorio-, si pudiera traer ante vosotros a Patrobio en persona, que huyó del palacio Menesio la noche misma del crimen y no ha vuelto a dar señales de vida, sería más convincente, lo sé, que presentando las declaraciones de antiguos soldados devotos a Sila…, si bien resulta difícil sospechar que cinco veteranos servidores ejemplares de Roma hayan cometido perjurio… -Interrumpiendo su discurso, dejó el rollo en manos de los senadores que se encontraban cerca del lugar donde se había detenido-. ¡Bien! Dejemos los testimonios escritos. Algunos de vosotros, padres conscriptos, los tomaréis en consideración; otros, excesivamente preocupados por la perfección, los dejaréis de lado. Pero no por ello me desanimaré -declaró Honorio con firmeza-. He buscado al intendente Patrobio muy lejos y, lo confieso, no he podido encontrar su rastro… Sin embargo, mientras iba tras él pensaba: Después de todo, Honorio, si pudieras convencer a Palfurnio, ese pompeyano citado por Ictios como el principal artífice del crimen y que, lejos de haber huido tras

su fechoría, continúa llevando, en su encantadora ciudad al pie del Vesubio, un tren fastuoso de vida en una mansión bien provista de muebles caros y de esclavos, si pudieras convencerle a él, me decía, de que fuera a declarar en persona ante la justicia, ésta se haría de verdad y la causa estaría ganada…

Honorio recorrió con la mirada las filas de senadores sentados en sus bancos.

–Ahora, muchos de vosotros, padres conscriptos, lo sé, os sentís tentados de sonreír… ¿Cómo iba a precipitar Palfurnio su propia perdición, viniendo a confesarse aquí autor de crímenes horrendos? Ello, en efecto, podría parecer absurdo si los dioses hubiesen permanecido insensibles al insulto lanzado contra la Justicia, y Temis indiferente a la terrible suerte que aniquiló a Menesio y a Sila… -Hizo una pausa para proseguir en otro tono-. Mirad, padres conscriptos, en los momentos más crueles de este caso, por ejemplo cuando fui golpeado, atado a un árbol en un bosque y abandonado por aquellos que querían impedirme participar en el proceso de Sila, cuando encontré mi casa totalmente vacía, cuando tuve que refugiarme, para sobrevivir, en casa de una honorable comerciante conmovida por las persecuciones de las que era objeto, a lo largo de todas esas pruebas me negué a perder la confianza en los dioses… Quise creer que se cansarían de tolerar el crimen y que al final se pondrían de parte de las víctimas… Pues bien, padres conscriptos, esa idea que no me abandonó se revelaría cierta. Porque llegó el momento en que las mentes que yo había podido captar entre las que organizaran todo ese complot me permitieron enterarme de que habían decidido eliminar del mundo de los vivos a Palfurnio, que con tanto celo había servido a sus infames intereses. Y la razón era precisamente ese servicio que les había prestado, para así hacer desaparecer una de las pruebas vivientes. Y digo infames intereses, en plural, porque al envenenamiento de Menesio se suma el crimen de haber hecho elaborar, de la mano del hábil falsificador que es Palfurnio, las tablillas supuestamente encontradas en casa del fenicio Khalil y que sirvieron para convencer a los jueces de la culpabilidad de Sila… Provisto de esta preciosa información, me bastó pues trasladarme a Pompeya, llegar allí antes que los sicarios encargados de liquidar a Palfurnio, advertir a éste del peligro que corría y

convencerlo de que viniera a arrojarse a los pies de vuestra noble asamblea, a fin de implorar vuestra clemencia tras haber denunciado a los criminales con los que se había asociado… ¡Y Palfurnio, padres conscriptos, al verse acorralado, aceptó! ¡Y está aquí, dispuesto a comparecer ante vosotros! ¡Y yo, en este instante, ya no soy únicamente el abogado de Sila! Me erijo también en defensor del miserable Palfurnio, torturado por los remordimientos, maldecido por los dioses, convertido en víctima tras haber sido verdugo, y ahora os suplico encarecidamente que le perdonéis la vida, y lo condenéis al exilio lo más lejos posible de las fronteras del Imperio, donde rehará una vida de hombre honrado. Merece vivir, padres conscriptos, porque él es quien nos va a permitir, mediante su confesión y su testimonio, devolverle a Sila más allá de la muerte el honor que le fue arrebatado. ¡Padres conscriptos, he ahí donde está la verdadera justicia! En la clemencia con la cual desterraréis a Palfurnio en lugar de arrojarlo a las fieras. ¡Basta, desgraciadamente, con que la sangre de Sila haya corrido ya por la arena! ¡Basta de sangre! Estoy seguro, conociendo la nobleza de espíritu de Sila, de que él hubiera aprobado el fallo que vais a pronunciar en ese sentido… ¡Guardias! – dijo Honorio en un tono teatral, en el que la voz de falsete pasaba desapercibida dado el dramatismo de la circunstancia-. ¡Haced entrar al testigo Palfurnio!

Las miradas se clavaron en la puerta que comunicaba, por detrás de la tribuna, con las estancias donde permanecían los testigos o inculpados antes de ser presentados ante el Senado, y los padres conscriptos vieron avanzar a un hombre bastante corpulento, con la coronilla despoblada, varices en las piernas y la mirada gacha como bajo el peso de la vergüenza.

–¡Palfurnio! – exclamó el joven abogado-. ¡No les regatees la verdad a quienes tienen a su cargo el destino de Roma! ¿Le ordenaste realmente, desde tu residencia en Pompeya, a Ictios, que no podía negarte nada, que le proporcionara veneno al intendente Patrobio con la finalidad de causar la muerte de su señor?

–¡Por desgracia, soy culpable de ello! dijo Palfurnio con voz débil en medio del silencio de la atenta asamblea.

–¿Pusiste -prosiguió el joven abogado- tus habilidades de falsificador al servicio de los enemigos de Sila y grabaste de tu mano las tablillas que permitieron condenar a ese ex oficial de las legiones de captación de herencia? ¿Hiciste eso también, Palfurnio?

–Sí, también eso -confesó el pompeyano-. Que los dioses me perdonen por haber consagrado mi vida al mal, para satisfacer las maniobras de un importante personaje…

–Exacto, no tienes más que decir una palabra, Palfurnio, para estar en paz con este ilustre areópago, con la verdad, con tu remordimiento, revelarnos un nombre… ¡que tu boca pronuncie ese nombre! ¡Responde! ¿A quién ayudaste a tramar y perpetrar esos crímenes?

–Actué por instigación del patricio Lacertio -declaró el pompeyano en medio de un atento silencio, inmediatamente reemplazado por el murmullo de las voces de los senadores, estupefactos al oír citar ante ellos el nombre del adversario de Menesio al tribunado, el nombre de un hombre ambicioso que se sabía era adepto a Domiciano. Una revelación horrible, pues confirmaba los rumores que corrían por la Ciudad, según los cuales el propio hermano de César intrigaba contra el poder imperial. Y aquel insignificante leguleyo convertía, ante el Senado de Roma, ese rumor en acusación pública y, mediante la declaración de Palfurnio, en certeza.

Los senadores se calmaron poco a poco y Honorio tomó de nuevo la palabra.

–¿Qué podría añadir yo, padres conscriptos, a esa triste revelación? Dejo a vuestra imaginación la tarea de extraer todas las conclusiones que se deducen de esta confesión pública.

Era una alusión a la responsabilidad del hermano de César, y el areópago no se equivocó.

–Debo evocar ahora el vergonzoso episodio en el cual los hombres de Lacertio me raptaron de mi domicilio, donde perfilaba los argumentos que

tengo el honor de presentar ante vosotros en este momento, la víspera del día en que debía defender a Sila de la vergonzosa acusación de captación de herencia… ¡Un miembro de la abogacía raptado en su propia casa, en plena ciudad, y maniatado para ser abandonado en un bosque poblado de lobos, el mismo día en que debe aparecer en el pretorio! ¡Qué insulto al derecho! Ese insulto abriría ante mí un largo período de clandestinidad, pues tuve que esconderme para no sufrir la suerte fatal con la que se me amenazaba… Y fue entonces, ilustres senadores, cuando pude apreciar los nobles sentimientos que es posible encontrar en todas las capas de la sociedad romana, porque me asistieron en el infortunio un pobre esclavo ignorante, que me reanimó y me acogió en su miserable cabaña de carbonero, y una comerciante de un barrio popular, que regenta una modesta pensión familiar y que me ofreció asilo, techo y sustento, y en cuya casa me enterré, temiendo día y noche oír los pasos de mis asesinos subir su rústica escalera…

–¡Y es justo, padres conscriptos -continuó Honorio-, que esa mujer sea recompensada por el bien que le ha hecho a un defensor de la verdad! Y por eso ella va a tener el honor de presentarse ante vosotros con sus humildes vestiduras… ¡Guardias, haced entrar a la hospedera Omitila!

Al pronunciar estas palabras, Honorio notó que le invadía un gran malestar, como si de pronto se diera cuenta de que, llevado por su convicción, estuviese a punto de cometer un error queriendo presentar a la oronda mujer ante los senadores, como testigo de las persecuciones que había sufrido por culpa de Lacertio y sus esbirros. Tuvo la sensación de que, de ese modo, iba a comprometer la buena impresión que sus palabras habían causado hasta entonces, y el sudor provocado por la angustia comenzó a resbalar por su espalda, bajo la toga. Pero era demasiado tarde. La oronda hospedera hacía su entrada, conducida por los dos guardias de servicio.

Una sonrisa, en efecto, afloró en numerosos rostros entre la augusta asistencia, ante la visión de aquella mujer del vulgo, de unos cuarenta y cinco años, vestida de forma llamativa y con varios collares de oro alrededor del cuello. Honorio se quedó estupefacto, pues sólo le había visto lucir un collar a su patrona y amante, que en esta ocasión lucía cinco o

seis… La vendedora de sopas de dos o cuatro ases hizo una especie de reverencia ridícula que provocó auténticas risas en los bancos, risas que helaron de espanto el sudor que corría por la espalda del joven abogado…

Fue entonces cuando se produjo una cosa terrible que petrificó literalmente al orador, privándole de voz, arrebatándole incluso la esperanza de poder conjurar con cualquier frase el desastre que iba a destrozar su reputación y la causa que se había empeñado en hacer triunfar: Omitila, con una amplia sonrisa en los labios, se levantaba lentamente la falda, mostrando sus muslos y, finalmente, el pubis poblado de tosco vello que Honorio tan bien conocía. El desastre llegó al colmo cuando el joven abogado notó que estaba teniendo una erección ante aquella visión que le resultaba tan familiar, pues su amante no le daba reposo alguno en ese terreno, y que dicha erección particularmente vigorosa levantaba su toga de una forma tan evidente que muchos senadores estallaron de risa, señalándoles con el dedo a los que todavía no se habían percatado de ello la prueba de la naturaleza extrajurídica de los vínculos existentes entre la hospedera y el defensor.

Lo peor fue cuando este último notó que iba a tener un orgasmo, que la inminencia de éste era irreprimible y que iba a producirse ante los ojos de los patricios más notables de la capital del universo… Entonces se despertó, profiriendo un potente grito y crispando las manos en el pelo de la hospedera, que se hallaba practicándole una felación a su amante dormido, al que había encontrado a su lado en erección, en su lecho casi conyugal, como cada mañana…

Tras haber escapado su horrible pesadilla por la boca de Omitila -que, a todas luces, se esforzaba por hacerle olvidar a su amante sus imperfecciones físicas y su edad mediante esta práctica matinal-, Honorio, como todos aquellos que acaban de ser liberados de un mal sueño, saboreó la idea de que su futura defensa ante el Senado de Roma no estaba comprometida y de que los padres conscriptos no verían jamás a la hospedera levantarse la falda en su presencia. Recordando las diversas fases de su discurso, Honorio constató que si su defensa había hecho agua en el momento de la aparición de la hospedera, la escena anterior, es decir, la declaración de Palfurnio, era el elemento decisivo de la demostración que quería realizar

de la inocencia de su cliente. ¡Sí, evidentemente, Palfurnio! él era la clave del caso, y la evidencia se impuso en la mente del joven abogado: aquel sueño era premonitorio y se lo había inspirado la propia Temis.

¿Acaso la semana anterior no había hecho que le sacrificaran dos pichones a la diosa de la Justicia, enviando a un esclavo de la casa al templo de la vía Metrovia con treinta sestercios ahorrados del dinero que su protectora le daba para sus gastos, con la misión de pedirles a los sacerdotes que tuvieran a bien ofrecer ese sacrificio en nombre de un abogado anclado en su casa por una grave enfermedad? Aquel sueño era la respuesta que le enviaba Temis desde el Olimpo. Ella no le había abandonado, pese a las desastrosas apariencias. Ella le mostraba el camino de Pompeya, insistiendo en el papel esencial que desempeñaba el crapuloso Palfurnio en el acta de acusación. Debía partir a toda costa para Campania. Ella le mostraba el camino…

Omitila sonreía con sus gruesos labios, feliz del grito que había lanzado su joven amante, el cual recompensaba sus esfuerzos. Era evidente que la mujer estaba cada vez más ligada a él, como demostraban las veintidós libras de peso que había perdido en un mes, en el transcurso de cuatro sesiones semanales de gimnasia en las termas de Caracalla, y el dinero que se gastaba sin miramientos en la peluquería -ella que hasta entonces jamás había puesto los pies en un establecimiento de ese tipo-, todo ello ante el gran asombro de sus esclavos vaciadores de orinales y cocedores de sopas, que la veían dejar cada vez más el cuidado del negocio en manos del número uno, Ifidias. Ifidias vivía con la frenética esperanza de ser libertado, y en consecuencia llevaba los asuntos de su ama con mayor rigor que ella misma.

Honorio se incorporó resueltamente en la cama.

–Omitila -declaró-, las atenciones que tienes hacia mí me conmueven cada vez más, pero te debo la verdad. He tomado la decisión de poner fin a una situación que se parece a las delicias de Capua y que, por ello, está comprometiendo mi carrera. Pase lo que pase, debo partir sin tardanza para Pompeya, donde comenzaré la investigación gracias a la cual confío en defender con éxito ante el Senado la causa de la que te he hablado… Siendo

esta decisión irrevocable, te corresponde a ti elegir entre dos posturas. O me ayudas con algún subsidio, permitiéndome así lograr mi objetivo rápidamente, lo cual adelantará mi regreso a la capital, o me dejas ir allí en la indigencia en la que me encuentro desde que aquellos de quienes te hablé me despojaron de todo. En este caso, iré a pie a Pompeya, mendigando mi sustento por el camino, y, una vez allí, me emplearé por el más bajo salario si es preciso en el despacho de un hombre de leyes de la Ciudad, aceptando las tareas más pesadas, para poder empezar en secreto mis investigaciones durante mis horas de libertad. Y recordaré que permaneciste insensible a mi petición y que, por consiguiente, el cariño que dices sentir hacia mí te lo dicta tu egoísmo…

Y el joven abogado, con su camisa de dormir demasiado grande que procedía del vestuario del difunto Omitilo, se levantó para dar fe de su determinación.

Tal como había temido mientras pronunciaba su discurso, su compañera estalló en sollozos.

A la mañana siguiente, a las seis, tras una noche en el transcurso de la cual Honorio no escatimó esfuerzos, Omitila, que esta vez lloraba en silencio, le entregó diez mil sestercios de sus ahorros escondidos bajo la cama, debajo de una de las baldosas de tierra cocida del suelo que se podía levantar, y el joven abogado bajó la estrecha escalera para ir a comer una última sopa de cuatro ases, con carne, antes de emprender el camino hacia Pompeya.

Mi amigo Palfurnio

Con la seguridad que le proporcionaban los sestercios que le había dado su oronda amante, y encantado de poder escapar a sus fastidiosas atenciones, Honorio caminó hacia la puerta Labicana, donde había dejado su caballo al regresar de su estancia en casa de Lépido. Pagó lo estipulado para recuperar

al animal y decidió que iría a Ostia para viajar en barco hasta Pompeya, en lugar de dirigirse allí por tierra. Una vez llegado a Ostia, no tuvo dificultad para vender su montura a buen precio. Muchas personas que desembarcaban allí, cuando se dirigían a algún lugar que no era Roma, compraban una para proseguir su viaje. Esperó al fondo de una taberna que cayera la noche para ir al puerto y montar a bordo de uno de los barcos de cabotaje, que llevaban escritos en rótulos de madera sus destinos, es decir, los diferentes puertos del Brucio y de Sicilia. Se encerró en el camarote que le habían asignado y se abstuvo de salir durante todo el viaje, no abriendo más que al mozo encargado de servir la comida reservada a los pasajeros lo bastante ricos para viajar en camarote.

La galera avistó Pompeya a última hora del día siguiente. Por la ventanilla que daba al puente, Honorio contempló la silueta del Vesubio, que la puesta del sol teñía de rosa, y luego de malva a medida que la luz disminuía. El puerto estaba oscuro cuando la galera llegó al muelle.

Los pasajeros desembarcaron y fueron a ocuparse de sus asuntos entre el movimiento reinante en el puerto, donde se encendían una a una numerosas lámparas de aceite. Honorio no sabía dónde pasar la noche. El mozo encargado de los camarotes, que entró en ese momento, le dio a entender que, dado que la nave no partía de nuevo hasta la mañana siguiente, podría quedarse a bordo si lo deseaba con tan sólo darle unos ases de propina. Después de que Honorio le hubiera dado diez ases, el esclavo le hizo una gran reverencia y le dijo que podía conseguirle un o una joven para que le hiciera compañía durante la noche. Pero Honorio, cansado por los ejercicios que su protectora Omitila le imponía diariamente desde hacía varias semanas, y preocupado ante todo por la forma en que abordaría a Palfurnio, no aceptó la proposición.

La nave se hallaba ahora sumida en el silencio. Los remeros dormían y la tripulación se había marchado a cenar en las tabernas. Honorio salió al puente desierto para respirar el aire marino. El muelle estaba vacío. Se oían las risas y, de vez en cuando, las canciones de los que estaban a la luz de la tabernas, un poco más lejos.

Entonces bajó al muelle, convencido de que nadie se interesaba por él en el puerto de Pompeya. Eligió la dirección opuesta a las luces y caminó pensativo hasta el extremo de la dársena, donde se veían las formas sombrías de varias galeras amarradas una junto a otra. Cuando las examinaba, distinguió en el mástil de una de ellas, iluminado por una linterna, la insignia de la tripulación Menesio, que había visto a menudo grabada en la cera de los sellos puestos en los documentos guardados en los archivos del palacio: la rueda dentada entre dos espadas, bajo la silueta de una trirreme.

Comprendió que aquellas naves formaban parte de los bienes que Sila había heredado y que se hallaban relegados al final de la dársena porque estaban embargados con todo lo demás.

El joven abogado sintió que la cólera lo invadía de nuevo. ¡Habían despojado a Sila! ¡Habían hecho perecer a Menesio, y ahora todo lo que había construido el patricio iba a ser subastado.! «Pero la batalla aún no está perdida», pensó Honorio, apretando las mandíbulas. ¡Palfurnio! Ahí estaba el punto débil de la organización criminal de Lacertio y los demás. Puesto que Lacertio y los otros habían decidido suprimir a Mnéster para borrar las huellas de su crimen, la lógica decía que utilizarían el mismo sistema con Palfurnio, cuya existencia de falsificador y envenenador suponía un peligro. En el tribunado, intrigando desde las más altas magistraturas con la protección de Domiciano, Lacertio no podía permitirse que Palfurnio, si un día era desenmascarado, dijera los nombres de aquellos a los que había obedecido durante tanto tiempo. «¡Eureka! – exclamó Honorio en el muelle desierto y oscuro-. ¡Ya sé lo que le diré a Palfurnio! ¡Ahí era a donde me quería llevar el sueño que me inspiró Temis! Si no es verdad que de Roma haya partido una orden de ejecución en dirección al pompeyano, lo será mañana, y así yo seré el primero en informarle del hecho…»

Bordeando el muelle, a orillas del cual se alineaban las popas de las trirremes dormidas, Honorio distinguió a un hombre sentado en un taburete junto a la pasarela que permitía subir a bordo. Se detuvo ante él.

–¡Ave! – dijo.

–¡Ave! – respondió el hombre.

–¿Estas galeras pertenecían al patricio Menesio?

–Sí.

–¿Y ahora están embargadas?

–Eso parece.

–¿Hay alguien aquí con quien pueda hablar de ese asunto? Supongo que van a ser puestas en venta.

–Está el sobrecargo

–Está el sobrecargo -contestó el hombre, con un movimiento de cabeza que indicaba que aquel se hallaba a bordo de una de las naves.

–¿Puedo verle?

–Si él quiere… Se aloja en la galera más grande, en el camarote más grande. Honorio recorrió la pasarela, pasó de una galera a otra y deambuló por la cubierta en busca del camarote del sobrecargo. Lo reconoció porque tenía una puerta de hermoso aspecto, con la rueda dentada y las espadas esculpidas en relieve. Llamó y una voz le dijo que entrase.

El sobrecargo estaba sentado ante una mesa de navegación en la que había mapas y rollos de instrucciones náuticas. Bebía cerveza en una especie de jarra de estaño.

–Ave -dijo el joven-. Soy Honorio, hijo de Caedo y abogado de la herencia Menesio. Acabo de llegar de Roma.

–¡Ah! – repuso el sobrecargo, que a todas luces se aburría en medio de su

flota amarrada-. Pues ese asunto está en un mal momento…

–¿Puedo sentarme? – preguntó Honorio. – Puedes sentarte y beber cerveza.

Se levantó para coger una especie de pichel y otra jarra de estaño que colocó ante su visitante.

–¿Van a vender las galeras? – preguntó éste.

–Sin duda alguna. ¿Has venido para eso?

–Entre otras cosas -dijo Honorio-. ¿Has recibido muchas visitas? ¿Hay compradores?

–Desde luego. Pero desde que Palfurnio se manifestó, sólo está él.

–¿Palfurnio? – preguntó el abogado-. ¿Quién es ese tipo?

El sobrecargo miró a su visitante. – ¿No has oído hablar de él?

–No. Es la primera vez que vengo a Pompeya.

–Aquí todo pertenece a Palfurnio. Tiene gladiadores, muchachas en lupanares, tiendas en todos los puntos de la ciudad, viñas y olivares en los al-, rededores…, y ahora tendrá galeras. – El sobrecargo bebió un largo trago de cerveza-. Y para nosotros, eso supondrá un gran cambio…

Dejó su jarra de estaño.

–¿Cómo es ese Palfurnio? – preguntó el joven.

–Más bien gordo, con el vientre de los que comen demasiado, medio calvo, con una gran verruga en la comisura de la boca, orgulloso de sí mismo, charlatán…

–¿Dónde se le puede encontrar?

–No tiene pérdida. Vive en pleno centro de la ciudad, en un auténtico palacio rodeado de un gran jardín, que siempre está lleno de gente que va a bailarle el agua y a comer de su mesa. Todas las mañanas jode con una muchacha al mismo tiempo que un joven lo ensarta. Le llevan a la muchacha y al tipo por la noche, los instala en su mesa junto a él, come y bebe mucho con sus invitados, que son numerosos, y va a acostarse en procesión, llevándose al muchacho y a la muchacha a su estancia, que está magníficamente amueblada, por descontado. Se duerme, ronca y, a la mañana siguiente, al despertar, ¡crac!

Al mismo tiempo que dijo «crac», el sobrecargo hizo con los dos brazos echados bruscamente hacia atrás un gesto que evocaba la copulación. Luego bebió de su jarra de estaño, invitando a Honorio a hacer lo mismo.

–En ese momento -prosiguió-, sus clientes, sus libertos y todos aquellos que quieren ir se agrupan tras la puerta de su habitación, una gran puerta de dos batientes. Los esclavos abren dicha puerta y aquéllos descubren a los tres en la cama, coronados de flores. «Si tenéis que pedirme algo -les dice a los que están frente a su cama-, éste es el momento, porque soy un hombre feliz.» Ése es Palfumio -concluyó el sobrecargo-. Pero ¿dónde te alojas?

–En ningún sitio todavía. Esta noche la pasaré en el barco que me ha traído de Ostia.

–Si quieres instalarte a bordo, puedes hacerlo, ya que estabas con Sila y Menesio. Al menos mientras las galeras no sean vendidas.

–Te lo agradezco. No te digo que no.

–¡Sila! – exclamó el sobrecargo meneando la cabeza-. Nunca le vi. En Roma se lo zamparon en un abrir y cerrar de ojos. Aquí, en este país, para llegar a algo es preferible ser como Palfumio: una inmundicia.

Honorio recorría las calles de la ciudad de Pompeya, animadas por el movimiento matinal, entre asnos cargados de sandías, legumbres verdes y

rojas, sacos de carbón vegetal, aves metidas enjaulas y todo aquello que bajaba de las colinas y los campos circundantes para ser vendido en el mercado y, sobre todo, en la calle, pues el Foro Holitorium, el gran edificio dedicado a la venta de legumbres, se había derrumbado durante el terremoto del año 62, como casi todos los de la ciudad, y no había sido reconstruido. Los extraños gritos de los porteadores, incomprensibles para los no iniciados, anunciaban su mercancía a las amas de casa, ocupadas en vigilar a sus esclavos mientras éstos limpiaban el trozo de calle que quedaba ante su vivienda, en cumplimiento de la ordenanza municipal.

El joven, efectivamente, no tuvo ninguna dificultad en que le indicaran el camino hacia la mansión que buscaba, cuyo atrio estaba lleno de gente. La corte del rey Palfurnio se hallaba reunida para asistir a su despertar.

Subió con los otros la escalera que conducía a la antecámara del aposento del señor de la casa. Vio como ellos la puerta de dos batientes abrirse y a Palfurnio sentado en su gran cama de altas patas de bronce, sujetando por el talle a sus dos compañeros de placer coronados de flores frescas, tal como le había explicado el sobrecargo.

Sonreía a todos, llamaba a unos y otros por su nombre y recibía los documentos que le llevaban, las cuentas de una granja, una solicitud de dinero para colaborar en los gastos de una ceremonia de matrimonio, una reclamación a propósito de un asunto de lindes, etcétera. Un secretario metía todo eso en un gran cesto forrado de tela. Tenía el aspecto de un hombre magnánimo que sólo pensara en hacer el bien a su alrededor y gozar de la vida como un epicúreo. Los que sabían que Palfurnio era un criminal empedernido, falsificador y envenenador entre otras cosas, no estaban allí. Excepto Honorio, hijo de Caedo.

Éste admiraba el gran dormitorio y su cama monumental, que destacaba sobre el fondo de un delicioso paisaje, el del campo pompeyano al pie del Vesubio, pues la estancia se prolongaba en una terraza, que aparecía ante los ojos del señor cuando, al despertar éste, los esclavos movían una especie de paredes correderas.

Los clientes, los libertos, los aparceros y los solicitantes descendieron uno tras otro la escalera, mientras que el Adonis y la Friné que habían ofrecido un sacrificio a Venus en compañía del señor de la casa, abandonaban el lecho ornados con su desnudez para dirigirse a los baños.

Cuando sólo quedó Honorio en la entrada de la estancia, la mirada de Palfurnio se posó con cierta sorpresa en aquel visitante que no se marchaba.

–Y tú, ¿qué quieres de mí, joven? – preguntó desde su lecho el anfitrión. – Conocerte, Palfurnio, y también hablar contigo de un asunto en particular.

El orondo personaje observó a su visitante, intentando adivinar de qué especie de pedigüeño se trataba.

–Y bien, ¿qué es eso tan importante que tienes que decir? ¡Eh, vosotros, dadme algo con que ocultar mis encantos a los ojos de este muchacho! – les ordenó a los dos esclavos que esperaban con las vestiduras junto a la cama.

Palfurnio rió con jovialidad mientras le ayudaban a anudarse una especie de toga de andar por casa abundantemente bordada y se levantó de la cama. – ¡Acércate! ¡No temas! – bromeó-. Estoy saciado de placer, de manera que no corres ningún peligro. Vayamos a la terraza para estar al aire libre… Mientras los esclavos se ocupaban de cerrar las puertas y arreglar la cama, Honorio cruzó la habitación para encontrarse a solas con Palfurnio en la terraza, ante el Vesubio coronado por una columna de humo que escapaba de él, arrastrándose por el cielo azul.

–¿No es un paisaje admirable? – preguntó el señor de la casa señalando el volcán y las colinas, a las que un mar de olivares acariciado por el sol daba reflejos plateados.

Estaban ambos apoyados en la balaustrada de mármol que rodeaba la terraza.

–¡Espléndido, en efecto, Palfurnio! Eres en verdad un mortal muy afortunado por poder vivir en semejante morada, rodeado de tanta belleza…

–¿Verdad? Sin embargo, como ya deben de haberte dicho, he trabajado mucho para llegar hasta aquí. Pero, dime…, ¡ni siquiera sé tu nombre!

–Sí, sí que lo sabes. Soy Honorio, hijo de Caedo.

–¿Honorio? ¿Y de qué iba a conocerte? – Al cabo de un instante, Palfurnio, que tenía una mente ágil, retrocedió-. ¡Honorio! – exclamó, frunciendo el entrecejo-. No querrás decir que eras el abogado de Sila, ¿verdad?

–Sí, y lo soy más que nunca…

–¡No puedo creerlo! – exclamó el orondo personaje-. ¡Y has venido hasta aquí, a mi casa!

Ahora miraba a su interlocutor con desconfianza, pensando que éste podía ocultar un estilete o un puñal bajo la túnica con malas intenciones.

–¿No te dijeron en Roma que no siguieras interfiriendo en nuestros asuntos? – le preguntó en tono colérico.

–Sí. Me lo dijeron de todas las maneras, e incluso me llevaron a un bosque y me ataron a un árbol, mientras vaciaban mi casa y mi cuenta bancaria. Palfurnio repuso, con el entrecejo fruncido:

–¿Y a pesar de todo vienes aquí, a Pompeya, y llegas al extremo de entrar en mi habitación?

–Has sido tú quien me ha invitado a entrar…

–¡Por supuesto! Soy un hombre hospitalario. Pero tendrás que salir cuanto antes.

Honorio hizo un gesto negativo con la cabeza.

–No enseguida.

–¿Y por qué? Si llamo a mis guardias, no tengo más que decir una palabra…

–No se la dirás porque tienes una gran necesidad de mí. El pompeyano soltó una desagradable carcajada.

–¿Yo? ¿Crees que eso es posible?

–No lo era, pero ha llegado a serlo…

–¿Y cómo ha sucedido tal cosa?

–Porque tu amigo Lacertio ha recibido de alguien que está muy cerca del trono imperial la orden de matarte y ha transmitido inmediatamente esa orden a aquellos que deben ejecutarla… Ejecutar es la palabra apropiada, ¿verdad? Cuando me he enterado, he comprendido que, después de haber sido durante mucho tiempo enemigos, ahora estaríamos en el mismo bando. Entonces me he apresurado a venir para ofrecerte mi ayuda.

El rostro rojizo, adornado con su verruga, expresó sucesivamente ironía, cólera y, por último, miedo; luego la boca se plegó para soltar una risa sardónica que no salió.

–¿Matarme? ¿Lacertio? ¡Tú deliras! – exclamó en un tono de insegura vehemencia.

–¡Vamos, Palfurnio! – dijo el joven abogado con gran soltura-. Mira las cosas de frente. ¡Sabes demasiado y has hecho demasiado! Para aquellos para los que has llevado a cabo esos servicios es preferible que no puedas hablar jamás. ¿No es eso lo que se decidió en el caso de Mnéster? ¿Por qué ibas a escapar tú a la misma necesidad? Sé sincero, Palfurnio, antes de que sea demasiado tarde, y respóndeme: ¿no pensaste nunca que esto acabaría así? – La mirada del falsificador, que no decía palabra, ya no era la de un hombre feliz-. Lo pensabas de vez en cuando -prosiguió Honorio-, pero, cada vez que lo hacías, expulsabas esa funesta idea de tu mente porque

querías seguir gozando de todo cuanto te rodea. Ahora ya no podrás liberarte de ella. Porque hay alguien en camino hacia Pompeya con un puñal o veneno. ¡Tal vez espían tu casa, tal vez ya han entrado! ¿A cuál de tus esclavos o de tus gladiadores le han prometido cien mil sestercios si te traiciona?

Palfurnio apartó la mirada del delicioso paisaje que había convertido en un bien de su propiedad, como las demás cosas que había reunido, danzarinas y flautistas, sirvientes y sirvientas dotados de juventud y de gracia, gladiadores de todas las razas y disciplinas, jardines y vergeles que producían las flores para sus jarrones y las frutas para su mesa, y se dejó caer en la banqueta de madera con incrustaciones de nácar apoyada en la balaustrada.

Pero de pronto se irguió.

–¡No es posible! – gritó-. ¡Mientes! ¡Eres un impostor! ¡Has venido a tenderme una trampa! – Se volvió hacia Honorio- ¡Responde! ¡Confiesa! ¡Dime que te lo has inventado todo! – siguió gritando.

El joven abogado se sentó en la banqueta, a su lado.

–Escúchame -dijo pausadamente-. Sabes perfectamente que tengo razón y no puedes hacer nada para evitar lo que va a suceder. Sólo te queda una salida, y ésa es la razón por la que he venido. Antes de partir de Roma solicité al Senado la revisión del proceso de Sila. Deposité mi petición en manos del senador Rufo, que conoció a mi padre y que era un familiar de Menesio. Le hablé de ti, del papel que has desempeñado y de lo que te espera a partir de este momento. Está dispuesto a acogerte en su palacio de la Ciudad, donde nadie podrá ponerte la mano encima, si aceptas comparecer voluntariamente ante el Senado y declarar todo lo que has hecho por orden de Lacertio para complacer a quien le protege en el palacio imperial. El Senado tendrá en cuenta tus confesiones, a las que les daremos el nombre de arrepentimiento, y serás desterrado en lugar de condenado a la pena capital. Y tú sabes que, en tu caso, ésta se ejecutaría en la arena… He aquí el trato que he hecho en tu nombre. – Tras estas palabras, el joven

abogado se levantó-. ¡Reflexiona, Palfurnio! Pero no demasiado, porque no tienes tiempo que perder.

–¡Espera! ¿Adónde vas? ¿Dónde podré encontrarte?

–En el puerto. En las galeras de la flota Menesio que querías comprar. Palfurnio permanecía inmóvil en la banqueta. Honorio se volvió de espaldas al Vesubio y cruzó la estancia para marcharse. Cuando se disponía a bajar la escalera, oyó la voz de Palfurnio que gritaba desde la terraza:

–¡Por todos los dioses! ¡Te pongo por testigo, oh Vesbius! ¡Cuento con mis gladiadores, con mis esclavos devotos! ¡Mataré a quienquiera que venga! ¡Lucharé! ¡Nadie me arrebatará esto!

Honorio intuyó que su víctima se refería al bello paisaje que se extendía al pie del volcán. Los esclavos, atraídos por los gritos de su amo, subían la escalera corriendo.

Éste apareció en el rellano en el momento en que Honorio cruzaba el atrio.

–¿Lo oyes, Honorio? – gritó-. ¡Lucharé! ¡Los mataré a todos!

1. Nombre del volcán en la época.

–¿Incluso a Domiciano? – repuso el joven abogado, que se había vuelto antes de franquear el peristilo.

–Domiciano… -repitió el otro en un tono menos guerrero. – ¡No olvides a Domiciano! – insistió Honorio al salir.

–¡Vuelve a verme! ¡Pronto! ¡No me dejes solo, por todos los dioses! ¡Honorio!

El caballo número XX

Después de una semana transcurrida en el aburrimiento y la abstinencia, esperando en la galera donde había instalado su domicilio a un Palfurnio que no daba señales de vida, Honorio, inquieto al ver que sus asuntos no avanzaban, se dirigió a la morada en cuyo seno había sembrado el temor unos días antes.

Encontró cerrada la gran puerta de dos batientes, antes siempre abierta, por la que se accedía a los jardines que se extendían ante la casa. Había que entrar por una pequeña puerta practicada en el muro. Varios gladiadores montaban guardia, unos armados con una espada, otros con un tridente.

Honorio les dijo que era un amigo del señor de la casa y que deseaba verlo enseguida. Le hicieron pasar a una especie de garita, también habilitada recientemente, donde tuvo que responder a un interrogatorio. Le hicieron redactar una tablilla para ser entregada a Palfurnio, en la que constara su nombre y el motivo de su visita, y se le indicó que esperase en una banqueta, en un cuartito contiguo iluminado por una ventana provista de rejas.

Un rato después le anunciaron que el señor, efectivamente, aceptaba recibirlo inmediatamente. Sin embargo, le pidieron que se desnudara. Pese a sus protestas, Honorio, hijo de Caedo, tuvo que mostrar incluso la verga y los testículos ante varios gladiadores guardias atentos. Uno de éstos introdujo un dedo entre sus nalgas y lo hundió profundamente en el ano.

–¡Por todos los dioses! – se indignó el joven-. ¡Os aprovecháis de las necesidades de protección de vuestro amo para excitar vuestra lubricidad!

El que parecía tener la responsabilidad de la inspección de los visitantes lo miró severamente.

–Te equivocas, Honorio -dijo-. ¡No es con el corazón alegre como metemos nuestros dedos en lo que es una cloaca! Nos limitamos a cumplir nuestro

deber. Un asesino intentó introducir un arma en la habitación de Palfurnio mediante un tubo oculto en el ano, y fue descubierto gracias a nuestra vigilancia… Honorio se encogió de hombros. Luego, tras haberse vestido, se dejó conducir hasta la gran escalera doble que permitía acceder a la estancia del anfitrión. Éste apareció ante él en el umbral de la antecámara.

–¡Sube, amigo! – dijo-. ¡Estás en tu casa! Perdona la inspección que has tenido que sufrir, pero la regla es para todo el mundo… -En cuanto el joven llegó a lo alto de la escalera, Palfurnio lo asió amigablemente del brazo-. ¿Podrás creerlo? – prosiguió, conduciendo a su visitante a la antecámara, donde no había más que dos esclavos detrás de una mesa repleta de bebidas y manjares. Un joven bello como un dios se introdujo aquí para introducirme, si me permites tomármelo a broma, y se había introducido, en el lugar por donde a uno suelen introducirle, un tubo de metal que contenía un fino estilete con la hoja envenenada y que me estaba destinado. De no haber sido por la astuta vigilancia de mis hombres abajo, habría sido apuñalado en el preciso momento en que gozaba. En cierto modo, habría sido una hermosa muerte… -Señaló las botellas rodeadas de hielo, los sorbetes y los diferentes pasteles de ave o de pescado-. Pero ¡toma algo para refrescarte! No tienes nada que temer, todos los esclavos que lo han probado esta mañana aún gozan de una estupenda salud…

–¿Y qué has hecho con tu bello asesino? – preguntó Honorio, sirviéndose un panecillo.

–Desgraciadamente; no sólo no pude disfrutar de él, sino que ha sido preciso destrozarlo para averiguar quién le había sugerido esa descabellada idea.

–¿Y quién ha sido?

–Desgraciadamente de nuevo, no ha querido decirlo pese a los esfuerzos de todos los que se han dedicado a esa tarea…

–¿Qué habéis hecho con sus restos?

–¡Pero si no está muerto! ¿Crees que mis hombres son unos torpes? Está en uno de nuestros sótanos… Vamos a verlo -dijo, arrastrando a su visitante fuera de la antecámara-. Tal vez contigo confiese para salvar lo que le queda de vida. Un abogado astuto como tú sabe interrogar a esa clase de gente…

Acompañados por los guardias que esperaban al pie de la escalera, recorrieron pasillos hasta llegar a una puerta que conducía a los sótanos. Penetraron en una habitación iluminada por un tragaluz. El que había ido a matar a Palfurnio de una forma tan refinada estaba colgado de una cadena sujeta por un extremo a una anilla en el techo, y por el otro a una barra que pasaba por debajo de sus axilas y a la que se hallaban atados sus brazos.

En el suelo, junto a la pared, una muchacha de cabellos rubios estaba tendida, inmóvil, sobre un montón de paja; su túnica desgarrada dejaba ver unos hermosos senos y en su rostro se apreciaban marcas producidas por golpes.

–¡Está muerta! – exclamó Honorio-. ¡Todo esto es absolutamente ilegal! Podrían perseguirte por…

–No está muerta en absoluto, querido amigo -le interrumpió Palfurnio-. Ella no era más que un accesorio, destinado a completar por delante lo que el otro había venido a hacer por detrás, y no ha recibido más que unas cuantas bofetadas. En cuanto a lo de ser perseguido por esto, podría serlo por tantas cosas que ésta no contaría mucho…

Honorio se dirigió al que estaba colgado. Tenía, efectivamente, un cuerpo hermosísimo, de brazos musculosos y vientre como el de las estatuas de atletas que adornan las termas en la palestra, y el abogado pensó que no habría tenido ninguna dificultad en acabar con Palfurnio estrangulándolo, sin tomarse la molestia de llevar ese estilete que había sido su perdición. Pero había querido hacerlo demasiado bien y, con toda probabilidad, disponer del tiempo necesario para huir por la terraza, tras haber sumido silenciosamente a su víctima en el último sueño.

El joven abogado se acercó para ver mejor el rostro cuyos ojos permanecían cerrados, pues la sangre mantenía pegados sus párpados.

–¿Me oyes? – preguntó.

El torturado emitió un sonido ininteligible.

–¿No sabes quién te ha dado el dinero a cambio de matar a Palfurnio? La información nos interesa más que nada en el mundo. Si nos la dieras, haría que te liberasen y te pagaríamos una suma todavía mayor. ¿No es cierto, Palfurnio? – añadió, volviéndose hacia el dueño de la casa.

–¡Desde luego! – aprobó éste-. ¡Olvidemos que querías matarme! Después de todo, cada cual se gana la vida como puede…

El colgado balbució algo que significaba que lo único que sabía ya lo había dicho.

–Le creo -declaró Honorio-. No podía ser de otro modo. Le enviaron a un desconocido que le propuso el trato, y él no sabe nada más.

A continuación se acercó a la muchacha. Se había despertado y volvía hacia él un rostro muy hermoso pese a la equimosis, con unos grandes ojos azules y unos labios carnosos. Llevaba en el tobillo una anilla de esclava de bronce. Honorio se volvió hacia Palfurnio.

–¿Qué haces con ella?

–¡No hago nada! Debe de ser de nuestro amigo, el que cuelga de ahí… ¿Por qué? ¿La quieres?

–Si te parece bien, me la llevaré.

–¡No puedo negarte nada! De todas formas, es idiota y no sabe nada. En cambio, en una cama estará en el lugar que le corresponde… -Palfurnio llamó a uno de los guardias, que se habían quedado en la entrada del

sótano-. Acompaña a esta muchacha a las termas de las mujeres. Haz que se lave y di de mi parte que le den dos o tres vestidos apropiados. Es un regalo que le hacemos a nuestro amigo Honorio.

Palfurnio asió a éste del brazo y lo condujo al exterior. Regresaron al atrio a través de los pasillos.

–No eres razonable -dijo el joven abogado al pie de la imponente escalera-. Debes decidirte. Los que desean tu muerte no te dejarán. Y algunos de tus gladiadores te traicionarán de un momento a otro. Sal a escondidas de tu fortaleza durante la. noche y ven a la galera donde te espero. Iremos a Roma, a casa del senador Rufo.

–¡No! Todos los hombres que ves aquí han sido escogidos con esmero. Les he hecho a cada uno de ellos un contrato según el cual dentro de un año recibirán su libertad, junto a una elevada suma de dinero, si todavía sigo con vida. Saben lo que les interesa.

Honorio hizo un mohín dubitativo.

–No durarás un año así… En fin, Palfumio, sabes dónde encontrarme. La solicitud de revisión sigue su curso. Pero, si no quieres ayudarme, no podré quedarme mucho tiempo en Pompeya, donde corro el riesgo de ser reconocido por los hombres de Lacertio.

Ambos hombres regresaron a la mesa de la antecámara, donde Honorio comió y bebió. Luego se presentó un guardia para anunciar que la esclava estaba a punto y esperaba abajo.

–Honorio -dijo el señor de la casa-, desde que te conozco, lamento haber perjudicado a tu amigo Sila. Yo no sabía nada de él. Me pidieron que redactara unas tablillas falsas; estaba muy pagado y las hice. Debo mantener mi tren de vida, que es muy dispendioso como puedes imaginar. ¡Los ingresos de la agricultura no bastan! Antes me pidieron veneno. ¿Sabía yo acaso que era para Menesio y cómo era ese Menesio? ¿Es que obedecer al hermano de César, en Roma, es un crimen en nuestros días?

–La respuesta es sí -dijo el joven abogado.

–Sin duda -admitió el falsificador, meneando la cabeza-. No era capaz de enriquecerme siendo honrado. Era mi destino… Pero, ahora que pienso -prosiguió, apretando el brazo del joven-, ¿necesitas dinero? ¡Tu cliente no debe de pagarte gran cosa en el estado en que se encuentra en este momento! ¿Quieres oro? ¿Cuánto? ¡Pide! ¡Seguiré estándote agradecido!

–Gracias, pero me mantiene una comerciante acomodada. La convencí de que me ayudara a llevar adelante la revisión de este proceso en beneficio de mi futuro, y yo, a cambio, hago lo imposible para contentarla en la cama…

–¿Es realmente lo imposible? – preguntó Palfumio, riendo.

–¡Ya lo creo! Está deforme, a pesar de los masajes y la gimnasia que practica con objeto de hacer mi tarea menos pesada…

–Entonces, ¡aprovecha bien a esa esclava rubia! No debe de tener mucho más de diecisiete años. Con ella, por el contrario, todo es posible, ¡y Príapo estará contento!

Honorio bajó los escalones de mármol bajo la mirada sonriente de su amigo Palfumio, que le hacía un gesto de despedida con la mano.

La muchacha siguió dócilmente a su nuevo protector a través de las calles, unos pasos detrás de él, como le correspondía a una esclava. Llegaron al puerto y recorrieron el muelle hasta llegar a la pasarela por la que se accedía a la galera donde estaba instalado Honorio. El joven la condujo a su camarote y cerró la puerta tras ellos. La muchacha contempló los platos con restos de comida, la ropa sucia en el suelo, la cama deshecha y atestada de rollos de obras de derecho que Honorio, siempre estudioso, había tomado prestados de la biblioteca jurídica de la ciudad para no aburrirse.

–¡Vaya! – exclamó-. ¿Aquí es donde vives? ¿No limpia nadie?

–No -respondió Honorio, sentándose en la cama.

–¿Dónde están las cosas para limpiar?

–Lo ignoro. Sal y busca-dijo, echándose hacia atrás sobre la sábana sucia. Ella, obediente, salió a cubierta y abrió dos o tres puertas antes de encontrar a tres hombres sentados en el suelo, que jugaban a las tabas. Les preguntó dónde podía encontrar un cubo, escobas y cosas por el estilo. Le respondieron con bromas obscenas, que por lo demás ella ya se esperaba. Uno de los hombres señaló hacia su sexo y le dijo, riendo escandalosamente, que él podía prestarle ese palo de escoba y que no corría peligro de romperlo, pero que, si lo agitaba demasiado, recibiría un buen chorro en la cara. Al final, el que tenía más edad de los tres, apiadándose de ella, le indicó que bajo la escalera que conducía al puente había un cuarto con todo lo que necesitaba.

La muchacha regresó al camarote provista de un cubo y cepillos y empezó a poner orden para poder fregar. Mientras Honorio permanecía en la cama meditando, ella echó agua al suelo y se arrodilló para limpiar el suelo a fondo. La mirada de Honorio se encontró con la grupa de su cautiva y tuvo una erección. Llevaba más de una semana solo en aquel camarote y era consciente de por qué le había pedido a Palfurnio que le cediera a esa esclava.

Honorio liberó su falo y bajó de la cama; después, se acercó a ella y le levantó la túnica. La muchacha no llevaba nada debajo, como la mayoría de las esclavas, y el joven abogado se arrodilló e introdujo su miembro entre los muslos de ella, que se esperaba lo que estaba sucediendo y siguió trabajando. Él le cogió un pecho con una mano, mientras con la otra preparaba el camino por el que se quería adentrar.

–¿Es que no puedes esperar a que acabe? – dijo ella, sin interrumpir el movimiento de vaivén de su cuerpo que acompañaba el empleo resuelto del cepillo en el suelo.

La muchacha hablaba en un tono tranquilo que revelaba su carácter plácido.

Sin embargo, Honorio la penetró, agarrándole el otro pecho con la mano que ya le había quedado libre. Se movía, oprimiendo los pechos de la joven, y notó que ésta se humedecía. Ella no tardó en soltar el cepillo para apoyarse en el suelo y responder con la grupa a los esfuerzos metódicos de su nuevo amo. Apenas tenía diecisiete años, como había comentado Palfurnio en el sótano, y la naturaleza imponía sus dictados.

Honorio se esforzó en prolongar el acto, resistiéndose a los gemidos de su esclava, que le incitaban a abandonarse. Quería demostrarle que tenía intención de preocuparse por ella y que, en lo sucesivo, su deber primordial sería participar activamente en aquellos juegos, quedando los trabajos domésticos en un segundo piano. No se liberó hasta que notó que ella había llegado al límite de sus fuerzas después de varios orgasmos sucesivos. Entonces se tumbaron en el suelo sin separarse uno de otro.

Tras un rato de silencio, mientras que ella permanecía tendida junto a él, después de haberse dado la vuelta, Honorio se sentó.

–¿Cómo te llamas? – le preguntó.

Ella se encogió de hombros, consciente de que no era más que un objeto del que los demás disponían a su antojo y que, por consiguiente, su nombre no tenía mucha importancia.

–Nais -respondió sin convicción.

–¿Y el hombre que quería matar a Palfurnio?

–Me dijo que se llamaba Saturio.

–¿Cómo lo conociste? – prosiguió el joven abogado.

–Yo estaba en venta en Herculano. Él llegó al mercado, me vio, me examinó los dientes y quiso ver cómo estaba hecha -dijo, señalando su sexo con la mano-. Luego discutió con los vendedores y les dijo que buscaba a una muchacha muy hermosa, pero se marchó sin comprar. Al día siguiente

volvió, vio a otras chicas y también las examinó. Los vendedores empezaban a estar hartos de él. Al final me compró… Entonces pasé varios días en Herculano con él en una casa pequeña. Me explicó que tendría que acostarme con un tipo muy rico, mientras él lo ensartaba por detrás. Y añadió que me compraría un brazalete de oro si hacía gozar al tipo y todo iba bien.

–¿Os quedasteis en Herculano?

–Sí.

–¿No salías de casa?

–Sí, algunas veces me llevaba con él.

–¿Sabes que alguien le dio mucho dinero para que matara a Palfurnio? Ella se encogió de hombros.

–Sí, claro que lo sé. Después de la paliza que me dieron en aquel sótano, no puedo no saberlo.

–¿Viste al sujeto que le dio el dinero?

–Vi a un tipo dos veces. Primero fue a la casa. Aquel día, Saturio me dijo que saliera al patio. Había un patio pequeño, donde estaba el aljibe y una tina, así que me dediqué a lavar la ropa mientras ellos hablaban.

–¿No oíste lo que decían?

–No.

–¿Y la otra vez?

–Fue en una taberna a orillas del mar. Habíamos comido allí.

–¿Era amable contigo? ¿Te llevaba a comer?

–Sí, se aburría. No conocía a nadie en Herculano.

–¿Y fue el mismo sujeto a la taberna? ¿Cómo sucedió? ¿Cómo llegó el tipo?

–A caballo.

–¡A caballo! ¿Recuerdas cómo era ese caballo?

–Sí, porque Saturio vio llegar al tipo desde lejos y me dijo: «Ve a sujetarle el caballo mientras yo hablo con él». Igual que la primera vez en la casa, cuando me envió al patio para que no oyese lo que decían.

–¡A caballo! – repitió Honorio-. Eso es interesante.

La muchacha no comprendía por qué aquello podía ser interesante, pero le daba igual.

–¿Recuerdas qué día fue?

–Fue, digamos…, hace un mes.

–Sí, pero ¿no puedes concretar más? – Ella reflexionó, deseosa de complacerle-. ¿No pasó nada extraordinario ese día, por ejemplo? – insistió Honorio.

–¿Cómo qué?

–No sé, en las calles… Una fiesta o algo de ese tipo. En esa época se celebra una fiesta de Neptuno.

–¡Ah! – dijo ella-. Puede ser. El día antes, vino gente a arrojar flores al mar y todas esas cosas, y habían sacrificado un buey en la playa porque, cuando llegamos, unos tipos estaban limpiando el lugar donde aquello había sucedido. Todo el mundo había pisoteado y dejado restos, y se veía sangre

de buey.

–Muy bien -dijo Honorio- Eres una buena chica. Ya sé qué día era: el siguiente al de las Ofrendas a Neptuno.

Le acarició los brazos, pero la muchacha pareció no percatarse de ello, pues sabía que ese tipo de cosas no eran para ella. Con ella, jodían y punto.

–¿Y el caballo de ese tipo? – prosiguió Honorio-. En tu opinión, ¿era de alquiler o de su propiedad?

Ella se echó a reír.

–¡Eres increíble! ¿Qué más te da que el caballo fuera o no de él? Honorio le acarició de nuevo el brazo e incluso le cogió una mano, que ella dejó entre las suyas procurando que permaneciera inerte.

–Puede ser muy importante -contestó él-. Intenta recordarlo. ¿Le diste de beber al caballo, por ejemplo? Era mediodía. Debía de tener sed.

–Sí, claro. Estaba sudando. Junto a la taberna había una fuente con una especie de abrevadero, y el animal tiraba hacia allí. Yo lo llevé al abrevadero.

–¿Había alguna marca en los arneses del caballo? Los caballos llevan algo de cuero en la cabeza. ¡Haz memoria!

La muchacha reflexionó de nuevo.

–Tienes razón. En el tira de cuero que llevaba en la frente había una banda roja.

–Entonces era un caballo de alquiler. ¿No llevaba nada más? Una placa o un medallón de cuero, por ejemplo, con un número. Todos los caballos de alquiler llevan un número…

–Sí -dijo ella-. Llevaba una placa redonda.

–¿Con una cifra grabada?

–Sí, había una cifra…

–Si pudieras recordar esa cifra, sería estupendo -dijo-. Te harías merecedora de un brazalete de oro para cada pie…

La muchacha hizo una especie de mohín con sus labios carnosos.

–No necesito brazaletes de oro.

–¿Qué necesitas?

–Alguien que se quede conmigo y no me venda al cabo de tres meses. Alguien que tenga una casa donde yo pueda quedarme, para no pasarme la vida volviendo al mercado para ser puesta en venta como un animal… -Dirigió su mirada tranquila hacia él y le preguntó-: ¿Tienes una casa?

–En este momento, no; pero quizá tenga una muy pronto. Si pudieras decirme qué cifra había grabada en el medallón de cuero del caballo, eso facilitaría las cosas.

Esperó en silencio. Ella abrió una mano y, con un dedo de la otra, dibujó en la palma una X y después otra al lado.

–¿Diez y diez? – preguntó Honorio.

–Sí, creo que era eso. Lo recuerdo porque eran dos X. Si no, me habría resultado más difícil.

–¿Sabes contar?

Ella se encogió de hombros.

–Más o menos.

–¿Y leer?

–Un poco.

–¿Cómo has aprendido?

–Me enseñó un viejo que me compró cuando era pequeña.

–¿Se acostaba contigo?

–Claro. Me tocaba y me lamía. Me enseñó a leer y escribir. Pero, como era muy viejo, aquello no podía durar mucho tiempo.

–¿Lo lamentas?

–Sí, a veces. Creo que me tenía cariño y que me habría conservado. Lo malo de las personas viejas es que se mueren.

Honorio se levantó con la intención de vestirse.

–Espérame aquí. Cuando vuelva, te traeré algo de comer. – Se inclinó sobre ella como si fuera a darle un beso-. ¿Estás segura de que la cifra era veinte? – le preguntó.

–Sí, estoy segura.

Él acercó su boca a la suya. La muchacha le observaba con mirada tranquila.

–No te esfuerces -dijo-. No te sientas obligado.

Honorio caminó por el muelle hasta el pequeño quiosco que funcionaba como puesto de alquiler de caballos y vehículos para los viajeros que desembarcaban en el puerto. Un esclavo burócrata estaba sentado, solo, tras

una mesita.

–¿Hay algún establecimiento de alquiler de caballos en Pompeya? – preguntó el joven abogado.

–Estamos nosotros.

–¿Y quiénes sois vosotros?

–«Alquileres Esporo» -respondió el esclavo, en un tono que daba a entender que quienes no conocían el establecimiento Esporo probablemente eran unos catetos.

–¿No hay más?

–Hasta el año pasado estaba Malvinio, pero lo compramos nosotros -dijo con aires de suficiencia.

–¿Quieres decir que Esporo consiguió hundirlo con las marranadas que le hizo, para después poder quedarse con él?

–¿Lo que queréis es un caballo, o denigrar nuestro negocio con palabras sin sentido? – preguntó el esclavo, esta vez muy enfadado.

–Lo que quiero es que me digas dónde están los locales de Esporo en la ciudad.

–No hace falta ir a la ciudad; se puede alquilar aquí mismo. Siempre hay varios caballos disponibles cerca del puesto de percepción de las tasas portuarias, y dos están atados ahora mismo detrás de este quiosco.

–Te lo agradezco -dijo Honorio-. Primero les echaré un vistazo a esos dos.

El joven burócrata se encogió de hombros. ¿Ese tipo pensaba quizá que en Esporo alquilaban caballos en malas condiciones?

Honorio rodeó el quiosco. Bajo un tejadillo había, en efecto, dos caballos con muy buen aspecto. El corazón del joven abogado latió más deprisa al ver una cinta roja en la banda de cuero que cruzaba la frente de los dos animales. El organizador del intento de asesinato de Palfurnio había alquilado una montura en Alquileres Esporo, en una fecha próxima al día de las Ofrendas a Neptuno.

Honorio llegó al final de la calle de Estabias, donde se encontraban los locales y los establos de Alquileres Esporo, frente al arca de agua y muy cerca de la puerta del Vesubio, por la que se podía acceder fácilmente tanto al camino de Herculano como al que conducía al volcán. Entró en el patio atestado de carretas, de esclavos que iban de una cochera a otra, y de clientes que entraban y salían de la oficina.

Se presentó en ésta y pidió algunos datos e información sobre los precios de caballos y vehículos. Un empleado tuvo que consultar varios pergaminos y registros para responderle. De esta forma, Honorio pudo constatar que el establecimiento llevaba un control detallado de sus operaciones diarias.

Miró a los cuatro o cinco empleados presentes, y uno de ellos, más joven que los demás, le devolvió la mirada con complacencia. Honorio le sonrió y, en el momento de salir del local, se volvió para dirigirle una última mirada. Constató que aquella reacción era esperada y, tras cruzar el patio, salió a la calle. Luego entró en la taberna más próxima y se sentó a una mesa desde donde podía observar las idas y venidas que se producían en el establecimiento Esporo.

La tarde estaba tocando a su fin; el sol extendía sombras oblicuas y la brisa del mar ofrecía su frescor tras un despiadado día de verano. Honorio calculó que el joven chupatintas al que le había echado el ojo no tardaría en salir, una vez finalizado su trabajo. Pasara lo que pasase, el abogado de la herencia Menesio estaba decidido a esperar el tiempo que fuese necesario.

El joven apareció en el patio. Honorio se levantó inmediatamente de la mesa y salió a la calle para dirigirse hacia él, de manera que el encuentro pareciera fortuito. El muchacho lo encontró de pronto ante él y ambos sé

detuvieron.

–¡Vaya! ¿Ya has acabado de trabajar? – dijo Honorio.

–Ahora mismo.

–¿Tienes prisa por volver a casa?

–¡Oh, no! – contestó el otro rápidamente.

–Entonces ven a beber algo conmigo -dijo Honorio, asiéndolo del brazo. Lo llevó a la taberna y se sentaron a la mesa que el abogado acababa de dejar. El muchacho seguía sonriéndole.

–¿Sois de Pompeya? – preguntó éste.

–De Roma, pero estaré aquí una temporada. – Miró a su interlocutor con una sonrisa insinuante y prosiguió-. ¿Te interesa tu trabajo en Esporo?

El otro se encogió de hombros. – Me he acostumbrado…

–¿Cuánto ganas?

–Ciento diez sestercios.

–No está mal -comentó prudentemente Honorio-. ¿Y dónde vives?

–No muy lejos de aquí.

El tabernero se acercó con una botella de vino fresco y dos vasos de barro cocido, que llenó. El muchacho bebió y, más animado, se lanzó.

–Si queréis, podemos ir a mi casa. Vivo con un amigo, pero trabaja por la noche, así que no estará. Además, no es celoso -añadió en un tono apesadumbrado.

Honorio puso la mano sobre la del muchacho.

–Eres muy amable, pero antes tengo que pedirte algo. – Pedidme todo lo que queráis.

–Necesito que me hagas un favor. Te daré el salario de un mes.

–¡No es una cuestión de dinero! Si puedo, lo haré muy gustoso. ¿De qué se trata?

–Quisiera que consultases el registro de los alquileres de caballos. – Ignorando la sorpresa que leía en los ojos de su interlocutor, Honorio prosiguió-. Siempre anotáis el número de los caballos que se alquilan, ¿verdad?

–Sí, por supuesto. Se anota el nombre del tipo que lo alquila y el depósito que paga. Se le da un recibo y hay que apuntar también el número de ese recibo. Y, cuando devuelve el animal, se hace constar lo que ha pagado. Todo…

–Tu patrón está muy bien organizado.

–¡Debe serlo! De lo contrario, no se sabría cuánto se gana. Además, aparte de los caballos están los vehículos. ¿Y qué es lo que queréis que mire? – Bueno, lo que quiero saber es a quién se le alquiló el caballo número XX en la época de las Ofrendas a Neptuno.

El joven burócrata, un tanto desconcertado, se quedó callado.

–¿Sólo queréis saber eso? – preguntó luego.

–Sí -contestó Honorio, poniendo de nuevo su mano sobre la de él para animarlo a complacerle.

–Consulta mañana el libro y después nos encontramos aquí a la misma hora, ¿de acuerdo?

–¡No hace falta esperar hasta mañana! – exclamó el joven-. Puedo ir allí ahora. Algunos empleados se quedan en las oficinas hasta medianoche para atender a los clientes de última hora.

Se levantó. Honorio le vio cruzar la calle y entrar en el patio de Alquileres Esporo. Estuvo unos minutos en el interior de las oficinas y, después, el abogado le vio salir y cruzar la calle en dirección a la taberna. Llegó y se sentó de nuevo.

–He dicho que se me había olvidado anotar una cosa en el registro de los caballos -explicó.

–Y bien, ¿quién alquiló el caballo número XX? – preguntó Honorio.

–No fue alquilado.

–¿Cómo? – exclamó sorprendido el abogado.

–Durante dos semanas, una antes del día de las Ofrendas a Neptuno y una después, no consta en ninguna de las páginas del registro.

–¿Estás seguro? – preguntó Honorio, decepcionado.

Pensó que su nueva esclava se había equivocado o había dicho una cifra cualquiera para que la dejase en paz. Los esclavos hacen ese tipo de cosas.

–Y en tu opinión, ¿eso qué significa? – prosiguió-. ¿Estaba enfermo el caballo?

–Se me ha ocurrido que podía tratarse de eso y he consultado el registro de los caballos enfermos.

–¿Hay un registro de caballos enfermos?

–Por supuesto. Se anotan los medicamentos, lo que cuestan, las visitas del

veterinario, etcétera. Pero allí tampoco aparece.

–Entonces, ese caballo desapareció durante quince días. ¿Qué explicación puede tener eso?

–Es muy sencillo -contestó el muchacho tranquilamente-. Es lo que sucede cuando Esporo le presta un caballo a alguien sin cobrarle.

Honorio se esforzó en disimular la alegría que le causaba aquella revelación. ¡El. tipo del caballo trabajaba para Esporo, y Esporo era el agente de Lacertio en Pompeya encargado de vigilar a Palfurnio y todo lo demás!

El joven abogado había preparado unas monedas de cincuenta sestercios y se las dio al muchacho. Éste se sonrojó.

–¿Vamos ahora a mi casa?

–Oye…, te agradezco el ofrecimiento, pero esta noche me han invitado unos amigos y no me queda más remedio que acudir a la cita. Pero a principios de la semana que viene vendré a esperarte a la salida del trabajo y entonces iremos a tu casa. – Oprimió la mano que tenía entre las suyas-. Estoy seguro de que pasaremos una velada agradable.

–¡Qué lástima! Esta noche también habría estado bien -dijo el muchacho, apenado.

–Pero no estás solo. Tienes a tu amigo. – Llega por la mañana. Y a veces acompañado.

–Ya… Perdóname. Y no lo olvides: ¡hasta la próxima semana!

–No lo olvidaré -respondió el joven burócrata.

Honorio dejó varias monedas de un as en la mesa para pagar el vino y se levantó. Se dirigió hacia la calle, no sin volverse para dedicarle un discreto

gesto de despedida a su conquista, que seguía sonriéndole. Se alejó por la calle de Estabias, que era una de las más concurridas de la ciudad, buscando con la mirada una tienda donde vendiesen todo lo necesario para escribir: plumas, tinta, pergaminos, estiletes para grabar, etcétera. Cuando la encontró, entró y pidió media docena de tablillas y un estilete. Cogió una de las tablillas y, apoyándose en la especie de atril instalado para los clientes, escribió estas palabras: «Sé quién: Esporo». A continuación ató las dos tablillas para ocultar lo que había escrito. La muchacha de la tienda le tendió un bastoncillo de cera y él, acercándose a la lámpara de aceite encendida permanentemente a tal efecto, fundió la cera y selló la cinta.

Pagó el importe de su compra -doce ases- y se mezcló con la muchedumbre nocturna, la que salía a la calle para disfrutar del fresco, la que se sentaba en los restaurantes y charlaba en las tabernas para olvidar las preocupaciones del día. Pompeya, al contrario que Roma, era una ciudad donde vivían bien tanto los pobres como los ricos. Circundada por su campo increíblemente fértil, que producía el mejor trigo de Italia y tres cosechas de legumbres al año, y abierta a través de un golfo a un mar encantador del que los pescadores recogían todas las mañanas unos productos fresquísimos, no había sido abandonada por sus habitantes pese al terremoto que la había destruido casi por completo dieciocho años antes. Todavía se seguía reconstruyendo después de tantos años, y los hombres de negocios y los patricios habían invertido fortunas en dicha reconstrucción, que el poder imperial había apoyado tanto mediante dinero del Estado como con medidas jurídicas adecuadas. El epicúreo Palfurnio, pensaba Honorio mientras se adentraba en la calle de Nola, que conducía a la puerta del mismo nombre y donde su nuevo amigo, el bribón falsificador y envenenador, había edificado su mansión por todo los alto, había tenido buen gusto al elegir el lugar de sus infamias. Sin embargo, tal como previera el joven abogado al marcharse de Roma, éstas se devoraban entre sí y estaban llegando a su fin.

Los gladiadores de la entrada reconocieron a aquel que se había ganado recientemente la amistad de su amo y le admitieron sin dificultad en la garita, donde les mostró la tablilla. Les rogó que le entregasen sin tardanza aquel mensaje, especificando que era de Honorio, hijo de Caedo.

Después tomó el camino del puerto. Al pasar ante el famoso establecimiento de Vinicio, el prestigioso vendedor de comestibles que surtía a todo Pompeya de padres a hijos desde hacía más de un siglo, recordó que Nais no tenía nada para comer. Deseoso de recompensar los esfuerzos que la joven había hecho por la mañana mientras limpiaba el camarote, Honorio compró lo mejor que había: lenguas confitadas en bonitas vasijas de cerámica, pasteles de ave cubiertos con sus plumas originales, un pescado en conserva, frutas de África y, por último, una botella de vino blanco y otra de tinto, con mucho hielo. Vinicio, el tataranieto del fundador, era un hombre corpulento que acudía todas las noches a su establecimiento, ataviado con un uniforme blanco de cocinero, a la hora en que la venta estaba en su apogeo. Deseoso de complacer a aquel cliente nuevo y derrochón, regañó al esclavo que le atendía y puso a su servicio a un chiquillo con dos cestos para que le llevase la compra a su casa.

Honorio caminó delante de su recadero a paso ligero, con el corazón alegre tras haber atravesado tantos momentos difíciles. Había encontrado al que llevaba los asuntos secretos de Lacertio en Pompeya sin pagar oro ni dar puñaladas, utilizando tan sólo su capacidad de razonamiento, aprendida en las escuelas de derecho donde había estudiado con ahínco, y la idea de los orgasmos que su esclava le había proporcionado y le seguiría proporcionando añadía a aquella dicha un toque sensual. Montó a bordo de la galera con la mejor disposición de ánimo posible. Desde el muelle había visto a Nais, que le esperaba sentada en el puente, seguramente cansada de estar encerrada en el camarote. Le dio un sestercio al porteador, que le besó la mano.

Después de haber mirado sin decir nada todo lo que había en los cestos, la joven esclava comenzó a comer y beber.

–¿Tenías hambre? – preguntó el abogado de la herencia Menesio. Ella asintió con la cabeza.

–¿Cuánto tiempo llevabas sin comer? – dijo, recordando que la había

sacado de un sótano donde la debían de haber tenido en ayunas muchas horas.

–Dos días.

–¿Y por qué no me has dicho nada?

–No me gusta pedir -respondió ella.

Encuentro en Herculano

La litera que llevaba a Lacertio se alejaba en la noche de agosto hacia Pompeya tirada por mulas. Detrás de las cortinas corridas, Lacertio intentaba en vano conciliar el sueño. Tendido sobre una fina sábana, un muchacho de unos quince años dormía desnudo junto a él.

Lacertio había recibido de Esporo una tablilla en la que le informaba del inesperado comportamiento de Palfurnio. Ante el asombro general, éste había transformado su palacio abierto de par en par en un campamento atrincherado, custodiado por guardianes en pie de guerra. La tablilla no decía -la cera grabada no puede pecar de indiscreción- que Palfurnio debía de sospechar algo, y ese algo Lacertio sabía muy bien qué era. Si Palfurnio se había encerrado tras los petos y las espadas de una guardia pretoriana, era porque alguien le había comunicado la decisión que se había tomado contra él. Y eso merecía un viaje a Pompeya, incluso cuando en el palacio imperial iban a precipitarse los acontecimientos.

Lacertio se sintió inquieto. En Roma, entre los cortesanos de Domiciano que vivían con el nerviosismo de su conspiración permanente contra César, Lacertio confiaba en la empresa en la que colaboraba desde hacía meses. Pero ahora, mientras se alejaba de la Ciudad, solo frente a sí mismo en

aquel camino y de noche, el conspirador tenía miedo.

Lacertio había amasado una gran fortuna. Si el asunto fracasaba, lo perdería todo y probablemente también la vida, porque un día Tito, cansado de que se burlaran de él, haría rodar cabezas pese a haber jurado no hacerlo jamás. La cólera de los hombres buenos es la más temible. Y el insomnio se instalaba en el espíritu del pasajero de la litera, que comprendía que aquella conspiración se adhería a su piel como si fuera la túnica de Neso. Desearía abandonar esa peligrosa nave ahora que Domiciano no lo permitiría.

La litera se balanceaba suavemente, acompañada del golpeteo amortiguado de los cascos de las mulas, que habían sido envueltos en tela para que nada impidiera el difícil sueño del señor. El adolescente desnudo, que dormía profundamente, tocó con una de sus piernas un muslo de Lacertio, despertando un deseo en el que éste vio el medio de escapar a su angustia. Le había comprado aquel jovencito a Cosio Libano la semana anterior, tras una violenta escena que la mujer de éste, Acilia, le había hecho a su esposo en su presencia. El efebo acaparaba todas las noches y toda la energía de su Cosio y ella le amenazó con la separación. Acilia poseía fortuna, mucha más que Cosio, y en Roma cada vez resultaba más fácil divorciarse por razones de ese tipo. De manera que Cosio cedió y Lacertio se ofreció para comprar al retoño. Se lo había llevado de viaje por temor a la soledad.

Alargó la mano para acariciar el sexo del efebo. Éste sonrió entre sueños y abrió los ojos; luego, mientras la caricia proseguía, acercó la boca al pecho de su amo y le besó los pezones. Aquella boca descendió hacia el vientre y atrapó suavemente entre sus labios el falo erecto. Lacertio acariciaba ahora los rizados cabellos de su joven esclavo, y se dejó caer hacia atrás en espera del placer que muy pronto le ofrecería el olvido mediante el sueño.

Lacertio se despertó. La litera estaba inmóvil. Apartó las cortinas. El sol dorado de la mañana modeló las formas del cuerpo del jovencito dormido boca abajo, con la cabeza entre los brazos. Las mulas, por su parte, dormían de pie. Los esclavos estaban sentados en la hierba. Unos pájaros trinaban. La reducida caravana se había detenido cerca de una fuente, junto a una hilera de cipreses próxima a la bifurcación en la que el camino de

Herculano se separa del de Pompeya.

Lacertio bajó de la litera y se acercó a la fuente para realizar sus abluciones matinales. Los esclavos lo secaron enseguida y le sirvieron en una bandeja su almuerzo consistente en galletas, queso e higos. Al poco, un jinete se acercó a la litera. Puntual a la cita matutina, el mensajero de Esporo que el viajero esperaba le presentó una tablilla tras haber desmontado. «Éste te conducirá a Herculano, a una casa preparada para ti donde me reuniré contigo antes del mediodía», leyó Lacertio.

Además de mulas, caballos y vehículos, Esporo alquilaba casas por meses o por años, y proporcionaba a quienes lo necesitaban jardineros, muebles, flautistas y jovencitos afeminados o _ no. También podía poner a disposición de sus clientes fontaneros diestros en reparar las canalizaciones, cocineros capaces de preparar un gran festín o una cena íntima aderezada con platos afrodisíacos, e incluso techadores que reparaban rápidamente los tejados. Se había enriquecido durante el período de reconstrucción que siguió al terremoto, gracias a los fondos que Lacertio había puesto a su disposición. Nadie sabía que era su agente en Pompeya.

El jovencito seguía durmiendo cuando la litera se puso de nuevo en marcha. Ésta entró en Herculano y penetró, tras atravesar un laberinto de calles estrechas, en el jardín rodeado de altos muros de una casa en el corazón de la ciudad.

Lacertio recorrió las estancias amuebladas con gusto y adornadas con ramos de flores en jarrones de alabastro. Cogió al azar de la biblioteca varios rollos de pergamino y se instaló fuera para leer a la sombra de los árboles. El primer rollo que abrió era un relato del asesinato de Calígula. «Cuando se disponía a pasar por una galería subterránea -leyó Lacertio-, donde niños de noble familia traídos de Asia se preparaban para aparecer en escena, se detuvo para observarlos… Mientras les hablaba, Caerea le asestó un violento golpe en el cuello con la hoja de su espada, gritando: "¡Vamos!", y Cornelio Sabino, que estaba entre los conjurados, de una puñalada certera le atravesó el corazón. Desplomado en el suelo, presa de convulsiones, gritaba que aún estaba vivo…»

La mirada de Lacertio se apartó del pergamino para dirigirse a los rosales del jardín. ¿Era un signo el hecho de que el primer rollo que hubiera caído en sus manos le narrara el asesinato de un emperador de Roma? ¿Y si Domiciano le pedía en el último momento que se uniera a los que matarían a su hermano? ¿Qué haría él, Lacertio? ¿Y si la operación fracasaba? «Al oír sus gritos, sus porteadores acudieron con estacas -continuó leyendo-, seguidos de inmediato por sus guardas germanos. Y mataron a varios de sus asesinos, e incluso a varios senadores inocentes…»

Así pues, aquella conspiración había tenido éxito, pero muchos de los ejecutores perecieron inmediatamente. Aquellas puñaladas les hicieron perder sus esclavos, sus propiedades, sus casas en el campo, sus compañeras o compañeros de cama, todo cuanto permite gozar de la vida…

La obra, que Lacertio continuaba desenrollando, recordaba que Galba había preferido ofrecerles él mismo su cuello a los asesinos, que Vitelio había sido arrastrado con ayuda de un garabato para ser arrojado al Tíber, que Claudio había muerto envenenado presa de atroces dolores…

«¡Roma! – murmuró Lacertio-. ¿Todos aquellos a los que les das el título de César deben acabar así?» Mientras meditaba, oyó unos pasos y, al volverse, vio a Esporo que avanzaba hacia él sonriendo.

El recién llegado era un hombre alto y atractivo de unos treinta años, de rasgos delicados, que lo hacía todo con elegancia, incluso los crímenes que le encomendaban. En comparación con él, Palfurnio aparecía como un personaje de teatro cómico, un gordo grotesco con su verruga y su vientre. En Esporo, el vicio y el crimen adoptaban un aspecto delicioso.

–¡Ave, Lacertio!

–¡Siéntate junto a mí, apuesto joven! – dijo calurosamente el romano, a quien la visión de aquel hombre de porte gracioso y tranquilo le hacía recobrar la confianza-. ¡Habla! ¿Cómo están las cosas?

–Nos han cambiado a Palfurnio -dijo Esporo en tono de chanza-. Le envié a un joven y una muchacha, regalo que sabes recibe con glotonería y, en este caso, regalo envenenado, pensando que no tendrían dificultad en franquear las defensas de la fortaleza en la que se ha enclaustrado. El joven, que era un atleta, llevaba escondida una cosa destinada a ser clavada en la espalda del señor de la casa, además del arma natural que debía hincar en el sitio habitual.

Después tenía que huir por la terraza que conoces. Pero no hay manera de engañar a los guardias de Palfurnio. Desnudaron al joven y le encontraron lo que llevaba escondido.

–¿Y si ha hablado? – preguntó Lacertio.

–El hombre que le convenció de que nos hiciera ese trabajo por ochenta mil sestercios no era de esta región y se marchó de la ciudad una vez cerrado el trato.

–Perdona por haber dudado de tu prudencia -dijo Lacertio sonriendo. Reflexionaba, buscando una idea para sugerírsela a su adepto. – ¿Cómo le van las cosas a Efestio? – le pregunto al cabo de un rato.

–¿A Efestio? ¿Te refieres a su negocio de gladiadores? Pues van fatal, ya que nosotros hemos hecho todo lo posible para que así sea.

–¿Podrías hacerle venir aquí? Dile que alguien quiere invertir en su familia.

–¿Hablas en serio?

–¡Yo siempre hablo en serio!

–Puedo enviar en su busca ahora mismo. Se quedará de piedra al ver que alguien le tiende una mano caritativa…

Mientras Esporo se alejaba para dar las órdenes pertinentes, el romano regresó a sus pergaminos; luego, negándose a seguir pensando en los

crímenes que no habían cesado de manchar la historia del Imperio desde Bruto y César, los apartó.

Un esclavo guiaba a través del jardín a un hombre de unos sesenta años, más bien delgado, que caminaba un poco encorvado, como si le pesara la tristeza reflejada en su rostro. La escuela de gladiadores del lanista Efestio, situada en Herculano, había sido durante mucho tiempo rival de la de Palfurnio en Pompeya. Había perdido esa batalla con el transcurso de los años y se sabía que estaba al borde de la quiebra.

Tal como había previsto Esporo, la mirada de Efestio expresó incredulidad cuando vio quién se hallaba sentado en aquella banqueta, en aquel jardín.

–¡Por todos los dioses! – exclamó-. ¿Qué quiere de mí mi enemigo Lacertio? ¿Estoy en una trampa, en este lugar florido, una trampa más de las que ya me ha tendido?

–¡Siéntate, Efestio! – dijo el romano, riendo-. No tienes nada que temer de mí…

–¡Esto sí que es una novedad! – comentó el otro con agria ironía.

–¿Cómo van tus negocios, Efestio?

–Por muchas razones, y ahorrándote mi indignación al oír tales palabras en tu boca, indignación que caería también en saco roto, te responderé que tú ya conoces la respuesta a esa pregunta.

1. Las escuelas de gladiadores también recibían el nombre de «familias».

–¿Cómo? ¿Sigues teniendo deudas?

–Unas cuantas.

–¿Quieres lo que necesitas para pagarlas?

–¡Oh, Vesbius -exclamó el hombre-, tú que dominas esta ciudad con tu cabeza coronada de humo, dime que no estoy soñando y que mi torturador aquí presente ha enviado de verdad a uno de sus esclavos en mi busca! Pero ¿qué idea tienes en mente, Lacertio, para hacerme una proposición semejante?

–La idea de perjudicar a tu enemigo Palfurnio -soltó el romano sin rodeos.

–¡Oh, oh! – exclamó Efestio, que había oído decir que su rival se había atrincherado de la noche a la mañana en su casa, protegido por sus hombres-. De manera que los tiempos han cambiado… Pero ¿qué entiendes tú por perjudicar? Es una palabra que puede abarcar muchas cosas. Si se trata de perjudicar sus negocios como él lo ha hecho con los míos, ya no dispongo de los medios para hacerlo…

–Ahórrame tener que expresarme de una forma más precisa. ¿Cuál es el instrumento de tu arte? La espada, ¿no?

–¿Esperas de mí que le perjudique utilizando una espada?

–Muchas espadas.

–¿Qué significa eso? No te pido que seas preciso, sino únicamente claro…

–Palfurnio ya no sale de su casa. Está rodeado de sus hombres, que odian a los tuyos desde hace tiempo. ¿No se produjo entre ellos, hace unos años, una famosa pelea que costó muchas vidas? Si tus gladiadores, después de que algunos de los suyos se hubieran enfrentado a ellos en público, fueran a atacar la mansión de su señor, a nadie le sorprendería. Se produciría una encarnizada batalla, en el transcurso de la cual Palfurnio podría resultar herido. Y durante un combate sin cuartel, entre hombres acostumbrados a llegar hasta el final, corre el peligro de que esa herida le sea fatal.

–Es verdad -aprobó Efestio, que había recobrado la sangre fría-. El peligro es, efectivamente, enorme.

–El fin accidental de Palfurnio resultaría beneficioso para tus negocios -comentó Lacertio-. Para ti, sería la oportunidad de recuperarte e incluso de instalarte en Pompeya. Sobre todo teniendo en cuenta que en Roma habría personas dispuestas a ayudarte…

–Has sido a la vez claro y preciso -repuso el otro con gran satisfacción-. Tu mensajero decía que alguien estaba interesado en invertir en mis negocios. No me siento decepcionado, sino todavía asombrado de que ese alguien sea Lacertio…

–¡Ya lo ves, Efestio, hay días malos y días fastos! El viento cambia. Y, para ser precisos hasta el final, ¿a cuánto ascienden tus deudas?

–Me temo que no estén lejos de alcanzar la cifra de millón y medio.

–Estoy totalmente dispuesto a invertir esa suma. Y compraremos el negocio de Palfurnio cuando se saque a subasta.

El triste semblante de Efestio se alegó por primera vez.

–Es preferible tenerte como amigo que como enemigo dijo.

–Sí, ¿verdad?

Una vez que Efestio se hubo marchado, Esporo apareció de nuevo. – Ven a sentarte junto a mí -dijo el romano-. Aún no hemos terminado. He venido por el asunto de Palfurnio, pero también por otro. Como sabes, el galo Sila, el galo de Menesio, se encuentra ahora en la mina de azufre.

–Lo sé.

–¿Cuentas con alguien allí arriba que pueda hacerte un favor?

–Conozco a alguien que me hace favores, pero no por amistad, sino a cambio de dinero.

–Pregúntale cuánto pide por hacer que Sila, ya debilitado por las numerosas heridas recibidas en el circo, no resista mucho tiempo el trabajo de la mina. Pongamos, por ejemplo, un mes. También podría tener un accidente. Allí arriba deben de utilizar carretillas. Una de ellas podría derribarlo y pasar por encima de él… Si la suma que pide es razonable, págale la mitad por adelantado y el resto una vez concluido el asunto.

–De acuerdo. Enviaré a alguien a la mina. ¿Cuándo piensas volver a Roma?

–Mañana por la mañana. A partir de ahora no hay que alejarse…

–¡Ah! – dijo Esporo.

–Es una cuestión de días. Se habla de dos semanas…

–Muy pronto, en efecto -observó Esporo-. Sin embargo, puesto que tienes que pasar la noche en esta casa, ¿quieres que haga venir a algunas muchachas?

–Iba a pedírtelo, mi querido Esporo -contestó Lacertio, posando la mano en el brazo de su compañero.

Comerciando con azufre

Un poco antes de llegar a Herculano, Cotio decidió que aquel lugar donde había, al borde del camino, una gran fuente pública y una especie de almacenes de alquiler le permitiría a su tropa de veteranos y de arqueros persas acampar mientras él iba a informarse sobre aquella mina de azufre.

Los dos carros de aspecto rústico, al fondo de los cuales iban escondidos los arcos y las flechas de Todj y sus hombres -armas que habían preparado

cuidadosamente en la granja y que resultaban temibles en sus manos-, así como las espadas y pilum de los veteranos, se detuvieron delante de uno de aquellos almacenes. La Vieja había recorrido todo el camino montada en su asno, un animal fuerte de origen galo que valía más que un caballo. Iba vestida como una anciana acomodada, no como una esclava, mientras que Haedunna, montada también en una mula, con su anilla de oro en el tobillo tenía todo el aspecto de ser la jovencísima sirvienta de lujo de un amo ávido de carne fresca.

Cotio fue a la ciudad a pie y preguntó, de taberna en taberna, dónde se encontraba el local de la asociación de veteranos. En cada ciudad del Imperio había una asociación de ex legionarios establecidos en la ciudad o sus alrededores. Le informaron, y se encontró ante dos hombres que, por su avanzada edad, habían sido designados para ocuparse de la secretaría de aquella sección local. Les dijo que estaba deseoso de montar algún negocio en la región y mencionó la mina de azufre. ¿Vendía aquella mina lo que producía? ¿Había ya en Herculano alguien a quien se le hubiera ocurrido la idea antes que a él, Cotio? Y, por último, ¿cuál podía ser la situación del mercado del azufre en aquel momento?

Uno de los dos veteranos era un centurión. Apreció la resolución de Cotio y le dio el nombre de un tipo al que había conocido años antes, el cual se había dedicado a ese negocio con un barco de su propiedad que transportaba azufre a varios puntos. Aquel tipo acabó dejándolo a causa de su edad, y también porque los beneficios que se obtenían con ese producto ya no eran los mismos que antes, por lo que el mencionado centurión creía saber. El nombre del sujeto en cuestión era Mesio Balbo y el centurión no había oído decir que hubiera muerto. Tenía su almacén en el puerto y quizá lo siguiera teniendo, pues por los almacenes del puerto se pagan alquileres muy elevados y uno no se desprende de ellos así como así. Cotio no tenía más que preguntar allá abajo. Y eso fue lo que hizo después de darles las gracias al centurión y a su compañero, que no había abierto la boca, absorto en las cuentas de la asociación, que daba una gran fiesta todos los años en beneficio de las familias de los ex legionarios que se encontraban en apuros económicos.

En el puerto le indicaron, efectivamente, la casa donde seguía viviendo, si bien con las facultades un tanto disminuidas, el comerciante Balbo, ahora retirado de los negocios. Éste recibió al veterano de buen grado. «No -declaró-, nadie me ha reemplazado ni en Herculano ni en Pompeya. Mi hijo no quiso sucederme y se marchó a África a vivir con una mujer de la que se había enamorado. En efecto, el mercado del azufre no proporciona grandes beneficios, pero todavía podría funcionar transportándolo lejos. Hay muchos lugares en el Mediterráneo donde es un producto escaso. Sin embargo, están los piratas y es preciso tenerlos en cuenta.» Balbo aún tenía centenares de sacos en el almacén que podrían servir, y estaba dispuesto a venderlos a un precio bajo, pues ya no se dedicaba a hacer negocios. Le quedaban también tres vehículos muy apropiados para el camino que subía al Vesubio, ya que tenían un excelente sistema de frenos. Las carretas debían bajar por aquel camino cargadas y no se podía utilizar cualquier vehículo para hacer eso. Finalmente, le aconsejó a Cotio que subiera para discutir primero el asunto con los burócratas militares que administraban la mina y, por consiguiente, vendían el azufre, y ver si llegaba a un acuerdo con ellos, porque todos eran tipos a los que habían expulsado de la legión por razones a cuál más fea. Y a Cotio le interesaba involucrar en el asunto a un tal Litias, que había abierto un figón-taberna-alquiler de habitaciones frente a la entrada de la mina y que mantenía buenas relaciones con aquellos militares. Aun cuando ese tal Litias quisiera sacar algún dinero, merecía la pena. Cotio le propuso al buen Balbo dejarle una paga y señal por los sacos y las carretas. Quería hacer creíble su personaje de aspirante a comerciante de azufre. El abundante oro escondido entre el equipaje de su tropa estaba para eso. Pero Balbo le respondió con mucha amabilidad que ya verían cuando volviese de allí arriba, si es que finalmente se decidía. Cotio se despidió y regresó adonde se hallaba acampada su tropa, anunciándoles que a la mañana siguiente, un poco antes del alba, se pondrían en marcha hacia el Vesubio. Hasta allí todo parecía sencillo. Pero cuando hubiera que entrar por la fuerza en los locales de la mina, armados y aprovechando la noche, ¡que los dioses asistieran a Cotio, a sus persas y a sus ex legionarios! En ese momento las cosas dejarían de ser sencillas.

Cuando no estaban más que a unos kilómetros de su objetivo, Cotio dividió

su tropa en dos. No quería llegar con un grupo muy numeroso a la entrada de la mina. Así pues, los veteranos se alejaron por un camino de montaña con las instrucciones de buscar un sitio para acampar y permanecer allí a la espera, no sin enviar cada día al albergue del llamado Litias, donde él, Cotio, se instalaría con la Vieja, Haedunna y los demás, a alguien que iría con el pretexto de hacer unas compras, pero en realidad para recibir órdenes y mantenerse al corriente de la situación.

El resto del grupo llegó ante los figones y tienduchas que Cotio esperaba encontrar en un lugar de esa clase, frente a la gran poterna de entrada del campamento militar. Suponiendo que el menos penoso de aquellos establecimientos sería el del llamado Litias, se dirigió a él y le preguntó a un esclavo de unos doce años, vestido con un sayal raído y no muy limpio, si estaba el encargado del lugar. El esclavo fue a paso lento hacia unas dependencias en mal estado situadas detrás del albergue y Litias no tardó en salir de un cuarto que formaba parte de ellas.

Miró a Cotio con atención inquisidora, como hombre acostumbrado a llevar a cabo toda clase de transacciones delicadas que requieren que se comprenda lo antes posible con quién se está tratando.

–¡Ave! – dijo Cotio-. ¿Puedes alojarnos durante unos días a mí y a mi gente?

–Desde luego -respondió el otro, cuya mirada iba de la Vieja, apergaminada pero con buen aspecto bajo los ropajes y las joyas que Cotio le había proporcionado, a la cabellera castaña de la hermosa Haedunna con su brazalete de oro en el tobillo, revelador de su situación en el seno del orden de las cosas, más próxima al dormitorio que a la cocina.

También pasó revista a los persas de Todj, que permanecían junto a sus tiros esforzándose por dar un aire bonachón a su semblante, más bien hosco por naturaleza.

–Hemos venido para ver si es posible comprar azufre. Mis esclavos son de Oriente, donde practiqué mucho el comercio en otros tiempos.

–Ya veo -repuso el otro-. Os prepararemos donde dormir ahí arriba. – Se refería al piso superior del figón, donde parecía que había cuartos-. Supongo que quieres una habitación para tu compañera y tú.

–No es mi compañera. Alójala aparte con su abuela.

Litias se contentó de momento con aquella explicación, aunque a Cotio le pareció que no le había satisfecho demasiado.

–¿Vienes a por mucho azufre? – preguntó el hospedero mientras conducía a Cotio a los establos para que viera dónde iba a albergar a sus mulas. – Bastante. Quiero transportarlo al extranjero, de manera que vendré aquí regularmente con mis hombres.

–No es mala idea almacenarlo -admitió Litias-. Yo creo que el azufre va a subir, y en todo el sur de Italia ésta es la única mina de azufre que hay. En África no tienen. Ven a beber algo -añadió cuando regresaban al figón-. Invito yo, puesto que acabas de llegar.

Entró delante del veterano a un cobertizo adosado a la parte posterior del albergue, que por su situación quedaba a la sombra y desde el cual se podía ver a lo lejos el golfo y el verde campo que rodeaba Herculano y Pompeya. Estaban solos, y Cotio no dudó que su interlocutor quería tener ocasión de averiguar algo más sobre las operaciones que su nuevo cliente había ido a realizar en las laderas del Vesubio.

El esclavo de antes les llevó vino y dos vasos de estaño sin que nadie tuviera que ordenárselo, llenó los vasos y se retiró. Cotio bebió, se secó la boca con el dorso de la mano y entabló una conversación superficial.

–¿Y ahí dentro, en la mina, qué tal van las cosas? – preguntó.

–Para los que pican el azufre a pleno sol, no van muy bien -repuso Litias con una especie de risa.

–Debe de ser duro -comentó Cotio.

–Y que lo digas. Ahí dentro, un tipo dura como máximo cinco años. Y en la mayoría de los casos se quedan ciegos antes…

–¿Nunca se escapa ninguno?

–Es imposible. Hay demasiada vigilancia y van encadenados.

–En resumen, que un tipo que esté encerrado ahí no vuelve a salir jamás -concluyó Cotio.

–En principio, no dijo Litias, sirviendo vino en los vasos ya casi vacíos. Había dicho «en principio». Cotio había declarado antes que la joven esclava no era su compañera. Todo eso resultaba muy equívoco.

–¿Por qué dices «en principio»? – preguntó el ex legionario-. ¿Los hay que salen?

–Algunos son indultados, pero no es algo que suceda con frecuencia. La mayoría de los que están ahí son desechos por los que no se interesa nadie. Cotio bebió un buen trago de vino para seguir el juego.

–Entonces, en tu opinión, ¿alguien que se interesara por un tipo que está ahí adentro conseguiría que lo soltaran?

–Habría que hacer gestiones en Roma -contestó Litias-. Si Tito César se interesa por un tipo -añadió, riendo-, seguro que puede hacer que lo suelten… Cotio percibió que el otro no había querido dejarse llevar más lejos y que evitaba comprometerse. No obstante, decidió que podía intentar recoger lo que había sembrado al decir antes que la joven Haedunna no era su compañera y partió en esa dirección.

–Abajo me han dicho que era posible pasarles cosas a los condenados. Comida, cartas…

–Si te han dicho eso es que debe de ser posible, en efecto… La respuesta iba acompañada de una sonrisa de complicidad.

–¿Tú podrías hacerlo?

–También te han dicho que era a mí a quien había que dirigirse, ¿no?

–Me han dicho que tú conocías al personal de la mina y todo eso…

–Estoy aquí desde hace siete años -dijo Litias, adoptando una actitud seria-. No me iría muy bien si no los conociera. Vienen aquí y hacen funcionar mi negocio. Están casi tan jodidos como los condenados, y cobran sueldos miserables. Y a mí no me avergüenza hacer un favor cuando puedo. Y cuando se trata de algo que no está prohibido… -Rió abiertamente-. ¡O no demasiado prohibido! – Miró a su interlocutor con un aire absolutamente amigable para darle confianza-. Lo que quieres pedirme, ¿no tendrá alguna relación con la hermosa muchacha que transportas en una mula?

Se echó hacia atrás en el taburete, dando muestras de buen humor.

–Sí -admitió Cotio-. Te lo explicaré. Cuando en mi tierra se enteraron de que venía a esta mina a comprar azufre, una buena mujer rica vino a verme. Me dijo que su hijo acababa de ser encerrado aquí, que estaba enamorado de su esclava y que ella me pagaría generosamente si conseguía pasarle cosas para comer y, sobre todo, si lograba llevarle a la muchacha para que pudiese acostarse con ella. Le habían dicho que eso se hacía, que era una cuestión de dinero. La buena mujer se mueve en Roma para intentar que liberen a ese tipo.

Cotio se calló en espera de la respuesta de Litias.

–No es imposible -dijo éste con calma. Se encontraban ya en el meollo de la cuestión y utilizaba el tono que se adopta para hacer un trato-. No sucede a menudo, pero efectivamente hay un sistema.

–¿Y cómo funciona?

–Una vez que se ha llegado a un acuerdo, se lleva a la muchacha al campamento y se la conduce a una especie de cuarto reservado para eso. Entonces van a buscar al prisionero, le desatan los pies y lo dejan con ella durante una hora. El problema es que, como hay que untar a varios jefes para que se presten a hacerlo, no es un regalo…

–¿Cuánto haría falta?

–Hay que calcular cinco mil.'

–Efectivamente… -constató Cotio-. Veinte mil ases para echar un polvo que vale ocho ases en cualquier burdel, no es un regalo. En fin, ella ha confiado en mí, esa buena mujer, y he venido con lo necesario. Es una viuda, su marido era muy rico y ella no tiene más que ese hijo.

–Tú decides. Y también tendrás que darme su nombre. – Se llama Sila.

Había pocas probabilidades de que el tabernero incrustado en la ladera del Vesubio hubiera oído hablar del asunto del testamento de Menesio.

–Está bien -dijo Litias-. Mañana me encargaré del asunto. ¿Qué ha hecho ese Sila para que le enviaran aquí?

–Parece ser que falsificó un testamento para apoderarse de la herencia. La viuda afirma que es inocente, por supuesto.

–Por supuesto -sonrió Litias-. Todos somos inocentes. Bebe otro trago. Y tú, ¿cómo te llamas?

–Cotio.

–¡Pues a tu salud, Cotio! – dijo Litias en tono jovial. Bebió, y el veterano hizo lo propio-. Estoy seguro de que haremos más negocios juntos -añadió, después de dejar el vaso en la mesa.

1. Cinco mil sestercios, que equivalen, pues, a veinte mil ases.

OceanofPDF.com

La pasión de Haedunna

Litias, Cotio y Haedunna, entre una veintena de aspirantes, esperaban la hora a la que se abrían cada mañana las puertas del campamento de la mina para dejar entrar a los que iban, unos a recibir de la administración el pago de lo que les habían suministrado, otros a presentar una solicitud para comprar azufre. Era el caso de Cotio, que confiaba en esa gestión para estudiar la disposición del lugar y la forma en que la poterna y el resto estaban vigilados, a fin de calibrar las dificultades de una eventual operación destinada a rescatar a Sila o, al menos, facilitar su evasión.

Un ruido mecánico anunció que la poterna iba a abrirse. Cuando los dos batientes se separaron, unas cuantas carretas de modelo militar salieron, cruzando el puente de madera que pasaba sobre el foso. Luego, Cotio y los otros penetraron en el recinto.

Litias le indicó al veterano el lugar donde se encontraba el despacho donde debía presentar su solicitud y se dirigió, con Haedunna, hacia otra construcción ante la cual la joven se quedó esperando mientras el tabernero entraba. Un hombre de uniforme, muy moreno, cuyo semblante a ella le pareció desagradable, apareció en el umbral detrás del tabernero cuando éste salía. Miraba a la joven esclava con ironía y concupiscencia. Quería ver cómo era aquella muchacha que le llevaban a Sila y resultaba evidente que imaginaba lo que él haría si la tuviera a su disposición. La impresión de Haedunna era acertada, y la joven desvió la mirada. Litias se acercó a ella y la condujo a través del campamento, mientras que el otro se quedó donde estaba.

Haedunna empezó a sentir miedo de estar en manos de aquel mediador acostumbrado a los tratos más sórdidos, entre los numerosos guardias que iban de uno a otro lado y que, en aquel universo donde la presencia de las mujeres era excepcional, le dirigían las mismas miradas que le habían lanzado los hombres que habían aceptado dinero por dejar que Sila se

acostara con ella. Litias la hizo entrar en otro edificio en bastante mal estado, como si estuviera abandonado, donde parecía no haber nadie. La condujo por un largo pasillo al que daban puertas todas similares. Abrió una de ellas y le mostró una habitación amueblada con una cama pequeña y un taburete. Le dijo que debía esperar allí, que enseguida llevarían a Sila y que podrían estar una hora juntos. Luego salió y cerró la puerta tras de sí.

Haedunna constató entonces la presencia, en un rincón de la pared que la puerta había ocultado mientras permaneció abierta, de una tinaja provista de una tapa de madera sobre la cual se veía una escudilla de cobre. Por lo menos había agua. La muchacha examinó el jergón, que estaba sucio. Entonces sacó del cesto que había llevado consigo una sábana bordada, cuyas dimensiones eran aproximadamente las de la cama y que había cogido sospechando que tendría que hacer más agradable y limpio el lecho donde iba a entregarse a su señor.

Transcurridos unos diez minutos, oyó pasos en el corredor, y sus sentidos en estado de alerta le hicieron comprender, con inquietud, que dichos pasos eran los de una sola persona, mientras que Sila no podía llegar hasta ella sino acompañada de guardianes.

El miedo la invadió. Los pasos se detuvieron al otro lado de la puerta, que se abrió. Tal como temía, en el umbral estaba el militar moreno de mirada viciosa que viera antes, aquel que había cobrado por permitir un encuentro entre Sila y ella, y la muchacha comprendió que se encontraba atrapada. Retrocedió para apoyarse en la pared, lo más lejos posible de la cama…

Polión cerró la puerta, sonriendo.

–Pequeña, no debes tener miedo de mí… Era a Sila a quien esperabas, ¿eh? – dijo, avanzando hacia ella-. No temas; vendrá si haces lo que te pido. Pero si no eres obediente tendrás que irte sin haberlo visto… ¿Lo has entendido?

Ahora estaba muy cerca de ella, y Haedunna percibía su olor. Él puso las manos sobre sus pechos y empezó a acariciarlos. El rostro que le asqueaba estaba a unos centímetros del suyo, así que cerró los ojos para dejar de ver

su mirada de hombre en celo. Sintió deseos de escupirle a la cara, de morderle, de gritar, de dirigirse a la puerta para huir, pero él era más fuerte; además, era preciso que ella viera a Sila a cualquier precio, que él supiese que Todj, Cotio y los demás estaban allí, buscando la manera de sacarlo de la mina, y también pensaba que le infundiría valor a su señor si él la veía, la tocaba, la poseía como lo hiciera la noche en que la había llevado a la granja en su caballo, de modo que se resignó.

La boca de aquel hombre estaba sobre su boca. Él introducía su lengua en busca de la suya, al tiempo que restregaba su vientre contra el suyo. Haedunna notó entonces su miembro en erección. Polión había deslizado una mano por debajo de su vestido, buscando su sexo, y ella soportó los dedos que abrían sus labios. Sabía que iba a hacerle daño, ya que sólo había pasado una noche con Sila y había transcurrido casi un año desde que su señor la había desflorado. Además, la repugnancia que experimentaba le impedía estar en situación de recibir a un hombre en su interior.

La respiración de él se volvió entrecortada. Le apremiaba su deseo por aquella muchacha que apenas tenía quince años. La empujó hacia la cama sin que ella opusiera resistencia alguna. Había liberado su miembro y se había arremangado la túnica hasta las axilas; la obligó a tumbarse y le separó los muslos. Permaneció un instante saciándose con la visión del sexo de aquella jovencísima muchacha, entre sus muslos abiertos; luego la penetró y ella tuvo que apretar los dientes para no gemir, pues la desgarraba. Cuando llegó al fondo, se aprovechó largamente de ella emitiendo gruñidos de placer. A continuación la obligó a volverse para poseerla por detrás, sujetándole las caderas con ambas manos. Al sacar la verga había visto que ésta estaba ensangrentada y pensó que aquel cerdo de Sila había desvirgado a su esclava poco antes de que le arrestaran, y que aquella idiota debía de ser una muchacha seria y probablemente le había sido fiel, en lugar de aprovechar que su amo estaba en el trullo para joder con los demás esclavos de la casa, que no debían de pensar en otra cosa.

Finalmente tuvo un orgasmo, apretando su pubis y sus testículos contra las nalgas de la pequeña. Dejó escapar un potente grito y permaneció desplomado sobre ella, feliz de aquella venganza que perpetraba contra Sila

tirándose a su amada, su preferida, que sólo le pertenecía a él y a la que, no obstante, Polión acababa de penetrar, y feliz también al pensar en las otras venganzas que tramaba desde que el galo estaba en sus manos. Cuando Sila, ciego, hiciera girar la muela enganchado a un asno, él iría a darle patadas en el culo mientras le decía que se había tirado a la pequeña cada vez que ésta había ido.

Como la joven permanecía inmóvil, le dio la vuelta para ver qué cara ponía ahora, después de haber recibido su ración. Ella se tapó la cara para no verlo y él le dijo, riendo, que esperaba que fuese a menudo, que la próxima vez no sentiría dolor y también podría gozar.

–Tienes suerte -añadió-, vas a acostarte con dos hombres. No te aburrirás mientras estés aquí.

Luego se arregló la ropa y salió de la habitación.

Haedunna se quedó unos minutos tendida en la cama. Notaba el esperma y la sangre adheridos entre sus muslos, y su rostro estaba bañado en lágrimas. Luego pensó que Sila llegaría de un momento a otro y sintió vergüenza de su debilidad. Se levantó con presteza para acercarse a la tinaja de agua. Llenó la escudilla de cobre y se lavó a fondo con ayuda de los dedos, intentando extraer el abyecto semen que su violador había extendido por su vientre. Se mojó la cara para borrar las huellas de su dolor. Debía ocultarle a Sila que había llorado y todo lo demás. Pensó que la sangre que brotaría de nuevo cuando Sila la poseyera podría ser tomada por sangre de la menstruación. Llevaba en el cesto un paño para ser utilizado a modo de pañuelo o toalla y lo colocó entre sus piernas, como hacen las mujeres en tales casos.

Estiró la sábana, sacó del cesto un peine y un espejo de cobre bruñido, y se arregló el cabello, esforzándose en reprimir las lágrimas que todavía pugnaban por aflorar a sus ojos. Finalmente oyó de nuevo pasos en el corredor, pero esta vez parecían pertenecer a varias personas y la muchacha comprendió, por las palabras que los acompañaban, que los soldados que conducían a Sila hasta ella le hacían comentarios burlones sobre lo que

podría hacer cuando se quedase solo con una jovencita en aquel cuarto. Cuando abrieron la puerta, los soldados chasquearon la lengua al ver a aquella muchacha tan cuidadosamente peinada, expresando su admiración. Uno de ellos empujó a Sila hacia el interior, dándole una sonora palmada en la espalda. Le habían quitado las cadenas antes de entrar en el edificio, suponiendo que el condenado se dejaría conducir dócilmente hasta la estancia de amor. Además, ellos sacaban tajada de aquello y les interesaba que el cliente quedara satisfecho.

Sila esperó a que hubieran cerrado la puerta, junto a la cual permanecía en pie. Haedunna lo miraba con una sonrisa triste, cuyo significado exacto el galo no podía conocer. Habían sucedido tantas cosas desde que dejara a aquella pequeña a la que había conocido apenas durante unas horas, y su aparición en el universo de la mina era tan sorprendente, después de todo lo ocurrido en Roma, y en la arena, y en el spoletarium, que le costaba creer que su presencia allí fuese real.

Miró el brazalete de oro que ella llevaba en torno al tobillo, donde estaba grabado el nombre de él, junto a las palabras sugeridas por el hombre que se lo había vendido antes de su viaje por aguas del Ródano y que decían que la amaba…, y ese brazalete era la prueba de que había tenido una granja en la Galia, en la cual se aburría, seguramente porque allí era feliz. Se acercó a la joven que le pertenecía, pese y contra todo. Ella se acercó también a él y apoyó la cabeza en el pecho de su señor, a fin de que éste no viera las lágrimas que resbalaban por su rostro.

Se vuelven las tornas para Esporo

Unos golpes en la puerta despertaron a Honorio. Náis estaba acostada junto a él, con la cabeza apoyada en su hombro. El sudor perlaba la frente de la joven y el calor que hacía en el camarote indicaba que la mañana se hallaba muy avanzada. La noche anterior, Honorio había regresado al

establecimiento de Vinicio, donde compró holconio, el mejor vino que había en Pompeya, famoso por haber enriquecido a la familia de los Holconü (de ahí su nombre), los vinateros más prestigiosos de Campania, y ese holconio bebido en abundancia, sumado a los placeres que le habían seguido, sumió al amo y la esclava en un profundo sueño.

Como llamaban con insistencia, Honorio intentó apartar a la durmiente para levantarse, pero ésta se apretó contra él sin abrir los ojos. Comprendió que la había conquistado con su buen trato y los numerosos orgasmos que le había hecho tener desde que estaba con él, y mientras la empujaba de nuevo, esta vez con firmeza, sintió inquietud al pensar en lo que haría con ella en los días venideros, consciente de que los subsidios, el techo y el sustento que recibía de Omitila le serían retirados si regresaba a Roma con esa esclava de diecisiete años. Ella se volvió entonces, mostrándole de este modo su espalda perfecta y sus hermosas nalgas blancas, que Honorio comparó mentalmente con las estrías de la enorme grupa de su patrona. Calculó que, si vendía a aquella muchacha al llegar a Roma, sacaría con facilidad entre dos y tres mil sestercios; luego, levantándose, preguntó en dirección a la puerta qué querían. La voz del encargado de vigilar el acceso a las galeras le respondió que un mensajero preguntaba por él y le esperaba arriba.

El joven se anudó una toalla en torno a la cintura, abrió la puerta y subió al puente, donde vio a uno de los gladiadores de Palfurnio. Éste le dijo que había recibido la orden de llevar por el medio que fuera necesario, so pena de recibir los peores castigos, al ilustrísimo Honorio, hijo de Caedo, a la morada de su señor. Honorio bajó de nuevo para vestirse de forma apropiada y muy pronto llegó al palacio Palfurnio, donde esta vez fue admitido sin que nadie le pusiera la mano encima.

El señor de la casa se hallaba en la terraza, solo, tumbado en un diván, contemplando el monte Vesbius del que escapaba una columna de humo negra y recta hacia el tranquilo cielo azul. Se levantó al ver a Honorio y abrió ampliamente los brazos, avanzando hacia él.

–¡Amigo! – exclamó, abrazándolo-. ¡No sólo encarnas la virtud del hombre de leyes de los tiempos de la República, sino que tu habilidad para desenmarañar las intrigas no conoce igual en toda Italia! Harás en Roma una carrera magistral, si Lacertio no la interrumpe con un puñal…

Acercó la mano a un cordoncillo que llevaba alrededor del cuello y sacó de debajo de su túnica una tablilla a modo de colgante, que Honorio reconoció como la que le había enviado tres días antes.

–La llevo encima. ¡Es mi talismán! Sí, era Esporo. ¿Cómo lo averiguaste?

–Indagué -contestó Honorio.

–¡Eso no siempre basta!

–La muchacha que me regalaste me ayudó.

–Ella no sabía nada. ¡Es tonta!

–Había visto un caballo de alquiler, y eso estableció la relación entre Esporo y el muchacho que está en el sótano.

–Ya no está ahí-declaró Palfurnio.

–¿Y dónde está?

–Ha montado en una barca que cruza un río famoso por sus aguas sombrías, la misma barca en la que él hubiera querido hacerme montar…

–¡Otro crimen! – exclamó el abogado.

–¡De eso precisamente se trata! – exclamó el señor de la casa en respuesta-. ¡Tú no sabes qué liebre levantaste al escribir ese nombre en la tablilla!

–¿Y bien?

–Pues que tengo la liebre. – Palfurnio señalaba hacia el suelo con el índice-. En el sótano -precisó.

–¿Qué dices? – exclamó Honorio-. ¿Has raptado a Esporo?

–Era muy fácil. Está tan seguro de que nadie puede descubrir el vínculo que le une a Lacertio, que no toma ninguna precaución. Y, como también le gustan los placeres, por las noches acude con frecuencia a un establecimiento situado en las afueras de la ciudad, donde se ofrecen encantadores espectáculos cuyos actores son jóvenes de ambos sexos que invitan a los espectadores a unirse a ellos en el escenario. Ordené que lo cogieran a la luz de la luna cuando regresaba… Pero, vamos a sentarnos -dijo, conduciendo a su visitante hacia el diván del que se acababa de levantar.

Se sentó allí, señalándole al joven abogado una especie de silla curul que había frente al diván. Estaban ahora cara a cara, Palfurnio de espaldas al volcán.

–Fíjate hasta qué extremo están engreídos algunos de su físico -prosiguió-. Esporo es un hombre apuesto, de manos muy cuidadas, amante de ambos sexos, con una cabellera morena a la que algunos mechones plateados añaden atractivo. Le tiene tanto apego a la belleza de sus formas que no sitúa nada por encima, y sin duda es por eso por lo que nos lo ha contado todo sin que fuera necesario ponerle la mano encima. Debo decir que sucedió en el sótano, donde tenía ante sus ojos el cuerpo de un joven al que tú también habías visto. Su alma ya no estaba allí, pues había partido en la barca de la que te he hablado, pero el cuerpo colgado del techo daba que pensar. Ahora, escúchame con atención, Honorio -continuó, asiendo el brazo de su visitante-. Tu sagacidad va a ser puesta a prueba como jamás lo ha sido… Porque Esporo me ha dicho que, dentro de cinco días exactamente, la conspiración que dirige Lacertio por cuenta de Domiciano hará perecer a Tito y proclamará emperador a su hermano. «En consecuencia, mi querido Palfurnio -añadió-, morirás de todas formas.» «¿Y no temes -le repliqué de inmediato- que vaya a Roma sin tardanza para prevenir á César y hacer que vuestra empresa fracase?» ¿Sabes lo que me

contestó?

–Sí -dijo Honorio-. Te contestó que aun cuando lograras llegar vivo a Roma y que Tito te recibiera, éste no creería una palabra de la vergonzosa denuncia que pondrías a sus pies.

Palfurnio hizo un gesto de desánimo.

–¿Piensas lo mismo que él, entonces?

–¿Qué otra cosa puedo pensar? Tito te verá con horror, cuando acuses del odioso crimen de fratricidio a un hermano diez años menor que él y al que adora hasta el punto de no ver ninguno de sus numerosos defectos.

Palfurnio agachó la cabeza.

–Es exactamente lo que yo mismo pensé en cuanto hube pronunciado las palabras mediante las cuales amenazaba con partir hacia Roma… Desgraciadamente, Tito es bueno. Y la bondad es incompatible con la conservación del poder, sobre todo si se trata del poder imperial. Dentro de cinco días, Domiciano será saludado por toda Roma con el nombre de César y yo moriré por orden suya a pesar de todos mis gladiadores. «Deja que vuelva a mi casa -añadió Esporo en tono irónico- y duerme tranquilo al menos durante cuatro noches. Nadie atentará contra tu vida en ese espacio de tiempo.» «¿Por qué, entonces, te tomaste tantas molestias en intentar asesinarme con aquel estilete escondido en un ano?», le pregunté. «Porque me habían dado la orden hacía tiempo y la fecha exacta de la conspiración aún no había sido fijada en aquel momento», contestó. Como ves, tiene respuesta para todo, mientras que yo ya no tengo respuesta para nada…

Finalizado su relato, Palfurnio permanecía en silencio, dejando a su visitante desconcertado ante el anuncio de un giro tan funesto de las cosas, cuando un sordo rugido que parecía venir de lo lejos empezó a oírse. A medida que éste se prolongaba, los ruidos de la casa, de las calles y de los jardines se apagaban, dejando paso a un silencio extraño en el que incluso el piar de los pájaros estaba súbitamente ausente, un silencio que no era

sino el miedo de la ciudad ante el recuerdo de la cólera del monstruo al pie del cual se extendía desde hacía tres siglos, y que la había dejado en ruinas dieciocho años antes, inmolando familias enteras.

Honorio interrogaba a su anfitrión con la mirada.

–¡El volcán! – dijo éste-. De un momento a otro puede aniquilarnos a todos… Vulcano, en sus forjas profundas, siempre tiene preparados sus fuegos, y nosotros estamos aquí, preocupados por nuestros pequeños asuntos y nuestros grandes goces…

El rugido creció, mientras que un destello cegador surgía del cráter. Palfurnio y su visitante, que se habían levantado, vieron varias masas enormes, sin duda bloques de roca al rojo vivo, elevarse por los aires. Luego, la detonación que había acompañado aquel destello llegó a sus oídos, ensordeciéndolos a causa de su violencia.

–¿Qué significa esto, Palfurnio? ¿Sucede a menudo?

–A menudo, no… Pero ocurrió una vez después del terremoto. No obstante, Plinio insistió en que la tierra no podía volver a temblar en este mismo lugar hasta que pasaran varios siglos. ¿Te das cuenta? La dicha de vivir en Pompeya debe pagarse con el miedo al Vesbius… -Y, volviéndose hacia el joven abogado, añadió-: Y si de pronto monta en cólera, tu amigo Sila será de los primeros en perecer y ya no servirá de nada empeñarse en revisar su proceso…

Honorio miró a su anfitrión con cara de asombro.

–¿Qué quieres decir? ¿Por qué nombras a Sila en relación con el volcán?

–Vamos, Honorio, pues porque la mina de azufre está en las mismísimas laderas del Vesubio.

–No sé a qué mina te refieres, ni lo que podría tener que ver con Sila, que por desgracia murió en la arena, víctima de aquellos odiosos tigres que

lograron vencerle…

El rostro de Palfurnio expresó también sorpresa.

–¡Pero bueno, Honorio, dices unas cosas muy extrañas! ¡Tú mismo viniste a anunciarme que has solicitado la revisión del proceso de Sila, y ahora afirmas que ha muerto!

–¡Claro que sí! No hay ninguna contradicción en ello. Solicito la rehabilitación póstuma de Sila para que su honor quede lavado y para que la herencia de Menesio sea devuelta a sus sucesores…

–¡Por todos los dioses y por Vulcano que está aporreando sus yunques debajo de nosotros, querido amigo, no había pensado en el honor y eso ha sido lo que me ha inducido al error! Las personas como yo no piensan en una cosa semejante -comentó en tono de broma-. Es la falta de costumbre… Pero no deja de resultar curioso que, viniendo de Roma, puedas ignorar que Sila fue salvado de la muerte en el Coliseo por los hombres del spoletarium, que no hicieron su trabajo y le curaron en vez de rematarlo… Después lo escondieron en los sótanos del anfiteatro y, cuando aquello fue descubierto, enviaron a Sila a las minas, como es habitual cuando un condenado escapa de las garras de las fieras. Siempre y cuando César así lo desee. Y, en este caso, así lo deseó. Ten por seguro que nuestro querido Do cer a su hermano de lo contrario seguro que nuestro querido Domiciano hizo lo imposible para intentar convencer a su hermano de lo contrario, pero Tito, con la fuerza que le otorga su bondad natural, que va a costarle el trono y la vida dentro de pocos días, no cedió. De manera que Sila fue enviado a esa mina de azufre, cuya presencia puedes distinguir allá arriba, en la ladera del volcán. ¿Cómo es posible que no estuvieras al corriente de todo eso, siendo su abogado?

1. El escritor y administrador Plinio el Viejo pereció en Herculano por tardar en huir.

–No podía enterarme de nada porque estaba con unos carboneros en un bosque al que tus antiguos amigos me habían llevado y porque después

estuve escondido en pleno campo, en casa del ex prefecto Lépido, y luego en Roma en casa de mi antigua patrona, de donde no salía por prudencia, antes de abandonar la Ciudad de incógnito para venir aquí en tu busca… -Honorio, conmocionado por la noticia de que Sila había escapado a la muerte, agarró al orondo hombre de los brazos-. ¡Palfurnio! ¿No te equivocas? ¿No te burlas de mí? ¿Es cierto que Sila está ahí arriba? ¡Necesito tu ayuda para hacerle saber que no debe desanimarse, que he visto al senador Rufo, que se ha iniciado un proceso y que voy a liberarle de su funesta suerte! ¡Debe vivir! ¡Debe sobrevivir en la mina hasta el día en que pueda defenderle ante el Senado!

Palfurnio se encogió de hombros.

–Es cierto que, contra todas las apariencias, me he convertido en tu amigo y que mi ayuda no te será escatimada. Pero es más que probable que el Senado no escuche jamás tu defensa, puesto que uno de los primeros actos del reinado de Domiciano será enviar un mensajero con la orden de liquidar a tu cliente en el lugar donde está. Y seguramente de que te liquiden a ti también, si no desapareces de Pompeya y de Roma… -El volcán se había callado y Palfumio se sentó de nuevo en el diván-. Creo que lo único que podemos hacer es aprovechar las horas o días que nos quedan, a ti y a mí, para fletar una galera con la mayor discreción. Cargaré en ella todo cuanto poseo de valor y huiremos más allá del extremo más lejano del Imperio,-a la tierra de los persas, de los escitas o de otros bárbaros, donde Domiciano tal vez nos olvide. Comerciaremos y nos aburriremos, languideciendo entre gentes que no hablan ni latín ni griego… Nos quedarán los placeres de la mesa y los de la cama. Penetraré a una persa mientras un persa me penetra, lo cual será preferible a ser penetrado a puñaladas por los hombres de Lacertio…, ¿no te parece?

–¡Palfurnio -exclamó el joven abogado sin responder a la pregunta ni reír por el juego de palabras de su anfitrión-, no me marcharé sin haber visto a Sila! Es preciso sacarlo de esa mina antes de cinco días. Tú sabes todo lo que ocurre aquí y tienes contactos en todas partes. ¿Hay alguien ahí arriba a quien se le pueda dar oro para comprar la fuga de Sila?

–Correcto -repuso Palfurnio en tono irónico-. Tienes toda la razón al presumir que la corrupción está presente en Pompeya y que yo me encuentro estrechamente vinculada a ella… Está un tal Polión, también ex oficial de las legiones, pero corrompido hasta la médula. Puedes ir a verle de mi parte. Si le pillas de buenas, te hará pagar una fortuna a cambio de organizar una escena a consecuencia de la cual Sila podrá escaparse y desaparecer…

–¡Palfurnio! – exclamó de nuevo el joven abogado-. Hace unos días me preguntaste muy amablemente si necesitaba oro… ¿Me lo darías para comprarle a ese tal Polión la libertad de Sila?

El hombre de la verruga sonrió.

–Es justo que repare el mal que hice con mis tablillas falsas, ¿no? – Yo no pretendía que lo dijeras, pero ya que lo dices…

Esta vez Palfurnio rió abiertamente.

–Estoy en una pendiente peligrosa. Me arriesgo a perder, volviéndome honrado, todo el dinero que he amasado siendo un bribón. – Y, asiendo del brazo al joven abogado, añadió-: Por supuesto, te daré lo que necesites. Pero cuidado, Honorio, dentro de cuatro días como mucho la galera tendrá que salir del puerto por la noche, y no esperará…

Tras salir de casa de Palfurnio, Honorio recorría a toda prisa la calle de Estabias en dirección a Alquileres Esporo, en busca de una mula capaz de transportarlo por el escarpado camino que conducía a la ladera del Vesubio, cuando recordó la existencia de su esclava Nais. Volvió atrás con mayor apresuramiento aún en dirección al puerto. Encontró a la joven sentada en la cama del camarote, ocupada zurciendo ropa. Le mostró a su amo tres monedas de dos ases que había junto a ella.

–Los marinos me han dado su ropa para zurcirla. Yo les he pedido seis ases. Con eso compraré comida y así hoy y mañana no te costaré nada.

–Es un gesto muy amable -dijo él-, pero no tienes que trabajar para los demás.

–¿Quieres que esté todo el día sin hacer nada? El camarote se limpia enseguida y tú sólo tienes dos túnicas…

–Está bien -la interrumpió Honorio-, tengo mucha prisa. Debo irme ahora mismo a resolver un asunto importante. Aquí tienes más dinero para cubrir tus necesidades durante mi ausencia.

Dejó al lado de los seis ases tres denarios de plata. Ella le miró, y Honorio vio inquietud en sus ojos en lugar de la placidez que se acostumbraba leer en ellos. – Entonces, ¿estarás fuera mucho tiempo?

–No. Apenas dos o tres días. Voy al Vesubio, a la mina de azufre, pero te ruego que no le digas a nadie que he ido allí. Y no salgas del camarote mientras estoy ausente, ¿lo oyes? No debes moverte de aquí pase lo que pase, porque cuando vuelva tendré mucha prisa por salir de Pompeya y, si no te encuentro a bordo de la galera, me veré obligado a marcharme sin ti…

Nais permaneció en silencio, ocupada en calibrar todo lo que aquel súbito anuncio significaba para ella. Luego dijo:

–¿Y si los tipos de la galera intentan acostarse conmigo cuando sepan que estoy sola aquí? ¿Has pensado en eso?

–¡No! Pero no harán una cosa semejante. Saben que eres mi esclava y que yo soy el abogado de la herencia Menesio…

Ella se encogió de hombros.

–Cuando sea de noche y estén excitados, les importará un bledo que sea tu esclava y eso de la herencia Menesio…

–¡Bueno! – exclamó Honorio, perdiendo la paciencia-. ¡Saben que eso está prohibido por la ley y que podría perseguirlos judicialmente a mi regreso!

–Sí -repuso ella tranquilamente-. Los azotarán con vergas, pero mientras tanto ellos habrán plantificado las suyas donde tú metes la tuya. – Nais había cogido la aguja y estiraba el hilo que ésta llevaba enhebrado-. Si te da igual, me parece muy bien -prosiguió con calma-. Pero prefiero saberlo, y estás advertido…

–¡Yo no he dicho que me dé igual! – exclamó Honorio- pero de todas formas no puedo llevarte. Tengo que resolver un asunto difícil allí arriba y es mejor que te quedes aquí…

–Sé que debo acatar tus decisiones -replicó, mirando su labor-, pero, si es un truco para desaparecer y librarte de mí, es una idiotez, porque en estos momentos valgo más de dos mil sestercios en un mercado y, si me dejas, pierdes esa suma…

Honorio se sentó en la cama junto a ella, meneando la cabeza, abrumado.

–¡Por todos los dioses! Sé muy bien que vales más de dos mil sestercios, ¡pero eres realmente imposible! ¡Nadie ha visto jamás una esclava tan discutidora como tú! Vuelves complicadas las cosas más sencillas. ¡Tengo que resolver un asunto ahí arriba y te pido que me esperes aquí tres días, eso es todo! ¡No hay ningún motivo para discutir durante una hora!

–¿Es verdad, o has encontrado a una mujer libre con la que vas a ir a acostarte? Si es eso, no tienes por qué ocultármelo. Prefiero saber las cosas tal como son, y no puedo objetar nada. Sé que soy tu esclava y que debo limitarme a obedecer…, a pesar de que ni siquiera existe un acta de venta firmada -añadió con un deje de amargura.

–¡Quedas muy bien hablando de actas de venta cuando no tienes ni idea de derecho! – estalló el joven abogado-. ¡Un acta de venta no es indispensable para afirmar el vínculo de servilismo! ¡Se puede sustituir por una declaración en presencia de un notario, o ante la autoridad municipal del lugar de residencia, si el amo y el esclavo están de acuerdo acerca del vínculo que les une y si cuatro testigos vecinos de la ciudad atestiguan que

dicho vínculo es de notoriedad pública! ¡Lo estipula la ley Tertulia, en vigor desde hace casi sesenta años!

–Yo no sé nada de derecho -repuso ella-, pero sé otra cosa…

Y diciendo estas palabras, en la cama donde ambos estaban sentados, se acercó a él bruscamente y lo agarró del cuello para besarle a la fuerza en la boca. Honorio intentó retroceder, arguyendo que tenía mucha prisa y que ella hacía gala de una extraña insolencia, pero Nais le introdujo la lengua entre los dientes al tiempo que deslizaba una mano por debajo de la túnica de su amo para atrapar su sexo, que encontró semierecto.

–¡Ah! – exclamó en tono triunfal-. ¿Te das cuenta?

La muchacha lo empujó hacia atrás en la cama mientras le arremangaba la túnica. Y, como estaba fuerte y robusta a causa de los trabajos que había realizado desde su infancia, Honorio no tuvo ni tiempo ni manera de impedir que montara a caballo sobre él en un instante. Nais guió hacia su vagina el sexo de su amo, que, como ella no lo había soltado, se había puesto totalmente rígido, y se empaló sobre él. Ambos comenzaron a gemir, olvidando todo lo que no era su placer.

Con las piernas debilitadas por el violento orgasmo que acababa de experimentar bajo el peso de Nais, Honorio salió del puerto y emprendió su camino por las calles atestadas de gente. No tardó en llegar a la entrada del patio de los establecimientos Esporo, cruzó dicho patio y anunció, entrando en el departamento dedicado a los caballos y vehículos, tal como indicaba un cartel, que necesitaba una mula durante varios días. Mientras el encargado de los equinos consultaba la lista de animales de ese tipo todavía disponibles, Honorio buscó con la mirada por toda la sala, donde había una docena larga de chupatintas escribiendo y haciendo cuentas, al que había consultado los registros para él y se había mostrado tan complaciente.

El jovencito en cuestión alzó la cabeza en aquel momento y le dirigió una de las sonrisas que ya le dedicara a aquel cliente insólito en su primer encuentro. Y cuando este último, tras haber pagado el depósito habitual de

cuatrocientos sestercios, salió de la oficina guiado por un esclavo que iba a conducirle hasta la mula inscrita con el número XIV, vio que el muchacho se levantaba del pupitre. Y, mientras el esclavo palafrenero cepillaba la montura para entregársela en el mejor estado posible a su usuario, como era norma en un establecimiento tan serio como Alquileres Esporo, el joven se reunió con Honorio ante el establo.

–¡Ave! – dijo, sonrojándose.

–¡Ave! ¿Cómo estás?

–Bien, gracias, pero estaría mejor si hubierais mantenido la promesa que me hicisteis de venir a esperarme a la salida del trabajo…

Hablaba esbozando al mismo tiempo una sonrisa algo triste, que sabía resultaba encantadora.

–Perdóname -dijo Honorio-. He pensado muchas veces en ti, pero he venido a Pompeya para resolver unos asuntos complicados, y unos contratiempos me han impedido conocer el placer que sin duda habríamos experimentado juntos.

–¿Para cuántos días alquiláis esta mula?

–He dicho cinco, pero confío en regresar antes. Y esta vez te prometo… El otro meneó la cabeza.

–Hagan los dioses, y el propio Eros, que eso sea verdad y que tenga el honor de vuestra compañía la noche del día en que devolváis este animal… Honorio lo cogió del brazo afectuosamente, mirando hacia las oficinas.

–¿No te ganarás una reprimenda por no estar en tu sitio con los demás, realizando tu tarea?

–No. Aquí gozamos de cierta libertad; además, Esporo no está.

–¿Se ausenta a menudo? – preguntó el joven abogado mientras el palafrenero sacaba del establo la mula, para hacer honor a la verdad en perfecto estado, que llevaba el número XIV en el medallón.

–Muy a menudo -contestó el muchacho.

–¿Y esta vez lleva mucho tiempo ausente?

–Nadie le ha visto desde hace tres días, pero eso es frecuente. Cuando encuentra una nueva compañía de su gusto, no aparece durante algún tiempo.

–¿Y sus negocios no se resienten?

–No. Su liberto Floro vela por todo mejor aún que su patrón. – Pero ¿y su mujer? – bromeó Honorio-. Debe montarle escenas…

–¡Qué va! – replicó el joven-. Le gustan las muchachas y recorre los mercados de esclavos en busca de pequeñas a las que inicia. De manera que se entienden muy bien los dos. Además, su matrimonio es de conveniencia y había sido pactado entre las dos familias.

Honorio gratificó al esclavo que sujetaba a la mula por la brida con una moneda de un sestercio y cogió las riendas.

–Estoy seguro -dijo cuando se disponía a montar- de que Esporo se interesó por un rostro bonito como el tuyo cuando fuiste contratado aquí… El otro esbozó una sonrisa de complicidad.

–Debo admitir que eso les ocurre al principio, efectivamente, a los nuevos, pero después ya no les presta atención.

Honorio estaba sobre su montura.

–Sólo le gusta la novedad, ¿no?

–Exacto -dijo el efebo.

–¿Y tú? ¿Eres también así? – preguntó Honorio, inclinándose hacia él.

–¡No! – protestó el joven-. ¡En absoluto!

–Y sin embargo, tienes un amigo que vive contigo y deseas mi compañía.

–Mi amigo se ha marchado. Se ha ido a vivir a Herculano con un reciario, un bruto cubierto de pelo rojo que había llevado a dormir a casa una noche, que olía a ajo y que se pasó toda la noche soltando ruidosas ventosidades. A mí me gusta la virilidad, pero eso es exagerado. Así que estoy completamente solo y me siento feliz por ello, porque así podréis instalaros en mi casa… No es muy grande, pero tengo una especie de balcón que da a un jardín y por la noche se está muy bien.

–Te lo agradezco… Pensaré en tu ofrecimiento, pero primero debemos saber si podemos entendernos.

–¡Estoy seguro de que podremos! – exclamó con vivacidad el joven burócrata de corazón tierno, mientras Honorio hacía que su montura se pusiera en marcha-. ¡Y puedo afirmar que haré todo cuanto me pidáis en la intimidad para complaceros!

Mientras se introducía en el movimiento de la calle, el joven abogado se volvió y vio que su conquista, de pie ante el establo, continuaba mirándolo con su triste sonrisa. En ese momento, el Vesubio empezó a rugir como hiciera unas horas antes, durante la entrevista que Palfurnio y su visitante habían mantenido en la terraza, desde la que se podía admirar el volcán, y también temerle, y aquel rugido cargado de amenazas provocó la inquietud de los que se agolpaban alrededor del viajero en su mula, haciendo que todas las cabezas se volvieran hacia la majestuosa silueta que dominaba la ciudad.

Sin embargo, la determinación de Honorio era tal, en aquel momento en que se sabía en situación de encontrar y rescatar a Sila, que no prestó ninguna

atención a la idea de que iba a acercarse a un gran peligro al ascender por las laderas del monstruo humeante cuando éste parecía montar en cólera.

Vesbius lleva la batuta

El sol de agosto había machacado durante largas horas los escalones tallados en el azufre cegador, los mineros condenados que se consumían allí, las absurdas hileras de cabañas, las miserables tienduchas y los dos albergues, los esclavos aturdidos que transportaban el agua de las cisternas en cántaros, las mulas rodeadas de moscas y adormecidas junto a los postes donde estaban atadas, pero ahora la noche había caído, la brisa subía de la costa y su golfo, la luna ocuparía muy pronto su lugar en el cielo y la injusticia del día sería reparada.

Cotio se hallaba de nuevo con el tabernero Litias en el cobertizo adonde a éste le gustaba hacer los tratos. Sus miradas iban de la masa oscura de la poterna del campamento, enfrente, a la vista lejana que había desde allí arriba en dirección al mar, con el reflejo de la luna sobre éste y las luces de Pompeya y de Herculano que se adivinaban en la franja oscura de la orilla.

Litias, que acababa de cobrar su comisión de dos mil sestercios por haber permitido al condenado Sila copular con su jovencísima esclava, sabía que Cotio tenía otras ideas en mente, y Cotio sabía que Litias lo sabía. La conversación que iban a mantener sería decisiva, y Litias contaba con otras entradas de dinero. El gran sueño del tabernero era la casa que le estaban construyendo y el vergel que plantaba alrededor, a la salida de Herculano, entre el mar y el camino que conducía a Neápolis. Cuando hubiera sacado bastante dinero de aquel campamento y aquella mina, en ese lugar desesperante a donde había llegado hacía siete años con tres mil sestercios por todo capital y dos esclavos enclenques comprados a un precio ínfimo, bajaría para vivir allí.

–Litias -comenzó Cotio-, te agradezco lo que has hecho por esa viuda que se preocupa tanto por su hijo. La desdichada dedica mucho dinero a los esfuerzos que realiza con la esperanza de obtener su indulto, y como quiere mantenerlo con vida hasta el día en que sus gestiones tengan éxito, ¿crees que es posible hacer algo para que deje de trabajar en la mina y lo haga en el campamento? He visto a algunos condenados ocupados en tareas menos duras. – Puedo intentarlo -dijo el tabernero-. Por supuesto, como todo lo demás, es una cuestión de dinero.

1. En la actualidad, Nápoles.

–Está, por ejemplo, el almacén donde se carga el azufre después de haberlo metido en sacos, cerca de la poterna de entrada. Si pudieras conseguir que lo trasladaran allí, sería estupendo.

–¡Desde luego! – repuso Litias con cierta ironía-. Así tú podrías hablar con él cuando fueses a cargar las carretas…

Cotio miró a su interlocutor.

–¿Hablar con él? – preguntó con sorpresa fingida-. En lo que a mí respecta, no tengo gran cosa que decirle aparte de lo que ya le ha transmitido la pequeña que se ha acostado con él. Que no se desanime y que se están ocupando de su caso.

Litias bebió un trago de vino.

–Pues a mí me había parecido, por el contrario, que tenías más cosas que decirle…

–¿Y qué le dirías tú si estuvieras en mi lugar?

–Bien, si quisiera realmente ocuparme de su caso, dado que las gestiones que se hacen en Roma corren el peligro de resultar decepcionantes, dado que la administración es lo que es, y la justicia a menudo injusta, le

anunciaría, por ejemplo, que la próxima vez que voy a ir a cargar azufre, lo esconderé entre los sacos y de este modo podré hacerlo pasar por la poterna cuando la carreta salga… Ésa es una de las cosas que podrías decirle -finalizó Litias con una sonrisa.

Cotio hizo también alarde de su buen humor.

–¡Vaya! Pues la verdad, Litias, no se me había ocurrido. Pero es una idea en la que voy a reflexionar…

–¡Puedo darte más! ¿Acaso no estoy aquí desde hace años? He tenido tiempo de pensar en esas cosas. También podrías decirle que tus hombres, los que acampan a una hora de aquí, le esperarán para llevarlo lejos del campamento, pues caminando una noche entera a través de la montaña se acaba por llegar al camino de Pullanium…

–Entonces -le interrumpió Cotio, un tanto inquieto-, ¿te habías percatado de que tenía más hombres en la montaña?

–Desde luego. Me gusta estar al corriente de lo que sucede a mi alrededor…

–¿Se lo has comentado a alguien?

–¿Yo? – se indignó el tabernero-. Eres mi cliente. Incluso me atrevería a decir que eres mi invitado. ¡No voy a perjudicarte hablando sin ton ni son! Pero, volviendo a lo que decía -prosiguió-, después de haber andado hasta ese camino de Pullanium al que me refería, se puede seguir por él y llegar con bastante rapidez al puerto de Fundi, donde hay numerosas barcas de pesca, algunas de las cuales navegan por altamar. Y si se ha llegado a un acuerdo previo con un pescador, porque en casos como ésos hay que actuar de prisa, se puede salir de Italia.

Cotio meneó la cabeza.

–¿Tú conoces a alguno de esos pescadores?

–En ocasiones he salido al mar con uno de ellos y mantenemos buenas relaciones. Es un hombre que tiene cargas familiares, y la pesca no siempre va bien…

–Realmente eres un hombre de recursos -reconoció el veterano-. Te has adelantado a mis preocupaciones más diversas.

–¿Verdad que sí? – sonrió el tabernero-. ¡Acabémonos este vino, por favor! Hemos mantenido una conversación interesante.

–Cierto -dijo Cotio, que tendía su vaso-. Pero ahora es preciso hablar de dinero… Supongo que todo eso valdrá muy caro, pues habrá varias personas implicadas en el asunto, aunque sólo sea para evitar que alguien se lance enseguida a perseguir al evadido, por ejemplo. Esa viuda es acaudalada, pero así y todo…

–Esto le costará doscientos mil -soltó el tabernero sin ninguna precaución oratoria.

Pensaba que Polión se daría por satisfecho con cien mil y que él se quedaría otra tanto. Había dejado de creer en la historia de la viuda cuando había constatado que su cliente tenía hombres en reserva a cierta distancia del campamento,

y había deducido de ello que detrás de Cotio y de su protegido se ocultaba un asunto importante.

–Y para eso de lo que acabamos de hablar -preguntó el veterano-, ¿piensas recurrir al mismo personaje que facilitó la entrada de la pequeña al campamento?

Litias asintió con la cabeza.

–Habrá que pagarle cien mil por adelantado para que retire a ese galo del trabajo de la mina y los otros cien mil cuando haya pasado la poterna para salir. – Es aceptable -dijo Cotio-. Pero ¿no podría ocurrir que, después de

haber recibido el primer pago, no mantenga su palabra?

–Siempre la ha mantenido. Está aquí desde hace ocho años, y yo desde hace siete, y todo lo que he hecho con él ha salido bien. Le interesa, ¿no? – En efecto. ¿Sale a veces del campamento?

–Desde luego -contestó Litias-. Cuando está harto de masturbarse aquí, baja a correrse una juerga en los lupanares de Pompeya o Herculano. ¿Por qué lo preguntas?

–Simplemente para decirte que, si no mantuviese su palabra, cuando saliera del campamento para bajar a la ciudad, no volvería a subir y no podría correrse ninguna juerga más, ni en Pompeya ni en otro sitio.

El tabernero rió ruidosamente.

–¿Los hombres que mantienes alejados de aquí se encargarían de hacerlo? – No -dijo Cotio-, ellos no. Más bien los que están en el albergue conmigo y se ocupan de las mulas y los carros. Fueron hechos prisioneros en el transcurso de un combate feroz en Oriente por el propio Sila, quien, en lugar de degollarlos, les perdonó la vida. Además, libertó al que está a su mando. De manera que matarán a cualquiera que le haga daño y que nos engañe en este trato…

El veterano pronunció las últimas palabras sosteniendo la mirada de Litias. – ¡No hace falta que me mires así! – exclamó el tabernero-. Estoy acostumbrado a comprender las cosas dichas con medias palabras, y tú has empleado las palabras más enteras que puede haber…

–Te he hablado claramente, Litias, pero no quiero que pongas al corriente de estos detalles a tu amigo del campamento. Eso podría inquietarlo inútilmente. Si todo va bien y el hijo de esa viuda embarca sano y salvo en el puerto del que hemos hablado, al día siguiente un hombre vendrá a traerte de mi parte veinte mil sestercios más…

Litias expresó su satisfacción con una leve sonrisa.

–Tú sí que sabes hacer negocios -le dijo a modo de cumplido.

–Sólo tenemos una vida -repuso modestamente Cotio-. El galo Sila sólo tiene una y no debe acabarla en esa mina. Tú tienes tres hijos y necesitas asegurarles el porvenir, y para ello lo más importante es que no sean privados de su padre.

–¿Y tú? – preguntó Litias, ignorando la amenaza.

–Yo, en realidad, me aburro desde que dejé el servicio del ejército. Debo ocuparme de…

Cuando Litias se preparaba a dar unas palmadas para que les sirvieran más vino y algo de comer, se oyó un rugido sordo que le hizo detener su gesto a fin de prestar más atención. Cotio pensó que se trataba de una tormenta lejana. Pero vio que el cielo constelado de estrellas estaba totalmente límpido. Litias se decidió por fin a dar las palmadas para llamar al esclavo encargado del servicio y el rugido se repitió, más fuerte y constante.

Los dos hombres permanecían en silencio, esperando la interrupción de aquel ruido apocalíptico. Pero éste se hizo aún más profundo. Cotio se levantó de la mesa para salir y observar el horizonte sobre el mar, donde seguía sin suceder nada. Al volverse hacia el volcán, constató con Litias, que se había unido a él, que una masa de humo negro empezaba a salir del cráter.

A continuación, vivas llamas amarillas aparecieron bajo aquella nube gigante color de hollín, que elevaba rápidamente enormes volutas, ocultando las estrellas.

–¡Vaya -bromeó Litias-, tu negocio de azufre no corre el riesgo de quedarse sin materia prima! Se diría que Vulcano se ocupa de prepararte una gran cantidad en sus hornos…

Un olor de vapores sulfurosos llegaba, efectivamente, hasta ellos. El

esclavo que venía con el cántaro de vino procedente de las ánforas de la bodega también se había detenido y miraba boquiabierto en dirección al cráter. Luego Cotio, el tabernero y el esclavo notaron que el suelo vibraba a sus pies. En las entrañas de la tierra, Vulcano expresaba su ira.

–¿Sucede esto a menudo? – preguntó el veterano.

–Sucedió hace cuatro años. Hubo jaleo durante dos días y dos noches, y mucho humo apestoso. Yo envié a mi mujer y a mis hijos abajo, por precaución, y sacrificamos en honor a Júpiter un toro por el que pagué casi dos mil sestercios. En Pompeya y en Herculano, ¡qué no sacrificó la gente! El precio de los animales subió como una flecha y se mantuvo altísimo durante varios meses, tantos fueron los animales que se vendieron durante los cuatro días en los que Vesbius atronó…

Cotio subió la rústica escalera que conducía a los cuartos para ir a dormir, si bien sospechaba que la conversación mantenida entre el tabernero y él lo mantendría mucho rato despierto. ¡En poco tiempo había encontrado el modo de organizar la evasión de Sila! Pasó ante la puerta de planchas mal unidas tras la cual la Vieja se alojaba con Haedunna. La puerta estaba entreabierta y Cotio la empujó. A pesar del estrépito irregular que hacía el volcán y de los destellos amarillentos salidos del cráter, que iluminaban las paredes de madera de la habitación, la joven dormía como un niño, con la cabeza entre los brazos. La Vieja, por su parte, estaba sentada junto a la ventana con los ojos clavados en el cráter. Volvió la cabeza para hablarle al que acababa de entrar.

–¿Vas a dormir, soldado? ¡Él ha despertado! Puedes afilar tus espadas y llamar a los que están en la montaña. Será mañana…

El veterano había aprendido a hacer caso de las palabras de la pitonisa. Si él estaba allí, era gracias a ella.

–¿Qué es lo que será mañana? – preguntó.

–¡El fuego del vientre de la tierra! No debes olvidar que tienes una cita con

él.

–Escucha, Vieja -repuso Cotio con impaciencia-, estoy ocupándome de tu amo. Dentro de unos días…

–¿Quién te dice que la paciencia de los dioses va a concederte unos días? –le interrumpió ella-. Reúne a tu gente sin tardanza y estad preparados.

–Preparados para qué, Vieja?

–¡Para derramar sangre! ¿No eres soldado para eso? Tú derramarás sangre, y el volcán fuego. Fuego y sangre formarán una buena mezcla…

Cotio permanecía inmóvil en el umbral de la puerta. La Vieja, que le hablaba mirando al Vesubio, se volvió de nuevo para dirigirse a él, esta vez en un tono de una dulzura absolutamente desacostumbrada en ella:

–Obedece al astro de la noche, que jamás me ha engañado… Antes de salir, Cotio miró a Haedunna, que seguía durmiendo.

–Ésta duerme porque es una niña -añadió la Vieja-. Yo velo porque espero la barca que tiene que pasar… Cumple, pues, mi última voluntad. Cotio cerró la puerta. La Vieja intuyó que permanecía inmóvil en el rellano, como si dudara; luego le oyó volver hacia la escalera, que chirrió bajo su peso. La obedecía, pensando que, de todas formas, Litias conocía la existencia de los hombres que hasta entonces había mantenido en reserva y que ya no había inconveniente en que éstos se trasladaran junto al campamento.

Cotio había tardado en dormirse, no por culpa de los rugidos que el volcán dejaba oír de vez en cuando y a los que se había acostumbrado, sino por todos los detalles que imaginaba sobre una posible evasión de Sila. Cuando por fin se durmió, fue para sumirse en un sueño en el que se veía de nuevo con el uniforme de las legiones. A pesar de que no había servido nunca en Judea, donde Tito, entonces cónsul, había destacado por su habilidad y su valor frente a Jerusalén, ciudad poderosamente fortificada y bien defendida que conquistó tras un largo asedio, Cotio dirigía a unos hombres que

llevaban sus escaleras de asalto bajo las murallas de aquella ciudad.

Desde lo alto de las murallas caía una lluvia de proyectiles lanzados mediante catapultas, de las que los defensores judíos estaban abundantemente provistos. Las piedras de diferentes tamaños lanzadas mediante esos artilugios, así como los botes de pez inflamada, caían alrededor de los legionarios, rompiendo e incendiando las coberturas de madera de las casamatas donde los hombres se refugiaban antes de saltar hacia las murallas con sus largas escaleras y que en ocasiones los herían de muerte, cuando alcanzaban de pleno a un pelotón de asalto sorprendido al descubierto.

Cotio impartía sus órdenes acechando la trayectoria de los proyectiles más pesados que partían de las murallas, cuando vio venir a uno de ellos, de gran volumen, directamente hacia la casamata desde donde él dirigía los movimientos de sus hombres. Aquella piedra maciza cayó, efectivamente, con un gran ruido de tejas y maderas rotas sobre el techo del edificio. Ese ruido hizo que Cotio se despertara sobresaltado. Se encontró sentado en su cama, bañado en el sudor provocado por su pesadilla mezclado con el polvo de la destrucción, pues aquellas vigas que colgaban a pocos centímetros de su cabeza y las tejas rotas que le rodeaban demostraban que su sueño se había convertido en realidad. Se arrojó boca abajo de la cama destrozada y se precipitó hacia la ventana para descubrir un espectáculo desastroso. En un crepitar continuo, piedras humeantes y una especie de carbones ardientes de pequeño tamaño llovían a centenares sobre la mina y los albergues. El volcán daba ahora libre curso a su cólera, que los rugidos habían anunciado unas horas antes.

En el terraplén que se extendía ante la poterna de entrada del campamento yacían los cadáveres tumefactos y ensangrentados de dos de los esclavos de Litias, que acababan de ser víctimas de una ráfaga de piedras incandescentes. El olor del azufre exhalado por las entrañas de la tierra, el mal aliento del Vesbius, envolvió el rostro de Cotio, y el veterano retrocedió para llegar a la puerta y salir al pasillo. Haedunna y la Vieja también salieron. Las empujó por la escalera, indicándoles que fueran a refugiarse a la bodega del albergue, donde Litias guardaba el vino y algunas

provisiones, una bodega amplia, semisubterránea y cubierta por una losa de piedra. Abajo se topó con el tabernero, que se afanaba con sus esclavos en preparar las mulas con las que iban a marcharse su mujer y sus hijos, llevándose lo que la familia tenía de valor.

El tejado del albergue, que humeaba desde que había sido alcanzado por los proyectiles incandescentes de los que Cotio había escapado, de pronto empezó a arder. Las llamas prendieron en el armazón. Aquí y allí se consumían extrañas teas caídas del cielo al mismo tiempo que las piedras.

Al otro lado de las murallas del campamento resonaban los gritos de los soldados y los clamores de los condenados, salvaje rumor atravesado por los silbidos de los proyectiles que lanzaba el cráter y que no cesaban de caer cual cometas con cola de humo. Los mineros, encadenados de pies y manos en las barracas donde pasaban la noche, se encontraban sin defensa bajo el fuego del volcán. Las humaredas que se elevaban en el cielo, que el alba empezaba a aclarar, indicaban que varias de aquellas barracas habían empezado a arder. Cotio pensó en Sila, lo imaginó clavado a la larga barra de hierro que iba de un extremo a otro de cada barraca y donde estaban ensartadas las anillas de los condenados. Al volverse vio lo que sus hombres, ayudados por Todj y sus arqueros, ya habían empezado a hacer, es decir, perforar la tapa de una de las cisternas horadadas en el suelo junto al edificio del albergue, tras haberse asegurado de que estaba vacía, a fin de practicar en ella una abertura por la cual se podría bajar y protegerse de lo que caía del cielo. Por aquel orificio resultaría fácil observar la entrada de la mina.

A la llamada de Litias, su mujer y sus hijos salieron corriendo de la bodega donde se habían refugiado para montar en las mulas, las cuales empezaron a trotar y se alejaron por el camino, guiadas por unos esclavos que corrían a su lado sujetándolas por la brida.

Todos los hombres de Cotio se encontraban ahora reunidos en la cisterna en compañía de Litias y del veterano, que vigilaban con la cabeza a ras del suelo la gran poterna, al otro lado de la cual se desarrollaba el drama fácilmente imaginable. Los soldados preparaban su huida y cargaban lo más

útil y valioso que poseían, dispuestos a abandonar a los condenados a la muerte que escupía el volcán.

Litias se volvió hacia Cotio.

–Dame los cien mil sestercios ahora -dijo-. ¿Dónde están?

–En la bodega -respondió Cotio.

Subieron al nivel del suelo y fueron hacia allí corriendo. En la bodega, dos veteranos vigilaban las mulas y el equipaje del grupo, junto a los cuales esperaban Haedunna y la Vieja. Cotio cogió un gran saco de cuero y lo abrió ante los ojos de Litias, quien pudo ver varias bolsas abultadas, manifiestamente llenas de monedas de oro y de plata que constituían el tesoro de guerra de los que habían ido hasta el Vesubio para intentar liberar a Sila.

Cotio abrió una de las bolsas y sacó de ella una de las bolsitas de lona, cada una de las cuales contenía cien mil sestercios.

–Veo que no partisteis de vacío -comentó el tabernero-. Bien, ahora, sígueme.

Corrieron entonces hacia los edificios bajos situados detrás del albergue, paralelos a éste, que servían de almacén y cobertizo y cuyos tejados ya estaban hundidos en varios puntos. El tabernero precedió a Cotio para conducirlo a una especie de gran arcón, que abrió. El veterano vio que contenía túnicas de uniforme del modelo que llevaban los legionarios destituidos que estaban de guardianes en la mina, con los cascos, los cinturones y los tahalíes reglamentarios.

–He tardado mucho tiempo en conseguir estos uniformes -dijo Litias-. No sabía muy bien lo que haría con ellos, pero hoy nos van a servir. Haz que tus hombres se los pongan mientras voy a hablar con Polión.

Cotio miró a Litias.

–¿Por qué haces esto? – preguntó el ex legionario-. ¿No sería mejor que bajaras para reunirte con tu mujer y tus hijos? ¿No vale tu vida más de cien o doscientos mil sestercios?

Litias sostuvo la mirada del veterano.

–Yo soy comerciante -dijo-, y nosotros hemos hecho un trato. Litias siempre cumple lo que se ha comprometido a hacer. De lo contrario, no hay negocio posible. Y ese volcán parece decidido a ayudamos. No vamos a desaprovechar la ocasión.

Salieron del cuarto corriendo, igual que habían ido hasta allí. Cotio se dirigió al refugio de la cisterna y Litias a la poterna. En el momento en que éste llegó a ella, un gran clamor se oyó al otro lado de la muralla. El tabernero, que se había abalanzado contra la poterna para aprovechar la protección que ofrecía el saledizo de tejas y vigas construido sobre ésta, levantó la cabeza hacia el cráter. Cotio, enfrente, hacía lo mismo desde el orificio de la cisterna. El cráter se había resquebrajado por un lado, dejando escapar entre dos labios negros una masa incandescente que iluminaba el cielo del amanecer con un rojo llameante. ¡La lava!

El río de fuego iba a arrasar el campamento y la mina.

Tras darse a conocer a los hombres que vigilaban la pequeña puerta enrejada, Litias, ya dentro del recinto, tuvo ante sus ojos el espectáculo que había imaginado. Todo los enseres de la guardia se hallaban agrupados en las grutas que los mineros, en el transcurso de los años, habían excavado en la masa de azufre de la ladera de la montaña. Mulas y caballos estaban enganchados a las carretas cargadas. Hombres corrían de un edificio a otro, acechando el cielo para evitar lo que caía de él. De las barracas donde se encontraban los condenados se elevaban sus gritos y el estrépito que organizaban con sus cadenas, con la esperanza de apiadar a los que se disponían a entregarlos al río de fuego. Polión y los demás iban a dar la orden de retirada de un momento a otro.

Litias corrió hasta el largo edificio donde Polión tenía su despacho. Uno de sus extremos comenzaba a arder. El tabernero se precipitó por el pasillo hasta la última puerta, tras la cual esperaba encontrar todavía a Polión. Éste se hallaba allí, en efecto, de uniforme, con la espada al cinto y el casco de bronce que podía protegerle de las pavesas y las piedras menos pesadas. Estaba guardando en un saco los rollos de pergaminos y los paquetes de tablillas que constituían sus archivos.

–¡Polión! – exclamó Litias, sin aliento-. Quería venir a verte uno de estos días para proponerte un trato. Ahora hay que actuar de prisa; de lo contrario, el dinero nos pasará por delante de las narices. Se trata del galo Sila, ¿sabes quién te digo?, ese que se acostó el otro día con la muchacha. Tengo cien mil sestercios para ti si se le permite escapar ahora.

–¿A ése? – repuso Polión, que agitaba el saco para que cupiera en él todo lo que había metido-. Vale mucho más de cien mil sestercios para mí. Aunque se puede pensar. ¿Tienes el dinero?

–Sí -contestó Litias, sacando de debajo de la túnica la bolsa de Cotio y depositándola sobre el escritorio mientras Polión cerraba el saco-. Algunos de mis hombres vendrán vestidos con el uniforme que llevan tus guardianes -prosiguió el tabernero-. Tú ordenarás que les entreguen al condenado y se lo llevarán encadenado fuera del campamento. Nadie sospechará nada con el desorden que reina en estos momentos… Se puede hacer en un momento. ¡Cien mil, Polión! ¡Es una suma considerable!

–Y tú, ¿cuánto te ganas? – preguntó Polión, rodeando el escritorio para acercarse a Litias.

–Cobraré veinte mil una vez que el galo esté seguro -mintió el tabernero. Polión abrió la bolsa para cerciorarse de que contenía monedas de oro y de pronto se volvió, desenfundando con rapidez la espada para clavarla sin decir palabra en el estómago de Litias, cuyos ojos se abrieron desmesuradamente a causa del horror y el sufrimiento. El otro le asestó otro golpe todavía más violento; luego, mientras extraía la espada, dio un paso atrás para que su víctima no le manchara de sangre cayendo sobre él. Litias

golpeó el escritorio con la cabeza y se deslizó hacia el suelo, donde comenzó a agonizar.

Su asesino salió de la habitación, llevándose el saco con los archivos, que había abierto de nuevo para meter en él la bolsa de Litias.

Desde la cisterna, Cotio vio que los dos batientes de la puerta del campamento se abrían lentamente. Las mulas salieron al trote del refugio de la gruta tallada en el azufre, tirando de los carros rodeados de hombres que los escoltaban, excitando a los animales con la voz, en dirección a la poterna. La riada de hombres a pie, vehículos y jinetes que constituían los efectivos de la guardia del campamento empezó a franquear el umbral, desfiló ante los albergues y se abalanzó por el camino que descendía hacia Pompeya y el mar, bajo la lluvia de proyectiles lanzados por el Vesubio.

En lo alto del volcán, sobre aquella huida y aquel pisoteo, el río de lava descendía lentamente, inevitable e inexorable pese a aquella lentitud. Cotio consideró que no podía esperar más tiempo el regreso de Litias. Les hizo una seña a sus hombres y todos, los veteranos y los persas, salieron de la cisterna con el uniforme que los convertía en soldados como los demás. Corrieron hacia la poterna y la franquearon contra la corriente de los últimos jinetes y peatones que se apresuraban a salir. Nadie les prestó atención bajo la incesante lluvia de piedras y pavesas. Se detuvieron en medio del terraplén que se extendía entre las grutas talladas en el azufre, ya vacías, y los edificios alineados donde se alojaban los soldados y los oficiales, también abandonados. Más allá de aquellos edificios, en el recinto donde se hallaban sus calabozos, los condenados insultaban a los últimos guardias que pasaban corriendo ante ellos para unirse a la columna en marcha hacia Pompeya.

Cotio les dijo a Todj y a los otros de su raza que fueran a paso de marcha hasta allí para buscar a Sila entre los condenados. Él se dirigió hacia el edificio donde sabía que se hallaba el despacho de Polión. Estaba seguro de no haberlo reconocido entre los jinetes que habían desfilado ante sus ojos desde que la poterna se abriera y, como Litias no había reaparecido, supuso que el tabernero y el oficial corrupto seguían en el edificio, comerciando

con la suerte del galo.

Cotio entró. Avanzó por el pasillo y prestó atención al oír un murmullo. Abrió dos puertas que le mostraron dos estancias vacías. La tercera estaba atrancada. Empujó y descubrió a Litias agonizando, con los ojos en blanco, al pie de lo que debía de ser el escritorio de Polión.

El veterano se inclinó sobre el moribundo.

–¿Polión? – preguntó.

Litias dirigió como pudo la mirada hacia él y se esforzó en asentir con la cabeza. Luego movió lentamente una mano, señalando el suelo.

–¿Está abajo? – preguntó Cotio.

El tabernero hizo otro gesto afirmativo con la cabeza y le dirigió una mirada implorante. Cotio se inclinó para poner su mano sobre el hombro del desdichado.

–No te dejaremos aquí -dijo-. Haré que te lleven a la bodega y te bajaremos con nosotros a Pompeya.

Pensando que el tabernero no viviría para volver a ver la casa y el jardín por los que había arriesgado su vida, salió del edificio y lo rodeó. En el espacio que separaba éste del edificio contiguo, encontró una rampa que conducía al sótano, construido, en aquel lugar achicharrado por el sol ocho meses al año, en una cavidad que conservaba el fresco. Allí, Cotio encontró a Polión ante una caja fuerte empotrada en la pared; dicha caja estaba abierta y el oficial corrupto cargaba en una mula su contenido: las bolsas de cuero en las que se hallaba guardado su tesoro personal, todo lo que había amasado, como había hecho Litias por su parte, durante varios años.

Los demás veteranos llegaron en ese momento y se detuvieron detrás de Cotio, que desde el umbral elevado del sótano observaba los preparativos de Polión. El oficial destituido no los había oído llegar a causa del ruido que

producía el volcán. Pero, cuando hubo acabado de cargar la mula, se volvió. Al ver uniformes pensó que se trataba de hombres del campamento, pese a que no reconoció a ninguno de ellos. Sus miradas le parecieron hostiles y creyó que, en el gran desorden que había sembrado sobre todas las cosas la erupción de Vesbius, querían su tesoro. Así pues, se llevó la mano a la espada para defenderlo. Sobre el fondo sonoro del crepitar de las piedras estrellándose contra el suelo, del rugido del volcán y de los gritos lejanos de los condenados, Cotio tomó la palabra.

–Polión, ¿dónde está Sila? – preguntó.

–¿Sila? – repuso éste, espada en mano-. Está encadenado con los demás. Luego vio perfilarse la silueta de otros hombres detrás de los que estaban allí observándole, y que cada uno de ellos llevaba un arco y un haz de flechas atravesado a la espalda.

–Miente -le dijo Todj a Cotio-. Sila no está allí. Le hemos buscado en vano. – El persa tensó su arco-. Suelta la espada -le ordenó a Polión-, ahora ya no la necesitas. – La flecha estaba a punto de salir disparada-. Obedece, o esta flecha irá directa a tu ojo.

Polión, sintiéndose bañado en sudor, dejó caer el arma a sus pies. – Ponte de espaldas contra la pared. Levanta un brazo, abre la mano y colócala sobre esa viga -prosiguió Todj.

–¿Qué vas a hacer? – preguntó el oficial destituido.

–Clavar una flecha en tu mano para que no puedas salir de este sótano. O bien en uno de tus ojos, si no obedeces al instante.

Polión retrocedió hasta tocar la pared, levantó el brazo izquierdo y colocó la mano sobre la viga. Tenía el rostro bañado en sudor.

–Esa mano no -intervino Cotio-. ¡La otra! La derecha, esa con la que has asesinado a Litias…

Polión tuvo que obedecer. La flecha silbó y atravesó vibrando su palma, clavando la mano a la madera de la viga.

El dolor deformaba los rasgos del oficial, pero éste no gimió.

–Ahora, dinos dónde está Sila -prosiguió Cotio-. Date prisa, el tiempo nos apremia.

–Si me matáis, no sabréis dónde está ese al que buscáis.

–No te mataremos -repuso el veterano-. Cuando hayamos liberado a Sila, él vendrá aquí y decidirá tu suerte. Si no lo encontramos, te quedarás aquí, clavado de pies y manos, hasta que la lava te alcance.

Dado que Polión, incapaz de superar su odio hacia Sila y de renunciar a su venganza, permanecía en silencio, Cotio se acercó a él, agarró brutalmente su mano libre y la colocó contra la pared. Una segunda flecha partió del arco de Todj y clavó aquella mano izquierda sin rozar la del veterano. Esta vez, Polión gimió largamente.

–Está en la mina -confesó, vencido por el dolor-. Desclavadme… Le pediré perdón a Sila.

–No antes de que él esté aquí -dijo Todj, antes de alejarse tras los otros persas, que, ya corrían hacia la mina.

La lava desciende hacia Pompeya

Sila apareció en el terraplén ante las grutas talladas en el azufre. Todj y los otros lo habían encontrado en uno de los escalones más elevados, con las muñecas y los tobillos encadenados, como Prometeo, a unas anillas de hierro incrustadas en la roca y destinadas a las poleas mediante las cuales se

bajaban los cestos llenos con el producto de la mina tras su extracción. Ningún buitre le picoteaba el hígado, pero su mirada estaba vuelta hacia el resplandor rojo de la lava en fusión que descendía lentamente hacia él.

En aquel momento la tierra comenzó a temblar bajo los pies de todos, haciendo que tanto los persas que le acompañaban cómo Cotio y los veteranos, que iban a su encuentro, se tambalearan. El cielo se oscureció totalmente y quedó cubierto por una densa masa de cenizas. Éstas parecían querer reemplazar las piedras que hasta entonces habían caído. Aquel nuevo maná infernal escupido por la boca de Vesbius se amontonaba en el suelo, donde fueron súbitamente arrojados por una sacudida más violenta que las otras. Al levantarse, vieron ir hacia ellos a través de la poterna abierta a la Vieja y Haedunna. Abandonaban el refugio de la bodega por miedo a quedar enterradas allí. La silueta de la Vieja había adoptado una forma curiosa, con el caldero boca abajo que se había puesto sobre la cabeza para protegerse de las piedras y la ceniza; Haedunna, por su parte, se había envuelto la cabeza en gruesos paños. Ahora estaban todos reunidos, sanos y salvos, y le correspondía a Sila decidir lo que iban a hacer.

Si bajaban a Pompeya, evidentemente se encontrarían con el estado mayor de la mina, así como con los representantes de las autoridades civiles y policiales, presentes por doquier para organizar las ayudas y esforzarse en poner orden en el caos de una ciudad horrorizada por semejante catástrofe, cuando el recuerdo de la anterior aún no se había borrado. Cotio le sugirió a Sila huir por el camino que Litias le había indicado como parte de su plan de evasión, a través de la montaña y hasta el puerto de Fundi. Uno de los esclavos refugiados en la bodega conocía el camino y le conduciría hasta el pescador que había colaborado con el tabernero en las anteriores evasiones organizadas con la complicidad de Polión.

Sila pensó que, efectivamente, podría hacer que lo condujeran por mar hasta el sur de la provincia africana, desembarcar allí en una costa desierta y remontar hacia Cartago por el interior. En esa ciudad encontraría a Achaica e iría a pedirle el asilo que ella le ofreciera durante su encuentro en Roma, en espera de que él pudiese tomar una decisión sobre su futuro.

Luego Sila pensó en los condenados, que se lamentaban o permanecían postrados bajo sus cadenas en los edificios que la lluvia de piedras y fuego había destrozado o incendiado. ¿Había que huir, abandonándolos a su miserable suerte, o bien perder un tiempo precioso en liberarlos? Quitarles las cadenas a todos era una tarea imposible. En cambio, desbloqueando el cierre de las largas barras en las que estaban ensartadas las anillas de sus cadenas, en poco tiempo se podría dejarles libres para que huyeran con las cadenas en los pies.

Muchos eran culpables de crímenes; sin embargo, Sila pensó que no habían sido condenados a muerte. Por consiguiente, era injusto no permitirles vivir abandonándolos a la lava. El galo partió bajo la sofocante y obsesiva lluvia de cenizas para animar a los presos y pedirles que tuvieran paciencia. Éstos bramaron al ver que ante sus calabozos pasaba alguien con el uniforme de tosca tela que ellos llevaban. Muchos permanecían en silencio, tendidos entre la ceniza que se amontonaba en el centro: estaban muertos o moribundos.

A medida que los veteranos de Cotio los liberaban, corrían como podían hacia la poterna abierta. Otros buscaban las herramientas que sus guardianes utilizaban para abrir las anillas de las cadenas, a fin de poder huir sin trabas. Sila los miraba hacer, pensando que muy pocos, al no conocer la región y estar desprovistos de todo, podrían hacer otra cosa que encontrar muy pronto cadenas similares a las que esperaban quitarse.

El galo, alzando la cabeza, se esforzaba en comprender en qué sentido iban las masas de aire que rodeaban el volcán y en adivinar la dirección que tomaría la inmensa nube de ceniza. Le pareció que ésta se dirigía hacia el noroeste, es decir, que cubriría Herculano y Neápolis, alejándose tal vez de Pompeya. Invadido ahora por la certeza de que los dioses habían intervenido en su favor, Sila se sentía extrañamente tranquilo pese al espectáculo trágico que ofrecía aquel lugar de sufrimiento al que semejante catástrofe añadía más horror.

Les dirigió una sonrisa a Todj y a Cotio, que regresaban hacia él, y en su

mirada adivinó la misma disposición de ánimo. Experimentaban la sensación característica de los soldados en un campo de batalla, en el momento en que ven las filas del enemigo disolverse por efecto del pánico y en que comprenden que, después de tantos peligros, la victoria se halla por fin al alcance de sus espadas ensangrentadas. Habían venido de la Galia y cruzado Italia sin saber lo que podrían hacer para liberar a.aquel al que obedecían, todo ello creyendo en las palabras delirantes de una vieja trastornada, y el fuego del Cielo había brotado de Vesbius, formidable aliado que barría a sus enemigos ante ellos…

Regresaron al terraplén ante la poterna. Los condenados la franqueaban unos tras otros para desaparecer caminando penosamente por la espesa ceniza, en la extraña oscuridad que había reemplazado al día.

La Vieja, en medio del terraplén, miraba en dirección al cráter y el flujo perezoso de la lava, que ya no quedaba muy lejos de los escalones color azufre. Se había quitado el caldero de la cabeza al percatarse de que ya no caían piedras. Sila, que había seguido su mirada, se preguntó si el lento avance del río rojizo era un fenómeno indiscutible, o si éste aceleraría súbitamente la marcha, engullendo en su fuego a los temerarios que no habían huido mientras aún estaban a tiempo. Después, Sila se dio cuenta de que la Vieja estaba sola.

–¿Dónde está Haedunna? – le preguntó. Ella le dirigió una intensa mirada.

–Debe de haber ido a resolver sus asuntos.

–¿Qué asuntos? – preguntó Sila, intrigado por el tono y la mirada de su esclava pitonisa.

–¿Tengo que deciros a todos todo lo que deberíais saber? – ironizó ella. Sila, frunciendo el entrecejo, la miró sin comprender, y Cotio, que se dirigía hacia él seguido de Todj y los persas, interrumpió el diálogo.

–Ahora es preciso que decidas qué hacer con Polión.

–Exacto -dijo el galo-. ¿Qué habéis hecho con él?

Cotio se volvió hacia la barraca donde el enemigo de Sila había tenido su despacho, con aquel sótano debajo.

–Está clavado a la pared con dos flechas de Todj, que sirvieron para obligarle a decirnos dónde estabas.

El galo miró otra vez la lava y todos se dirigieron hacia el edificio en cuestión.

Vieron aparecer a uno de los veteranos, que salía del sótano donde habían sorprendido una media hora antes a Polión, preparándose para huir con su mula y su oro.

–Éste estaba vigilándolo -explicó Cotio al ver al hombre que se acercaba a ellos.

Se encontraron, y Cotio le preguntó:

–¿Por qué has abandonado tu puesto?

–Ya no necesita que nadie le vigile -respondió el veterano en un tono que les pareció extraño a sus dos interlocutores.

–No querrás decir que está muerto, ¿verdad?

–En absoluto. Todavía vive.

–¿Puedes explicarte? dijo Cotio, enfadado.

–Ve tú mismo a verlo.

El veterano se alejó, dejando a Cotio y a Sila intrigados por su comportamiento y aquella rebeldía totalmente desacostumbrada que acababa de demostrar, y cuando éstos hubieron rodeado el edificio para

encontrar el acceso al sótano, vieron a un hombre que salía de allí arrastrándose sobre la ceniza.

Sila reconoció a Polión cuando estuvo cerca de él. Éste se desplazaba lentamente, emitiendo una especie de estertor que acompañaba sus movimientos. El galo interrogó a Cotio.

–¿Por qué esto?

–¡Pero si yo no sé nada! – protestó el veterano.

Polión reconoció a Sila por la voz, pues ya no veía. Alzó la cabeza hacia su antiguo compañero de armas, y el galo constató que los dos ojos del hombre que reptaba ante él habían sido arrancados. Un líquido mezclado con sangre fluía de ellos, formando regueros en la capa de polvo volcánico adherida a su rostro.

–¡Sila! ¿Eres tú, Sila?

–Sí, soy yo -dijo el galo, que empezaba a comprender.

–Ahora estás suficientemente vengado, ¿eh? Déjame vivir. Te lo suplico, igual que te lo supliqué la primera vez en la VI legión… Coge la mitad del oro que está en mis alforjas, déjame el resto y haz que me aten a una mula y me bajen a Pompeya. Buscaré un cirujano.

Sila, que miraba en silencio al miserable que se arrastraba a sus pies, vio que entre sus muslos manaba sangre y que la túnica estaba manchada en ese lugar. Fue hasta la entrada del sótano y enseguida vio en el suelo carne sanguinolenta, debajo de las vigas donde su enemigo había estado clavado con flechas. Sila había visto varias veces aquello en sus aventuras de soldado, tras haber penetrado en territorio enemigo, cuando sus legionarios lo llamaban para mostrarle lo que aquel enemigo le había hecho a hombres de su legión que habían caído en sus manos unos días antes. Prisioneros a los que habían dejado morir después de cortarles la verga y los testículos.

Haedunna permanecía en pie a cierta distancia, junto a la mula de Polión, con un cuchillo de cocina en la mano que debía de haber traído del albergue oculto bajo la ropa. La Vieja debía de haber visto el cuchillo, pero, por supuesto, no había dicho nada; ella sabía, por eso había adoptado aquel tono y aquella mirada al hablarle a Sila hacía un momento.

Haedunna sostuvo la mirada de su amo, con el rostro sereno, aunque lívido. Sila imaginó que sacaba un bastoncillo de viburno de su bolsillo y se lo llevaba a la boca, aunque ni siquiera esbozó el gesto, consciente de que no tenía ninguno. Bajó para acercarse a su esclava.

–¿Qué pretendes hacer ahora con ese cuchillo? Creo que ya no lo necesitas.

Ella no respondió.

–Vas a devolvérmelo para que no puedas utilizarlo otra vez. Tu vida no te pertenece y no puedes disponer de ella. Es mía desde que te compré a Memnón el mercader, no lo olvides. Pagué trescientos sestercios por ti y no quiero malgastarlos… Además, debes obedecerme en todo.

Por un instante temió ver que clavaba bruscamente el cuchillo en su pecho antes de que a él le diera tiempo a quitárselo de las manos, y en su mirada había aparecido algo que le permitía a Sila experimentar esa inquietud. Pero ella amaba intensamente a su señor, de manera que le tendió el cuchillo.

–No olvides tampoco que te necesito -añadió entonces, para darle algo más que órdenes.

Todos los demás estaban en la entrada del sótano; Todj se había reunido allí con Cotio y el veterano que no había vigilado como es debido había vuelto sobre sus pasos para ver lo que iba a suceder.

Sila se volvió hacia él.

–¿Por qué has dejado que lo hiciera? – preguntó el ex oficial.

–Al principio quise impedírselo, pero ella me explicó por qué quería hacerlo. Entonces…

Los soldados, todos ellos curtidos, observaban a aquella muchacha de quince años que le había arrancado los ojos a Polión y lo había castrado, y sabían desde el primer momento por qué lo había hecho.

Sila los miró uno a uno; ellos, evidentemente, desviaban la mirada, pero en sus ojos había algo que decía que todos habrían actuado de la misma forma que su compañero.

En el silencio, Haedunna, que acababa de desatar la mula, tomó la palabra: -Subidlo a la mula, tal como ha pedido.

Era absolutamente sorprendente que ella diera una orden en presencia de su amo, pero todo lo que ocurría en aquel sótano era tan sorprendente que nadie se fijó en que aquello iba contra las costumbres; además, ahora todos sentían una especie de respeto hacia aquella que había manejado un cuchillo de semejante forma.

Salieron, y dos de los veteranos cogieron a Polión para llevar a cabo lo que había pedido la muchacha.

–¿No sería preferible que Todj clavara una flecha en tu corazón? – le preguntó Sila a su enemigo vencido.

–Quiero que viva -intervino Haedunna, antes de que el oficial destituido tuviera tiempo de responder-. Quiero que viva mucho tiempo y que mendigue por las calles con las cuencas de sus ojos vacías, sabiendo que jamás podrá volver a hacer el amor con una mujer.

La ceniza se espesaba en torno a ellos y obstaculizaba su marcha mientras regresaban hacia la poterna de entrada, obligando a la mula que ahora transportaba a Polión atado a su lomo a levantar mucho las pezuñas para avanzar penosamente.

Dado que Litias había muerto unos minutos después de que lo llevaran a la bodega de su albergue, tal como Cotio le prometiera, el cortejo encabezado por Sila tomó el camino sin él, abandonando sus restos a la lava que avanzaba.

Caían menos brasas, pero la extraña ceniza se había instalado como una tapadera sobre los caminantes: Sila a la cabeza con Cotio, los cinco persas, los once veteranos, los esclavos de Litias, Haedunna y la Vieja, y por último Polión atado a su mula, la cual seguía a las demás mulas de la comitiva sin necesidad de que la guiaran. El galo se volvía de vez en cuando para ver, bajo la enorme nube negra, en el lugar donde comenzaba la línea amarilla del azufre, si el río de lava ya había alcanzado la roca donde él estaba encadenado apenas una hora antes. Al llegar a un recodo del camino, Sila miró de nuevo hacia atrás, esta vez para cerciorarse de que todo el mundo le seguía, y vio que faltaba la Vieja. Volvió sobre sus pasos buscándola con la mirada. Estaba sentada bastante más atrás, en una gran piedra al borde del caminó, con los pies hundidos en la ceniza. Sila.pensó que debía estar exhausta. Se había negado de forma categórica a montar en su asno gigante y ahora debía de lamentarlo. Sila sonrió. Debido a su carácter intratable, no querría confesarlo y sería necesario convencerla. Caminó hacia ella y se detuvo, tendiéndole la mano.

–¡Vamos, Vieja! – dijo en un tono alentador-. Has hecho mal rechazando a tu asno. Ven, te ayudaré a alcanzar a los demás, y esta vez harás lo que te diga. Mientras pronunciaba estas palabras, se percató de que no parecía tan cansada como él había creído y empezó a sospechar algo. Ella miraba en dirección a la lava.

–No esperarás a que la lava te alcance, ¿verdad?

–Pues sí, muchacho, eso es lo que voy a hacer. Sila frunció el entrecejo.

–¿Qué dices? – preguntó, pese a que lo había oído perfectamente. Ella le miró, absolutamente segura de sí misma, como de costumbre.

–He dicho que ya he caminado suficiente y que ha llegado el momento de

que me detenga. Ve con los demás, ahora que estoy tranquila acerca de tu futuro y que la pequeña está contigo. Es lo que deseaba ver cumplido y lo he visto.

–Pero, vamos a ver -dijo Sila-, eso no es razonable… Vamos a embarcar en una nave, iremos a África y tú acabarás tu vida allí con nosotros.

Ella negó con la cabeza.

–Tú no irás a África. Son los dioses quienes deciden, no tú. ¿Crees que porque eras oficial te obedecerán? No te digo adónde irás porque no es necesario y porque cada cosa tiene su momento. Pero yo sé adónde quiero ir: ¡a la barca!

–¿A la barca?

–¿No crees que ya he vivido bastante? Por lo menos, al final de mis días he servido para algo más que ordeñar vacas y darles su leche a los niños pequeños… -La Vieja señaló el río de fuego-. ¡Mira! El río avanza y por ese río navega la barca, y desde ella Caronte me hace señas. Tú no puedes verla, porque sólo pueden los que él llama para que monten en ella… -La Vieja, que estaba muy cerca de Sila, le asió una mano y posó en ella sus labios-. Ve con los demás, muchacho -dijo-, tienes por delante años de vida con la pequeña. No te preocupes más de mí. Has sido un buen amo y eso me basta. Vete y no vuelvas la vista atrás. Es el último favor que te pido.

Como Sila no parecía querer obedecerla, prosiguió para convencerlo: -¿Quieres acaso que muera en un camastro, decrépita, sin oír y dependiendo de los demás para que me alimenten? Comprende que escoja aprovechar el fuego que viene…

Sila empezó a pensar que tenía razón, al igual que había aprobado al Proscrito cuando éste eligiera la cicuta, y acabó por marcharse. Sin embargo, contrariamente a lo que ella le había pedido, se volvió una vez. Ella le hizo una pequeña seña con la mano, a la que él respondió de la misma forma. Luego, Sila desapareció de su vista tras el recodo del camino.

Haedunna le esperaba. Por sus ojos anegados de lágrimas y su mirada comprendió que conocía las intenciones de la Vieja y que seguramente ya se había despedido de ella. Los dioses les habían enviado a la Vieja, y ahora que su tarea estaba cumplida los dioses la reclamaban. La joven estrechó la mano de su señor y reanudaron la marcha uno junto a otro.

El grupo caminaba en un silencio roto por las toses de unos y otros, que se asfixiaban a causa de las cenizas. De vez en cuando se encontraban una mula muerta en medio del camino, y el suelo estaba sembrado de toda clase de objetos que habían sido abandonados por aquellos cuyas monturas mostraban síntomas de agotamiento y que habían preferido aligerar su carga. Sila caminaba detrás del grupo con Haedunna desde que dejara a la Vieja, y Cotio, que seguía en cabeza, se detuvo, dejando que los otros le adelantaran, a fin de poder reunirse con Sila y decirle que pronto encontrarían a mano derecha el camino montañoso junto al cual había hecho acampar a sus veteranos al llegar a la mina y que conducía a Palladium, desde donde llegarían al puerto de Fundi.

En aquel momento, ante ellos, en aquel camino por el que centenares de hombres antes que ellos habían bajado para escapar del volcán, vieron para su gran asombro a una mula que subía y sobre la cual iba montado un hombre más bien delgado, tocado con un casco militar demasiado grande para él y que, debido precisamente a ello, impedía que se le viera bien el rostro. El animal, visiblemente extenuado, avanzaba cojeando y llevaba en su cuerpo numerosas heridas producidas por las piedras volcánicas, lo que significaba que su jinete había desafiado sistemáticamente la lluvia de fuego, obligándolo a seguir el camino en ese sentido desde hacía horas. Sila, al ver que el hombre iba vestido con una túnica que no era militar, supuso que había recogido aquel casco por el camino y se lo había puesto para protegerse.

Al ver a la comitiva que descendía a su encuentro, el hombre pareció dominado por un auténtico frenesí. Agitando los dos brazos, gritaba con todas sus fuerzas el nombre de Sila.

–¡Sila! – bramaba-. ¡Los dioses han escuchado mis súplicas!

Sus movimientos y sus gritos contribuyeron a desequilibrar su montura, que tropezó y flexionó las patas, para finalmente desplomarse hacia delante, lanzando al jinete por encima de su cabeza. Éste cayó sin dejar de gritar y perdió el casco, que rodó por el suelo. Sila y Cotio reconocieron entonces a Honorio.

El joven abogado se levantó con presteza y corrió a abrazar al galo, su cliente. – ¡Sabía que nuestros enemigos estarían confundidos! – exclamó tras sus efusiones-. ¡Oh, Vesbius! – prosiguió, extendiendo el brazo en dirección al cráter, que la nube de ceniza hacía invisible- ¡Gracias por la ayuda que nos has prestado! ¡En cuanto a ti, poderoso Vulcano, doy gracias al fuego de tu forja subterránea!

Honorio se había encontrado con la riada de los que huían de la mina, los cuales le habían colmado de sarcasmos e incluso de insultos porque desafiaba a las potencias divinas dirigiéndose al volcán, presa de las ansias de cólera sagrada de Vulcano; pero él no había cedido, replicándoles que iba allá arriba en busca de uno de sus clientes y que era abogado en el foro de Roma. Luego había comprado un casco por el desproporcionado precio de seiscientos sestercios. Y, como el vendedor del casco le explicara que los condenados se habían quedado encadenados, a merced de la lava que de un momento a otro cubriría el campamento, había espoleado a su mula para llegar arriba a toda costa.

La mula, tendida ahora en el suelo, respiraba con dificultad.

–Cotio, te lo ruego -dijo el abogado-. Haz que liberen a mi animal de su carga y que la transporte uno de los tuyos. Dentro hay trescientos mil sestercios en oro que me ha dado Palfurnio para comprar la evasión de Sila.

–¿Palfurnio? – preguntó atónito el galo.

–¡Sí, Palfurnio! En estos momentos es nuestro mejor aliado. Le he convencido de que denuncie a Lacertio y los demás, y nos espera en el

puerto de Pompeya con una galera preparada para zarpar.

Luego Honorio recordó el secreto que sabía, el que Esporo había revelado en el sótano de Palfurnio, el del día y la hora en los que Tito César iba a ser traicionado por su hermano, y se llevó a Sila aparte mientras unos descargaban a su mula agonizante y los demás proseguían camino.

–¡Sila! – dijo-. Es preciso huir esta misma noche, porque dentro de dos días Domiciano hará que su hermano perezca y que lo proclamen emperador… La ciudad de Pompeya debe de ser un auténtico caos y no tendremos dificultad alguna en llegar hasta el puerto. Palfurnio me ha prometido que esperaría hasta la noche. ¿Adónde pensabas ir?

–A África, en un barco de pesca que nos espera en el puerto de Fundi, al otro lado.

–¡Partamos con Palfurnio! Si Domiciano se proclama emperador, en África no estarás seguro. Su galera está cargada de oro y de objetos de valor. Irás a Persia con él y te incorporarás al servicio en el ejército de allí…

Ante la puerta de Nola, donde desembocaba el camino que venía del Vesubio, reinaba un verdadero caos, en efecto, y ningún representante de las autoridades municipales parecía hallarse presente. Dado que la tierra no había cesado de ser sacudida desde hacía varias horas por temblores -afortunadamente, de débil amplitud, al contrario de lo que pasara diecinueve años antes-, la mayoría de las fachadas de las casas estaban resquebrajadas, si bien permanecían en pie, al igual que las murallas de la ciudad, en las cuales la puerta de Nola se abría sobre la calle del mismo nombre. La mayoría de los tejados que habían soportado la lluvia de piedras al principio de la erupción estaban hundidos y de muchos de ellos salía humo. Había carretas de bomberos que parecían abandonadas, y sus caballos de tiro tenían las patas sumergidas hasta las rodillas en la ceniza. Los que las conducían debían de haber huido, abandonando el material, ya que su tarea resultaba imposible de realizar y el peligro se tornaba demasiado grande. Las inmediaciones de la puerta se hallaban atestadas de cisium y carros cargados de muebles. Unos parecían abandonados sin

conductor por la misma razón que lo habían sido los vehículos de lucha contra el incendio… Familias enteras, ayudadas por sus esclavos, intentaban abrir camino a los demás entre la masa de cenizas.

El grupo de Sila entró en la ciudad guiado por Honorio, que quería saber si Palfurnio se encontraba todavía en su fortaleza o había partido ya hacia el puerto. A medida que avanzaba por la calle devastada y sembrada de toda clase de objetos, el joven abogado comenzó a temer que el malhechor del que se había hecho amigo en circunstancias tan extrañas hubiera huido también con su guardia de gladiadores, sin esperar más, ante la inminencia del peligro. Sin embargo, no todos los habitantes habían renunciado a su ciudad y sus bienes. Sila oyó al pasar ante un patio una riña entre una esposa, que juraba que no abandonaría su casa por nada del mundo, pues sabía que sería saqueada en cuanto la familia hubiera dado la vuelta a la esquina,, y el esposo, que se lamentaba de tener una mujer tan obtusa y avara que era capaz de hacer perecer a toda su familia. Otros, encaramados en el tejado, echaban el agua que sus esclavos llevaban en cubos, los cuales ellos subían a continuación con una cuerda, con la ingenua esperanza de evitar el incendio. La calzada estaba alfombrada de tejas rotas mezcladas con la ceniza, y aquellas tejas herían los pies que la ceniza quemaba… Los perros aullaban de desesperación cuando el suelo temblaba bajo sus patas.

Con semejante espectáculo ante los ojos llegaron ante el alto muro que circundaba la propiedad de Palfurnio. La gran puerta de madera noble parecía haber sido derribada a hachazos. Sus batientes destrozados permanecían entornados, y Honorio, que se había adelantado, distinguió los cuerpos ensangrentados de varios gladiadores que yacían en el suelo a la entrada de los jardines, semicubiertos de la fatal ceniza que invadía toda la ciudad, todo ello a la extraña luz amarilla o roja que pasaba a través de la nube gigante antes de llegar a los ojos de los humanos martirizados por el volcán.

El abogado, que se había detenido en la puerta, oía gritos procedentes del edificio, además de ruido de armas entrechocando. Los guardias de Palfurnio habían defendido la fortaleza del ataque de unos asaltantes desconocidos para Honorio, pero sin éxito.

Aquellos gritos de guerra se oían incluso en la calle donde Sila, Cotio, los veteranos y los persas se habían detenido para permanecer a una distancia prudencial. De pronto, un gladiador provisto de casco y arma que venía del jardín surgió ante Honorio y le amenazó con la espada. Finalmente, un personaje delgado y un tanto encorvado apareció detrás de aquel hombre. Honorio retrocedía, con la punta de la espada del otro apoyada en su estómago. Pero el joven abogado no pretendía ir mucho más atrás.

–Soy Honorio, hijo de Caedo, abogado en la ciudad de Roma -declaró resueltamente-. ¿Qué ocurre aquí? ¡Vengo a ver a mi amigo Palfurnio y encuentro este desorden!

–Joven -declaró Efestio, que había ido a dirigir en persona la operación mediante la cual contaba con poner fin de una vez por todas, tras haber cerrado el trato con Lacertio, a la larga lucha que Palfurnio había llevado a cabo contra él para dominar el mercado de los juegos del circo en aquella parte de Campania-, joven, la amistad es algo hermoso, pero será mejor que hoy sigas tu camino sin rendirle los honores que te honran, pero que pondrán tu vida en peligro. Además -prosiguió, mirando el cielo negro y señalando con un gesto á los despavoridos pompeyanos, que desfilaban estrechando contra su pecho lo que quedaba de su fortuna y arrastrando de la mano a sus hijos llorosos-, a ti y a tus compañeros os interesa refugiaros lo antes posible, antes de que esta ciudad quede absolutamente reducida a cenizas.

Pero Honorio no era de la misma opinión.

–Gracias por tus palabras -repuso-, pero te ruego que me expliques por qué razón la puerta de esta morada está destrozada y por qué hombres de Palfurnio alfombran el suelo ante mis ojos… Y esos gritos que se oyen, ¿puedes decirme lo que significan? ¿Has venido quizás a saquear esta casa tras la marcha de su propietario?

Efestio meneó la cabeza.

–Presuntuoso desconocido, si no te pliegas a mis prudentes palabras se impondrá la ley del más fuerte…

Liberado por estas palabras, el samnita que tenía a raya a Honorio levantó su espada con la intención de derribar al joven asestándole un golpe con el arma plana, al tiempo que otros aparecían por el jardín y rodeaban al lanista.' El samnita asestó el golpe, pero seis flechas lanzadas por los arcos de los seis persas se clavaron en los presentes, dejando a Efestio solo, de pie en medio de hombres que se retorcían de dolor en el suelo, crispando las manos en la madera de las saetas que los torturaban o yaciendo en la inmovilidad de la muerte.

El lanista de Herculano, estupefacto, se encontraba frente a Sila, que había avanzado hacia él.

–¿Quién eres -preguntó el galo- y qué haces aquí? Esta vez responde, porque las flechas no tienen tiempo para esperar…

–¿Que qué hace aquí? – exclamó Honorio, que se había levantado con el mentón ensangrentado a causa del golpe que había recibido-. ¡Está con sus sicarios, pagado por Lacertio, para atentar contra la vida de Palfurnio y sacar a Esporo del sótano!

–¿Y quiénes sois vosotros? – preguntó Efestio, presa ahora de una gran inquietud.

Sila hizo un gesto negativo con la cabeza.

–Permíteme que no te responda, reúne a tus hombres y márchate con ellos sin tardanza. Si entro en ese jardín para liberar al que asedias, no dejaremos vivo a ninguno de vosotros.

1. Nombre que se daba a los propietarios de gladiadores.

Efestio se sintió más encorvado y triste que nunca. Había perdido su última batalla contra Palfumio y pensó que si el volcán llegaba a aniquilar

Herculano después de Pompeya, y él perecía en los edificios de su escuela en quiebra, ello constituiría un fin aceptable en vista de la miseria que le esperaba después de que todos sus bienes hubieran sido vendidos para pagar las deudas.

Honorio y Sila encontraron a Palfurnio y a los hombres que le quedaban a éste atrincherados en el sótano. Tuvieron que pasar por encima de los muertos y los heridos para llegar hasta ellos, y desgañitarse para que los asediados los oyeran desde el fondo de su escondrijo y acabaran por reconocer la voz de Honorio. Entonces desmontaron las barricadas. El agua les llegaba a las rodillas, pues los hombres de Efestio habían empezado a inundar los sótanos, desviando hacia éstos los conductos que alimentaban en abundancia la casa y los jardines.

–¡Honorio, por fin llegas! – exclamó Palfurnio, que no había perdido las esperanzas-. ¡Ya era hora! ¡Querían convertirnos en animales acuáticos! ¡No nos enviaban a Plutón, sino a Neptuno! ¿Y quién es éste? – preguntó al ver al galo-. ¿Es posible que sea Sila?

–Lo es, en efecto -dijo el joven.

–¡Ave, Sila! – dijo Palfumio-. Sé bienvenido a lo que queda de mi casa… Honorio ha debido de contarte lo que ha sucedido entre él y yo, ¿no?, y cuánto lamento haberte perjudicado…

–Lo sabe todo -le interrumpió Honorio-, pero ¿tu galera está a punto? Todo cuanto reposa en la superficie del suelo va a quedar aniquilado…

–Está esperando. Me disponía a ir al puerto cuando Efestio y sus hombres han aparecido. ¡Han subido hasta mi terraza con escalas, tras haber derribado la puerta delantera a hachazos! ¡La delantera y la trasera, así es como se actúa con Palfumio, evidentemente! Estaban bien informados… Mis hombres han luchado como leones y me han obligado a esconderme en el sótano. ¿Lo ves? ¡Y tú decías que me traicionarían! Han cumplido su contrato hasta el final. ¡Todavía queda gente de palabra en la tierra!

–Y tú, Palfurnio, ¿me habrías esperado a bordo de la galera hasta la noche, tal como habíamos acordado?

Palfurnio miró al joven sonriendo.

–Mi querido Honorio -respondió, asiéndolo del brazo-, no hay que buscar la perfección en todo, los filósofos lo desaconsejan… Además, quienes deciden son los dioses, como una vez podemos comprobar…

Partieron hacia el puerto, abandonando la hermosa morada destrozada a la ruina que el volcán hacía reinar por doquier.

Ante la puerta de Nola, la mula que transportaba a Polión y que Sila y los demás habían olvidado, se había detenido junto a otros animales de montura o de tiro abandonados a su suerte, exhausta y asfixiándose a causa de la ceniza que aspiraba desde hacía horas, y el propio Polión permanecía atado a su lomo, con la cabeza sobre el cuello del animal.

Estaba muerto, y, en el desorden final de la aniquilación de la ciudad, los últimos fugitivos que avanzaban dificultosamente entre las cenizas no le prestaban más atención que a los demás cadáveres.

Las escenas que se desarrollaban en el puerto no tenían nada que envidiar a las que se producían en la ciudad y sus calles. El viento silbaba con violencia y agitaba el mar, un infortunio que se sumaba a los demás, y muchos de los que habían fletado naves o barcas de pesca, cargando en ellas sus bienes y sus esclavos, se veían ahora obligados a abandonarlas, pues ningún barco podía salir contra aquel viento excepto las galeras sólidamente equipadas con remeros. Se veía a aquellos desdichados en los muelles, buscando una carreta para llevar sus posesiones por el camino que conducía a Herculano bordeando el mar. Pero la ceniza que se acumulaba hacía vana su última esperanza. La muerte reinaba por doquier en Pompeya.

La mayoría de los edificios y de los almacenes portuarios se habían incendiado, añadiendo una sofocante humareda a las cenizas sulfurosas que seguían cayendo. Honorio, que ahora sólo pensaba en Nais, había corrido

hacia el puerto delante de los otros y, al llegar al muelle, vio las galeras de la flota Menesio en su sitio. Pero también ardían. Tan sólo parecía indemne aquella a- bordo de la cual estaba instalado el sobrecargo. Todos los hombres disponibles de lo que quedaba de las tripulaciones se dedicaban a regar sin descanso el puente y el aparejo, con la esperanza de impedir que se declarase el incendio, aunque el sobrecargo debía de saber que no tenía suficientes remeros para hacer que su nave zarpara contra el viento y que estaba atrapado. Como todos los que vivían en Pompeya, había subestimado hasta el último momento el peligro que Vesbius había lanzado sobre la ciudad.

Con el corazón palpitante, Honorio se precipitó hacia la galera donde se había alojado y que ardía como las demás. Los marinos que se afanaban en aquella donde permanecía el sobrecargo indeciso y desesperado, recorriendo de un extremo a otro el puente, al ver que se dirigía hacia las llamas le dijeron a gritos que estaba loco y que embarcara de inmediato con ellos para disponer de un remero más. Él desapareció en la humareda que giraba en volutas en el puente, contestándoles que su esclava estaba a bordo y que debía salvarla, cosa que los dejó atónitos. Llegó a la escalera principal, pero le asaltaron las llamas rugiendo y empezó a perder la esperanza de encontrar a la desdichada Nais con vida. Sin embargo, la escalera trasera, pese a estar invadida por el humo, le pareció practicable y se abalanzó por ella para dirigirse a la crujía que conducía a su camarote. Allí encontró un calor insoportable y el olor acre de las pinturas que empezaban a arder en las paredes. Al llegar por fin ante la puerta que había protegido sus amores serviles, la golpeó con todas sus fuerzas gritando el nombre de su esclava.

La puerta se abrió y Nais, medio asfixiada, se arrojó en sus brazos llorando. Él, conmovido, la abrazó también con lágrimas en los ojos. Por obedecerle y esperarle, se había quedado encerrada allí pese al fuego y al volcán, consciente de que no tenía nada en el mundo aparte de aquel amo ocasional que el azar había puesto en su miserable camino, y prefiriendo la muerte a la soledad que la esperaba en el seno del caos reinante en el exterior, en un universo que para ella era de todas formas un caos temible, incluso cuando los volcanes no estaban en erupción. Honorio acercó su boca a la de ella y

Nais le devolvió el beso con ardor; y él pensó, pese al incendio y a la urgencia de la huida, arrojarla a la cama para poseerla en aquel mismo momento, pues la intensa emoción que se había apoderado de ellos presagiaba un coito de una calidad excepcional.

Sin embargo, tuvo un acceso de sentido común y la asió de la mano para conducirla por el camino por el que había llegado hasta allí. Desde el puente, mientras ambos corrían a través del humo, vio al grupo capitaneado por Sila avanzar por el muelle hacia una hermosísima trirreme cuya tripulación, a semejanza de la del sobrecargo, inundaba sin parar la nave mediante chorros de agua que una bomba manual accionada por seis hombres sacaba del mar: era la galera fletada por Palfumio.

Éste, caminando junto a Sila, se dio a conocer al piloto que mandaba a bordo, y la comitiva subió la pasarela de acceso que se apoyaba en el muelle. Esporo iba tendido en las parihuelas donde Sila había hecho que lo ataran antes de salir del sótano de casa de Palfurnio. Los vendajes que envolvían su cabeza sugerían que se trataba de un hombre gravemente afectado por la lluvia de fuego, mientras que su presencia tenía por objeto que nadie pudiera reconocerlo y que le fuera imposible abrir la boca.

Sila empezó por preguntarle al piloto cuántos remeros había. Éste le respondió que había suficientes para navegar a una velocidad media, con las pausas habituales durante las cuales reparaban fuerzas, pero que evidentemente la mala mar y el viento contrario harían la salida del puerto muy difícil y que «todo el mundo a bordo se acojonaría». Sin embargo, corrigió, una vez mar adentro el oleaje sería menos peligroso y sin duda habría posibilidades de izar la vela, ya que después de salir del golfo se dirigirían hacia el sur.

El galo le preguntó entonces que ocurriría si, por el contrario, quisieran ir hacia el norte.

–Sería una solemne idiotez -respondió-, además de que en esa dirección quedaríamos reducidos al uso exclusivo de los remos… Pero ¿no quedamos con Palfurnio en que navegaríamos hacia el sur y rodearíamos Sicilia para

dirigirnos a África?

–¿Me concederías media hora para reclutar más remeros de refuerzo? –preguntó el galo sin hacer caso a las palabras de su interlocutor.

–Sin duda podríamos navegar más de prisa, y la salida del puerto resultaría menos peligrosa. Pero, con esta mierda que nos cae encima -añadió, dirigiendo la mirada hacia la ciudad bajo su capota de ceniza-, esa media hora puede costarnos cara…

Sila hizo caso omiso, llamó a voces a Cotio y le ordenó que fuera con sus compañeros a reclutar, entre el desconcierto que reinaba en los muelles, hombres fornidos capaces de remar a cambio de un medio seguro de salir de allí. Desde el puente de la galera, el galo veía a todos los que erraban entre las cenizas sin saber adónde ir, y al llegar al puerto había reconocido a condenados de la mina en busca de alimento, vestidos con lo que habían encontrado en las casas abandonadas por sus propietarios.

Cotio y los veteranos regresaron en el plazo prescrito con unos sesenta hombres, presidiarios de la mina escapados y mozos de cuerda que ofrecían sus servicios para descargar naves por unos ases al día, a los que se sumaban algunos esclavos de baja categoría cuyos amos no habían querido cargar con ellos en su huida.

Tras contarlos y constatar su aptitud para el manejo de los remos, el piloto le mostró su satisfacción a Sila. Declaró que, después de haber pasado la zona peligrosa gracias a aquella fuerza suplementaria, formarían dos equipos, los cuales remarían por turnos con un intervalo de descanso de dos horas. Así podrían mantener una velocidad excepcional, muy útil para personas que parecían tener mucha prisa por alejarse de Italia.

La galera salió del puerto, tras haber embarcado además de su tripulación todos los hombres que le quedaban al sobrecargo y el propio sobrecargo, ignorando que iba en la misma nave que Sila. Aquella nave hendía las olas hostiles que golpeaban su proa de plano, barriendo el puente, donde todos aquellos que tenían algo que hacer allí se habían estibado firmemente en sus

respectivos puestos. Se cruzaron con varios esquifes que habían volcado al intentar hacer la misma maniobra sin poseer ni la ciencia ni la fuerza motriz necesarias. Los cuerpos sin vida de los pasajeros flotaban entre dos aguas, maltratados por el oleaje. Los que aún vivían, agarrados a tablas, levantaban los brazos implorando que los salvaran; pero la galera no podía. hacer nada por ellos en el peligroso trance en que también ella se encontraba y el piloto no quiso verlos. Al ritmo que imponían los gritos de los jefes de boga, los remeros estiraban y empujaban sus instrumentos como enloquecidos, conscientes de que sus músculos y su valor eran los únicos que podrían arrancar a la galera de la tierra contra la voluntad del viento.

Oculto por la inmensa capota de ceniza que ahora parecía detenerse a unos metros de los tejados en llamas de la ciudad; el volcán causante de todo aquello permanecía invisible. Se veía la misma horrible cosa sobre Herculano. En el camino costero que unía ambas ciudades, la columna de los fugitivos con sus vehículos y sus jinetes parecía inmóvil, engullida sin duda por la masa de cenizas que alcanzaba desde el suelo la altura de un caballo. Sila comprendió entonces que tan sólo los que habían podido huir cuatro horas antes, o embarcarse tras haber abandonado todos sus bienes sin perder un minuto, habían podido salvarse, y que nadie en Roma, es decir, Lacertio y los demás, sabría jamás si Sila, Esporo o Palfurnio habían podido escapar a la destrucción de Herculano y Pompeya.

Cambio de rumbo

Como el rostro del piloto reflejaba la satisfacción que sentía al ver que el oleaje se tornaba más regular y más lento, al tomar las cosas el giro favorable que él había deseado, Sila le hizo un gesto de complicidad y dejó el puente. Bajó a la crujía del puente superior, donde se encontraban los camarotes que Palfurnio, que no pensaba pasar varios meses en altamar viviendo con incomodidad y austeridad, había hecho acondicionar lujosamente por uno de sus intendentes en cuanto hubo cerrado el trato con

el piloto propietario de la nave. Exhausto por las horas que había pasado en el sótano entre sus gladiadores, Palfurnio se había retirado a sus aposentos en cuanto llegó a bordo, durmiéndose profundamente. Sila situó inmediatamente ante su puerta a dos veteranos, con la orden de no dejarle salir bajo ningún pretexto.

El galo se dirigió hacia la escalerilla que permitía descender a la bodega. Esporo se encontraba retenido allí, en uno de los cuartuchos destinados a encerrar encadenados a los remeros indisciplinados, cuartuchos sin luz donde se oía el rumor de las olas golpeando el cascarón de madera forrado de cobre. Le ordenó al veterano que montaba guardia que le abriera la puerta y la dejase abierta para que entrara la luz, y que se alejara a fin de no poder oír lo que se diría si Esporo se ponía charlatán, tal como Honorio dio a entender cuando había puesto a Sila al corriente de la investigación que había llevado a cabo en Pompeya.

Encontró a Esporo atado a la pared, en un taburete. El galo se sentó en una tabla que podía servir de cama cuando no se estaba encadenado.

–¡Salud Esporo! No me guardes rencor por mantenerte atado. Yo he padecido las cadenas que tus amigos me pusieron y tú puedes muy bien soportar algunas consecuencias…

–De lo único que me quejo es de que no tengo nada para beber. –Perdónanos. La tripulación ha estado muy ocupada con la salida del muelle, pero dentro de poco todo volverá a la normalidad. Yo vine a la mina de azufre en una galera similar a ésta, en el fondo de la bodega, y sólo me dieron de beber una vez durante el viaje desde Ostia. Me temo que te ha llegado el momento de pagar por lo que habéis hecho tus amigos y tú…

–Te ruego que me mates limpiamente y me ahorres las brutalidades que podrían desfigurar y estropear mi cuerpo.

–Ya me han dicho que le tenías mucho apego a las formas que los dioses te dieron al nacer…

–Cada cual tiene su forma de ver la vida -dijo Esporo-, y en consecuencia la muerte.

–En efecto. ¿Puedes ahora, para evitarme tener que recurrir a brutalidades inestéticas, confirmarme lo que me han dicho Honorio y Palfurnio, es decir, que Domiciano, ayudado por aquellos que te dan trabajo, va a expulsar a su hermano del trono la noche que vendrá después de ésta?

–Así es. Por eso te interesa no maltratarme e incluso velar por mi conservación, a fin de que eventualmente pueda interceder por ti cuando caigas en manos del nuevo César.

Sila sonrió.

–¿Realmente lo harías?

–¿Por qué no? Yo no soy un ave de presa movida por el odio o la venganza, ¿sabes? Actúo para ofrecerle a mi vida los medios de pasarla de forma agradable y placentera. El alquiler de mulas y carretas no bastaría para proporcionarme tales medios ni para hacerme conocer el interés que se experimenta estando involucrado en los asuntos del Imperio… Digamos que soy un epicúreo en el crimen y que me gusta hacerlo todo con elegancia. Si puedo conseguir que seas desterrado de por vida al otro extremo del mundo, en lugar de ser arrojado de nuevo a las fieras como lo fuiste, no tendría inconveniente en pedirlo. Debo confesarte que las carnicerías del circo me repugnan. Los esedarios que se enfrentan al galope, pilum en mano, de acuerdo. Pero los gladiadores que se matan entre sí a centenares, jadeando como leñadores que talan árboles, y con mayor motivo las fieras que arrancan los miembros de los condenados con sus dientes, ¡no! Estoy en contra…

–Bueno, te agradezco lo que quizá hagas por mí… Pero, como soy curioso por naturaleza, me haría muy feliz que me dijeras más cosas sobre la forma en que tus amigos van a proceder para ayudar a Domiciano a subir al trono imperial.

–No hay mala voluntad por mi parte -repuso Esporo, que se sentía muy cómodo al ver que Sila era buena compañía-, pero no sé tanto. No soy un hombre tan importante en Roma, si bien lo era un poco en Pompeya. ¡No tengo por qué ocultarte nada! ¿No pensarás, recién salido de la mina de azufre y con unos cuantos militares retirados, impedir una conspiración en la que una parte del palacio imperial, incluido el hermano de César en persona, se halla implicada desde hace meses?

–No sé. Todavía no he decidido nada. Quería consultarte acerca de ello… Esporo rió.

–Me siento muy honrado por la confianza que me otorgas. Por lo poco que sé, siendo el prefecto de los vigilantes, Casio Longino, amigo de Lacertio, podrá tener Roma bajo control mientras los acontecimientos se desarrollan discretamente en el palacio imperial…

–Algo sé de que el prefecto de los vigilantes es uno de sus amigos -dijo Sila.

–¿Has tenido tratos con él?

–Guardo un mal recuerdo de ello. Pero, te he interrumpido…

–En el palacio imperial, pues, dado que Domiciano ocupa unos aposentos próximos a los de su hermano, bastará con haber convencido al que está al mando de la guardia pretoriana y cuyo nombre, si la memoria no me engaña, es Lucrecio Fronto, de que no intervenga durante los pocos minutos que se necesitan para eliminar a César…

–¿Y qué medios se utilizarán para eliminarlo, como tú dices?

–Creo que el puñal manejado por un grupo de conjurados de alto rango, cuya presencia no pueda sorprender al príncipe, se impone en un caso como éste -dijo Esporo en un tono desenvuelto-. Por lo demás -añadió de pronto-, si yo fuera de esos a los que su elevado rango destina a un crimen que

podríamos calificar de histórico, temería la doblez de Domiciano. Te hablo con franqueza, admítelo. Temería que el hermano de Tito, una vez acuchillado este último, hiciera matar de inmediato a los que se creen sus amigos, a fin de borrar el rastro y la prueba de lo que constituye un fratricidio por personas interpuestas… De ese modo aparecerla como heredero de un trono que ha quedado vacante a consecuencia de un trágico acontecimiento en el que él no ha tenido ninguna participación. Es muy hábil, ¿no?, y debo decir que aprecio lo que hay de sutil en su proceder… De cualquier modo, esto no pasa de ser un comentario entre nosotros para ayudarnos a pasar el tiempo en altamar, puesto que de todas formas nos alejamos de Roma en tu interés y en el de tu amigo Palfurnio… Este último me advirtió cuando estábamos en su sótano que nos dirigiríamos a Persia. ¿Qué haréis conmigo allí?

–Lo pensaremos. Primero queremos pedirte que consignes por escrito, delante de testigos, lo que has hecho. Sé que no nos lo negarás, ya que deseas conservar intactas tus orejas, tu nariz, tus testículos, en fui, todo aquello que se puede cortar en un hombre que muestra independencia de carácter…

–¡No te preocupes! – exclamó el otro, riendo-. ¡La sola amenaza de cortarme el pelo bastará para obtener mi colaboración en la revisión de tu proceso! No tendrás que bajar más…

–¡Estaba seguro de ello! Después, si Honorio logra que accedan a esa revisión de la que hablas, te pediremos que comparezcas como testigo contra Lacertio, a cambio de tu vida y el destierro, igual que le hemos prometido a tu antiguo amigo Palfurnio.

–Son peticiones moderadas -dijo Esporo, riendo-, pero se quedarán en papel mojado, ya que dentro de unas horas reinará Domiciano. Esperemos que no envíe en cuanto lo coronen una nave más rápida en persecución de esta galera. En fin, esperémoslo por ti, pues en lo que a mí me concierne…

–No lo creo, porque no iremos a Persia.

–¿Y adónde iremos?

–A Roma -contestó Sila, al tiempo que se levantaba de la tabla ante la mirada atónita de su prisionero.

–¿A Roma?

Antes de cruzar el umbral del cuartucho, el galo se volvió hacia él.

–Esporo, debes saber una cosa: en la guerra, una información, si el enemigo ignora que uno la posee, puede valer lo mismo que varias legiones. Yo tengo esa información, y el enemigo no puede saberlo porque a todos cuantos estamos en esta galera se nos da por desaparecidos en el cataclismo que ha sepultado dos ciudades de Campania bajo la ceniza. Lacertio ya te llora, al mismo tiempo que se felicita de la muerte de Palfurnio y de la mía, por las cuales se ha tomado tantas molestias… ¡Vale, Esporo! Haré que te traigan agua.

–¡Vale! – respondió el otro, que apreciaba las buenas maneras.

Sila fue a donde sabía que se encontraban Todj y los persas, y les ordenó que cogieran los arcos y le siguieran. Se acercaron, en dirección a la popa de la nave, al lugar donde el piloto permanecía junto a los tres hombres que manejaban el gobernalle.

–¿Cómo van las cosas? – preguntó el galo en el tono más entusiasta posible.

–Van mejor, como puedes constatar. El oleaje es soportable y muy pronto haré que icen la vela.

–Y si ahora quisiéramos poner rumbo al norte, ¿cómo actuarías?

–¿Al norte? – preguntó el piloto, sorprendido-. Pero, el contrato que firmé con Palfurnio estipula que nuestro destino es Persia, tras semanas de navegación. Si ponemos rumbo al norte, iremos hacia Roma o la Galia… ¿Acaso Palfurnio ha decidido un cambio?

–De momento, aún no hay nada decidido. ¿Cuáles son exactamente los términos de tu contrato?

–Acordamos trescientos mil sestercios, cien mil por adelantado y los doscientos mil restantes al llegar a la orilla más oriental del mar Mediterráneo, o del mar Negro si en el último momento nos decidíamos por éste. Además, la prima del seguro, que asciende a cien mil sestercios en un caso de este tipo, ha sido abonada por Palfurnio.

–Me parece -dijo Sila- que por ese precio, si se mantiene con nuestro acuerdo, te interesaría más ir a Ostia que a Palestina o al Bósforo. En tal caso, los doscientos mil sestercios te serían pagados mañana hacia las once de la mañana, si navegamos a toda velocidad, en lugar de tener que esperar esa suma dos meses, sin contar el riesgo de perderlo todo a manos de los piratas, a la ida o a la vuelta…'

El piloto lo miraba con incredulidad.

–Pero ¡sólo puedo hacer una cosa semejante si me lo pide Palfurnio! –exclamó.

Sila señaló con un gesto del mentón a los persas que permanecían detrás de él con sus arcos.

–Palfurnio no tiene ni arco ni flechas, y está muy cansado a causa de todas las pruebas que ha tenido que sufrir antes de poder subir a bordo. Dormirá hasta mañana a mediodía, y, como no quiero que nadie turbe su sueño, he ordenado que dos hombres armados vigilen la puerta de su camarote. ¿Ves ahora clara la situación y qué es lo que te interesa?

–Lo veo -dijo el piloto-. Tan sólo estoy un tanto sorprendido, pues me había preparado para un largo viaje… Sin embargo, pensándolo bien, y no disponiendo tampoco de arqueros, me siento inclinado a aceptar ese cambio de itinerario. ¿Debo considerar cerrado el trato y dar las órdenes necesarias?

–Sí -respondió Sila-. Más adelante te darás cuenta de que no has servido a una mala causa. Éstos -añadió, señalando a sus arqueros- se quedarán a tu lado para que estemos seguros de que se mantiene el rumbo correcto mientras yo descanso. Su presencia hará también que Palfurnio compruebe que has actuado bajo amenaza.

–No te preocupes por eso -repuso el otro-. Me dedico a armar y alquilar naves, y mi ambición es obtener beneficios.

–En tal caso, todo el mundo se alegrará de llegar a Ostia unas horas después de la salida del sol -concluyó Sila.

–Salvo quizá Palfurnio -dijo el piloto.

–No necesariamente. A veces es preciso hacer el bien de la gente a su pesar.

En los muelles del puerto de Ostia

La trirreme entró en la ensenada de Ostia a la decimoprimera hora del día. Sila estaba en el puente al lado del piloto. En los muelles del puerto militar, que compartía aquella ensenada con el comercial, se veía una gran animación. Su instinto de soldado le sugirió dirigirse allí, y le ordenó al piloto que echara el ancla en el límite de las aguas reservadas a esa parte del puerto donde, a todas luces, una legión parecía estar embarcando en una flota impresionante de birremes y trirremes de la fuerza naval imperial.

Montones de utensilios y de provisiones guardados en grandes cestos de paja forrados con lonas cosidas se hallaban alineados ordenadamente en las baldosas de los muelles, con los números de las centurias a las que estaban destinados. Numerosos legionarios que se preparaban para embarcar estaban también en fila, ante la mirada de los centuriones que los contaban

llamándolos por su nombre. Delante de la galera consular, reconocible por el banderín rojo que pendía de su mástil, un grupo de oficiales permanecía en tomo a una mesa cubierta con una tela también púrpura. Entre ellos, Sila distinguió al menos a un personaje consular y varios legados. Consultaban mapas desplegados sobre aquella mesa, mientras que otros daban órdenes a oficiales subalternos que partían a continuación hacia las naves o las formaciones de hombres.

El galo hizo que lo condujeran a tierra con uno de los botes de la galera. Había dormido, se había puesto una túnica apropiada que le había proporcionado el piloto y, de no ser por algunas marcas de quemaduras en sus manos y piernas, ya no parecía el evadido que había atravesado la víspera el infierno de Pompeya. Avanzó en dirección a todos aquellos militares que se encontraban reunidos allí, observando a los suboficiales con los que se cruzaba con la esperanza de encontrar a uno al que conociera. Había servido veintiún años en la mitad de las veinte legiones que componían el ejército romano, y si los dioses, que le eran favorables desde que Vesbius entrara en erupción, continuaban queriendo protegerle y ayudarle, habría al menos uno en aquel muelle. Y había uno, en efecto.

Un buen mozo de rostro juvenil, que llevaba la cepa de viña de los centuriones a pesar de su edad, avanzaba hacia él. Sila vio sorpresa en los ojos del hombre, al tiempo que en su mente aparecía un nombre: Cluvio Estéfano, joven oficial salido de la orden ecuestre, que había estado a sus órdenes durante el período de pruebas, un muchacho de buena familia destinado a alcanzar altas graduaciones. Entonces Sila se detuvo. La sorpresa aumentó en el semblante del otro, que se detuvo a su vez.

–¡Sila! – exclamó con voz ahogada, como si no quisiera que ese nombre fuera oído-. ¿Es posible que seas tú?

–Es incluso cierto -repuso el galo, sonriendo.

–Pero…, yo te creía…

–¿En las minas? Estaba allí, en efecto, pero un volcán me libró de ellas

ayer.

–Entonces vienes de allí…

Toda Italia sabía lo que había sucedido en Pompeya, pues, en el transcurso de la noche, la nube de cenizas había enviado un oscuro polvo que se había extendido por la Ciudad, manchando todo cuanto tocaba, y su presencia tan lejos del Vesubio demostraba la gravedad de la erupción.

–Vengo de allí, en efecto. Fleté una galera sin la cual no habríamos salido vivos, y hemos remado sin descanso toda la noche para estar aquí antes del mediodía.

–Pero -dijo el joven oficial-, si te reconocen, ¿no serás…?

–Sí, por supuesto. Pero, hasta ahora, tú eres el único que me ha reconocido.

–No temas que yo se lo diga a nadie -replicó vivamente.

–¡No lo temo, Cluvio! Pero, dime, ¿de quién es esa legión que embarca y adónde se dirige?

–Partimos para poner fin a la actividad de los piratas, que en estos momentos hacen la navegación prácticamente imposible, por orden de Tito César, que ha nombrado a Munatio Fausto para dirigir esta campaña. Él también te conoce. Hemos hablado varias veces de tu caso comiendo juntos y él ha asegurado que no te creía…

El joven vaciló.

–¿Culpable de haber captado una herencia?

–Exacto -dijo el otro-. Pero, ahora que pienso… ¿Qué vas a hacer? ¿Sabes adónde ir?

–Lo sé, pero todavía no veo la manera de llegar hasta allí -contestó Sila.

–Si hablara con Munatio -sugirió el joven-, y teniendo en cuenta que debemos levar anclas mañana, estoy seguro de que aceptaría llevarte con nosotros. Nadie sabe si has escapado a la catástrofe provocada por el volcán. Te inscribiríamos en las listas con un nombre falso. No habrá ningún control durante meses, hasta que hayamos regresado a Italia… Podrías combatir con nosotros y, si alguien te reconoce, no nos resultará difícil pedirle que guarde el secreto. ¡Estoy convencido de que harás proezas y de que irás hasta la guarida de los piratas con hombres disfrazados de marinos para matar a su jefe con tus propias manos! ¿No son esas cosas las que te hicieron famoso en el ejército? Luego, a nuestro regreso, Munatio Fausto no tendrá dificultad en obtener tu indulto de César -concluyó, con un entusiasmo que reflejaba la admiración que sentía por el guerrero del que había sido alumno-. ¡Te conduciré ante él ahora mismo!

–¿Delante de toda esa gente? – repuso Sila-. Tal vez no quiera comprometerse con un evadido… ¿No puedes decirle que venga a verme a la trirreme que está allí y con la cual he venido? Así podremos hablar confidencialmente…,

e incluso le podré informar de cosas importantes que le interesarán enormemente.

–¿De cosas importantes?

–Sí. Referentes al palacio imperial. Dile eso para que tenga interés en venir. – Estoy seguro de que irá sin necesidad de eso…

–¿Por curiosidad? – ironizó el galo-. ¿Para ver la cara que tiene un oficial arrojado a las fieras y a la infamia?

El cónsul Munatio Fausto se dirigió discretamente a la galera venida de Pompeya a bordo de una barca guiada por dos hombres y que no llevaba ninguno de los símbolos honoríficos con los que un cónsul a cargo de una misión se da a conocer. Fue recibido en lo alto de la escala por Cotio, que lo condujo a la sala de navegación, donde Sila se hallaba solo.

En cuanto la puerta estuvo cerrada, Munatio Fausto fue con paso decidido hacia Sila, que estaba lívido de emoción pues aquel instante señalaba su reincorporación al mundo del que había sido excluido, y abrazó al ex oficial varias veces.

–Te lo agradezco, Munatio -dijo el galo con lágrimas en los ojos-. Sólo nos hemos visto una vez, y no dudas en confortarme con tu presencia.

–Estoy en las legiones para eso, Sila, y tú lo sabes. Para escapar a lo que sucede en la Ciudad y en los pasillos del palacio. ¿Qué es eso que tienes que decirme y que le has dado a entender a Cluvio para tentarme?

–Como no podemos perder tiempo, te comunico sin rodeos oratorios que, esta noche, los mismos que lograron que me condenasen a ser arrojado a las fieras van a matar a Tito y proclamar emperador a otro.

–¿Cuál es el nombre de ese otro?

–Tú lo sabes -dijo Sila-. Estoy seguro de que ya lo has adivinado. Un miembro de la familia.

Munatio Fausto esbozó una amarga sonrisa.

–¿Quién te ha facilitado esa información?

–Dos personajes secundarios que han sido utilizados para preparar la conspiración y que cayeron en manos de mis hombres antes de la erupción de Vesbius. Esa catástrofe a la que hemos escapado por los pelos lo ha destruido todo y nadie puede saber que están vivos aquí, a bordo de esta nave. Si quieres interrogarlos, no negarán nada.

El cónsul rechazó la propuesta con un, gesto de la mano que expresó su repugnancia.

–Te creo. En realidad, no me sorprende. ¿Estamos, pues, condenados a ser

gobernados siempre por asesinos?

–A no ser que nosotros nos opongamos a ello -replicó Sila.

–¡No veo cómo podríamos hacerlo! – exclamó Munatio-. Y, si he de serte sincero, la propia actitud de César hacia su hermano haría nuestros esfuerzos vanos. Hasta el último momento, el mayor se negaría a creer que el menor le traiciona, y nosotros perderíamos todo crédito por haber ido a advertirles. – El cónsul negó con la cabeza-. ¡No, Sila! Como ya sabes, parto mañana con una misión que me mantendrá alejado de Roma varios meses. Me enteraré a mi regreso de que hay un nuevo emperador. Partiré de nuevo a una frontera y me lavaré las manos de lo que haya sucedido en ese palacio, donde al parecer Júpiter vuelve locos a todos cuantos aloja en él… -Reflexionó un poco antes de añadir-: Incluso si consiguiéramos desmontar la conspiración…, no sé cómo, pero supongámoslo…, dado que César no castigaría a su hermano, éste nos eliminaría en el siguiente complot, que sí tendría éxito. No hay ninguna esperanza…

–Sin embargo, tú tienes una legión completa en pie de guerra a pocos kilómetros de la Ciudad… Domiciano no tiene tanto. Tan sólo cuenta con unos pocos asesinos escondidos bajo sus togas de patricios y unos pocos cómplices en la guardia pretoriana. ¡Eso es todo!

–¿Entrar en la Ciudad a la cabeza de una legión? Pero ¡sabes perfectamente que eso es un crimen capital! Además, el movimiento de esas centurias en el camino de Ostia a Roma se conocerá en palacio poco después de haberse iniciado.

–Cierto -dijo el galo-. Pero yo no pienso en tu legión uniformada, con sus pertrechos guerreros. Pienso en cien legionarios a los que, vestidos de mozos de cuerda, vendedores o turistas,' haré entrar en la Ciudad a caballo o en cisium que alquilaremos, o a pie, en pequeños grupos. Dámelos y, antes de medianoche, hora a la que Tito debe ser apuñalado, estaré en palacio para pillar a los conspiradores con las manos en la masa.

Munatio sonrió.

–¡No has cambiado! Pero, lo que lograste fuera es insensato tratándose de Domiciano y de la guardia pretoriana. Tú tienes una posibilidad entre diez mil de llegar al corazón del palacio. Pero yo, ¿tengo derecho a arriesgar cien hombres que serán degollados si fracasas? ¿Voy a reunir a las centurias en el muelle de este puerto, a arengarlas y a pedir cien voluntarios para ir a detener al hermano de César al corazón de palacio?

–Ésa es, efectivamente, la pregunta que he venido a hacerte en lugar de huir a Persia con esta galera en la que tengo millones de sestercios y quince hombres, cuya abnegación hacia mí les ha llevado a ir a atacar la mina en la que estaba preso para liberarme.

–No pongo en duda que tú eres el que más arriesgas en este asunto, en lugar de pensar en huir a un lugar seguro -dijo el cónsul a modo de excusa, mientras se sentaba en uno de los asientos sujetos al suelo que acompañaban la mesa de navegación-. Hace un rato me sentía feliz -ironizó- de partir con mis trirremes y mi legión a la caza de los piratas, y he aquí que tú vienes a perseguir mi conciencia como jamás lo ha sido… -Reflexionó y, cambiando de tono, prosiguió-: ¡Puedes decir que los dioses están contigo desde que has escapado a Vesbius! entre mis oficiales hay un joven valeroso que es hijo de Rufo Corbulón, al que en opinión de muchos mataron hombres de Domiciano mientras estaba solo de caza. El hijo nunca habla de ello, por supuesto, pero sé que sueña con vengar a su padre.

1. En Roma había, como hoy, «tour operators» que organizaban viajes a través del Imperio.

Sila recordó que ese nombre había sido pronunciado por los personajes que charlaban en el camarote contiguo al que ocupaba él con Mancinia, en el pontón de la Rodania que descendía por el Ródano hasta Marsella.

–Si le hablo a Caleno, que así se llama, de tu empresa, se entregará a ella en cuerpo y alma. Sin duda lo enviaré a la muerte, pero podré decirme que lo deseaba, pues ese muchacho ciertamente prefiere perecer que dejar a su padre sin ser vengado… Es amigo de Cluvio, que me ha puesto en contacto

contigo y que probablemente querrá unirse a vuestro proyecto. El peligro no desanima a Cluvio, y está dispuesto a dar su vida por el bien de Roma. ¿Dices que dispones de quince hombres?

–Uno de ellos es un veterano que sirvió en la guardia pretoriana durante los últimos años de Vespasiano y que conoce todos los detalles de palacio: cómo opera la guardia, los relevos, los puntos débiles de la muralla que rodea los jardines, etcétera. También tengo cinco arqueros persas que atraviesan con sus flechas a un pajarillo en pleno vuelo y las clavan en los resquicios de las corazas.

–Pues si tienes éxito le gustarán a César, que no pone nada por encima de los arcos y los utiliza de maravilla. Si fracasas, probablemente Domiciano ordenará que me corten la cabeza, pero yo no lo permitiré. Mi padre, que fue oficial con Nerón, me hizo prometer que siempre guardaría veneno al alcance de la mano, y yo he sido un hijo obediente.

Estaban ambos de pie ante la mesa de los mapas y Munatio palmeó el hombro de Sila. No dijeron nada más ninguno de los dos, y el cónsul se dirigió a la puerta.

–¡Valete! – exclamó éste volviéndose antes de abrirla.

Tal como previera Munatio, Caleno Corbulón y Cluvio Estéfano se habían puesto a las órdenes de Sila con una gran resolución. Habían hecho campaña en sus centurias para reclutar voluntarios. El cónsul había acuartelado a toda la tropa en el recinto del puerto militar, con el pretexto de que debían partir a la mañana siguiente, pero evidentemente para que no se filtrara nada de lo que pudiera saberse en las filas de la formación de un destacamento destinado a una operación desconocida. Los dos jóvenes militares habían conferenciado largamente con el galo en el cuarto de navegación de la trirreme. Éste les había pedido en primer lugar que buscaran un legionario que hubiese servido en los vigilantes de Roma. Los vigilantes, efectivamente, eran reclutados en las legiones. El tiempo apremiaba y no parecía haber ex vigilantes de la capital en el efectivo de las centurias reunidas para acabar con los piratas, cuando uno de los que

estaban en el secreto recordó que conocía a un tal Barbidio que actualmente estaba de servicio con los vigilantes del puerto de Ostia, y fueron en su busca con la esperanza de averiguar algo útil para el plan. Él accedió a ir a la trirreme atraído por la promesa de una elevada gratificación. Allí, el tal Barbidio, que era un buen mozo muy decidido, respondió a la pregunta que Sila le hacía referente a si conocía al prefecto Casio Longino y lo que pensaba de él.

–Puesto que estamos solos, te diré que es un auténtico cerdo. Si estoy con los vigilantes de Ostia es porque pedí que me trasladaran aquí para no tener que seguir viendo su cara.

–¿Y por qué? – preguntó el galo.

–Porque en la prefectura de los vigilantes de Roma se producen toda clase de intrigas y chanchullos, y si uno no quiere participar en esos chanchullos todo lo que tiene son problemas. De manera que ellos se alegraron de perderme de vista, y yo también. Aquí, en Ostia, hay tranquilidad, y el comisario de los vigilantes, Nonio Balbio, que no depende de Roma, sino de la prefectura marítima, es un tipo normal.

–Y si te dijera que estoy precisamente tratando de poner fin a los chanchullos de Casio Longino, que he venido para eso y que organizo la operación con determinado número de personas, ¿te unirías a nosotros?

–¿Y para qué me necesitas a mí?

–Porque tú conoces la prefectura, lo que ocurre dentro, cómo se puede entrar, cómo está vigilada…

–¡Ah! Entonces, ¿es una operación de guerra?

–Más o menos. Y los que la lleven a buen término serán generosamente recompensados de varias formas. Tendrán un ascenso y recibirán una suma de dinero. En tu caso, dada tu calificación, esa suma bastaría para comprar una granja; no una granja enorme, pero, en fin, una granja…

Barbidio parecía interesado.

–Verás… Por cierto, ¿cuál es tu nombre?

–De momento, aquí, en Ostia, no tengo nombre. Pero si vienes con nosotros esta noche a Roma, lo sabrás y no te sentirás decepcionado.

–¡Bien, de acuerdo, señor Nadie! ¿Me permites que te llame así, como si fueras Ulises?

–No me falta mucho para ser Ulises. Regreso de un largo viaje y he sido prisionero de una especie de Cíclopes.

–Bueno, Ulises -rió Barbidio-, ¿sabes una cosa? Lo que más me interesa, más aún que la granja, es ver a Casio Longino en el trullo…

–Creo que incluso irá más allá del trullo. Entonces, ¿de acuerdo?

–De acuerdo -dijo el otro.

Alargó una mano y Sila le dio una palmada.

OceanofPDF.com

El asalto a la prefectura

Los persas fueron los primeros en entrar por la puerta Ostia, escoltando una lujosa litera en la que Sila, con una elegante túnica, iba tendido sobre un colchón que escondía sus arcos y flechas.

Cotio tenía la orden de reunir a cincuenta hombres en las proximidades del palacio Menesio, situando a determinado número de ellos en el establo y las dependencias del hostal Las Dos Alondras, tras haberse dado a conocer al hospedero Sostias y haberle comunicado la inminente llegada de Sila, escapado de la mina y de Pompeya.

Cotio había encontrado entre los voluntarios a cinco o seis hombres que sabían utilizar la honda. Su presencia, sumada a la de los arqueros de Todj, proporcionaba una fuerza de presión considerable.

Mientras el resto del contingente permanecía en las inmediaciones de la prefectura de los vigilantes, bajo el mando de Corbulón y de Cluvio Estéfano, en espera de la orden de actuar, Sila, a quien seguía Barbidio, hizo detener su litera y a los persas en una calle contigua a la prefectura. Se acercó hasta allí a pie para realizar una inspección exterior, acompañado del ex vigilante de Roma. Ante una gran verja de entrada, que hacían rodar por un rail para abrirla y cerrarla, permanecían dos centinelas. La verja estaba flanqueada por sendos puestos de guardia, dentro de cada uno, de los cuales, según explicó Barbidio, había como máximo cuatro o cinco vigilantes. ¿Quién iba a querer hacerle daño a la prefectura de los vigilantes de Roma y a quien estaba a su cargo? Rodearon los edificios, que eran de grandes dimensiones, y Barbidio condujo a Sila a la entrada del patio donde se encontraban los establos y las cocheras en las que se guardaban los vehículos de lucha contra los incendios: carros cargados de bombas y de centenares de cubos de estaño, con los cuales la población de un barrio amenazado por el fuego formaba una cadena para llevar agua hasta el foco del o de los siniestros.

Barbidio explicó que ese patio no estaba nunca cerrado, a fin de que los vehículos pudieran salir sin perder tiempo, y que, una vez dentro, se podía pasar a la prefectura propiamente dicha, donde se encontraban el cuartel, las armas y las dependencias del prefecto, a través de varias puertas no cocheras que era posible forzar sin ninguna dificultad.

A continuación, Sila le ordenó a su cochero persa que dirigiera la litera hacia el palacio Menesio.

En la plaza donde se hallaban situados frente a frente el hostal de Sostias y la lujosa morada del difunto patricio Menesio reinaba el silencio. La gran puerta por donde Sila viera salir el día de su llegada a Roma el carro de Metalla y sus caballos, los cuales habían acabado su carrera en la arena devorados por las fieras, esa puerta monumental estaba cerrada, triste rostro del palacio sin vida. Sila había hecho que detuvieran la litera en una de las calles que subían hacia el hostal, de donde escapaban los murmullos de algunos comensales. Cotio, que permanecía vigilando a la entrada de la plaza, se acercó con varios de sus veteranos. Sila distribuyó entre ellos varios ganchos similares a los que había utilizado la noche en que penetró en los jardines del palacio. Le ordenó a Cotio que fuera a parlamentar con los guardias de la puerta, que se diera a conocer, fingiendo que acababa de llegar a Roma tras un largo viaje por la Galia y Germania, y expresara su deseo de ver a Sila. Luego, el galo se metió en la litera para esperar.

Cotio regresó al cabo de un cuarto de hora para decir que la mayor parte de la guardia del palacio Menesio había sido despedida por los responsables del embargo, encargados provisionalmente de su gestión, y quedado reducida a unos diez hombres, que unos cuantos de los funcionarios que administraban el embargo se habían instalado en el palacio, cuya comodidad y belleza apreciaban sobremanera, y por último que en los establos apenas quedaban unos pocos caballos para tirar de las carretas de servicio, pues el resto había sido confiado a los acaballaderos imperiales.

Sila salió de la litera y, refugiándose en la oscuridad que proporcionaban los

árboles, avanzó pegado al alto muro donde lanzara la primera vez la cuerda con el gancho. Hizo la misma operación, siendo imitado por los veteranos que le acompañaban, y todos penetraron de esta forma en los silenciosos jardines, que la guardia ya no patrullaba.

Mientras se acercaba al mausoleo de Menesio, pensó en Mancinia, ya fría y dura como la piedra; después condujo a su destacamento hacia los viveros. No había allí presencia viva alguna y sólo se oía el murmullo del agua cayendo de un estanque a otro. Los peces habían sido vendidos o pescados para la mesa del prefecto de los vigilantes y de los funcionarios que administraban el embargo. Buscó las morenas, recordando al desdichado Ictios, y al no encontrarlas pensó que era una lástima, pues habrían resultado muy apropiadas para Lacertio. '

Dejó a sus hombres al abrigo de los cipreses del vivero y avanzó solo hacia el puesto de guardia, donde dos hombres conversaban con Cotio, que había regresado para charlar con ellos mientras Sila hacía sus movimientos.

Al ver a su antiguo señor surgir del jardín se quedaron atónitos. El galo les preguntó si querían ponerse de nuevo a su servicio para lo que había ido a hacer. Los veteranos habían avanzado detrás de él y cerraban el paso. Los guardias respondieron que les daba igual lo que pudieran pensar de ellos, pues los representantes del embargo eran unos sinvergüenzas que los trataban con desprecio, y que todos habían solicitado ir a una legión, pero no querían dejarles marchar.

Sila les dijo entonces que tuvieran la puerta preparada para abrirla, a fin de dejar entrar a todos lo que iban a llegar. Los guardias vieron, en efecto, mirando a través de las troneras que permitían vigilar la plaza, a cierto número de paseantes que se dirigían hacia el palacio sin que pareciese existir relación alguna entre ellos. Abrieron la puerta pequeña y los inesperados visitantes entraron de uno en uno o por parejas. Contaron treinta hombres. Los últimos en llegar caminaban junto a un carro tirado por un solo caballo. Los guardias abrieron la puerta grande para dejarlo pasar y constataron que, una vez ésta cerrada, los paseantes que estaban allí se

repartieron las espadas, los escudos y los cascos que sacaban de aquel carro de aspecto inocente.

Sila contó sus efectivos a medida que éstos iban a ocultarse detrás de la hilera de cipreses; luego se dirigió al edificio donde vivían los ocho guardias restantes, lo hizo rodear de hombres armados y entró en él.

Estaban alojados en habitaciones de tres. Algunos dormían y otros jugaban a los dados, que lanzaban sobre una de las camas, sentados en taburetes. Al ver a aquel que se les aparecía como un fantasma mostraron la misma sorpresa que los otros. En la última habitación, Sila reconoció a Sirio, que estaba dormido. Lo zarandeó, asiéndolo de un hombro.

–¡Sirio! – dijo-. ¡Despierta!

El hombre primero se sentó en la cama y después se puso rápidamente en pie.

–¡Señor! – exclamó.

–¡Nada de señor! ¡Sila!

–¡Sila! ¡Has vuelto!

–¿Quieres ayudarme o permanecer con los que se quedarán encerrados aquí para que no se les acuse de ser mis cómplices?

–¿Tus cómplices? ¡Yo quiero servirte como antes, pase lo que pase!

–No dudaba de ti. Coge dos lámparas de aceite encendidas y sígueme a los establos. ¿Todavía hay paja y heno para los caballos?

–Claro, queda mucho, pues ya no hay casi caballos. ¡Qué tristeza reina en este palacio desde que tú no estás, Sila!

–Bueno, pues ya ves, he venido a traer un poco de animación. Vas a

ayudarme a prender fuego.

–¡Fuego! – exclamó Sirio.

–¿Acaso no me pertenece?

–¡Sí, sí! Es tu…

–Sí, es mi casa y tengo derecho a hacer en ella lo que quiera, ¿no? Mientras Cotio y una gran parte de sus hombres rodeaban en silencio el palacio propiamente dicho, a fin de que ninguno de los administradores del embargo pudiera escapar para dar la voz de alerta, Sila fue a los establos con Sirio. Sacaron de allí a los pocos caballos que todavía quedaban y Sirio los llevó a las perreras, donde los ató, regresando a continuación para ayudar a Sila a amontonar la paja y el heno en varios puntos de los establos y las cocheras, donde había numerosos carros y otros vehículos susceptibles de proporcionar un buen combustible. Prendieron fuego con ayuda de las dos lámparas de aceite.

Altas llamas se elevaron muy pronto en el cielo nocturno, y aquello fue para dos hombres de Cotio, montados en sendos caballos, la señal de la carrera que debía conducirlos a través de las calles atestadas de carretas hasta la prefectura de los vigilantes, a fin de dar la voz de alarma y reclamar el mayor número posible de hombres para intentar controlar el incendio que acababa de declararse en el palacio Menesio.

Al oír el ruido del galope de los caballos, de los vehículos de los vigilantes y de la campana que éstos hacían sonar mientras cruzaban la plaza en dirección al palacio, los guardias abrieron los dos batientes de la gran puerta cochera, y los carros cargados de hombres y de material se adentraron por el gran paseo de cipreses en dirección a los edificios que ardían, con el siniestro crepitar que acompaña a todo incendio. Los vigilantes-bomberos se apearon a toda prisa de los vehículos y empezaron a desenrollar las mangueras, preguntando dónde estaban los estanques que sin duda debía de haber en una propiedad como aquélla. Otros corrían hacia los edificios con un hacha en la mano. Como no tenía que llegar nadie más, los guardias,

siguiendo las instrucciones de Cotio, cerraron el portón. Algunos curiosos ya se acercaban presurosos por la plaza, pues sabían que en una situación de ese tipo se reclutaba a los transeúntes y los vecinos, y así podrían entrar en la magnífica morada que había albergado los amores de la esedaria Metalla y el patricio asesinado en circunstancias todavía no aclaradas. Sin embargo, las puertas permanecían cerradas.

En el interior, los hombres de Cotio, surgiendo de detrás de los cipreses y los edificios que no ardían, se abalanzaron sobre los vigilantes-bomberos, que iban desarmados y que fueron reducidos, amordazados, atados y arrastrados a los sótanos de las dependencias, donde los encerraron. Les obligaron a despojarse de sus uniformes, con los que Sila, Barbidio y la mayoría de los legionarios que estaban a sus órdenes se vistieron. Otros hombres del destacamento que no habían podido conseguir uniformes se amontonaron en los carros, donde, tras haber sacado todo el material, fueron cubiertos con lonas. Hecho esto, Sila ordenó a los que iban a permanecer vigilando la propiedad y a los funcionarios del secuestro que combatieran el incendio como pudiesen, utilizando las bombas y contentándose con proteger el edificio principal, en lugar de impedir que los establos y las cocheras quedasen reducidos a cenizas.

Luego, las puertas se abrieron de nuevo y la comitiva de vehículos salió en tromba a la plaza, haciendo sonar de nuevo las campanas, para dirigirse esta vez a la prefectura de los vigilantes.

El vehículo que iba en cabeza, donde se encontraban Barbidio y Sila, llegó a la puerta de entrada de las cocheras de la prefectura y penetró por ella, seguido de todos los demás. Los caballos se detuvieron en medio del patio, los falsos vigilantes saltaron de los carros y se precipitaron guiados por Barbidio, que conocía el lugar, hacia las puertas que conducían al patio en torno al cual estaban los cuarteles, las oficinas y la residencia del prefecto, y por supuesto el cuerpo de guardia. Éste se vio asaltado en cuestión de instantes por aquellos hombres que llevaban el mismo uniforme que ellos y que surgían por detrás. Al mismo tiempo, los legionarios que habían permanecido ocultos fuera bajo las órdenes de Caleno Corbulón y Cluvio Estéfano atacaron desde la calle. Los diez o doce vigilantes que estaban de

servicio allí, abrumados por el número y la sorpresa, no pudieron asestar más que unos golpes mal dirigidos. Fueron reducidos, como lo habían sido sus colegas en el palacio Menesio, y despojados también de sus uniformes.

Mientras esto se llevaba a cabo, Sila, que había repartido su efectivo entre él mismo y Caleno Corbulón, se dirigió hacia la entrada de las dependencias del prefecto. Barbidio, por su parte, subió la escalera que conducía a la sala de coordinación, donde debía de encontrarse el oficial de noche, seguido de Caleno y sus hombres. El oficial en cuestión había salido de su despacho al oír el alboroto, intentando encontrar una explicación a la agitación reinante en el patio, y lo encontraron en el pasillo, espada en mano.

Barbidio, que lo conocía, se dirigió a él en estos términos:

–¡Ave, Loreio! No utilices la espada. Podrías herir a alguno de nosotros por torpeza y, como ya no tienes a nadie a tus órdenes aquí, harías un pésimo negocio.

Los dos extremos del pasillo estaban, en efecto, cerrados por vigilantes armados entre los cuales Loreio no reconocía a ninguno de sus hombres.

–Hemos venido simplemente a pedirte la tabla de servicio de esta noche, a fin de saber en qué puntos de la Ciudad ha situado destacamentos Casio Longino. Si nos la das por las buenas, con comentarios explicativos, te dejaremos tu uniforme y tu dignidad; de lo contrario, te desnudaremos y te encerraremos en un sótano sin luz. ¿Los sótanos de este cuartel siguen siendo tan húmedos y estando tan poblados de ratas?

Barbidio avanzó hacia el que antaño fuera su superior y tendió la mano para recibir su espada, que el otro le entregó sin oponer resistencia. Entraron en el despacho y Corbulón se sentó para estudiar el plano de la Ciudad. Casio Longino había indicado personalmente los lugares donde deseaba apostar a sus hombres y el nombre de éstos: era el plan que había organizado para poder controlar la Ciudad en el momento en que se conociera la noticia del éxito de la conspiración. Así pues, la mayor parte del efectivo se encontraba fuera de los edificios de la prefectura, tal como habían previsto Sila y sus

compañeros.

En el momento en que Barbidio reducía al oficial de servicio, Sila y Caleno aparecieron en la entrada de las dependencias del prefecto. Todas las salidas estaban ya vigiladas y nadie había podido salir de allí.

Rodeado por sus persas armados con arcos, Sila atravesó el vestibulum y el atrio ante las miradas temerosas de los esclavos y se encontró ante Casio Longino. Éste, inquieto por el alboroto que se había producido pese a las precauciones de los asaltantes, salía del triclinio donde había reunido para una cena de velada de armas a unos cuantos amigos que estaban al corriente de la conjura y debían ocuparse de convencer, a partir de la mañana siguiente, a los senadores y altos funcionarios conocidos por ser poco adictos de Domiciano de que fueran con ellos a palacio a rendir homenaje al nuevo emperador, en interés de su carrera y la de sus hijos.

Sila se detuvo ante el prefecto sonriendo.

–¡Ave, Casio! Lamento interrumpir tu cena y la conversación que mantenías con tus amigos. Sin duda le estabais dedicando una oración fúnebre a Tito César. Pero yo he venido a buscar mi tablilla…, ya sabes, la tablilla que me envió Menesio pidiéndome que viniera a reunirme con él en Roma y que tú no quisiste restituirme con el pretexto de que era una prueba. ¡Me rindo a la evidencia! Es, en efecto, una prueba en el proceso al que se te someterá por el papel que desempeñaste en el envenenamiento de mi amigo. Apresúrate, te lo ruego, a buscarla en tus archivos, porque aún tenemos mucho que hacer antes de la duodécima hora de la noche, como puedes imaginar…

Casio Longino, boquiabierto y con el belfo colgando, permanecía inmóvil, sin poder dar crédito a la presencia de Sila en el atrio de la prefectura. Luego montó en cólera.

–¡Tu tablilla! – gritó con una voz penetrante, fuera de sí-. ¡No sé de qué tablilla me hablas! ¡Serás crucificado por asaltar de este modo la prefectura de los vigilantes! ¡Tú y tus bandidos!

Esta vez, Sila decidió que la ironía amable ya no se adaptaba a las circunstancias y le propinó dos bofetadas al hombre del belfo con todas sus fuerzas. Casio Longino se tambaleó a causa del golpe, con lágrimas de dolor y de rabia.

–No me amenaces, Casio, porque puedo hacer que te crucifiquen a ti en el patio de tu cuartel sin esperar a que acaben los acontecimientos de la noche, y sabes que me sobran razones para hacerlo. – Sita miró a Todj y éste alzó su arco provisto de una flecha-. Ordénale a uno de tus secretarios que traiga esa tablilla inmediatamente. Tus vigilantes están encerrados en el sótano y nadie vendrá a liberarte. Estás solo con esos nobles patricios, que mañana deberán explicar a quienes les interroguen en nombre de César qué hacían en tu casa la noche de la conspiración.

Aquellos a los que el galo hacía alusión habían salido del triclinio.

–¿Quién eres tú? – preguntó uno de ellos, lívido.

–¿Estabas en el circo cuando un galo luchó contra los tigres? Si es así, deberías reconocerme.

La mano de Casio Longino buscó bajo su toga y sacó una llavecita de cobre.

–No hace falta llamar a ningún secretario -dijo éste en un tono resignado-. Tu tablilla se encuentra en el cofre que está a la vista en mi dormitorio. Acompaña a Sila -le ordenó a uno de los esclavos, que se mantenían a distancia.

–Gracias -repuso Sila, que había cogido la llave-. Esta noche te necesitaré, y si accedes a las peticiones que te haga, y que ayudarán a hacer fracasar vuestro complot, serás entregado a la justicia imperial. De lo contrario, haré que te crucifiquen en el patio media hora antes de medianoche, para estar seguro de que recibes tu castigo en caso de que fracasemos.

–Aún no has ganado la partida, Sila -dijo Casio Longino, que ahora se

esforzaba por mantener el tipo delante de los demás-. Lejos dé la prefectura hay vigilantes, en el palacio imperial, ¡y está la guardia pretoriana!

–Lo sé -replicó el galo-. Hemos calculado la distancia en el plano de la Ciudad. Hay aproximadamente la misma que de tu prefectura a la roca Tarpeya.

En la sala de coordinación, Caleno Corbulón señalaba un punto en el plano de Roma.

–Aquí está la casa de Domitila -dijo-, la hermana de César. Han situado veinte hombres. Deben de querer impedirle que vaya al palacio imperial esta noche…

¡Domitila! Sila recordó que Mancinia le había dicho que era la confidente de Tito y su cómplice en los asuntos amorosos de éste. Ella tenía que ser hostil al horrible fratricidio que se preparaba. Sería mantenida al margen con cualquier pretexto por aquellos vigilantes y, cuando el hecho se hubiera consumado, Domiciano le contaría una mentira. Esporo lo sabía de sobra, pues le había declarado a Sila que los que mataran a Tito podrían ser las primeras víctimas, después de César, de la conspiración. La existencia de aquella hermana hacía ese crimen todavía más necesario para borrar la huella del otro… Se podía imaginar fácilmente la escena: Domiciano salía de las dependencias de su hermano moribundo llamando a los pretorianos y señalándoles a los culpables, que caían a su vez traspasados por las espadas… Los muros de palacio habían presenciado otras similares.

Cluvio Estéfano se personó en casa de Domitila y regresó diciendo que ella no estaba, pues había ido a pasar la velada en casa del riquísimo Terpnio, que celebraba el vigésimo aniversario de su hija. Había ido allí, explicó Cluvio, con cinco hombres de su guardia, pretorianos destinados permanentemente a custodiarla, pero su litera iba escoltada por los veinte vigilantes. Cluvio había hablado con el sexto pretoriano, que permanecía en la casa. No había ocultado que él y sus compañeros estaban furiosos por aquella intrusión de Casio Longino en su terreno. La razón que se les había dado por parte del responsable del destacamento era que «se podía temer

algo contra miembros de la familia imperial durante aquellos días».

–Está bien informado -bromeó Sila-. Haz venir al tipo que ocupaba este despacho antes que nosotros -ordenó.

Fueron de inmediato a sacar a Loreio de su calabozo.

–¿Te llamas Loreio? – preguntó el galo.

–Sí. ¿Y tú?

–Pregúntaselo a Casio Longino cuando estéis en la jaula de los condenados a las fieras, en el sótano del anfiteatro. ¿Sabes que esta noche estás colaborando en un regicidio, o bien Casio Longino te manipula como a un idiota?

–¡Un regicidio! – exclamo Loreio-. Estás delirando. ¡Queremos sustituir a un emperador cuya debilidad pone en peligro al Imperio por un príncipe mejor preparado para el poder! Y Tito debe ser conducido a Capri esta misma noche. Aceptará cederle el trono a su hermano. ¡Es más poeta y literato que César! Todo el mundo lo sabe.

–Ya veo que eres un idiota -dijo el galo-. Me gusta saber con quién trato. ¿Y qué debes recibir en recompensa por tu felonía?

–¿Y por qué debo responder?

–Para negociar tu vida. Todo cuanto hagas y digas a partir de este momento influirá en tu contra o en tu favor mañana, cuando se inicie la investigación sobre vuestros crímenes. De manera que te interesa satisfacerme.

–Debo recibir el puesto de Casio.

–¿Prefecto de los vigilantes a tu edad? Efectivamente, era tentador. ¿Y Casio?

–Estará en el gobierno de la provincia egipcia.

–Habría amasado una gran fortuna. Sin embargo, te he hecho venir para que me ayudes a desmontar el mecanismo de esta conspiración. Nos queda poco tiempo. O hablas, o 'mueres. Si hay que llevar, esta noche, una orden a uno de los destacamentos que se encuentran repartidos por la Ciudad, ¿cómo debe ser dada esa orden? Falta de respuesta o respuesta incorrecta, muerte antes de la duodécima hora. La verdad, y ello figurará en tu expediente en la columna positiva.

–Veo que no tengo elección -repuso Loreio, obligándose a bromear.

–¡Por supuesto que sí! Puedes morir, como hacían los romanos en otros tiempos. Eso es lo que nos contaban, al menos en la escuela donde yo fui instruido, en Lugdunum.

–Me has convencido, no insistas. No harías sino humillarme todavía más.

–Lo lamento -dijo Sila-. Pero el regicidio tiene sus inconvenientes. ¿Entonces?

–Todas las órdenes deben estar escritas de la mano de Casio, en una tablilla con su sello personal.

El galo le miró fijamente a los ojos.

–¿No olvidas nada? En estos casos suele haber una señal de reconocimiento, una contraseña. La conmoción puede haber trastornado tu memoria…

–Sí, en el texto de la orden deben figurar las palabras «sin demora».

–Estoy seguro de que me lo habrías dicho aunque no hubiese insistido.

Gracias. Ahora volverás a permanecer incomunicado, y ruega a los dioses que tengamos éxito para que tú y el prefecto de la provincia egipcia sigáis

con vida después de medianoche. ¡Galeno! Planta una cruz en el patio que se encuentra bajo las ventanas del comedor de lujo de Casio Longino. ¡De prisa! Nos exponemos a perderlo todo por unos minutos.

Caleno salió y Sila se dirigió a las dependencias del prefecto, que permanecía bajo la vigilancia de Todj.

Cruzó de nuevo el atrio y se acercó al anfitrión, desplomado en una banqueta, presa de la angustia de la derrota.

–Casio -dijo el galo-. Acompáñame al comedor, por favor.

Los otros estaban allí, maldiciendo el error que habían cometido al dejarse seducir por las promesas de Lacertio y del prefecto.

–Mira lo que están preparando en el patio -añadió Sila, señalando una de las ventanas.

A través de ésta, el prefecto vio que llegaban dos hombres con uniforme de vigilante, transportando dos grandes maderos. Luego se unió a ellos un tercero con un pico en la mano y empezó a desenganchar adoquines para hacer un agujero en el suelo.

–He reflexionado -prosiguió Sila-. Tus crímenes son tan grandes, tanto contra mí como contra Menesio, que he decidido tu ejecución pase lo que pase. Van a plantar ahí la cruz que tú deseabas para mí hace un rato. Sin embargo, mi atavismo de oficial me impone ciertos escrúpulos: mi venganza no debe prevalecer sobre mi deber, qué es el de hacer que tu empresa fracase. De manera que, por mucho que me cueste, voy a darte una oportunidad. Escribirás las órdenes que yo te dicte para determinados destacamentos que has enviado por la Ciudad, y así sobrevivirás a la duodécima hora y a esa cruz. No olvides la contraseña… Un olvido como ése arrojaría una sombra sobre la continuidad de nuestras relaciones. Vamos a tu despacho, donde sin duda tendrás los sellos.

La litera de Sila se detuvo ante la morada del rico Terpnio, cuya entrada,

iluminada por antorchas de resina y velas de sebo, mostraba la animación de una velada de recepción. Toda clase de literas y sillas de porteadores se encontraban alineadas en el jardín e incluso en la calle, donde iban a morir los murmullos y las risas de los invitados. Los esclavos porteadores y los cocheros, entre los que se había distribuido comida y bebida, estaban sentados en el suelo al pie del muro que rodeaba el jardín, al fondo del cual se distinguía el peristilo, así como las togas y túnicas que iban y venían.

Cluvio entró en la casa de la fiesta. Regresó diez minutos después para anunciarle a Sila que Domitila se había dejado convencer sin ninguna dificultad, en cuanto se pronunció en voz baja el nombre de Sila, de que fuera a esperar a éste en un banco de la parte del jardín situada detrás de la casa.

El galo bajó de la litera y siguió a Cluvio por el jardín. Luego se encontró ante el banco de mármol donde la hermana de César estaba sentada.

–Y bien -bromeó ésta-, sospechaba que reaparecerías un día, pero no te esperaba tan pronto. ¿Dónde estabas?

–En la mina de azufre situada al pie del Vesbius. Y como éste lo ha destruido todo…

–¿Te habían enviado allí, a Pompeya?

–Sí. El azar ha hecho bien las cosas. Era la mina a la que había que ir. –¿Dices el azar en lugar de los dioses? ¿Serás capaz de mostrarte ingrato con ellos, después de que te permitieron salir vivo de un spoletarium? No creo que jamás lo hayan hecho con nadie más…

–No es ingratitud, sino modestia. Hasta después de la duodécima hora de la noche no sabré si están realmente de mi parte.

Ella no comprendió lo que el galo quería decir, pero preguntó:

–¿Qué esperas de mí? ¿Que le hable a César en tu favor? ¿Sabes que, si le

hablo de nuevo de ti, me preguntará qué hiciste de Mancinia la víspera del día en que debía llevarla a Ostia?

–La inhumé en el panteón que había preparado para mi amigo Menesio, cuyo cuerpo no me fue devuelto.

–¿Qué dices? ¿Osas reconocer que…?

–Los hombres que mataban por orden de Lacertio la apuñalaron porque llevaba consigo una declaración escrita que demostraba la infamia de su jefe. Pero los míos me trajeron su cuerpo y esa declaración, después de haber matado a su asesino.

–¿Y por qué no dijiste nada enseguida?

–Para que no me cargaran otro crimen. Ella meneó la cabeza.

–Tu caso es realmente complicado… Déjame reflexionar unos días. Necesito la ocasión propicia para presentárselo a César. Es mi hermano, pero reina…

–No dispones de días. Cómo máximo, de una hora.

Su rostro rechoncho, pero lleno de dulzura, se ensombreció.

–¡No puedes imponer condiciones! – replicó, con cierta incredulidad-. ¿Por qué una hora? ¿Te buscan y temes que te atrapen?

–No. Estoy enterrado en Pompeya, como todos los que vivían al pie del volcán. Nadie busca mi sombra. Digo una hora porque, dentro de una hora, César, Tito, tu hermano, habrá perecido apuñalado por los que han sido reunidos en un aposento de palacio y esperan el momento de asestar el golpe.

La expresión de ella no cambió porque al principio no comprendió lo que Sila decía, aquella cosa terrible; luego exclamó:

–¿Qué has dicho?

–Nada más que lo que me han revelado dos hombres implicados en la conspiración, a los que capturamos en Pompeya y que están incomunicados en la nave que me ha traído a Ostia. Y por eso estoy aquí: para. que me hagas entrar en palacio. Dispongo de cien hombres y una hora para impedir el crimen.

–¡Así que es eso! – dijo ella-. Casio Longino me ha enviado a mediodía una tablilla comunicándome que me asignaba a veinte vigilantes para protegerme, pues, según ciertos informes, debíamos desconfiar de lo que pudiera ocurrirles en las próximas horas a los miembros de la familia imperial. – ¿Incluso a tu hermano menor? – preguntó fríamente el galo.

Esta vez, Domitila miró a Sila con una especie de temor, y el ex oficial de las legiones comprendió que ella ya sospechaba de Casio Longino, del que sabía que estaba vinculado a Lacertio, y que Lacertio…

–Galo, vas demasiado lejos -dijo en un tono grave, desprovisto de la alegre ironía habitual en ella.

–No -repuso éste-. Tomo el camino más corto porque nos queda poco tiempo.

Se produjo un largo silencio entre ellos, en el cual se oían las risas y los murmullos de la fiesta, la fiesta de cumpleaños de una rica virgen patricia que ignoraba que Roma era cruel.

–No puedo creer una cosa semejante -dijo ella, negando con la cabeza-. Los que te han informado han intentado engañarte…

Pero Sila notaba que pronunciaba aquellas palabras sin convicción y comprendió que no tendría necesidad de añadir nada más.

–Siéntate junto a mí -dijo Domitila con una voz llena de tristeza.

Sila obedeció y vio lágrimas en sus ojos. La cínica romana no era más que una hermana que llora por sus hermanos.

–¡Eso no! ¡No, el puñal no! ¡Sangre no! Él no hará una cosa semejante… Domitila le había cogido la mano y, simplemente, lloraba, pues sabía perfectamente que él lo haría.

La noche de las tablillas engañosas

Domitila salió de la mansión de Terpnio del brazo de Sila. Se dirigió hacia su litera, cuyo cochero ocupó su puesto de inmediato. El hombre que estaba al mando del destacamento de los vigilantes avanzó hacia ella.

–Graco -le dijo ella en un tono que podía sonar a broma-, te presento a mi prometido, Lucio…

Graco sonrió y se inclinó. Domitila era conocida por sus costumbres liberales y no siempre volvía a casa sola, ya se tratara de muchachas o de personas del otro sexo. En aquella ciudad, eso no constituía una sorpresa.

–Vamos a casa -añadió, dirigiéndose a sus guardias y su cochero.

Al oír esas palabras, Graco se sintió enormemente aliviado. Había temido que tuviera en mente ir al palacio imperial, donde a veces pasaba la noche en un pabellón que le estaba reservado, pues aquello era precisamente lo que debía impedir a toda costa, según las órdenes que había recibido del propio Casio. La hermana del emperador no podía entrar allí bajo ningún concepto antes de que finalizara la mañana siguiente. Hasta el momento todo había ido bien, pero se habría producido una escena espantosa si hubiera sido necesario emplear la fuerza. Al fin y al cabo, era la hermana de

César, y él, Graco, no era gran cosa, uno entre muchos otros que debían obedecer a Casio Longino.

Él ignoraba por qué debía aplicar esa consigna imperiosamente; sólo sabía que recibiría una gratificación de cincuenta mil sestercios si cumplía aquella delicada tarea, y que sería trasladado a una legión que operaba en las orillas del Pont-Euxin si no lo hacía. Aquella legión luchaba contra poblados salvajes, emparentados con los escitas, que hacían la guerra sin respetar ninguna de las leyes de ésta, montados en pequeños caballos peludos en cuya cola arrastraban a sus prisioneros por el suelo hasta que éstos quedaban reducidos a una papilla sangrienta. Casio Longino conocía esos detalles y no había dejado de informar de ello a Graco.

Sila se instaló en la litera de Domitila, donde se encontró tendido junto a ella, y el vehículo partió entre los carros de transporte nocturnos; la del galo la ocupaba Cluvio. Unos vigilantes iban delante para abrir paso. Las literas debían acercarse a la pared cuando se cruzaban con un carro demasiado grande. Sila calculaba el tiempo que pasaba, reprimiéndose.

Llegaron al domicilio de Domitila, aislado al fondo de una callejuela y rodeado por un patio. Las dos literas entraron por el porche abierto, acompañadas de Graco. Para su gran sorpresa, éste vio avanzar hacia él a un jefe de decuria vestido con el mismo uniforme que él, el cual le tendió una tablilla.

–¡Ave, Graco! Casio me ha enviado a toda prisa con este mensaje para ti. Sila había bajado de la litera y le daba la mano a su compañera para ayudarla. Sabía que en esos momentos el riesgo era grande; si la orden que Casio había escrito bajo amenaza no se ajustaba a las normas, y si Loreio le había engañado…

Pero Graco rompió el sello y la cinta y leyó: «Regresa sin demora a la prefectura para que se te encomiende otra misión y transmite tu contraseña a Pasenio, que te reemplaza con dos decurias. ¡De prisa!».

Graco miraba a aquel tal Pasenio, al que jamás había visto. Experimentaba

una sensación de malestar. En el patio estaban los hombres que debían ocupar el puesto de los suyos; permanecían apartados, como si no quisieran que les diese la luz de las antorchas que los esclavos de la casa habían encendido al llegar las literas. Domitila estaba cogida del brazo de Sila, y Cluvio apoyado en la litera que le había conducido hasta allí, donde su espada y la de Sila se hallaban ocultas.

Graco observaba la tablilla con desconfianza. Parecía cumplir las normas reglamentarias, pero el vigilante no olvidaba que cualquier error por su parte le conduciría a Pont-Euxin. Le indicó a uno de los esclavos de las antorchas que se acercara, a fin de releerla y examinarla con más detenimiento. Cluvio consideró que había llegado el momento de no seguir esperando. Sacó las dos espadas de la litera, le lanzó una a Sila y se abalanzó sobre Graco, asestándole un violento golpe con el arma plana. Era la señal para pasar a la acción. Los falsos vigilantes que estaban en el interior se precipitaron hacia los auténticos. Los auténticos, que se habían quedado en la calle, entraron para apresurarse a ayudar a sus compañeros, pero oyeron pasos precipitados a su espalda. Una docena de hombres que no iban uniformados cayeron sobre ellos, unos armados con espadas cortas y otros provistos de hondas, que hacían girar.

Domitila se había quedado boquiabierta en medio de aquella escena que no había durado más que unos instantes y que le exponía los métodos empleados por Sila para resolver las situaciones difíciles. Luego, las puertas del patio fueron cerradas. Siete u ocho vigilantes yacían ensangrentados o se sentaban para calibrar la gravedad de sus heridas, y los seis pretorianos mostraban una intensa satisfacción. ¡Los vigilantes se destruían entre sí! Después se sintieron intrigados al oír que el invitado de la hermana de César ordenaba que los vigilantes del bando vencido fueran desnudados, y al ver que los hombres vestidos de civil que habían llegado por la callejuela se ponían sus uniformes. Entonces comprendieron que estaban asistiendo a un acontecimiento imprevisto y se volvieron hacia aquella a la que debían proteger. Domitila se acercó a ellos.

–Esta noche -dijo-, algunos de vuestros compañeros que están en palacio han elegido unirse a una conspiración que se prepara contra mi hermano

Tito César. ¿Queréis quedaros aquí, encerrados en el sótano de esta casa, o vendréis conmigo y con todos los que están aquí para impedir ese crimen? Vosotros conocéis el palacio y a los otros pretorianos, de modo que podréis desempeñar un papel importante que será recompensado con fuertes sumas en oro de mi bolsillo personal… Debéis obedecer al oficial Sila, que está aquí a mi lado.

Entonces miraron a aquel galo que había escapado a los tigres y que reaparecía como amante de la hermana de Tito César.

–Si es con él, y si tú también vienes, te seguiremos. ¿No hemos recibido acaso la orden de ayudarte en todas las circunstancias? Pues bien, ¡ejecutaremos esa orden!

En ese momento se oyeron voces al otro lado de la puerta cerrada, los que la guardaban la abrieron y entró Cotio, precediendo a una silla de porteadores escoltada por legionarios vestidos de vigilantes. La puerta fue cerrada de nuevo y la silla depositada ante la escalinata de la casa. Cotio hizo que sacaran de ella a un hombre que iba amordazado y atado de pies y manos. Dos veteranos lo llevaron al vestíbulo, donde Sila y Domitila entraron a continuación.

–¡Lacertio! – exclamó sorprendida la hermana de César.

–Puedes quitarle la mordaza -dijo Sila.

Lacertio había recibido de Domiciano la misión de permanecer en su casa de la Ciudad, en contacto con Casio Longino en su prefectura, a fin de estar al pie del cañón a primera hora de la mañana para fomentarla obediencia de la plebe al nuevo emperador, esa plebe de la que él era tribuno electo sin adversario desde hacía tres semanas, tras el abandono de Lépido.

Con la ayuda del hermano de César, Lacertio había reunido cerca de cien millones de sestercios, suma que permitiría repartir en una o dos veces la cantidad de doscientos sestercios a cada uno de los cuatrocientos mil romanos mantenidos y alimentados por la annona, a modo de donativo por

el gozoso advenimiento del sucesor de Tito y de bálsamo susceptible de aliviar el dolor causado por la muerte de un príncipe tan popular. Además, unos carros habían transportado a diferentes depósitos de la Ciudad toneladas de grano y miles de tinajas de aceite, cuyo contenido recibirían los sometidos a racionamiento además de sus provisiones habituales.

Lacertio se había sentido sumamente feliz al escapar a la terrible tarea de manejar uno de los seis puñales de la conjura, y había pensado que su papel y su función de tribuno incluso podrían, quizá, protegerle en caso de que la conspiración fracasara. Pero Cotio, a la cabeza de sus falsos vigilantes, había invadido su domicilio y lo había apresado a él.

Sila permanecía frente a aquel que había tramado la muerte de Menesio.

–Sin lugar a dudas comprenderás que no puedo sentir ninguna piedad por ti ni contenerme en la forma de hacerte pagar tus crímenes. Sin embargo, te utilizaré igual que he hecho con tu amigo Casio. Serás crucificado esta noche si fracasamos, pero entregado a la justicia de Tito César sin que nadie te ponga la mano encima si nos dices lo suficiente para que la operación que dirijo tenga éxito antes de que sea demasiado tarde. De este modo te convertirás, paradójicamente, en alguien que hará fervientes promesas en nuestro favor.

La mirada de Lacertio se dirigió entonces hacia algo o alguien que estaba detrás de Sila. El galo se volvió. Caleno Corbulón acababa de entrar, procedente de la prefectura de los vigilantes, y había oído.

–Yo le haré hablar inmediatamente -le dijo al galo-. Creo que fue él quien llevó a cabo el asesinato de mi padre por orden de quien sabemos. De manera que no desecharé ningún medio para hacerle confesar, ¿no es cierto, Lacertio?

El legado Estabilio -Estabilio Caprasio Félix de nombre completo- lanzó otra mirada a la clepsidra colocada sobre su escritorio, en una especie de estante sostenido por una cariátide con las formas guerreras de un soldado con casco. El artilugio decía que todavía debía fluir una hora de su-agua

antes de que su nivel indicara la duodécima hora de la noche, la hora a la cual los seis hombres que se hallaban en una estancia situada al fondo de las dependencias de Domiciano saldrían para dirigirse a las de Tito César, provistos de puñales ocultos bajo sus togas.

Se presentarían en la antecámara de las dependencias imperiales, donde permanecían, desde la puesta del sol, dos decurias de pretorianos armados, la guardia personal de César. Aquellos pretorianos no les impedirían pasar a pesar de la hora relativamente tardía, ya que habían sido elegidos uno a uno por Estabilio, el segundo comandante de la guardia pretoriana, y se les había advertido que no debían sorprenderse. Los seis patricios de la conjura, una vez en el vestíbulo de las dependencias, estarían en presencia de los esclavos de la secretaría de la casa imperial, personas importantes pese a su condición servil y que conocían la realidad de los asuntos de Estado, a causa de la total confianza que el soberano tenía en ellos. El conjurado que dirigía el juego, Arrio Estitio, y que no era conocido por ser adicto de Domiciano -suprema habilidad de los conspiradores-, explicaría que tenían la urgente necesidad de entregarle a César un informe que acababa de llegar de Germania, redactado por Calventio Quieto, uno de los seis, el cual había venido realmente de ese país expresamente para ello, pues no se había escatimado nada para hacer creíble la historia. El informe contenía importantes datos sobre lo que se preparaba en aquella frontera, donde los germanos seguían intentando extenderse hacia el oeste, violando uno tras otro los armisticios y los tratados que firmaban con los responsables de las legiones acampadas allí. Calventio había viajado veinte días, agotando a numerosos caballos de la posta imperial, para llegar a Roma lo antes posible, a fin de que César tomara las decisiones que reclamaban los cónsules allí.

Los secretarios se plegarían ante tales razones, tras ciertas dificultades iniciales, y los seis serían introducidos en el despacho de César, el pequeño despacho privado contiguo a su amplia habitación. César estaría en ésta, donde se había encerrado después de cenar para darle los últimos toques a un largo poema lírico dedicado a la constancia de los sentimientos en amor. Tito no olvidaría jamás la ardiente pasión que le había inspirado la reina Berenice, a la que continuaba amando en secreto dos años después de su

separación. A pesar de que el nombre de la esposa exiliada de Británico no apareciese jamás en aquellos versos elegíacos, muchos comprenderían que los había inspirado ella.

Tito, soberano consciente de sus elevados deberes, dedicaba largas jornadas a los asuntos del Imperio, pero le gustaba decir que los momentos que pasaba escribiendo máximas o componiendo sus poemas -según la opinión general, excelentes- eran los que le hacían soportable su pesada tarea. Se dedicaba a ello una noche a la semana. Esa noche era más propicia que otra para el fatal proyecto de los conjurados, ya que la víctima estaría sola; además, después se podría decir con mayor motivo que se había querido poner fin al reinado de un príncipe que prefería la literatura a los asuntos públicos. La plebe, regada de aceite, grano y sestercios, y a la que le daba igual ser gobernada por un hermano u otro, no pensaría más que en los próximos juegos del circo, y en los estados mayores de las legiones se producirían muchos cambios para situar por doquier a comandantes adeptos al nuevo soberano. Y el Imperio continuaría siendo el Imperio.

En cuanto a él, Estabilio, sería ascendido al mando de la guardia pretoriana, que dirigía como segundo desde hacía medio año. No había posición más agradable en las altas esferas del ejército, ya que se situaba en Roma, en la intimidad de César, y el servicio que le habría prestado esta noche permanecería siempre en la mente de éste. Estabilio, efectivamente, tenía en su mano las claves de la operación. Había sido asignado a la guardia pretoriana y ascendido a legado gracias a las intrigas de Lacertio y Domiciano; se lo debía todo a ellos, pero el éxito de esta noche reposaba sobre él, sobre la audaz apuesta que hacía exponiendo su carrera y su vida a lo que sucedería después de la duodécima hora, cuando la augusta sangre hubiera manado. Porque la partida se basaría en el número y la determinación de los oficiales y los soldados de la guardia que eligieran uno u otro bando: bien conocerían o adivinarían la responsabilidad de Domiciano y se volverían contra él para hacerle sufrir la suerte de Tito, o bien le obedecerían a él, Estabilio, y proclamarían al hermano de César como soberano del Imperio sin perder un minuto.

El comandante en jefe de los pretorianos, Lucrecio Fronto, era un hombre

de Tito, por supuesto, elegido por él en su advenimiento. La conspiración sólo podía triunfar si Lucrecio se hallaba ausente, o se le neutralizaba de uno u otro modo. Él sabía qué ambiciones alimentaba el hermano menor de César y no le harían creer que los seis patricios regicidas no habían actuado por orden de éste. El procedimiento para neutralizar a Lucrecio Fronto había sido objeto de numerosas discusiones entre Estabilio, Lacertio y el propio Domiciano en el secreto de las dependencias de éste. Lacertio había insistido en que se le matara al iniciarse la operación, sin testigos o con los menos posible. Si se deseaba que las cosas fueran irremediables, sostenía Lacertio, era preciso que los guardias _ supieran que su jefe había perecido y que ellos también perecerían si vacilaban en escoger el bando correcto.

Pero Estabilio no había cedido. Había mantenido que su superior, una vez encerrado en un lugar secreto en el recinto de palacio, tras haber sido pillado por sorpresa, no obstaculizaría más la operación que si estuviese muerto. En realidad, a Estabilio le repugnaba mancharse las manos con la sangre de un hombre que no le era antipático y que nunca le había hecho daño. Después de que el comandante de los pretorianos hubiera sido raptado y escondido, se diría que había partido al campo para pasar allí varios días, con el permiso de César. Las posibilidades de que éste hiciera llamar a Lucrecio durante la velada eran escasas, y el propio Estabilio podría presentarse en las dependencias imperiales y declarar que Lucrecio estaría en la Ciudad hasta medianoche.

Lacertio había acabado por renunciar, ya que el propio Domiciano consideraba que un asesinato seis o siete horas antes de la hora fatídica, si salía algo mal, podía hacer que toda la operación fracasara, y ahora Estabilio se felicitaba de que todo estuviera en orden. Cuatro hombres se habían presentado en los aposentos del comandante de la guardia pretoriana después de que Estabilio se hubiera cerciorado de que éste estaba en sus termas, en el baño de vapor, desnudo y por supuesto sin armas, solo con su masajista negro. En aquellos momentos, en Roma estaban de moda los masajistas africanos, muchos de los cuales eran eunucos, y Lucrecio no ocultaba a sus amigos que el suyo poseía un talento incomparable para la felación. Los cuatro intrusos no tuvieron demasiadas dificultades para apresarlo y hacerle callar, pero tuvieron que matar al africano, que gritaba y

no hacía caso de ninguna advertencia. Todo aquello fue llevado con tal alevosía, en pleno palacio, que el comandante de los pretorianos no tuvo ninguna posibilidad de escapar a su suerte. Lo condujeron al lugar donde estaban las cisternas en una de las carretillas que se utilizaban para transportar las sábanas sucias a los lavaderos. Las cisternas y éstos estaban ocupados desde primeras horas de la tarde por guardias de la conjura, y Lucrecio, amordazado, fue bajado al fondo de una cisterna vacía, cuya abertura había sido obstruida por las carretillas de ese tipo que se encontraban disponibles. Los lavaderos sólo funcionaban desde el alba hasta la duodécima hora de la mañana.

Antes del alba, el propio Estabilio iría a liberar a su superior -que habría dejado de serlo en aquel momento- y a explicarle que le debía la vida a su segundo.

Lucrecio partiría lejos de Roma a ejercer un mando en lo más recóndito de una provincia, con el consejo de que, en la medida de lo posible, procurara que el nuevo emperador le olvidase.

El palacio estaba tranquilo, la clepsidra desgranaba su agua gota a gota, y Estabilio pensaba que nada turbaría aquella paz antes de la tormenta que estallaría en cuanto la señal de medianoche fuera alcanzada por el nivel del líquido en el aparato de medir el tiempo que había destronado definitivamente de Roma, desde hacía varios años, los relojes solares, los cuales evidentemente presentaban el grave inconveniente de no poder funcionar de noche. Un inconveniente, pensó Estabilio sonriendo para sí mismo, que se convertía en muy grave en el transcurso de las noches de conjura en el interior de un palacio imperial, y en ese momento uno de los guardias que estaban apostados en la antecámara de su despacho entró, llevando en la mano un mensaje que acababa de llegar, traído por un vigilante, el cual había mencionado que el mensaje debía ser entregado en mano al legado Estabilio.

Se trataba de una tablilla marcada con un sello que Estabilio reconoció al primer golpe de vista como el de Lacertio.

Estabilio cogió el cortapapeles de bronce que tenía ante él, en su escritorio, y cortó la cinta. «La hermana de César se presentará en palacio de un momento a otro -decía la tablilla-. No le niegues la entrada, contrariamente a lo que habíamos acordado, a fin de no despertar su inquietud, pero no la dejes salir de sus aposentos bajo ningún concepto. Casio le ha asignado veinte vigilantes que están al corriente de la consigna y que puedes poner sin demora a tus órdenes. ¡La Ciudad está tranquila! ¡Vale!»

Estabilio leyó de nuevo la tablilla y le dio vueltas entre sus dedos; luego se levantó del asiento para ir a buscar, en uno de los cajones del archivador que estaba junto a la mesa, otra tablilla escrita de la mano de Lacertio, recibida dos días antes y que había guardado con la finalidad de tener un ejemplo de la escritura del patricio. Comparó una con otra y consideró que eran exactamente iguales. No vio nada inquietante en todo aquello. Faltaban tres cuartos de hora antes del desenlace de la velada, y si Domitila armaba un escándalo en el interior del recinto del palacio porque no la dejaban ir a las dependencias imperiales, la encerraría en su pabellón y nadie diría nada, mientras que en plena ciudad, evidentemente, habría podido organizar un gran alboroto en público. Cerró el cajón y salió del despacho para dirigirse al puesto de guardia de la entrada de honor, a fin de recibir a la hermana de César y velar personalmente por que fuera, de buen grado o por la fuerza, a donde la conducirían.

La crisis de conciencia del cónsul Munatio Fausto no había finalizado con la decisión de darle a Sila los cien hombres que le había pedido. El comandante de la campaña contra los piratas se acusaba de falta de valor cívico y militar, y le había ordenado confidencialmente a Caleno Corbulón que le mantuviera al corriente de la ejecución del plan de Sila, enviándole un correo en cuanto la prefectura de los vigilantes fuera tomada. Tres atletas especialistas en maratón en las pruebas deportivas militares habían sido incluidos en el contingente que había partido hacia Roma a fin de garantizar la conexión. Luego, el cónsul había enviado a cuatro centurias a paso de marcha hasta un almacén de las legiones situado entre Ostia y Roma, a cuatro kilómetros de la Ciudad. Aquel almacén servía de campamento de tránsito para los efectivos que iban a embarcar a Ostia o volvían de allí.

Finalmente, él mismo se había trasladado allí a fin de estar más cerca. Había cabalgado hasta dicho almacén dominado por una especie de cólera fría ante la idea de que los peldaños del trono imperial iban a ser manchados de sangre como jamás lo habían sido, si Domiciano hacía matar a su propio hermano. Estaba decidido a ir espada en mano a asaltar el palacio para impedir semejante horror y había empezado a trazar un plan a fin de elegir los puntos más apropiados. Él conocía el lugar y no había tardado en llegar a la conclusión de que las entradas de servicio, es decir, las de los edificios que albergaban las cocinas, los lavaderos, la cantina de los guardias pretorianos, etcétera, constituían el punto débil, y que resultaría más fácil entrar por allí por sorpresa que por la puerta principal, al mismo tiempo que se atacaría el patio de honor para despistar. Luego había convocado al arúspice del campamento y le había ordenado inmolar un gallo en las formas requeridas para saber si los dioses eran favorables al cónsul Munatio Fausto en lo que iba a emprender con las armas en la mano.

El arúspice, pensando que el cónsul quería ser tranquilizado a propósito del resultado de su expedición por mar, se puso manos a la obra y, hurgando entre las entrañas del ave con su instrumento sagrado de oro, cuyo mango estaba adornado con turquesas, le declaró sonriente que todo iría bien. El cónsul, como muchos otros a cargo de operaciones militares, sabía que no había que tener demasiada fe en las predicciones de los arúspices del ejército, con frecuencia inclinados a dar una buena noticia para complacer. Éste, pensando que Munatio Fausto no regresaría a Italia antes de varios meses, había podido decidir que pronunciarse favorablemente no suponía un riesgo demasiado elevado; pero, no obstante, el cónsul se había sentido reafirmado en su resolución de apoyar a Sila y a sus dos jóvenes oficiales con una fuerza decisiva.

Si el segundo correo le anunciaba que el galo había podido introducirse en palacio, entonces pondría en camino a sus cuatro centurias a paso de marcha, entraría en la Ciudad por la puerta Ostia y se dirigiría directamente a la sede del poder imperial, barriéndolo todo a su paso. Y si moría con las armas en la mano víctima de los pretorianos traidores a Tito, al menos el nombre de Munatio Fausto sería reverenciado por los historiadores y citado como ejemplo a la juventud en las escuelas militares.

Caleno Corbulón y Cotio, con todos los hombres de que podían disponer tras haberle dejado a Barbidio los suficientes para mantener la prefectura de los vigilantes herméticamente cerrada al mundo exterior y detener a todos los que quisieran entrar en ella, ocuparon las dos calles que conducían a las cocinas y los lavaderos del palacio imperial. Se les había ocurrido elegir aquel lugar, al igual que había atraído la atención de Munatio, después de que el veterano que en otros tiempos sirviera durante dos años en la guardia pretoriana les hubiera comentado que la entrada de servicio de la residencia imperial era un auténtico caos.

Las idas y venidas de los carros que llevaban por la noche el hielo, las verduras y otras vituallas como la carne, los numerosos esclavos que entraban y salían, las muchachas que iban a acostarse con los pretorianos y los miembros de la burocracia imperial en estancias habilitadas para tal uso por intermediarios emprendedores, todo ese movimiento hacía que aquella abertura fuese militarmente poco hermética. Y además, la residencia imperial no era una fortaleza.

Los siete u ocho pretorianos que permanecían allí de guardia no ejercían, en un ambiente semejante, la vigilancia necesaria, y Caleno, nada más llegar a Roma, había empezado por introducir a dos espías que le habían informado sobre los efectivos militares en aquella entrada y los lugares contiguos. Llegado el momento de actuar, Caleno fue hasta la arteria más próxima, la vía Castella, donde había un gran tránsito de vehículos que se dirigían hacia el mercado de la vía Biberatica. Una vez allí, divisó un carro que transportaba hielo cubierto con gruesas y toscas telas.

–¡Ave! – le dijo, vestido de vigilante, al conductor que iba a la cabeza de sus dos mulas-. ¿Cuánto vale todo el hielo que llevas ahí adentro?

–¿Yo? – repuso el hombre, inquieto al ver que un oficial de la fuerza policial se interesaba por sus negocios-. Al precio de hoy, debe de haber unos ciento cincuenta sestercios…

Mentía, infravalorando su tesoro por si su interlocutor quería sonsacarle una

comisión proporcional, según la costumbre, a la importancia de la mercancía transportada. Pero Caleno le había hecho una seña a Cotio, que permanecía no lejos de él con la bolsa que contenía los fondos para financiar la operación.

–Dale trescientos sestercios -dijo Caleno.

El veterano contó las monedas ante el estupefacto comerciante.

–Ahora -dijo Corbulón-, coloca el carro ahí. Dentro de un momento te diré dónde debes ir. ¿De acuerdo?

–De acuerdo -contestó el hombre-, pero los tipos que esperan que les lleve el hielo van a protestar.

–Ellos protestarán -dijo Caleno-, pero tú te habrás llenado el bolsillo. Diles que le has vendido la mercancía a Tito César.

El comerciante se echó a reír mientras Caleno, al ver un carro de legumbres cargado hasta los topes, se disponía a repetir la operación. Pagó quinientos sestercios por un cargamento que valía doscientos, pero el carro le gustaba porque llevaba una gran lona, y, como el propietario empezaba a hacerle preguntas para tratar de averiguar el motivo de su compra, le dijo que la enrollara y esperara confiado el desarrollo de los acontecimientos.

Cuando hubo reunido de este modo cinco carros de apariencias diversas, los hizo avanzar acompañados de determinado número de hombres con ropa de civil hacia la principal entrada de servicio de palacio, donde sus dos espías estaban charlando con los pretorianos de guardia, cuya confianza se habían ganado.

Los vehículos entraron, pues, en un patio ya muy atestado, y, cuando los burócratas de la intendencia empezaron a hacerles preguntas a los conductores acerca del destino de los productos que llevaban, Caleno dio la señal. Los pretorianos fueron rodeados, numerosos hombres salieron de los carros espada en mano, otros con uniforme de vigilante se colaron por la

entrada como si vinie, ran de la calle a ayudar a la guardia, y las puertas se cerraron tras ellos. Los asaltantes, con Caleno a la cabeza, ocuparon los edificios de las cocinas y los lavaderos, bloqueando todas las salidas a fin de impedir que alguien fuera a dar la alarma al resto del palacio.

Desde el puesto de guardia de la entrada de honor, donde había tomado posición, Estabilio vio acercarse el cortejo formado por la litera de la hermana de César y los hombres armados que garantizaban su protección, tres pretorianos a cada lado del vehículo y veinte vigilantes, la mitad de ellos delante y la otra mitad detrás. El jefe del destacamento de dichos vigilantes era el veterano Imógenes, compañero de Cotio en las legiones y al servicio de Sila desde la noche en que el leno Ictios acabó su vida víctima de las morenas; pero eso el legado Estabilio Caprasio Félix no podía saberlo.

Así pues, dio la orden de que abrieran las puertas, y la litera y su séquito penetraron en el patio, más allá del cual se veía una especie de terraza coronada de árboles donde, en otros tiempos, Nerón había expuesto en cruces y quemado a cierto número de cristianos al día siguiente del famoso incendio de Roma, cuya paternidad se le atribuye sin que los historiadores hayan podido aportar pruebas de ello.

Sila bajó de la litera, detenida al pie de aquel jardín colgante, ante la mirada de Estabilio, intrigado por el fornido acompañante que la hermana de César se traía para que la ayudara a acabar la noche en buenas condiciones. El legado se felicitó por ello. Si tenía algo mejor que hacer, no intentaría ir a las dependencias de su hermano reinante.

Domitila había apartado las cortinas que servían para ocultar a los pasajeros de la litera a las miradas del vulgo y le dirigió una sonrisa a Estabilio.

–¡Ave, Estabilio! ¿Cómo estás? Yo me encuentro estupendamente y me alegro de verte…

El legado observó que el rostro de la joven estaba rojo y que le brillaban los ojos. Seguramente había bebido demasiado en alguna parte de la Ciudad, en

una de las casas donde se organizaban las fiestas en las que ella pasaba las veladas. Para los habituales del palacio no era un secreto que ella buscaba muchachas para la cama de su hermano.

–Hoy es un día feliz para mí -prosiguió Domitila-. Te presento a mi prometido, Lucio. He decidido casarme, mi querido Estabilio, y tú eres uno de los primeros en saber que he encontrado al esposo ideal. – Sila adoptó un aire presuntuoso, mientras que Estabilio se inclinaba, sonriendo cortésmente. Mañana iré a presentárselo a César, que me reprocha ser…, ¡digamos voluble! Se alegrará de que me reforme. ¡Vamos a mis dependencias, Aselio! – añadió, dirigiéndose a su cochero.

Mientras la litera se ponía de nuevo en marcha, escoltada por el legado, que caminaba a la altura de la pasajera, ésta continuó hablando con animación.

–¡Mira el ejército que Casio Longino me obliga a arrastrar desde esta mañana! ¡Me ha enviado una tablilla diciéndome que quieren atentar contra mi vida! ¡Pero si yo no soy un peligro para nadie!

–Es cierto que tememos algo contra César, y también contra tu hermano menor. Por eso redoblamos las precauciones, tanto en la Ciudad como en palacio. ¡No puedes reprocharle a Casio su vigilancia!

Sila constató con gran satisfacción que el segundo comandante de los pretorianos no parecía querer poner obstáculos a la presencia de los vigilantes, que seguían acompañando a la comitiva.

Cuando llegaron ante el pabellón ocupado por la hermana de César, ésta bajó de la litera y unos esclavos aparecieron bajo el peristilo de la entrada.

–Estabilio -lijo Domitila-, ven a tomar algo con nosotros.

El legado protestó, pretextando necesidades del servicio, pero ella lo abrumó con reproches joviales y él accedió a entrar unos instantes. Los tres tomaron asiento en unas banquetas del atrio y los esclavos fueron en busca de refrescos a la heladera. Los seis pretorianos de Domitila, cumpliendo las

instrucciones que habían recibido de Sila, bloqueaban la entrada de la casa, tres en el vestíbulo y los otros tres montando guardia fuera. Los falsos vigilantes se habían situado bastante lejos de la casa, al pie de la terraza, pero Imógenes había enviado a cinco de ellos a tomar posiciones a la entrada de servicio, al otro lado del pabellón.

Los esclavos sirvieron los refrescos y Domitila tomó la palabra.

–Mi querido Estabilio -declaró-, te felicito por la decisión que has tomado sobre Lucrecio Fronto.

El legado se quedó desconcertado, sin atreverse a comprender el significado de aquella frase que la hermana de César acababa de soltar sin ambages.

–¿A qué decisión te refieres? – preguntó, esforzándose por darle un tono trivial a su asombro.

–¡Pues a no haber querido que lo mataran esta noche! Eso te honra… En este mundo cruel que envuelve a un trono, tú haces gala de una gran valentía moral.

Estabilio se levantó de la banqueta, presa de sentimientos contradictorios. Miraba a aquel Lucio, que escuchaba todo aquello con una actitud apacible y satisfecha, como si fuera un imbécil., ¡Ese tal Lucio estaba, pues, al corriente de la conspiración, con la propia hermana de César! Pensó llevar la mano a la empuñadura de su espada y echó un vistazo detrás de él, hacia el vestíbulo, donde los pretorianos se habían hecho a un lado para no resultar visibles, pero dudaba, intentando evaluar las consecuencias de lo que acababa de suceder.

–Pero ¡siéntate, Estabilio! – dijo Domitila, sonriendo-. Dispones de unos momentos para dedicárnoslos… ¡Todavía no estamos en la duodécima hora! El legado se sentó, absolutamente desconcertado. Ella sabía la hora, ella lo sabía todo…, de manera que Estabilio empezó a pensar que, simplemente, estaba de parte de Domiciano. Pero enseguida salió de su engaño.

–¿Te das cuenta, Estabilio? Has corrido un gran riesgo colocándote de parte de mi hermano menor. Has expuesto tu futuro y quizá incluso tu vida. ¿Estás seguro de haber hecho la apuesta correcta?

–¿Qué quieres decir, Domitila? – preguntó él, todavía más desconcertado. – Quiero decir que mi hermano Domiciano va a fracasar dentro de un momento en su empresa y que todos los que le hayan ayudado a cometer esa locura fracasarán con él…

Esta vez, Estabilio se levantó con decisión y se volvió hacia la puerta. Los tres pretorianos permanecían ahora en el, umbral del atrio, con la espada desenfundada en la mano, y la visión de aquellos metales brillantes le hicieron comprender que había caído en una trampa. Quiso entonces sacar su espada, aunque sin saber muy bien lo que iba a hacer con ella, contando con que aquellos tres hombres que le debían obediencia le dejarían abrirse paso, pero Sila, poniendo fin a su papel de espectador idiota, saltó sobre él desde la banqueta donde estaba sentado y estrelló con todas sus fuerzas la cabeza contra el pecho del legado, que se tambaleó hacia atrás. Cayeron uno sobre otro, rompiendo la banqueta de madera labrada que, a decir verdad, no podía ser muy sólida. Estabilio experimentaba un agudo dolor, pero, dado que insistía en querer utilizar la espada, Sila le golpeó dos veces con el puño en pleno rostro, como se hace en el pancracio. Esta vez, Estabilio perdió el conocimiento y el galo temió haberle pegado demasiado fuerte, comprometiendo de este modo la operación. Los esclavos habían acudido al oír el ruido de la banqueta rota y experimentaban una gran satisfacción ante aquel acontecimiento espectacular que rompía la monotonía de su existencia, consagrada a esperar la llegada de Domitila para servirle zumos de fruta y cambiar las sábanas de su cama. Sila les ordenó que trajeran de inmediato hielo y agua fría. Ellos corrieron a la cocina y regresaron con lo que se les pedía.

Mojaron el rostro tumefacto del legado, que abrió los ojos. Unos esclavos trajeron una banqueta de repuesto.

–Ven a sentarte, Estabilio -dijo tranquilamente Domitila, que estaba

totalmente subyugada por los procedimientos de su falso prometido y disfrutaba cada vez más con las escenas de pugilato-. No le guardes rencor a mi prometido Sila -prosiguió-, ya sabes, Sila, el galo que heredó de Menesio y a quien tu amigo Lacertio perjudicó tanto. Pero él es una auténtica fuerza de la naturaleza. ¡Y ha elegido el bando correcto!

El legado, que se había levantado, se resignó a tomar asiento en la nueva banqueta.

–Te hablaba de Lacertio… Pues bien, ha sido él quien nos ha informado del papel que desempeñas aquí. Lacertio está atado en un sótano de la prefectura de los vigilantes, no lejos de otro en el que se encuentra arrestado el propio Casio Longino. Serán crucificados a medianoche en el patio de dicha prefectura, si no logramos llegar a las dependencias de César antes de que se cometa en ellas el error que mi hermano toma por su destino. Ya sabes, pues, cómo podrías aún rectificar la elección incorrecta que has hecho: diciéndonos de inmediato dónde tienes detenido a Lucrecio Fronto y yendo a liberarlo con nosotros, a fin de que pueda tomar de nuevo el mando de la guardia y reunir a todos los pretorianos que todavía no saben lo que vais a hacer a la, duodécima hora…

Domitila tenía una bolsa de tela bordada a su lado, que solía llevar en su litera y donde guardaba sus maquillajes y pañuelos. La abrió y sacó de ella una tablilla sellada.

–En fin, como temíamos que no querrías creernos, le hemos pedido a Lacertio que nos diera este otro mensaje para ti.

La joven le pasó a Sila, y éste a Estabilio, la segunda tablilla destinada al legado de la guardia pretoriana y escrita por Lacertio siguiendo las instrucciones de Caleno Corbulón.

En casa de César se entra por las

cocinas

Sila caminaba al mismo ritmo que el legado Estabilio, junto a él. Estaba dispuesto a apuñalarlo si hacía un gesto o decía algo para pedir ayuda o revelar a los miembros de la guardia pretoriana con los que se cruzaban por el camino la difícil situación en la que se encontraba. Domitila, que iba delante, les había ordenado a sus seis pretorianos que atravesaran con la espada al legado en caso de que Sila tuviera problemas.

Los guardias de la escolta de la hermana de César sabían que la comitiva se dirigía hacia las cisternas, donde su jefe supremo, Lucrecio Fronto, estaba encarcelado como en una ergástula. Y como, además, Sila les había anunciado, para animarlos, que un centenar de legionarios bajo su mando iban a irrumpir de un momento a otro por la entrada de palacio, es decir, la parte de éste donde se hallaban precisamente esas cisternas, estaban convencidos de haber elegido el bando correcto.

La comitiva pasó varias veces ante pequeños grupos de pretorianos armados, visiblemente situados en puntos estratégicos por el estado mayor de la conjura, pero Estabilio no intentó nada. Difícilmente podía negarle a Lacertio lo que éste le pedía en la segunda tablilla, es decir, hacer lo adecuado para que los hombres de Sila y de Caleno Corbulón no lo crucificaran poco después de medianoche. Domitila le había prometido que, si se portaba bien, intercedería en su favor ante César para qué fuera enviado a una frontera alejada de Roma. La joven pensaba que, desgraciadamente, dado el elevado sentido moral de su hermano no resultaría difícil cumplir tal promesa, y que, si la decisión dependiera de ella, enviaría a toda esa gente al anfiteatro, junto a una veintena de leones, para distraer al pueblo.

También pensó en aquellos momentos que resultaba paradójico que a Tito le sorprendiera enterarse de que su tío Sabino hubiera podido caer en la herejía cristiana, cuando de hecho él experimentaba los mismos

sentimientos que los cristianos. La idea le parecía divertida, y tenía en mente exponérsela a su hermano en cuanto se presentara la ocasión de hacerlo.

Todo lo que había planeado Sila en la cámara de navegación de la trirreme se hizo realidad en unos minutos. En el momento en que su pequeña comitiva llegaba a las cisternas, y cuando Estabilio les comunicaba que su superior jerárquico se encontraba en el interior de la que se veía tapada por las carretillas cargadas de ropa, un grupo de hombres con uniforme de vigilante y capitaneados por Caleno Corbulón y Cotio, salió de las cocinas espada en mano y se dirigió precipitadamente hacia las cisternas, abalanzándose sobre todos los pretorianos que se cruzaban en su camino. En cuanto vio a los persas, el galo los llamó, pues su objetivo era llegar a las dependencias de Domiciano antes de que los portadores de puñales que el hermano de Tito albergaba allí pudieran desaparecer.

Los seis guardias de la escolta de Domitila habían apartado la ropa sucia y abierto la cisterna ante la mirada de Estabilio. Utilizaron sábanas de las carretillas para hacer una especie de cuerda, con ayuda de la cual uno de ellos bajó a la cisterna para cortar las ligaduras que inmovilizaban al prisionero y quitarle la mordaza. Luego subieron a éste mediante el mismo sistema. La cabeza de Lucrecio asomó por la abertura de la cisterna. Vio a Domitila que le sonreía, pero él no le respondió del mismo modo. Amordazado desde la cuarta hora después del mediodía, le dominaba una cólera furibunda. Durante aquellas ocho horas no se había apartado de su mente la idea de que su carrera estaba destrozada, de que esa cisterna añadía un toque ridículo al fracaso que, para el comandante de los pretorianos, representaba la existencia de una conspiración tramada desde el interior de palacio, y las garantías que Estabilio le había dado antes de hacer que lo bajaran allí, en el sentido de que le adjudicarían el mando de una legión lejos de Roma, no habían podido tranquilizarle. Se puso en pie en el borde del orificio y entonces vio a Estabilio, que permanecía en actitud humilde detrás de la hermana de César.

Desenvainó la espada del pretoriano que se encontraba junto a él y se abalanzó sobre el legado.

–¡Lucrecio! – exclamó éste-. Nosotros te per…

Quería decir: «Nosotros te perdonamos», pero no le dio tiempo. Lucrecio le cortó el cuello y luego clavó la hoja en su pecho.

Estabilio se desplomó, extendiendo un reguero de sangre y de palabras ininteligibles, las de un moribundo.

Domitila se sobresaltó -en la arena se veían cosas peores, pero de lejos- y tuvo que apartarse para no ser empujada, e incluso salpicada. No obstante, se volvió hacia el justiciero para decirle:

–Permíteme que te comente, Lucrecio, que él no quiso atentar contra tu vida pese a la insistente demanda de los otros…

–¡La desgracia caiga sobre los traidores! – exclamó en respuesta el comandante de los pretorianos, en un tono teatral.

Entonces se oyó, al otro lado de los muros del recinto, el impresionante ruido que hace una tropa armada avanzando a paso de marcha, al ritmo impuesto por los oficiales. Aquel ruido aumentó, invadiendo las cocinas y sus aledaños, y los asaltantes profirieron al unísono un terrible clamor, al tiempo que entraban con el cónsul Munatio Fausto a la cabeza, el cual llevaba la insignia púrpura de su rango y el torso protegido con una armadura de plata.

Domitila miraba el cuerpo sin vida de Estabilio en el suelo.

–La obra ha terminado -dijo-, y es de una gran moralidad. El traidor muere al final.

Luego pensó que su hermano Domiciano no moriría. Se alegró de ello, pero pensó que todos los que le habían escuchado eran ahora unos imbéciles.

Sila, los persas y los honderos atravesaron varios pasillos y atrios, guiados

por el veterano que en otros tiempos había servido en palacio. Los pretorianos les dejaron paso, pues sabían que el tumulto organizado en la entrada de servicio significaba el fracaso del plan de su legado Estabilio. Sin embargo, en la gran antecámara que comunicaba con las dependencias de Domiciano, una decuria de guardias, sin duda la élite de los adeptos al hermano de César, demostraban una gran resolución.

–¡Arrojad las armas o morid! – les amenazó Sila, apareciendo rodeado por los arqueros.

–Ven a decirnos eso más de cerca -replicó uno de ellos.

Entonces, las flechas silbaron y los honderos hicieron girar sus extrañas armas. Las bolas que no alcanzaron su objetivo destrozaron el revestimiento de madera de las paredes, y Sila, saltando sobre los que yacían en el suelo, entró en un vestíbulo acompañado de Caleno.

Domiciano apareció en la puerta que quedaba frente a ellos, con un puñal en la mano.

–¿Quiénes sois vosotros para atreveros a violar mis dependencias? – gritó. Pero era para disimular, pues los ruidos que había oído procedentes de la antecámara, minutos antes de la hora prevista, acababan de hacerle comprender que había perdido la partida, y ya estaba inventando las mentiras que tendría que decirle a su hermano.

–Soy Sila, y él es el hijo de Rufo Corbulón. Sabes, pues, que ambos deseamos matarte y por qué. Sin embargo, y a nuestro pesar, no lo haremos por respeto a César, que tiene la desgracia de tenerte por hermano. ¡Pero no despiertes nuestra ira!

Sila obligó a Domiciano a dejarle paso y, sin preocuparse más de él, entró en la habitación de la que éste había salido. Los persas, armados con sus arcos, seguían a Sila sin prestar atención al anfitrión, como si éste, a pesar de llevar un puñal en la mano, se hubiera convertido en alguien sin importancia.

El galo, tras haber abierto una serie de puertas, encontró a los conspiradores en una especie de despacho, al fondo de todo. Al ver al recién llegado, y los rostros oscuros de los guerreros orientales que lo rodeaban, se sintieron todavía más desazonados de lo que lo estaban desde que habían empezado a contar los minutos que los separaban de aquel en que saldrían de esa habitación, donde se hallaban recluidos desde hacía horas, para ir a asesinar al Emperador de Roma. Sila leyó eso en sus semblantes y se preguntó si no experimentarían cierto alivio ante la llegada de aquellos que los liberaban de la obligación de cometer semejAfite crimen.

El ex oficial de las legiones les ordenó que se desnudaran por completo. Ellos protestaron. El que venía de Germania, Calventio Quieto, intentó plantarle cara, pero Sila lo abofeteó en pleno rostro sin decir palabra. Se dieron cuenta de que tendrían que obedecer y, al quitarse la ropa, evidentemente los puñales que llevaban ocultos cayeron al suelo. Los persas los recogieron, y Sila les indicó que los metieran en una papelera que se veía bajo un escritorio. – Ahora tomaremos el camino que pensabais recorrer a medianoche -anunció el galo-, y depositaréis personalmente estas armas a los pies de Tito César.

Como no eran precisamente unos atletas, el espectáculo que ofrecían desnudos no decía nada en su favor. Sila cogió la papelera y lo que contenía, y todos salieron.

Sila hizo su entrada en la monumental antecámara de las dependencias imperiales. César en persona estaba en el umbral del vestíbulo que precedía a su despacho y su dormitorio, conversando con Munatio Fausto, que lucía su glorioso uniforme guerrero, y Lucrecio Fronto, manchado de la sangre de Estabilio. Los pretorianos fieles y los legionarios vestidos de vigilantes ocupaban la vasta estancia, manteniéndose a respetuosa distancia, mientras que Domitila se hallaba sentada en una banqueta junto a su hermano, flanqueada por las dos camareras de Tito, que la abanicaban.

Munatio le presentaba a César al joven Cluvio Estéfano, y acababa de contarle que aquel oficial se había encontrado con Sila cuando éste

desembarcaba de una trirreme procedente de Pompeya y que, gracias a Estéfano, él había sido puesto al corriente de lo que se preparaba.

El galo cruzó la antecámara. Todas las miradas se volvieron hacia él y se hizo el silencio. Luego, la visión de los seis hombres desnudos que aparecieron tras él provocó numerosas exclamaciones, muy pronto reemplazadas por risas. El galo le devolvió a cada uno su puñal y los persas tensaron sus arcos, a fin de estar preparados para cualquier eventualidad. Entonces, los conspiradores se arrojaron a los pies de Tito, depositando sus puñales sobre el suelo de mármol.

Todos los presentes podían ver sus sexos colgantes, sus nalgas y lo que había en medio de éstas, es decir, la total humillación a la cual estaban reducidos.

Sila se encontró frente a César, en el despacho al que el Emperador de Roma le había conducido de inmediato para estar a solas con él.

–¿Podrás perdonarme algún día -dijo Tito- haber permitido que te llevaran a la arena y las minas, sin intervenir, con la excusa de que el Imperio es grande y que aquel que reina no puede saber y comprender todo lo que le rodea…?

–Por supuesto -contestó Sila-, puesto que estoy aquí.

–Tu respuesta es cortés, pero tienes derecho a guardar rencor. ¿Qué vas a hacer ahora? Tomarás posesión de nuevo de la morada que heredaste de Menesio. ¿Podré tenerte junto a mí en lo sucesivo? ¿Quieres asumir el mando de la guardia pretoriana? ¿Tal vez gobernar una provincia?

–Agradezco tus ofrecimientos, pero primero deseo regresar a mi granja de la Galia para reflexionar en todo lo que ha sucedido desde que la dejé a petición de Menesio.

Sila sacó de su bolsillo la tablilla que le había devuelto Casio Longino y se la tendió a César, que la leyó.

–Así pues, todo ha sucedido como consecuencia de este mensaje…, incluido lo que has hecho esta noche, esos puñales que has descubierto… ¿Estaban realmente en las dependencias de mi hermano? ¿No puede haber duda alguna al respecto?

–Ninguna. ¿quieres oír a Lacertio? Él nos ha dicho todo lo que ya sabíamos por boca de sus agentes en Pompeya.

Tito miró con aire pensativo la tablilla que seguía sosteniendo en la mano.

–Entonces, ha sido por amistad… -dijo.

Pensó en los años que él había pasado también en las legiones, donde se codeó con hombres como Menesio y Sila. Pensó que, en lugar de una amistad como la que los había unido a ellos, él, César, por el hecho de reinar, despertaba la envidiosa codicia de su hermano.

–Sí -respondió el galo-. Y le debo a esa amistad la realización de lo que me comprometí a hacer al aceptar la herencia: vengarme de los que le arrebataron la vida. Los mismos que querían la tuya.

–Es justo -admitió Tito-. Deben de haberte dicho que, cuando sucedí a mi padre, anuncié que no haría derramar la sangre de un solo romano…

–Sí. Sin embargo, no temiste castigar con la muerte cuando estabas en las legiones…'

–En efecto… Pero después cambié. De manera que, como tú recibiste un mandato póstumo de tu amigo, te confiaré la tarea de castigar a los culpables en mi lugar…

César se dirigió a la pared a la que estaba adosada su mesa y tiró de un cordón de seda que colgaba de allí. Inmediatamente entró un secretario provisto de un escritorio y papiros.

–Toma nota de este edicto -ordenó el Emperador-. «Se le encomienda al ex oficial Sila, retirado del servicio, la misión de buscar y castigar como considere oportuno a todos los que tramaron la muerte del patricio Menesio y la mía.»

1. Suetonio: En efecto, [Tito] introdujo en los campamentos a gentes que solicitaran, como si hablasen en nombre de todos, el suplicio de aquellos que le resultaban sospechosos, y provocó su muerte sin la menor vacilación.

El secretario miró a César esperando la continuación, pero no la había, de modo que regresó con premura a su cubículo para redactar el edicto según las normas y ponerle el sello imperial.

–Cuando dices «todos los que tramaron la muerte», ¿entiendes que la palabra «todos» no excluye a nadie de éstos, o bien puede haber una excepción? – preguntó entonces Sila, aprovechando la ausencia del secretario.

Tito esbozó una amarga sonrisa.

–Desearía que los castigaras a todos sin excepción, y así yo no tendría que hacerlo. Pero creo que no te haces ilusiones al respecto y que has comprendido que ha quedado claro entre nosotros que al menos uno de los responsables queda excluido de este edicto.

–Efectivamente, lo suponía.

–¿Y desapruebas mi proceder?

–Me cuidaría mucho de hacerlo. Dado que no tengo hermanos, ignoro lo que sentiría en tu lugar y prefiero abstenerme de emitir un juicio.

–Es una forma de aprobar mi proceder -observó César.

El secretario regresó con el edicto, bajo el cual Tito puso su firma.

–¿Me permites que me retire? – preguntó Sila, con el documento en la mano.

–Puedes permitirte cuanto quieras. Pero quizá no tarde en enviarte una tablilla similar a la que recibiste de Menesio…

Sila sonrió y se marchó.

–Valete -le dijo el Emperador de Roma.

–Valete, César. Porque yo ya no tengo enemigos, pero tú todavía los tienes.

Sila se dirigió a los establos de palacio, de donde cogió dos caballos, uno de ellos destinado al joven Caleno Corbulón, a quien le había rogado que le acompañara. Luego hizo llamar a Cotio y le ordenó que se encargara de que metiesen a Lacertio y al prefecto Casio Longino en sendas sillas de portadores cuidadosamente cerradas, y que se reuniese con él conduciendo éstas, con una escolta, en la puerta Prenestina.

–Después de que nos hayamos encontrado allí -añadió el galo-, irás a despertar al peluquero Certio y le pedirás de mi parte que te facilite lo antes posible un veneno similar al que me proporcionó para el leno Ictios. Mientras tanto, llevarás a los seis hombres que hemos detenido en las dependencias de Domiciano a la prefectura de los vigilantes, donde me reuniré contigo más tarde.

A continuación, Sila salió de palacio a caballo, seguido de Caleno. Estaban en la segunda hora de la mañana. Al cabo de tres horas, el sol saldría en la capital del mundo.

A través de las calles atestadas de carros llegaron a la puerta Prenestina.

Vieron los altos muros que rodeaban el recinto imperial de las fieras. El intendente, Mesio, tenía su residencia enfrente.

Sila se excusó ante Caleno por tener que pedirle que sujetara su caballo,

desmontó y fue a llamar a la puerta. Tras insistir varias veces, ésta acabó por abrirse, y dos esclavos con una lámpara en la mano le preguntaron en tono contrariado qué quería.

El galo les dijo que debía hablar con Mesio enseguida, a lb cual le replicaron que Mesio dormía hasta la sexta hora de la mañana. Sila declaró que venía del palacio imperial y que debían resignarse a afrontar la cólera de su señor en el dormitorio de éste. Les mostró el edicto enrollado que llevaba en la mano, y los esclavos se quedaron tan impresionados que le hicieron pasar de inmediato al atrio y le dieron una de sus lámparas y un asiento.

Al poco apareció Mesio.

–¡Sila! – exclamó-. ¡Me has despertado, pero me alegro de verte! ¿De dónde sales?

–Del palacio imperial, después de dar un rodeo por Pompeya, y Tito me ha entregado esto.

Mesio desenrolló el pergamino.

–¡Caramba! – dijo Mesio, tras haberlo leído-. Has recorrido un largo camino desde el día en que te vi salir del anfiteatro con cadenas en los pies. A propósito, ¿sabes que Sertorio y sus ayudantes eran sospechosos de pertenecer a la secta de Cristo y un día desaparecieron? ¡Qué cosa tan sorprendente! Pero ¿qué esperas de mí?

–Que hagas abrir la puerta del recinto de las fieras y les digas a tus guardias que desalojen de fieras uno de los patios. Introduciré allí dos sillas de porteadores y a continuación llevarán de nuevo a las fieras.

Mesio observó a su visitante.

–Esas sillas, ¿estarán vacías o irán ocupadas?

–Irán ocupadas, por supuesto. No me habría permitido despertarte a una hora semejante por unas sillas de porteadores vacías.

Los guardias con uniforme ribeteado de piel de leopardo que hacían la guardia de noche se emocionaron al ver a Sila y quisieron abrazarle. Las sillas de porteadores, que habían llegado mientras Sila estaba en casa de Mesio, fueron conducidas al centro de un patio del que acababan de sacar a las fieras que albergaba, como mostraban las defecaciones en el suelo. La muerte de los que estaban atados y amordazados tendría un olor infecto.

Sila se acercó a Caleno Corbulón.

–Te he pedido que vinieras porque sé que te apena la idea de no poder castigar a Domiciano, a quien César, evidentemente, perdonará. Sin embargo, yo creo que Lacertio y el otro criminal disfrazado de prefecto son más culpables que él, pues Domiciano tiene la excusa de estar embriagado por la proximidad del trono que Vespasiano quiso darle a su hermano. Y sin los otros, a los que nada les obligaba a obedecer, él no habría podido hacer que tu padre pereciese. Ni tampoco enviarme a la arena. De este modo, mediante su suplicio, Rufo será vengado y sus manes satisfechos no podrán reprocharte nada.

Ante la mirada de Mesio y los demás, Sila abrió personalmente las portezuelas de las sillas, las retiró de sus goznes y las dejó en el suelo. Con su puñal, cortó las ligaduras que inmovilizaban a Lacertio y le quitó la mordaza. Tal como hiciera el leno Ictios, éste le suplicó al galo que lo atravesara con su arma.

Sida negó con la cabeza.

–No -dijo-. Quiero que sepas lo que sintió el infortunado Khalil cuando murió, siendo inocente, por salvar a su mujer y a su hija del lupanar al que querías enviarlas. Quizá podría perdonarte lo que me hiciste a mí, pero no eso, ni tampoco el asesinato de Menesio.

A Lacertio empezaron a castañetearle los dientes. Un olor nauseabundo,

que no provenía de las fieras, se expandió entre Sila y él. Lacertio, aterrorizado, se había hecho encima.

Caleno había acabado de desatar a Casio Longino, que no había dicho una palabra. Luego los dejaron solos, cerraron la puerta, y se oyó el ruido de las poleas con ayuda de las cuales subían y bajaban las rejas que aislaban a los animales de un patio a otro.

Sila, cansado de todo lo ocurrido desde que Vesbius se había despertado, se dispuso a marcharse. Le dio las gracias a Mesio y le garantizó su amistad. Caleno se acercó al galo en el momento en que éste iba a adentrarse en el pasillo que conducía a la calle.

–Si me lo permites, Sila -dijo el joven oficial-, me quedaré un poco más…

Sila sonrió, lo asió del brazo y le dijo que tenía razón, que era preferible asegurarse de que Lacertio y Casio sufrirían el suplicio hasta el final. Pensaba que Domiciano aún podía camelarse a su hermano con mentiras y lloriqueos, y obtener de él el indulto o el destierro de aquellos criminales a los que había embarcado en su empresa.

Por ese motivo el galo se apresuró a ir a la prefectura de los vigilantes, a fin de administrarles el veneno a los seis patricios que se habían prestado, por afán de lucro y en contra de su deber, a servir de instrumento para un fratricidio.

Sila tomó el camino de Ostia, llegó al puerto y subió a bordo de la trirreme. Le entregó a Todj el edicto de César y le indicó que fuera a mostrárselo a Esporo y, a continuación, que condujera a éste a la cámara de navegación.

Tras entrar él allí, se sentó a la mesa de mapas, donde tuvo que luchar para no quedarse dormido. Esporo fue introducido en la cámara sin ligaduras, tal como el galo había especificado. Estaba lívido, pues había interrogado a Todj, el cual no le había ocultado que su amigo Lacertio había acabado su vida en el recinto de las fieras de la puerta Prenestina. Pensaba que Sila le había tratado bien hasta entonces para hacerle hablar, pero que ahora…

Sin embargo, Sila estaba de buen humor.

–¡Siéntate, Esporo! A partir de ahora eres libre de moverte a tu antojo por este barco. Quería decirte que gracias a ti, gracias a lo que nos revelaste tanto en el sótano de Palfurnio como a bordo de esta trirreme, Tito César sigue reinando en Roma… Tal como te dije, una buena información equivale a una legión. Yo cambié tu información por cien legionarios, y llegamos a la antecámara imperial un cuarto de hora antes de medianoche… Así pues, no volverás a ver a tu amigo Lacertio…

–¿Y qué has decidido para mí? – preguntó Esporo, con el vientre atenazado por el miedo, pensando que el galo jugaba al ratón y el gato.

–El exilio.

–¡Ah! – exclamó el otro, aliviado.

–De todas formas, lo has perdido todo por culpa de Vesbius. Tus mulas, tus carros y, casi con toda seguridad, tu esposa están enterrados bajo las cenizas. Volverás a empezar en Persia.

–¿En Persia? No tengo ni un sestercio… ¿Cómo iré hasta allí?

–Con Palfurnio, en esta galera.

–Pero Palfurnio…

Quería decir que había participado en el plan de asesinar a Palfurnio y que éste le tendría a su merced.

–Palfurnio no podrá negarse a acogerte y ayudarte a montar un negocio allí si yo se lo pido. Alquilarás camellos y carretas en la entrada de algún desierto persa, gracias al capital que él te proporcionará. Ahora iremos a decírselo…

Salieron, y los guardias apostados ante el camarote de Palfurnio abrieron la puerta de éste.

–¡Ah, Sila! – exclamó éste desde la cama, donde acababa de despertarse con una potente erección-. ¿Cuánto tiempo seguirás teniéndome preso? ¡Haz que me maten, si lo consideras oportuno, pero no me dejes sin poder copular! ¡Por Afrodita! En este puerto hay numerosas muchachas de lupanar y bastantes mozos de cuerda interesados en ganar algún dinero con uno de sus miembros que no utilizan para descargar las naves. Te lo ruego, ordena que me traigan compañía…

–De acuerdo -dijo el galo-, daré las órdenes pertinentes. Pero, mientras tanto, gozarás de la compañía de tu querido Esporo.

Hicieron entrar a Esporo.

–¡Ése! – exclamó Palfurnio-. ¡Ese asesino!

–Lo llevarás a Persia contigo. Mañana partiréis a bordo de esta nave y cantaréis las alabanzas de Sila, que os envía a los encantos de Oriente en lugar de a la arena del Coliseo.

Le tendió el edicto a Palfurnio. Éste lo leyó y asintió con la cabeza, mientras hacían salir a Esporo.

Sila se dirigió a la puerta del camarote.

–Pese a todo -dijo-, te agradezco lo que has hecho por mí ayudando a Honorio, que quería sacarme de aquella mina. He recibido de ti lo bueno y lo malo, que se disputan tu espíritu. Lamento no conservarte como amigo, pues tu compañía es grata. Pero soy un hombre de principios, como bien sabes, y debe hacerse justicia. En cuanto a lo que me has pedido -añadió, mientras abría la puerta-, me ocuparé de ello de inmediato… ¡Vale!

–¡Vale! – respondió Palfurnio, con lágrimas en los ojos.

Una vez hecho todo esto, Sila se dirigió a su camarote, donde estaba Haedunna. Entró, cerró la puerta con pestillo y se acercó a la cama, que se hallaba sumida en la oscuridad, como el resto de la estancia. Un rayo de luz que se filtraba por el batiente de madera que cerraba la estrecha ventana, el cual había permanecido atrancado desde que la trirreme afrontara la víspera la tempestad para salir del puerto de Pompeya, le permitió ver que su esclava tenía los ojos abiertos, que desviaba la mirada a fin de evitar la de su señor y, cuando se inclinó sobre ella, que sus ojos estaban llenos de lágrimas.

No dudó ni por un momento que se había pasado toda la noche en vela, angustiada por no saber si él volvería, y que, cuando había oído sus pasos por la cubierta, la habían asaltado las lágrimas al pensar que había sido mancillada por otro hombre y que jamás podría volver a ser lo que había sido para él desde que la comprara a aquel mercader griego.

Sila la desnudó entonces por completo, se quitó también él la ropa y se tendió a su lado para estrecharla entre sus brazos. Le dijo al oído que lo que estaba grabado en el aro que llevaba en el tobillo no se había borrado, que lo que habían hecho los dos era una guerra, que ella había sido herida en aquella mina al igual que él lo había sido en la arena -en la guerra son frecuentes las heridas-, pero que ahora ya había acabado, habían ganado, y ella debía hacer lo mismo que los soldados vencedores, los cuales, una vez de regreso, olvidan sus temores y sus heridas y no piensan sino en los días felices que tienen por delante.

Luego la besó y, como su deseo no parecía haber disminuido por el recuerdo de lo sucedido, la penetró. Se dio cuenta de que ella no se abandonaba, pero le dijo que le rodeara el cuello con sus brazos, tal como lo había hecho la mañana siguiente a la primera noche, para apretarse contra él y facilitar su goce. La joven le obedeció, y muy pronto Sila notó que ella deponía las armas.

Los cerdos comen de todo

Estaban en el mes de abril y Sila recorría sus campos para ver cómo estaba el trigo germinado hacía unos días. Al borde de los caminos la hierba estaba florida. Las cosas y los animales empezaban a revivir, sometidos a la ley de la primavera.

El embarazo de Haedunna estaba llegando a su fin. De un momento a otro la asaltarían los primeros dolores. Sila había hecho venir de Lugdunum a la mejor comadrona de la capital de las Galias, pues le obsesionaba el recuerdo del parto fatal de Marga.

Recibía de Honorio, a cargo de sus asuntos romanos e instalado en el palacio Menesio con un batallón de secretarios, largos informes que solían acabar con una demanda acuciante de que regresara a la capital lo antes posible. Pero Sila había declarado que no se marcharía de la granja antes del nacimiento del primer hijo de su joven esclava. En una muchacha de su edad, el parto comportaba riesgos, y él quería estar presente.

El galo se agachó para arrancar un matojo de mala hierba en medio del trigo. Había muchos más en aquel campo y el poco que quitaba no cambiaría gran cosa en la siguiente cosecha. Era un gesto instintivo, para tener las manos ocupadas y tratar de borrar el pensamiento que no le abandonaba desde hacía varios meses y que se había abstenido de comunicarle a Honorio en su correspondencia: el hijo que iba a nacer ¿sería suyo o de Polión? ¡Cuántos bastoncillos de vibumo habían sido machacados entre sus dientes desde el día en que ese pensamiento afloró a su mente por primera vez!

Estaba claro que Haedunna, desde su regreso a la granja, tampoco había dejado de pensar en ello, y el galo comprendía que había sentido ese temor mucho antes que él, incluso probablemente desde el primer día. Lo que había hecho con el cuchillo de cocina demostraba que no iba a aceptar las

consecuencias de lo ocurrido en la mina. Pues, para aquella jovencísima muchacha de condición servil que no tenía otra cosa que ofrecer aparte de su cuerpo y del amor que un cuerpo puede dar, lo ocurrido era terrible. Después de una sola noche en la cama de su señor, había tenido que sufrir la abyecta penetración de Polión, y eso unos minutos antes de poder pertenecer a Sila de nuevo. En la misma estancia…

Sin duda hubiera podido olvidar, con el tiempo y, sobre todo, ayudada por todo lo que Sila le había dicho acerca de que habían hecho una guerra y su comparación con soldados que habían sido heridos pero que ya no pensaban sino en un futuro feliz. Sin embargo, un día él comprendió que tales palabras eran vanas y que Haedunna jamás podría olvidar nada si el hijo que crecía en su vientre no era de su señor.

Cuando el recién nacido llorase entre pañales en brazos de la comadrona, Sila no podría tener duda alguna. Polión tenía el pelo y los ojos negros; era un ejemplar típico del Mediterráneo, de nariz aguileña, fruto de esa mezcla en la que abundaba la sangre oriental. Después de haber sido rubios en su infancia, los cabellos de Sila se habían vuelto castaños, y sus ojos eran de un azul celta. Haedunna esperaba desde hacía meses el momento en que le mostraran al niño, y ese momento que se supone feliz, tan familiar a las comadronas y que éstas acompañan de algunos votos optimistas, siempre los mismos un parto tras otro, sería un instante penoso en el caso de este parto…

El galo contempló la colina donde se llevaría a cabo la siega, como cada año, durante el glorioso calor del verano. El mal había entrado en la vida de Haedunna, y en la de él, el ex oficial Sila, con aquella semilla de Polión introducida en el cuerpo de su esclava, y ese mal les perseguiría indefinidamente en aquel paisaje sin embargo apacible.

¡El mal! No existía en el mundo ninguna fuerza susceptible de enfrentarse con éxito a él, pues lo sucedido en aquel barracón de la mina de azufre era imborrable, inolvidable. «El bien -pensó Sila- es impotente contra el mal. Se rompe al estrellarse contra él, como una hoja al tratar de atravesar una piedra. El bien está condenado a ser vencido, si el mal se empeña de verdad

en ello…» El ex oficial de las legiones se encaminó hacia la granja, dándole vueltas a ese pensamiento que había envenenado la vida de su esclava. Pero él haría lo necesario para, al menos, apartar de ella el espectáculo vivo de su desgracia que sería el hijo venidero. En cuanto Haedunna, fatigada por el esfuerzo, se durmiera como hacen todas las que acaban de alumbrar, entraría en la habitación y cogería al bebé de su cuna. Si tenía los ojos negros y el rostro de Polión, lo arrojaría a los cerdos. La semilla de Polión no merecía otra cosa.

En la granja siempre había unos cuarenta cerdos que eran objeto de un contrato firmado con un carnicero de Vienna, cuyo carro se presentaba en la granja todos los meses para llevarse a los animales que habían alcanzado el peso adecuado. A los cerdos les gusta la carne tanto como las harinas de cebada que se vierte en sus artesas, y más de una vez ha ocurrido en una granja que el hijo de una esclava, al quedarse sin vigilancia, haya sido devorado por ellos. Éste no lo sería por negligencia.

Evidentemente, no le diría a Haedunna lo que había hecho con el recién nacido. Él era el señor y podía disponer a su antojo de los niños que nacían en su propiedad. La ley no autorizaba a matar esclavos si no habían cometido una falta grave, pero no quedaban lejos los tiempos en que un ciudadano romano detentaba un derecho de vida y de muerte sobre su mujer y sus hijos. Haedunna comprendería lo que su señor había querido hacer, incluido quizá evitar que su esclava lo hiciera con sus propias manos. Porque Haedunna podía muy bien haber tomado ya una decisión así.

La dejaría embarazada otra vez cuanto antes y, cuando ella tuviera este hijo entre sus brazos, dentro de un año, por ejemplo, entonces empezaría a olvidar. Una vez tomada su decisión, Sila regresó hacia la granja con paso más resuelto. El trigo estaba bien para ser un trigo de tres semanas y, si la lluvia llegaba en el momento necesario, la cosecha podría ser de las mejores. Ahora, Sila tenía en Italia varias propiedades que valían millones de sestercios, en las que Cotio y sus veteranos hacían reinar el orden y la prosperidad, investidos de todos los poderes, pero llevando ellos personalmente el arado para animar a los trabajadores serviles con su ejemplo, ayudando a las vacas a parir y jodiendo con las jóvenes esclavas a

fin de que la armonía reinase en todo y aumentara el rebaño.

Pero, para Sila, ésta seguía siendo su granja, este camino aquel en el que le había disputado Haedunna a Memnón, esa villa vecina, cuyos edificios se vislumbraban desde la colina y que él había comprado para dársela a Todj, la villa de Patroclo y Mancinia. Y ese prado en pendiente sembrado de flores que tenía ante los ojos seria siempre aquel por el que galopaba el carro de Mancinia, la cual le hacía señas riendo, deseosa de embarcar con él rumbo a Roma sin saber que el amor que ardía en ella la conducía a la muerte.

Cinco hombres avanzaban por el camino de Vienna con largos bastones, como esos que llevan los que deben recorrer un largo camino. Uno de los cinco rondaba la cincuentena, era fornido y andaba con paso seguro. Los otros eran jóvenes. Sin duda llevaban días viajando y, paradójicamente, estos últimos parecían más cansados que el mayor, que los guiaba.

Llegaron al recodo tras el cual aparecía la granja de Sila a lo lejos, esa granja que constituía el final de su marcha del día. Se detuvieron y uno de los jóvenes señaló con el dedo los tejados que se vislumbraban.

–Sin duda alguna es ahí -dijo, con una satisfacción que indicaba que el camino, desde que partieran de Roma, les había parecido largo.

Todavía quedaban al menos dos horas de sol. Bajo dos nogales, una fuente de piedra vertía su agua en una gran artesa construida con un tronco de árbol ahuecado.

El mayor de los cinco miraba a sus compañeros mientras éstos se dirigían hacia la sombra y la fuente, y el tosco banco que habían colocado allí para los días de verano, cuando la sombra de los árboles reconforta a los caminantes. Veía sus pies polvorientos bajo los coturnos y no dudaba que querían descansar ahora que estaban seguros de llegar a su objetivo antes del anochecer.

–Ven a sentarte, Sertorio -dijo uno de los jóvenes-. Nos lavaremos un poco

antes de presentamos ante Sila.

Pero Sertorio miraba los tejados a lo lejos.

–No, muchachos, debo continuar sin perder tiempo. Os anunciaré a nuestro anfitrión.

Ya había reanudado la marcha, y los jóvenes le veían apretar el paso como si pudiera avanzar más rápidamente al no tener que arrastrar a su tropa. Tenía veinticinco años más que ellos, desde Roma había encadenado una etapa tras otra al mismo paso regular, tan firme a la puesta del sol como por la mañana, tras una noche de sueño, y sabían que era la fuerza que habitaba en su interior, la fuerza de su fe, lo que le hacía infatigable.

Los pies de Sertorio y su bastón golpeaban el suelo a un ritmo rápido. Aunque no les había comentado nada de ello a sus muchachos, como él los llamaba, desde aquella mañana tenía la sensación de que debía llegar a aquella granja que no conocía lo antes posible, como si allí le esperasen, pese a que Sila ignoraba por completo que Sertorio y sus ayudantes del spoletarium estaban en camino hacia su propiedad. Desde por la mañana, al despertar, se había sentido presuroso por partir, como si aquel al que iba a ver tuviera una gran necesidad de su presencia.

Era una sensación que Sertorio ya había experimentado varias veces en el curso de su apostolado. ¿Era porque había salvado la vida de Sila en nombre de la palabra de Cristo por lo que un vínculo misterioso permanecía entre ellos a través de los paisajes y los días, como si lo que se hacía en nombre de la palabra divina tejiera una tela sobre el mundo que aquellos que estaban habitados por dicha palabra podían ver y sentir?

Sin embargo, no había decidido ir a ver al galo por otra razón que la presencia de su granja en el camino de Germania, adonde Marcelo le enviaba con sus discípulos. Y ¿existen casualidades para el Señor? Ya hacía varios meses que había abandonado el anfiteatro del Coliseo con sus muchachos, al recibir la advertencia de que los cinco eran sospechosos de militar en secreto en la secta cristiana. Marcelo, que administraba la

comunidad de la Ciudad, les ayudó a esconderse en casa de familias amigas; luego, tras algún tiempo, les anunció que se les enviaba a Germania, donde faltaban predicadores. En las provincias, a algunos prefectos no les inquietaban los cristianos y cerraban los ojos ante sus actividades, siempre y cuando se llevaran a cabo con discreción. Se estaban formando comunidades a orillas del Rin, en las ciudades nuevas que construían los colonos. Por su bien y el de los cristianos renanos, era preciso que Sertorio se estableciera allí.

Se sintió dichoso de obedecer aquella orden de Marcelo -el cual había sido nombrado allí por el sucesor de Pedro, tras el suplicio de este último-, dichoso sobre todo de escapar a los espantosos recuerdos que no podían sino obsesionarle en la ciudad de Roma, tras haber pasado dos años en aquel sótano del anfiteatro donde se había derramado tanta sangre y donde tantos gladiadores habían muerto en sus brazos. Allí, en aquellas ciudades nuevas, no se jugaban juegos de circo. Al contrario que los emperadores, los prefectos no tenían plebe a la que halagar y a la que corromper.

Sertorio y sus muchachos cogieron sus bastones, contaron los pocos sestercios que poseían, y el apóstol, su maestro, reflexionando en el camino que podrían tomar, enseguida pensó en la granja que Sila abandonara un día para partir hacia Roma. Envió a uno de sus muchachos al palacio Menesio, a fin de pedirle al galo una tablilla de presentación para los que administraran su granja, y le respondieron que Sila no regresaría a la Ciudad de momento. No necesitaba ninguna tablilla. Encontraría allí al señor de la casa.

Sila se había sentado en el banco de piedra que estaba en el patio de la granja, como acostumbraba hacer todas las noches, junto a la puerta de sus aposentos, como la noche en que los jinetes sirios intentaron ensartar las ocas y a las muchachas, según las palabras utilizadas por su estúpido oficial.

Hacía dos horas que el trabajo había empezado. Al principio, la comadrona había ido a decirle que todo iría bien, que la madre no era muy ancha, evidentemente, pero que poseía una buena constitución para parir y que no

debía preocuparse. Debían de haberle explicado lo sucedido con la esclava que pereció antes que ésta.

Luego habían transcurrido los minutos y Sila había oído lamentos. Haedunna era valiente y no quería que la oyeran sufrir, pero aun así había dejado escapar algunos gemidos. Finalmente, una de las esclavas que ayudaban a la comadrona, transportando las palanganas de agua caliente; le había anunciado que ya estaba y que era un varón. Ella pensaba que el señor debía de estar muy contento y mostraba una expresión de regocijo, feliz de haber participado en lo que constituía un gran acontecimiento en el universo regido por Sila.

Sila esperó un rato más hasta que la comadrona salió de la habitación donde había sucedido el evento y, cuando tuvo la certeza de que Haedunna estaba sola, se levantó del banco y entró.

Ella estaba tendida de lado y Sila no le veía la cara, pero desde el umbral de la habitación oía la respiración de la joven madre. Consideró que se había dormido y que, aunque no durmiera, él no esperaría más para mirar la verdad de cara.

Se acercó a la cuna y al primer golpe de vista se dio cuenta de que el niño era moreno y que la desdichada carita tenía los rasgos de Polión. Con frecuencia, los recién nacidos presentan desde el momento de su nacimiento un parecido asombroso con su padre o su madre. Era el caso de éste. El ex oficial pensó que al menos no habría posibilidad de equivocarse.

Se preguntó si Haedunna dormía realmente, o si permanecía en aquella posición pese a saber que su señor se encontraba junto a la cuna para no encontrarse con su mirada. Y para no dificultarle lo que se disponía a hacer.

Sila cogió al niño, así como una de las sábanas de la cuna para poder envolverlo, y se acercó a la puerta que dejaba entrar la luz nocturna, a fin de examinar más de cerca lo que sostenía en sus manos. Y como encontró confirmada su primera impresión, tras haberle dirigido una última mirada a su esclava, que continuaba dormida o simplemente inmóvil, salió al patio

deseando que no se pudiese adivinar, por lo menos a cierta distancia, lo que aquella sábana contenía.

Dobló la esquina de la casa para encaminarse a los graneros y los establos que se encontraban detrás de aquéllos. Dos o tres esclavos se encontraban ocupados sacando haces de heno de uno de los graneros para dárselos a las vacas, pero apenas miraron al amo. Debían estar atentos a su trabajo cuando éste pasaba junto a ellos.

Sila se dirigió a la pocilga, que había sido construida aparte de los establos del resto de animales a causa del olor que se desprendía de ella. Se acercó a la valla. Los animales rastreaban el suelo con sus hocicos. Esperaban las provisiones que caían en sus artesas todas las noches. Se volvieron hacia él emitiendo una especie de gruñidos de impaciencia.

Sila se preguntó si arrojaría al recién nacido a una de las artesas o al suelo, entre los animales. Pensó que, si lo dejaba envuelto en la sábana y lo metía en la artesa a través de la valla, no gritaría, cosa que sí haría si recibía un golpe. En ese momento fue cuando oyó una voz que decía: «¡Sila!».

Se volvió. Un hombre de aspecto robusto, con un largo bastón en la mano y una especie de capa de viaje que se había echado hacia atrás como si tuviera demasiado calor y que una cadenita sujetaba a su pecho, le saludaba sonriendo y avanzando a grandes zancadas. Sila pensó dejar al recién nacido antes de que aquel visitante llegara a su altura, pero reconoció a Sertorio y se quedó petrificado.

–¡Sila -repitió el encargado del spoletarium-, qué alegría volver a verte! Mis muchachos me siguen, no tardarán… Pero ¿qué llevas ahí? Parece un recién nacido.

–Lo es, efectivamente.

–¡Deja, pues, que lo vea! – prosiguió Sertorio, en el tono jubiloso apropiado para la ocasión, al tiempo que apartaba la sábana-. ¡No cabe duda de que es un varón! – exclamó-. Está muy bien formado…

El pequeño ser había entreabierto los ojos cuanto le era posible, buscando la luz.

–No tiene los ojos azules -comentó Sertorio-. ¡Es un morenazo! ¿Y de dónde ha salido?

–Es el hijo de una esclava.

–¿De una esclava? En cualquier caso -añadió en tono jovial, interpretando el personaje que no escatima ninguna de las bromas habituales-, nadie te podrá acusar de ser el padre. ¿Y qué hacías cuando te he visto de lejos, desde el camino?

Había cambiado de tono y miraba a Sila directamente a los ojos. El galo sostuvo aquella mirada.

–Iba a dárselo a los cerdos contestó en tono resuelto.

–¿De verdad? ¿Y por qué?

–Porque esa esclava no lo quiere.

–¡Qué ocurrencia! – exclamó Sertorio-. Me sorprendes. Si es el hijo de una esclava, no te interesa desembarazarte de él. ¡Son dos brazos más para tu granja! Evidentemente -prosiguió en tono amistoso-, tú no tienes necesidad de eso, con todos los dominios que posees. Pero ¿por qué malgastar? Además, ¿qué le reprocha tu esclava a este infeliz?

–Es una muchacha muy joven. Fue violada mientras yo estaba en aquella mina del Vesubio y ahora ha nacido su hijo. Ella no quiere que viva, y yo tampoco.

–¿Por qué tú tampoco? ¡Tú no tienes los mismos motivos que ella!

–Sí -replicó Sila con firmeza-. Porque esa joven lleva un aro de oro en el

tobillo en el que está grabado mi nombre y se acuesta todas las noches en mi cama, y porque yo quiero que siga perteneciéndome. Este niño perpetúa la desgracia después de que pudimos escapar de ella a costa de muchos sufrimientos y, principalmente, gracias a ti.

–No dudo que tengas serias razones para querer hacerlo -dijo el hombre del spoletarium-, pero me he apresurado a venir aquí para decirte que no tienes derecho.

–Aquí, el amo soy yo -repuso Sila.

–Tú no eres amo de nada, a no ser de apariencias que te rodean provisionalmente durante tu paso por la tierra. Este niño es una criatura de Dios. Dios ha deseado que venga al mundo para que te muestre el camino del bien.

–¡Del bien! – exclamó Sila con amargura-. Es el hijo del mal y no puede ser otra cosa que fuente de desgracia para esa joven y para mí. Además, ¿de qué dios me hablas, que emplea tan curiosos métodos para mostrarme un camino que yo ya cónocía?

–Te hablo en nombre del Dios que te salvó la vida en el spoletarium del anfiteatro del Coliseo, en la capital del mundo, pronto hará un año.

–¡Pero si fuiste tú quien me salvó la vida! Tú y tus jóvenes ayudantes, que desafiasteis la ley de Roma para curarme y albergarme mientras fue necesario.

–No -dijo Sertorio-. Nosotros nos negamos a hacerlo. Pero Dios nos habló, y entonces nosotros no pudimos sino obedecerle. Al igual que tú debes obedecerle ahora junto a esta pocilga.

–¿Y cómo te habló ese dios, Sertorio? – preguntó con ironía Sila, que no estaba dispuesto a ceder.

–Por boca de Metalla, tu esedaria.

–Sabía que ella me condujo hasta vosotros y os pidió que me salvarais arriesgando vuestras propias vidas. Pero no sabía que un dios hablara por su boca, y en Roma todo el mundo se habría quedado atónito al enterarse…

–Pero si en Roma todo el mundo se enteró, mi querido Sila, porque la muchedumbre del anfiteatro lo vio con sus propios ojos.

–¿Puedes explicármelo? Sé que, Metalla pereció a causa de las heridas causadas por la esedaria cartaginesa, pero yo estaba inconsciente en vuestras manos y, cuando me curé y me sacaron de allí para ser enviado a la mina, no me dijisteis que hubiera un dios metido en todo este asunto.

–Porque debíamos callar y ocultar nuestros sentimientos, si no queríamos poner en peligro nuestra existencia. Metalla no se ocultó, eligió la muerte en la arena con los demás cristianos que eran arrojados a las fieras para poder proclamar su fe en Cristo. Y unas horas antes, cuando me negué a salvarte diciéndome que no tenía derecho a hacerlo, ella me replicó que sí tenía el deber, pues, según la palabra de Cristo, aquel que es la fuente de toda vida considera única y preciosa la vida de cada uno de los seres de su creación. Yo le había enseñado esas palabras unas semanas antes, y ella venía a recordármelas.

–Entonces, ¿tú y tus ayudantes sois de la secta de Cristo, como me dijo Mesio?

–Sí, Sila. Y Metalla se unió a nosotros para morir como mártir. Y yo, después de haber permanecido escondido en Roma, porque mis muchachos y yo éramos sospechosos, me he puesto en camino para enseñar la buena palabra en Germania. Y ese camino me conducía a ti por voluntad de Dios, que se preocupa por ti y te ordena que vayas a dejar a ese niño en su cuna. Si su madre no lo quiere hoy, dáselo a otra esclava para que lo amamante, si hay alguna que pueda hacerlo, o haz que lo alimenten con leche de cabra. Y les dirás a todos que es tu hijo, y el niño lo creerá, y te servirá y te amará como un hijo debe amar a su padre, y mantendrás esa mentira hasta el momento en que su abnegación hacia ti sea la suficiente para que puedas

revelarle la verdad, si lo consideras oportuno. Y un día su madre te agradecerá que lo perdonaras y no manchases vuestra unión con un crimen. Así, al contrario de lo que me decías antes, el amor habrá triunfado sobre el mal, pues está en la naturaleza del amor que Cristo nos ha enseñado expulsar el mal de la Tierra.

Sila permanecía en silencio. Los jóvenes que acompañaban a Sertorio a Germania habían llegado por el camino hasta los graneros y, al ver a su maestro charlando con el galo junto a la valla, cruzaron el prado para reunirse con ellos.

Los esclavos que transportaoan en una carretilla la comida de los cerdos aparecieron. Las ruedas de la carretilla chirriaban, y Sila les reprochó su negligencia por no haber engrasado los ejes. Ellos agacharon la cabeza y fueron a echar la comida en las artesas. Luego Sila, Sertorio y sus discípulos se dirigieron hacia el edificio de la granja. El recién nacido se había despertado y lloraba en brazos del ex oficial de las legiones.

Epílogo

El relato que acaba de leer -si ha tenido la paciencia de llegar hasta el final- ha podido ser escrito gracias al descubrimiento, durante los trabajos de construcción del metro de Lyon, del manuscrito titulado Las memorias del abogado Honorio en los basamentos de una casa de la época romana que una excavadora sacó a la luz del día. La Dirección de Antigüedades francesa, como es su deber en circunstancias de esta índole, hizo suspender de inmediato los trabajos en ese lugar, situado en el emplazamiento actual de la estación «Croix-Rousse». Un equipo de arqueólogos no tardó en extraer un cofre de madera exótica incorruptible y, por consiguiente, en bastante buen estado. Contenía el manuscrito que cuenta los trabajos y la vida de un abogado de Roma, que después se instaló en la Lugdunum que fue capital de las Galias, e incluso durante un tiempo capital del Imperio

bajo el emperador Claudio, el cual había nacido allí. La obra, redactada en hojas de papiro, resultó ilegible en cuanto fue expuesta a la luz, ante los propios ojos de los que la examinaban. Sin embargo, fue confiada a investigadores de la Universidad de Stanford, en California, que disponen de un equipo computerizado puesto a punto en la época en que la Sociedad Bíblica Internacional les pidió que salvaran el texto de determinados manuscritos llamados «del mar Muerto», escritos por los famosos esenios.

Honorio no nos dice cómo murió Sila, por lo cual cabe suponer que el abogado, pese a ser al menos veinte años más joven que él, murió antes, o bien no acabó sus memorias por una u otra razón. Sin embargo, Honorio evoca la vida familiar de Sila y nos cuenta que no se separó de su esclava Haedunna, de la que tuvo cuatro hijos. Paradójicamente, el autor de las memorias no hace ninguna alusión a Domiciano, que ascendió al trono tras la muerte natural de su hermano Tito, acaecida tan sólo unos meses después de que el ex oficial de las legiones hiciese fracasar la conspiración urdida por el hermano menor contra el mayor. Al parecer, Domiciano no persiguió a Sila -ni tampoco a Honorio-, ya que el galo continuó durante mucho tiempo dirigiendo los negocios que había heredado de Menesio. No obstante, dado que el abogado nos dice que Sila se consagró fundamentalmente a su empresa de construcción naviera, navegando él mismo y construyendo trirremes con aspecto de naves comerciales para dar caza a los piratas, cabe pensar que actuaba así para permanecer alejado de la sede del poder imperial y fuera del alcance del Emperador, a cuyos planes se había opuesto. Delaunay-Belleville, profesor de literatura latina en la Universidad de Lyon-II, se pregunta, en el prefacio a las Memorias del abogado Honorio, si, paradójicamente, Domiciano no le estuvo agradecido a Sila por haberle evitado cometer el horrible crimen de fratricidio, cuando unos meses más tarde el destino iba a ofrecerle, de forma absolutamente inocente, el tan ansiado trono.

Por último, al lector le satisfará saber que Honorio, al esbozar el retrato de los hijos del ex oficial, héroe de las legiones, escribe lo siguiente:

El afecto que el mayor de los cuatro sentía por su padre y las constantes

demostraciones de respeto que le ofrecía causaban la admiración de todos. El joven, diferente de sus hermanos por los rasgos de su fisonomía, su cabello negro y una vivacidad absolutamente meridional, no se apartaba jamás del autor de sus días, embarcando con él en sus naves a fin de estar allí, decía, cuando su padre, valeroso en exceso, arriesgaba su vida en los enfrentamientos con los piratas.

Evidentemente, Honorio, al no haber estado presente en la mina de azufre y no haber visto, como los otros compañeros de Sila, el suplicio infligido a Polión, ignoraba el secreto del nacimiento de ese hijo modelo.

FIN

This file was created with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
01/04/2009

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/

OceanofPDF.com